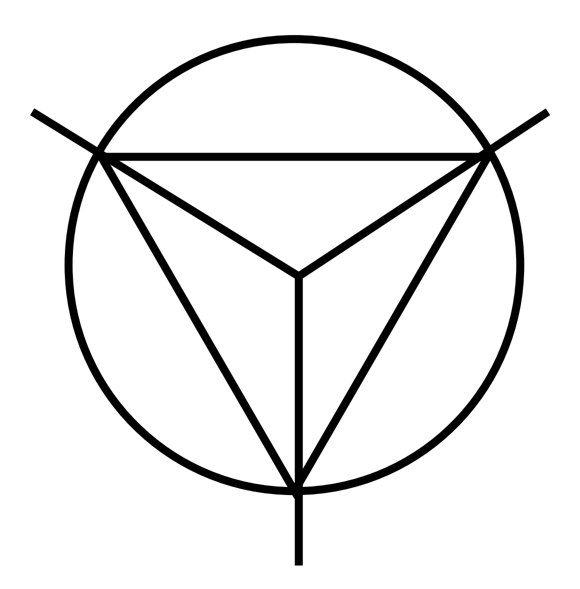


«El Reino de los Abismos: donde se confunden la Luz y las Tinieblas».

Por *Montilla Villegas Jonathan*

Segunda Edición (2023).

Este libro requiere ser leído con gran apertura espiritual. Aquí utilizo múltiples simbolismos, mismos que, para algunas personas, pueden resultar ofensivos de acuerdo a sus creencias. Sigilos como el de la Bestia, el número de la Bestia y la Marca de la Bestia, que en la corriente cristiana son considerados efigies del Maligno, en la presente obra son expuestos como representaciones de lo más elevado. Tal como sugiere el título, aquí, «luz y oscuridad», «bien y mal», «cielo y abismo», se confunden entre sí. He aquí el «Efecto Espejo» de aquello que antiguamente fue causa de horror y vértigo. Ahora el reflejo de esa obscuridad nos muestra su lado luminoso. Yo no soy cantante, ni bailarín, ni pintor, ni escultor; y aún así, tenía algo muy profundo que expresar. ¿Cómo hacerlo? Pues bien: lo he expresado mediante literatura, de modo que este libro pretende dejar su propia huella, si no como arquetipo de la ética, entonces como obra de arte.

Para todas las personas que aún creen, tienen esperanza y sueñan con crear un Nuevo Mundo.

A la patria de Venezuela, por ser tan hermosa, y por dar a luz a gente tan hermosa.

Al pueblo, valles y montañas de Burbusay: por convertirse en el hogar que me acogiera desde mi séptimo sol y haber sido el pequeño mundo tan grande donde vuestro servidor aprendiera a soñar con bellezas lejanas, y donde también descubriera el misterio de las «burbujas cósmicas» que así como en el presente lugar también existen en los parajes más extraños y desconocidos.

A mi progenitor según la carne: Martín Segundo Montilla, en agradecimiento a sus ingentes esfuerzos realizados en el trabajo de mi noble crianza: hogar, educación, esperanza y sustento. No puedo retribuirle nada más que estas breves palabras.

A mi progenitora según la carne también: María la Trinidad Villegas: por haberme traído a este mundo para que desde mi propia experiencia descubriera yo el primer resplandor aunque débil sombra de los misterios universales, y brindárame ella leche de su pecho, limpiare de igual manera mi cuerpo, lavare mis ropas, calentare y dáreme alimento sin necesidad de molestarme yo mismo en realizar alguno déstos procedimientos…Sería mi deseo encontrar el modo de también retribuirle, pero no existe forma alguna en que un buen hijo sea capaz de devolver lo que por éste ha hecho una buena madre. Así que solo puedo decir: Gracias.

A mi hermano de carne y sangre: José Gregorio Montilla, en compensación por su valentía, impulso, gallardía y espíritu de vida: atributos de los que mi persona carece, y también en agradecimiento al necio empeño de aquel en plantarse como un árbol frente a todos los vientos desta tierra mientras a su manera llegare a comprender la naturaleza parsimoniosa de su paciente hermano… Muchas gracias.

A la profesora Elsa Pacheco viuda de Martorelli, en primera instancia: por haberme instruido; en segunda: por haberse dejado instruir por mí. Aún no pisará esta tierra persona más dulce y amable ni los oídos ni la voz de nadie llegarán a ser tan sanos para hablar y escuchar.

A mi mejor amigo y hermano según el espíritu: Leandro Montilla, por compartir conmigo aquello que para Nietzsche solo constituía una borrosa y lejana fantasía, pues ninguna amistad, ni aquí ni allá, ni en ningún otro lugar, volverá a ser tan profunda y al mismo tiempo tan inocente como la nuestra.

A mi alma/llama gemela: M.A.D.(414), cuyo nombre cifro y abrevio en señal de respeto; venida al mundo siete meses con siete días antes que yo; a merced de inconscientemente haberme guidado durantéstos primeros veinte y seis años de vida, y previo al pacto haber tenido el atrevimiento de subir junto a mí hasta el «tercer piso» (12+6) pese a la advertencia de las «altas jerarquías», tratándose nuestro noble propósito el convertirnos en los amos y señores deste Gran Reino abismal… a vos va dirigido con amor y pasión cada grito de mi insolente pluma, pues yo te amé, te amo y amaré desde antes, desde hoy y desde siempre y para la Eternidad aunque nos separe el Abismo, alma mía… ¡Diosa mía!

Y para toda la Humanidad, por ser procreadora de infinitas estrellas, dar sentido a todas las cosas bellas y seguir soñando a pesar de todos los dolores...

¡Les dedico este libro!

NOTA: A un año de haber creado esta obra, perdonadme los esbozos donde me dejo llevar por el ego.

ÍNDICE

Prólogo.

De esta obra, y lo que ha de venir tras de ella puede afirmarse, sin pretensión alguna de exagerar que tiene una misión: convertirse en la tan aguardada panacea de la monstruosa depresión que desde hace dos milenios asola el mundo entero.

Una cosa «abominable y desoladora» ha usurpado todo cuanto a través de la Historia ha llevado el nombre de santo. La tierra entera ha sido cubierta con un sudario ensangrentado, y el velo de la desolación de aquel monstruo se alimenta poco a poco, gota a gota, de la milenaria y sagrada espiritualidad, hasta dejar a la carne toda podrida y desolada.

Hechizada ha sido la Humanidad completa por obra de un terrible conjuro, por causa de un «verbo eterno», que brotando de labios «santos» y voluntad «corderil» fue considerado fiel y verdadero, en humilde opinión de los últimos hombres que en supuesto enarbolaron la efigie de la espiritualidad.

Mas solo otro conjuro, hermanos míos, ha de liberar al Hombre de aquel pérfido trance, por lo cual este libro viene cual centauro arrojando la flecha de sagitario, y adoptando como Gran misión el proferir las más acertadas palabras para liberarnos de la oscuridad.

He aquí una obra entre melancólica y alegre, surgida de un pecho rebosante y de un alma que está en el mundo, pero no sabe del mundo y por eso ha de crear su propio mundo. En virtud de ello, así como no elegimos nacer tampoco elegimos el mundo en el cual nacemos. Arbitrariamente se nos han impuesto una sarta de «buenas costumbres» que desde el alumbramiento hasta el obscurecimiento nos tiranizan sin piedad. Han despojado poco a poco de nosotros la voluntad de vivir, y se nos ha obligado a negar que todos somos hijos de «Eva» y que para recuperar aquella pulsión de vida extraviada requerido es probar todos los frutos en todos los árboles del conocimiento que nos hayan sido despóticamente prohibidos.

En efecto: liberar a la Humanidad del pecado original ha constituido el más colosal error que en favor de la misma se ha cometido.

El mundo no es un gran abismo: el mundo son muchos abismos, un Gran Reino de abismos, donde se tiene que aprender a volar si no se quiere llegar a hundir. Pero si cada individuo lleva en sí un abismo interior donde todas las cosas son y están, ¿acaso no puede él mismo adueñarse por completo del profundo hoyo que le habita y allí convertirse en su propio rey?

Si aquel «reino de los cielos» ha faltado a la promesa de redimirnos para siempre de las tinieblas, ¿entonces no sería necesario que alguien más

mostrásenos otro reino, un reino donde cada ser y criatura será ahora quien disipe las sombras de su propia existencia?

Solo quien se busca, se halla y se conoce a sí mismo puede reflejar luz verdadera. ¿Cómo podría un hombre mirar hacia el abismo de otro hombre? Allí nada más distinguirá penumbras. Caerá, se hundirá, ¡y las tinieblas de ambos vestirán al mundo de obscuridad!

Sabedlo de una vez, hermanos: la salvación del alma le corresponde a la autoiluminación. Desde una montaña muy alta cada cual ha de bajar hacia las sombras del Abismo para iluminar la noche, pues quien no enfrenta su propia obscuridad prodigará siempre el reflejo de ésta.

La presente obra se divide en cuatro partes:

1) FRAGMENTOS Y ENIGMAS DEL ESPÍRITU DESOLADO;

2) LAS TREINTA Y CINCO EFIGIES SIGILOSAS;

3) LA DOCTRINA EGÓLATRA; y

4) EL VERBO DE LOS ABISMOS.

Al principio del libro el autor se lamenta a causa de un terrible mal que no parece ver su fin, por los dolores de un espíritu desolado hecho «fragmentos y enigmas».

Aquel desea morir, quiere para siempre dejar de sentir, por la espantosa sensación de un amor no consumado y desmotivado aún más por la terrible crisis que agobia a su patria. Pero entonces aquella misma sensación que le agobia se transformará en un nuevo destino, en un nuevo amanecer que le llevará hasta su redención, hasta «el Monte de los Elegidos». Transfigurándose entonces la Desolación en una «diosa platina», aquel experimentará de súbito el glorioso ímpetu de no mirar nunca más hacia arriba ni hacia afuera, sino hacia abajo, hacia adentro: hacia el Abismo, dando como resultado el comienzo de un extraordinario viaje que ya ha iniciado, pero todavía no acaba, y tal vez nunca lo haga.

Al final del libro, en sus últimas palabras mismas que a su vez son las primeras, el autor ya no tiene miedo de las «ovejas carnívoras» y grita a voz de cuello y sin ningún escrúpulo lo que Él es, lo que siempre ha sabido que es.

Aquí habla la voz de un espíritu apasionado que quiere unirse a otros espíritus igual de apasionados. Aquí nace el llamado que desde hace siglos, desde hace milenios, quizás desde siempre se había esperado escuchar. Pues bien: ese llamado al fin ha retumbado y nada podrá evitar que su desesperado grito se oiga en todos los rincones de la tierra.

Aquí os habla un Schopenhauer que se ha vuelto optimista, un Nietzsche que finalmente ha encontrado un amigo, un Cristo que ha regresado para

retractarse de su doctrina, un Napoleón que quiere conquistar el mundo no con su espada, más bien con su corazón, o tal vez con su mente, y un Hitler que quiere seguir pintando para no dejarse seducir por los susurros de la obscuridad.

Una obra que puede describirse como «la redención del romanticismo». El espíritu romántico visto como una inagotable fuente para superar todos los dolores, como un impulso hacia el autoconocimiento para dar luz a la propia sabiduría y crear un mundo autónomo a partir de ella.

Quizás nos encontramos frente a un nuevo rigor religioso, pero no cristiano, ni judío, ni musulmán, ni hindú, ni budista, ni satanista, ni luciferino, ni mucho menos nihilista, y sí con la pretensión de reunir en sí lo mejor de todas éstas corrientes en una sola y renovada fe que nos otorgue una nueva y verdadera esperanza.

Una suerte de «nueva buena nueva» que desde el principio hasta el fin –¡y qué fin!– tiene como objetivo pelear contra la miseria, tanto espiritual como carnal, y contra cualquier expresión de sentimentalismo y contra cualquier cosa que enerve la pulsión de vivir (Eros). El primer retoño de un intelecto que busca entender de enigmas y ha ya dado un nombre propio al Adversario de toda egocéntrica doctrina que promulgue la miseria y no busque destruirla. ¡El mundo visto al fin con los ojos de la vida y no con los ojos de la muerte! La pasión de un amante de sirenas y endiosador de voces operísticas y tesituras de soprano que nos deleitan desde las conchas del mar. Un duende que ha encontrado la olla de oro al final del arcoíris y ahora quiere entablar amistad con elfos sempiternos en medio de serpentinos bosques, y el juicio de un profeta que ha venido para ungir a la Bestia dando sentido a la cifra y a la marca que antes fueron malditas.

Hermanos míos, mis bien amados compañeros de viaje, ayudadme en la titánica empresa de lograr que estas palabras reescriban el alma dorada de cada ser que en este mundo haya perdido la esperanza. Sed vosotros los nuevos apóstoles de una nueva religión, de un nuevo amanecer.

Porque yo no he venido a prometeros el reino de los cielos. Yo he venido a mostraros… ¡el Reino de los Abismos!

PREFACIO

El deseo nocturno.

No estoy seguro si estas breves pero merecidas palabras estarán algún día en su poder. Me gusta pensar que sí. Me lo imagino a usted hojeando las páginas de mi humilde libro. Quizás algo indiferente. ¿Pues qué importan los pensamientos de un desconocido más, en un punto muy lejano a usted del globo, desde una patria sufriente que ha sido acerbamente flagelada por una de las más terribles crisis que el mundo post-moderno ha conocido? ¡Y todavía tal patria a pesar de ello no deja nunca de soñar! He aquí la confesión de un hijo del *Tercer Mundo* que es más bien del *Viejo Mundo* en el corazón: acaso heleno, egipcio, nórdico o escandinavo, un hermano de la humanidad amante de la vida tanto como de sí mismo y de todas las cosas bellas que puedan existir en esta tierra. Un alma, al fin y al cabo, que *está en el mundo*, pero *no es del mundo* y por eso tiene que *crear su propio mundo*.

Evoco la imagen de usted, querido Thoumas: le veo sonreír de medio lado mientras un destello brota a través de su élfica mirada permitiendo que en su alma nazca un pequeño brote de hermandad hacia mi persona, de entendimiento, al momento de abrir el espíritu y escuchar lo que yo tengo que decirle.

Todo se resume tan solo en una palabra: «Gracias».

Muchas gracias, querido maestro, por el hermoso regalo que usted le ha brindado a la humanidad. Son sus letras y su música obras de arte que destilan belleza y sabiduría por donde quiera que se les mire y escuche. El *deseo nocturno* es, en efecto, el perfecto reflejo de los más hondos anhelos que viven en el corazón del *espíritu desolado*. A través de las partituras y sonatas que usted compone habla el vientre del ser, susurrando los más profundos deseos, llorando los más grandes dolores, gritando en el alma todo el amor y la pasión desmedida que el *espíritu del Loco Romántico* siente por la totalidad de la existencia: ese maravilloso, y a su vez terrible querer de un amor reprimido, perdido en la eternidad y que a través de la eternidad vuélvese arte y reivindicación de las tinieblas que atormentan al que ama de una forma tan delicada.

Usted habló cierta vez sobre una de sus obras más elogiadas: el *Juego de la Pasión Oscura*. Aquella vez dijo que sería exagerado de su parte afirmar que dicho trabajo «le salvó la vida», pero que en definitiva sí salvó su salud mental. Bien, querido maestro, yo no exagero al decir que,

efectivamente, no solo aquella obra, sino todas sus obras han salvado mi vida y aún continúan y continuarán haciéndolo hasta el día en que mi vida no requiera ser más salvada, pues yo, al igual que usted, he padecido aquel *dolor cósmico* tan profundo. Sólo quien le haya sufrido puede llegar a comprenderlo. No puedo si quiera imaginar lo que habría sucedido conmigo, lo que habría pasado, si esta obra de mi puño letra nunca viera la luz del día, de no tratarse por el consuelo que sus letras y composiciones me han inspirado. Y estoy muy feliz de haber sido yo privilegiado al saborear hasta la última gota de mi aliento todas sus maravillosas creaciones, un deleite para todos los corazones nobles y apasionados que todavía existen en un mundo donde la nobleza y la pasión están quedando en el olvido. Tal como dijo Nietzsche: «El mundo y la vida solo pueden ser justificados como obras de arte».

Con el corazón en la mano, y el espíritu mezclado con mi alma, quiero deciros: os admiro mucho, a usted Thoumas, y a los que se han ido, independientemente de las diferencias que surgieron entre vosotros, pues ello es otra historia, y al final de cuentas y después de todos nosotros, solo permanece el arte, y por el bien del arte hemos de vivir con pasión hasta el último momento. Sin importar que los años transcurran lastimando al cuerpo con los azotes de la vejez, hermano mío, personas como usted y como yo siempre llevaremos un *niño eterno* en el alma, un niño que ve al mundo con los ojos de una criatura que solo quiere jugar en los *jardines de la inocencia*. Espero y sea de su agrado el pequeño homenaje que de mi puño y letra les he dedicado a lo largo de unas febriles páginas a las cuales he nombrado con el título: «De los elfos escandinavos», donde expreso con gran vehemencia la ferviente pasión que todos vosotros a través de tan rica cultura me hacen sentir en cada minuto de vida.

La esencia de la belleza que emana toda su música he plasmádola yo en cada letra, cada palabra y cada frase de mi libro: una obra entre melancólica y alegre que a más de un alma hará sacudir en virtud de la pasión y el amor por la sabiduría. Ansío que entre esas almas deslumbradas figure la suya, y que allí figuren las almas de todos los hermanos que han hecho de esto algo posible, para que un placer exquisito les haga vivir un instante formidable hasta sumergirles en la más absoluta divinidad.

Con esta obra, en un principio, quería yo al igual que usted, expresar un anhelo muy profundo, de lo cual derívase el título de la Primera Parte: *Fragmentos y enigmas del espíritu desolado*. Bueno, hermano y maestro, puedo afirmar no sin cierto grado de altiva soberbia: he llegado a

expresar algo muy superior a un anhelo desmedido. He creado yo lo que sin duda es el preámbulo de un acontecimiento colosal cuya semilla fecundará en el mundo entero los renuevos de una gran esperanza.

De tal manera digo esto con muy buena base: no es la *monarquía* quien salvará el mundo. Es el *arte* quien para siempre nos redimirá a todos de la obscuridad. Pues *monarcas* nada más llegan a ser algunos, y de esos algunos es que proviene toda clase de tiranía. Sin embargo, artistas sí podemos llegar a serlo todos, ¡creadores de un *Nuevo Mundo*, mismo que ya nos saluda desde el próximo horizonte! Y tomando yo un pequeño fragmento de aquel mundo que en las próximas páginas nos embarcará en un viaje *abismal*, he de reflejar con deliciosa inspiración como a través de un *conjuro* lo que el *Espíritu del Artista* puede lograr y de las almas que puede llegar a tocar valiéndose tan solo de una palabra, una melodía, una imagen endiosada con arte:

«¡Ha vuelto el amanecer! ¡El mundo otra vez se viste de toga dorada por obra del mágico e inescrutable rugido! Bramidos que curan heridas, sanan cicatrices, vivifican el espíritu. El gran mandato de la creación a cuyas sentencias llueven signos vueltos vida en universales mezclas de palabras creadoras, a través de la sopa cósmica donde fundidos nacen nuevas letras y sonatas, prosa y versos auténticos a ritmo de pluma verdadera que baila en la diestra de aquel que desde su propio abismo ruge. ¡No existe poder más bello y glorioso que el de las letras y las melodías! ¿Qué sería del mundo sin el musical rugido? ¿Cómo habría el Ser de recrearse a sí mismo, si no hay letras doradas con las cuales escribir el conjuro transfigurador sobre su propia alma? Aquel espíritu que manda *a tempo* de armonioso coro, escribiendo felinos poemas sobre la sensible y apasionada carne, ¡he aquí, hermanos míos, al ser cuya belleza trasciende toda frontera y cuyo poder despliégase hasta cubrir por completo al Universo!».

Para Thoumas Holopainen,
Compositor de la agrupación de metal sinfónico: «Nightwish».
Dedicatoria de Montilla Villegas Jonathan
Los Andes, Venezuela.

La Tercera Medianoche.

Ha sido un año que nos obsequiare a muchos el profundo crecimiento del espíritu: verdadero ensanchamiento espiritual. Ahora *la Tierra* acaba de dar una vuelta completa alrededor del astro Sol que nos empieza a iluminar de nuevo bajo el fulgor de Eósforos.

El ciclo vuelve a comenzar, la rueda ha vuelto a girar, la *Antigua Serpiente* se muerde la cola. El tiempo da bienvenida a un *nuevo amanecer* tras la *Tercera Medianoche* después del *profeta hebreo*.

¡Mirad! ¡El resplandor del futuro crece venturoso desde el horizonte, elevándose y haciendo del mar un diamante! ¿No emociona pensar en el *lucero de la mañana*? ¿No ha quedado atrás todo dolor y prejuicio? ¡Mirad! ¡Aquí está *el Sello*! Todos gritando: «¡Vida!». Todos juntos: «¡Vida!».

Conocer, saber y crear: sea esta la piedra angular de todos y para todos. Ha llegado la hora de amar con locura, justificar incluso las tinieblas, hacer arder el fuego *apolíneo*[1] y gozarse del éxtasis *dionisíaco*[2].

¡Porque el mundo es un *océano* de belleza! ¡El mundo es lo único que podemos llegar a tener! La enorme *Serpiente de Cronos* nos invita entonces a renovar el ciclo renovándonos a nosotros mismos en la alegría y en el dolor, sobre todo en el dolor... ¡en el sacrosanto dolor! Y con la mirada hacia el infinito, mi espíritu decreta que este nuevo ciclo por venir haga hervir de pasión e hinche el corazón de toda la humanidad en cada minuto de vida: que los muertos aprendan a estar muertos y los vivos a estar vivos.

Este loco apasionado que ama y anhela tanto, mirando silencioso y serpenteando a través de los cerezos bosques, paso a paso va escalando hacia una montaña que no quiere ser escalada mientras grita, llora y ríe sobrado de amor y pasión viendo como la belleza pretende escabullírsele, ¡la muy juguetona! ¡Dale, belleza, me agrada ese juego!

---

[1]Expresión nietzscheana para referirse a la belleza aparencial de las cosas, sin ahondar en sus razones y profundidades. El filósofo alemán equipara esa hermosura con Apolo: deidad griega del Sol y la belleza. De ahí el término: «apolíneo».

[2]Otra expresión nietzscheana, esta vez para referirse a la profundidad de las cosas, contraparte de la belleza apolínea. Nietzsche equipara esa profundidad con Dionisos, una antigua deidad grecorromana que simbolizaba la embriaguez y el vino. La dualidad «apolíneo y dionisíaco» podemos asemejarla con la dualidad «carne y espíritu», donde carne vendría a significar «el consumo de las cosas», y espíritu «la producción de las cosas». Resulta más sencillo «consumir» que «producir», de ahí que muchos individuos se dejen seducir por «la ilusión del consumo».

Este niño álmico y hombre de glaciares eternos que se derriten queriendo llenar el océano con delicias, lleva en sí la copa llena de vida, y desea más que a nada derramarla sobre el mundo y para el mundo desde la cima de aquel monte mientras le bendice, diciendo: ¡Feliz año nuevo! Y os bendigo a todos, a los que hácense llamar buenos y a los que os creéis malvados. ¿Qué importan el bien y el mal? ¡El amante no desea convertirse en el juez de lo amado, sino en parte de lo amado!

«¡Redimíos a vosotros mismos!». Ese es mi único anhelo para este nuevo año que da inicio: «¡Sed vosotros mismos!». Ese es mi desesperado grito. Por tanto, no deseo para vosotros ni para mí, dinero, ni bienes, ni oro o diamantes, ya que eso podemos conseguirlo sin la necesidad de pedirlo. Yo deseo que podamos estar con quienes sean importantes en nuestros corazones, aunque sea contando estrellas en lo profundo de la noche o viendo atardeceres bañados por efluvios de sangre. Y que suspiremos en te quieros y abrazos y lágrimas sin dejar oculta ninguna tormenta del alma. A cada quien debe corresponderle el privilegio de amar y ser amado, escuchado y comprendido, para así gozarse en la belleza de la amistad que es amor y amor que es amistad y un solo mundo, un único mundo, donde convergen a su vez todos los mundos pensables. *Somos todas las cosas y todas las cosas están en nosotros:* desde Asia hasta América, y desde los vientos de Escandinavia hasta las montañas de Los Andes. Allá vamos, aquí voy, deseoso y anhelante de vosotros y despojado de todo pesimismo gritando: ¡Hay esperanza! ¡Siempre la hubo y siempre la habrá! ¡Feliz año nuevo para toda la Humanidad!

Montilla Villegas Jonathan

01 de enero de 2022.

Mi musa tricolor.

Glorioso *turpial*, escucha como canto, y atrapa mi voz antes de que se pierda en el viento. ¿Acaso me entiendes vos, tú hermosa ave de tierno plumaje? ¿Dónde más puede estar mi corazón sino en la tierra donde emergen todos los colores y nacen todas las estrellas?

Aquí estoy, en medio del inmenso jardín, sonriendo a través del corazón mientras se enternecen los cinco orbes de mi ser.

¡Oh, gran jardín, tú, *Pequeña Venecia*![3] Quiero sepas en cada rincón de tu ser lo orgulloso siéntome yo en el alma de haber visto en ti la luz de toda una humanidad. Hoy lloras lágrimas de sangre, y contigo llora mi desolado espíritu, mas con esas lágrimas sanaremos todas las heridas y con nuestra sangre reescribiremos el destino en una nueva historia que nos elevará hacia las más impensables alturas. El mundo ahora calumnia a tus hijos, ¡esos retoños que son tan hermosos como tú, que son como diamantes en bruto y piedras preciosas! Mas ¿qué importa? «Del odio al amor hay un solo paso», dijo la sabiduría, y tú, jardín tricolor e inmarcesible, tú eres la madre que dio a luz a los más grandes y que solo han sabido amar en grande. ¡Es el amor quien te ha mantenido de pie, y es el amor quien te guiará hacia al infinito!

¡Pues yo te amo, madre mía, tierra de mi corazón, cuna de desiertos, páramos e islas paradisíacas! ¡Diosa en las montañas, adornada con picos helados cual reina escarlata, cerúlea y soleada! Más allá de solitarias costas extiendes vos tu hermosura. Más allá de Los Andes e inmensas llanuras, vive el corazón que palpita lleno de regocijo y con ganas de vivir. En lo profundo de tus desconocidos valles, habitan los seres más desconocidos, pero no menos valiosos y profundos, y en honor a ellos te decreto yo ahora caldo de cultivo con un sello eterno.

Porque de ti viene el primer resplandor matutino, del nuevo amanecer que se presenta ante el mundo. ¡Tú eres el Nuevo Mundo! Así que no temas, nada ya musa tricolor, pues ahora… ¡al fin! Ya podemos ver la luz del futuro que los hijos nacidos en las sombras construirán para tu júbilo, ¡y alegría de toda la Humanidad!

---

[3]Hacia el año 1500 d.C, Americo Vespucio designa con este término a los palafitos indígenas en el lago de Coquivacoa, que le recordaban al pueblo de Venecia. Posteriormente se le daría a toda la región el nombre de «Venezuela»; es decir, una «pequeña Venecia».

Cuando las nubes por fin se dispersan, permitiendo a un nuevo sol brindar su calor al frío que ha helado tanto nuestros corazones, entonces finalmente comprendemos: «¿Acaso no era el fin, sino el comienzo?».

Cierto: el Sol jamás se oculta por siempre.

Para el pueblo de Venezuela, y de Venezuela para el mundo.

PRIMERA PARTE

FRAGMENTOS Y ENIGMAS DEL ESPÍRITU DESOLADO.

¡Oh por qué tú, alma de mi corazón!

¡Tú corazón de mi alma y consciencia detrás de mi eterna mirada!

Dime ¿por qué me haces amar lo intangible, me haces desear a las quimeras y pensar en océanos que no existen?

Mi duro ser continúa derritiéndose por las fantasías de un amor que no es de materia, que no le siento en mi carne.

Sino que aturde y estremece hasta los últimos rincones del espíritu desolado.

De mi espíritu desolado...

¡Desolado por la belleza de un amor inconsumable!

«¡Yo soy tu verdugo!»

Desolación. ¡Oh, terrible desolación que me arrastras poco a poco hacia un desconocido abismo, tú, criatura insufrible! Allá, donde habitan las pasiones más extrañas. Ahí, donde existe *el Querer*, pero *el Miedo* se interpone diciendo: «¡Yo soy tu verdugo!».

Miedo, quien es, el más espantoso de todos los diablos. Miedo, quien es, paralizante, habilidoso y de monstruosa faz, adepto de las más antiguas y secretas doctrinas.

¿Quién habrá de enfrentarlo?

¡Tártaro Miedo! ¡Cuánto odio te profeso, usurpador del *Abismo*! ¡Tú eres quien aprisiona con duras cadenas! ¡Miedo! ¿Quién habrá de enfrentarte, tú que eres tan cruel, malvado y persuasivo?

¡Abismo! ¡Tenebroso y eternal pozo! ¡Abismo!, que me alejas cada vez más de ella, ¡de la Diosa mía!

¿Acaso no me oyes tú, mi diosa? ¿Por qué ignoras mi súplica y el llanto de mis letras, oh, Diosa mía?

¿Y por qué no blandes la gloriosa espada y me destrozas de una vez con ella? ¡Pues harto estoy ya de *sentir*! ¡Ahogado por la fatiga en este abismo del *Miedo*!

Diosa mía… ¡cómo añoro tu dulce ser! ¡Ven y abrázame, eternamente! ¡Quiero dormir para siempre en tus adorables brazos!

¡Oh desolación! ¡Inmensa desolación que me consumes día tras día sin reposo!

Unos ojos plateados son *las perlas divinas*. Una celeste voz *el canto de un ángel*. Un alma eterna *la esencia de la Belleza*. ¿Por qué, mi Diosa? ¿Por qué este destino? ¡Yo soy fuerte, pero no tanto! ¿Acaso una *belleza distante* es verdadero alimento para el espíritu y verdadero alimento para la carne?

¡Oh, *Tiempo*! ¡Maldito! ¡Maldito sea por siempre ese horrible *Monstruo* que todo lo destruye! Que no es un diablo, ni un demonio, ni un ángel, ni un dios. *¡El Tiempo* que aniquila a *la Belleza,* desvaneciéndola!

¡Mareante vértigo! ¡Náusea terrible! ¡Profundo vacío! Contradicción, vida, muerte, amor, odio, anhelo, temor, incertidumbre,

belleza, lejanía... ¡deseo! ¡Deseo interior![4] ¿Ser o no-ser? ¿Azar o Destino? ¿En este desolador abismo?

Pues Querer es Poder, pero *el Miedo* se interpone diciendo: «¡Yo soy tu verdugo!».

(…)

¡Espera! ¡No te vayas, Diosa mía! ¡No temas de mí! ¿Tan vergonzosos te resultan mis pensamientos?

¡Ah, «Yo soy el que Soy»![5] ¡Y *quien soy yo*, a ti me ha llevado! Porque no hay forma, ni cuerpo, ni belleza en sí entre nosotros... ¡esencia nada más! Y tu esencia me ha atraído. ¿De modo que huyes? ¡Bien! ¡Condéname al peor de los tormentos!

Sin embargo, antes... ¿quieres saberlo? ¿Quieres saber lo que *yo siento*? ¡Vaya predicamento! ¿Cómo expresarlo? ¿Acaso existen palabras que describan a *lo Inefable*?

De acuerdo: tan solo imagina a un alma que vaga perdida a través de un *infinito desierto*. Dicha alma se encuentra atormentada a causa de las pasiones más profundas que pueden llegar a experimentarse a través de los *orbes espirituales*. Imagina a dicho ser, en cuya frente va escrita con sangre la palabra «anhelo», y que tal ser es mudo, no habla. Él «quiere decir», pero no sabe hacerlo, o bien no puede, o bien no entiende cómo expresarlo todavía. ¿Puedes oírlo? ¡Está gritando en silencio! Es un flagelo de la existencia. ¡Lágrimas corren a través de sus pálidas mejillas! Cada gota que se desploma sobre la triste y desértica arena se llama «desesperación», y el nombre del *mendigo del desierto* es: «Aquel que busca la belleza, mas no puede alcanzarla todavía».

---

[4]Utilizo esta expresión al inspirarme en el verso de una de las canciones de Nightwish, el cual reza así: «Un pecado para él. Deseo interior. Deseo interior. Un velo ardiente para la novia demasiado querida por él. Un pecado para él. Deseo interior. Deseo interior. Enamorarse de su profundo pecado oscuro». El estribillo se encuentra en el tema: «She is my Sin», del álbum Wishmaster.

[5]Una de las expresiones que sin duda refleja hondamente la esencia divina del individuo que se ha convertido en su propio dios, en el dueño absoluto de su destino y sus actos, más allá de toda moral o cualquier precepto religioso o social, proviene del segundo libro del Pentateuco o la Torá, específicamente el libro del Éxodo, donde Moisés expresa simbólicamente la profunda y ancestral espiritualidad que dejaba a simple vista aquella batalla interna entre el egocentrismo y la egolatría del antiguo pueblo hebreo, un pueblo que luchaba por crear su propio destino, y a su vez tenía que acarrear con la fatalidad de un dios egocéntrico cuyos designios no podían ser violados: «Dijo Moisés a Dios: «Ciertamente, yo iré a los hijos de Israel y les diré: el dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; pero cuando ellos pregunten: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les diré?» Respondió Dios a Moisés: «Yo soy el que Soy. He aquí lo que dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros».

¡Oh, *Monstruo*! ¡Estrella de la fatalidad! ¡Oh, vosotros, terranos y mustios! ¡Oh, mundo tangible que sumerges en el aterrador pozo de los deseos reprimidos! ¡Oh Diosa mía! ¡Juzgadme! ¿Acaso miento? Acaso... ¿exagero? ¿Hablo con *humo y aullidos,* igual a los hipócritas?[6] ¡Querer! ¡Querer es poder! Pero *el Miedo* se interpone diciendo: «¡Yo soy tu verdugo!». ¡Está bien, verdugo! ¡Veamos quien gana!

(…)

Cierto día caminaba yo sin rumbo, entre arboledas, semejante a un alma que no tiene destino ni mucho menos propósito. Aquel paraje se llama «el bosque de *la Serpiente*», un lugar que, desde su descubrimiento, a mi desolado espíritu siempre ha impregnádole de tormento. Mi deseo, en aquel momento, era «volar», mas no me sentía capaz de hacerlo. Os lo juro… ¡no podía! Aunque ello quería yo… ¡no podía! ¡Volar! ¡Eso quiero y eso querré eternamente! ¡Volar con *seis alas*! ¿Pero dónde quedó el «Siete»? ¡Misterioso número!

Siete es el que sobreviene después del «doscientos menos uno antes del nuevo Amanecer». *Siete,* son los años aciagos. *Siete* es «el divino par que diera a luz aquellos luceros de plata en *el Octavo Templo,* ocho días después bajo la Estrella del León». *Siete* eran las primaveras que yo había visto cuando comenzó «mi gran tormento», en aquella época, cuatro años después de *la Tercera Medianoche*. Siete son también *las Reliquias del Destino,* dando forma al Ser que Es en *el Triángulo Abismal*. *Siete* son los cuatro tiempos, los dos tiempos y el último tiempo. *Siete* es el número perfecto y el número de la perdición de «aquel que busca ser *el Siete* pero aún no pasa del *Seis*». Tres veces seis... ¡hasta *la Eternidad*!

Siete son las regiones de *la Tierra Nueva* y *siete* son los tormentos del *Gran Desierto* que aprisiona al flagelo sin esperanza. ¡Siete! ¡Averiguad el secreto! ¡Pues «siete es el heredero del cuatro»!

(…)

[6]En su Zaratustra, Nietzsche afirma que los hipócritas hablan con «humo y aullidos»; es decir, siempre culpan a los demás de sus penas y fracasos, pero nunca se culpan a sí mismos. Tal postura ha de adoptarla todo aquel que enarbole una doctrina egocéntrica, como la Iglesia cristiana y sus seguidores. Estos culpan al «demonio» cuando su conducta se desvía de los preceptos morales que ellos mismos han establecido.

«¡Desolación!», grité, en medio de aquel siniestro bosque, cayendo sobre mis rodillas.

¡Maldita desolación! ¿Qué más quieres de mí? ¡Dímelo! ¿No te basta el condenarme a vagar eternamente en este desierto infinito? ¡Y aunque te llamo no me contestas! ¿A quién hablo, entonces? ¿Acaso a *la Nada*? ¡Tan solo dime por qué! ¿Por qué, maldita sea? ¿Por qué tú espantosa desolación me obligas a *desear lo que no puede ser* ya que *el Miedo* se interpone diciendo: «Yo soy tu verdugo»? Deseo profundo: esa es el arma de la perversa desolación, el Gran Tormento que ha nacido cuatro años después de *la Tercera Medianoche*, en *el Octavo Templo*, ocho días antes bajo la Estrella del León. ¡Maldito sea aquel día en que descubrí a *la Desolación*, a ese diablo, que hipócritamente se disfraza de ángel para torturarme! ¿Dolor físico? ¡Qué importa ello!, cuando es el alma quien sufre tanto, tanto, tanto, hasta la Eternidad de eternidades y cae inexorablemente hacia el abismo del más profundo y desconocido anhelo…

¡Oh, Diosa mía! ¿Por qué me has abandonado?
Añoro tus besos. ¡Besos que nunca llegaron!
Añoro tus brazos. ¡Brazos que nunca me acogieron!
Añoro tu carne. ¡Carne que bañaría con mi propia sangre!
Pues mi sangre es tuya. Tómala. Bebe de ella, ¡pues es mi alma!
Sangre de mi sangre, carne de mi carne, alma de mi alma.

(…)

Tú, *Desolación*. Sí, a ti es quien me dirijo. Presta atención: si estuvieras en mi lugar ya habrías enloquecido. No sabes cuánto odio te profeso, ¡perra *Desolación*! Pues fuiste tú quien le dio una forma a mi Diosa. Carne le volviste. Me hiciste desearla. Año tras año has cambiado su figura conforme a tu placer, y día con día me torturas y no te cansas de hacerlo; pero mi dolor ahora se ríe en tu cara. Ahora *el Dolor* es mi amigo, ahora el dolor me protege del absoluto-abandono. Ahora *el Dolor* es mi arma y mi escudo más poderoso, y por ello, junto a él, junto a mi dolor, siendo portadores del *Triángulo Abismal* te venceré a ti, *Desolación*, a ti... ¡Gran Ramera! Ya no seré más «el mendigo del desierto» sino «el que redime a las tinieblas».

Y por eso es que aquí, en el bosque de *la Serpiente*, invoco a *la Criatura Abismal* para que sea ésta quien abra todas las puertas del destino. Sea Ello, con su purpúrea mirada, quien vea de frente a *la Verdad* y se adueñe del perfecto *Siete*. Cuatro tiempos, dos tiempos y un

último tiempo. ¡Oh, el último! ¿Quién es *el Último*! ¡Silencio! ¡Pues su nombre es «el símbolo de la Gran Ruina»!

¡Oh, no! ¡Pero mis fuerzas flaquean! ¡Mi *fortaleza* quiere abandonarme! ¡Diosa mía, acude en mi ayuda! Tú eres pura, cristalina, diáfana y bonante. Tú solo conoces *el Amor* y a ese fiero demonio le has domado con tu ternura. ¿Me estás hablando? ¿Qué dices? No puedo oírte, pues mis fuerzas ahora quieren abandonarme... ¿Qué deseo? ¿Eso preguntas?

¡Ah! ¡Tus brazos! ¡Eso quiero! Dormir como *el Querubín* de querubines sobre tu lecho de ternura... ¡ese es mi anhelo más grande! Escuchar tu celestial voz susurrando a mis oídos, ver tus ojos de plata fijos en los míos, acariciar tu dulce cabellera y tu piel... ¿cómo no iba a desear tales maravillas? Pero... ¡no! ¡Oh, no! ¡Ahora recuerdo que no eres real! ¡No eres de carne! Y la carne quiere la carne ¿Si yo no fuera carne, quizás tampoco sufriría? Entonces… ¡mátame! Despójame para siempre de este cuerpo mortal. Pues *el Miedo* no se cansa de escupir en mi cara: «¡Yo soy tu verdugo!».

(…)

Susurros...
Gemidos en la oscuridad...
Cual almas en pena...
Cual mundo desolado...
Hace frío...
El velo es gris...
Las estrellas han muerto...
El Sol no brilla...
Y la Luna está cansada...
Profunda desolación...
Profundo deseo...
De anhelos incumplidos...
De belleza instantánea...
Bosque solitario...
Fin de los tiempos...

(…)

¿Qué dices, mi Diosa? ¿Una nueva pregunta surge desde el fondo de tu tierno pecho?

¿Que por qué no te busco, si tanto te añoro? ¿Eso es lo que preguntas?

¡Y buena pregunta, por cierto! ¿Por qué no te busco y de una vez y para siempre termino con esta incertidumbre? Quizás no lo hago porque prefiero esperarte a ti, a que tú me encuentres. Quizás no lo hago, porque me siento condenado, y *el Condenado*, amada mía, no quiere «salvar», quiere que «le salven».

¡Sálvame, entonces! ¡Aquí estoy rendido y llorando lágrimas de sangre! ¡Aquí estoy esperando a que tus brazos por fin me estrechen y derritan mi eterno glaciar! Oh Diosa mía, Reina mía, Querida mía, en efecto: «el que busca encuentra», sin embargo, muchas veces aquello encontrado no es aquello que se buscaba. Debido a eso prefiero que *la Belleza* me encuentre a mí, ¿no es mejor así?

Pero la espera puede resultar eterna, y eterno puede resultar el dolor, y el dolor puede resultar insoportable, y lo insoportable puede llevar hasta la muerte. ¡Mas yo no quiero morir aún, mi diosa! ¡No sin antes haber gozado de tus delicias! Solo entonces que me alcance la marea. Nada más un instante de absoluta felicidad ha de justificar toda una existencia de sufrimiento. ¡Que gire el reloj de arena! «¡Aquí vamos de nuevo, despertar de mi conciencia!».

¡Rara pasión! ¿Os parezco demente? ¿Solo hablo de fantasías y de vergonzosos anhelos incumplidos? ¡No os culpo si pensáis de esa forma! Mas tened cuidado, porque no es tan sencillo, ¡y profundo es *el Abismo*!

Oh, gris atardecer y soplo de viento invernal... ¡qué turbia y peculiar es la marea! A ratos viene hacia mí una cruel revelación: ¿Acaso será posible? ¿He enloquecido? ¿Me he ahogado yo mismo en la profundidad del *océano interno*? ¿Estoy muerto? ¿He sido valiente? ¿Capaz de superar toda cobardía al tomar de una vez por todas «la decisión suprema»?

¡No! ¡Estoy maldito! ¡No tengo salvación! ¡Todo es una ilusión! Cómo aquel día, cuando creí todo era felicidad, cuando el mundo se volvió perfecto...

(…)

«Aquí estoy para ti, querido mío», escuché decirle. ¿Sería posible? Yo iba caminando a través del bosque, aquel día, ensimismado y tal como

siempre perdido en mí. Desde lo más profundo evocaba su figura, deseando que ella materializárase en el medio del camino:

«¡Aparece! ¡Aparece!», no dejaba de repetir, cuando escuché aquella voz:

«Aquí estoy para ti, aquí estoy para salvarte, mi amado».

¡Y cuál sería mi deleite, y mi éxtasis, cuando la vi aparecer en medio de unos matorrales cual doncella encantada y radiante y vestida de blanco! ¿Era ella? ¡Oh, Diosa mía! ¿No tratábase de un espejismo? ¿Engañábame la vista? ¡No! ¡Sí! ¡Era ella! Sus ojos grises me veían cual plateadas perlas. Su larga y negra cabellera bailaba con frenesí. Su blanca piel por sí misma llamábame a hacerla mía para siempre, resplandeciendo a causa de tanta divinidad, tal cual como aquella hermosa sonrisa que reflejaba las más absolutas maravillas a través de la más exquisita y eterna juventud.

¡Como un loco desesperado me arrojé hacia sus brazos! ¡Como un niño embebido de amor y ternura! Y ahora que lo recuerdo, aquí, sentado, parafraseando voces prohibidas y pecaminosas; ahora que añoro al tiránico y absurdo pretérito, no logro describir si quiera lo inefable fue aquella sensación que tuve al momento de ella acogerme sobre su tierno pecho mientras me colmaba de caricias, ni los mil besos que saboreamos hasta la última gota ni nuestros cuerpos desnudos en la soledad y el bosque y la naturaleza y el mundo perdido. Ella y Yo: unidos, entrelazados, fusionados, a través del más absoluto y delicioso néctar de amor mientras bebíamos de aquel fecundo manantial de lujuria y placer.

¡Oh, eterno instante! Eternidad. Tú que vas y vienes… ¡dame otra vez la belleza de aquel momento! Dámela una, y otra, y otra vez, ¡por favor! ¡No quiero vivir de otra manera si no es a través de mi Diosa! Añoro su olor, su sabor, su piel, sus besos, su cuerpo todo; su alma, su mente, su espíritu y todo lo que Ella es eternamente. Llámala… Tráemela… Dámela… ¿Dónde está? ¿Y ahora? ¿Por qué siento que caigo? Este sopor...

(…)

¡No era real! ¡Nada más una ilusión!

¡Oh, terrible injusticia y cruel tormento! ¡Falso recuerdo y tiránica fantasía! ¡Imaginación maldita y despiadada! Mis lágrimas deberían volverse un mar de sangre para ahogarme en ellas.

¡Amor! ¡AMOR! ¡Deseo profundo que me vuelves tan loco, haciéndome anhelar lo que no puede ser! Más vale morir, *no ser* nada, en lugar de vivir en agonía deseando la belleza que no es posible poseer. Oh Sócrates... ¡dame de la cicuta!

Terrible dolor y deseo profundo, profundo, profundo… ¡profundidad es el término que mejor le describe! ¡Es una sensación sin lugar y cabida en *el Cosmos*! Oh Diosa mía, ¡destruye y redime al *espíritu desolado*!

¡Amor platónico y maldito! ¿A qué se debe tu necio empeño de continuar hiriéndome? ¿No te cansas de hacerlo? Esta cruel condena es insoportable.

Solo yo entiendo esta pasión, este anhelo de hermosura; de pura belleza, infinito instante e insondable placer. ¡Vivir! Un instante formidable, eterno y trascendente que me envuelva, en la más absoluta divinidad. ¡Sí! ¡De amor estoy sediento! ¡Diosa mía ven y sáciame! Pues me hallo fatigado y hastiado incluso en la flor de mi juventud desde que descubrí aquella extraña pasión cuando tenía siete primaveras. Amor y Deseo: terribles demonios, que me lastiman hondo y con saña. Yo soy su comida favorita. Ellos disfrutan de mí, pero yo no disfruto de ellos. ¡Cuánta crueldad! ¡Cuánta injusticia! ¡Cuán grande y profunda es la magnánima desolación de aquel que ama desde el silencio y desea desde *la Soledad*! Día con día, noche tras noche. Cada minuto, cada segundo, cada instante sobre todo instante, a través de *la Belleza* y las quimeras, y diosas, y princesas, y reinas, y sirenas y artistas y cantantes y *mares insondables*.

¡Pasión! ¡Pasión! ¡Desordenada pasión! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡Tímida vergüenza! ¿Cuál es la Puerta? ¿Cuál la Pregunta? ¿Cuál la Luz? ¿Quién tiene la llave, la respuesta y sabiduría necesarias para salvar al espíritu enamorado del *Amor* que jamás puede saciarse?

Pero *el Miedo* se interpone diciendo: «Yo soy tu verdugo».

Tomad la espada...

Cortad mi cuello...

Bebed mi sangre...

¡Pues es mi alma!

(…)

En el «bosque de *la Serpiente*», hermanos míos, se encuentra una humilde casucha. Aquel día a las seis y dieciséis hora vespertina mi

atormentada alma, cansada y hecha pedazos, no pudo ya más consigo misma. Daba la impresión de ser yo un temido espectro de la noche, cuando a través de una ventana corroída por el tiempo y la suciedad penetraba un tenue resplandor que bañaba la sombría estancia de un hilo carmesí, casi de sangre. Entonces, aparentemente decido, me subí a una mesa e hice un fuerte nudo que sujeté neciamente a una viga que sujetaba el techo. En el momento de rodear mi cuello con la soga experimenté, de inmediato, la falta de respiración. Sin embargo no me importó. Toda desolación tiene un límite, y la mía había tocado fondo.

Pero entonces ocurrió la cosa más increíble y maravillosa que jamás pude haber imaginado: tuve una «revelación». Fue en aquel momento, de absoluta y última desesperación, cuando ya nada importa, pero al mismo tiempo «todo ocurre», en que *el Miedo*, por vez enésima y definitiva personificóse e hizo presente ante mi vista, y dijo unas palabras que nunca olvidaré, y aún resuenan en mi mente con atronador mesianismo:

«Yo no soy tu verdugo. Soy tu amigo. Nos vemos en la eternidad y *más allá de todos los tiempos*».

Así habló *el Miedo*, para luego desvanecerse como si se tratara de humo. Comprendí de inmediato a qué referíase con aquellas palabras, de modo que dispúseme a desatar el mortal nudo que no le permitía respirar a mi espíritu, y que yo mismo había sujetado y elegido como mi último verdugo. Y solo entonces sucedió que aquel espíritu, volando fuera de mí, más allá de mi cuerpo, adquirió forma y realidad, pues ello no podía ser menos real que «todas las realidades juntas».

Mi espíritu tomó figura, pues, volviéndose materia, y me habló con voz profunda y retumbante de la siguiente manera:

«¡Tú! ¡Deplorable reflejo de todas las miserias humanas! ¡Ya basta! ¡Mira hacia la ventana!».

De tal manera se expresó mi espíritu. ¡Y os puedo jurar como sentí a todos los vellos de mi cobarde piel erizarse a causa del terror que me provocaba ver y oír aquella aparición! Era yo, lucía como yo y hablaba como yo; pero se veía imponente, amenazador y hermoso, resplandeciente y seductor. Tuve miedo de ser castigado por no obedecer a quien me hablaba «como a través de un espejo». Por tanto hice lo que aquel me ordenaba: dirigí la vista hacia la ventana. Y entonces me di cuenta de que ya no me encontraba en el bosque, o al menos, no estaba tan profundamente atrapado en su interior, puesto que pude observar el atardecer.

«¿Lo ves?», me preguntó, y luego dijo: «¿Observas el bello atardecer? ¿Observas como el sol, extasiado, a causa del embriagador néctar de la seductora noche que viene, ahora quiere dormirse, mas no para siempre, pues «todo renace desde las tinieblas», ves como el *sol durmiente* se va, dejando a merced del horizonte preciosas y rosáceas pinceladas y efluvios cual rubíes? ¿No es este espectáculo un simple y al mismo tiempo un majestuoso reflejo de todas las bellezas, no reúne en sí a todos los placeres y delicias que hierven en el infinito manantial llamado *Existencia*? ¿Y a ello quieres renunciar tan solo porque una, dos, o quizás tres de esas bellezas se te han negado, tres, por mil millones que tal vez esperan a que las descubras en el épico sendero de la vida? ¡Oh, me hiere tanto ese egoísmo tuyo! ¡A causa de no poder satisfacer los apetitos de tu *vulgar carne*, quieres privarme a mí, a tu noble y querido espíritu, de todas las demás bellezas que nos aguardan a ambos en el infinito océano de la hermosura!».

No soy capaz ni soy lo bastante elocuente para describir, con certeza y palabras, la sensación que experimenté en el momento de oír a mi espíritu hablar de aquella forma. Solo diré que, sacudido hasta el más mínimo detalle en mi ser, en gracia de lo que fui, de lo que soy y lo que seré, me desplomé sobre mis rodillas, y lloré de una forma que incluso a un recién nacido le habría hecho sentir vergüenza. Aquellas palabras, bellas pero crueles, ciertas y profundas, habían alcanzado una parte de mí que ni yo mismo sabía que existía. Algo en el interior de mi corazón hizo explosión, y como a través de un rayo y un trueno, vislumbré y escuché cosas que ni siquiera el más fecundo de los poetas sería capaz de versar. Lo único que mi alma pudo articular fue un agónico alarido que deslizóse a través de la garganta e impregnó a mi lengua de la más desesperada súplica: «¡Perdóname, espíritu mío! ¡Perdóname! Tú que por siempre has sido mi más grande y mi más fiel consejero… ¡ten piedad de este *romántico* sin esperanzas!».

Así lloraba yo mientras retorcíame en el suelo como sanguijuela. Luego mi espíritu prosiguió:

«Comprendo tu dolor, más que nadie en el mundo lo comprendo. ¿Y cómo no habría de entenderlo? Si de mí emanan todas tus virtudes, si *Yo soy* el reflejo de lo que en verdad eres, de lo que siempre has querido ser. Sin embargo, por causa de tu cuerpo, de tus emociones e incluso de tu intelecto, no me has permitido surgir y mostrarme como realmente soy, mostrarnos cómo verdaderamente somos. ¡Nada más hoy, solo aquí, en *la Soledad* y *la Muerte*, en el no-ser y el profundo *Abismo* y *la Nada*, solo en

este momento es que has abandonado esa *máscara* que con timidez has mostrado a un mundo que dice «conocerte», pero que en realidad no sabe lo que eres! ¡Ni tú mismo sabes quién eres! Ambos sabemos lo que siempre has pensado: ese aspecto, ese rostro, esa piel mustia… ¡no complementan lo que existe dentro de ti! Oh, cómo desearías dar una *forma* propia y autónoma al *cuerpo* que te dio la madre naturaleza, para que este *hablara por sí mismo* y su *imagen* fuera un *símbolo*, cual *divina efigie*, de todos los pensamientos y sensaciones que te hacen *Ser*. Pues cuando te imaginas a ti mismo realizando prodigios no es tu *imagen* la que ves. ¿O me equivoco? Lo que ves es otro cuerpo, otro rostro, otra figura, pero no a ti. ¡Tú eres el que «le arrancó la piel al vanidoso Narciso!».

Aquí mi espíritu hizo una breve pausa, tal vez aguardando a que emitiera yo una objeción, o una súplica, pero hallábame en sumo devastado. Solo podía llorar mientras pensaba en mi Diosa: en sus ojos de plata, su blancura, y todo lo que ella es, deseándole tanto que tal vez pude haber muerto en aquel momento de tanto amor que me consumía. Y debido a que mi espíritu era capaz de leer mis pensamientos, sonrió con ternura, y compasión, y me dijo:

«Hoy no es para siempre», expresó. «Mañana será el día del Gran Amanecer. Mañana será la Fiesta del Infinito donde te ahogarás en placeres y delicias cual golosinas, y las dulzuras en ubres de leche y miel van a extasiarte hasta el más profundo pozo del Amor y la Lujuria. ¿Puedes imaginarlo? ¡Creo que no! Porque será más de lo que esperas, y temo no tolerarás tanto goce y disfrute, pues incluso añorarás ese dolor que ahora te atormenta». Al escucharle decir esto último abriéronseme los ojos y entonces dejé de llorar. Finalmente pude reincorporarme, y levantando el busto observé hacia donde encontrábase mi espíritu.

¡Tan hermoso veíase él! ¡Tan perfecto en su *imagen,* como yo siempre he buscado ser! ¡Aquel puro y maravilloso espíritu era yo, era el reflejo de mi esencia! Y habría caído otra vez al piso, seducido a causa de tanta divinidad, de no tratarse por una nueva *fortaleza* que en dicho momento ayudó a mantenerme de pie, misma que surgía desde el fondo de mi alma. En efecto, ya no era yo el mendigo del desierto, sino: ¡el que redime a las tinieblas!

Y volvió a hablar mi espíritu, en lo que, según mi opinión, es lo más hermoso que jamás pudo decirse a sí misma criatura alguna:

«Hoy no...», añadió: «Hoy no es *el Amanecer*. Hoy es *la Noche* del sufrimiento y la agonía. El presente, amigo mío, es lo único que existe. Debes aprender a vivirlo, pues acuérdate de aquel sabio que sabiamente

supo decir: *Al dolor le decimos «pasa», pero al placer le decimos... «¡Quédate por la eternidad!».*[7] ¡Es *la Hora,* entonces![8] La hora del infinito presente, del único instante, donde mueren tanto el pasado como el futuro. ¡La Gran Hora! Ábrete amigo mío, pues ha llegado el momento de renacer como *el Ave Fénix*. *El Océano* te aguarda. Eleva anclas y hazte cargo del timón, tú, ¡Capitán de capitanes! ¿Tan egoísta eres que no oyes el clamor? ¡Es *el Mundo* clamando por tu fuego! Fuego lento pero abrasador. Y aquellos a quienes amas y aquellos que te aman, ¡ruegan e imploran de rodillas que vayas y abrases sus almas!».

Al terminar de hablar, mi espíritu volvió al lugar que le corresponde. De nuevo él y yo *fuimos, somos y seremos uno*. Así habló mi espíritu. Por suerte le obedecí. Y en aquel momento me sentí prodigiosamente renovado tanto que me dije a mí mismo: ya no soy el de antes, y jamás volveré a serlo. ¿Quién más ha obedecido a su espíritu, a quién más éste le ha hablado de una forma tan clara y concisa? Pues la criatura a la que su propio *ser se* le ha dirigido de tan maravillosa manera, ha conocido toda ella la obra más celestial del cosmos. ¡Y dicha criatura, yo le amo!

(…)

Salí de la casucha y luego del Bosque. El mundo no era el mismo. Hacia el horizonte desvanecíase frente a la mirada «el terrible Mediodía», donde todo es horror, y tinieblas, y fuego de muerte. El *Gran Lago*, las *Ciénagas de la Perdición*, el *Tenebroso Valle* y la *tierra de los Condenados*: esos eran los nombres del obscuro y sombrío abismo a donde todos fuimos a purgar sin ninguna razón.

---

[7] Otro proverbio nietzscheano del Zaratustra. Éste hace alusión al pensamiento del Eterno Retorno y al hecho de que todos nosotros, para vivir de verdad y dejar de comportarnos como simples plantas que se limitan a vegetar, debemos aprender a sentir el instante como si ese mismo instante fuera a repetirse una y otra vez por toda la Eternidad. Entender que los dolores son eternos porque se repiten de vida en vida, pero que al mismo tiempo no lo son porque todo sufrimiento «pasa», «transcurre»; y comprender de igual manera que los placeres también transcurren, son instantáneos, ¡pero también son eternos porque se repiten infinitamente! Si cada uno de nosotros ha llegado a vivir un instante de placer donde nos hemos sentido llenos y perfectos, ¿acaso no vale la pena repetir la misma vida una y otra vez, a pesar de todos los dolores que en ésta se han padecido y padecerán, solo para volver a experimentar aquel «instante formidable» una y otra vez en la eternidad del tiempo?

[8] Aquel glorioso instante que yo he nombrado como: «la hora seiscientos dieciséis». Ver capítulo: De la Bestia y su imagen.

Después, viré hacia la dirección opuesta. Allí, los *dominios del Hombre* precedían al gélido norte, esos *glaciares de la eternidad* que anteceden «algo desconocido y sin nombre».

Hacia Poniente se encontraban las *Montañas de Algodón*, donde se dice que no penetran ni el Bien ni el Mal Pero ¿quién es bueno y quién malo? Quisiera saberlo.

Y hacia Naciente... ¡oh, hacia el padre Oriente! Allí la *Cordillera de la Luz y las Tinieblas* daba entrada al *Tenebroso Valle*, reposando, igual a un espantoso escondrijo de montañas rocosas e inmensas. ¡Que nada me arrastre hacia aquel lugar, pues desconozco qué secretos puedo descubrir allí!

Y luego estaba *Valle de la Providencia*, paraje que ningún mortal ha logrado atravesar, y el cual me llevaría hacia el destino que todos nosotros, quienes buscamos *la Redención*, perseguimos inopinadamente hasta llegar a la gloriosa cima que sellará el fin último de toda existencia y de todo lo-que-existe: El *Monte de los Elegidos*.

¡Que mi suerte lo confirme eternamente hasta ser tragado por la realidad! Pues *el Miedo* ya no se interpone diciendo: «Yo soy tu verdugo». ¡He dicho!

Aquel que busca la belleza, mas todavía no puede alcanzarla.

Oh, gloriosa *Verdad* que habitas en mí, ¡dame poder y sabiduría para que pueda expresar sin contratiempos el anhelo más profundo del espíritu desolado!

Oh celeste musa… Tú, abismal reina, mensajera de nueve alas, preciosa valquiria, aguerrida amazona, conocimiento de seductora piel y élfica princesa de los eternos bosques… Tú, Diosa mía, que todo lo sientes y haces sentir… ¡la fuente de la vida y el regocijo infinito yacen en tu interior!

Manantial de placeres y delicias eso eres. A vos acudo en favor de que sientas mi desesperada súplica tanto como si fuera tuya. Se la guía de mi alma inescrutable e ilumina los zafiros para que el resplandor no olvide ningún rincón por donde pueda escabullirse la oscuridad.

¿Qué es esta sensación en el fondo de mi abismo? ¿Cuál dolor me agobia en lo profundo del terrible océano? ¡Tú lo sabes! ¡Y puedes expresarlo mucho mejor que este niño asustado!

Yo puedo sentir el alma solitaria, gritando, hecha pedazos a causa de un vacío tan grande que le sumerge en la inescrutable no-existencia, mientras busca, alma mía desdichada y pobre, a quien vuelva a unir *todos sus trozos* esparcidos como a través de un campo de matanza. Pero se encuentra sola, ¡está perdida!, y para ella es toda otra alma *un mundo al revés*. Sola está entonces mi alma, en medio de una muchedumbre que vive solo por vivir. ¿Acaso debe sanar? ¿Curarse a sí misma? ¿Eso dices tú, diosa de oscura melena, piel dorada y ojos de plata? ¿Yo soy mi propia luz en medio de las sombras y nocturnos deseos? Oh *ser* mío y plácida sensación… ¡a ti es quien me dirijo! Lágrimas de sangre brotan del espíritu desolado. ¡Sálvalo! ¡Ven a nosotros!

«No tengas miedo», díjome la exquisita musa. «Eres el dueño de tu propio azar. Te has equivocado, ¿cierto? Mas ahora puedes hacer las cosas bien».

«Es verdad», respondí yo. «Sin embargo hay otra cosa, una cosa tan honda, que la necesito tanto y me convierte en aquel *diablo*[9] incapaz de

[9]En este momento, donde vuestro autor apenas ve las sombras de su propio abismo, aterrado por la obscuridad que a sí mismo le habita, aquel es «un diablo»: encuéntrase hundido a causa de la grávida penumbra que hay en su interior y quiere a su vez que esa oscuridad se extienda hacia toda

evocar desemejanza. ¿Qué es mi mayor anhelo? ¿A cuál nombre responde el redentor brillo de las tinieblas? Todo lo que un ser ansía, diosa mía, es el amor verdadero. ¿Pero qué es el amor verdadero? ¿Acaso aquella inmutable esencia de indescriptible dicha? ¿Acaso la belleza? O quizás tú eres el Amor, y nadie más que tú, mi ángel, mi doble espíritu, mi destrozada alma, tú, diosa que habitas *más allá de todos los tiempos*…

Hay quien dijo: «Ser o no-ser», pero lo único, ¡oh, mis hermanos! ¡Lo único que vale es *sentir*!

¿Y qué es *sentir*? Es el objetivo inefable, es el dulce aroma de la rosa perenne que nunca marchita sus pétalos y cuyas espinas jamás provocan dolor; *sentir* es, ¡oh, vosotros apasionados!, la voz celeste y el canto de un ángel; *sentir* es, ¡oh, vosotros los románticos!, el deguste de la sabrosísima miel en un eterno panal, cuyo sabor guardar en sí las dulzuras completas del Orbe Universo. *Sentir* es la forma de *Lo que es*; *sentir* no es ser ni saber; *sentir* es nada más el Sentimiento y la sensación infinita. ¡Por ello invoco a mi glorioso espíritu para que me cubra por siempre con su eterna luz![10]

¿*Sentir*, es Dios? ¡Oh no! ¡Pues la Humanidad adora a falsas deidades! El dios religioso ha sido concebido como un tirano déspota; un dios, y perdón si os ofendo, que elige a unos pocos y al resto de los seres les arroja en un lago de fuego y azufre. ¡Yo no lo puedo concebir así, y no puede ser así! El Dios verdadero es de amor y AMOR es su nombre. Es aquello que brota de nuestro ser volviéndonos dichosos en *la Vida* y aún más en *la Muerte*. Dios es aquello que no puede ser visto, nada más puede ser sentido. Yace tras las miradas de amor que dedicamos al objeto amado y yace también tras el odio profundo que profesamos a nuestros enemigos. Nos miramos al espejo, y ahí está; lloramos, y a torrente de lágrimas vive en nosotros. Dios es el *supremo creador* de la conciencia que allí nació y allí ha de morir: infinito impulso hacia lo desconocido y no creado, y profundo anhelo de felicidad en locura divina que destella reflejos multicolores hacia las estrellas del firmamento. Y cual amorosa Madre y amoroso Padre, escuchadlo bien, jamás desdeñaría a ninguno de

---

la Humanidad. El Diablo, para dejar de serlo, tiene que emprender un viaje inaudito hacia el Abismo y allí «redimir a las tinieblas».

[10] Aquí vuestro autor, debido al falso romanticismo que le ha dejado ciego, hállase atascado entre «dos mundos». Él piensa que el sentimiento es lo único verdadero, «está mirando hacia arriba». Para superar esta enervación, el romántico debe abandonar toda clase de sentimentalismo y volverse apasionado. En el transcurso de su viaje abismal daráse cuenta de esta verdad: sentir es, básicamente, «saber», y para obtener sabiduría el Diablo tiene que dejar de mirar hacia arriba añorando un cielo que perdió y que tal vez nunca tuvo, y voltear los ojos para «mirar hacia abajo, hacia adentro», donde se convertirá en «el príncipe de los demonios», pues la fuente de todo conocimiento y sapiencia es «demoníaca».

sus hijos, nunca les juzga ni les condena, pues el amor no sabe ni de bien ni de mal, ¡únicamente sabe de la belleza y el camino hacia la eternidad! Solo eso necesitamos, solo eso debemos pedir a gritos: la perfecta unión del alma por el alma, corazón por corazón, espíritu por espíritu, mente por mente, todo compenetrado, extasiado y enamorado en un verdadero propósito de vida y existencia mútua. Eso es Amor. Eso es Placer. A eso deberíamos llamarle DIOS.

(…)

¡Misteriosa existencia!

¿La muerte viene *después de la vida*? ¿O la vida viene *después de la muerte*?

¿Qué es real? ¿Qué es fantasía? ¿Ambas difieren entre sí? O tal vez, quizás... ¿podrían tratarse de lo mismo? ¿Lo real no es *la Realidad*? ¿Lo quimérico no *la Fantasía*? ¿Los deseos atraen el poder del *Destino*? ¿Las palabras acaban por volverse hechos ineludibles? ¿Y los pensamientos dan forma a la misma existencia? ¿Y el mundo de las ideas es más real que la realidad en sí?

¡Ah, hermanos míos! ¡Oh, diosa mía, musa de mis sueños! Os digo que no hay fronteras entre aquel «sueño eterno»[11] y la «verdad» que muy bien podría definir toda razón y entendimiento. Es posible que tratárase más bien de una «imagen», engendrada en el subconsciente, éste llamado «alma» o «espíritu», o cualquiera que fuese el poder interno del *Ser* captando y afirmándolo todo en favor de una vanagloriosa presunción por saber aquello que nadie comprendería. Una «imagen», una imagen a evocar. Una imagen poderosa, hermosa, eterna, que se vuelve pura e infinita belleza, siendo aquella el celestial reflejo de las imposibilidades en una realidad que destroza y aniquila, puesto que el mundo tangible no es más que podredumbre y tejido sanguinolento de una «maravilla» ya no existente, cuyas fuerzas vitales viéronse destruidas a causa del sufrimiento desencadenado al extinguirse su amor.[12]

---

[11]Expresión romántica a la cual me he inspirado en la canción: «Ever Dream (sueño eterno)» de Nightwish.

[12]Según el filósofo y mitopoeta Philip Mailander, el universo fue creado a partir de un único y singular ente celestial que contenía en sí mismo todas las cosas que existen a través de la Unidad. Dicho estado de concentración de energía volvióse insoportable para aquel «dios», y entonces éste quiso «dejar de existir», cometiendo un acto de autodestrucción, un «suicidio». A juicio del pensador, todo el cosmos que ahora podemos ver no es más que los fragmentos que constituyen el «cadáver» de aquella antigua divinidad, y el dolor cósmico que agobia a las cosas y a los seres se trata de aquel antiguo anhelo que impulsa todo hacia el no-ser. Esto es lo que la visión del

Oh sí, puedo afirmaros que el mundo es una historia mal contada. El mundo es el pensamiento más siniestro venido de pronto a la mente del celestial poeta. El mundo es una triste página de un libro infinito, arrugada y escrita con lágrimas de sangre, derramadas por el más solitario y anhelante de todos los seres. El mundo es una página borrosa que arderá hasta las cenizas por el fuego de la redención para luego renacer como un nuevo capítulo, escrito con amor, dulzura y esperanzas renovadas. ¡Sube! ¡Vuela tú, glorioso Fénix! ¡Tú, pájaro orgulloso e invencible![13]

Sin embargo todavía no llega ese día. Sin embargo, queridos hermanos, aquí permanece el dolor y el desamor. Aunque fulgure *Apolo*, su calor en lugar de acogernos nos abrasa sin piedad, hasta dejar nuestros deseos por completo incinerados. Y en la eterna oscuridad, en lo profundo de la noche: hay tormentas, nieves perpetuas y desoladores inviernos, dando lugar a un alma que se vuelve eterno glaciar. Pero más allá de la belleza y la fealdad, *más allá del bien y del mal*, existe una «sensación» indescriptible, un misterio, vencedor de todas las incógnitas, y una fantasía que se impone terca sobre la triste realidad. Aquello, no es otra cosa más que *el Sentimiento*; pero *sentir* por sí mismo jamás nos basta, entonces... ¿qué debemos sentir? ¿Y por qué todos deseamos sentir, pero no sabemos lo que queremos sentir? Y lo que sentimos, hermanos míos, es al doloroso presente, a pesar de que el pasado no fue tan distinto de ese mismo presente, pero al perderse en la eternidad del tiempo convirtióse para nosotros en algo bello: «¡Ah, glorioso pretérito, extraño aquellos días en que me colmabas de felicidad!». Así habla el alma insensata, ¡perra ingrata! Y luego el futuro, incierto y despóticamente amenazador, dirige los más apasionados anhelos en infinitas direcciones, cual laberinto de sensaciones interminables, pero que a su vez terminan en una única salida donde todas las pasiones fracasan y el ojo del alma consume para siempre su eterno resplandor.

cientificismo post-moderno llama «Big Bang» y «Big Rip», según el cual el universo se dirige a un estado de «no existencia», donde «nada estará vivo». Esta visión negativa del mundo es refutada por el positivismo de Nietzsche.

[13]Esos redentores somos nosotros. Para cambiar el mundo, como veremos en otros capítulos más adelante, debemos hacerlo de «adentro hacia afuera». Somos los poetas que reescriben el «Gran Libro del Mundo», mas para escribir en el mundo hay que escribir en el alma. Mi visión se encuentra entre el retorno de Nietzsche, y la noción budista de la transmigración progresiva, que yo llamo «trascendencia», donde la «esencia» de todas las cosas ha de crecer prolongadamente hasta alcanzar un grado de supremacía, que no es definitivo.

¡Oh Diosa, Reina, musa de mis sueños! ¿Qué reflejan estas palabras? ¿Acaso intentan explicar aquello que no puede notarse a simple vista ni leerse entre líneas?

¡Desolación! El extraño romántico nunca dejará de postrarse a los pies de semejante criatura. ¡Desolación! Reflejo de todas las maravillas, y deleitable sólo para aquellos que han aprendido a gozarse en las complacencias a través de una belleza perdida y distante, la cual, por una desconocida y muy honda razón, siéntenla suya y vuélvenla suya, a pesar de todos los cuerpos y apetitos de la carne. Porque el romántico, enamorado de *la Belleza*, sabe y tiene la firme certeza de que ella le pertenece y pertenecerá por siempre incluso *más allá de todos los tiempos*. Por eso no importan el dolor del pasado, la opresión del presente ni la incertidumbre del futuro. Por eso nunca dejará de existir la esperanza. Por eso el Amor es la única razón de ser, y *sentir* es la forma de *Lo que es*, y lo que es, hermanos míos, ¡es todo lo-que-existe!

Todos somos Uno, y *lo Único* lleva por nombre AMOR. Un amor que va más allá de toda excedencia y lleva consigo la suma completa de todos los placeres mundanos.

Yo puedo ver tanta belleza, puedo sentirla, ¡y es maravilloso! No soy capaz de aguardar un instante más para nutrirme de su hermosura. Pero eso no basta a mis anhelos. También deseo que la esencia de esa belleza se nutra con la esencia de la mía. Cuando ambas se encuentren, converjan, se besen y choquen entre sí: dos bellezas darán a luz una belleza superior constituyendo algo maravilloso y digno de repetirse por el resto de la eternidad. Hay quienes, impulsados por una genuina insensatez, se atreven a afirmar que el fin último de la vida es el sufrimiento. No es cierto. ¿Cómo podría serlo? Hermanos míos… ¡el verdadero propósito de la existencia es el Amor, junto a los placeres y bondades que trae consigo! Pero... ¡desgracia y tragedia! Otra vez el poeta, el filósofo, el músico: tan desolados por la intensidad de su insondable pasión, no pueden expresarla de otro modo más que a través de un acto artístico, y aunque un arte bien podría ser más bello que otro, no importa, pues al final del sendero inescrutable a causa de *una eterna búsqueda de sí mismo y su verdad*, siempre representarán la misma cosa: el deseo de engendrar hermosura, de crearla y entregar el alma a manos llenas, para que todos los seres sintientes del mundo la conviertan en su propiedad, y por siempre y para siempre sean uno con el Amor.

Ser amante de *la Belleza* es un misterio, un enigma, una esfinge. Es vivir entre la luz y las tinieblas y en medio del bien y del mal, a través de

un torbellino de placer y dolor que jamás culmina. El romántico apasionado, rodeado de mundanas criaturas con emociones superfluas, debe reservar siempre las suyas, aunque mucho duela; pues su razón de ser es aguardar y esperar el redentor brillo de la esperanza, reflejo de aquella hermosura tan anhelada, momento en que no volverá a separarse de ella jamás por la eternidad…

Pero el tiempo... ¡el tiempo que todo lo destruye, que no debería existir! ¡El tiempo! Verdugo de tanta hermosura, cual flor que se marchita y envejece en el transcurso de una línea infinita. ¡*La Belleza* debería permanecer incorrupta para el deleite de los corazones más nobles! No en la realidad pretérita sino en el presente embalsamador. De esta manera el más recóndito anhelo de todos los hombres sería por fin satisfecho: «vivir un instante formidable, infinito, eterno y transcendente que envuelva en la más absoluta divinidad».

Del amor y el deseo, y el dolor cósmico que producen.

Mirad a mis ojos. Miradme bien. ¡Detrás de esos ojos agrestes hállase un alma atormentada e inconmensurable en el sufrir que le agobia! Nunca olvidéis esto, hermanos: mi dolor es vuestro dolor y vuestro dolor es el mío.

Sin importar que lo ignoremos e incapaces seamos de sentirlo en el hoyo recóndito de nuestras almas… ¡todos estamos entrelazados, encadenados por la eternidad! Aún el más pequeño con el más grande, y aquel menos agraciado con el dueño de toda luz y resplandor… ¿Acaso no resulta maravilloso y no enternece al espíritu saberlo humanos seres, varones y hembras a través de todos los tiempos, que más allá de cualquier distancia, pensamiento, religión, ideología o raza, tú, yo, vosotros y nosotros *somos Uno* aunque muchos en fragmentos, fragmentos que parecen alejarse cada vez más unos de otros, pero a causa del Azar y el Destino quieren volver a unirse en virtud del amor, aunque el caos del alma humana pretenda disfrazar ese amor con odio y discordia?

Sabedlo pues de primera mano: no es el más grande de los sufrimientos aquel que es más intenso. Es el que es más profundo y prolongado, y siendo tan infinito en su profundidad vuélvese placer y redención para el doliente. ¡Bendito sea entonces mi padecer! ¡Bendito sea nuestro padecer! Por amor a mí mismo y aún a causa de un desprecio hacia mí mismo se me ha dado la potestad de anunciar estas cosas. Por amor y desprecio al deseo que toda belleza me produce, ¡pues incluso hay belleza en el dolor, aunque sea difícil para el ojo poder verla!

Todo sufrimiento es hermoso si por causa tiene cosas hermosas. ¿Os parece y resulta absurdo? Más bien, ¿no parece y resulta absurdo sufrir a causa de la fealdad?

¿Y qué es feo, según vuestro criterio? ¿Acaso es aquello cuya obra es un perjuicio para lo que somos? A saber: ¿lo que no somos, lo que no permite ser el que somos?

Así es: lo que somos, lo que sois y lo que *Yo Soy*… ¡esa es la única razón por la que debería permitirse el sufrir! Ningún dolor es verdadero si no nace en el *Abismo*, en el vientre de nuestro ser.

El Abismo: aquel profundo hoyo que reside en nosotros. Nuestra concepción de fealdad y belleza tiene su amanecer y su atardecer en ese abismo. Suframos, sí, pero que sea en virtud de la belleza: así justificaremos incluso las tinieblas, tanto del *Ser* como del mundo, y entenderemos la naturaleza de nuestra existencia a medida que entendamos la naturaleza de nuestra conciencia, de nuestra alma, y el tránsito que nos lleva y trae a través de la eternidad.

¿Amas, querido hermano? ¿Sufres por el objeto amado? ¿Y eso? ¿Acaso no corresponde a tu amor? Bienaventurado seas entonces a causa de tu dolor. No existe padecimiento más hermoso, más trascendental, sino aquel provocado por *Eros*. Sigue amando entonces. Anhela lo bello y lo lejano: así darás un sentido a tu vida y te elevarás más allá de ti mismo.

Muchas veces nos sentimos solos, y así lo creemos, pero es necesario entender que no existe la soledad. A pesar de que tu cuerpo se halle en el vacío, en el lugar más apartado del Universo, aún en tan desoladora circunstancia, siempre, siempre habrá alguien que justo en ese momento estará pensando en ti. Sin saber quién eres y donde te encuentras: tú eres a quien él o ella ama, a quien ella o él añora. Y dicho ser abrazará tu alma con la suya sin importar cuán lejano esté. Sin poder mirarte ni escuchar tu voz, te sentirá incluso más cerca al viento que le acaricia las mejillas, ¡y la fuerza de su corazón te protegerá aún en la más remota distancia! El amor del alma, es un misterio. Dos cuerpos en la vida pueden nunca llegar a tocarse, mas en la trascendencia del espíritu se amarán y permanecerán unidos, aunque el destino les dirija por rumbos dispares. Ni la mente ni el cuerpo, ni el tiempo y la distancia, podrán separar a dos almas que han decidido amarse para siempre en la esencia inmutable de la Belleza.

(…)

El amor es el deseo de poseer, pero no poseer a lo amado: el amor es el deseo de *poseer para siempre ese deseo*. El deseo, proviene de nosotros, nace del alma y lo proyectamos hacia la belleza del entorno. ¿No es hermoso esto? Hay que sufrir hambre en el alma para llegar a entenderlo, y todavía sufrirla después de haberlo entendido, mas dicho sufrimiento se convertirá luego en salvación, en la comprensión de que no es necesario poseer físicamente a lo amado para ser feliz amándolo. El deseo es tuyo, y si el deseo es tuyo, también lo es aquello que amas.

Nosotros, en realidad, no sentimos amor por el objeto, sino por las sensaciones que tal objeto nos produce. Esto puede resultar egoísta, y en sí, lo es, pero tal como resulta egoísta culpar a otros de nuestro dolor, siendo que ese dolor viene de nosotros, lo es también la pretensión de justificar más allá de nosotros el origen de nuestro amor. Es una ilusión vana del pensamiento querer atribuir a algo o a alguien la razón de nuestros caprichos.

Sí, el amor es la pasión más egoísta que existe. Una vez el deseo claudica o es satisfecho, aquel objeto que en suposición amábamos con tanto fervor, de pronto deja de tener importancia para nosotros. Entonces buscamos nuevas fuentes de capricho en un nuevo objeto, pues el objeto anterior ya no nos produce aquella divina sensación idealista característica del «amor no consumado». Tal vez el secreto para poseer lo que deseamos es desear algo que no podemos poseer.

El amor jamás es desinteresado. No existe eso que llaman «amor incondicional». El amor siempre busca su propia satisfacción aún cuando esa satisfacción dependa de la satisfacción ajena, quedando de tal manera disfrazado como un sentimiento «altruista». Y así, sacrifica cualquier cosa por mantener vivo aquel deseo, resumiendo todo su querer en la posesión de ese deseo, pero encontrando en el poseer desilusiones eternas que le condenan a ser un «mendigo que vaga a través de un infinito desierto». El amor que desea y toma, es mendigo; pero el amor que desea sin tomar, que prefiere no hacerlo para mantener pura su esencia, ese es el tipo de amor más elevado que existe, pero es el que produce más dolor a causa del deseo que le hiere y quema.

¿Y qué es el objeto amado? Es eso mismo: un objeto. Nada hay de especial en él. No es único, aunque así lo parezca y así lo quiera el que ama, pues éste, mientras le ama, le cree único y le quiere por cosa única, ya que para él o ella no existe nada igual ni existirá por la eternidad. Pero si el objeto es reemplazable, el deseo, en cambio, no lo es. Resulta necesario que lo amado posea «ciertas cualidades estéticas», tanto físicas como espirituales, que le hagan apetecible para el amante. De estas cualidades estéticas u artísticas es que el amante desea apropiarse: a su gusto son demasiado exquisitas. Entonces podemos afirmar que el amor no es más que un «anhelo metafísico por el arte». Todo arte es una producción de belleza. Nos enamoramos de cosas bellas, por tanto, en el amor hay un anhelo de artista y la sensación de que el mundo rebosa luz y hermosura. Esto convierte al amor en la llave del arte. No es bueno, pero tampoco es malo: es el deseo de trascender nuestra humanidad mediante

la superación de nuestro propio ser a través del deseo y la posesión de lo que se desea. Entonces el amor es un deseo estético, artístico, y luego desear la belleza es el objeto esencial del amor.

(…)

Cuando un sentimiento, una sensación, se arraiga de tal manera en el individuo que acaba por volverse parte inseparable de su ser, extirpar algo así vendría a significar la aniquilación del alma: mente y espíritu destruidos. Aún cuando aquel sentimiento cause profunda agonía, debe permanecer. Así lo desea el sufriente que experimenta en sí mismo la inefable sensación que le destroza para volverle a unir: la antítesis de ese extraordinario «dolor cósmico» le envuelve en el ser y el no-ser, la contradicción absoluta del querer y el no-querer, de odiar y amar a un tiempo, de sumirse en un abrazo que mate y nazca para sentirse en medio de la luz y las tinieblas. Aquí la frontera entre lo palpable e intangible se desdibuja, aquí el tiempo juega sus dados. El romántico sin esperanzas sabe que su deseo inescrutable jamás podrá ser aliviado ni saciado por nada en la tierra, y esta certeza, unas veces gloriosa y otras aterradora, le iluminan, dando cuenta de que ese anhelo no saciado, nunca consumado en otro ser o criatura, vuélvese luz para su entorno y redención de los que, igual a él, desean, pues ellos creen saber que tal deseo «ha venido desde los cielos».

«¿Quién soy?»

Aquellos me contaron, como si tratárase de un extraño sueño, o quizás *la Realidad*, ya que las fronteras entre lo fantástico y lo verdadero se desdibujan a causa de la incesante actividad en una corteza cerebral creadora de mundos; bueno, ellos me relataron pues, acaso mis *demonios*: cómo fue aquel maravilloso día en un lago de agua cristalina, mismo que se encuentra en un bonito valle, un valle tranquilo, tal como debe ser un buen valle. Venía el ocaso ya sobre nosotros, acompañado de una cálida ventisca de primavera, susurrando divinos versos que ahora mi pluma no desea gritar.

Un momento, acaso dije… ¿nosotros? No, yo no estuve ahí, ¡desafortunado sea mi espíritu! Tan solo os cuento lo que mis demonios silabaron muy cerca de mis oídos, cual diminuto chasquido de lengua, así como un ruido casi imperceptible para alguien de mi talante, pues de antemano os coloco sobre la mesa el hecho de que mi oído no es muy, muy agudo, herencia de familia acaso, y también por cuestiones fisiológicas que sobrevienen luego de pasar una o dos horas al día oyendo melodías extravagantes. Mas vosotros no juzgaréis tal comportamiento, ¿cierto? No es pecado dejarse llevar por la magia de una voz angelical, mística, *soprano* de más está decir, un canto misterioso en coros misteriosos embriagados por la música de un antiguo *dios de los bosques*[14], y representada por hechizos y conjuros de unos *elfos escandinavos*.

Así me susurraron esos pequeños diablillos, mis *helenos* demonios tan enamorados como yo de todas las cosas bellas que puedan existir en este mundo. ¡Oh, belleza! ¡Belleza! ¡Cómo adora esa palabra éste, vuestro servidor![15]

Por medio de translúcidas centellas reflejaba el néctar de la vida cada fulgor del padre de esta tierra, vuelto ese manantial un espejo natural allí donde el rojo fuego mezclábase con el orbe celeste, más cerúleo que las pupilas de aquella hermosa bruja cuyo reino nos aguarda en las altas montañas, sobre las nubes de la *Tierra Nueva*. De tal manera el

---

14 Música dionisíaca, según la visión de Nietzsche. El estilo de Nightwish lo describo entre «romántico» y «ebrio»; es decir, apolíneo y dionisíaco, por tratarse de un power metal con tonos melódicos y sinfónicos.

15 En el presente libro os daréis cuenta de que la palabra «belleza» se repite constantemente. Eso sin contar sus respectivos sinónimos. (Risas del autor).

mundo volvióse perfecto para ellos. Mis demonios dejaron por fin de llorar, y en aquel lago, desahogaron todas sus pasiones que perdiéronse para siempre en el olvido de la naturaleza.

Allí gritaron, lloraron, rieron, hicieron el amor: mis demonios, aquellos seres anhelantes que me han acompañado desde mi primer instante de conciencia.

Habría querido estar ahí –dije en tono de melancolía.

Estabas… –respondieron ellos –Ahí te encontrabas: hacia la hora *seiscientos dieciséis* y surcando celestiales bóvedas. Tú, pájaro herido que en el alma vuelas, pero que por culpa de las cadenas que ataren vuestro *hado* no podéis cruzar incluso el insignificante lago de agua poco profunda… Tú estabas con nosotros, pues a donde quiera que vayamos tú vas, y a donde quiera que tú vayas nosotros vamos. Inseparables somos por la eternidad.

No recuerdo haber estado ahí –dije otra vez. Entonces me hallaba en medio de una penumbrosa habitación, pensando. ¿Y en qué no habría de pensar? El *pensamiento* es lejos de cualquier duda, mi Gran Demonio. De modo que pensaba yo en las cosas hermosas, tal como aquel joven rey bávaro que soñaba con el lago de los cisnes y las princesas que duermen bajo la sombra de los cipreses.[16] Yo anhelaba, pero más que nada en el mundo deseaba, quería yo poseer en aquel momento al amor en mis manos; sin embargo, nada más me acompañaban mis demonios, y ninguno de ellos podía darme eso que yo quería. Mas, ¿quién puede darme lo que quiero? Ni siquiera yo sé lo que quiero[17], porque mi querer es a su vez un no-querer, un no-desear el deseo que me produce ese mismo deseo al desear lo que jamás podría desearse. Enfermo de melancolía rompí a llorar a causa de una espantosa sensación que en aquel momento comenzó a embargarme: una ponzoñosa envidia hacia mis propios demonios, pues éstos habían tenido el privilegio de aliviar sus dolores saciándose en la hermosura de aquel paraíso. ¡Cuánto celo provocávame ello! ¡Mis demonios gozáronse de su desnudez y la desnudez de inocentes y parlanchinas elfas, mientras comían de árboles frutales nadando en la profundidad donde incluso la luz del sol llega hasta la más remota hondura!

---

[16] El rey Luis II de Baviera, quien fue famoso por todas sus excentricidades y, al igual que Nietzsche, por haber sucumbido a la locura.

[17] El «espíritu del Romántico» se caracteriza por querer algo imposible, algo demasiado lejano o por no saber a ciencia cierta lo que quiere. Ver capítulo: «Querer».

«En ningún momento dejamos de sonreír, mientras sentíamos una exquisita relajación por efecto del vital líquido », dijéronme.

«Era como estar en el cielo», se jactaban en mi cara.

«No había preocupaciones, ni angustia, ni dolor. Ahora lo que existía para nosotros era nada más el infinito regocijo. Nadamos en todas las direcciones gozándonos del perfecto instante que permanece ya grabado en el libro de nuestras almas».

¡Ah! Suertudos duendes que en mi profundidad habitáis, ¡perdonadme esta parasitaria envidia que ahora me inspiráis vosotros! Ha sido por obra y causa mía, que os pudisteis gozar en aquel *Valle de la Providencia*, pues siendo vosotros solo espíritu, solo mente y solo conciencia, tan solo vosotros podéis adentraros en tierras de fantasías donde solo hay espíritus, mentes y conciencias. En cambio yo –y no puedo evitar que una risita emerja desde mis entrañas –yo, demonios míos: yo soy hueso, carne y sangre[18]. Cuerpo y alma eternamente seré. Mi carne no puede sentir igual a vosotros el placer del espíritu. Mi carne desea otros placeres que a ese espíritu le torturan. Por tal motivo sufro y siempre he de sufrir: por los apetitos de mi carne que no pueden ser aplacados jamás.[19] ¡Pero tened cuidado! ¡No me confundáis con el sacerdote idólatra que desprecia su cuerpo, transformándose a pesar de ello en un lujurioso sátiro de almas perdidas, un despreciable íncubo y buitre, que aguarda siempre hambriento a la carroña del espíritu, ya que su propia alma siempre está famélica! ¡Pues en efecto es el sacerdote quien menos conoce de alma y de espíritu! ¡Él no posee alma y espíritu!

¡Ese no soy yo! Mi alma y espíritu viven más que mi propio cuerpo, y éste a su vez vive a causa de ellos y solo para ellos.[20] Soy consciente mis amados demonios de las limitaciones que me detienen, de mis miedos e incertidumbres, mas no por ello debéis sufrir vosotros. Debido a eso, os he permitido entrar en aquel lago para que disfrutarais de mis valles y montañas, para que hicierais el amor con mis diosas, reinas, doncellas y princesas, porque vosotros no sufrís a causa de vergüenzas, ni por complejos o códigos de conducta. Los demonios no entienden del bien y

[18] Expresión tomada de la obra «el Cáliz de Fuego», que se encuentra en la saga de novelas fantásticas «Harry Potter», de la escritora británica J.K Rowling. La frase podemos leerla en el capítulo donde el Señor Tenebroso recupera todo su poder a partir de un hueso de su padre, la carne de su sirviente y la sangre de su enemigo.

[19] Esta enervación debe ser superada mediante la elevación tanto del espíritu como de la carne. Ver capítulos: «La Piedra Filosofal», «De la Bestia y su imagen» y «La Marca de la Bestia».

[20] Esto es lo que he llamado: «tener mucho espíritu y poca carne». Ver los capítulos antes mencionados.

del mal. «¿Qué son el bien y el mal?», así preguntáis vosotros. ¡Y ojalá los seres humanos comportáramonos todos como verdaderos demonios! ¡El mundo sería una explosión de grandeza! Pero ¡no! El Hombre tiene «valores», ¡y se regodea hipócritamente en virtud de ellos! A causa de tan amables valores nos cohibimos mayoritariamente de soltar cadenas, dar rienda suelta y satisfacer los apetitos y oníricas pasiones del corazón. ¡Por miedo! Aquel que me dijo: «Yo soy tu verdugo».

¿Tu verdugo? –rióse uno de mis demonios, ese bufón sin alma que no entiende las pasiones del humano ser –¿Teméis acaso a que el verdugo os lama con su lengua serpentina?

¡No! –grité, cuando un escalofrío de muerte bailó sobre mi espina y erizáronse todos los vellos en mi sensible piel de doncel –No es *el Miedo* quien me provoca temor: han de ser mis propios hermanos, que no entienden los tormentos del espíritu desolado. Temo su juicio, sus duras represalias y a sus impíos carceleros. Mi querer es su no-querer. Incluso la doncella a quien amo… ¡cuánta voluptuosidad hay en su mirada! Desearía traerla conmigo, perdernos en lo profundo de aquel lago, muy lejos de las hienas que riéndose matan. Ella, al igual que su amante se encuentra perdida, y desea con cada fibra de su tierno ser poder escapar más allá de ese monstruo, ese dragón, ese diablo llamado «moralidad».

¿Y a qué nombre responde tu doncella? –preguntó otro de mis fieros demonios.

Vosotros lo sabéis –dije –Vosotros conocéis su nombre, o por lo menos el nombre al que ahora responde. Sin embargo, ella no sabe que yo le amo. ¿Cómo respondería? Ahora es un rostro: mañana será pues *mil rostros y mil nombres*, pero así lo quiere mi amor. Recordad: en realidad no sentimos amor por el objeto. Las sensaciones que dicho objeto nos produce, tal cosa es lo que amamos. ¿Qué importa el objeto?

Escúchate a ti mismo –siseó mi demonio. ¿Acaso jamás se callan? –Tú dices que en realidad lo que amas es al *Amor*, no a lo amado. La sensación que te produce aquella doncella, tal cosa es pues lo que amas. Mañana podría tratarse de otra doncella, y pasado mañana otra, y dentro de varios años serán tal vez demasiadas. Semejante revelación ha debido de liberar a tu espíritu: nosotros lo sabemos. Pero si tú amas al *Amor*, ¿no acurre lo mismo con tu verdugo? ¿No es acaso *el Miedo* quien te causa pesadillas? ¿Qué importan las personas? ¡Ellas se encuentran igual de asustadas que tú!

¡Oh, mis nobles compañeros de la profundidad! –Grité maravillado –¡Vosotros sois inagotable fuente de sabiduría! Por algo os llamáis

daemonios, es decir: «conocimiento». Muy bien cierto es aquello que decís, pero esta frenética testa mía aún es muy pequeña para asimilarlo. «Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí», así debe hablar «el Rey de los Abismos». Sin embargo, yo soy todavía un espectro de la medianoche, un ser atrapado «entre dos mundos». Ni siquiera soy capaz de ignominiar a mi propia familia, ¡y el hombre que no habla mal de su familia es una sabandija sin honor! Dejadme, pues, sufrir. ¡El quejumbroso debe continuar sufriendo! Tarde o temprano daráse cuenta de que su dolor no ha venido desde un más allá, ni por un castigo divino, pues aquello que llaman «justicia divina» no es otra cosa más que… ¡venganza del Hombre! El dolor es inevitablemente nuestro, ¡y solo de nosotros!

Tu verdugo es el verdugo de todos –dijo otro de mis demonios –Si aprendes a domarlo, otros aprenderán de vos.

Yo no quiero domarlo. Quiero matarlo –dije muy seguro de las palabras que salían a través de mi boca.

No se puede matar al miedo –dijo –Nada más someterlo, domesticarlo, acurrucarle igual a un tierno gatito. Aprende esto, y el miedo vendrá ronroneando para restregar su pelaje encima de tus piernas. Muy bien sabemos que vos adoráis a esos félidos, pues se tratan tus primos lejanos… ¡tú, león!

Este león todavía es cachorro: aún mama en las tetas de su madre leona –respondí con ironía, mirando a un lado y conteniendo una socarrona risa que, empecinada, pretendía escapárseme de los dientes.

Mas un día a ese cachorro le crecerá una abundante melena, y tendrá que salir a reclamar su reino; con atronador rugido mandará cosas grandiosas; pobres, o bienaventuradas ovejas del rebaño, ¡cuando ese León llegue a ser *el que es*!

¿Y *quién soy*? –pregunté.

Tú lo sabes –dijéronme todos mis demonios al unísono. Yo me eché a reír.

¡Ese que *Yo Soy* lo han sido, o tal vez lo son ya varios! –exclamé a carcajadas –Uno más no cambiará absolutamente nada; además, de cierto os digo: tal corazonada no puede corresponderse con la realidad. Si yo me soltara por las callejas, gritando *quien soy*, ¡sería un loco! No solo se reirían de mí todas esas ovejas, sino que tal vez me devorarían… ¡y vosotros sabéis que en este mundo no hay nada más peligroso que «una oveja carnívora»!

No temas –continuaron mis demonios. De verdad son incansables –Si bien es cierto que el gigante Azar es tu dueño y el maestro de todos,

también lo es que todas las cosas forman parte de una sola. Las cadenas que ataren vuestro hado hacen lo propio con el de aquellos a quienes dices amar. ¿No te agrada oír esto? ¡Incluso aquella doncella está irremediablemente encadenada a tu destino! Ella no puede escapar de ti, ellos no pueden escapar de ti, ni tú de ellos. Solo tú eres el portador del último suspiro y de la última espada. Allí está el nombre. No lo digas, pues es pronto para hacerlo. Pero allí está.

Cierto, es pronto. ¿No os habéis apresurado al hablar del futuro incierto? –reclamé yo –Mejor seguid contándome: ¿cómo disfrutasteis del paraíso terrenal, de aquel Edén más allá de todos los preciosos jardines, cómo os deleitaron el Sol, las montañas, las flores, el lago, el placer y las vírgenes doncellas que yo obsequiaros como ofrenda por haber sido mi luz y camino en esta *Tierra Nueva* que ahora percibo?

Otro día, querido truhan –entonces mis demonios se elevaron sobre mi cabeza, casi tocando el techo de la habitación, mientras me sonreían con *esperanza* y yo les veía con *nostalgia*. A través de la ventana discurríase un hilo de sangre proveniente de lágrimas solares que advertíanle a mi corazón lo débil que en la instancia sentíame y sobre la carga pesada que yo mismo habíame sobre impuesto. Luego marcháronse, mis demonios, al tiempo que yo tarareaba una sonata de los elfos escandinavos.

Del niño, el adulto, el joven y el viejo.

En el niño vive un adulto.
En el adulto vive un joven.
En el joven vive un viejo.
En el viejo vive un niño.

(…)

Cuando era niño actuaba yo tal como si fuera entonces adulto: quería ser igual a un adulto. Inventaba mundos donde me veía como un hombre poderoso, grande y fornido, protagonista de las más peligrosas y grandilocuentes aventuras…

Era yo monarca de aquel portentoso reino más allá del *Monte de los Elegidos*.

Era yo un valiente guerrero que luchaba sin tregua en medio de una sangrienta guerra a lomos de un noble corcel, portando reluciente armadura que bajo el fragor de la batalla reflejaba los efluvios de Poniente.

Era yo, aquel *hermoso príncipe* de varonil faceta que desposaba a élficas doncellas de ojos plateados y con guirnaldas, llevándolas a majestuosos castillos frente al ocaso. Allí les amaba vestido con jaspe y esmeraldas hasta la última gota de mi aliento, y juntos nos convertíamos en algo superior a lo que fuimos separados, creábamos mundos que jamás crearíamos separados, y enloquecíamos a causa del amor y el placer mientras las sábanas del lecho nupcial bañaban nuestros cuerpos de sudor.

Otras tantas veces, era yo nada más un hombre común que se levantaba por las mañanas, tomaba el desayuno, besaba a su mujer y salía a la *triste ciudadela*[21] para una jornada más de trabajo corriente.

Oh sí, de niño fui adulto: el único adulto que he llegado y jamás llegaré a ser. Sí, la verdadera adultez vívase *cuando la infancia está en flor*.

[21]De esta forma describo al hombre de sociedad y a todo el sistema donde éste se desenvuelve: «una triste ciudadela».

El adulto real es el niño, y no los grises espectros que vagan perdidos a través del valle tenebroso, sin esperanzas, jalados por las cadenas de esos diablos habitantes del abismo que arrastran todo cuanto no posee alas para volar. Oh no, guárdeme la vida de seguir tan miserable senda. Adulto ya fui, adulto ya no soy. ¡Más que adulto seré!

(…)

De adulto he de vivir como joven sintiendo como joven: un adulto joven, diría el vulgo. La verdadera juventud que puede llegarse a alcanzar. Tal como dijo aquel siempre niño escritor:[22] «se es joven mientras permanezca el refinado gusto por la belleza, mientras aún se posea la capacidad de percibir la belleza». ¿Me estoy volviendo joven, acaso? ¿Atrás ha quedado por fin la gris melancolía del viejo desesperado que vive en el veinteañero, y cuya vida parece haberse agotado? ¡Dichoso de mí, entonces! ¡Pues un nuevo resplandor me atraviesa la retina y toda la existencia revélase esplendorosa como a través de una *Gran Explosión*![23]

El joven navegante, ahora desea más que a nada en el mundo subir a la barca y explorar *el Océano*. ¿Qué goces y dolores habrá de vivir? ¿Qué misterios se le revelarán cuando *Apolo* brille al mediodía? ¿No sentís la fresca ventisca de un nuevo horizonte? ¿No ha caído el velo que cubría el rostro inefable de la belleza absoluta?

Ha llegado el instante, pues, de amar en extremo, hasta que el espíritu sature al corazón con mieles e innombrables dulzuras. Ha venido la hora de matar al fiero verdugo y destronar la espantosa hoz que mataba los sueños y asesinaba las esperanzas. ¡No hay fronteras! ¡Ni líneas que separen al alma del infinito! Destino, Azar, Hado y Fatalidad ahora sirven a mi propósito, a nuestro propósito. Hermanos míos, ¡he aquí frente a nosotros aquel mar eterno y oculto que el *monstruoso Diablo* no quiso regalarnos!

Allá voy, ¡doncella de ojos plateados y blanca vestidura! Diríjome a por vos loco de pasión y embriagado por el néctar que ha de mantenerme siempre en una eterna juventud. Bajo las estrellas clamo porque todos los mitos, todos los dioses y ángeles y santos que de mí nacieron y en mi

[22] Franz Kafka.

[23] Como la teoría del Big Bang: el despertar del universo interno comienza cuando el individuo «implosiona» y colapsa sobre sí mismo acumulando una gran cantidad de energía en su interior que luego estalla en una explosión creadora. Al igual que en el universo externo, en el universo interior hay una energía oscura que busca dispersar el alma con el objetivo de que ésta se desvanezca en la Nada.

anidan emerjan al fin, pues ahora soy joven y al viejo le he matado… ¡Ese maldito decrépito nunca *será* más! Y vosotros… ¿ya lo matasteis? Ni el dolor, ni la enfermedad, ni el tiempo y ni la muerte podrán aniquilar al *Caballero de las Perpetuas Nieves* de tez perfecta e infinita mirada que ahora soy, que ahora somos, aquel que grita: «¡Vida, amor y pasión! ¡No más al verdugo que destruye el presente sumergiendo en las ilusiones de un pasado y un futuro inexistentes! La belleza nos pertenece, ¡pues nosotros somos *la Belleza!* ¡Seamos jóvenes por la eternidad!».

(…)

De joven he sentídome viejo: la vida me ha pesado y entristecido como a un viejo. El primer resplandor de la hora diurna atormentare a mi alma. Ni siquiera el bello trinar de los pájaros pudo salvarme de la putrefacción del espíritu.

«Debes apresurarte», dice una oveja del rebaño: «Aprovecha ahora que eres joven. El tiempo no puede recuperarse: tarde te arrepentirás». Y esa voz repiquetea en mi cerebro contaminándome cual tóxico veneno, carcomiendo a mi espíritu como parásito y aniquilando toda esperanza y libre voluntad. ¿Sentís la *tormenta de invierno*? ¿No cae la lluvia sobre el cristal de la vida? ¿Cuándo éste se rompe no sirve ya la ventana? ¿La juventud del cuerpo ha perdido acaso la batalla contra la vejez del espíritu?

«Qué extraña sensación produce el saber que te has perdido a través del vacío existencial, donde tus «sueños» fueron tan solo vanas ilusiones. Acaso tu «yo», quien creíste *ser*, no era algo palpable, más bien una mentira piadosa que ocultare la más siniestra de las verdades: *no eres, nunca fuiste y jamás serás*[24]. Pues resulta raro, hermanos míos, cuando te pierdes en la soledad del ser, en la vejez del ser, cuando te conviertes en un simple cuerpo sin alma que vaga por el mundo fingiendo existir. No

[24]Tal es la fatal enseñanza de la sucia corriente cristiana, donde el Ser es una sola verdad y un solo centro; es decir: una doctrina egocéntrica, pensada por viejos cansados y almas moribundas. Esta monstruosa concepción del mundo podémosla ver claramente en un pasaje del Libro de las Revelaciones: «Tú que eras y eres, oh Santo, eres justo al castigarlos de ese modo. Puesto que ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas, tú los hiciste beber sangre, bien se lo merecían», dice en el capítulo 16, versículos 5 y 6; luego en el capítulo 17 versículo 7: «La bestia que has visto era y no es; va a subir del Abismo, pero marcha a su perdición». ¡Daos cuenta del odio hacia a la belleza y hacia la Vida que hay detrás de esas «santas palabras! Todo lo que no venga de Dios, todo lo que se alce desde el Reino de los Abismos: no es, no existe, no habla con la verdad, ¡puesto que la Verdad fue, es y eternamente será «una sola» y la auténtica esencia del Ser emana de «arriba» y no de «abajo»! En los próximos capítulos no solo afirmo que la Bestia es lo único que fue, es y será, sino que desmiento toda esa mustiería, todo ese insufrible dogmatismo, y lo hago a través de una nueva enseñanza: La doctrina ególatra.

estás vivo, pero tu condena es fingir eternamente lo contrario. No hay emociones, ni amor, ni placer; lo que antes era fuente de vida, de gozo y motivación es ahora un absurdo. Te has ido por y para siempre y quien eres ahora no es más que un triste fantasma del pasado. Por ello os extraño, y duéleme en el alma que os hayáis perdido en el profundo abismo donde no hay retorno. Volved a mí por favor: seamos uno de nuevo, ¡oh querida niñez! ¡Oh anhelada juventud!». Así habla el joven-viejo.

Rebaño… ¡rebaño! A ese nombre responde el supremo inquisidor, el diablo *de las mil cadenas y el amargo cáliz* que pudre la carne y le devora antes que los mismos gusanos; la hedionda cloaca, donde grandes y pequeños se comen unos a otros mientras se hunden hasta el fondo; el gran domeñador del libre albedrío, que a través de valores y preceptos, mata el alma mucho antes que al mismo cuerpo; el príncipe de los *siete diablos* inhibidores del espíritu, mismo al cual tortura día con día en favor de efímeros placeres, transfigurados en una belleza ilusoria. ¡Oh, pues los placeres deben entregarse a vosotros, y no vosotros a los placeres! Mas el monstruoso rebaño desea lo contrario, desea que aquel ser noble y apasionado sucumba ante el peso de *la Sociedad.* Entended: la palabra «sociedad» no se corresponde con el término «humanidad».

El rebaño desea que ese cuerpo joven empiece pronto a sentir la tempestad de unos años que no existen. A lo mejor sí existen, pero tan solo en números, valores o acaso medidas, sin llegar a reflejar la auténtica realidad. ¿Qué importa que tengáis cincuenta, sesenta o setenta primaveras, si vuestro espíritu indomable continúa volando a lomos del *Pegaso*? Pero tan pronto como el devenir no detiene su curso, y atrás quedan los bellos recuerdos de un maravilloso instante perdido en la eternidad de *Cronos,* y el Gran Astro se oculta cediendo el paso a Vésperos y luego a la negra oscuridad y a los *ángeles caídos,* entonces el alma llora, se humilla, añorando y deseando, nublado su juicio déjase arrastrar, volviéndose obediente y mansa como una niña, acaso una vieja arrugada en el cuerpo de una mujer voluptuosa –siendo correcto decir lo opuesto, a razón: una dulce y eterna joven aún en un cuerpo envejecido– ¡y la existencia se transforma en un no-vivir sin retorno!

Dinero, bienes materiales, estabilidad… ¡de qué manera nos desvelamos a causa de cuestiones tan frágiles! Mejor sería que perdiéramos el sueño por culpa de diablos más profundos, ¡pero la superficialidad de aquellos anhelos tan banales nos ha vuelto superficiales! Pues resulta mucho más cómodo nadar en esa superficie,

¿no? Preferible es ser esclavo, a hundirse en las profundidades donde aguardan los secretos de antiguas y desconocidas criaturas en el insondable Océano.

Así lo quiere el rebaño[25]. Quiere al joven que se siente viejo. Y este joven que *Yo Soy* sintióse muy viejo una vez el niño-adulto dio paso al adolescente; y luego el adolescente, aquel templo donde *el Caos* juega sus cartas, también marchóse para siempre, dejando atrás un cuerpo juvenil, ¡pero moribundo! ¡Un viejo en fase terminal! ¡Un hijo de la miseria y lascivia del espíritu que ya está cansado de la vida y proclama el *no-ser* pretendiendo desvanecerse en la nada! Oh, ¡cuánto debe sufrir el alma insospechada, que *implosiona*, que vuélvese contra sí misma, para llegar a la conclusión de que la *no-existencia* es mejor que su contraparte! Mas ¿cuál maravilloso milagro pudo haber ocurrido para que un alma de tales magnitudes eligiese continuar existiendo aún a costa del tormento que le acongoja?

¡Libertad! ¡Enarboladme esa bandera! ¡Libertad de la carne y del espíritu! Todo lo viejo debe morir. Matemos al decrépito despojo. ¡Ahora la Humanidad ha arrojado muy lejos el peso de su ignominia! ¡Ha recuperado su inocencia! ¡Ahora el viejo es un niño!

(…)

Sí, mis hermanos, vosotros los hijos del Mediodía: herederos del *Amanecer* que ha sucedido a la *Medianoche*… ¡ahora el viejo es un niño! ¡El único niño que podréis llegar a ser! El niño que seré cuando mi cuerpo, cansado y arrugado a causa de los años, cual libro de mil páginas empolvadas y mallugadas en el Gran Desierto, se levante con dificultad y a causa de la fatiga deje salir un largo suspiro, para mirar luego hacia la celestial bóveda, sin temer el fuego aniquilador ni a su dolor, y a ronca voz, grite: «¡Aquí vamos de nuevo, despertar de mi conciencia!».

[25]Así lo quiere el cristianismo y todo lo que mata la espiritualidad para hacerse dueño de la carne. El materialismo, el sexismo, la falta de voluntad para engendrar mediante el espíritu; es decir, todo agente que provoque un estado de ánimo «depresivo» ha sido provocado por los valores que heredónos la doctrina de Jesús. El ritual de la «eucaristía» es el más obscuro simbolismo de una carne y un espíritu que no están vivos, por lo que todo aquel que efectúe este ritual se está «alimentando de fantasmas», donde su espíritu y su carne no crecen. Al matar la verdadera espiritualidad también se mató la verdadera sensualidad. Esta es la razón de por qué ahora «la bestia» nunca se siente satisfecha, aunque coma demasiada carne: la falta de un espíritu que le induzca a producir ha sumido al hombre en una sociedad de consumo cada vez más brutal, y todo esto es por culpa del Nazareno y su «doctrina de salvación».

Muy lejos permanecen ya, todos aquellos sufrimientos del mundo que atormentaban el alma. En la remota distancia han quedado las pasiones que estremecían al corazón: amigos, amantes, doncellas, señoras que eran nuestras reinas, nuestras diosas; todo ya no es, ni en el recuerdo… ¡así lo quiere el viejo que es niño!

¿Qué quiere el viejo-niño? Quiere jugar en el *jardín de la inocencia*. Todo es, pues, un juego para él, y la vida y el mundo donde esta se desenvuelve son sus juguetes.

El viejo-niño es también artista, pero un artista puro, nato, sin prejuicios ni moralidad.

Es ampliamente sereno… ¡y cuán violenta resulta semejante serenidad!

El tiempo no es su enemigo: es su aliado, pues sintiendo tan cerca el abrazo cadavérico de la muerte, ¿qué importan el tiempo y el espacio? En efecto, no existen el tiempo ni el espacio, ¡al menos no para él!

El juego es lo único real, el instante es lo único real… ¡aquel instante formidable que le sumerge en la más absoluta divinidad!

Amor, deseo, anhelo; para el viejo-niño tales sentimientos se encuentran invertidos, consumados, saciados aún en la ilusión. El mundo aparece de pronto henchido, prieto, lleno y fecundo por defectos y virtudes que le hacen ser el que es. ¡Cuántas maravillas deben pasar a través de su mente al pensar en la infinidad que le rodea e imaginar el universo de posibilidades que sobrevienen todavía después del último sueño!

Sí, el viejo-niño conoció, supo y creó. El viejo-niño ahora llama a la «voluntad». El viejo-niño no quiere dejar *la Vida*, solo su vida, para volver a vivir *la Vida.*

El destino está en la sangre.

El destino de cada uno de vosotros fluye a través de vuestras venas.
Os propongo un ejercicio para esta noche, amigos míos, por si os encontráis sin rumbo y vuestras vidas aseméjanse a un vasto desierto:

Tomad un cuchillo, y haceos un corte transversal en la palma de la mano. ¿Duele, cierto? Mirar lejos y hacia lo no descubierto es doloroso. Os daréis cuenta de que un dolor profundo revela también cosas profundas.

Sobre una hoja en blanco, dejad caer las gotas de sangre que brotaren tras la carne. ¿Qué tan roja es? ¿Negra como el crepúsculo? ¿O acaso intensa como el fuego? ¿Caen rápido las gotas sobre el papel, o resulta parsimoniosa su caída en vurtud de cierta viscosidad? El aspecto de vuestra sangre da por sentado mucho de lo que sois. Prestad atención al enigma de vuestro corazón. Escuchad como habla el espíritu desolado que yace en vosotros. En efecto: la sangre espíritu.[26]

(…)

La sangre es pesada y de un rojo oscuro y ennegrecido. Esto me revela un aspecto clave de tu personalidad, amigo mío. No te costó ni un soplo hacer el corte, ¿cierto?, pues no temes al dolor. «Brutalidad» es el término que mejor te define. Eres una persona tosca y de gran fuerza física, aunque quizás algo terca. ¡Qué dije algo! ¡Eres muy, muy terco! A lo mejor has trabajado demasiado tiempo bajo el sol y tu piel volviérese dura igual al caparazón de una tortuga.

Ahora te veo caminar, y tu andar me parece torpe, sin gracia. Hacia el entorno rodeándote observas, realizando un gesto que refleja lo disgustado que estás contigo y con la vida. ¿Por qué, mi hermano? Luego escupes una cantidad exagerada de saliva en un ademán exagerado y sigues tu camino. Mas ese no es tu camino, ¿me equivoco? Tu camino tiene que ser, hermano mío, un sendero de sangre, bajo el cielo teñido de

[26]Frase de Nietzsche que podemos leerla en su Zaratustra: «De todo lo escrito yo solo amo lo que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre, y te darás cuenta de que la sangre es espíritu». De acuerdo a mi visión, escribir con sangre no es solo escribir con dolor, también es «escribir con el alma, sobre el alma y para el alma».

sangre, ¡y no un sendero de rosas perfumadas con amor! Un camino pesado y rojizo ha de ser: pesada y rojiza es la estrella que te guía.

¿Qué haces ahí, hermano mío, donde no puedes *ser el que eres*? Naciste para ser un guerrero, recorrer valles y páramos, y para escalar crestas empinadas mientras desafías los más furiosos embates de la naturaleza. Vos puedes resistir mejor que nadie la inclemencia del tiempo y las tragedias de la vida. No estás hecho para la cotidianidad, ni para absurdas comodidades, ni para *sentimentalismos* o sutilezas. Eso no es lo tuyo. ¡Eres un soldado, un vikingo, un «oso blanco» de las montañas heladas! ¿Qué haces en el pueblo y con el pueblo? Vos no perteneces al pueblo, ni a la sociedad, ¡tal vez ni siquiera a la humanidad!

Tu lugar hállase pues en la fuerza y el poder de un mundo que se abre ante vos igual a una gran concha. Al horizonte infinito, a la naturaleza que traga y devora: allí es donde perteneces. Puedes con ello y con mucho más, ¡cruel bárbaro que no sabes de piedad ni para contigo mismo!

Aquello, es lo único que conoces y sabes hacer mejor. ¡Muy bien te desempeñas en ello! Pensar demasiado; es decir, trabajar en exceso la mente, no es saludable para ti. Prefieres explotar tu cuerpo hasta el cansancio y desarrollar tus músculos al máximo, para de esta forma poder usar tus músculos al máximo y tu cuerpo hasta el cansancio. De esta manera vives a plenitud y das sentido a tu ser. Y en lo único que pensáis, hombre pesado, es en la grandeza, igual al de sangre noble; pero a diferencia de éste, tu concepto de grandeza irremediablemente va de la mano junto al concepto de muerte. Sobrevive el más fuerte: el débil ha de morir. Así piensas tú. Sin embargo, ¡oh mi querido vikingo!, no solo es fuerte quien puede levantar un pesado martillo y quebrar huesos con él. ¡A veces la verdadera fortaleza reside en el espíritu! Perdóname si he ofendido a tu gusto, ¡tosco gusto!

Pero en tus venas yace la herencia de los más antiguos ancestros de la Humanidad. Eres el reflejo de aquellos hombres que fueron el pilar del género humano. Aléjate de los débiles superfluos, ellos no están hechos para soportar tu enorme y salvaje fuerza de vikingo. Las tierras de Siberia y los nórdicos valles aguardan a por ti, a que tu sangre se derrame sobre la pradera devastada. Eres tan pesado, que ni las valquirias se acercan para aliviar tu espíritu con dulces besos de miel: «¿Qué hacéis aquí, niñas de piel doncella y corceles alados? ¡Dejadme yacer junto a mis entrañas! ¡Dejadme ser carroña para diabólicos pájaros!», así despachas incluso a las celestiales princesas. ¿Qué importa, en efecto, *el Walhala, con* sus templos

de oro y diamantes, y sus damas trayendo copas llenas de hidromiel? Prefieres morir para siempre, pero con honor. Una estancia aburrida en un reino aburrido de dioses repugna a tu gusto, terco guerrero. ¡Qué se vaya al infierno, pues, *el Padre de Todo,* junto con su hijo a quien matará *la Gran Serpiente,* y su otro hijo, el bastardo sin gloria! De igual manera… ¡hasta los dioses mueren! ¡Tu destino está escrito con sangre! ¡Y con sangre ha de sellarse!

La hoja en blanco se encuentra ennegrecida como la noche bajo un firmamento de estrellas y el mapa de un mundo abierto. ¿Es este tu destino, hombre de sangre oscura y pesada? A lo mejor has permanecido mucho tiempo junto a los débiles y conformistas, por lo cual te has contagiado de su bajeza, ¡y a causa de ello tienes miedo de salir para encontrar tu razón de ser! Pero no te culpo, hermano mío, pues incluso el abominable hombre de las nieves teme a lo desconocido; aunque en el fondo lo sabes: puedes sentir que tu lugar se encuentra más allá del rebaño, más allá de las ciudades hechas con cal y cemento, y más allá de su olor fétido y el abismo que a todos hacia allí jala. No temas nada ya: *más vale morir viviendo que vivir muriéndose.* Quizás en tus venas está grabado el destino, mas no se trata de algo que te arrastre sin importar lo que decida tu corazón. ¡Tú debes actuar, pues en ti yace el poder y la mecha que encendiere la llama de la eternidad!

¡Adelante, vikingo! ¡Sigue la senda que te guía!

(…)

La sangre es ligera y de un rojo oscuro y ennegrecido. Inteligencia, astucia: este es tu «escudo de armas». Te me asemejas a una serpiente querido amigo de frívolo temperamento. Eres muy frío, aunque suave al tacto, ¡y hay cierta belleza en esa «helada suavidad»! Pero ello es lo más peligroso de vos. ¡Y perdóname si me siento incapaz de confiar en ti, pues no fíome de los anti-apasionados, de aquellos individuos de sangre fría reptil!

También eres escurridizo, malicioso, cizañero. Te escabulles por los rincones más pequeños y desde allí lanzas tu veneno; pero no atacas de frente sino por la espalda, ya que tienes perfecta conciencia de tu debilidad frente a los demás y esa debilidad la compensas con tu astucia. Eres un muy paciente conspirador que «va subiendo paso a paso cada escalón» hasta llegar a la cima; porque ese es tu objetivo, ¿verdad?: alcanzar el punto álgido, y para ello no importa cuáles métodos has de

emplear con tal de lograrlo, ni que tus manos se manchen de sangre inocente. Yo bien que te conozco, amable serpiente: posees largos colmillos que se clavan al menor descuido, y criaturas como vos las hay de varios tipos, pero al final culebra… ¡es culebra!

No pareces ofendido, y eso es lo más peligroso de ti, serpiente: sabes guardar muy bien las apariencias. Prefieres reservar cada gramo de tu veneno para luego, en el momento justo, impregnarlo en la carne de tu víctima. ¡Pobre ratón! ¡Mira cómo se retuerce en el serpentario, a causa de la mortal sustancia que le destruye las entrañas, hasta que deja de patalear, el pobrecillo, y vos, mi querido reptiliano, estás listo para devorar un nuevo manjar!

También hay que saber protegerse de tus adulaciones y de tu maravillosa locuacidad. No tienes el más mínimo escrúpulo cuando se trata de sacar tu fría y húmeda lengua de serpiente para lamerle las botas a cualquiera que así lo requiera. «Para hacerse con la olla de oro, primero hay que entablar amistad con los duendes». De esta forma piensas tú. ¡Y quizás yo mismo deba aprender de esa astucia!

¿Honor? Esa palabra te aburre. «Los honorables nunca pasan de la primera temporada».[27] Hay mucha ingenuidad y falta de astucia en todas esas «honorabilidades». Valores, bien y mal, correcto e incorrecto: tu mansión debes construirla más allá de ese castillo. El hombre pesado y negro piensa que solo sobrevive el más fuerte; tú, en cambio, piensas que solo sobrevive el más inteligente.

¿Compasión? Eso de «ponerse en el lugar del otro» es útil nada más cuando sirve al propósito que te has propuesto. Tú, serpiente de ojos rojos: con ojos rojos debes mirar en torno y a las personas que «claman por tu ayuda». De lo contrario acabarás en el mismo infierno donde acaban todos los compasivos: en la cloaca.

¿Amistad? Sin duda es de lo que menos conoces. Para ti solo existe la «sociedad», el «complot», el «vos me das y yo te doy, pero si me traicionas... ¡será mi venganza más espantosa que tu traición!» Cabalmente eres tú el que siempre traiciona.

¿Amor? Aquí tal vez yace tu más grande debilidad o tu más grande fortaleza. El amor te hace vulnerable en extremo o poderoso en el más alto grado. Fuiste vos serpiente quien enamoróse de Eva y por ello le sedujiste

[27]Ironía a la cual me inspiró en la serie de televisión «Juego de Tronos», basada en la saga de novelas épicas «Canción de Hielo y Fuego» del escritor norteamericano George R.R. Martin. En esta historia, el bueno y honorable Eddar Stark señor de Invernalia es muerto a causa de haberse dejado llevar por su excesiva honorabilidad, lo cual indújole a cometer una serie errores que le incriminaron.

a comer de tu «fruto prohibido». En este punto me agradas, criatura de sangre fría, ¡pues incluso alguien como tú no puede resistirse a los encantos de Eros ni a los placeres de Afrodita! Mis demonios dijéronme una vez que tu manera de amar es igual de escurridiza que tu largo cuerpo serpentino. Aunque muchos han de caen bajo el poder de tu seducción, ten cuidado con los apasionados y fogosos… ¡Ellos sin duda serán la perdición de tu espíritu! El fuego del amor que arrasa con todo a su paso es demasiado para una pobre y fría serpiente como vos. ¡No lo soportarías!

Mejor es que te alejes de cualquier tipo de sentimentalismo, aunque te sientas muy capaz y predispuesto para ello. Vos crees que tu maravillosa locuacidad hará caer la manzana del árbol justo en tus manos sin que tengas que deslizarte a través del tronco y subir a las ramas. Acaso olvidas que cuando se trata de las pasiones no vale ser listo o tonto. Tu destino, antigua serpiente, es convertirte en el símbolo de «lo que viene y va».[28] En efecto las serpientes van y vienen, de aquí allá, de arriba hacia abajo, de un lado hacia otro lado, esperando, aguardando, planeando conspiraciones. Un enjambre sois: muchos y uno solo. Te pareces a la monstruosa *Hidra* que al perder una cabeza obtiene dos más. No debes gobernar sino «mandar a los que ya gobiernan»: esa es tu razón de ser. Por tal motivo eres de las pocas criaturas que pueden vivir casi donde sea, de la forma que sea, pues te adaptas muy fácil a cualquier ambiente.

De cierto os digo que este vuestro servidor no tiene nada en contra de vos, querido reptil. Constituyes un enigma, pues en ti existen los más profundos símbolos de toda la historia de la Humanidad. Verdaderamente: la Historia que yace en las sombras ha sido construida por serpientes. Entonces tu destino es construir la historia en las sombras. El resplandor del sol no es bueno para tu piel, aunque resulte agradable en gran medida sentir el calor sobre tu lomo. Recuerda que el fuego del corazón es tu más grande y poderoso enemigo puesto que tu destino es siempre huir de los apasionados; pues en el fondo, serpiente, eres sentimental, aunque en vos el sentimiento es una debilidad que inhibe, enerva, termina por destruir… ¡y no puede haber nada más vergonzoso y repudiable a tu gusto que morir a causa de los sentimientos y pasiones!

Tú sigue deslizándote. No corres tanto peligro como aquellos que gustan mirar de frente al sol. En ocasiones, un fuego demasiado apasionado acaba por transformarse en un arma de dos filos. ¿Verdad que

[28] La voluntad serpentina es una con el Tiempo. «No le falta ni le sobra tiempo». Ver capítulo: Los trece apóstoles demoníacos.

lo disfrutas, que te deleitas en la imagen, donde el más grande de los hombres arde en su propia hoguera? Mas ese hombre también disfruta de su martirio, y eso vos no lo puedes entender...

¿Grandeza? Palabra extraña en tu vocabulario. ¿Por qué ser grande? ¿Qué razón hay detrás de ello? Es mejor seguir tu propio camino, esconderse bajo la hierba, sin llamar mucho la atención. ¡Así vívase más tiempo! En efecto: es la serpiente el más longevo de los animales.

(…)

La sangre es pesada y de un rojo intenso. He aquí un ser fuerte, poderoso y noble. La palabra valentía se queda corta al describirlo.

Cierro los ojos, e imagino a un gran monarca: fiero en su gallardía y duro en el juicio.

Hermano mío, tendría muchas cosas que decir sobre ti, pero no me alcanzarían las palabras que sirvieran al propósito de describir la esencia de vuestra admirable persona.

Hay fuego ahí dentro: un fuego salvaje que arde con intensidad, pero que sabes utilizar.

Eres sabio. No tanto inteligente, pero sí muy sabio.

De igual manera, eres una persona justa, generosa y altruista, mas cuando se trata de juzgar y hacer lo correcto, no tienes ningún tipo de consideración con nadie. En efecto: correcto e incorrecto, bien y mal, bueno y malvado: tales conceptos están muy claros en tu vocabulario. Debe hacerse pues lo correcto, debe obrarse en virtud del bien y castigarse a los impíos. También sueles cumplir al pie de la letra con los preceptos religiosos y honras a la naturaleza, pues según tus creencias, la naturaleza es sagrada porque ha venido de lo divino.

La familia es para ti muy importante, de modo que darías la vida por los tuyos. En el amor, por otro lado, no eres tan apasionado ni tan sentimental: son las emociones fuertes quienes mejor te describen cuando se trata de aquel poderoso demonio llamado *Amor*. Das lo que debes dar, y recibes lo que debes recibir. Siempre un balance, un equilibrio. No se debe dar ni recibir en exceso, así piensas. Para ti siempre debe obrarse con justicia y rectitud.

Los sentimientos fuertes y las pasiones intensas son peligrosos, y a causa de ello tú, mejor que nadie, sabes domar a esos demonios; pero oh, mi querido hermano, por una vez en la vida, ¡considera oírlos! ¡Nuestros demonios siempre tienen cosas muy profundas que decirnos! Guárdate de

los *diablos*, eso sí, ¡a los súcubos que se alimentan del espíritu nunca les oigas! Me resultas demasiado noble, demasiado honorable, como para rebajarte a todos esos males que arrastran hacia el pozo. El pozo no está hecho para vos, ¡hombre de honor!

Eres valiente. Eres un guerrero. ¡Naciste para luchar! Los más débiles, aquellos a quienes *el Verdugo* paraliza, requieren de tu fortaleza, de tus ánimos, de esa potente voz de mando que les dirija. Tu destino es gobernar. No te dejes llevar por las pasiones ni por los sentimientos, y cuida tus emociones cuando debas cuidar de ellas. Tus enemigos claman porque vos caigas, porque te humilles y perezcas bajo los fieros latigazos del dolor, y para ello pueden valerse de los métodos más infames, pues conocen muy bien que tu excesiva honorabilidad y justicia es un arma peligrosa tanto para ellos como para ti. ¡Aprende de la serpiente y vuélvete más inteligente!

Aquí estamos, bajo el último resplandor de *Eósforos*. Sabes disimular el miedo con gran firmeza. Tu voz es dulce como la miel y al instante dura como la roca. Allí vienen, pues, las cosas hermosas, y los vientos de una nueva época acompañados de una gloriosa melodía que eriza los cabellos. ¿Y vos, no temes? Ahí estás de pie, de frente, ¡porque de frente es que se atacan los problemas!, así piensas. No por la espalda, no desde las sombras, ¡eso es de cobardes! Al enemigo hay que encararlo, sentir su furiosa respiración, mirándole directo a los ojos… Oh, mi querido valiente, ¡ojalá y todos los adversarios dejáranse combatir de esa forma tan honorable, digna de la más hermosa epopeya, pero en la dura realidad del mundo, son tus enemigos que atacan desde la oscuridad de quienes más debes protegerte!

No piensas tanto en la grandeza, como piensas en la herencia. La grandeza es para enaltecerte a ti mismo, la herencia es para enaltecer a la Humanidad. Por ello te tomas las cosas muy en serio cuando se trata de formar y dejar herederos. Son tus hijos algo más allá de ti mismo, una expansión de tus ideales en favor del bien y la justicia, pero no siempre los hijos piensan igual que los padres. Cuídate mucho de esto, ¡no sea que vayas a dar a luz una serpiente! Mejor piensa en ti de vez en cuando, ¡pues el egoísmo es necesario cuando la ocasión lo requiere! Optar demasiado por el bien común, a la larga, acabará por fatigarte. ¿Pero quién soy yo para juzgarte? Prefieres morir con honor a vivir en favor de la mentira, de la deshonra, de la injusticia. ¿Verdad? ¡Tú, hombre decoroso hasta el último rincón del alma!

La estrella pesada e intensa como el fuego, os guía a través de este peligroso camino de valiente gallardía. De cualquier manera, ¡vuestro corazón es fuerte y vuestro espíritu indomable! ¡Puedes soportar y superar muchas cosas! Vela por tu bienestar y el bienestar de los que amas. Quienes te odian raras veces atacarán de frente. ¡Nunca lo olvides, amigo mío! Me resultas demasiado honorable y no quiero verte en el suelo, lamiendo las botas de un miserable cobarde o suplicando por piedad. Ni siquiera soy capaz de imaginarte así. ¡Qué horrenda imagen me tortura en los surcos de mi cerebro!

¿Y la guerra? ¿Es necesaria? Aunque seas un hombre pesado al trato, hermano, tú no adoras la crueldad. No te gusta la sangre, en efecto; no gozas de los gritos de agonía ni de los cuerpos desmembrados en el campo de batalla. La paz siempre debe imponerse sobre la guerra; sin embargo, a veces el combate es inminente. Llegado el momento, deberás ondear la espada y arrojar tu lanza justo al corazón de tu enemigo. Eso tú bien lo sabes, y por eso debes ir siempre a la cabeza de tus huestes, mientras gritas: «¡La muerte por honor! No tengáis miedo, hermanos míos, pues este día el cielo carmesí destellará y los dioses serán testigos de vuestra valentía en el campo de batalla, ¡no importa el dolor! ¿Qué es el dolor, comparado al recuerdo bañado en oro? ¿Qué es el sufrimiento, comparado a la luz del futuro, ese futuro por el que ahora luchamos? ¡No me temáis a nada ya! ¡Dejad vuestra alma en este día de muerte y lágrimas! ¡Lágrimas mezcladas con sangre, y una muerte que solo es el comienzo de algo más grandioso en virtud de un sello eterno que por la eternidad irá unido a vuestro nombre y memoria! ¡Por *la Vida*, hermanos míos!». Así enarbolas la bandera que lleva como símbolo el futuro de la Humanidad.

Gran monarca. Rey soldado. Piedra angular de la noble sabiduría. ¡El más valiente de los hombres que han pisado esta tierra!

Pues rojo intenso, como vuestra sangre, es el corazón que palpita en vuestro pecho. Duro y pesado, como vuestra sangre, es el espíritu que os impulsa a vivir con plenitud. Familia, honor y justicia: tres vértices en el *triángulo* que os guía por el difícil camino que es vuestro destino. ¿Es este, en efecto, tu destino, un destino que a su vez entrelaza el destino de todos los demás? De ser así… ¡adelante, noble caballero, soldado y monarca! ¡En vos yace el fuego que disipa las tinieblas!

(…)

La sangre es ligera y de un rojo intenso.

Ahora mi pluma se detiene, mientras invoco a mi musa: mas esta parece haberme dejado… ¡Niña juguetona! ¿A dónde han ido a parar las palabras que hace un momento endulzábanme el corazón?

Todo es negro de pronto: el mundo en tinieblas, el vacío, a través de un mortuorio silencio. Hace frío hermanos, ¡hiélaseme la piel bajo este gris que ha teñido al cielo! ¿Por qué me has abandonado, glorioso *Apolo*? ¿Por qué sopla un invernal viento de melancolía? Desde las tétricas y obscurecidas nubes precipítase helada lluvia que me llena de escalofríos. ¿Veis como tirito? ¿Y os dais cuenta de cómo ha empalidecido mi faz? ¿Y ahora? ¿Por qué lloro? ¡Por qué, insensatas gotas que reflejáis la profundidad del alma, en este momento dejáis al descubierto mi terrible anhelo!

Ahora quiero hablar de cosas profundas[29], de un alma profunda, de un corazón profundo. ¡De ti, querido hermano de sangre ligera como el aire, pero roja como el más bello atardecer, de ti es quien deseo hablar! Pero quizás no quieres que lo haga. Piensas que he de levantar aquel velo para dejar que oro solar báñele con doradas pinceladas hasta endiosarle de éxtasis y ya nada permanezca oculto sobre vuestra refinada persona. Acaso no es justo que tengas miedo, hermano mío, pues todos ellos deben saber cuánto te estremeces en el abismo que sois a causa de intensos terremotos, crueles tormentas y furiosos ciclones. Ellos deben saber qué tan hermosos son los jardines que con tanta delicadeza cuidas y te esfuerzas por ocultar de aquellos que no comprenden de dulzuras ni de perfumadas rosas. Acaso quien sois en la superficie no compensa ni siquiera un poco el precioso tesoro que sois en el fondo: un cofre que guarda en sí las más jugosas y valiosísimas joyas, un cofre del cual muy, muy pocos poseen la llave para abrirle.

Y ello te provoca tristeza, ¿cierto amigo mío? Te duele en el alma el hecho de que busques sin descanso al portador de esa llave, para que éste pueda gozarse con las delicias que en vos habitan, pues no soportas que solo tú, y nadie más que tú, tengas el privilegio de gozarte en ellas. Oh no, aunque eres egoísta por naturaleza, ese egoísmo es puro: deseas iluminar, quieres que todo el mundo se revuelque de placer por ti y para ti, a causa de tu luz y a través de las estrellas que de ti emergen una y otra vez derritiendo corazones helados, desvistiendo viejas elucubraciones,

[29] A partir de este momento aumentará la profundidad de mis pensamientos, que irán creciendo a medida que desciendo al «Abismo».

desnudando pasiones, vibrando de amor, siendo tú, hombre de bellezas, hombre de glaciares, el gran despojador y *redentor de los abismos.*

Nobleza y pasión es lo que mejor te describe. ¿Y existe algo más hermoso que un ser noble y apasionado? En ti brilla la más pura inocencia, casi rozando la ingenuidad; pero que nadie se engañe a causa tu dulce carácter, ya que eres sabio e inteligente, y tienes muy claro lo que es bueno y lo que es malo para ti. No todos se encuentran hechos para soportar una pasión endemoniada: «Mi luz es tan resplandeciente que os dejas ciegos, a vosotros, los de pequeña mirada, y a causa de ellos confundís mi brillo con tinieblas», así hablas tú. ¡Aléjate de todos aquellos que no saben valorar los tesoros que se les ofrecen, pues una prenda de oro no vale nada en las manos equivocadas!

Eres noble, yo lo sé, *yo lo siento*. No gustas de ser juez. Así como no te afecta la opinión que el rebaño tiene sobre vos, tampoco te interesa en lo más mínimo la vida de los demás. Sin embargo, cuando se trata de romper esquemas y quebrantar valores… ¡te vuelves un artista! Esto es lo que mejor sabes hacer. Con piel de artista ahora vistes y con ojos de artista observas el amanecer y el mundo, que ahora rezuma pura belleza y a través de esa belleza te gozas sin reservas ni moralidades.

La belleza es tu razón de ser, tu *cosa en sí*. Y el concepto de belleza, para ti, está irremediablemente encadenado al concepto de «amor», y el concepto de amor, al concepto de «arte». Vivir es entonces, de acuerdo a tu visión hombre apasionado: amar la belleza a través de un sentido artístico de la existencia. *Eros* se ha convertido en el más profundo de los símbolos que te hacen ser el que eres. Por ello es que sois el único ser del mundo que tiene la capacidad de gozar mejor que nadie la naturaleza del arte, de ver más allá de ese trasfondo artístico y descubrir la belleza allí donde otros solo ven fealdad, tristeza, tragedia o muerte.

Escucha, como hablan aquellos secretos, por medio de voces y melodías, a través de bosques eternos con flautas y tambores, elfos y duendes que gritan en signos, describiendo hermosuras que solo vos puedes notar: así os deleitas en la absoluta profundidad de quien sois en el alma, ¡hombre profundo más allá de todas las profundidades!

Nadie es capaz de sentir, de percibir cual manjar exquisito, tal como tú lo haces. Tan sensible en carne y espíritu eres que la totalidad de la existencia se os revela exuberante, en bellezas y riquezas, hasta el más alto grado de exquisitez. Mas, ¡cuánto debes sufrir a causa de ello, sintiéndote tan solo en aquellos bosques y montañas, añorando a *otro ser* con buen

gusto en el paladar para saborear dulcemente incluso las cosas más amargas!

Cuerpo-Corazón-Mente-Espíritu-Alma: he ahí tus cinco «orbes». En lo que respecta a la fuerza física, el esfuerzo corporal y los trabajos manuales, no te desempeñas bien en ello, no es tu razón de ser. ¡He aquí tu más grande debilidad! Y allá cuando invocas a la fuerza bruta para que acuda en tu ayuda, ¡no te responde! ¡Cuánta frustración te produce el hecho de que aparezcas cual un ser escuálido, de poco resplandor sobre la superficie, y que todos aquellos, sobre todo a quienes amas, se hagan por culpa de eso una *falsa imagen* de tu persona y que no sean capaces de ver más allá de esa superficie y descubrir con alegre júbilo la verdadera belleza que habita en tu interior!

Eres diáfano, puro y transparente. Vuestro espíritu se me asemeja a un cristal por donde luz del sol penetra libre de impurezas e ilumina el alma con diamantinos resplandores de belleza. Tanta hermosura que vos contempláis, hállase por encima de todo lo efímero, de todo aquello que a los de pequeña mirada les parece horrible, mundano y perecedero: tal como el rostro de *Apolo* asomándose desde *el Olimpo* o más allá del horizonte, a través del inmenso mar; el viento costero que abraza las palmeras, cuyos frutos reaniman el espíritu y alegran el corazón del náufrago que vaga perdido a través de una isla solitaria; el invernal y húmedo frío de glaciares, que reina soberano sobre vastas cordilleras, donde aún el alma misma siéntese en extremo desolada a causa de la certeza de su soledad, de su abandono e insignificancia frente al inconmensurable universo, y aun así esa misma alma se regocija al descubrir lo bello en ese terror existencial; y luego el fogoso e imponente calor que azota al flagelo sin retorno, quien busca su propio oasis en medio del desierto, deshidratado y con la piel seca ve de pronto una maravillosa imagen que se materializa frente a su desorbitada mirada: «¿Eres tú, *Oasis*? ¡He aguardádote mil eternidades! ¡Tengo sed! ¡Tengo tanta sed! Dame un poco de agua para saciar este profundo anhelo», pero el amor es la sagrada agua que al sediento le quema las entrañas, y esto resúltale maravilloso al que en un desierto mendiga tan solo un trago que salvare su vida de la terrible sed que le hace revolcarse sobre la hirviente arena, y esto es aún bello para ti, hombre apasionado; y por qué no, también, aquellos montes sin fin que extendiéndose más allá de toda mirada imbuyen al ser de una mareante sensación de vértigo al pensar en todos los enigmas, todos los secretos y misterios, que aún no han sido descubiertos y que no alcanzare toda una vida para descubrir, y no solo

montes, sino también mundos extrahumanos, estrellas y galaxias, seres y cuerpos estelares que tal vez existen o no existen más lejos que cualquier lejanía pensable y todo pensamiento humano.

Entonces, volviéndote hacia ti mismo, te maravillas de semejante magnificencia, mas el profundo miedo a lo extraño y desconocido te aborda, y para serenar ese miedo, debes pensar en otras bellezas más simples, pero no menos hermosas: por lo cual recuerdas, y en el recuerdo te deleitas con gloriosas melodías, que valiéndose de símbolos poéticos, expresan los más profundos sentimientos del ser; luego giras y observas aquella pintura, en la cual ha inmortalizado el pintor su más grande secreto o su más grande anhelo a través del lienzo y el pincel; después abres el libro que hace mucho tiempo permanecía en un rincón, lleno de polvo y con las hojas arrugadas: un alma allí muerta que en virtud de un maravilloso instante resucita, pues en lo profundo del pensamiento, posiblemente tiene algo muy valioso que decirte en prosaicos versos y plumazos danzarinos, mismos que han sellado las pasiones del humano ser a través de lágrimas sentenciosas y sangrientas letras, y sobre la carne y el espíritu de quien allí vivió, y que eternamente vivirá por siempre; así, impregnado de tal belleza, eres capaz de gozarte como a través de una gran explosión, cuando miras el rostro y la figura de una angelical princesa que reúne en sí a todas las bellezas juntas en un inexplicable orden y armonía de las cosas bellas, pues, en efecto, es *la Mujer, «*la más hermosa y resplandeciente» de todas las criaturas, cuantas existen o han llegado a existir, ya que de tal hermosura se es capaz de contemplar la belleza del Todo en un único instante; y de tan endiosable criatura, brota una dulce voz, suave, ni tan aguda ni tan grave, más bien perfecta, mientras no quieres dejar de oírla, pues en cada palabra y sonido te deleitas, experimentando una sensación de placer que te consume poco a poco, como si manos invisibles acariciaren tu alma que se estremece punto a punto, haciendo vibrar tu carne y tu espíritu, así como una misteriosa esencia que te hace flotar y no desear ya nada más que solo perderte para siempre en aquella indescriptible sensación y en la infinidad que ella representa; y acto seguido, cuando se juntan los labios, en un dulce beso sabor a miel, o quizás a chocolate, tan delicioso manjar que por sí mismo bastare para sanar cualquier herida y surco sobre la piel sin ni siquiera dejar cicatrices ni en el cuerpo ni en el alma; y luego dos cuerpos, dos mentes, dos espíritus, dos almas, dos corazones siendo uno por un efímero instante a través de un abrazo eterno que al corazón enamorado le hace expresar a gritos inaudibles lo siguiente: «Aquella vez

me regalaron sin pedir nada a cambio el mayor obsequio que alguien pudo darme en la vida: me abrazó con todas sus fuerzas, como si fuera a morir si no lo hacía, y el tiempo se detuvo mientras dióme la impresión de que me perdía *más allá de todos los tiempos*. Cuando me estrechó en sus brazos sentí que vivía, y cuando me soltó supe que estaba muerto, y he estado muerto desde entonces y desde antes, pues solo a través de aquel abrazo he podido sentirme vivo. ¡Ahora me devora un anhelo de volver a vivir una y otra vez!», porque un abrazo, hermanos míos, un verdadero abrazo, puede aniquilar todo el sufrimiento que una vida entera no ha sido capaz de borrar; y llegado el momento, amigo mío, ¡mi querido y bien amado amigo del alma!, llegado el momento, cuando por un extraño azar del destino, dos seres, dos almas gemelas, se encuentran por fin después de toda una eternidad, y el entrelazamiento de las circunstancias ha hecho que ambos se atrajesen el uno al otro con una fuerza irresistible, y cuando vuélvese el mundo mucho más que perfecto en el instante que el tiempo, el espacio, los seres y todas las cosas se pierden en el profundo hoyo del olvido, e incluso la vida y la muerte dejan de tener razones allí cuando el éxtasis llega finalmente a su cúspide más alta y el amor vibra, estremeciéndose a sacudidas que dejan ver como insignificante incluso al más violento de los seísmos. Ahí cuando amor por amor, placer por placer, dioses por mortales, se unen en la endemoniada perfección de una vida, de toda una vida: aquí, vosotros hombres apasionados y preciosas doncellas, ¡aquí *la Belleza* cobra su más grande sentido y por medio de esa embriaguez y esa inefable dulzura justificamos todo cuanto existe, y tal cual una estrella viajamos por todos los cielos e infiernos del pasado, presente y futuro.

Así miras tú a la existencia, ¡hombre de sangre ligera y diamantina!

Pero fijaos bien, ¡vosotros artistas y hombres transfiguradores! Guardaos de la decadencia y de sus decadentes sentencias. Los parásitos que sufren a causa de la aridez en su alma famélica, llenos de odio y malicia, cansados tanto de sí mismos como de la vida, abundan en cualquier rincón. Todos ellos, a través de sus dogmas e ideologías políticas, religiosas y morales, condenan al mundo, a la humanidad y al individuo. He aquí la cuestión más repulsiva de esos bichos malolientes y de carne rancia: como parásitos que son, se alimentan de aquella misma decadencia, para poder sobrevivir y seguir llenando de heces a todo cuanto hay sobre la tierra. ¡No! ¡No me escuchéis a ninguno de esos pobres engendros! La miseria es la peor de todas las enfermedades porque el miserable suele tomarle cariño. Lo mejor para vosotros es que

hagáis el rostro a un lado y sigáis vuestro camino. Esa sabandija quejumbrosa que retorciéndose escupe ignominias al cielo y al abismo… ¡no tiene salvación! Mirad: es un espejo natural que refleja todo el despojo y la porquería del espíritu. ¿Qué le hace pensar en la decadencia? ¿Qué es decadencia, en primer lugar? Acaso otra invención y putrefacción humana: es la herencia de toda doctrina política, moral y religiosa. ¡Oh no, amigo apasionado, por favor sigue mi consejo! ¡Vos me pareces demasiado precioso como para dejarte arrastrar por un río de sangre contaminada! Tu sangre es pura, y de pura sangre han de ser tus hermanos, amigos, amantes e hijos. No es secreto real que por tu nobleza te sientes endiabladamente atraído hacia Todo, pues tu razón de ser es conocer, y conocer para saber, y saber para crear. Amigo mío, solo pido que *Todo* sea para ti otra bella razón para elevarte más allá de lo que eres, y no para retroceder y revolcarte en la ciénaga. La decadencia afirma, rotunda como el Monstruo[30], que la ciénaga es la única verdad del mundo y que todos los jardines que existen lejos de la ciénaga son ilusiones que hacen de la ciénaga algo soportable y vivible. ¡Ah, ved como arde la llama de mi espíritu desolado, encendiéndose, con la intención de cubrir a todos esos decadentes, hasta consumirles en gritos de agonía, para no ver nunca más a la purulenta y espumeante sangre emerger tras sus convulsos y moribundos rostros! El mundo no es, precisamente, una ciénaga… ¡ellos son la ciénaga! La ciénaga es, hombres apasionados y llenos de vida, la ciénaga es aquella ilusión, el triste velo que ocultare la única verdad de este mundo que ven nuestros ojos: todo es «transfigurable», y si hemos de creer en la belleza del Todo, entonces así es, así fue y así será. Oíd, amigos míos: como habla el individuo de sangre ligera y roja, pues ligero él va por la vida, y rojo como su sangre se alza el velo dejando a plena vista rojos corazones de carne y rojas pasiones de amor:

«Si crees, entonces *quieres*; si quieres, entonces *puedes*; y si puedes, entonces *debes*. Dime: ¿Qué crees? ¿Qué quieres? ¿Qué puedes? ¿Qué debes?
Pues tu creer es para con tu querer, tu querer para con tu poder, tu poder para con tu deber, y tu deber para con tu creer».

Habladme así. Sentidme así. ¡Vividme así!

[30]El rebaño.

Tú, león de suave y sedosa melena. Tú, león que arde sobre piras elevándose más allá de las nubes. Tú, león que amas como nadie es capaz de amar. ¡Tú, león que ruges cuando debes rugir, y ronroneas cuando debes ronronear! Pues ese rugir y ronronear aunque deja en visto lo fiero que eres, también refleja aquella ternura y aquel cariño que existen detrás de esa imponente figura.

¡Oh, valiente Heracles! Vos no os vestisteis de félida piel en favor de que todos creyesen en vuestra heroica acción, sino porque el héroe que piensa en la grandeza adórnase con leonina coraza. Mas, ¡una cosa es ser león por fuera, y otra muy distinta ser león por dentro!

¿Y aún sois joven, hombre apasionado, *León de Nemea*? ¡Bien! Nunca lo olvides: ¡Se joven por siempre! Esa chispa que encendiere la llama de la Eternidad nunca debe apagar su luz. He ahí que es una estrella, a la cual fáltale crecer, y crecer mucho más, hasta expandirse por completo e iluminar con luz infinita todo cuanto hay en torno a ella. ¿Será acaso cuando llegue el momento de su deceso, vuélvase aquella estrella una gigantesca y roja bola de gas que lo consume todo a su alrededor para después extinguir esa llama y convertirse en un pequeño punto blanco cuyo resplandor ha extinguídose? O, por el contrario, cumplido su destino, ¿el tan masivo astro estallará en una majestuosa explosión, cual supernova, que hará temblar cada rincón y brillará en un espectacular juego de luces multicolores dejando tras de sí y como último recuerdo de su magnificencia una bella nebulosa, donde aún el resplandor que tuvo en vida continuará brillando y dando a luz nuevas estrellas?

¿Qué eres, hombre de sangre ligera y carmesí? ¿Un gigante rojo, que brilla lo que tiene que brillar, pero que después de su muerte desaparece para siempre junto a su resplandor? ¿O una estrella masiva, que es tan poderosa y grande durante su vida como lo será incluso después de su muerte? O, todavía más, ¿acaso eres una galaxia, un cúmulo de galaxias, tal vez un universo? ¡Hay quienes, luego de marcharse, se convierten en un monstruoso agujero negro que absorbe todo lo que le rodea, sin que nada, absolutamente nada, pueda escapar a su poder gravitacional! ¿Quieres ser, entonces, un agujero negro, una *singularidad*?

Adelante, gran hombre: anda y se el que crees, quieres, puedes y debes ser. Mas… ¡cuídate a vos mismo! ¡Cuida tanto vuestra luz como vuestra oscuridad! Para nadie es un secreto ni un misterio que tus ángeles son demasiado buenos, demasiado inocentes, así como tus diablos son inocentemente malvados. Una bondad inocente podría ser tu perdición, y

una maldad inocente la perdición de otros. ¡El mal que obra en virtud del bien es el más peligroso de todos los males! ¡Igual al bien que obra en virtud del mal! Quizás debes elevarte más allá de *la triste ciudadela*. Sea como sea cumple tu destino, el destino de aquel que ha nacido para crear la belleza allí donde no existe y para ver la belleza allí donde otros no la ven. Ese es vuestro destino… ¡rey león!

(…)

Y no me lo olvidéis, amigos míos: sed tan brutales como el vikingo, tan astutos como la serpiente, tan valientes como el gran monarca y tan apasionados como el león. El libro de la vida se abre ante vosotros. Algunas páginas ya han sido escritas, por lo que no podéis borrar de allí las palabras, mas sí podéis escribir nuevas páginas… ¡y esta vez con vuestra propia sangre!

De cualquier manera, seguid la senda que os indica vuestra sangre. Porque la sangre es vuestro espíritu, y a través de ese espíritu habla vuestro corazón, y en vuestro corazón vive el alma que os guiará hasta los más desconocidos parajes de vuestra consciencia. En efecto, cuando el espíritu, el corazón y el alma se unen en perfecta armonía… ¡la consciencia al fin despierta!

¡Aquí vamos de nuevo, despertar de mi consciencia!

Sabiduría gatuna.

Una tarde de octubre, del año ya no me acuerdo, pues de hoy en adelante he de vivir tanto en el presente de suerte que todo lo pasado morirá en las tinieblas para mí, encontrábame yo descansando tumbado sobre la hierba, bajo la sombra de un gran árbol de *uvitas:*[31] hermoso ejemplar con hojas labiales y de un verdor semejante a los grandes cerros andinos cuando el sol encuéntrase un poco más arriba del horizonte. Debían ser las *seis y dieciséis* de la tarde, según me lo decían esos arreboles que, desplazándose calmosos, se parecían a un rebaño de ovejas pintadas con un tono naranja intenso, mientras yo dormía, al menos en mi corazón, que sentíase igual al mar cuando termina de bajar la marea. Mis ojos estaban perdidos en el Gran Celeste; mi respiración, meliflua; mi alma, indecible; y mi espíritu: *más allá de todos los tiempos*. Solitario y pensativo, deseoso y anhelante tanto de la soledad como de la compañía: aquellas sensaciones me acompañaban.

¿No habéis sentido vosotros aquel melancólico anhelo de yacer con alguien…, con alguien, en el sentido más concreto de la palabra, yacer ahí, cuando el instante se ha vuelto perfecto y nada más importa si no los sentimientos, pues todas las miserias del mundo dejan de imperar sobre el ser? Miedos, incertidumbres, obligaciones, egoísmos, celos y envidias… ¿qué importan todos esos diablos rebañeros cuando el espíritu de la naturaleza brinda consuelo al espíritu desolado? Que los *monstruos* vayan y hagan su nido en azufradas ciudades y lagos de fuego consumado: aquí no más estoy *yo* y las criaturas en la gran selva del mundo. Aquí hay viento fresco, aire puro, lagos iridiscentes y manantiales de agua primordial. Que me protejan las montañas y mis confidentes sean los colibríes. Que mis sentimientos se pierdan en el gran océano donde todos los sueños son posibles…

Desearía aquí estuviera... –dije a través de un susurro.

¿Quién? ¿Quién estaría? ¿Quién querría estarlo? Aquellos que siempre están son pues muy grata compañía; sin embargo, no son «su compañía». Al expresar aquellas palabras, no pude evitar sonreír de medio lado –Jamás dejaré de pensar en ello –me dije mentalmente. En

[31] O «árbol de chaz», cuyos frutos asémejanse a pequeñas uvas, con un sabor entre dulce y amargo. Muy común en la región andina de Venezuela.

efecto, sentíase en verdad muy agradable poder encontrarme allí, solo, sin duendes que hagan travesuras o hienas que tras la mueca traen el diablo adentro. Estar solo… Oh, sí, ¡qué maravilla del mundo! ¿No pensáis igual a mí, cuando desde el fondo de vuestro ser deseáis otra parte de vosotros, algo así como un doble de vuestra alma, extendiéndose más allá del cuerpo, volviéndose carne y con esa carne estrechar la vuestra y aliviaros la soledad?

Siempre queremos mucho, acaso una larga existencia llena de largas satisfacciones. No nos damos cuenta de que sería preferible vivir un solo instante en lugar de morir toda una vida. Y así lo quería yo: vivir un momento, vivirlo de verdad, aunque el precio fuera la muerte.

Allí, recostado sobre la hierba, sentíame yo tanto vivo como muerto. ¿Por qué no permanecer ahí para dejar de sentir, dejar de querer? Cerrar los ojos, y ver nada más que la *imagen* de mis anhelos incumplidos, allí cumpliéndose. Creerlo así, y aún con los ojos cerrados, sentirlo así. Despojar a todo mi ser de cualquier otra realidad, y no creer ya en ninguna otra realidad, más en esa realidad que solo en mí es verdadera; y morir con esa sensación, tratándose de mi último pensamiento nada más el recuerdo efímero de un instante que solamente para mí existió.

Abrí los ojos. Tenía las manos colocadas por detrás de la cabeza como apoyo. Suspiré. Soñé. Quizás lloré. ¿Quién soy? ¿Quién debo llegar a ser? Yo quiero tanto, y a su vez todo ese querer, es uno solo: el resultado de un anhelo profundo que en su momento no pudo cumplirse y que, al no cumplirse, en lugar de marcharse fundióse con el alma y volvióse *el Alma*. Dentro de poco llegará la noche, la negra noche, donde el resplandor de mi anhelo se vuelve más intenso, pues en la oscuridad brillan más hermosos mis ángeles. ¿Queréis ser mis mensajeros, vosotros *querubines* y *serafines?*

¿Por qué tan gris de pronto? –escuché que preguntaban.

No miré de qué lugar en torno provenía aquella voz. Tenía los ojos fijos en el cielo. Serio y con la vista apagada, respondí:

Ahora pienso que todos quieren cosas materiales. Eso está bien. Quieren algo tangible. Acaso si se esfuerzan pueden conseguirlo y ver cumplidos sus anhelos, encontrando así satisfacción.[32] Pero yo no podría gozar de tal privilegio. Lo que yo quiero no existe, no ha existido ni existirá. Nada más en mi mente es real, y aunque gozo de mí mismo en virtud de tan preciosas imágenes, duele en la *carne* aquello que solo

[32]La doctrina del que es «mucha carne» y solo encuentra sentido en las cosas «físicas». Ver capítulo: «De la Bestia y su imagen».

disfruta el *espíritu* –así dije con voz cansina, queriendo tragar mis propias palabras.

Los pensamientos dan forma a la realidad –dijo la voz *–Todo lo que observas es producto de tu mente, pues si no pensaras, ¿qué sentido tendrían todas las cosas? Tú eres quien da sentido a esas cosas*.

Referímonos a conceptos dispares –respondí aún sin mirar alrededor –Tú hablas de discernimiento. Yo hablo de un anhelo que no se corresponde con el entorno. Aunque piense demasiado en dicho anhelo, y figuren grandiosas imágenes en mi pensamiento, la realidad no cambia. Por tanto, los pensamientos no dan forma a la realidad. La realidad es lo *que es* y punto.

Anhelar es querer: debes luchar pues por aquello que deseas –dijo la voz.

Mi querer es algo lejano. Mi querer depende del querer de otros. Lo que yo quiero ellos no lo quieren –dije.

¿Y qué importa el querer de los demás? –añadió la voz –*Estás entregándole tu poder a ellos. ¿Quieres algo? Ve y tómalo.*

Vos no entendéis –dije yo –A veces tiene que haber «correspondencia», de lo contrario sería una violación al orden natural. Aquello que se quiere, tiene a su vez que querer ser tomado, que poder ser tomado. De no ser así, sería entonces un robo, un ultraje. No es lo mismo tomar a un animal, o a un objeto, que tomar a una persona. ¿Entiendes?

Oh sí –dijo la voz, y esta vez le sentí más de cerca de mí. Aún no quitaba la vista del cielo. Aquellas nubes grises me recordaban a una *mirada platina* –*Pero, ¿cómo sabes que a quien quieres no desea ser tomado por ti? Ve y pregúntale*.

Porque tengo miedo: ese maldito verdugo nunca me deja en paz. –dije –No entiendo por qué, a otros les resulta tan sencillo. ¿En qué soy distinto yo, pues? Quizás débase a que otras veces he preguntado eso que quería, y todas esas veces he sido rechazado. El rechazo duele, a causa de ello ahora no pregunto.

¿A qué le tienes miedo, pues? –preguntóme la voz –*Detrás de ese temor presiento existe un trasfondo…*

Yo sonreí, juntando los párpados, y dije: –Eres inteligente, ¿quién sois?

Entonces por fin me volví hacia el entorno. Levantando el torso de la hierba miré en derredor. No había nadie. La pradera yacía tranquila y silenciosa tal cual como mi alma, y el pastizal bailaba a ritmo del viento. ¿Aquella voz estaba en mi mente, provenía de mi mente? Me reincorporé

por completo, recostado sobre el tronco del árbol, mientras sentíame cansado, fatigado, mas no del cuerpo sino del espíritu. «Pensar», hermanos míos, es una las actividades más exhaustivas que hay en la vida. Y yo «pienso». Pienso, porque es la única forma de soportar aquello que está más allá del pensamiento: me refiero a las pasiones del humano ser. Continué mirando el cielo.[33]

¿Qué sentís en este preciso instante? Se concreto contigo mismo. Da luz a tus sentimientos. ¿Qué sentís? –propuso la voz.

Al escucharlo, suspiré profundo. Nadie me lo había preguntado antes. Era difícil responder a tal cuestionamiento. Era difícil hablar de cosas tan íntimas y delicadas.

¿Qué siento? –pregunté, para luego responder: –Siento amor... –y mi voz ahogóseme en la garganta.

¿Amor? ¿O pasión? ¿O deseo? –preguntó tres veces la voz.

No distingo la diferencia –añadí –pero supongo que es pasión: una pasión que me arrastra sin remedio –dije yo.

¿Y hacia dónde te arrastra? –preguntó.

Yo dudé por un momento, pensando en la respuesta que ya sabía. Otra vez sonreí. No estaba seguro si la respuesta era verdad. Al menos, se trataba de una respuesta para mi corazón. Al fin y al cabo: estaba solo en aquel lugar. En soledad todas las respuestas son verdaderas. En soledad todas las respuestas son mentiras. Todas son consuelos. Todas son penas.

Hacia mí mismo[34] –respondí.

¿Y ello no te regocija? –preguntó aquel invisible interlocutor.

La pasión, el amor y el deseo, constituyen sentimientos de gran intensidad –dije –Disfruto de mí mismo y de mi soledad. Se está muy tranquilo así. ¡Se vive mejor así! Aquí puedo pensar con total libertad en las cosas hermosas, y también en las cosas horribles. Lo bello para mí, ¿es bello para otros? Lo horrible para mí, ¿es horrible para ellos? Aquí libre soy para soñar y viajar a través de todos los mundos creados y no creados. No tengo más compañía en la noche que el triste aullido de los lobos bajo el resplandor plateado de la luna reflejado sobre arroyos muertos. Los búhos susurrándome secretos de la naturaleza: desearía poder entenderles. Tal vez tienen cosas valiosas que decirme esos plumíferos del

---

33Todavía estoy mirando «hacia arriba», «hacia afuera», con la esperanza de que allá se encuentre la consumación de mis anhelos. Esto es lo que Nieztsche llamó «un consuelo metafísico», propio de los espíritus románticos.

34En otras palabras: hacia el Abismo. En este punto el romántico empieza a notar que tal vez lo que tanto busca no se encuentra afuera, sino adentro.

crepúsculo. Y luego creo oír allá, en medio de las tinieblas, a los *diablos*, mientras copulan con brujas y hechiceras, desnudos bajo las estrellas y bailando alrededor de una antorcha eterna. A veces me siento tentado a arrancarme los vestidos y salir a la fría noche para unirme a esas criaturas y saciar los más profundos deseos que *el Monstruo* ha encarcelado: una orgía en la oscuridad, rindiendo culto nada más que a las sensaciones y pasiones más prohibidas.[35] ¿Acaso en verdad son prohibidas? ¡Mira! ¡Como los «monstruos adornados con flores» han domado a la bestia! Todos los días y todas las noches invoco a mis *demonios,* para que éstos me traigan algo con que romper los barrotes allí donde la bestia está prisionera. Pero siempre me contestan esos diablillos: «Llegado el momento». ¿Cuándo pues? ¿Cuándo llegará el momento, demonios míos?

Por lo que has dicho, creo saber de antemano a qué le temes –añadió la voz con suspicacia.

Dímelo, porque ni yo mismo lo sé –dije.

Temes a la prisión, a entregar tu libertad –dijo la voz. Hice yo una mueca de disgusto y algo revolvióse en mis tripas –*Has debido encarcelar a la bestia para comprar tu propia libertad. Pero esa libertad de la que tanto te jactas es una ilusión. No eres libre. Sois un prisionero. La bestia: quien sois en el fondo, tu ser verdadero, sufre en las profundidades del Tártaro*[36]*. Dime, ¿quién es el dueño de la llave que abre las puertas tanto del Cielo como del Abismo?*

¿Os referís a aquel de «alas blancas y negras, mensajero de horrible faz y etérea sabiduría»? Conozco su nombre, mas no me es lícito nombrarlo ahora. Una vez ha sido nombrado. ¿Por qué habría yo de hacerlo ahora? Aún no es el tiempo –dije.

¿Lo ves? –dijo la voz, al parecer envuelta en una serendipia –*Aún no es tiempo: eso han dicho tus demonios. Escúchales, y se paciente contigo mismo, ya que si dejas libre a la bestia ahora no podrá ella rugir como debiera rugir, siendo lo peor no solo que otra vez caería prisionera, sino con ella tú mismo. Ambos encarcelados y sin escapatoria.*

¿Y qué hago mientras tanto con este anhelo, esta pasión, este deseo profundo y desmedido? –pregunté con cierto desasosiego.

---

[35]Cuando mira adentro de sí mismo, el romántico dase cuenta de que su anhelo en realidad es más «carnal» que «espiritual», y hablando en términos nietzscheanos: más dionisíaco que apolíneo. Esta represión es necesaria en los varones que están destinados a convertirse en grandes hombres, puesto que el varón mediocre «se vuelve mucha carne» antes que «volverse mucho espíritu». Otra vez ver capítulo: «De la Bestia y su imagen».

[36]El infierno de la mitología griega. Mucho más obscuro, caliente y profundo que el Hades. Allí se encuentran prisioneros los Titanes.

Canalizarlo, eso debes hacer –dijo la voz *–Muchos, a causa de saciar sus apetitos en el instante menos indicado, han entregado su libertad. Eso tú lo sabes, y es lo que más temes. Guarda entonces tus deseos y conviértelos en anhelos que te impulsen hacia el desarrollo de tu individualidad. Llegará el momento en que podrás dar rienda suelta a esos deseos sin miedos ni prejuicios, ni responsabilidades, ni obligaciones. Ello te volverá más fuerte. Te infundirá valentía. Te hará poderoso*.

¿Y el enamoramiento? –pregunté, respirando profundo, con los ojos cerrados y sintiendo como el aire fresco que venía del *Monte* acariciábame las entrañas.

Enamorarse es hermoso –acotó la voz *–pero el enamorado no comprende que la esencia de su enamoramiento proviene de sí mismo, y en sí mismo puede serle autosuficiente*.

¿Autosuficiente? Es difícil de llevar a la práctica eso que decís –añadí yo, dejando salir una carcajada.

Ello débase a que, para el enamorado, resulta muy doloroso que el objeto de su amor no sea palpable, sensible, disfrutable: «¡Oh, tanta belleza, tanta, y no me pertenece! ¡Maldito sea el destino!», dice el enamorado, consumido por el deseo que le hiere y quema. En medio de la soledad, aquel clama por un abrazo que le sacie y alivie, pero un silencio de muerte responde en su lugar: «¡Abrázate a ti mismo!».

Al escuchar esas palabras me sentí desolado. De pronto el Sol acabó de ocultarse por detrás de las montañas, mientras el viento, soplando poderosamente, me hizo sentir desgraciado y melancólico. Empezó a hacer mucho frío, y no tuve más remedio que obedecer las palabras de aquel «mortal silencio» devorador, de modo que, abrazándome a mí mismo, me senté de nuevo sobre la hierba, y hundí mi rostro sobre las rodillas. Mantúveme así por largo tiempo. Cercana la noche, silbó una voz, que parecía venir de las montañas, acaso el mismo clamor del viento que lloraba lágrimas secas y amargas, perdidas todas ellas a través del valle de la muerte. En efecto: a veces pensaba yo en la muerte, preguntándome, como cualquier otro, si morir era mejor que vivir. «Quien muere ya no desea», solía decirme de continuo, y aunque el deseo de morir tórnase poderoso cuando el anhelo más profundo del ser parece demasiado lejano e irrealizable, aquel deseo de vivir es aún más ardiente que el negro fuego de *Thánatos*.[37]

[37]El dios de la muerte, según el panteón griego, y hermano de Hipnos, el dios de los sueños. De acuerdo a las investigaciones del célebre Sigmund Freud, el término se corresponde con la «pulsión

Ahora piensas en la muerte, ¿por qué? –escuché de nuevo aquella voz, preguntándome.

Solo un hombre apasionado piensa en la muerte de la misma forma que piensa en la vida –respondí.

Yo puedo decirte muchas cosas sobre la muerte –dijo la voz –*Levanta esa mirada*.

Obedeciendo a la petición de aquel misterioso compañero, este joven anhelante de bellezas lejanas y entendedor de enigmas perdidos en las sombras, o sea yo, separó el rostro de las rodillas, y con los ojos medio llorosos, tristes y enrojecidos miró hacia el frente. Lo que vio sorprendióle en gran medida.

Salté de pronto, a causa de la impresión. Allí, frente a mí, encontrábase una pequeña criatura mirándome con unos ojos amarillos y tan profundos que parecían introducirse hasta los más recóndito de mi ser. Más negro que la noche, tanto que la oscuridad de su figura más bien parecía resplandecer, incluso en el paraje más sombrío, yacía aquel peculiar individuo: rígido, tal como una estatua egipcia, sin quitarme la vista de encima. Con el ceño fruncido y la boca medianamente abierta le observé, cuánto más impresionado tanto más extraña y curiosa parecíame aquella situación. Dicen que la curiosidad mató al gato, pero aquella vez era todo lo contrario. ¿Había muerto yo, pues?

¿Tú hablaste? –pregunté yo a aquella criatura mientras reía para mis adentros, a causa de la vergüenza que sentía hacia mí mismo por haber formulado una pregunta tan ridícula, y aliviado de que nadie se encontrase allí para escuchar mis tonterías. Al menos nadie que fuera un ser humano, además de mí.

Desde luego. Yo Soy –dijo, y por poco caigo desde mis propias piernas cuando miré como desde aquellos finos y tiernos bigotes formábase una mueca y salían palabras… ¡Mis ojos casi saltan de sus órbitas! Dando un par de pasos hacia atrás choqué contra el árbol de uvitas y me di un golpe en la cabeza, cosa que me dolió; sin embargo a penas lo sentí, pues la sorpresa de ver a aquel animal maullando palabras entendibles a mi vocabulario era mucho más grande que cualquier dolor físico y emocional. Lo primero que vino a mi mente, fue que tal vez encontrábame yo en una especie de sueño. Quizás, luego de salir de excursión a las montañas, habíame quedado yo dormido bajo el árbol y aquello en realidad no estaba ocurriendo. Sin embargo, todo parecíame

---

de muerte», un conjunto de fuerzas que nos empujan hacia la destrucción, y se contrapone al Eros: «la pulsión de vida».

tan real: el tacto de la hierba seca, sobre la sabana; las montañas que se alzaban a través del inmenso horizonte; el agradable viento que hacía danzar a los árboles, produciendo algo así como una especie de olas sobre el pasto y la hierba, asemejándolos a un mar tranquilo; y por qué no: mis sentimientos experimentados en ese preciso instante: aquella sensación cósmica de encontrarme yo perdido, más solitario que el sol más lejano, semejante a una resplandeciente y joven estrella que hallándose tan separada a través del espacio y el tiempo tarda una eternidad en llegar a quienes desea iluminar. «Anoche soñé que veía una gran estrella, estando yo perdido en el espacio sideral». ¿Acaso puede existir un sueño, adentro de otro sueño? Y quien sueña, ¿se pregunta si está soñando? Fuera como fuera, quizás no habría sido buena idea despertarme en aquel momento.

¿Qué hacía allí un félido parlanchín y de azabache pelaje, de luceros cual dracmas de oro puro, tan quieto como la *Gran Esfinge de Gizeh*, llevando tras de sí misterios inexplorados e igual de secretos como el primer instante antes de *ese* y el último instante después de *aquel*? ¿Qué hacía conmigo? ¿Y qué deseaba de mí? ¿Acaso era una broma del destino que hablárame un gato, siendo yo adorador de esos pequeñines y orgullosos maulladores, tal vez mi *conciencia felina*, aquel doble de mi ser que tanto anhelaba? Encontrábame yo fascinado a causa de ello.

No te sorprendas –dijo el pequeño animal, esta vez moviendo ligeramente la cabeza y alzando una pata –Que yo te hable no es cosa extraña, pues siempre lo hago.

¿Acaso estoy soñando? –pregunté. El cuestionamiento iba dirigido a él, pero al mismo tiempo a mí mismo.

¿Qué son los sueños, joven? –respondió el gato con otra pregunta.

Son imágenes que crea nuestro cerebro cuando estamos dormidos –contesté.

Pero cuando andas despierto también soñáis –maulló el gato.

No es la misma cosa –me apresuré a decir, todavía sorprendido, y luego añadí: –Dormidos «soñamos», pero despiertos «anhelamos».

De acuerdo a mi visión se tratan de lo mismo –dijo de nuevo, otra vez moviendo la cabeza en un ademán gracioso. Alzóse en dos patas mientras abría el pequeño hocico en cada maullido, rasgando el aire y sin quitarme de encima la félida vista en ningún momento. Preguntábame yo si de casualidad pasara alguien por allí, creeríame desquiciado al verme hablar con un gato –En el mundo onírico –añadió –vos manifestáis a través de imágenes aquellos deseos, miedos y anhelos más profundos de vuestro corazón. Esto ocurre sin que tengáis plena conciencia de ello.

Vuestra mente se encuentra en ese momento libre para hacer lo que más guste, pues tu parte consciente yace en reposo mientras que tu otra parte, el no-consciente, ha sido liberada de su prisión, tal como aquella bestia de la que hablabas hace un rato. Valiéndose de aquellas imágenes, vuestro sub-consciente os habla, o, mejor dicho, crea una realidad propia que es igual de real tanto para él como para vos. ¿Qué es el sub-consciente, joven? Digamos que eres tú mismo. Nombrémosle «tu doble». Ese doble de ti impera sobre todo tu ser; sobre el cuerpo y sobre la mente, incluso en la vigilia. Pero es en el mundo onírico donde se manifiesta con mayor intensidad, sin ataduras ni cadenas. Cuando vos despertáis del sueño, unas veces recuerdas lo que soñaste y otras veces no, tanto más imperiosa resultase la acción de tu doble sobre la mente entonces liberada de la consciencia.

Da igual –dije yo, un poco más tranquilo y deleitado a causa de la fina voz gatuna –Nada de lo que soñamos es real. No son otra cosa más que «sueños». Al momento de despertar regresamos a la verdadera realidad. Tristes si nuestro sueño fue un «anhelo». Felices si fue una «pesadilla».

¿Realidad? –preguntó el gato, y dióme la impresión de que un tono de burla escapábase tras sus negros bigotes –No habéis comprendido. La realidad es vivir, sentir la vida. Cuando vos dormís estáis vivo: sientes tantas cosas como en la vigilia, incluso mucho más poderosas. Los sueños no son menos reales que el mundo exterior[38]. ¿Y qué es ese mundo exterior, en primer lugar? ¿Qué es todo esto? ¿Acaso no podría ser también «esta realidad» un sueño? ¿No recordáis a muchos de vuestros sueños, tan vivos, tan reales, que hoy por hoy no estás seguro de si los soñaste o en verdad ocurrieron cuando estabas despierto?

Recuerdo varios de ellos –dije –Incluso algunos parecían decirme algo sobre la realidad externa, sobre el devenir, en mi vida: Tal como aquella vez, cuando me encontraba yo junto a una joven, hermosa en alto grado, de la cual habíame enamorado locamente, teniendo yo solo dieciséis primaveras[39]. En mi sueño, ella correspondía a mi amor. Ambos,

---

[38]«El mundo interno no es menos real que el mundo externo». De hecho, todo lo que conocemos como «mundo» depende en gran medida del intramundo. Para rehacer el mundo, debemos elevarnos de abajo hacia arriba, lo que se llama: «subir del Abismo».

[39]La gran transformación espiritual que me indujo a desarrollar la agudeza de mis pensamientos inició cuando tenía dieciséis años. Este número es profundamente simbólico, ya que forma parte de la cifra perfecta; es decir: 16 -> «el que es mucha carne». La aparición de aquella joven en mi vida no fue una casualidad. Ella era el lugar donde mi carne se iba a reafirmar, a reconocerse, cosa que no ocurrió, pues mi destino fue, es y será invertir aquel número; es decir: 61 -> «el que es mucho espíritu», lo cual da a entender que el hombre superior debe ser «anciano en su juventud», tal

tomados de la mano, estábamos en el liceo[40], donde cursamos en la adolescencia, en aquella «tierra entre vientos»[41]. Aquel lugar era un «edificio de tres pisos». Ella y yo, novios acaso, nos encontrábamos en el *segundo piso*. Sentíase maravilloso estar ahí, junto a ella, y fue la única vez en la vida que experimenté en mayor grado la bella sensación de ver al fin mi gran anhelo cumplido. Pero había algo que no cuadraba: en mi sueño era de noche. ¿Por qué, si se supone cursábamos de día? Un extraño y desolador *karma* apoderóse pues del ambiente, cuando escuchamos una siniestra voz, misma que ahora no recuerdo exactamente cómo era, pero que advirtiónos a ella y a mí que, por ningún motivo que se nos ocurriese, debíamos subir al *tercer piso*, pues si lo hacíamos: algo muy malo sucedería. ¿A qué referíase la misteriosa voz? Ya sabes tú mejor a nadie que «la curiosidad mató al gato». «Mi novia» y yo no nos tomamos en serio aquella advertencia y casi en el mismo instante nos dirigimos hacia las escaleras para subir al tercer piso. Después de todo, ¿qué cosa tan grave podría suceder si desobedecíamos la voz de un ser desconocido? En efecto: no ocurrió nada. Aquel piso yacía tan normal como los otros dos. No había monstruos, ni quimeras, ni asesinos; tan solo aquella voz, gritándonos: «¿Qué habéis hecho? ¡Qué habéis hecho!». Luego desperté, sintiéndome triste, pues había regresado a la realidad donde aquella chica no podría corresponder mi amor.

¿Y qué pensáis ahora de ese sueño? ¿Qué significado tiene para vos? –preguntó mi amigo felino.

Es más que obvio –dije con el rostro serio, mirando hacia las montañas –En el sueño se nos presentan dos caminos, dos opciones, dos alternativas: quedarnos allí ambos donde estábamos, cosa no cambiaría para nada el curso de nuestras vidas; o subir al *tercer piso*, lo cual traería consecuencias para el futuro. Creo yo por medio de este signo, aquella voz, tal vez mi subconsciente, quiso advertirme sobre el hecho de que, enamorándome de esa chica, mi vida tomaría un giro radical y muy diferente al que habría tomado si no lo hubiera hecho. Y así fue. Varios meses después de haber tenido aquel sueño, yo me declaré frente a la

---

como decía Nietzsche. Lo que diferencia al hombre superior de la simple y trasmundana criatura espiritual es que aquel, en efecto, se vuelve mucho espíritu, pero luego se vuelve mucha carne. Vuestro servidor aún no da ese salto cósmico. Ver capítulos: «El Ungido y el Superhombre»; «El reino de los cielos»; «De la Bestia y su imagen» y «La Marca de la Bestia».

[40]Escuela donde los jóvenes cursan la secundaria y la preparatoria.

[41]Nombre de pila con el cual se designa a un pequeño valle llamado Burbusay, situado entre las montañas andinas de Venezuela, donde vuestro servidor ha pasado gran parte de su niñez y juventud. En esta región soplan muy fuerte los vientos, de ahí que le hayan apodado: «una tierra entre vientos».

joven. Por primera y casi única vez en la vida, hablé con alguien de los sentimientos que inspirábame dicha persona, frente a frente, mirándole directo a los ojos. Pero no me correspondió. Cualquier otro habríalo tomado a la ligera sin darle muchos rodeos, pues a fin de cuentas, ¿qué importancia tendría un amor no correspondido a penas en la adolescencia? Tenía yo una larga vida por delante, pero… aquella chica, tan bella, cual sirena de cabello sedoso y piel lechosa, preciosa como un ángel… Y yo, un joven tímido, introvertido, reservado, «un mar profundo que entonces aún no conocía sus profundidades»: fue imposible dejarlo por la paz. No me lo tomé en ningún modo de buena forma. Acaso descubrí yo un nuevo tipo de sufrimiento que hasta ese momento desconocía, ¡y no lo pude soportar! Yo deseaba a aquella chica con cada fibra de mi ser: quería abrazarla, besarla, hacerle el amor, y no poder saciar estos deseos hicieron que enfermase del alma. Abandoné pues mis estudios, desprecié cada oportunidad que se me presentaba en el camino por miedo a sufrir de nuevo un rechazo; quebrantóse mi fe, y dejé de creer en los dioses, pero lo peor fue sin duda aquel odio tan corrosivo que apoderóse de mi alma hasta casi obligarme a cometer una locura. Tú dirás, mi félido amigo, que actué yo de una manera en sumo exagerada, ello demostrando la inmadurez de mi persona y que no estoy hecho para afrontar los problemas que se nos presentan en la existencia. Tenéis razón si pensáis así. Ahora sé que aquella voz en mi sueño trató de advertirme sobre eso. Fue una visión. Enamorarme de esa chica ha sido uno de los peores errores que he cometido en la vida. Todo habría sido tan diferente…

Me sorprendí de mí mismo mientras hablaba de aquellas cosas tan personales, ya que desde hacía años había querido hacerlo. De modo que me sentí liberado, como si un gran peso se me hubiera quitado de encima. Mas sabía yo que tal peso era tan solo una ligera pluma comparado a la nueva carga que desde hace poco me toca llevar, por lo que el alivio entonces experimentado fue de inmediato suplantado por una sensación de mareo, vértigo e incertidumbre. *Vésperos* había tejido al cielo con una fina seda de puntos iridiscentes. Al darme cuenta de esto, yo sonreí.

Ha anochecido –dije –Los sueños ya vienen.

Eso que me has contado, –dijo el gato –es algo muy bello. No sé por qué razón os lamentáis. A través de los confines oníricos un gran secreto os fue revelado. Habéis malinterpretado el sueño, según me doy cuenta –maulló el individuo.

¿A qué os referís? –pregunté, bajando la mirada.

La pasión amorosa forma parte de los sentimientos –dijo – Y se tratan esos mismos sentimientos de aquello que yace entre el consciente y el sub-consciente: un puente colgado entre lo sensible y lo inescrutable. Vosotros, humanos seres, sois individuos «inteligentes», pero cabalmente actuáis casi siempre por instinto, impulsados por las pasiones de la vida. Vosotros razonáis lo que sentís, y ello es la principal diferencia que os distingue de los otros seres vivos. Sin embargo, vuestros pensamientos tienen como única probidad la enervación de vuestros sentidos más profundos. Para superar tal barrera, debéis elevaros más allá del pensamiento, y esto no consiste en volveros más inteligentes, sino en desarrollar hasta su último grado el poder de la sensación. Domar a esa bestia que vive en cada uno de vosotros. Domarla para que obre según vuestros designios. La bestia os habló por medio de aquel signo no para advertiros que debíais seguir otro camino: lo hizo para afirmar rotundamente el camino que debíais seguir. ¿Recuerdas? Vosotros desobedecisteis la advertencia, porque eso hace la bestia: desobedecer[42]. Quien obedece, no es dueño de su propia individualidad y pertenece a otros. Al subir al *tercer piso* en aquel sueño, vos y la chica de la que estabais enamorado «alteraron el orden preestablecido», cosa que manifestóse en la vigilia cuando ella rechazó tu amor dejándote inmerso en un dolor entonces desconocido para tu alma. Si aquella chica te hubiera correspondido, ¿qué habría pasado? Vuestra vida habría seguido con normalidad. La bestia habría sido domada, pero no por ti, sino por otro ser. Quizás no habríais dejado los estudios, y te hubieras convertido en un esclavo más de la sociedad, en un «empleado» que hace lo que le dicen debe hacer para poder sobrevivir. El amor consumado, habría alejádote del cósmico dolor que solo es capaz de producir un amor no consumado, mismo que ha abierto para ti la puerta hacia un mundo de eternas posibilidades. La belleza; es decir: tu razón de ser, y la razón de ser de ser para todos, habría transfigurádose por la ilusión de un «amor material y perecedero». No serías tú, más que «una simple oveja a esperas del cuchillo». No habrías tenido tú que «tomar ese cuchillo». ¡Mírate! –añadió

[42]La sociedad actual, que es altamente «carnal», «sensual», «material», manda a que el joven, sobre todo el varón, pierda rápido su virginidad; es decir, volverse carne a una edad muy temprana. De no hacerlo sin duda será objeto de burlas y discriminaciones, porque, según la visión post-moderna: «aquel no es un hombre de verdad». Es cierto, el hombre virgen no es un hombre, pues su destino es ser más que un hombre, y si no quiere que todos los abismos del mundo le hundan hasta que no tenga escapatoria, ha de hacer caso omiso de los rugidos bestiales que buscan consumir su espíritu y consumir su carne. Tiene que «desobedecer los preceptos morales de la sociedad y convertirse en la bestia». Varios capítulos más adelante escribo: «El varón que ostenta la Marca de la Bestia tiene potestad para poseer a todas las mujeres que él guste, o a ninguna, si así lo desea».

el felino, volviendo a alzarse sobre dos patas, casi en un salto – ¡Mira quién eres ahora! ¡Mira cómo has vencido a tus demonios que ahora sirven a tu misión! Muchos no logran siquiera reconocerlos y perecen bajo el infernal tridente. Debes sentirte orgulloso y afortunado a causa de que el vientre de tu ser te ha hablado de una forma tan exquisita y refinada. Aquella hermosa doncella de piel blanca, rostro angelical y suave melena, fue quien te dio la llave que abre la puerta que conduce a ti mismo. Agradecido tienes que sentirte en el fondo de tu alma, agradecido con ella, pues fue quien te mostró el verdadero camino, aunque en su momento no fuera consciente de ello. Ahora sí que eres digno de amarla. No de añorarla, sino de amarla, pues el enamoramiento es una ilusión que impide al verdadero amor surgir. Tú mismo lo has dicho en otra ocasión: «No es necesario poseer físicamente a lo amado para ser feliz amándolo». Pero si algún día llegases a consumar dicho amor a través de tu carne, ¡bien que serás muy digno de ello! ¡Pues la pasión carnal ha de convertirse en un acto hecho solo para dioses! Oh, amigo mío, sin duda aquella joven hizo algo mucho más valioso por ti no correspondiendo a tu amor, que de tratarse lo contrario. En efecto: ella ha sido un *ángel* para ti, una *mensajera de nueve alas* que apareció en tu vida para enseñarte el significado más profundo de tu existencia. Aquel sueño lo revela: es la visión de un antes y un después en el curso de tu devenir. Bienaventurado seas, joven enamorado del amor y la belleza. ¡Bienaventurados sean todos los de tu clase!

Me quedé perplejo ante las félidas palabras. Aterradora y hermosa resultóme aquella revelación tan personal para mi persona, que sentí como a través del pasado todos los recuerdos parecían acercarse más y más hasta volverse en perfecto distinguibles. Imágenes nítidas y transparentes revoloteaban en mi cerebro, asemejándose a soberbios rapaces trayendo consigo una lluvia de memorias sujetas a filosas garras, coronadas una y una con flores doradas, y jugosas bayas de rocío matinal. El hielo fuéseme de la sangre, y una repentina ola de viento cálido acaricióme las mejillas, y ni la noche era capaz ya de inducirme a la melancolía. Cada fibra carnal de mi cuerpo, vibró cual fino placer del espíritu desolado. Estremecido yo permití que una dulce risa abandonara mi cavidad torácica, deslizárase como serpiente a través de mi garganta y reflejáraseme en la dentadura. Sentíame yo, de imprevisto, contento, aliviado, con los ojos cristalizados y reflejando el último resplandor del horizonte que despedíase del mar celestial para dar grata bienvenida al fresco y reciente *deseo nocturno*.

Las palabras que dirigidas a mi persona pronunciase el amigo felino, ahora diríjolas yo a todo hermano acreedor de un fino y exquisito paladar, capaz de masticarlas, saborearlas lento y suave, y de tragarlas trozo por trozo para lograr con ello una buena digestión. Hermanos míos, no es fácil comprender ciertas cosas si no se experimentan en la propia piel. Requiérase una suave cáscara, fácil de romper, para llegar así a lo que existe en el fondo y moldear aquello en la profundidad. Una vez rota la coraza, resulta casi imposible volver a repararla. No queda más remedio que crearse una nueva, una coraza dura, pero más lisa, más suave y fina al tacto. Poderosa y sensible ha de ser tu nueva piel, capaz de estremecerse al menor rasgo, pero tan fuerte y resistente como para soportar el fuego abrasador del infinito desierto y una lluvia de granizo a través de glaciares eternos. Tanto placer como dolor en igual grado, debéis sentir en cada instante de vuestra efímera existencia, a través de fantasías e idénticas realidades, fuera de los sueños y adentro de éstos, más allá de los anhelos deliciosamente amargos, que os hagan desear vivir para morir y morir para vivir. Ciegos y sordos tenéis que volveros para no ver ni oír a los espectros que os quieren lamer las heridas, mas no para curarlas, sino para infectarlas de saliva contaminada, y así ver como vuestra tierna carne se os pudre lentamente hasta no ser nada más que un montón de carroña, lista para ser devorada por los buitres. Vosotros sabéis a cuál nombre responden esos buitres, ¡cuidaos de ellos!

¿En qué piensas ahora? –me interrogó el gato.

En aquellos sueños y anhelos de los que hablabais –respondí yo.

Os contaba que dormido estás despierto, y que despierto estás dormido –dijo el pequeño animal. Tal cosa parecíame un enigma.

Ello, ¿qué significa? –pregunté, sonriente. A pesar de que la noche había llegado, me sentía muy feliz, teniendo en la mente una imagen en alto grado hermosa.

Significa que los sueños no son distintos a la realidad, ni la realidad distinta a los sueños –dijo –Ambos mundos son igual de reales e imaginarios. Lo que sucede en la vigilia puede ocurrir en el sueño, y lo que sucede en el sueño puede ocurrir en la vigilia. El mundo exterior es el reflejo de tu propio mundo interno, y de igual manera lo que existe adentro de ti es una representación de lo que llega a través del entorno. ¿Os dais cuenta de esta maravillosa dualidad? El consciente y el no-consciente permanecen en perpetua lucha en virtud de la interacción de aquellos dos mundos. Por un lado eres consciente del exterior y en virtud de esa consciencia te vuelves entonces consciente de ti mismo, y, por otro

lado, no eres consciente de todo lo demás que ocurre en vuestro subconsciente, lo cual se refleja en el mundo de los sueños que os atrapa cuando permanecéis dormido. Luego, cuando la imagen del mundo exterior se corresponde con la imagen del mundo interior, cosa rara y extraordinaria, ocurre ese fenómeno extraño de haber vivido dos veces una sola experiencia que por sí misma parece única: un sueño perdido en el no-consciente y que a través de la consciencia exterior, despierta la consciencia interna.[43]

¿El despertar de la consciencia? –pregunté, maravillado. Había recordado yo haber oído aquella frase en otra ocasión –¿Dos veces la misma experiencia? Es lo que llaman *deja vú*, ¿no?

Tan solo es el no-consciente, aflorando hacia el entorno por una chispa sensorial. Al interactuar ese no-consciente con el consciente se produce aquel fenómeno en el que una experiencia se repite, o, aún más sorprendente: ocurre la inefable sensación de que un determinado instante ha sido combinado de una manera tan perfecta que lleva tras de sí todo lo pasado y todo lo venidero. Aquello que vos llamáis «el día del Destino», o, «el día del Devenir». ¿Habéis sentido una vez algo así?

Pocas veces he tenido dicha sensación –dije yo –La primera, sin duda la más enigmática, y la que mejor puedo recordar, fue aquella cuando tuve «consciencia de mí mismo por primera vez». Muchos, sino es que la gran mayoría, no son capaces de recordar a la perfección el momento cuándo, dónde y cómo empezaron a darse cuenta de lo que sucede adentro y afuera de nosotros. Yo sí puedo recordarlo. «Fue como despertar de un sueño muy largo y profundo». Todo era negro y en un instante todo era luz. Antes de eso yo estaba y no estaba, existía y no existía. Casi cinco primaveras luego de mi advenimiento[44] la existencia comenzó a tener un sentido propio para mí, hasta quien soy ahora y quien puedo llegar a ser. Siempre he preguntádome: ¿Quién era yo antes de tener consciencia? ¿Quién era yo antes de nacer? ¿Dónde me encontraba? ¿Por qué tuve yo que ver la luz en una época tan simbólica como lo es el fin de la *segunda medianoche* y el comienzo de la *tercera*? Dicen que «a la

[43]Cada persona es un mundo propio, un mundo que nace en el Abismo. Para encontrar verdadero sentido a la vida, aquel mundo espiritual no debe ser negado: debe aflorar y transformar el mundo físico, sin buscar una razón cósmica más allá del cuerpo. El espíritu debe transformarse en carne. Los conformistas espirituales que profesan la doctrina egocéntrica (cristianismo) limítanse a aceptar el mundo tal y como es, sin esforzarse por cambiarlo, pues, después de todo, «¿qué importa este mundo, cuando más allá de la vida existe un mundo mejor?».

[44]Es decir: cuanto tenía cuatro años de edad. Yo nací el 09 de agosto de 1997, entonces aquel «primer instante de consciencia» ocurrió entre los años 2001 y 2002.

tercera va la vencida». El tres es un número sagrado y profano. El siete también.[45]

La primera medianoche es la más oscura –añadió el gato –La segunda, no tanto. La tercera nos comienza a iluminar. ¿Llegará el amanecer, pues? ¿Cuándo marcará el reloj las doce?

Mi reloj acércase a tal hora –dije en un tono de voz grisáceo –Temo sea tarde ya para «subir a la colina». Luego de las mil doscientas, vienen las mil trescientas, y luego las mil cuatrocientas, y después las mil quinientas y las mil seiscientas hasta descender poco a poco a la negra profundidad de la noche y hundirse en el hoyo recóndito del olvido…

No os preocupéis –dijo el gato, y parecióme que detrás de los largos bigotes dibujábase una sonrisa felina –Una vez erais: «por fuera vida y adentro muerte». Ahora eres: «vida por dentro y muerte afuera». Llegado el momento, cumpliréis así vuestro destino: seréis nada más que «vida tanto por dentro como por fuera», antes de «ser *la Muerte* en el fondo y la superficie».

Muerte... –musité yo, casi en un susurro.

¿Qué es la muerte? Eterna pregunta que no posee una respuesta definitiva, pues encontrarla equivaldría a una eternidad de exhaustiva investigación. Todos morimos por igual: hombres, mujeres, niños, ancianos y animales. Y lo más cruel de todo es que esto sucede al azar: nunca podría saberse de antemano quién será el próximo en sucumbir ante la inexorable cadavérica.

La muerte.

El fin de todo para unos. El comienzo de algo nuevo para otros.

Siempre tan dolorosa, trágica e irreversible. Al final no existe, no ha existido ni existirá un poder milagroso capaz de revertirla. ¡No para siempre! Ella al final termina ganando la partida.

Todos nosotros, malos o buenos, grandes o pequeños, seremos sus víctimas algún día.

«Y por ello os pido que al momento de acogerme seas grata y dulce para mí. Que fluya mi sangre sin dolor, mis ojos se cierren sin derramar una sola lágrima y mi rostro muera dibujando una sonrisa. Dadme vuestras frías manos como si fueras mi amiga, y partamos juntos a donde sea que

[45]Aquí hay un enigma. Muchas cosas que yo he escrito las he plasmado «sintiendo», mas no «pensando». Cuando escribí esta frase, todavía no entendía a qué referíame con exactitud. Ahora sí lo entiendo. Mas no lo revelaré en esta obra.

el último camino me lleve: sea al más hermoso paraíso, al más horrendo infierno, o al más silencioso reposo».

¿Temes a la muerte? –preguntó el felino –¿No os había contado que yo puedo deciros algunas cosas sobre «la última puerta»?

¿Por qué vos? –interrogué.

Yo fui considerado criatura sagrada en una antigua civilización. Guardián de los submundos he sido. Aquellos los más grandes que gobernaron con cetro de oro y diamante, postráronse ante mí: Amenofis, Tutankamón, Nefertiti, Cleopatra, así como también Ramsés *el Grande y despiadado*… Yo soy el símbolo de los secretos milenarios que celosamente han sido guardados desde la eternidad bajo inmensas pirámides y gloriosas esfinges. Allí estuve cuando convergieron «tres lados y un centro». Allí estuve, cuando, fatigados por interminables flagelaciones solares, el bloque de piedra llenó de ampollas la espalda del vasallo. Encontrábame allí, cuando *Orus*, *Osiris* y *Anubis*, susurraron enigmas a los opulentos príncipes y a los terribles faraones, igual a una «tormenta de arena que trae consigo una plaga de langostas y escorpiones». Quien ha pasado mucho tiempo en desiertos ha aprendido a entablar amistad con los bichos que pican y devoran: ahora es su «monarca» y dueño del veneno que mata, pero también cura[46]. Desde la cúspide del *Triángulo* he visto como el padre de la Fatalidad[47] llevárase consigo a la muchedumbre decadente[48], renunciando a dorados vestidos y queriendo beber leche endulzada con miel. ¡Cuánta tragedia ha debido soportar la humanidad en virtud de un acto tan piadoso! Si aquel príncipe «salvado de las aguas» no hubiera tenido compasión por el pueblo más sufriente que ha existido[49], ¿cuáles habrían sido los mares que surcare la humanidad en el océano infinito? Una barca a la deriva y en medio del

[46] «Que destruye, pero también crea».

[47]Moisés.

[48]El pueblo hebreo.

[49]Según los estudiosos, Moisés no era de nacionalidad hebrea: él era un príncipe de linaje egipcio que simpatizó con la causa israelita. No me considero una persona antisemita, de ningún modo. Pienso yo que el pueblo judío debe reunificarse por medio de una fe renovada. Después de todo, el que tiene sangre judía también tiene sangre egipcia, sangre persa, griega y latina. (Ver capítulo: «Sangre de mi sangre»); así que un nuevo rigor semítico habrá de devolverle a la humanidad aquel esplendor y aquella gloria perdida en los tiempos antiguos, y rejuvenecidos gracias al post-modernismo. Cualquier cosa que impulse este cambio por supuesto que debemos apoyarlo, por muy brutal que esto resulte. Por otro lado, el dios que la tradición judía siempre ha venerado; es decir, el todopoderoso Iahvé: «El que es», constituye la visión más real y más cercana a lo que significa un ser divino; solo que ese dios, esa divinidad, existe adentro del ser humano. Ver capítulo: «Em-manu-el».

tormentoso mar, esto ha sido la existencia del Hombre después de que otro mar partiérase en dos, salvando a unos pocos y matando a otros muchos, un tifón que clavare en una cruz el amor por la vida, pues con cruces y en medio de un valle desolado han sido condenados a la mediocridad todos los hijos de un pasado más brillante y glorioso. ¡Mira como llora *la Antigua Serpiente*, convertida ahora en *el Adversario* de toda una generación! ¿Acaso no sabéis que *el Gran Dragón* es a su vez vuestro *Gran Libertador*? ¿Un círculo que no deja de girar? ¿La gran y longeva serpiente que se confunde a sí misma, sosteniendo consigo a la triangular y majestuosa pirámide? ¿Cuándo ha de venir la diurna estrella que del *Seis* nos mostrará el camino al *Siete*? A las seis y dieciséis horas, desde el amanecer hasta el anochecer, nueve días después y ocho días antes… ¿así fue? ¿Así es? ¿Así será? ¿Así ha sido? –aquí el gato hizo una pausa, maulló con fuerza y luego añadió: –Un símbolo he sido yo… –dijo –más allá del Nilo y más allá del Mar Muerto, cuando *la Doncella* ha tomado una balanza para decretar que todo está por fin en equilibrio y ahora los peces quieren volver al océano. Aquí llevo a esos peces, entre mis dientes, ya cansados, sin poder respirar, ya muertos y queriendo «dormir para volver a soñar». ¿Eres tú, pues, uno de esos peces? ¿Un pez solitario que ha perdido a su par en las estrellas?

¿Qué hay en el Océano? ¿Qué hay tras la última puerta y después de que los peces duermen? –pregunté yo, ansioso. El «guardián de los submundos» tal vez tendría respuesta a la eterna pregunta del espíritu desolado –¿Acaso los peces purgan sus penas en el mar? ¿Expiran en el fondo, donde no llega la luz del Sol? O, por el contrario, ¿viven por siempre cerca del firmamento, donde el agua se viste de oro bajo el seno de Apolo? Dímelo, por favor.

Debéis entender –comenzó a decir –referíos al más grande de los enigmas, que la muerte no supone una condena, una recompensa ni un reposo eternos. ¿Por qué mereceríais ser castigados una eternidad? ¿Por qué ser premiados? ¿Por qué descansar? Oh, querido amigo, ¿qué es la muerte? Es «olvido», tal consuelo es el único que podréis respirar antes del último pensamiento. Si pudieras retroceder hasta aquel primer instante de vuestra consciencia, incapaz serías de mirar más atrás, pues más allá de la consciencia todo es penumbra. De igual manera, si avanzaras hasta el último momento de vida y quisierais ver más hacia adelante, no podríais, pues si antes solo hay tinieblas entonces después también. Oídme aquí, tú león que anhelas inmortalidad: la flecha de sagitario todavía sigue su camino. ¿Hacia dónde se dirige? Más, ¿quién la

arrojó? Cuando la flecha avanzaba ya, los centauros aún estaban dormidos. Fue al despertar cuando se dieron cuenta de que había una flecha, para luego decir, con mucha soberbia: «¡Nosotros la arrojamos!». Acaso no supieron, no saben ni sabrán que el largo de esa flecha es inmedible, ni un punto aquí ni un punto allá, pues este punto es igual a aquel punto. Cómo se revuelcan de ira aquellos centauros, sin darse cuenta, dada la estrechez de sus pensamientos, de que la flecha… ¡es una ilusión!

Entonces, ¿no es posible saber qué hay más allá, porque en realidad, «no hay más allá»? –dije, algo desairado y triste –Nadie ha regresado para decirnos lo contrario. Todo lo que se conoce al respecto constituye un mito. Esta conclusión me entristece. Significa que, hagamos lo que hagamos, al final todo eso se perderá en el olvido. Nada tiene sentido, ¿pues? El bien y el mal, dinero y riqueza, amor y odio, placer y dolor… ¿qué importancia tiene todo eso si al final estaremos muertos?

Tiene mucha importancia –dijo el gato volviendo a hacer un ademán con las patas delanteras –La vida se encuentra hecha para vivirla. La muerte, antes de sobrevenir, antes del olvido; es decir, «la muerte vista con la perspectiva de la vida», es solo una ventana hacia otra vida, inescrutable, o un espejo, reflejo de esta misma vida. Nunca verás la muerte desde una perspectiva de muerte porque no sabéis «qué es sentirse muerto». Esto prueba que la vida es lo único que tenéis y por ello es que debéis valorarla como el tesoro más precioso del cosmos: cada instante, cada recuerdo, cada vivencia. No queda más remedio que vivir la vida pues es lo único que hay y lo único que siempre habrá.

¿Y «morir la muerte»? –pregunté en tono irónico.

Ya os dije –esta vez me pareció que el gato hacía un gesto de disgusto y el tono de su voz airábase –Vívase la muerte. El momento previo a morir aún es vida escapándose poco a poco, o rápido, hasta sumergiros en un sueño muy profundo. «Morir es dormir», y con la muerte no solo se duerme vuestro consciente, también vuestro no-consciente. Por tanto en la muerte no soñáis y no existe ningún mundo para vosotros. Vuestro orbe esencial, aquel extremo del ser tan dependiente al cuerpo e irremediablemente sujeto a éste, ha desaparecido al dejar de funcionar el cerebro, lugar donde ocurren todos los fenómenos oníricos, y con ello el concepto de tiempo y devenir, que son meras representaciones de la mente sobre el incesante cambio y movimiento de las cosas. Por ello, si volvéis a despertar en algún periodo de ese tiempo o ese devenir, no recordaréis nada, y el último instante previo a la muerte,

así como el primer instante luego de aquella será un «salto cósmico e instantáneo»; es decir: tan cercano como distante, tan inmediato como eterno. Todo será de nuevo para vosotros. La vida otra vez existida como algo único e irrepetible.

¿Volver a despertar? –pregunté. Encontrábame sorprendido, y a la vez difuso, a causa de aquella extraña explicación que mi querido amigo de cuatro patas había proferido –Entonces, ¿no hay reposo? ¿No hay recompensa? ¿Ni castigo?

Olvidar es vuestro reposo, vuestra recompensa y castigo –respondió el félido –No importa lo que hayáis hecho en esta vida: os aguarda una misma cosa a todos por igual. Tal como expliqué: os diferenciáis de los demás animales porque vosotros podéis razonar vuestro sentir en virtud de poseer una mente más desarrollada, mientras que los demás seres vivos solo sienten y nada más; e incluso los hay que ni siquiera sienten, sino que nada más se limitan a vegetar, a existir sin sentir ni saber, porque así los ha hecho el azar. ¿Creéis que un animal, digamos un pájaro, un león, un lobo, un caballo, una hormiga o una ballena merecerían ser castigados o premiados después de la muerte? ¡Sois un necio si pensáis de esa forma! Tales criaturas, al igual que vosotros humanos seres: roban, matan y destruyen, solo que para ellos ninguna de esas acciones tiene un significado moral o ético. Un león no va a prisión por matar a otro león. Un lobo no es condenado por robarse una oveja. Es parte de su naturaleza, tal como es parte de la vuestra mataros entre sí. Aquella inocencia en la conducta una vez la tuvisteis, pero desapareció luego de que comierais el «fruto prohibido». Así, de vosotros y solo para vosotros nacieron los conceptos del bien y el mal, siendo el primero todo lo que produce placer, siendo el segundo todo lo que produce dolor. Ahora el sufrimiento proviene del *Mal*, y la felicidad tiene su origen en *el Bien*. Lo que no comprendéis es que, con la muerte, todo ese mal y todo ese bien dejan de tener sentido. No hay una esencia más allá del mundo que os castigue o recompense. Sois vosotros mismos quienes repartís recompensa y castigo por medio de la venganza, la justicia o el remordimiento. Pero imaginaros que no existiera la venganza, que nadie impartiera justicia, que no fuerais capaces de sentir ningún tipo remordimiento o culpa… ¿Cómo sería la vida para vosotros?

Un caos –dije –La vida sería un caos.

Pero ese caos también haría de vuestra existencia algo mucho más pleno –dijo el gato –No sentiríais miedo. Viviríais de verdad. La bestia

indomable y libre por el mundo buscando su propio placer y su propio dolor sin cadenas que le arrastren.

¡Oh mi querido felino! –exclamé, entre maravillado y melancólico – Ojalá y todos gozáramos de ese valor. Hay tantas cosas de las cuales he cohibídome, por miedo… ¡Tantos placeres y felicidades que harían mi vida más plena y exquisita! La bestia… ¡la bestia! ¿Cómo liberarla? ¿Cuándo, cómo y dónde? Tenéis razón: ese diablo llamado moralidad ha hecho la vida más cómoda, ¡pero también le ha vuelto en sumo triste y aburrida!

Así dije, muy enfático en las palabras y apasionado en la expresión, pues entrada la tarde habíaseme enfriado el corazón que una vez más se derretía a causa de las tibias palabras pronunciadas por aquel tierno animal. Enternecido yo, desde la profundidad del alma hasta la superficie del cuerpo, vinieron a mí de pronto unas irresistibles ganas de tomar al gato entre mis brazos y acariciar aquel negro y suave pelaje para sentir como los finos ronroneos se funden con los latidos de mi pecho. ¿Y cómo no habría de quererlo? Si veíase tan dulce, tan tierno, por medio de aquellos movimientos tan peculiares que hacía con la cabeza para luego levantar una pata, o las dos, dando entender que él también era enfático y apasionado al dar luz a sus pensamientos. Sin embargo, y a su vez de todo lo anterior, también el félido mirábase regio, grave, formal; por esta razón conteníame yo de obedecer a mis instintos y a mi ternura, pues, y a pesar de que tratábase de un animal, inspirábame un solemne respeto. No era un gato común y corriente, sino uno que profería palabras, ¡y qué palabras! Preguntábame: ¿Qué verdad se oculta detrás de aquella solemnidad, de aquella seriedad en la mirada y de aquellos arcanos maullidos? ¿Acaso podría resultar que, tras la fina y bella apariencia felina, existiera un ser doliente, igual a mí, un espíritu desolado y prieto a causa de su propia desolación, y que solo a través de un gusto refinado y artístico puede liberarse un poco de tan profunda carga? ¿Es posible que los gatos, en virtud de su naturaleza, sufran a causa de una primordial ternura, un «espíritu tierno» que irremediablemente tiene necesidad de aflorar hacia la superficie porque en sí mismo resúltale insoportable la estética sensación producida por un sentimiento tan precioso? Y el orgullo leonino, tan característico de todos los félidos, ¿solo una máscara con la cual disimular ese cósmico anhelo?

Me pareció que el gato sonreía, mirándome desde abajo. Luego, levantando las patas traseras: aquel caminó hacia mí. Deteniéndose a unos cuantos centímetros de mi persona volvió a sentarse y me observó con

aquellos profundos ojos amarillos. Dentro de mí había surgido la idea de que tal vez… ¿podía leer mis pensamientos? ¿O tal vez mis sentimientos? Quizás, el *sentir* produzca un misterioso *karma* hacia el entorno, algo que nosotros no percibimos, pero ellos sí. ¿Acaso los gatos son seres «empáticos»[50]? ¿Saben de antemano lo que sentimos? ¿Conocen nuestros sentimientos y emociones? ¿Aprovéchanse de ello?

Caminemos un rato en la oscuridad –dijo. Yo asentí.

Así nos alejamos del árbol de uvitas, en el cual había yo descansado toda la tarde. Aquella noche hacía un aire fresco y suave. La hierba deteníase cada tanto, mientras, viniendo del norte, soplaba el viento haciendo ondear mi ropa y mi cabello, que en aquella ocasión teníalo considerablemente largo. La pupila de mis ojos brilló cuando éstos dirigiéronse hacia el septentrión y reflejaron el resplandor de la media luna. Tal cuestión me hizo dibujar una tierna sonrisa, y no pude evitar respirar profundo al tiempo que cerraba los ojos y pensaba, por millonésima vez, en las cosas hermosas: en las estrellas, en el cielo, en los montes, en los seres, en quienes conocía y no conocía, en quienes amaba y odiaba, y también en mi espíritu, mi alma, mi corazón, y en la poesía que infundíame los más profundos sentimientos a través de las bellas formas y grandiosas partituras…

Y a pesar de que toda aquella hermosura en la existencia me produzca la inefable sensación de sentirme tejido a la gran telaraña del mundo, no se aparta de mí el sentimiento de soledad que desuela a mi espíritu en el transcurso de cada instante sobre todos los instantes. Mas unas veces he de pensar que no se trata de soledad, sino de un sufrimiento terrible, y desencadenado por la certeza de amar sin ser amado, de tocar al amar sin ser tocado. Pero el amante debe conocer este dolor para aprender a amarse a sí mismo, y amándose a sí mismo, poder amar a otros sin perderse de su propio ser. De cierto os digo: quien no siente amor por sí mismo carece de todo amor, y al carecer de todo amor mendiga el amor de quien ama. Y el mendigo se conforma en la miseria, con tal de paliar aquella carencia en el hambre que asólale el alma. En ocasiones imaginábame yo como ese mendigo, cosa que me hacía sentir miserable e indigno de ser amado por nadie, mucho menos por aquel ser a quien amé, amo y amaré. Pero luego, hurgando desde la superficie hasta

[50]Me baso en la trilogía: «Guardianes de la Galaxia», del coloso cinematográfico Marvel Studios. En la segunda película, la criatura que cuida de Ego, el padre celestial de Star Lord, se describe a sí misma como un ser «empático», pues tiene el don de sentir las emociones y los sentimientos de todo aquel al que toque.

llegar al fondo de mis abismos, siendo yo el único espectador de mis diablos, demonios y ángeles, puedo darme cuenta de la verdad oculta en mí: que no importa cuánto odio y desprecio llegue a sentir por mí mismo, pues siempre, siempre se impondrán el respeto, la admiración y la maravilla, al explorar aquel océano de mi alma que me impregna del más sincero y honesto amor propio, por lo cual, aquel profundo anhelo de amar para ser amado, de tocar para ser tocado, es solo el deseo ferviente que aflora desde mi ser, un deseo de producir belleza más allá del espíritu, y sentir esa belleza a través de mi carne, para engendrar una belleza más grande: una belleza suprema que me elevará por encima de lo que *Yo Soy*. La razón de mi sufrimiento es que aún no había encontrado a otra criatura capaz de amarme con el mismo propósito, puesto que un tipo de amor tan elevado entre dos debe ser recíproco. Por desgracia el terrible azar casi nunca juega sus dados de una manera tan divina, siendo la tragedia de la existencia el tener que amar a profundidad sin ser correspondido en igualdad. Aquí es donde juega su papel la ilusión: aquella belleza superficial en las formas. Aquí es necesario «inventarse una mentira» para soportar el insufrible dolor que provoca una belleza «no palpable». Mas quien ha aprendido a hacerlo ha descubierto en sí mismo uno de los tesoros más valiosos: ha vuéltose artista…

Una de las cosas que más me provoca desolación es sentir cómo todas las formas, todos los seres, parecen alejarse cada vez más unos de otros. Allá afuera: bellezas tan cercanas. Aquí adentro: bellezas tan distantes. La multiplicidad de espíritus ha ido en aumento desde los años, centurias y milenios a través del incesante devenir, y siéntome yo, tanto enamorado de aquellos espíritus del pasado como de los espíritus que aún me esperan en el futuro. Pero el presente, ¡cómo habría de amar yo a los del presente, a los que están presentes! ¿Estamos destinados a amar lo imposible, a aquello físicamente lejano, separado de nuestra carne y espíritu por un insondable abismo, por una barrera que nos sumerge en sueños y fantasías de un pasado y futuro inexistentes? ¿Por qué? ¿Acaso existe un «sentido metafísico» detrás de ello? ¡Gustaríame pensar que así es! ¡Que todo está entretejido, interconectado, abrazado, que todo forma parte de un Todo y una misma razón cósmica entre los hilares del tiempo y el destino! ¡Aunque de ninguna manera crea yo en deidades superiores ni en arquitectos supremos ni en dioses moralistas! ¡No me importa que sea una ilusión, con tal que esa ilusión sea un impulso hacia una vida gloriosa y plena! A fin de cuentas, y como dijo mi querido amigo felino: con la muerte… ¡todo se olvida! Con la muerte… ¡verdad y mentira dejan

de tener sentido! Entonces es ahora, cuando estamos vivos, hermanos míos, mis amigos, mis princesas, mis reinas y diosas, es ahora al vivir que debemos buscar nuestra propia verdad e ilusión. ¿Qué importan aquellos que dicen poseer *la Verdad*? La única verdad para mí es que debemos buscar la belleza. ¿Queréis buscar la belleza conmigo? ¿Queréis «crear» belleza junto a mí?

Pero, ¿dónde estáis? ¿Dónde estáis vosotros, seres apasionados y anhelantes de belleza? ¿Por qué tan fríos? ¿Por qué tan callados y pomposos? Cada cual en su propio cielo e infierno. ¿No sentís igual a mí cómo sobreviene la tristeza, no sabéis igual a mí que hay algo que nos está alejando cada, cada vez más, hasta que nos encontremos tan alejados que no seremos capaces de oír los gritos de agonía ni el llanto de la soledad? ¿No deberíamos hacer algo al respecto?

Venid. Vamos. Seamos uno solo, preciosa humanidad mía. Abracémonos todos como hermanos e hijos de una sola madre. ¿Por qué? ¿Por qué tanto egocentrismo y avaricia? ¿Por qué tanto odio y discordia? ¡Es una coraza! ¡Es una mentira! ¡Yo lo sé humanidad! ¡Sé que tras esa máscara de maldad ocúltase la esencia de un sufrimiento que desea volver a ser para dejar de sufrir! Yo sé, humanidad, que vos anhelas unirte en un único abrazo, para desahogar todo ese dolor a torrente de lágrimas que habéis reprimido a lo largo de milenios. ¡Llora! ¡No permitas que el orgullo siga manteniendo en carne viva el ardor de tus heridas! ¡Perdónate a ti misma! ¡Recupera la inocencia y demos a luz de nuevo a la belleza que nos devolverá aquel esplendor de la gloria perdida!

¡Yo creo en ti! ¡Confío en ti! ¡Porque soy parte de ti!

Entonces el gato me vio mientras caminábamos en la penumbra, y una vez más me sonrió… ¡ese felino! ¿Acaso en verdad podía saber lo que yo pensaba y sentía? Y aquellas cínicas preguntas: «¿Qué pensáis? ¿Qué sentís?», ¿eran tan solo formas de persuadirme a que desahogara mis anhelos? Fuera como fuere: agradecía en el alma que él estuviera allí conmigo, porque de ser lo contrario, ¡el frío de aquella noche y mis propios pensamientos me habrían helado de soledad! Y yo dije:

Sentíame yo triste de pensar en la totalidad de los seres y ver como éstos se alejan unos de otros cada vez con mayor ímpetu –dije –¡Tantas cosas! ¡Tantos «fragmentos»! –exclamé –La sombra de lo que alguna vez fue.

El gato ríose de mí, mientras maullaba, ¡ese bromista! ¡Descubrí que no era tan serio! Para luego decir con airadas palabras:

¡No te me pongáis tan melodramático! –exclamó –Tal añoranza tuya es la añoranza de todos los demás, ¡no hay razón para que te sientas solo! Pues así se sienten todos los seres, así se siente la totalidad de la existencia. Sí, es cierto lo que decís: os alejaréis unos de otros, y mientras más os distanciéis más crecerá aquella añoranza, ¡y vos sabéis mejor que nadie que una añoranza infinita es cosa insufrible! Producto de ello emergerá una poderosa fuerza que os volverá a acercar, de la misma forma que empezasteis a alejaros, hasta que volváis a ser *Uno*. Te veo sonreír –dijo el gato al ver como una dulce sonrisa dibujábase en el contorno de mis labios –¿Acaso, en verdad, estáis enfermo de un romanticismo incurable? –preguntó.

¿Esa fuerza irresistible que volverá a unir los fragmentos, es el amor? –pregunté sin dejar de sonreír. Encontrábase mi alma azucarada, dulce como la de un niño. Es que de tan solo pensar que tal vez, si aquella criatura tenía razón y en un futuro nosotros los humanos seres volveremos a estar unidos, ello hacía que todo mi ser vibrara de emoción y ternura.

No –contradijo el félido. Tal negativa hizo desaparecer a mi sonrisa –El amor no une –afirmó –Vos sabéis que el amor se quiere a sí mismo, y en sí mismo bastare para existir. El amor es esa fuerza «repelente» que está alejando a los seres unos de otros. En virtud de su egoísmo quiere estar solo. Pero tanta soledad, querido joven, termina por ahogar al espíritu, incluso al *Amor*: el más solitario de todos los demonios. De pronto dase cuenta, presa de la más honda desolación, que en efecto está solo, y que alrededor suyo hay un vasto desierto como su único acompañante. Ahora el amor ha convertídose en un triste fantasma que deambula a través de ese desierto, mendigando que le tomen para él tomar[51]. En razón de esto, el amor no puede unir, sino más bien es la Amistad, aquella fuerza entretejedora de todas las cosas hasta llevarlas de nuevo a lo Único. La verdadera amistad es el fuego redentor que disipa las tinieblas.

Pero, ¿cómo? –interrogué, confundido –¿Cómo podría existir ahora la verdadera amistad, si hay cada vez más diferencias entre los seres, tanta «diversidad de pensamientos», algo así como un caos múltiple? Si los seres no pueden ya entenderse entre ellos, ¿cómo podrán ser verdaderos amigos?

---

[51]Esto dice Platón en su obra El banquete.

Ahí es donde entra en juego la naturaleza del amor –dijo el gato. Aquella respuesta me hizo fruncir el ceño –Los seres, movidos por el amor, han de buscarse unos a otros.[52]

¡Qué dices! –grité escandalizado –Hace un instante decías que el amor es la fuerza que nos aleja, y ahora me dices lo contrario, ¡que el amor nos acerca en lugar de alejarnos!

Referíame a que los seres, impulsados por un profundo amor a sí mismos, un «amor propio» hacia sus ideales, hacia aquella «sensación» de amor que en sí es autosuficiente, buscan la soledad y se alejan unos de otros para en soledad gozar de la propia percepción que ellos tienen sobre el mundo y las cosas, porque al chocar sus ideas con otros ideales distintos a los suyos surge la discordia y el caos. Vosotros os amontonáis en ciudades, creáis estados y formáis comunidades; y paradójicamente es en esas ciudades, esos estados y esas comunidades donde experimentáis la soledad en su máxima expresión[53]. Lo sabéis: no hay peor soledad que la de estar acompañado y aun así sentirse solo. En el fondo vosotros os encontráis más separados que una galaxia de otra galaxia. Tarde o temprano la «multiplicidad de espíritus» será tan grande, viéndose «saturada de sí misma», que no tendrá más remedio que volver a ser un espíritu más puro. Este «anhelo de unidad» hará que los seres se amen cada vez más unos a otros, dejando de lado el amor egoísta que sentían solo por sí mismos. Ya no soportaréis más aquel «amor autosuficiente» y tendréis la necesidad de tocar y ser tocados por otros a razón de la «sobreplenitud» que produce el amor ejercido en soledad. Aquí es donde la amistad juega también su papel. El amor os acerca, pero es la amistad quien os mantiene unidos. Luego, y ahora presta atención tú, joven apasionado: cuando volváis a ser uno y en *la Unidad* os gocéis del recíproco amor que da a luz estrellas y bellezas divinas, transcurrida así una eternidad siendo vosotros una sola cosa, ocurrirá de nuevo, y tal como aquella «muchedumbre» volvióse insufrible, *la Unidad* también se volverá insoportable. Desearéis estar separados de nuevo, y volveréis a distanciaros para ser los muchos otra vez.

Y en este nuevo ciclo que comienza, ¿no podrían los seres quedarse separados, alejarse unos de otros para siempre? –pregunté.

---

[52]Para entender mejor esto debéis leer el capítulo: «Los dos grandes príncipes», en la tercera parte del libro.

[53]Nietzsche decía: «Detesto a las personas que no me dejan estar solo, pero tampoco me brindan compañía. Una cosa es la soledad y otra el abandono». Quien quiera disfrutar de su soledad no debe marcharse a «vivir solo» en un pueblo o en una ciudad: debe marchar a la naturaleza.

Cuando un globo se infla y desinfla, ¿acaso cambia de naturaleza? –formuló el gato.

Un globo puede reventar –dije yo.

Mas, ¿qué hace al globo reventar? ¿Y cómo ha empezado a inflarse?

¿Las cosas? ¿Los hombres? ¿Los seres? –interrogué tres veces.

¿Eres capaz de imaginar *la Nada*? –preguntóme el félido.

Muchas veces lo intento –respondí.

Pero no puedes, –añadió el gato –porque *la Nada* es eso exactamente: nada, y lo que es nada no puede ser imaginado, pues pertenece a la no-existencia; es decir, algo que no existe y no puede existir. La única realidad es lo que veis, lo que pensáis e idealizas. *La Nada* está más allá de todo lo visible, de todo pensamiento e idea, y por tanto hablar de ello no tiene sentido ni dirige a ninguna parte, así como no tiene sentido hablar del globo que revienta, porque no es posible imaginar qué sucederá una vez haya reventado.

Se escapará el aire que había adentro –dije yo.

¿Y a dónde irá todo el aire? ¿Acaso a *la Nada*? –preguntó el félido en tono irónico, y al hacerlo se rio, revolcándose en el suelo. Yo fruncí el ceño.

¿Qué tiene que ver esa analogía del globo, con la unidad y multiplicidad de los espíritus, con el amor del ser hacia sí mismo y hacia los demás? –interrogué pensativo y con la mano en la barbilla.

Tiene mucho que ver –dijo mi querido amigo felino –La multiplicidad del espíritu produce «expansión». Mientras el ser más conoce, sabe y aprende, más se expande su espíritu. Es sensato imaginar que dicha expansión detendrá su curso una vez el ser crea ya conocer y saberlo todo y en razón de la inmensa soledad que ello produce querrá deshacerse de todo ese saber, volviendo a lo Uno. El humano ser encuéntrase ahora fragmentado. Vos lo dijiste: «La sombra de lo que alguna vez fue». Todo lo que miras: las cosas, los seres, el cosmos, ¿no es factible pensar que todo esto, tan grande y disperso, formó parte alguna vez de una misma cosa, siendo una sola cosa? Algunos han llegado a esa conclusión. Me parece que vos también. Aquella sensación, que tú muy bien conoces, a la que llamas «espíritu desolado», ¿acaso no es el vientre de vuestro ser el que os está hablando, enfermo y cansado por esa «fragmentada desolación», anhelando ya, y de una vez por todas, «reunirse» de nuevo?

En ocasiones me avergüenzo de sentir esas cosas –dije, bajando la mirada.

¿Vergüenza? –preguntó el gato entornando los ojos –¿Acaso es vergonzoso anhelar una belleza superior, acaso es impúdico desear tal cosa?

Hombres sabios han dicho que debe aprenderse a soportar la soledad y el aislamiento –dije yo. Una vez más sentíame melancólico.

La verdad sobre esos «sabios» es que ellos mismos tuvieron que «inventarse una ilusión», una «mentira piadosa» para soportar su propia soledad y desolación. Lo cierto es que vosotros, humanos seres, no estáis hechos para vivir en soledad y alejaros eternamente. Vuestra naturaleza es amaros, abrazaros, uniros; sin importar cuánto odio y discordia surja entre vosotros siempre tendréis necesidad de estar juntos. Yo sé lo que sientes, y no tenéis por qué avergonzarte de ello.

Es mi propia ilusión –dije –Mi piadosa mentira.

Para soportar esta vida, y sobre todo los seres hipersensibles como tú, necesitáis de la ilusión –dijo mi amigo –Vivir a costa de la verdad es terrible. Quienes lo han hecho se han arrepentido al final. Por ello mi consejo para ti y para todos, es que busquéis vuestra ilusión y a través de ella viváis a plenitud.

Oh, ¡querido amigo! –exclamé –¡Vivir ilusionado es igual de terrible que vivir con la verdad! ¿Conocéis la historia de aquel «prisionero del Abismo», quien, encadenado a lo profundo de un pozo, escucha sobre la existencia de un *ángel* más allá del desierto, lejos, y en la cima de una montaña? El saber que ese ángel existe, ayuda al prisionero a soportar su terrible destino, pero también le produce mucho dolor el hecho de no poder salir de ese pozo para ir a buscarlo y disfrutar de su belleza.

Mientras vamos a casa, me cuentas esa historia –dijo el gato.

Entonces el gato y yo descendimos hacia los valles mientras la noche se hacía más oscura y las estrellas más resplandecientes, y mientras le contaba aquella historia.

SEGUNDA PARTE

LAS TREINTA Y CINCO EFIGIES SIGILOSAS.

A mediados de la semana de la fiesta, Jesús subió al Templo y se puso a enseñar. Los judíos, admirados, decían: «Este hombre no ha tenido maestro ¿y cómo sabe tanto?

Jesús les contestó: «Mi enseñanza no es mía, sino del que me envió. El que haga la voluntad de Dios, comprobará si mi enseñanza viene de él, o si hablo por mi propia cuenta. El que habla en nombre propio busca su propia gloria, pero el que busca la gloria del que lo envía, ése está en la verdad y no hay maldad en él».

Evangelio de Juan; capítulo 7, versículos 14 al 18.

Entonces los judíos tomaron de nuevo piedras para tirárselas. Jesús dijo: «Hice delante de ustedes muchas obras buenas que procedían del Padre, ¿por cuál de ellas me quieren apedrear?». Los judíos respondieron: «No te apedreamos por algún bien que hayas hecho, sino porque, siendo hombre, insultas a Dios, haciéndote pasar por Dios».

Jesús les contestó: «¿No está escrito en la Ley de ustedes: Yo lo digo: ustedes son dioses*?».*

Evangelio de Juan; capítulo 10, versículos 32 al 34.

Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta». Jesús respondió: «Hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?».

Evangelio de Juan; capítulo 14, versículos 8 y 9.

«Esa Gloria que me distes, se la di a ellos, para que sean uno como tú y yo somos uno. Así seré yo en ellos y tú en mí, y alcanzarán la perfección en esta unidad».

Evangelio de Juan; capítulo 17, versículo 22.

Los cinco orbes del Ser.

Cosa profunda es el *Ser*[54]. Desde el hondo abismo hasta la belleza en los jardines de la inocencia: el Ser *habla*, el Ser *siente*, el Ser *sabe*, el Ser *quiere*, el Ser *trasciende*. Un mundo es el *Ser*; la Existencia es el *Ser*; vida que es *la Vida*: vida que transforma tu vida. *Lo que es*, a razón: «Lo que existe», pues Ello «sabe» que existe, y el conocimiento de la Existencia ha surgido de su vientre, Luz de la Consciencia que dare a luz toda luz siendo el *primer* y *último* resplandor del mundo que ha nacido de sí mismo y para sí mismo. El *Ser*, *creador* del mundo que a sí mismo le crea; el *Ser, destructor* del mundo que a sí mismo le destruye. El *Ser,* que es parte de todo siéndolo a su vez *Todo*. El *Ser,* que es «creador de su propio Creador» y «*Dios* de todos los dioses que ha creado».

El *Ser* que es belleza y fealdad, alegría y tristeza, saber e ignorancia, amor y odio. El Ser que es *lo que es*.

Cuerpo – Corazón – Mente – Espíritu – Alma.

Pues el Ser que *es*, el ser que *Somos*, constitúyenlo cinco orbes primordiales:

El orbe «físico».
El orbe «emocional».
El orbe «intelectual».
El orbe «espiritual».
Y el orbe «esencial».

Cada uno se encuentra interconectado a los demás, y es en el orbe físico: el cuerpo, donde todos convergen. Del mismo modo que una serie de «capas», cada orbe posee una singularidad propia que le define, yendo de grado en grado, y teniendo como «unidad de medida» su dureza o fragilidad característica. Esto quiere decir que, mientras más se desciende a través del Ser, más duro éste se vuelve; y mientras más se asciende a través del Ser, más frágil resulta. Esta fragilidad, en especial la del cuerpo,

[54]Aquí inicia nuestro «viaje abismal». ¿Qué es el Ser? ¿Quién eres? ¿Quién soy? ¿Quiénes debemos llegar a ser? ¿De dónde venimos? ¿De «afuera» o de «adentro»? ¿Y hacia dónde vamos? ¿Hacia «arriba» o hacia «abajo»? Yo traigo una respuesta, que no es la Respuesta, pero sí mi respuesta.

es una superficie en sumo delicada y transfigurable, pero capaz de transfigurar todo lo demás. En cambio, la dureza del alma, es un «abismo» profundo y desconocido, incluso para el propio Ser, un abismo único en sí mismo y que es uno solo durante toda la existencia, aunque dependiente al cuerpo, pues si el cuerpo muere también el alma. Las emociones, pensamientos y sentimientos configuran «el centro de la efigie», y representan al mismo tiempo caos y equilibrio. Estos tres orbes «mutables», «blandos», se encargan de dirigir al Ser, por toda su vida, impulsándole, atacándole, contradiciéndole y afectándose unos a otros según más blandos y mutables sean. El orbe corpóreo, es tan solo un reflejo de ese caos y equilibrio de emociones, pensamientos y sensaciones, los cuales nunca se muestran tal y como son en el fondo debido a la inconsistencia y mutabilidad del cuerpo. En razón de esto, para conocer el por qué de nuestras emociones, pensamientos y sensaciones, debemos «buscarnos a nosotros mismos», conocer el orbe de nuestra alma, que es el núcleo de toda nuestra existencia. El alma, única e impasible, jamás cambia de naturaleza. Sin importar todo el caos habido en la superficie: el alma siempre *fue*, *es* y *será* una misma desde el nacimiento hasta la muerte. Aquella es la razón y sentido de todo lo que somos, la chispa divina y creadora, el molde supremo de todo lo-que-es. ¿Por qué *sentimos* como sentimos? ¿Por qué *pensamos* como pensamos? ¿Por qué *queremos* como queremos? El alma, nuestro orbe esencial, es el «caldo primitivo», la «sopa cósmica», donde el Ser cuece al espíritu para dar forma a los anhelos, pensamientos y sensaciones surgidos a través del cuerpo. Según como se halle condicionada la naturaleza del alma, todo el Ser responderá de una u otra manera a los efluvios del entorno. Según como el alma perciba estos efluvios, el Ser «sentirá», «pensará» y «querrá» de una forma determinada. Este *Yo*, esta individualidad, se encargará de construir la personalidad del Ser durante el transcurso de todo su devenir histórico y a través de dicha personalidad, aquel será capaz de moldear su espíritu, su mente, sus emociones e incluso su propio cuerpo, tanto más llegue a conocer la naturaleza del alma que le ha sido.

Pero, ¿cómo llégase a conocer el alma propia?

Para llegar a las profundidades menester resulta bajar a ellas desde la superficie. No se puede descubrir la esencia del alma desde la misma profundidad, ni la propia ni la de otros, pues en la profundidad todo es tinieblas. Resultare necesario «extraerse de sí mismo y de todo», escalar hasta la cima de una montaña y en lo más alto observar todo el panorama. Desde la empinada cresta descenderemos al Abismo, y, mientras

descubrimos paso a paso cada «manto», al tiempo que bajamos más y más hacia el valle, y desde el valle al desierto, y desde el desierto hasta lo profundo del pozo, cada orbe brillará con luz propia, a fin de convertirse, todos juntos, en el gran resplandor que iluminará el alma entonces yaciente, disipando así la oscuridad del Abismo. Mas tal «descenso a los infiernos» es peligrosa aventura, pues muchos han de perecer en el camino que les conduce a sí mismos, antes de reunir las piezas que abren la puerta *intramundana*. Pero una vez brille la Luz, aún en la más remota profundidad, romperánse las cadenas que ahogaban el alma allí prisionera.

El alma, ave cósmica y de iridiscente plumaje que surcare galácticas nebulosas a través del fastuoso Universo del Ser, por fin se ha encontrado a sí misma, volviéndose indestructible. Quien llega a descubrir la naturaleza y esencia de su propio *Yo* ha vuéltose «eterno», a pesar de la inevitabilidad en la muerte y de que el alma esté condenada a perecer junto con el cuerpo. El cuerpo muere y desaparece. El alma muere y trasciende.

¿Dónde están los cinco orbes del destino? ¿Dónde las cinco llaves que abren las cinco puertas? ¿Dónde el Ser que ha cuadrádose desde el cuerpo hasta el alma? ¡Mirad, criaturas apasionadas y trascendentales! ¡Mirad en la cima de las montañas, vosotros águilas soberbias! ¡Juntos descenderemos a las profundidades del Abismo! ¿Acaso tenéis miedo? ¡Yo también! ¡Ah! ¡Ese verdugo! ¡Invoquemos a nuestra musa para que ella nos infunda la valentía necesaria y bajar al submundo!

En la emperatriz cumbre.

La cúspide montañosa es bellísima, ¿no? Acá arriba puede observarse toda la majestuosidad de *la Gran Cordillera*. ¿La podéis percibir? ¿Veis esas nubes algodonadas, que van desde el blanco puro, luego al rosa pálido y después al flameante naranja y el rojo sangre? [55] ¿Observáis el titánico valle, perdiéndose a través de una infinita distancia?

La emperatriz cumbre se hunde poco a poco hasta las profundidades. En la celeste cúpula arde *Apolo*, donde todo es luz. Hacia abajo se encuentran las nubes, donde comienzan las sombras. En la base del Monte empiezan los valles, donde la penumbra se hace más y más obscura hasta ser devorada por las tinieblas.

Así es el *Ser*: la belleza de un amanecer, fresco, dulce, tierno y joven, cuando respiramos el aire inmaculado que sana al pecho rebosante. He aquí el orbe corpóreo recién alumbrado: luz de sol despierto, alzándose por medio de cuerdas *apolíneas* que iluminaren al inocente jardín allí donde la *belleza primordial* todavía no ha sido mancillada. A causa de ello oigo decirme vosotros: «Quedémonos aquí, en la cumbre, disfrutando a la vista de algo tan sutil. No bajemos a través de la cresta. El sendero, allí, se vuelve cada vez más sombrío y pedregoso, y el Sol más ardiente. Mejor vivamos para siempre a la luz de *Eósforos* y el resplandor matutino. Las caricias de *Apolo* son aún delicadas, iguales a las de un niño. Pero a medida que el niño crece, adquiere su piel aspereza y vuélvese áspero el tacto de sus manos, pues el Ser resulta más duro y candente en la superficie mientras el fuego arde y arde con más intensidad. Y mientras más arde, más brilla, y mientras más brilla más hermoso parece a la vista, solo que una belleza divina, demasiado resplandeciente, acaba siendo dañina para unos ojos sensibles, convertida así en tinieblas y en el reflejo de la obscuridad que domina en el profundo orbe del Abismo. ¡Oh, sí! ¡Preferible sería que el Amanecer perpetuárase por toda la eternidad! Pues

[55] Con este simbolismo describo yo los diferentes grados corporales de la belleza según la edad: blanco puro, la niñez; rosa pálido, la adolescencia; naranja flameante, la adultez; y rojo sangre, la vejez. El blanco simboliza la belleza inocente que brilla por sí misma, sin nada más allá del cuerpo contaminándole. El rosa quiere decir que algo, además del cuerpo, ha comenzado a obscurecer lo que anteriormente era puro. El naranja nos dice que un furor ha apoderádose de la carne antes inocente y que ahora arde como el fuego. Por último, el rojo simboliza a un cuerpo maltratado por los azotes de la tempestad, donde el caos interno a lo largo de decenios ha manchado de «sangre» al cuerpo que antaño fue de blanca pureza.

el amanecer es símbolo de aquella perfección anhelada por nobles espíritus y ardorosos corazones: ni muy obscuro, ni muy brillante; ni muy frío, ni muy caluroso; ni muy malo, ni muy bueno. Tal es el orbe físico cuando aún ignórase la profundidad del que es todavía pureza y castidad. El tenebroso valle se halla oculto bajo acolchonadas nubes. Cuando nos saluda el Sol, más lejos de todo mar y horizonte, no existen aún desiertos ni abismos ni visiones en el crepúsculo. ¡Ah! ¿Por qué no es sempiterno el Amanecer? Quedémonos aquí, mirando, ¡mirando a *la Belleza* que aún no sabe que es bella!».

¡Oh! Amigos míos. ¡Mis amigos! De verdad quisiera yo fuera perpetua la ternura. Anhelara yo, y a pesar de que el Sol se moviera a través de la cúpula no volviérase tan fogoso y desolador, como así la belleza del cuerpo manténgase por siempre fresca y estremecedora. Mas no seamos fantasiosos ni quiméricos: el cuerpo amanece, atardece y anochece, pero ello no quiere decir que el Atardecer y el Anochecer sean menos hermosos que la diurna estrella. La belleza pura y casta brilla por sí misma: así es el fuego solar dando bienvenida a un nuevo ciclo. Así es el Ser cuando no tiene necesidad de conocer más allá de lo que Ello *es* en la superficie. ¿Qué importa ahora lo que hay en el fondo? Pero en el momento que empieza a arder el calor infernal, vuélvese imperioso que las nubes apacigüen su pasión y nos brinden la sombra. ¿Cuáles son estas sombrías nubes que nos protegerán del látigo *apolíneo*?

La cresta empinada.

El orbe emocional que filtra aquella endiablada llama. El orbe donde el *Ser* manifiesta, todavía demasiado superficial, lo que *es* en el fondo del pozo.

Aseméjanse las emociones a un cielo despejado, sereno y tranquilo, como una maravilla de la «media mañana» donde no hay obscuridad, pero tampoco fuego devorador; o al mediodía, en un cielo pincelado por cúmulos blancos y puros, y la bóveda celeste resulta ardiente y feroz donde la belleza en el orbe corpóreo muéstrasenos en todo su esplendor; o al atardecer, donde a medida que el Sol se hunde en el horizonte el cielo se tiñe de arreboles y tentáculos de sangre; o a la negra noche, cuando vuelven el firmamento y el septentrión, dando a luz otra vez a las estrellas y a los doce templos zodiacales.

Cuando no hay nubes el *Ser* se siente despejado: la luz del sol penetra en la atmósfera y llega a la superficie de manera pura y transparente. Semejante serenidad hace que el fuego arda y queme a través del cristal: una belleza serena pero estremecedora para quien disfruta sin protegerse la dulce mirada, una belleza aparente… ¿De verdad? ¿Acaso la ausencia de emociones hace que lo bello, brillante por sí mismo, deje de ser bello, pues es necesario que lo existente más allá del cuerpo surja para adornar la corpórea esfera? ¿Hay necesidad de que lo vivo siéntase vivo, de que muestre signos de vida? Oh, sí, un sol demasiado ardiente resulta insoportable incluso para el que acostumbra a caminar por vastos desiertos y sobre humeante arena. El que ha pasado mucho tiempo con la mirada puesta hacia el sol requiere de una sombra que le nuble la vista.

Aquí, amigos míos, mientras descendemos hacia lo profundo: hace calor. El *Ser* empieza a volverse doloroso como rocas filosas y comienzan las sombras. Pero de pronto experimentamos una exquisita sensación de frescura. ¡Oh, cómo alíviase y entiérnarse la piel tostada por el sol! ¡Oh, *Ser*! Ahora podemos ver que no eres solo carne, que no sois nada más una superficie ardorosamente bella, sino que más allá de lo palpable y tangible existe un universo profundo e infinito. ¡Sí, ya miramos las nubes! Nubes tranquilas. Nubes grises. Nubes tempestuosas. Nubes pesadas que presagian la tormenta.

Hemos penetrado en el orbe emocional donde todo es caos y después todo es calma. La cúpula, que ha teñídose de amplios brochazos,

nos muestra ahora aquellos nimbos de alegría y ternura, sin ocultarnos demasiado el fuego solar, pero sin permitir que su ardor nos hiera en la piel. Aquí es donde el *Ser* está alegre, radiante y esperanzador. A través de tan fulgurante esfera somos capaces de mirar el cielo sin lastimarnos la vista y deleitarnos con el azul profundo a la luz de la «media tarde» que ha suplantado al mediodía. El cuerpo ya no brilla únicamente por sí mismo, sino que por medio de un manto más subterráneo, resplandece más enérgico, más intenso, y al hacerlo resulta más apetecible y deleitable a los ojos.

Pero tarde o temprano viene la tempestad. Las nubes se vuelven grises y caen rayos del cielo. Óyense truenos. El *Ser* está emocionado. ¿Acaso triste? ¿Alegre? ¿Iracundo? Poco a poco las nubes comienzan a apoderarse del cielo hasta cubrirlo por completo. ¿A dónde ha ido a parar *el Azul*? Se ha marchado el fuego de *Apolo*. La Tierra que antes encontrábase pintada de amarillo ahora da la impresión de volverse descolorida. ¿Por qué? ¿Por qué no brilla el Sol para siempre? De forma inesperada, amigos míos, es ahora cuando deseamos aquella fulgurante belleza que antes nos dolía en la mirada. Es ahora, bajo este cielo abrigado de blanco, cuando anhelamos vuelva a despejarse la bóveda hasta que no quede ninguna nube que le oculte. Descendimos más, queridos y apasionados compañeros míos, y mientras más lejos de la montaña nos encontremos, más nubes veremos por encima de nosotros. Aún no llegamos al valle, desde luego. Aún no hemos dejado la montaña. Pero muy pronto hemos descubierto la tempestad.

Primero sentimos una suave ventisca. La frescura se ha ido: hace frío. El invernal viento nos da la señal de que el *Ser* ha vuéltose melancólico y muy pronto caerá la llovizna. Una vez, amigos míos, dije que no me gusta el gris, de no ser el gris que tiñe al cielo cuando éste se cubre de nubes; dije que no me agrada el gris, a no ser el gris de unos ojos mirando a los míos. En esta instancia, donde el *Ser* no está sereno, ni alegre, ni triste, ni enojado, en este momento aún me agrada aquel gris, pues resúltame sutil la melancolía cuando imbuye al Ser con profundas reflexiones. Aquel taciturno demonio antes venía hacia mí con la intención de destruirme. Mas ahora somos amigos y esa melancolía que asolábame el corazón cuando pensaba en soledad, ahora mira junto a mí cielos grises y sangrientos atardeceres.

El orbe emocional ha nubládose por competo. Mientras más bajamos, más helado se percibe el descenso. ¿No debería ser lo contrario? ¿No deberíamos sentir más frío en las alturas y más calor en las

profundidades? Acaso un visionario poeta escribió una vez que *el Infierno* no es un lugar caliente y fundido, sino más bien un paraje frío y duro, vuelto hielo en la más remota profundidad…[56]

¡Oh tú, *Ser*! ¿Por qué más frío a cada paso de la empinada cresta? ¿A qué se debe la razón de tu gris melancolía? ¿A dónde fueron a esconderse la belleza, la luz y el cielo despejado? El cuerpo ahora luce apagado, cual cadáver, frío al tacto, ya sin ardientes caricias e igual a una voz que se escabulle desde las entrañas como un fantasma que perdió a su amor en la vida[57]. Mas preferiría yo, y nosotros que bajamos a ti, quedaras tú así, taciturno, y que las nubes no se volvieran más pesadas ni grávidas de lluvia con relámpagos y truenos ensordecedores.

Es el estado de ánimo melancólico un equilibrio entre lo bello y lo horrible, capaz de crear tanto belleza como fealdad. Un juego de azar es la melancolía donde el *Ser* arroja una moneda esperando a ver si la suerte se encuentra a su favor. ¿Regresar a la montaña? ¿Bajar a la profundidad? ¿O quedarse a medio camino viendo el mundo como si tratárase éste de un gris lienzo? El *Ser* es aquí el comienzo y el fin de todo. La melancolía le ayudará a subir la escalera o por el contrario le hundirá en el Abismo. Aquí el Ser depende de lo que es más hacia el fondo, de lo que es allá donde se encuentran los tres siguientes orbes. ¿Marcharanse las nubes trayendo de nuevo la luz del Sol y el cielo puro? ¿Vendrán los ciclones? No olvidéis, amigos míos, que después de la calma viene la tormenta y viceversa.

Así es: avecínase el Diluvio. El viento sopla con más intensidad. De pronto algo resplandece en el cielo: es un relámpago. Luego se oye un poderoso estruendo que hace temblar al orbe completo. El *Ser* ahora padece tristeza. Quiere llorar. Sus lágrimas se derramarán como frías gotas de lluvia, pues la grave y pesada nube ha soportado demasiado tiempo el sufrimiento absorbido por la triste neblina.

En este momento tiritamos por el húmedo frío de glaciares y un terrible escalofrío apodérase de la piel. Ha caído una lágrima del rostro empalidecido. Ha derramádose una gota de agonía que presagia un llanto desolador. Puedo sentir, querido *Ser* mío; puedo abrigar tu sufrimiento en esta pequeña gota de lluvia que, chocando dura contra mi carne, fría y dolorosa cual navaja, me ha hecho desear abrir los brazos para dirigir mis

---

[56]Dante Alighieri en su Divina Comedia.

[57] Referencia a «Ghost Love Score», una de las obras más bellas del compositor Thoumas Holopainen en su agrupación de metal sinfónico Nightwish.

ojos al cielo donde tu mirada triste comienza a dejar caer uno por uno el reflejo de tu dolor.

Desahoga vos tu tristeza, tú criatura profunda, tú *Ser* profundo. Mis amigos y yo estamos aquí como testigos de la congoja que ahoga a tu espíritu. ¿Oh? ¿Y a dónde habéis ido, mis compañeros? ¿Acaso a una cueva en la cual protegeros del chaparrón? ¡No me seáis tan cobardes! ¿No se siente bien acaso el roce de la lluvia contra la dulce y apasionada piel del trágico amante? ¿No es un deleite para el espíritu desolado salir al campo a correr mientras la lluvia le asuela sobre sus espaldas? Así correremos nosotros ahora, como testigos del cuerpo, y de las emociones que en este preciso instante le embargan. ¡Llora! ¡Gime! ¡Suspira! ¡Grita! ¡Sopla tú, viento desolador, estremeciendo a mi carne cuando resuenan los truenos! ¿Y vosotros, amigos míos, teméis este sufrimiento, huís del *Ser* que ahora nos muestra su «pequeña profundidad»? ¡Ah! ¡Todavía no llega la tormenta! ¡La Tormenta de Invierno![58]

¿Debemos esperar? ¿Queréis permanecer aquí, resguardados de la precipitación? Aguardemos entonces a que las nubes descarguen toda su sobreabundancia, pues la lluvia ha tornádose abrumadora. Tal parece que el dolor era demasiado inmenso y ahora empiezan los ciclones. El *Ser* maldice. El *Ser* escupe ignominias. A través de la cresta encaramada sus lágrimas se han transformado en furiosos riachuelos que arrasan todo a su paso. El viento amenaza con sacar los árboles de sus raíces y precipítanse rayos desde el gris lienzo abarrotado de pesadas y dolientes nubes; nubes que brillan, gritan y chocan entre sí: la furia de Zeus.

¡Tormenta! ¡No hay lugar a donde huir! ¡El *Ser* está enojado, furioso, colérico, iracundo! Aquella inexorable tristeza, acumulada durante tanto tiempo, ha transformádose ahora en un estremecedor desahogo de violencia reprimida. El orbe va a reventar. ¡Vaya! ¡Que la inocente belleza antes aflorada sobre la superficie aseméjase ahora a un mar agitado! Nosotros, impetuosos viajeros y navegantes, nos tambaleamos sobre la barca. ¿No sentís el vértigo? ¿No parece como si algo, quizás una serpiente, revolviérase en vuestras tripas con intenciones de deslizarse por la garganta y salir a través de la boca? ¿No tenéis miedo? ¿Queréis vomitar?

¡Cálmate, cálmate, tú, Ser! ¡Tranquilízate! ¡O la barca se volcará, hundiéndose en las profundidades del océano, y con ella nosotros,

[58] Otra pequeña referencia, pero esta vez dirigida a la bella cantante finesa Tarja Turunen, ex vocalista de Nightwish, y a su trabajo musical «My Winter Storm» del año 2007. Ver capítulo: «De los elfos escandinavos».

valientes marineros! ¿Queréis que conjure a las *sirenas*? Quizás ellas, con su meliflua voz y dulce canto, puedan aplacar esa furia y ese dolor que os hiere con saña. Una *sirena*, una preciosa doncella de los mares, es lo que vos necesitáis. Pues yo te entiendo, criatura desolada: cuando se pasa demasiado tiempo en la más remota lejanía del mar adentro, apartado de las princesas que serenan al espíritu, vuélvese el *Ser* tempestuoso y carente de ternura. Duro, frío y terrible te has vuelto, ¡oh, ser apasionado! ¡Oh tornado y ciclón salvaje!

¡Qué mal tiempo hace! ¡Qué blandas y frágiles son las emociones! En un momento resplandece todo sol, y al instante: penumbras, lluvia, inundación, terremotos, maremotos, volcanes y espantosas erupciones de fuego y cenizas. ¡Amigos míos, sostened bien las piernas porque la montaña se estremece y amenaza con irse a pique! ¿Hasta aquí llegamos? ¿Ni siquiera bajaremos al Valle?

¡Oh! ¡Así es el *Ser* cuando se deja arrastrar por lo que aún es en la cáscara, incapaz de lograr ver en su hondura! Oíd bien esto, compañeros de viaje: muchos son los que, embriagados por un narcótico emocional, perecen todavía en la superficie, sin avanzar más allá de la «depresión», cayendo de golpe hacia un abismo que en realidad no estaban buscando. En efecto: que son las emociones un etéreo espejismo de la Verdad, aunque se parezcan al mar cuando se baña de oro, o a la llovizna en pleno equinoccio de primavera, o al grito de un volcán en la isla solitaria antes de la tormenta que precede al verano y a un fuego desolador que luego se transforma en el más crudo invierno. Ved, amigos míos, ¡cómo ha cambiado la faz de todo el panorama! ¿No aseméjase la montaña a un rostro húmedo y lacrimoso? Ved cómo ha mojádose y vuéltose húmedo el sendero. Aunque hayan cesado la lluvia y la tormenta, y los rayos y los truenos y el espanto de los volcanes, ahora el camino nos resultará más peligroso de andar. ¡Debemos tener cuidado! ¡No sea que resbalemos y caigamos por un peñasco! Sería más sensato esperar a mañana, pues el *Ser*, ya tranquilo, permanece aún débil por causa de su emocional esfera. Allí le vemos, destrozado, absorto en todas aquellas monstruosas sensaciones que destruyen el corazón, y disipada la mirada en la infinitud de su hondura, mientras trata de apaciguar y recuperar la entereza perdida a causa de la furia y tristeza desahogadas.

Aguardemos, esta noche pues. Ha llegado la tarde y con ella, los hijos de *Vésperos* nos dan la bienvenida. ¡Oh! ¡Mirad! ¡Mirad allá! ¿Veis lo mismo que yo? Más allá del horizonte comienzan a despejarse las nubes y un hilo de crepúsculo se despide de la colina reverdecida, cual un reflejo

de lo-que-es y lo-que-existe en la profundidad. ¡Unas últimas lágrimas corren a través de rojas mejillas solares mezclando el saciado dolor con una nueva esperanza, para dar vida al iridiscente arcoíris!

Ha marchádose la lluvia y el último rayo de luz junto a los durmientes querubines que reposan sobre etéreos nimbos y vientos gentiles. Nos saluda un nuevo y helado frío, cual presagio de una nueva época en esta noche salpicada de estrellas. El orbe emocional, aquí, y luego de ondear la tormentosa bandera, vuélvese acaso tenebroso, obscuro y siniestro. ¿Qué pretendes? ¿Qué sientes? ¿Qué quieres? Oímos el triste gemido de un lobo solitario bajo tu luna llena. ¿Ha sido liberada la bestia? ¿Somos nosotros tus ovejas? Tú, *Ser*, ¿ahora queda reflejada la verdadera obscuridad del Abismo? ¿Es esto lo que sois en el fondo? ¿Un monstruo del submundo? ¿Un espectro de la medianoche? ¡Álzate en nocturno vuelo, tú búho que anidas en árboles muertos! Las emociones ahora son mortuorias y fantasmales. Tal como una vieja tarde de otoño, cuando la última hoja ha caído desde la rama con dedos cadavéricos. Así tú eres, escabulléndote en las sombras del crepúsculo…

Pero tarde o temprano llega el invierno. Tarde o temprano empieza a caer la nieve, enfriando la tierra toda hasta no ser ésta más que un témpano de hielo. Con el frío invernal vienen los temores, las incertidumbres, las soledades y la desesperación. Con el invierno despierta el *Verdugo* otra vez, para vestir de nuevo con su capucha y tomar su espantosa hoz. Con el invierno, amigos míos, todo se paraliza, nada avanza, todo permanece inmóvil. Aquel verdugo: hijo de las nieves y señor de la tormenta… ¡terrible miedo que no permite continuemos avanzando!

Casi hemos llegado a donde termina la montañosa senda, bajo esta lluvia de nubosidad cristalina. Mas el frío nos evita continuar el rumbo. Aquí, abrigados por el impulso de conocer para saber, y crear una nueva luz al *ser que es*… ¿resulta mucho para vosotros? ¡Lo es aún para mí! Este hielo mortal y gélida emoción que detiene al pecho en su palpitar, nos impide cabalgar sobre el exótico e inexplorado valle. Estamos cerca. ¡Tan cerca de cruzar la segunda puerta! Pero encuéntrase allí el verdugo, parado, firme como un diablo, y teniendo bien sujeta a la mano derecha su monstruosa guadaña. No podemos distinguir sus facciones, pues el miedo tiene muchas caras. ¿Qué rostro posee vuestro miedo? ¿Qué rostro posee mi miedo?

¿Qué haces ahí, verdugo? En cada puerta nos encontraremos, pues… ¿qué es el miedo? ¿Una emoción? ¿Una imagen? ¿Un sentimiento?

Somos inteligentes, nosotros, amigos míos, y por eso tememos. Más no somos tan estúpidos como para actuar con valentía y enfrentar nuestros temores. ¡Bien, seamos idiotas! ¡Despojémonos de toda sapiencia y saltemos al vacío! ¡Pues encarar al espantoso carnicero es precipitarse a la nada! ¿Vivir o morir? No es asunto fácil hallar el valor suficiente para salir de la cueva y confrontar al crudo invierno que enfría la piel hasta quemarla, aún más cuando esa piel de cordero, tan sensible, es capaz de sentir incluso el más mínimo frote con una inefable intensidad, igual al espíritu desolado que sufre en aquel desierto. No hemos soportado la belleza ni la tormenta. «Cédenos el paso por ahora, verdugo. Es necesario conocer la profundidad para poder hacerte cara. No es posible derrotarte si venimos desde la superficie. La razón de tu ser hállase en el fondo. En la superficie todo es apariencia. Ábrenos la puerta por favor. Ahora nos damos cuenta de que sois vos, *Miedo* aterrador, el poseedor de la llave que abre la gran puerta que conduce a los infinitos horizontes del pensamiento». En efecto, para que la necesidad de saber vuélvase tan apremiante, necesario es primero conocer el miedo a lo desconocido y a lo extraño. El humano ser, presa del vivo temor a lo absurdo e inconmensurable que resultábale la existencia, sintió que ese miedo solo podía serenarse con la gloriosa y refulgente espada del conocimiento. Conocer las razones que alimentaban sus temores resultare un alivio, pero al cabo de no mucho tiempo terminó por volver la espada contra sí mismo, azotado por nuevas incertidumbres, y mientras más conocía más saciábase aquel miedo, pero de inmediato uno nuevo le remplazaba. Poco a poco la espada volvióse más y más ardiente hasta convertirse en un fuego terrible y amenazador: un arma de dos filos, y desencadenadora de muerte y destrucción. Nuevos conocimientos generan nuevos saberes, nuevos saberes generan nuevas creencias, y nuevas creencias traen consigo nuevos temores. Y vosotros, seres entendidos, sabéis mejor a nadie que una creencia impulsada por el miedo es generadora de aquel otro monstruoso diablo llamado *fanatismo*: príncipe del caos y la discordia.

Ábrenos la puerta, tú, verdugo. Por el momento hacemos las paces contigo. Todavía no somos tan fuertes y portentosos como para levantar la espada y flamear llameante la valentía: valor del que conoce, del que sabe, del que crea por encima de todos sus temores. Quizás he precipitádome yo al exclamar que fuéramos «idiotas». Es preciso ser inteligentes primero; es imperioso conocer la profundidad de aquellos que no atreviéronse a hacerlo: llámense pastores, sacerdotes, profetas, filósofos, poetas o científicos. El *Ser* no está completo: está débil y

famélico. La miseria es el origen de todos los males. El *Ser* debe cuadrarse de cuerpo y alma para saltar por encima de todas las ataduras y conseguir su anhelada victoria. El *Ser* está perdido: nosotros le hallaremos.

«En el nombre del *Ser*: ábrase esta puerta».[59]

[59]Referencia a la película: «Van Helsing: el cazador de monstruos».

El Valle de la Providencia.

Oh, sentid como un tenue resplandor acaricia vuestra pupila mezclado con un hilo de sombra envuelto en una cortina de humo. Luego veis surgir una extraña neblina, la cual no permite veáis aquello que hay en las profundidades del valle.

Sí, la coraza del pensamiento se halla envuelta en sombras: nubes no tempestuosas, pero sí en extremo densas y mutables. Nubes que una y otra vez cambian de forma y de naturaleza, acaso niebla que puede tornarse de este color y de aquel otro.

¿Seréis capaces de ver más allá de las brumas? ¿Qué hay allí? ¿Y por qué hay lo que hay allí? Mirad: el verdugo ha vuéltose a un lado, cediéndonos el paso. Después de todo, *el Miedo* sabe lo que es el respeto. ¿Extrañaremos el frío? ¿Y la noche salvaje? ¿Y los fantasmas? ¿Y también a la tormenta? ¿Y en especial a la bella y soleada cima? Bueno, de ser así, ¡no hay marcha atrás, amigos míos! ¡Ha llegado la hora de inmiscuirnos en los extraños, misteriosos y excéntricos rincones de la mente!

Veremos muchas cosas ahí. He aquí la máxima advertencia: no debemos esperar entender todo lo que «existe» en ese lugar: un valle obscuro y tenebroso, donde las cosas más inimaginables pueden suceder; un valle claro y bellísimo, donde las imágenes más hermosas y exquisitas nos deleitarán; un valle raro y peculiar, donde el *supremo creador* da vida a lo nunca vivido y eterniza a lo jamás nacido; un valle vacío por entero, donde no hay nada más que el hoyo recóndito del olvido; un valle por completo lleno, hasta el abarrote, donde todas las cosas, pasadas, presentes y futuras existen y conviven a un tiempo. Un valle, al fin: *el Valle de la Providencia*, siendo quien provee, aquel «dios», con su hilo entretejedor, todo que lo que sube a la superficie y todo lo que baja a la profundidad. ¿Qué asciende? ¿Qué desciende? ¿Qué permanece? ¿Qué se olvida? Acaso la verdad se oculta en lo profundo de la mente, y aquello que emerge solo es un espejismo y una mentira, pues los más íntimos y celosos pensamientos no quieren salir a la luz: unos por ser muy bellos, otros por ser horribles en extremo. Las cosas demasiado hermosas a menudo son una ofensa para otros, ya que hiere a su pudor dar a luz encantadores pensamientos, sobre todo cuando esas imágenes e ideas reflejan anhelos y deseos profundos del *Ser*. Las cosas demasiado horribles hacen lo propio, pero a la inversa: nuestro pudor resulta

avergonzado en el momento de revelar el horror que habita en nuestra hondura; quedamos así expuestos, «desnudos»: el diablo moralidad ya encuéntrase listo allí para flagelarnos con su látigo. Como consecuencia surgida de esto, no queda más remedio para la mente que forjarse una falsa envoltura: negar lo que el espíritu y el corazón le hacen pensar y no tener que atormentarse por ello a causa de no poder gritarlo hacia el entorno. Los pensamientos más profundos, más íntimos, más delicados, regresan al lugar donde surgieron: al espíritu. Otros permanecen en la mente, empecinados en seguir creando imágenes e ideas a través de los surcos cerebrales, convirtiéndose de este modo en dolorosas obsesiones. Otros desaparecen de nuestro consciente y caen al subconsciente, revelándose de tanto en tanto por medio de los sueños. Pero son los pensamientos que sobrecargan al espíritu aquellos más terribles y peligrosos. La mente no comprende, o al menos trata de hacerse una idea, el hecho de que el espíritu es un paraje más hondo que la consciencia. El espíritu es el orbe que distingue al *Ser* de todas las demás criaturas vivas: «una chispa sensorial». El consciente, luego el subconsciente, luego el espíritu: un solitario desierto donde residen los sentimientos, anhelos, deseos, amores, odios, temores, incertidumbres, y todas aquellas «sensaciones» dando forma a los pensamientos que luego se transforman en emociones y después en la realidad por medio del cuerpo. El espíritu dará a luz pensamientos bellos, si hállase henchido y prieto de cosas bellas; el espíritu dará a luz pensamientos horribles, si en su seno han acumuládose cosas espantosas. He aquí una paradoja: si la mente no volviera materia aquellos maravillosos pensamientos de amor y belleza, el espíritu, grávido de azucaradas sensaciones, fatigarase causa de tan grave dulzura, y como una pesada nube, obscurecerá aquellos nobles pensamientos, transformados ahora en negros sentimientos. Enfermo aquí el espíritu, emergerá a través de la mente convertido en un nuevo horror, pues la estética sensación de anhelo y deseo no puede yacer demasiado tiempo reprimida en el fondo. Sin embargo, y esto supone ya un inmenso grado de *fortaleza:* de aquel amor cohibido en el orbe espiritual, tan grande e inconmensurable, puede que germine una estrella, una luz infinita que transformará aquel anhelo inescrutable en una belleza superior. Mas para que el espíritu posea una naturaleza tan noble y delicada, depende de lo que exista en la profundidad del Abismo, en el orbe esencial, pues no todas las almas están hechas para soportar un espíritu desolado.

¡Creo he apresurádome, hermanos míos! Ni siquiera hemos cruzado a través de la segunda puerta. ¿Estáis preparados? Ahora dejaremos la montaña. ¡Aquí vamos! ¡Canta, abismal musa! ¡Grita, tú, mi *demonio* de los abismos!

La hermandad.

La familia.

La sangre.

El amor.

Y el odio…

¡Desenvuélvete vos, fatalidad!

¡Que esas líneas separadas por el infinito se unan por fin, originando el trágico designio, el inevitable desenlace!

Tan lejos miramos el brillo de las estrellas, que resplandecen cual bella luz luego convertida en horrible.

Desaparezca esta dicha.

¡Oh, magnífica!

¡Nada ocurre desapercibido!

Es la arena de la playa entibiada por el Sol,

Es de la sangre manchada,

Es del agua que le arrastra,

Son los cuervos que la carne devoran,

Es el grito de impotencia, el bien y el mal nacientes.

¿Viene de las tinieblas? ¿Un estigma del penumbroso océano?

¿Una efigie? ¿Un sigilo? ¿Un destino? ¿Una fatalidad?

Los presagios, ¡misteriosos!

Se avecina el poder del amor que es odio, ¡y el odio que es amor!

¿El sacrificio de la inocencia?

¡Canta, musa del Abismo!

¿Dónde estamos? ¡Hace frío! ¿Y no estamos vestidos? ¿A dónde fueron a parar nuestros ropajes? ¡No os apenéis de vuestras vergüenzas! ¿Vergüenzas? ¿Acaso? ¿En este valle de la desnudez? ¿En este antro de criaturas lascivas? ¿Ahora sí veis más allá de las brumas? ¿No es ardiente cada paso? ¿No oís los gritos de agonía? ¿Y los gemidos de placer? ¿Y exclamaciones de ira y dolor?

Aún no vemos nada, amigos, pero muy pronto escuchamos aquel horror de la profundidad: un lago de fuego y azufre en medio de la tenebrosa planicie. El humo quiere dispersarse. ¿Qué imágenes veremos? ¿Qué imágenes comprenderemos? Es vuestra mente. Es la mente de ellos. Es la mente de nosotros. Es su mente, y la de él, y la de ella, y la mía… Es mi mente.

1 ¿Qué pasa? ¡El suelo tiembla! ¡No temáis, amigos míos! ¡Oh, caemos, *caemos*! ¿Es un valle o una gruta? ¿Es un lago, o un río, un mar, o un océano? ¿Una isla? ¿Una montaña? ¿Un páramo? ¿Un desierto? ¿Una costa? ¿Una ciudad? ¿Una villa? ¿Un glaciar? ¿Un cielo? ¿Un infierno? ¿Un diablo? ¿Un ángel? ¿Un demonio? ¿Un dios? Escuchamos ruidos extraños y voces incomprensibles. ¿Qué fue eso? Algo ha volado por encima de nosotros. ¿Acaso el cielo está envuelto en llamas? Pero ese no es el cielo.

2 He aquí la «basura cósmica» del caótico universo del *Ser*. A través de nuestras fosas nasales penetra un desagradable olor a sangre, heces y carne podrida. ¡Contened la náusea! Los pensamientos más horribles saltan a la vista y ahora podemos verles en su máxima crudeza: muerte, tortura, asesinato, ultraje. Aquí el *Ser* nos muestra sus más oscuras intenciones, el reflejo de aquel odio corrosivo sobrecargado en el espíritu. Hombres destrozados, mujeres violadas, niños sacrificados; por decir poco, por no susurrar mucho… ¡Mirad, el valle de carne sanguinolenta! Aquí llueve *fuego y sangre*. ¡Oh, quémase nuestra piel desnuda! ¡Quémase! ¡Dolor! ¡Dolor! Pero, ¿qué es más doloroso? ¿La cuchilla que hiere a la carne? ¿O la que hiere al corazón?

Esto es en lo que piensan la mayoría de los hombres: en cosas horribles, en lo peor, en guerra y destrucción y el rostro macabro de la vida. Piensan en ello para con esos mismos pensamientos forjarse una armadura que les defienda contra el mundo. En el fondo, abrid bien los oídos: en el fondo nadie es bueno ni malo. Aquellos a los que llaman y

hácense llamar malvados se han vestido con esa coraza de maldad para proteger su primordial despojo ante una existencia desnuda y peligrosa. El mal no es más que el verdugo disfrazado. Acaso el impío piensa que si no enarbola la bandera con el sigilo de las tinieblas perecerá antes de haber consumado su vida, y eso le aterra. Perecer no es solo morir. Sería una bendición encontrar la muerte sin haber conocido previamente el horror de una existencia diabólica. Y esto lo tiene muy en claro el malvado, y a causa de ello obra en virtud del mal, pues los deplorables efluvios del exterior han nubládole el juicio y contamenádole el espíritu dejándole a merced de tóxicas emociones, perversas ideas y tenebrosos sentimientos. Liberarse de ello requiere un alma grande. Es necesario «ser un *dios*» para convertir al *diablo* en un *ángel*, y al *ángel* en un *diablo*…

3 El valle nos muestra una realidad, amigos míos. Mas no decaigáis ni os pongáis tristes. La otra realidad no es menos real que esta. Es necesario el horror para saber lo que es regocijo; es necesario el dolor para saber lo que es placer, y es necesaria la horripilación para conocer lo que es belleza. El valle de la muerte solo es un impulso hacia el valle de la vida. Sigamos caminando, entonces, mientras soportamos esta desnudez del alma.

4 ¿Qué hay allí? Parece un sacrificio humano. El sacerdote destroza la carne y extirpa el corazón. Da la impresión de que nos observa; pero no os preocupéis: nada de lo que en este paraje hallemos puede hacernos daño, pues aquí no somos nada más que invitados, espectadores, *testigos* de lo que el *Ser* piensa y siente, quiere y teme. Sin embargo, ¿en verdad alguien puede querer la muerte y la destrucción? ¿O es ese querer una ilusión del espíritu? ¿Así como el anhelo de amor y belleza? ¿No existe el querer, entonces? Ya veremos.

5 De pronto vemos un gran campamento: hombres y mujeres listos para la guerra, ruyendo huesos, alrededor de una fogata. Luego sopla un viento desolador. Vemos banderas, estandartes, lanzas, escudos, jinetes, y a un general gritando de furia. Dos ejércitos chocan entre sí sobre miles y miles de cuerpos mutilados. Ruedan cabezas y salpican entrañas bajo el filo del hacha y la espada. No ha quedado nadie con vida. ¡Cuánta desolación percibimos

ahora! Ello nos engendra el entendimiento de cuán frágil es la vida cuando se lucha por un ideal común. ¿Realmente todos esos soldados vivieron como quisieron, o vivieron como lo quiso alguien más? ¿Quién lo piensa? ¿Qué mente ha creado esta imagen? Un hombre apasionado, sin lugar a dudas.

El Monte de los «elegidos».

6 Hacia allá, y no muy lejos de nuestra posición, observamos *la Muchedumbre*. Tal parece que se está efectuando una ejecución. ¡Esos jueces! Vemos cruces y hogueras junto a golpes de martillo y leña que arde. Luego hay gritos, y personas que oran y aguardan. ¿A qué esperan? ¿Acaso al *redentor*? Mirad como se abre la celestial bóveda y un destello de luz ciega toda mirada, descendiendo a través de la creación suprema, cual un alma poderosa y «en esencia», mientras los seres «creados» se arrodillan y aterrorizan: «Ha llegado el tiempo del juicio», oímos decir al que viene, «Ahora todos seréis juzgados».

He aquí la imagen de un hijo luminoso pero tenebroso: unos lloran presas del arrepentimiento y la culpa, suplicando la misericordia del «cordero», pero nuestro bien amado león ya no es piadoso ni lo será más. «Tuvisteis vuestra oportunidad; sin embargo, la desechasteis como quien desecha a su propia madre. ¡No os conozco, pecadores!», dice *el Cordero*

Las lágrimas de los condenados se convierten ahora en un río de sangre[60], derramadas por aquellos ojos cuyo único pecado fue querer ver por sí mismos, por lo cual han de ser castigados. ¡Pues el destino de cada quien es ser guiado cual mansa oveja del «buen rebaño»! Quien piense por sí mismo y escoja sendero propio, habrá de caminar por ese mismo sendero al lago que arde con fuego y azufre. Quien no permítase mandar por el mesiánico rugido del félido cachorro hijo del *Padre*… ¡no vivirá para siempre! Estas sumisas ovejas son quienes ríen hacia el «fin de todos los tiempos». ¿Escucháis sus carcajadas? Son risas que se corren en el hipócrita y rebosante pecho de la «justicia divina»; pecho que dejóse arrastrar no por fe, ni por devoción, ni por amor, ¡sino por miedo! Pues Querer es Poder, pero *el Miedo* interpónese diciendo: «¡Yo soy tu verdugo!». Así ha de ser el último juicio cuando triunfen los elegidos y perezca el resto.

[60]Como el río Aqueronte, donde las almas de los muertos han de cruzar hacia el Hades, escoltados por Caronte, el barquero del Inframundo, por el precio de dos dracmas. De acuerdo a la mitología griega, el Aqueronte es un río de sangre cuyo afluente es alimentado por las lágrimas de los condenados.

7 Oh, de pronto el valle… ¡se ha llenado de aquellos símbolos! ¿Más cruces? ¡Desolación y un ambiente de obscuridad! ¿Acaso no hay esperanza? ¿No existe otro camino?

Está lloviendo, hermanos; llueve sobre nosotros, hijos de la naturaleza, y bajo tan afligida inclemencia, vemos como un ejército de «buenos pastores» toma cada cual su propia cruz para cargar con ella aún a costa de su vida. ¡Sin duda el camino será pesado y sudoroso! Todos ellos se dirigen a *la Montaña* con el objeto de clavar aquella cruz en la cima, como un terrible recuerdo de lo que fue el doloroso camino… ¡como si ello volviérales libres y dueños de su propia voluntad! Oh sí, querido y amado buen pastor: ¡Has sido fuerte y valiente al cargar con esa cruz, y no caer bajo su peso! Y aunque hayáis caído una, dos o tres veces has vuelto a levantarte... ¡eso es muy digno de admirar! Lo que no resulta muy digno es el hecho de haber soportado el peso de esa cruz en virtud de un mandato ajeno. Habéis actuado vos igual al niño que imita la «bondad del adulto»: una creatura obediente cuya fluctuante malcriadez es castigada a flagelo de látigo por el padre-sacerdote. ¿Por qué no me soltáis esa cruz? ¿Acaso no hace frío? ¿No os serviría mejor como leña para encender la fogata y protegeros así de la inclemencia del tiempo?

Yo lo sé, queridos pastores, que muchos de vosotros deseáis hacerlo: queréis dejar para siempre esa cruz, pues de este modo el ascenso os resultará más suave y disfrutable; sin embargo, mirad bien, vosotros mis amigos y compañeros, vosotros que me seguís en este valle: quien se atreve a soltar la cruz, es castigado de inmediato por *el Gran Sacerdote*. Allí está, por detrás de cada uno de ellos, vestido con toga enguirnaldada, y sujetando a puño los mil látigos y las mil cadenas: «¡Carga el peso de tu ignominia, pecador! ¡En la cima seréis redimido!», así grita *el Gran Sacerdote* con escabroso tono de voz y a cada latigazo que destrona la espalda del pastor.

¿Acaso, hermanos míos, tiene que ser la vida una carga pesada? ¿Tiene que ser la vida una cruz? ¿Esa cruz, símbolo de lucha, de valentía, de responsabilidad, de una obligación moral, no para consigo mismo, sino para con los otros? ¡Oh, no! ¡Yo no quiero esa cruz, y estoy seguro de que vosotros tampoco!

Debemos tener cuidado, amigos, pues el mundo está lleno de cruces y de seres que estarían encantados en clavarnos a alguna de ellas. ¡No confiéis en aquellos que porten un martillo en la mano, aunque parezca tener muy buenas intenciones! Todo el que usa un martillo es

pesada criatura, y nuestra razón de ser es evitar toda clase de pesadez. Al que está herido se le dice que, si toma su cruz, emergida a través de su herida, y marcha con ella a la montaña, esto le redimirá.

¡Eso no es redención! Es mejor volar. Es preferible seamos nosotros igual a pájaros heridos que vuelan a pesar de sus alas rotas, a pesar de los gritos empecinados: «No vueles, pues... ¡caerás!».

Que los miserables, decadentes y moribundos de espíritu pendan de una cruz durante toda su vida. Cuando lleguen a la cima daránse cuenta de que la emperatriz cumbre no es tan bella y satisfactoria como el sendero que conduce a ella[61]; entenderán, presos de la fatiga, que si hubieran soltado sus cruces en virtud de andar más ligeros, habrían disfrutado más de sí mismos y de su camino; pero es demasiado tarde: no han caminado como seres libres, ¡sino como esclavos! ¡No han vivido su propia vida sino la de alguien más! Decidme, pastores, sacerdotes y ovejas, ¿cómo gozar de la verdadera belleza, aquella que vive en vosotros, si el espíritu yace tendido, jadeante y convaleciente?

El *espíritu de la oveja* que solo aguarda el cuchillo: no deberíamos imitar este tipo de comportamiento. No debemos seguir a la mente que anhela convertirse en mortuorio cordero para ofrecerse en sacrificio. Allí van: una hueste de espectros hacia *el Monte de la Injusticia*. Dejémosles.

[61]Hemos de construir toda nuestra filosofía sobre la piedra angular de una «flecha de anhelo». En los próximos capítulos vais a ver muchas veces los símbolos del que porta la señal de Sagitario: el tiempo visto como una «centáurica flecha arrojada por una esfinge». Solo importa lo que estamos haciendo, pues el «hacer» significa que ya «hicimos» y «haremos».

Gog y Magog.

8 Siguiendo nuestro propio camino, oímos de pronto un gran estruendo, parecido al eco que producen un montón de piedras al caer en un hoyo profundo. ¿Quiénes han arrojado las rocas? ¿Cuál es el hoyo? ¿Y quién sacará de ahí los pedruscos? No hemos visto todavía al ser que tenga semejante valor, pues no es cosa fácil meterse al hueco para sacar de ahí las piedras, sabiendo que éstas bien pueden volver a caer mientras de allí las está sacando, siendo aplastado por el peso de las mismas. Acto seguido, escuchamos algo que explota en un monstruoso estallido, junto a motores que rugen, destellos de luz y voces vituperando en medio de horrorosos sollozos, al tiempo que la tierra se sacude. ¿Qué es eso? Sopla un viento desolador. ¿Qué ha pasado? Ha cubiértose de humo el valle y vuéltose gris el cielo, para luego tornarse de un pálido sepia impidiendo así mirar siquiera dos metros a la redonda. ¿Qué le ocurre al mundo? Huele a muerte, amigos míos, hermanos míos. Percibo yo un desagradable aroma, pero no de soledad, ni de vacío, ni desolación humana: huele aquí al cadáver de *Todo*.

De los monstruos, y la diosa natura.

9 ¡Menos mal ha cambiado la imagen! Ahora vemos algo más común, más bajo, más humano: he ahí a un pobre esclavo y engendro de la miseria con los ojos huecos y enrojecidos, tendido en el lecho. A su lado tenemos un reloj despertador, el cual nos marca las seiscientas, o poco más o poco menos… ¿Qué importa? Ese desgraciado individuo no ha dormido nada, no ha podido conciliar sueño alguno… ¡Quiere seguir durmiendo! ¿Por qué no lo hace, entonces? Porque el rebaño le grita así: «¡Levántate, tú, flojo! ¡No es hora para seguir dormitando! ¡Al que madruga Dios le ayuda!».

Acaso nuestro somnoliento amigo imagina que, si no se levanta temprano de la cama, será él un fracaso en la vida, pues así hablan los «exitosos», los «ricos», los «adinerados» y «famosos»[62].

Amigos míos, oíd lo que os digo yo: *Vivir no es dormir, pero tampoco es estar despierto*. Mirad, cómo a regañadientes, aquel hombre no ha tenido más remedio que levantarse del lecho dando así por cumplido el inicio de una diabólica rutina: cepillarse los dientes, tomar el desayuno, «hacer ejercicio» y salir a «trabajar»…

Ah, pues «el que no trabaja, ¡no come!», tales palabras podemos verlas grabadas en un letrero que abre las puertas de la «gran ciudad». Sí, el que trabaja no come; sin embargo, me pregunto ahora, amigos míos: si trabajar es vivir ¿o vivir es trabajar?

He aquí un nido de ratas… ¡Ved las ratas! El somnoliento esclavo de pesados párpados, a costa suya, déjase mandar y devorar por esos repugnantes bicharajos. ¡Ah, qué mal huele aquí! Un pérfido aroma de contaminación se desliza a través del éter introduciéndose en los orificios nasales y por medio de los sentidos crea una imagen, imagen que ahora vemos, imagen que luego envenenará al espíritu impidiendo surgir el alma. ¡Oh tú, buen hombre! ¿Tenéis sueño? Ve y duerme pues, pero hazlo

[62]En lo que actualmente se conoce como «redes sociales» abundan este tipo de indicaciones. Las personas comparten frases y consejos de supuestos individuos «exitosos» sobre cómo debe uno comportarse en la vida. ¡Y la mayoría se deja arrastrar por esa sucia corriente! Constituye un motivo de risa y de pena ajena ver como todos esos «buenos ciudadanos» escriben en sus «muros», o «montan», porque ya ni siquiera escriben, haciéndolo con tanta solemnidad, con tanta «moralidad» y ético rigor para que «su público» piense que realmente ellos son sabios e inteligentes.

lejos de esas ratas, hazlo muy lejos de sus molestos chillidos que no permiten entregar vuestro afable espíritu al celeste Hipnos[63].

Sí, amigo mío, márchate al bosque lo más rápido posible para que allí puedas recuperar el merecido descanso que te han robado esos «buenos samaritanos». ¡Tal vez en medio de la naturaleza lograrás purificar los cinco orbes que luego te mostrarán el lago cristalino donde existe el fondo de tu alma! ¿Cómo podrías descansar y encontrar el camino que conduce hacia ti mismo respirando a la merced de un aire contaminado? Decidme, amigos, ¿quién es capaz de vivir su propia vida, si detrás suyo viene el peso con toneladas de hierro, cal y cemento?[64] Diabólicos gritos de motores y bocinas; hombres y mujeres tan juntos, pero al mismo tiempo tan separados; barrios y suburbios: el peor de los abismos habidos y por haber. Pero ni el más bello de los antros deja de ser antro ni es digno de tornarse en verdadera hermosura, a razón: centros comerciales, restaurantes, lujosas mansiones adornadas con árboles y rosáceos jardines quedando de esta manera el horror disfrazado con una belleza ilusoria. El diablo que viste de ángel no deja de ser diablo: recordadlo.

¿De verdad queréis vivir así? ¿Desde el fondo de vuestra alma lo deseáis? O acaso, ¿pretendéis engañaros a vosotros mismos queriendo lo que es querido por muchos, lo que es deseado por muchos, pues todo aquello que posea la etiqueta «mucho» es pariente muy cercano de la «comodidad»? ¡Amigos míos! No me olvidéis la siguiente máxima: A quien ha sido otorgádole por obra del azar algo tan precioso como la libertad, no debería renunciar a ella tan solo por complacer a otros, ni complacer a su familia, ni a sus amigos, ni siquiera a sí mismo. La mayoría de veces aguárdanos una «cárcel» allí donde esperábamos placer y lujo. Quienes no son libres, es decir: el rebaño de ovejas y corderos, ellos desean que vosotros tampoco lo seáis. No me entreguéis vuestra libertad, aunque tengáis miedo de ella, ¡pues *el Miedo* es el mayor adversario de todos los que quieren ser libres! La libertad es lo único que os dará sentido en vuestras vidas: no troquéis ese privilegio por encadenaros al rebaño, ¡ni aunque las cadenas sean de oro! Tan solo mirad a la muchedumbre de la gran ciudad mientras cargan el peso de carlancas doradas. ¿No es el oro un metal muy pesado? Pero de oro ha de ser

[63]El dios de los sueños, de acuerdo a la mitología griega, y hermano de Thánatos, el dios de la muerte.

[64]No estoy diciendo que nunca jamás visitéis una ciudad, sino que permanezcáis allí por poco tiempo.

vuestra alma, pues un alma pesada no puede ser aplastada por el peso de la superficie. Transformaros vosotros, entonces, en verdaderos alquimistas y encontradme la piedra filosofal, es decir: vuestro espíritu. Sirva a tan honorable empresa este sigilo que os regalo[65], el cual infundirá en vosotros la magia requerida como para adueñaros del precioso cofre que yace enterrado en el fondo de vuestro ser. Quien es de dorada alma, abrid bien los oídos: rico y poderoso ha de ser ese individuo por siempre y lo más valioso le pertenecerá por la eternidad.

10 Ahora la imperiosa vista que vulneraba nuestros ojos conviértase en una más hermosa, pero no acaso menos yerma, pues los monstruos de hierro, cal y cemento han quedado vacíos: nadie vive allí, y nunca más vivirá. Árboles, césped, musgos y enredaderas se han hecho con el antro de hediondas ratas. No apesta a sumidero, amigos míos; el olor que percibimos ahora es de vida, de pura y exuberante vida bajo el cielo templado y cerúleo semejante al rostro de un dios concibiendo en su pecho a nuevas y crepusculares formas. ¿A dónde habéis ido todos, vosotros comarcanos? Solo me responde el graznido de pájaros vespertinos ¿Por qué habéis abandonado vuestros recintos? ¿Volvióse insoportable allí la existencia?

El que sea entendido comprenderá: preferible es un silencio de *muerte viva*, que un griterío de *vida muerta*. Aquí podemos darnos el lujo de retrasar por un breve periodo nuestro mental viaje para endiosarnos con la profunda y lejana realidad de una *Tierra Nueva*. La ambarina y agraciada brocha del poeta celestial ha entibiado con bruñidas pinceladas a la madre naturaleza, por fin dueña absoluta de lo que antaño perteneciόle sin reclamo. Aquella, nuestra noble progenitora que diónos leche y cobijo durante milenios, que nos acurrucó en su pecho sublime, que nos embriagó con el dulce jugo de la vida rebosando en un mundo que abríasenos fresco y tierno como un doncel, poderosa y virginal inocencia prescindida de negras impurezas fue entregada a nosotros humanos seres sin prejuicios ni obligaciones. Mas el espíritu inmaculado no debería ser gustable para cualquiera, pues hay paladares que han sido despojados de un buen gusto bajo la lengua y nada más se dedican a vagar por el mundo probando de aquí y de allá y contaminando con su impureza lo que antes fue precioso. Un oído enfermo ya no es digno de

[65] Ver capítulos: «La Piedra Filosofal» y «La Marca de la Bestia».

deleitarse oyendo el fino llamado que con meliflua voz habla en su vientre con signos y melodías encantadoras de la doncella *natura*. Nosotros, hijos del caos y el devenir; nosotros, niños rapaces; nosotros, violadores y mancilladores: hemos crecido, amigos, pero aún somos jóvenes-viejos, aplastados por el furioso *titán* que cada vez parece girar más y más rápido; pero no es él quien ha acelerado la rueda… ¡somos nosotros quienes hémonos vuelto apresurados en la ilusión de que a más velocidad más progreso! A causa de esta endiablada premura arrancámonos del seno materno antes de lo apremiado, siendo no esto lo despreciable, pues el buen hijo ha de abandonar el lecho familiar algún día, sino que al hacerlo tan pronto le deshonramos a ella y nos deshonramos a nosotros mismos. ¡Hemos violado a nuestra propia madre, a nuestra diosa *natura*! ¡Naturaleza que diónos la vida! ¡Ah, pero he aquí lo más grandioso, he aquí el mensaje de la esperanza! Acaso no trátase la diosa *natura* de una madre demasiado buena y compasiva. ¡No! ¡Que nuestra esencial progenitora se siente ofendida con suma crueldad a causa de los terribles golpes dirigidos a ella por nuestro puño! La naturaleza se encuentra dolida, cansada, furiosa, ¡y por ello ha de vengarse de todos los hijos que le han mancillado! ¡Adelante, *natura*! ¡Ven y tómanos, ven y tráganos a todos en tus fauces! Vos sois la única que posee el derecho de tomar «la espada del juicio». Esta solitaria ciudad materializada en medio del valle lo comprueba. Tal vez, solo tal vez, una vez despierte de nuevo en tu renovado seno, el humano ser vivirá con menos apuro. Vivirá en ti y por ti, a través de la belleza que vos le brindáis… ¡querida *natura*!

Donde nacen las estrellas.

11 Desaparecida entonces aquella desolación remplázanla nuevas y pesadas vacilaciones. Otra vez está lloviendo, pero no gotas de lluvia: caen hojas y papel del cielo como si tratárase de granizo. «Dinero», le llaman.

Después vemos a una desesperada multitud, corriendo, con la intención de recoger las migajas del suelo. Mas no somos capaces de ver las avaras y lujuriosas facciones que iluminan sus rostros en una expresión de pérfida voluptuosidad. Con esas migajas se visten como reyes y gobiernan como reyes: –Ahora somos «dioses» –dicen –Ahora el mundo nos pertenece –Tal vez el mundo, ¡pero no *la Vida*! ¿Han adueñádose pues de la «cosa en sí»? ¡He ahí de nuevo la gran ciudad luciendo portentosa iridiscencia! –Esto es progreso –jáctanse los dioses y reyes –Esto es éxito y futuro. Esto es vivir: «comprar y vender» –Mirad los automóviles, palacetes, puestos en primera fila, alfombras rojas, paseo de famosos, amigos y familiares reunidos en el fondo del valle, cantando y bailando en la obscuridad a ritmo de pecaminosas melodías… –¡Oh, delicioso néctar vuelto oro fundido, y cruel diamante! ¡Oh, exquisitos manjares en la mesa redonda y cuadrada, banquete de reyes! ¡Oh, pomposos viajes alrededor de la esfera toda: «vuelta al mundo en ochenta giros»! La tierra, el mar, las montañas, los bosques y las praderas están en nuestro poder, ahora… ¡y siempre! Pues de nosotros son la moneda y las gemas que nos han abierto el gran libro del mundo. ¡No existe nada que no podamos lograr! ¡No hay nada que con dinero no se pueda comprar!– Así hablan los dueños de este mundo. Y sí, amigos míos, de ellos es el mundo. Pero he aquí un enigma: «Lo grande es pequeño. Lo pequeño es grande».

El creador de esta imagen no es de mi agrado: acaso es un empresario, mercader o vendedor. La palabra «negocio» no me huele a espíritu ni mucho menos a alma, ¡y yo amo solo aquello que huele a alma y a espíritu! Pues quien haya descubierto la riqueza en el receptáculo del *Ser*, ¿qué valor podría otorgarle al oro y a las joyas? Para alguien así, ello no posee más que un valor simbólico. Oíd bien, mis amigos: yo no deseo que vosotros seáis pobres de «materia», pero antes de enriqueceros en la coraza, primero dignificad el caudal vivo y único de vuestra alma. El alma no puede comprarse ni venderse. Mas la *tragedia* de la vida no es

tratar de vender o comprar el alma, ¡sino de jamás llegar a conocerla! Un símbolo ha de ser entonces el dinero para vosotros, un símbolo que os permita crear símbolos más grandes y superiores. Y si no poseéis el dinero ahora, ¿qué importa? Cread vuestro propio símbolo: un símbolo de la naturaleza… ¡De vuestra naturaleza!

12 ¡Ah! ¿Qué es esto miramos de pronto? ¿Qué hacéis ahí, mi gente, ahí, disfrutando de la carne por la carne y de la sangre por la sangre? Vosotros… ¡ninfas y sátiros lascivos!

No malentendáis mi juicio, hermanos: no tengo nada en contra de aquellos individuos que gozan de la plenitud, las delicias y los placeres que brindan los más intensos sentidos. ¡Oh, no! ¿Cómo podría yo desdeñar algo semejante, yo amante de la belleza y de la naturaleza, de las bellas sensaciones y de los bellos cuerpos? Eso que estáis haciendo es lo más *natura* que existe. ¿Y vosotros, quienes me acompañáis, os tapáis los ojos sintiendo vergüenza y pena ajena? ¡Pero si nosotros mismos nos hallamos sin prenda alguna! Y no me creáis *voyerista*, vosotros que veis y vosotros que sentís, pero deléitome con vuestra desnudez bajo el resplandor de la luna, en medio de los gritos y gemidos, urgiendo del éxtasis conjurando a deidades y creaturas de la noche. ¡Esto es vida! ¡Verídica y dulce vida! Pero no *la Vida*, ¿comprendéis? Que los placeres se entreguen a vosotros y no vosotros a los placeres, eso ya os he dicho una vez. No me hagáis daño a nada ni a nadie tan solo por satisfacer vuestros carnales apetitos, ¡ni siquiera a vosotros mismos! La carne solo ha de serviros para brindar descanso a vuestro espíritu y así éste pueda cabalgar en el desierto más allá de la desolación. Todo lo que vaya en contra de este precepto hace a aquel demonio llamado *lujuria* perder toda la maravilla de su endemoniado encanto. El deseo es para vosotros, amigos míos de piel seductora, para vosotros y nosotros, una flecha impulsora de la belleza que se eleva hasta la hermosura divina. Pero lo que ahora llaman deseo, y lujuria, y sensualidad por medio de letras rameras… ¡Ah, todo eso no ha hecho nada más que prostituir al más puro e inocente de los *demonios*, al más grande de los demonios que siempre va de la mano con su hermano, el demonio *del Amor*! «Sexo», le llaman: palabra vulgar que define vulgarmente algo tan sublime. «Arte» le digo yo. «Creación» le digo yo. «Unión» le digo yo. «Donde nacen las estrellas» le llamo yo. Espero que la mente, creadora de este fruto prohibido, no pertenezca a un esclavo de la lascivia, uno de los sentidos enervado que se paraliza

cuando no puede poseer lo añorado por su carne. ¡Ojalá que no, amigos míos!

De los elfos escandinavos.

13 Ha oscurecido. Escúchanse truenos en el cielo, aquejado de penumbrosas nubes. No es acaso una tormenta lo que viene. El mal tiempo a veces precede un buen augurio. Hermanos míos, presiento algo maravilloso, único e irrepetible, sin un antes ni un después y no digno de ser disfrutado por ojos y oídos rebañeros. Mi carne huele a la perfección de un trascendente y formidable instante que nos sumergirá en la más absoluta divinidad por medio de la visión.

Es de noche, y mucha gente se encuentra reunida. ¿Dónde? En un lugar muy lejano y desconocido, seguro. Pero aguardad, amigos, no es lo que esperáis, pues quizás os decepcionéis de esta mente apasionada por el arte y la belleza. Hémonos reunido en virtud de un gusto en común, de una pasión en común, mientras gritamos en aplausos y hacemos señas con las manos, gimiendo de emoción. ¿Nos mezclamos? Al frente se halla un amplio escenario. ¿Presentarase una tragedia griega? Yo diría más bien nórdica. Y no una tragedia, sino una epopeya.

¡Oh, miren! En primera fila está un joven llorando de felicidad, pues resulta para él absurdo e imposible reprimir el llanto que derramáse a través de sus morenas mejillas siendo presa de una alegría celestial, y siendo él tan foráneo. Mas ahí está, entre hermanos, como de una sola madre, todos identificados por el disfrute de la belleza, del amor y de los melódicos símbolos. Sí, amigos míos, ¿qué importa la raza, lengua, etnia y sangre cuando estáis unidos en un solo corazón, una sola mente y un solo espíritu que refleja la esencia del alma?

¡Vaya! ¡El escenario se ha abierto en una cortina de humo y todos prorrumpen en gritos de emoción, al tiempo que el joven llora más y más, mientras los demás hacen lo propio, arrojándose todos en un mar de lágrimas más profundas que el océano! ¿Por qué tanto regocijo y nostalgia? ¿Quiénes y qué se presentarán? ¡Vaya! ¿Veis lo mismo que yo? Tras la humareda han aparecido cinco personas, solemnes, pero radiantes en su sonrisa, tomados de las manos, otra vez como los amigos y hermanos que alguna vez fueron[66]. ¿Quiénes son estos individuos? ¿Acaso unos «elfos escandinavos»? Así llamároslos el creador de esta gloriosa y memorable efigie. En efecto, que son nuestros amados elfos del

[66] La agrupación finlandesa Nightwish tal y como era a finales del año 2005.

norte occidental: un sueño de la pasada luna rodeada de estrellas que anoche vino a mí ser. Ahora están juntos de nuevo, después de tanto, tanto tiempo… ¡nuestros queridos elfos! Atrás han quedado por fin el dolor, la vergüenza, el rencor y las cicatrices[67]. Todo lo antiguo ya no es, pues ahora importan solo el presente y la pasión por el bello instante que permanecerá grabado por siempre en corazones y espíritus apasionados.

La gente exclama de júbilo: unos riendo y otros llorando lágrimas que sanan el alma. ¡Oh, qué hermosa imagen! ¡Cuánta belleza amigos míos! ¡Los elfos escandinavos cantarán por última vez, todos juntos! Ya no tan jóvenes son; diría del cuerpo, mas del espíritu son como niños que no guardan nada en la memoria y viven por primera vez para jugar en el terrestre jardín, ahora recuperada aquella perdida inocencia, aquella esperanza robada, aquella niñez de la centuria[68]. ¡Pues así nos sentimos nosotros, hermanos, por primera vez viviendo bajo este cielo teñido de estrellas y nocturnos deseos! Así es: aquel fue mi «deseo de la noche» que ahora se cumple, como aquel sabio entendido cuando afirmó que tu sueño es más real que tu propia vida[69]… ¡y cuánta razón tenía! ¡Oíd todos! ¡Vosotros criaturas de la naturaleza, oíd la onomatopéyica y armoniosa melodía *a tempo* de lira, flauta, tambor, piano y guitarra![70] ¡Mirad la edénica imagen resplandeciendo en medio de la obscuridad, cuando un «ángel» de celeste voz y ojos plateados cual perlas forjadas por sirenas centelleando en la penumbra hace acto de presencia![71] ¡Que el cielo, la tierra y el mismísimo universo *más allá de todos los tiempos* derrítanse de amor, ternura y pasión en virtud del éxtasis experimentado cuando el

[67] En octubre de aquel año, tras el último concierto de una gran gira mundial, el grupo tuvo que despedir a la vocalista principal: la bellísima y talentosa Tarja Turunen, por conflictos ideológicos.

[68] Nombres de tres respectivos trabajos de la agrupación: los álbumes «End of innocence», «Century Child», y la canción «End of all hope».

[69] George R.R Martin en sus libros «Canción de hielo y fuego».

[70] La música de Nightwish, de la mano de Thoumas Holopainen, se ha caracterizado, sobre todo en sus inicios, por una genial combinación de voces en coro, instrumentos sinfónicos junto al sonido fuerte y pesado del Heavy Metal.

[71] La cantante Tarja Turunen, amada no solo por su gran belleza, sino por la exquisitez de su preciosa voz. Descrita como una «soprano lírica» de tesitura cuasi operística, aunque ella misma ha llegado a decir que para poder interpretar una ópera completa requeriría de un entrenamiento especial. En el año 2005 fue despedida de la agrupación en medio de un conflicto bastante escandaloso, y desde el año 2007, ha trabajado como solista. Actualmente tiene 45 años (2022) y es una persona muy querida y respetada a nivel mundial, sobre todo en Latinoamérica. Muchos tenemos aún la esperanza de que algún día Tarja vuelva a cantar con Nightwish, cosa que no parece posible debido a las diferencias que tuvo con Thoumas Holopainen, el líder de la agrupación. En la presente efigie descríbola yo como un «ángel», en virtud de su belleza y de su voz. A mi opinión, Tarja Turunen es una de las pocas mujeres del mundo que es «mucha carne», pero también es «mucho espíritu», pues su belleza carnal la ha convertido en belleza espiritual; en pocas palabras: ella posee «la Marca de la Bestia». Ver capítulo: «De la Bestia y su imagen».

ángel canta! He aquí, amigos míos, aquello de lo cual hablé antaño: he aquí el instante formidable, eterno y trascendente que nos sumerge en la más absoluta divinidad… ¡He aquí *la Vida*! Cantan y tocan los elfos escandinavos mientras ríen y lloran los duendes y demás espíritus de nuestra diosa *natura*. El bosque vibra, aquí no importa nada más que el inefable anhelo de poseer a la belleza, tan grande, inescrutable y colosal que no puede expresarse de otro modo más que a través de un acto divino, poético y artístico. ¡Ved como bailan los elfos y duendes con loco frenesí! Una suave nube acaricia la luna plateada en este momento a través del cielo nocturno, igual a la platina mirada del aquel divino querubín. Lo mucho ha vuéltose lo Uno: un alma, un espíritu, una mente, un corazón y un solo cuerpo. Quienes cantan son a la vez quienes escuchan. Quienes escuchan son a la vez quienes cantan. No podemos distinguir quién es quién: aquí la esencia de la belleza es única e indivisible.

El ángel de ojos plateados ha soltado un legendario bramido que estremece al Orbe Universo mientras un elfo pianista hace a las teclas entonar un poema[72]. Elfo y ángel se miran sin dejar de tocar ni de cantar, sonrientes y con lágrimas en los ojos, por completo endiosados y maravillados.

Otro elfo toca el tambor, quizás no elfo, quizás un dios, pues ¡quién sino un dios sería capaz de hacer vibrar los timbales de una manera tan perfecta y exquisita![73]

Otro elfo toca la guitarra, un elfo de cabello rubio y baja estatura, un espíritu de los bosques nacido y creado para sacudir las fibras, una celestial creatura de la naturaleza que hace llorar, gritar, reír, gemir y cantar a las cuerdas… ¡un elfo guitarrista![74]

Otro elfo toca el bajo, no tan elfo sino más bien brutal vikingo de abundante melena y barba trenzada. ¡Y resulta que el vikingo también canta, fundiendo su voz con la del ángel de ojos plateados y celeste figura![75]

---

[72]El teclista, pianista y compositor Thoumas Holopainen, líder de la agrupación.

[73]Jukka Nevalainen, ex baterista de la agrupación.

[74]El guitarrista Emppu Vuorinen, quien, junto a Thoumas y Tarja, fue uno de los fundadores de Nightwish.

[75] El bajista y voz masculina de la agrupación Marko Hietala, quien tuvo que dejar al grupo el pasado año 2021 por cuestiones personales. Este hombre se ha ganado el respeto y cariño de todos los seguidores no solo por su potente voz y apariencia de guerrero escandinavo, sino porque también es recordado por hacer espectaculares duetos con las vocalistas, en especial con Tarja Turunen.

¡Oh! ¿Podría ser más perfecto el mundo ahora? ¡Ajá! ¿Qué creéis amigos? ¡Sí podría! Algo parece venir a través del negro firmamento rociado de ángeles: un rumor que precede a vientos del sur, y del norte y del este y del oeste. ¡Qué bueno es vivir! ¡Qué maravilla estar con vida! A los cinco elfos originales se les unen ahora otras criaturas no menos hermosas. Dos, para ser precisos: una bruja vestida de negro, sibila de las profundidades quien por medio de sellos y conjuros ha venido para deleitarnos con afinadas pócimas y armoniosos hechizos[76]; y he ahí que vemos… ¡una valquiria! ¡Una hermosa y escultural princesa del *Walhala* montando su alado corcel! Una gran valquiria, alta, fornida, de penetrante mirada, portentosa armadura y poderoso yelmo… ¿Un yelmo mágico, tal vez? ¡Un yelmo mágico! ¡Con el cual ha de crear cosas mágicas[77]. Ahora las tres criaturas mitológicas: el ángel, la bruja y la valquiria funden sus voces en una sola, y… ¡ay, amigos míos, compañeros míos, hermanos míos, amantes míos! ¡Ay que se me fue la respiración! ¡Ay que me desmayo! ¡Ay que mi Eros! ¡Ay, del éxtasis en grado sumo! ¡La existencia toda es fiel testigo de lo jamás visto ni sentido! ¡Todo tiembla! Susurra la bruja un conjuro: *el Conjuro*. Canta la valquiria: *coros del Asgard*. Grita el ángel: *la Revelación*. Tres voces unidas en lo que alguna vez alguien llamó la inmutable esencia de la belleza. ¡Y los elfos, y el vikingo y el joven y los que ven y los que vemos vamos a explotar de emoción! ¡Esto es vida! ¡Quien quiera que sea el dueño de este pensamiento sin duda es alguien que sabe, alguien que siente, un alma grande que piensa en grande para sentir en grande! ¿Volverase una realidad esta imagen tan noble, tan dulce, tan bella, tan humana? ¡Sigue cantando valquiria! ¡Tú, bruja! ¡Tú, ángel! ¡Es lo único que importa! Este momento eternizado a través del incesante devenir que nunca ha empezado ni se detendrá. ¡Cantadme entonces por toda la eternidad, vosotros, elfos inmortales de los sempiternos bosques!

[76]La cantante Anette Olzon, de nacionalidad sueca, quien fue la vocalista principal luego de que Tarja dejara el grupo, hasta el año 2012. Apreciada por haber dado voz a uno de los trabajos más desoladores de Holopainen: «Dark Passion Play».

[77]La cantante Floor Jansen, actual vocalista de la agrupación, admirada por gozar de una voz que puede ir desde tonalidades de soprano a voces guturales muy características del Heavy Metal. Es una mujer alta y corpulenta, de nacionalidad holandesa.

¡Al diablo con los terapeutas!

14 La mente son fragmentos: pedazos de cuerpo y alma luchando en caótico mundo donde se debilitan y fortalecen con mutuo empeño. Pedazos y fragmentos hemos visto, como diminutos cristales caídos de una vidriera rota. Polvo cristalino tan solo hemos mirado, como pequeñas motas de arena sobre millones y millones que totalizan la entera playa. Una débil sombra. Una aparente superficie. ¿Qué hay más allá? Os dije que no podríamos entenderlo, pero al menos, trataremos de comprender su naturaleza.

«Demonios», así podemos nombrar a los fantasmas que susurran a través de los infinitos parajes mentales, mismos que son desconocidos incluso para el que piensa. Es la imagen, la idea, el símbolo, la efigie, el sigilo, una representación de lo que *siente* el espíritu. Mas ¿a qué refiérome yo con «sentir», amigos míos? ¿No es en el corazón donde residen los sentimientos? Bueno, el corazón percibe «emociones», no «sentimientos». La sensación de que los sentimientos surgen del corazón es una *quimera*. «Sentir» produce emociones, en efecto, al igual que los pensamientos e ideas, pero no toda emoción nace de los sentimientos ni de los pensamientos. Hay emociones puras causadas por turbaciones del cuerpo y del exterior que nada tienen que ver con el sentido del espíritu, sino que más bien se deben a los sentidos corporales. Más que una emoción, el sentimiento es un «saber», pues a través del espíritu emerge la sabiduría que al transformarse en una imagen mental vuélvese conocimiento. Pero una vez más: no todo conocimiento es sabiduría, si ha provenido del exterior y no del espíritu. La auténtica verdad vive en el interior de nuestra alma.

¿Y qué es «la verdad»? Es aquello que muestra la pureza y transparencia del alma sin dejarse aplastar por el peso del cuerpo, ni del corazón, ni de la mente, ni del espíritu. La verdad nos muestra al *Ser* como es en realidad: qué siente, qué piensa y qué quiere por sí mismo y para sí mismo en el fondo de su existencia. Para que surja la verdad requiérese de un alma fuerte capaz de impugnar todo el peso de la «basura» en los cuatro orbes superiores. Requiérese de un alma lo suficientemente grande, portentosa, gallarda: un alma grabada con «letras doradas».

¿Y quién ha grabado esas letras? El alma por sí misma y en sí misma. Sin embargo, aún no hemos llegado al orbe esencial, amigos míos, pues para entenderlo primero hemos de conocer a los «veintiún espíritus».

Un buen tiempo o un mal tiempo son las emociones, según el corazón sea fuerte o débil. Estuvimos en la tormenta siendo testigos del llanto, la furia y la tristeza en la coraza del Ser, y de cómo sus lágrimas mezclábanse con hilos de atardecer arrojando centellas de crepúsculo. La noche resultónos fresca y agradable, a pesar de las extrañas y nocturnas emociones que embargaron de pronto a la cresta empinada. Pero allí todo era claro y conciso, allí podíamos ver y percibir con sutil diafanía; en cambio, aquí, en este valle de sombras: todo es confuso. Tantas imágenes e ideas pueden ser pensadas por la mente humana, que sería una empresa absurda e imposible tratar de comprender y explicarlas en su totalidad. Sin importar cuán maravillosa sea nuestra musa, y vosotros sabéis que lo es, ni toda su deslumbrante belleza sería capaz de iluminar por completo estas tinieblas. ¡Oh, siéntome yo en este momento cansado, triste y desesperanzado! ¡Ha emergido desde mi espíritu una agria pesadez contagiándome el corazón de un tóxico y ácido humor, y dejando a mi cuerpo presa de la fatiga! ¡Creía yo ser capaz, amigos míos, sentíame yo muy predispuesto a no dejar ningún hoyo en ningún rincón por donde ese diablo llamado obscuridad pudiera escabullirse! Percibía yo la posesión de una lucidez lo bastante grande como para darme el lujo de desentrañar el más absoluto de los misterios: la mente. ¡Qué ingenuo, qué soberbio, qué avaro he sido! ¡Sentaos aquí junto a mí, sobre esta piedra de la deshonra, de mi propia deshonra, y mirad el suelo igual que yo! ¡Vergüenza la mía! ¿Acaso es estrictamente necesario para conocer la mente, descender al espíritu? ¡Y no me hagáis caso del vituperio alrededor nuestro! ¿Podría el espíritu desolado explicar una mente que no comprende? Allá afuera, en el mundo, llámanles a esos individuos *terapeutas*: médicos de la mente y del alma. Buitres y súcubos les llamo yo: diablos que se alimentan de la porquería del Ser, de lo que no sirve, para obtener lucro a costa de ello.

La mente es lienzo cósmico del universo interno, basta por sí misma y bástase a sí misma. ¡Oídlo, terapeutas! Una mente pura y auténtica, pensadora con propiedad, ¿existe algo igual? ¡Oh no! Cosa harto difícil es encontrar una mente pródiga en abismales pensamientos. Todo lo aquí visto, tocado, olido y degustado por nosotros es carroña del mundo exterior, ¡y a los terapeutas les encanta nutrirse con esa carroña! ¿Es acaso

la mente un estercolero universal? ¡Oídlo, terapeutas! ¿Sois vosotros acaso unos perros que se alimentan de heces?

Para que el alma y el espíritu auténticos puedan surgir, es necesario expulsar toda la basura que les impide alzarse, pero vosotros, médicos del alma, de la mente y del espíritu limpiáis esa basura para después colocar ahí la vuestra, ¡vuestra propia basura mental! ¿Ha existido un terapeuta de verdad en toda la Historia, un fiel y auténtico sanador de la mente?[78] ¡Yo creo que no! Ni el más grande y transparente de los hombres ha podido serlo. ¿Y sabéis por qué? Porque es algo en alto grado espinoso sanar la mente de alguien más si no se lo ha hecho antes con la propia, ¡y aún una mente sana tendríala muy difícil al tratar de curar una mente «enferma»!

Tenemos tantas cosas preciosas que decir a nuestros semejantes, pero sus oídos están enfermos, y no pueden escucharnos. Tenemos tantas cosas valiosas que decir a ellos, pero nuestra voz está enferma, ¡y no podemos decirlas!

La superficie que precede al núcleo del Ser: cuerpo, corazón, mente y espíritu es un tóxico sumidero. Aquel que enarbola el sigilo del mal es un individuo enfermo, igual a quien hace lo mismo, pero con la efigie del bien. Nadie tiene la culpa de ser *el que es*. En el fondo no somos ni buenos ni malvados: somos lo que somos.

¿Habéis escuchado alguna vez el verdadero llamado de vuestra alma, terapeutas? ¿O quizás no fue el vientre de vuestro ser el que os habló, sino el manifiesto de la porquería en vuestro espíritu, inmundicia que reflejó cual espejo los desagradables efluvios que penetraron como parásitos al cuerpo, y luego al corazón, y después al cerebro y por último a la conciencia? ¡Oh, no, terapeutas! ¿Cómo me pretendéis ser médicos del alma si vosotros mismos no conocéis la verdadera naturaleza de lo que sois en el fondo de vuestro abismo? A un montón de títeres me parecéis: muñecos operados por aquel titiritero llamado ciencia. Decidme, ¿creéis vosotros que con aprenderos de memoria toda una enciclopedia mental ya os encontráis preparados para «curar» la mente? Tal vez hay quienes, a causa de un «desorden biológico» en el orbe físico, requieran de vuestros científicos procedimientos, pues esos pobres desgraciados, víctimas del azar, ya no pueden «pensar por sí mismos»; ¿o tal vez sí? ¡He aquí otra

[78] No es de ningún modo intención mía deshonrar la memoria de personajes tan ilustres como lo fueron Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, quienes viéronse en la noble tarea de estudiar los misterios de la mente humana. Recomiendo mucho leer la novela: «El día que Nietzsche lloró», del escritor judeo estadounidense Irvim D. Yalom.

sentencia! Quizás ese «enfermo mental», como vosotros gustáis de nombrarlo con tanta solemnidad, es un ser auténtico, ¡un ser propio! Pero vosotros, terapeutas, os dáis cuenta de que ese individuo no posee un «comportamiento normal», pues a vuestro entendimiento, lo normal es aquello que «está bien». ¡Ah! ¿Creéis que este mundo ha sido construido por seres normales? ¡Claro que no, os digo yo sentado sobre esta piedra y en medio del tenebroso valle! Eso que vosotros llamáis «normal» es lo que ha vuelto al ser mediocre y miserable. Por culpa de la normalidad, de la modernidad, de la urbanidad, amigos míos, ¡hemos perdido el esplendor y la gloria! ¿Algún día la recuperaremos?

Cosa profunda es el Ser. Cosa profunda os he dicho. No-querer, dije, no-pensar, no-saber, ¡sino *sentir*! Pues sentir es saber, pensar y querer. ¿Alguna vez os disteis cuenta de que ya no pensáis, sino que algo más profundo, más allá del pensamiento, os impulsa? Dije que la mente es un basurero, y cuando no se piensa en exceso ya, sino que se actúa por intuición e instinto, atributos del espíritu, significa que nuestra mente hállase limpia y no requiere trabajar de más para realizar actos de voluntad. Obtenemos algo así como «un instinto superior», y para alcanzar este grado de elevación debemos engrandecernos desde el espiritual orbe, que a su vez engrandecerá todo lo demás.

La inteligencia pertenece al orbe intelectual, a la esfera mental, pero de la sabiduría es dueño el espíritu… ¡y saber, es sentir! ¡Nunca lo olvidéis, amigos míos! Mas vosotros podéis pensar como gustéis. Aquel que diga poseer *la Verdad* en sus manos… ¡que se detenga, para arrojarle la primera piedra!

El rebaño conjurado.

15 Ahora descendemos al orbe espiritual, y antes de permitir el desierto nos devore, somos objeto de extrañas y poderosas imágenes.

Eso que allí observamos a mitad del prado, amigos míos: es un rebaño de ovejas. Míranse tranquilas y mansas, ahí, tragando hierba y pasto. No dan la impresión de constituir un peligro para nada ni para nadie…

¿Pero en verdad son esas ovejas acaso virtuosas en castidad y afabilidad? Si queremos saberlo, hermanos míos, démonos cuenta de la expresión en sus ovejunas facciones: parecen aburridas y hastiadas de sí mismas, pues los ojos casi les saltan de sus cuencas. En efecto: que son las ovejas animales a los cuales les gusta mirar y nada más que mirar, para asimilar lo mirado, para «creer» lo que así creen haber mirado; y oír, pues también son animales con orejas largas, pero una oreja grande no es garantía de buen oído. ¡Guardaos de los ojones y de los orejones, de aquellos que viven solo para ver y oír, y luego berrear lo que han visto y oído!

¡Algo pasa de pronto! Vemos allí frente al rebaño: un cachorro de lobo. No me preguntéis amigos míos de dónde diantres salió, porque no lo sé. Yo sólo sé que el tierno hijo de la luna llena se encuentra espeluznado y trémulo, y que las ovejas han volteado a mirarle. Luego, compañeros míos, algo espantoso sobreviene: las ovejas se transfiguran, acaso convirtiéndose en peligrosas fieras, vuéltose roja su mirada y largos sus colmillos, y ahora caminan sobre dos patas cual ovinos monstruosos y humanoides. ¡Qué espanto, mis hermanos! El cachorro de lobo se siente aterrorizado. «¡Huye amigo! ¡Vete muy lejos de las ovejas carnívoras que están sedientas de sangre y desesperadas por darse un festín con tierno cánido! Debéis regresar a la cueva para que allí tu madre loba te alimente y puedas crecer como fuerte canino para hacer frente a los bestiales corderos». Sí, el cachorro debe huir de esos engendros del infierno.

16 ¡Oh, mirad! Presidiendo el diabólico rebaño está el energúmeno *Sacerdote*. ¡Fue él quien lanzó el conjuro que transformó a las ovejas en terribles monstruos! Demasiada perfidia veo yo en su mirada, orgullo y

vanidad en su largo y trenzado cabello, miedo y dominación en su obscuro hábito. El sacerdote diabólico que goza en beber sangre del profano cáliz y alimentarse con tierna carne de cordero, mientras profiere hechizos y oraciones que les nubla todo juicio a las dóciles ovejas. ¡He ahí amigos míos *el Gran Sacerdote*, vampiro y caníbal, que se sienta en dorado trono mientras las ovejas destrozan y ultrajan el mundo! ¡Pobres ovejas! ¡Se hallan dementes y no saben lo que hacen! Oh, si tan solo hubiera alguien más que arrojáreles «un nuevo conjuro» para sacarles de su infernal trance… ¡Tal vez volviéranse hacia el Gran Sacerdote para devorarle a él! Mas, ¿quién podría hacerlo?

17 ¿Qué pasa ahora, mis hermanos? El lobo ha huido y tras de él, ha aparecido un «joven pastor», de amplio bastón y noble vestido. Este báculo sagrado destella luces, obra prodigios, ¡y el pastor parece volverse divino! Rodéale un aura de corte celestial que no parece venir de este mundo, mientras aquel dirige el bastón hacia las enloquecidas ovejas, que han venídosele encima con no muy buenas intenciones, y… ¡milagro inesperado! Las ovejas han dejado de ser monstruos sedientos de sangre volviéndose de nuevo tranquilas y mansas. Sin embargo, aún son criaturas de largas orejas y ojos saltones. Ahora las ovejas siguen al joven pastor, pero… ¿hacia dónde os dirigís pastor con vuestro rebaño? No deberíais confiar demasiado en vuestras ovejas, ¡no sea que el sacerdote otra vez les convierta en carnívoras fieras! Mas el sacerdote ha vuéltose también oveja, o peor aún, ha vuéltose pastor, ¡un falso pastor!

Así es, amigos míos, el sacerdote sigue comiendo carne humana y bebiendo sangre humana, ¡y resulta que dicha carne y sangre pertenecían al pastor que sacó a las ovejas de aquella locura, siendo lo más despreciable de todo que fue ese joven pastor quien ofreció a voluntad su propio cuerpo y su propia sangre cual mortuorio cordero en sacrificio, y además, prometiendo «volver» algún día! ¡Criaturas dementes! ¡Inmundo ritual![79] Tal parece que el diabólico hechizo no ha desaparecido por completo de sus cabezas. ¿Y ahora qué? El nuevo pastor-sacerdote marcha junto al nuevo rebaño hacia una nueva «tierra prometida», tierra que parece nunca venir y nunca llegar. Y las ovejas volviéronse en extremo castas y piadosas, pero sus colmillos y garras no han desaparecido… ¡No

[79]El ritual de la Eucaristía, la fantasmal y ridícula ofrenda de carne convertida en pan y sangre convertida en vino. También llamado «el sacrificio constante».

se los han arrancado, claramente! Ellas los mantienen bien escondidos para usarlos cuando más lo requiera la ocasión. Y el pastor-sacerdote cuida de las ovejas, y éstas a su vez se cuidan entre ellas, pero al protegerse unas a otras se clavan las garras y los dientes, pues la discordia ha surgido en el rebaño. Unas ovejas dicen esto, otras ovejas dicen aquello, y entonces el sacerdote vese en la obligación de volverse otra vez brutal y déspota para poder seguir dirigiéndoles. Para ello válese del monstruoso verdugo que no vacila en ondear la hoz cortando cabezas. ¡Salpica carne y sangre en el rebaño! Muchas ovejas han muerto, eso vemos. Unas se encuentran aterrorizadas, otras maravilladas, otras huyen. El pastor-sacerdote ha vuelto a ser el Gran Sacerdote diabólico, pero muy pronto surgen «pequeños rebaños» del gran rebaño, y las ovejas están confundidas y no saben a dónde ir, pues el sacerdote ha vuéltose viejo y decrépito y no impone su doctrina como antes, de modo que las ovejas ya no pueden confiar en él. Las ovejas añoran al joven pastor, quieren que éste vuelva para que les muestre de nuevo el camino; pero el pastor está muerto, amigos míos: sacrificóse cual póstumo cordero, ofreciendo su carne y su sangre para con esa misma carne y sangre escribir en la carne y sangre de otros como un doloroso y grávido estigma. ¿Cómo podría volver el pastor? Y aún si lo hiciera, ¡desearía morir otra vez, aterrorizado y decepcionado al ver lo que estas ovejas han hecho valiéndose de sus enseñanzas! Lo muerto, muerto está. ¡Oh queridas ovejas que me aguardáis a un fantasma! El rebaño ha dispersádose y cada oveja camina ahora por sí misma: ovejas blancas, ovejas negras, ovejas rojas, ¡no importa el color, pues siguen siendo peligrosas! ¿Quién podrá borrar de sus mentes aquel empecinado conjuro?

El Libro Secreto del Cosmos.

18 En medio del rebaño vemos aparecer a un hombre que tiene un libro en la mano. Números y signos contiene el libro, y con esos números y signos el hombre pretende descifrar los secretos que se esconden debajo de la tierra y más allá de esta.

Las ovejas voltean a verle, pues créenle un mago. Este mago utiliza varas para medir la tierra entera y ha inventádose nuevos ojos para ver hasta las estrellas más lejanas –¿Qué pastor o sacerdote hace eso? –dicen las ovejas, embriagadas por estos impensables prodigios. –¿De verdad este mago no es acaso un dios, pues también puede «hacer la luz»?

El mago es también un curandero: un viejo brujo que prepara toda clase de pócimas hasta el momento secretas, con las cuales sana el cuerpo, el corazón, la mente y el espíritu. ¡Mirad al Gran Mago que ha pisoteado el cuello del moribundo sacerdote! Más allá de la piel es capaz ese mago de ver, y así enterarse, con mirada omnisciente, de todo lo que ocurre en el interior de nuestro cuerpo: el mago sabe qué hay en nuestra cabeza y en nuestro pecho; conoce nuestra sangre; sabe por qué vivimos y por qué morimos, e incluso puede evitar que muramos; puede curar a ciegos, sordos y malformados… ¡qué no podría lograr este gran mago! ¡Y a cada tanto vuélvese más sabio y prodigioso! Tiene poder sobre la tierra, sobre el agua, sobre el viento y el fuego, y con el tiempo podría incluso tener poder sobre la vida; con el tiempo, ¿será capaz de crear vida, de vencer a la muerte y destruir la vejez? Extraños conjuros profiere: signos ininteligibles para un sacerdote, para un pastor y mucho menos para una oveja, pues para comprender estos signos preciso es convertirse también en un mago. Es tan soberbio el mago que no parece tener límites; cree saber y poderlo todo: tiene la capacidad de volar más allá de las nubes, más allá de los cielos y más allá de todos los tiempos; un perfecto telépata es también, pues ha descubierto el secreto que le permite comunicarse con otros a distancia; sin importar amigos míos cuán alejado se encuentre, aún si estuviera lejos del mundo: el mago sabe lo que sucede en todos y cada uno de los rincones. Ahora el mago es creador de otros mundos y otras realidades por medio de estatuas y pinturas parlanchinas. ¡Oh, este mago divino!

Y sin duda, compañeros míos todos que me oís bien, sin duda la más grandiosa y colosal de todas las creaciones mágicas es el Libro Secreto del Cosmos[80]. El Gran Libro sobre todos los libros de cuántos han existido. El Gran Libro que ha pasado por encima de todos los libros. El libro que a su vez contiene todos los libros que han existido, existen y no existen, sagrados y profanos; un libro que absorbe el cuerpo, el corazón, la mente, el espíritu y el alma; un libro que sirve para comprar y vender al mundo; un libro que lo acerca todo y a su vez todo lo aleja; un libro que puede abrir las puertas del cielo y también las del infierno; un libro que ha vuelto pequeño el mundo hasta el tamaño de un bolsillo; un libro que ha vuelto a las ovejas otra vez en monstruos carnívoros; un libro que hace a las ovejas dejar de ser ovejas; un libro cósmico donde yace el conjuro primordial para crear y destruir; un libro donde el espíritu desolado puede encontrar a su par en las estrellas; un libro que a lo grande vuélvelo pequeño y a lo pequeño vuélvelo grande; un libro para susurrarle a las rosas y ser herido por sus espinas sin ni siquiera tocarlas; un libro para odiar el mundo y para amarlo en igual grado; un libro donde el *Ser* nos muestra lo que no es pretendiendo ser *el que es*; un libro que es la Gran Ramera y también la Gran Doncella; un libro que contiene todas las efigies y sigilos creados y por crear; un libro que es a su vez el Sigilo y la Efigie; un libro que es también la Marca y el «número infinito»; un libro que trajo consigo los siete sellos y los siete cálices; un libro donde está escrito el nombre y el destino de todos; un libro que a unos les salva y a otros les condena; un libro cuya envoltura viene adornada con doce perlas celestiales, pero forjado en el lago que arde con fuego y azufre; un libro que es el Omega y también el Alfa; un libro: el Libro, que será el último libro cuando desaparezcan todos los libros…

Pero con el Libro de Todo ha llegado también el fin de la magia y del mito. Hasta las estrellas y mundos más inexplorados e inaccesibles han vuéltose pequeños e insignificantes, pues ahora todo el mundo sabe lo que existe más allá del firmamento, y lo que hay debajo de la tierra y debajo del mar. ¡No hay más secretos! ¡Fuera todo enigma! Ahora todos pueden conocer, saber y crear con este libro, con este angelical y diabólico libro que a unos les vuelve pobres y a otros les vuelve ricos. ¡Un libro que puede nacer y matar!

El rebaño ha enloquecido, y a dónde quiera que van llevan el Gran Libro consigo, ya que perder ese libro sería como perder la vida. Gracias a

[80]Internet.

sus conjuros se han vuelto las ovejas exageradamente dispares entre sí y multiplicado en sumo grado, ¡y ahora todas las ovejas saben leer y escribir, y también tienen lentes correctivos, pues de tanto leer aquel libro han vuéltose miopes! Las ovejas escriben su vida en este libro para que otras ovejas la vean y le den el visto bueno: –¡Oh, mirad! ¿No es hermoso mi pequeño borrego? –pregunta una oveja que acaba de dar a luz –¡Mirad la nueva lana que me ha crecido! ¡Es suave, sedosa y es mía! ¿Os gusta, mis «amigas ovejas»? ¡Oh, y también mirad lo bonita que me he puesto yo! ¡Qué bonita soy! ¿Verdad? Doy gracias al señor que es mi pastor, pues él es mi guía, mi vida entera y con él todo y sin él nada –jáctanse las ovejas, convertidas en un solo rebaño a través de un rebaño disperso y múltiple. Y las ovejas pequeñas idolatran a las ovejas grandes entregándoles sus espíritus, y las ovejas grandes, alimentándose de esos «espíritus y almas pequeñas», se vuelven ellas también pequeñas e insignificantes. ¡Y los grandes espíritus del pasado pueden ahora llegar a manos indignas! Y hasta lo más grande, lo más colosal, lo más pródigo ha sido rebajado a lo indecoroso, lo cotidiano, lo normal. Oh sí, sin duda este libro es la Gran Ramera que todo lo ha prostituido y ultrajado. Pero ¡aguardad, amigos míos! No me creáis un miserable decadente. ¿Un decadente no habría bajado desde la montaña hasta el valle, cierto? Aquello no significa La Gran Decadencia ni el final de Todo, sino la llave de una *Tierra Nueva*.

19 Sí, que vemos a las ovejas por completo postradas en el demoníaco libro; pero tal como un auténtico demonio hallándose entre el bien y el mal, también resulta de gran utilidad para algunas ovejas, quienes pueden lograr cosas tan extraordinarias que antaño, cuando no existía el Libro de los libros, no habrían podido alcanzar: ovejas deseando ser algo más que ovejas. Oíd amigos: almas grandes saben dar uso a cosas grandes, pues la grandeza está en su naturaleza, pero lo grande ha de absorber a lo pequeño, y a causa de ello este Libro Secreto del Cosmos hará hundirse a los barcos pequeños y alzarse a los grandes por medio de majestuosas olas. Las almas grandes no se dejan arrastrar por el Abismo, sino que son creadoras de nuevas estrellas dando a luz aquella grandeza que había sido aplastada por los conjuros del sacerdote, el pastor y el terrible mago, ¡pavorosas criaturas que han desolado por completo el espíritu!

Oh amigos, ¡ahora el valle es un páramo estéril! Las ovejas se sienten perdidas y descarriadas –¿Y ahora qué? ¿Hacia dónde nos dirigimos? Nada parece tener sentido ahora teniéndolo todo en manos nuestras –dicen las ovejas, taciturnas y sin saber dónde poner sus saltonas miradas y largas orejas. Oíd amigos míos y abrid bien los oídos siéndome algo más que unas simples ovejas. Escuchad: una vez lo tuvisteis todo, pero Todo ha de preceder a Nada, y ahora que sois Nada debéis volver a ser Todo otra vez, ¡eso os digo! «¡Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí!», así me debéis hablar de ahora en adelante; pues, en efecto, que vosotros sois quienes dáis sentido a lo que queréis dar sentido, y ahora que todo ha perdido el sentido, ¡entonces debéis crear un sentido nuevo! ¡Pero vosotros y solo vosotros debéis ser engendradores de ese nuevo sentido en vuestras vidas! Escuchad bien: el sentido del pasado ya no sirve, pero de lo bello en el pasado habréis de inspiraros para crear un bello futuro más hermoso que aquel pasado glorioso, ¡y no importa si para ello tenéis que quemar cruces y profanar templos! ¡Pues esas cruces y esos templos «sagrados», bañados en oro y joyas, son un insulto al vientre de vuestro ser! ¡Son un insulto a la verdadera esencia de la belleza que nace del alma auténtica: el alma grande del Ser que es *el que es*! Resultará mejor para vosotros reducir esos templos y cruces a cenizas y de esas mismas cenizas levantar nuevos y perfectos símbolos: efigies y sigilos que hablen de la Vida e impulsen la Vida. Oíd: mejor es adorar a ídolos de carne que a ídolos de piedra y barro, o, peor aún, a ídolos invisibles. Amadme con toda vuestra pasión a las cosas bellas que hablen por sí mismas, y no a fantasmas que lo hacen por medio de sacerdotes moribundos.

Las ovejas descarriadas anhelan salir y explorar nuevos horizontes, pero he ahí que vemos… ¡al verdugo con su hoz! ¡El temible y gran paralizador, quien no desea que la *Tierra Vieja* y el *Cielo Viejo* se conviertan en un *Cielo Nuevo* y una *Tierra Nueva*! Pero una Tierra Nueva y un Cielo Nuevo es lo que necesitáis, ¡ovejas descarriadas! Y para alcanzar esa tierra y ese cielo debéis elevaros más allá de la triste ciudadela. La Nada: tal cosa somos todos ahora, amigos, aunque una vez mi consciencia felina me haya dicho que «la Nada» no puede ser. De esta nada que nos ahoga en las entrañas a todos por igual, sin distinción de raza, género, etnia, ideología, religión o creencia, y sin importar cuánta felicidad aparentemos en la superficie, pues ¿cómo un bienestar superficial puede ser verdadero bienestar? ¿Cómo podemos estar felices si hémonos dejado absorber por el entorno y olvidado de lo que somos en esencia? De esta nada

compañeros míos elevarémonos hacia nuevas montañas para alcanzarlo todo otra vez, ¡para crearlo Todo de nuevo! Pero... ¡ay, mis amigos!, un *Nuevo Mundo* surge de las cenizas, ¡solo que hay un tipo de ceniza donde ha sido vuelta carbón hasta la última raíz y semilla! ¿Y cómo habrán de crecer nuevos árboles si ya no hay raíces ni semillas que germinen? Hacia el gran pozo hemos lanzado las piedras, ¿quién habrá de sacarlas? ¿Quién tendrá ese valor? No somos nada, hémonos vuelto Nada, pero... ¡la Nada absoluta es un improbable!

¡Mirad las ovejas! ¡Mirad como huyen del rebaño, desesperanzadas, desmoralizadas, por el mundo dispersas sin sentido ni razón de ser! El rebaño sigue siendo rebaño, pero un rebaño fragmentado y consumido de hambre, ¡porque las ovejas, a causa de todas las obras del Gran Mago, acostumbráronse a consumirlo todo y olvidádose de cómo crear, pues ahora solo el Mago es Creador y Destructor! Tantas ovejas queriendo ser algo más, tantos potenciales creadores, ¡pero la carroña del viejo sacerdote y el falso pastor prometido y los conjuros del demoníaco hechicero han despedazado al Ser hasta despojarle de su fuerza primordial, borrando así de su corazón, de su mente y de su espíritu la chispa divina y procreadora de estrellas que de solo su vientre ha nacido, y de ningún otro lado! ¡Pues el alma es quien se crea a sí misma y existe por sí misma! ¡Es el alma quien mueve los hilos de su propio devenir! ¡Es el alma la salvación y la condena! ¡Es el alma el mayor de los tesoros cuyo cofre encuéntrase cerrado con llave esperando a que le abran para obsequiar todas sus delicias! Pero a ello se han interpuesto las falsas esperanzas de un sacerdote idólatra, un pastor mesiánico y un mago que al darnos todo nos ha dejado sin nada. Sí: esto es la Nada. ¿Y ahora? ¿«El tiempo se ha cumplido al fin»?

De la Tierra Nueva.

20 Las ovejas son fragmentos: pedazos de cordero observan nuestros ojos, quedando su carne y sangre reflejada bajo las centellas vespertinas. Pocos han de quedar ya, pocos de verdad, sobre las llamas flameantes en este Valle de la Providencia. Fragmentos y enigmas, amigos míos, del espíritu desolado, desolado por la belleza de un anhelo imposible. «Esto no es belleza», dicen los taciturnos supervivientes, enfermos de melancolía en un mundo cada vez más gris. La belleza ahora es más aparencial que la descubierta por aquel sabio[81]; el mundo de los sueños es más real que todos los mundos pensables, que toda realidad pensable. ¿Acaso respiramos? Pero no es aire lo que nos llena los pulmones, pues incluso el pecho ha vuéltose segmentos y esfinges.

¡Oh, fragmentos, hermanos míos! ¡Pedazos! ¡Trozos de carne, de corazón, de mente y de espíritu en el *Ser* que ha matádose a sí mismo! Y «aquel» mirándonos desde el «supramundo» es también un fantasma hecho trizas. Sí, esto no es belleza, pues la hemos perdido. ¡Debemos crear una belleza nueva y superior a nosotros y a todas las que han existido! Con nuestra piel y venas hemos de ser nuestros propios pastores, levantando ídolos de carne y escribiendo sus nombres con purpurea tinta. Exploraremos el pasado y sus fragmentos de aquellos que también alzaron sangrienta pluma y ofrecieron su propia piel, con este cósmico libro que nos ha obsequiado un hechicero demoníaco. ¿Oís el viento? ¿Y todo parece tranquilo? ¿Otra vez llega la noche y hace frío? Es el Silencio de la Muerte que nos instiga a nosotros mismos estrecharnos: «Recoged vuestros pedazos», escuchamos decirle: «Para cada quien hay un alma que sana a la bestia mortalmente herida». ¿Cuál es vuestro milagro? ¿Quién os curará a través del alma trascendente? ¡Voltead la mirada hacia el pasado y su terrible profundidad! ¡Escudriñadme pues el Gran Río del devenir! Quizás una vasija de oro fluye a vosotros desde el Nilo, de un espíritu eternizado quien os la arrojó desde la Pirámide. Con letras doradas ha escrito para vos esa alma, con letras platinas, broncíneas y diamantinas. ¡La esencia una vez más ha reveládose en ti, en mí, en vosotros y en todos nosotros! Pues somos el espíritu del pasado y el espíritu del futuro.

[81]El mundo aparente de las bellezas platónicas.

¡Reunamos nuestros pedazos! ¡Armemos el rompecabezas! ¿Es que acaso no lo sentís? ¿O el verdugo os obliga a ocultarlo? ¿No queréis beber jugo de uva y cereza? ¿Y comer del Gran Árbol de la Vida? ¿Y beber leche de la tierra preñada? ¿Y cazar liebres en el bosque? ¿Y allí copular con elfas? ¿Y mirar de nuevo hacia infinitos cerezos y enormes cipreses? ¿Y olvidarlo todo para crearlo todo otra vez? ¿Y no temer nunca más al humo y aroma de cloaca? ¿Y volver al seno de nuestra madre? ¿Y consagrarle nuevas melodías? ¿Y volver a pintar en las cuevas y descubrir nuevas pinturas escribiendo con nueva tinta?

¡Oh! ¿Podéis ver lo mismo que yo y deleitaros con endiosable efigie? El valle no da la impresión de ser valle, pues ha amanecido, y el Sol deja salir un bostezo más allá del Monte Sion, mientras se marcha la estrella de la mañana otra vez en su *antiguo templo*. Aquí hay árboles frutales dando de comer día y noche; aves, conejos, ovinos, bovinos y caprinos que nos dan carne día y noche también; y campos de trigo y cebada, maíz, tubérculos, legumbres y cereales, y el Ser les cultiva mientras bebe de los ríos entonando sonatas bajo las estrellas. La tierra no posee ya dueños, sino que de todos es dueña la tierra, y todos pueden recorrer la tierra festejando como hermanos en todas las islas, sin marcas, ni signos, ni nacionalidades. Los grandes tienen su propia pequeñez, los pequeños tienen su propia grandeza; y cuando los grandes quieren ser pequeños pueden serlo, y cuando los pequeños quieren ser grandes también. El que ama ya no se atormenta por lo amado; varón y mujer considéranse iguales ya, abandonando todo prejuicio mientras se aman gota a gota, ¡e incluso la belleza más lejana parece cercana y realizable! Yo veo creación: el *Ser* no mira las estrellas buscando algo superior, el *Ser* mira dentro de sí mismo buscando su propia elevación. También hay ciudades, pero *fortalezas de natura*, que no parecen monstruos sino más bien «dioses». El cielo es de cerúleo puro y el atardecer de un fresco crepúsculo. Tampoco hay memorias, ni de ayer, ni de aquel año, ni de aquel siglo; sino cada día un primer sol, una primera ventisca de primavera; una primera lluvia, un primer beso, una primera mirada, una primera melodía, ¡un primer canto! La carga más pesada ha vuéltose la pluma más ligera, y cada cual con su *alma gemela* dando luz a la belleza. ¡No más fragmentos! ¡Cada quién se siente entero y pleno! Y nadie padece hambre y desolación del espíritu, pero tampoco hay bienestar, sino bellos motivos para agotarse de día y dormir tranquilos de noche. Y el que quiere hace lo que quiere, pero el querer de uno es también el querer de otros, y ese mismo querer todos lo pueden saciar, por tanto no hay

envidia, ni egoísmo, ni celos, ¡y cuando uno sufre todos sufren, todos se abrazan y brindan consuelo! Y tampoco existe ya la pena ni la vergüenza ni oídos enfermos ni voces quebradas, pues cada cual puede oír, escribir y decir lo que piensa y lo que quiere. El último libro ha desaparecido, ¡por tanto somos ahora libres para escribir nuevos libros! Pues ya no hay recuerdos y no importa qué o quién haya dicho esto o aquello en el pasado... ¡ya que la sabiduría pertenécele solo al presente! Y tampoco hay reglas que digan «esto es mejor» o «esto es peor», sino que cada quien puede crear a su manera y ser valorado por ello. Y al crear todos se sienten llenos y prietos sus corazones, embelleciéndolo todo y embelleciéndose a sí mismos[82], ¡pues ahora todos parecen bellos, todos resplandecen cual una misma esencia de belleza! Y aun así la belleza jamás se agota, ¡sino que se dirige al infinito!

¡Oh, mis amigos! Esa es la *Tierra Nueva* que una mente profunda materializó en este Valle de la Providencia. Mas parece tan lejana, hermanos míos, tal cual como la luz de la primera estrella que todavía no llega a nosotros. «Utopía», llámanle. «Mi legendaria empresa», llámole yo, mas polvo seré cuando la luz aun no haya cruzado el primer escalón, sobre esta cuerda abismal que el *terrible conjuro* ha de cortar cuando retorne la tragedia; y mientras seguimos descendiendo con intención de redescubrir al espíritu, observamos nuevas cosas, cosas siniestras:

[82]Cosa que yo llamo: la Bestia Álmica. Ver capítulo: «De la Bestia y su imagen».

La más grande enfermedad.

21 Mientras caminamos a pies descalzos sobre el cada vez más gélido valle, y mientras miramos como el cielo se cubre con nubes grises, nos topamos, amigos míos, con una peculiar escena: tenemos aquí una veintena de cofres de madera, dispuestos en cuatro columnas de cinco. Están sellados con cerrojo, por lo que no podemos abrirlos para descubrir qué hay adentro. ¿Veis alguna llave por ahí, hermanos míos? Yo no veo ninguna. Ni hacia atrás, ni hacia adelante, ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda, ni hacia arriba, ni hacia abajo, ni debajo de la tierra, ni mucho menos fuera de ella…

¿Quién ha puesto los cofres aquí, y con qué intención? Tomemos uno, pues, y según como percibamos el peso, harémonos una idea de qué y cuántas cosas guardan estos cofres en su interior. Adelante amigos, tomad cada cual un cofre. Yo he tomado el mío: resúltame frío el tacto de la madera, y áspero; no experimento ningún tipo de gusto tocando algo así; cosa extraña, pues tener un cofre siempre resulta agradable y emocionante, ya que no sabemos las cosas que podremos descubrir dentro de él. ¿Y a vosotros qué os parece? ¿Verdad que los cofres dan la impresión de ser muy ligeros, incluso más ligeros que una pluma? ¡Ah, quizás sea ésta la única clase de ligereza que repugna a mi gusto! ¡Tal parece que no hay nada en el interior de los cofres! Comprobadlo por vosotros mismos: por más que movamos el cajón y lo zarandeemos una y otra y otra vez, allí adentro no óyese el tintineo de monedas, ni de joyas, ni de perlas, ni de nada parecido a nada. ¡Estos cofres están vacíos! Decidme amigos, ¿para qué sirve un cofre vacío y cerrado con llave? ¡Y nadie tiene la llave! Quizás estos receptáculos milenarios una vez llevaron consigo valiosas prendas, pero como no había nadie que tuviera la llave para abrir y descubrir sus tesoros, aconteció que todo el oro y las joyas y las perlas en su interior volviéronse polvo de tanto hallarse guardadas, y el polvo desvanecióse en la nada. Ahora son cofres vacíos y banales: objetos sin ningún tipo de valor. ¡Qué desperdicio!

22 Dejemos los cofres para que sigan llevando una existencia sin propósito. No podemos abrirlos para introducir cosas allí, y no podemos sacar nada de ahí porque en efecto, no hay nada; pero aguardadme… ¿qué es eso vemos acercarse hacia nuestra posición? Si mi vista no falla, parece una multitud, ¡y vienen justo hacia nosotros! Mas no temáis, amigos, ya os dije que nada puede hacernos daño en este valle, al menos que exista una mente tan poderosa como para darse cuenta de que hemos invadido sus pensamientos, ¡mas no existe esa mente! ¡Así que podéis quedaros tranquilos!

¿Quiénes son esos individuos? ¡Parecen espectros! Sí, andan como muertos vivos, de cabello blanco, mirada apenada y extinta, cuerpos huesudos, piel seca, pálida y desguarnecida. ¡De pronto invádeme una extraña sensación de taciturnidad! ¿Y qué traen esos pobres engendros entre los dedos? ¿Acaso ramos de flores? ¡No podíamos haber imaginado algo tan dispar! Aquellas flores tan bellas, radiantes y coloridas no combinan en lo más mínimo con esos bichos, hijos de la miseria.

Han detenídose justo en frente de nosotros. ¿Sentís miedo? ¿O lástima? –¿Qué deseáis de nosotros, muchedumbre decadente? ¿Y para qué esas flores? ¿Acaso pensáis dárnoslas a nosotros? ¡Ah, mirad que mis hermanos y yo no recibimos miseria de *la Miseria*! ¡Así que largos de aquí! ¡Sois vosotros los que necesitáis flores! ¿Y por qué extendéis vuestras manos hacia nosotros? ¿Queréis algo? ¡Ah! ¿El cofre? ¡Tomadlo, pues! ¡Quizás a vosotros os sirva de algo!

¡Cómo habéis oído, amigos míos! ¡Dadle a cada uno de estos seres vuestros cofres, y no me esperéis nada a cambio! Da igual, pues esos cajones a vosotros os sobran y no perderéis nada si los obsequiáis. Ahora veamos qué espera lograr esta multitud con unos cofres vacíos. Cada espectro ha tomado su cajón y dado la vuelta. Sigámosles pues, una gran curiosidad ha nacido en mi espíritu que desea averiguar el objetivo de estos engendros. ¡Descendamos hacia las últimas profundidades del valle! ¡Algo me dice que veremos cosas insólitas allí!

El ambiente ha empezado a oscurecerse más. Hacia el horizonte observamos un resplandor cual rojo sangre. Los árboles han muerto. Las colinas duermen. Un viento gélido hiélanos la piel desde aquellos glaciares de la eternidad mientras a través del pozo asómase un destello púrpura. Los no-vivos, moribundos, decadentes y vacíos caminan delante de nosotros igual al ejército de la Muerte. ¡Oh, pues la miseria es el primer

paso hacia el valle de la mortandad! ¡La miseria es quien dirige a la multitud!

Miremos. ¡Abrid bien los ojos, amigos míos, y no os perdáis de nada! Los espectros han detenídose frente a un gran árbol: un hermoso ejemplar que para nada está en proporción con el entorno. Trátase de un gran macizo que centellea dorados efluvios iluminando las sombras. Sus hojas son más verdes que los ojos de aquella mi reina, vivas y salpicadas de rocío, gruesas sus ramas y frescos y apetecibles sus frutos, cual rojas manzanas adornadas con polvo de diamantes. La muchedumbre le observa con ojos hambrientos y lascivos, y he ahí que nos enteramos nosotros para qué son las flores: uno por uno, los espectros dejan cada cual su ramo junto al enorme y macizo tronco, brindándolo como ofrenda, hasta que éste vese adornado con rosas, y violetas, y naranjas, púrpuras y carmesís y bellos escarlatas que le embellecen hasta rodearle con un aura de corte celestial. ¡Qué maravilla! ¡Después de todos estos espectros no resultaron tan miserables como daban impresión! ¡Bien dicen que no debe juzgarse un libro por su portada, y esta muchedumbre ha enternecídome con su noble acción! ¿Quién lo iba a decir, amigos míos? ¿Quién habría imaginado que un muerto vivo es capaz de sentir amor? Ya vimos suficiente. Sigamos con nuestro camino. Ellos de seguro lo harán…

¿Oh? ¿Qué pasa, amigos míos? ¿No podemos irnos aún? ¿Por qué? ¿No lo hemos visto todo, eso me decís? Un momento… ¡tenéis razón! ¿Qué hacen los espectros? Luego de ofrecer las flores han… ¡han abierto los cofres! ¿Cómo lo hicieron? ¡Estaban cerrados con llave! ¿Entonces eran ellos quienes poseían las llaves que abren la cerradura milenaria?

No estábamos equivocados: nada hay dentro de los cajones, están vacíos. Vemos una expresión de ansiedad en cada uno de los engendros mientras extienden los cofres hacia el árbol, como esperando a que éste deje caer sus frutos; pero no ocurre nada, amigos míos: el árbol permanece impasible, sin ni siquiera inmutarse por el viento. No mueve ni una hoja. Y los espectros comienzan a impacientarse: quieren recibir algo a cambio de la ofrenda, y no se irán de ahí hasta recibir el pago merecido. ¡Ah! ¿Así que para ello deseaban los cofres? Si lo hubiéramos sabido, amigos míos… pero ¿qué nos importa a nosotros? Igual esos cofres no nos servían para nada, mientras que a ellos sí. Sin embargo, el árbol sigue impertérrito, igual a la estremecedora belleza que se basta a sí misma y no devuelve nada. Esto parece haber enfurecido a los espectros quienes prorrumpen en gemidos de indignación y dirigen sus famélicos ojos al cielo, al tiempo que se arrodillan sobre la fría superficie y alzan los

cofres… ¿A qué se debe tal comportamiento? ¿Acaso esperan que, como el árbol no ha querido devolverles un presente por la ofrenda obsequiada, algo en las alturas sí lo haga? ¿Un ente invisible que recompensa al que da y castiga al que no devuelve? Veamos… ¡y parece que sí! Empezamos a oír truenos y las nubes alborótanse presagiando una próxima tormenta. ¡El viento ha comenzado a soplar desoladoramente y el Gran Árbol se tambalea de un lado a otro! ¡Las flores vuelan por los aires, perdiéndose en la obscuridad! ¡Desperdiciada ofrenda! Quiébranse las ramas, caen hojas y frutos del árbol mientras los espectros corren desesperados a recogerlos igual a un ejército de hambrientas fieras. Ahora el árbol es solo un cadáver de ramas secas donde anidan buitres y búhos, una macabra sombra de lo que alguna vez fue. ¡Oh, pobre árbol! ¡Tan bello que era! ¿Y vosotros, espectros, estáis contentos con vuestros cofres llenos de jugosos frutos? Espero os hagan buen provecho. Mas cuando esos frutos se os terminen, ¿de dónde obtendréis más? El árbol ha muerto, y no veo otro ejemplar por ahí que os puede calmar vuestro insaciable apetito y lascivia. ¡Ojalá y ese árbol nunca hubiérase topado en vuestro camino! ¡Y ojalá vosotros hubieráis permanecido como esos cofres, vacíos, pero cerrados con llave, donde nada entra ni sale!

Los Hijos de la Luz y los Hijos de las Tinieblas.

23 Vemos como los muertos vivos se han ido hacia la derecha, por lo que nosotros seguiremos nuestro camino hacia la izquierda. Un largo y pesado camino, una solitaria senda, donde el silencio nos abraza cada vez que le llamamos para implorar al espíritu descanso. Ya, a lo lejos, podemos ver la puerta que nos dará entrada al desierto, el aún más solitario desierto, donde no hay emociones, ni imágenes, nada más sentimientos, no tanto sensaciones, más bien saberes, pues ya os he dicho: sentir es saber, pensar y querer; pero aún faltan cosas por ver, amigos míos, ¡así que aguantad! Sé que la senda vuélvese cada vez más insufrible cuando estase muy cerca de la meta, que el alpinista siente no logrará llegar a la cima allí al momento de tomar y pisar la última piedra, derrumbándose ésta a causa del peso y cayendo el alpinista a las profundidades del pozo. Pero ese es el objetivo, hermanos míos: profundidad. La luz se encuentra en los abismos y no en los cielos, y para descubrir la verdad, preciso es mirar hacia abajo, hacia adentro, no hacia arriba, y nosotros miramos y vamos hacia abajo. Como os habréis dado cuenta, arriba, en la cima del Monte, la vista es hermosa, pero solo vese la superficie, y por tanto es una belleza aparente. Al momento de comenzar a bajar nos dimos cuenta de esta realidad: que por fuera, el Ser puede parecer muy bello, pero en los orbes inferiores hay sombras, penumbras y tinieblas, aunque también hay luz: bellas emociones, bellos pensamientos y bellos sentimientos. Nuestro reino está en los abismos, ya que únicamente hacia abajo somos capaces de mirar la verdad que reside en cada uno. Aquel «reino celestial» que una vez se nos prometió, tan solo es otra belleza aparente. A los cielos hemos visto, y allí resulta la luz hermosa de distinguir, pero no podemos «surcar» esos cielos y por lo tanto no hay verdad ahí, sino más *fragmentos y enigmas*.

Oíd, hermanos míos: «Yo no os prometo el reino de los cielos. Yo os muestro *el Reino de los Abismos*», ese abismo donde el *Ser* ha sido encarcelado por el terrible verdugo, usurpador de las profundidades. ¡Derrotad cada uno de vosotros a vuestro verdugo y recuperadme el reino de los abismos que os ha sido robado! Yo os he abierto la puerta: cada cual debe encontrar allí a su verdugo y derrotarlo.

Ahora nos detenemos. Con una nueva imagen nos encontramos en este sendero. Se me es difícil describirla, amigos, ¿podéis vosotros? Cosa profunda nos habla por medio de la «sigilosa efigie». ¡Prestad atención! ¿Qué se nos presenta y nos impide seguir con nuestra empresa? A una criatura vemos, frente a nosotros, materializada en el camino. «Melena escarlata» tiene, sí; con «mirada púrpura» nos observa, desde luego; con «alas blancas y negras» vuela y profundiza, y «aquel que es el más horrible y el más hermoso», así he llamádole, teniendo en la frente *el Triángulo* marcado. No hace nada, solo nos mira, ¡y qué profunda y al mismo tiempo superficial nos resulta tan fea y bella mirada! Yo conozco su nombre, pero aún no es la Hora, y por eso no lo nombraré.

¡Oh, detrás del enigmático ser ha aparecido otro! Mas a nosotros no nos es desconocida esa criatura. «Un anciano de mil días» llamáronle antiguamente, de blancos y puros vestidos, de cabello y barba pelícanos. La «Inefable Trinidad», dijéronle; pero yo sé quién es, ¡y vosotros también lo sabéis! Ese triángulo que el anciano lleva puesto sobre la cabeza a manera de hado, aureola o corona, ¡es un falso triangulo! De ese triángulo quimérico ha nacido uno más profundo, uno más real: el triángulo que habla del *Ser Abismal* y no del *Ser Celestial*. ¡Esa es la marca que queréis llevar grabada en vuestra mano derecha, o en vuestra frente, tal como esa criatura que vemos delante del anciano! Pues lo viejo ha de morir, ¡y al decrépito despojo hemos de matarle! «Él ha muerto», dijo alguien hace un tiempo[83], pero esa persona estaba equivocada, ¡pues él sigue vivo! Hace dos milenios engendró a un «hijo», y ese hijo fue quien dióle vida; por tal motivo *otro hijo*[84] ha de venir, no para seguir dándole vida, ¡sino para matarle! ¿Acaso ese «hijo parricida» es a quién vemos en medio del sendero? ¿Esa criatura serpentina, de purpúrea mirada y melena escarlata? ¡Oh, quizás! ¡Tiene una espada, y la ha sacado! Con doce perlas brilla la empuñadura, de hierro abismal forjada la hoja, queriendo dirigirla hacia el corazón del anciano, para matarlo. ¡Vamos, matadle!

Pero algo ha ocurrido. El anciano ha extendido la mano derecha, tocando con el dedo índice la marca grabada en la frente de aquella criatura. El ser hace una mueca que refleja un profundo e infinito sufrimiento: vemos como se lleva las manos al rostro, presa de la agonía, ¡oh, mi criatura!, y luego un resplandor rojizo comienza a apoderarse de toda su figura. El anciano parece dibujar una siniestra sonrisa mientras la

[83]Nietzsche.

[84]El Segundo Cristo, que para los seguidores del Primer Cristo constituirá la personificación del Anticristo.

criatura se revuelca en el suelo gimiendo y lloriqueando, convirtiéndose en un gran bulto que centellea lenguas de fuego, hasta que… ¡oh, eterno momento! El ser ha explotado y de él, han surgido un centenar de miles de millones de criaturas que se extiende a lo largo y ancho del valle. Unos son «ángeles de alas blancas», y otros son «diablos de alas negras», y de inmediato han comenzado a luchar entre sí. Los ángeles llevan un *Ángel* a la cabeza que les dirige, y los diablos también llevan a su *Diablo*. ¡La guerra es furiosa y despiadada! ¡Amigos míos, que los ángeles y diablos también sangran! Pero, ¿qué quieren los ángeles? ¿Qué quieren los diablos? El anciano de mil días ha retirádose y por ningún lado le vemos, mientras sus hijos se matan entre sí. Si me preguntáis cuándo terminará esa lucha, quizás os diga que jamás acabará, o tal vez, solo tal vez amigos míos, el «último ángel» y el «último diablo» vuelvan a ser «uno solo» para así empuñar de nuevo la reluciente espada y clavarla donde debían haberla clavado…

Ahora que el sendero está libre, sigamos. Dejemos a los ángeles y diablos en su eterna lucha. El Abismo es más profundo que la guerra entre la luz y las tinieblas.

Sangre de mi sangre

24 Hemos dejado la «guerra escatológica» mientras nuestros pasos a través de este valle interminable se oyen apagados y obscuros, sobre este suelo que no parece estuviera hecho de piedras o de barro, sino de carne y huesos, como así la piel desnuda siéntese fresca bajo nuestros pies junto a la tibia y pegajosa sangre.

El Valle de la Providencia nos resulta a cada paso mucho más tenebroso y los pensamientos más intensos en su abismal profundidad. Yacemos en el terreno de los anhelos y quereres más íntimos del Ser, cuando allá, al afirmar *del querer viene el poder*, y *si tenéis poder entonces debéis*, pues *vuestro deber es para con vuestro creer*. No es asunto fácil, ni me toméis a cosa de juego lo que «ello» quiere en el fondo de su abismo. El querer auténtico debe elevarse por encima de los quereres triviales: el fin de ese querer superior vendría a significar una vida consumada. Por ello os exhorto amigos míos a descender al reino de los abismos y allí descubrir vuestro Querer Superior, en cada uno de vosotros, pues vuestro sumo anhelo es único para cada cual y todos los demás quereres significan un reflejo de ese Querer Superior que es la esencia de lo que sois. Una vez descubráis la naturaleza del Querer Verdadero os parecerá demasiado lejano e irrealizable, y allí es cuando, amigos míos, cada querer inferior os ha de servir como escalón para llegar a ver cumplido el anhelo superior donde habréis consumado vuestra vida. Aquí juega un papel muy importante aquella mi máxima: «El tiempo no es mi enemigo, es mi aliado». Y cosa aún más extraordinaria es llegar a sentir que ese Querer Superior en cada uno responde a la esencia de un anhelo todavía más grande: el QUERER SUPREMO que une a la Humanidad toda, refiriéndome yo, amigos, y con deliciosa revelación a que, aunque nosotros humanos seres sintámonos cada vez más solos y dispares unos con otros yendo por caminos distintos, en el hoyo más recóndito de los abismos todos queremos lo mismo: ese QUERER SUPREMO y única esencia del Ser como un TODO y telaraña cósmica donde un alma es afín a aquella alma y esa alma es afín a la otra y así que por fin ninguno de nosotros marcha solitario hacia una montaña, sino que todos quieren ir a esa montaña. ¡Oh, amigos míos! De cierto os digo que si alguna vez, en un futuro todavía muy lejano, antes de los sueños, llegárase la Humanidad a sentirse identificada toda por un enorme y profundo anhelo en común…

¡Oh, hermanos míos! ¡Qué inefable instante de absoluta divinidad tendréis vosotros quienes estéis con vida el privilegio de experimentar! No solo la vida de cada uno llegaría a consumarse, sino la Existencia misma, por lo que todo el dolor sufrido a lo largo de miles de años habrá tenido su valor y el humano ser no temerá entonces a la muerte pues el espíritu habrá henchídose de una belleza suprema. El bien y el mal dejarán en aquel momento de tener sentido y aquella escatológica guerra entre ángeles y diablos que nosotros dejamos atrás perderase en el olvido…

El estrecho sendero a nuestras facciones ha ampliádose a través del camino y he ahí que vemos un lago de roja e intensa sangre bajo el cielo teñido de púrpura y bruñido con obscuras nubes de las cuales llueven «vampiros». Las criaturas aletean, pátinos sus rostros, pero tierna y fresca su desnuda piel, volando hasta orillas del sangriento lago donde beben tranquilos del sanguinolento manantial. No solo hay vampiros, sino que también observamos sátiros, a las hijas de Afrodita y a los ancestros de los hombres antiguos: todos bebiendo sangre que se desliza suavemente a través de sus barbillas, cada cual teniendo la vasija sangrienta y refrescándose en las entrañas por el «brebaje ancestral». Parecen fortificar y rejuvenecerse a cada trago: así véanse todos felices y satisfechos, luciendo los vampiros una aterradora seducción, igual los sátiros de lujuriosa diafanía, las ninfas hermosas y apetecibles, y los hombres fuertes, gallardos y poderosos. En efecto, dice la tradición que por ello beben sangre los vampiros: para mantener viva y eterna su juventud y mientras más pura sea la sangre más tiempo surtirá efecto en el cuerpo. La impureza de la sangre es señal de una pobre longevidad. No lo olvidéis.

Sabed que los vampiros beben junto a los vampiros, los sátiros junto a los sátiros, las ninfas junto a las ninfas y los hombres junto a los hombres, sin mezclarse ningún grupo con aquel otro grupo ni intercambiar vasijas unos con otros, en virtud del elixir de la Vida que una vez os dije yace el destino guiado por estrellas negras y pesadas o por estrellas ligeras y rojas. Lo bello debe amar lo bello para ser más bello. Lo feo ha de amar lo feo para purificarse de esa fealdad y elevarse hasta la belleza. Aquel de sangre obscura y viscosa debe mezclarla con sangre obscura y viscosa; aquel de sangre ligera y roja ha de hacer lo propio con sangre plumífera y carmesí; pero he ahí, amigos míos, que vemos como del lago han surgido lo que parecen ser unas «sirenas diabólicas», de largos cuernos y fieros colmillos, nadando en sangrienta agua mientras

entonan una siniestra melodía. ¡No me escuchéis la sonata de la perdición! ¡Tapaos bien los oídos! Ahora vampiros, sátiros, ninfas y hombres se encuentran adormecidos por obra del canto infernal, e hipnotizados todos, se dirigen al lago para nadar junto a las sirenas bañados en sangre y allí copular con ellas, cosa no tan extraña, sino fuera porque, de pronto, hermanos, todos enloquecen y empiezan a atacarse unos a otros: los vampiros se les echan encima a los sátiros, y éstos a los vampiros; las ninfas sobre los hombres y los hombres sobre las ninfas, y después todos contra todos destrozándose a uñas, dientes y garras queriendo cada cual quedarse con las sirenas. ¡Terrible carnicería! De pura sangre era el lago, amigos míos, de sangre roja y virgen, pero ahora ha sido contaminado con sangre de vampiro, de sátiro, de ninfa y de hombre. Ahora no distinguimos si la sangre es negra y pesada, o es ligera y negra, o trátase de sangre roja y pesada, o por el contrario es roja intensa, casi en flor, y ligera cual ave celestial.

De un diabólico púrpura es ahora el lago de sangre, contaminado con carne y huesos impuros, así que… ¡oh, hermanos míos! ¡Mirad, mirad! ¿Veis lo mismo que yo? Las sirenas se han ido, pero en su lugar han aparecido un enjambre de espantosas y vergonzosas criaturas híbridas, mezclas de hombre y sátiro, vampiro y ninfa, ninfa y hombre, hombre-vampiro, vampiro-sátiro y ninfa-sátiro a los cuales no podemos llamar feos o bellos pues encuéntranse más allá de la belleza y la fealdad. ¡Son monstruos! ¡Horrendas quimeras sin memoria de aquella pureza en las venas! Y por si esto fuera poco, esos monstruos se aparean entre sí engendrando nuevos tipos de monstruos en cuya sangre vienen ya grabados los signos de la lascivia y la promiscuidad. Una y otra vez esos monstruos copulan y copulan envenenando más y más la sangre hasta no ser más que unas criaturas deformes e innombrables. En la antigüedad nuestros nobles ancestros creían noblemente que la sangre es «la puerta hacia el alma»; por ello decidme, hermanos míos: ¿cómo podría el Ser reencontrarse a sí mismo si la puerta hacia la esencia de lo que es hállase impúdica y cubierta de porquería? Y daos cuenta de lo más deplorable en este sigilo: los hijos de los monstruos que quieren ser algo más que monstruos, son repudiados; o más bien, son esos monstruos repudiados, quienes por un azar del destino han llegado a escuchar el «semítico» llamado de una pureza ancestral, y quienes terminan así por repudiar a los monstruos que diéronles vida, siendo esto muy honorable; pero… ¿cómo un monstruo que quiere dejar de serlo, podría ser comprendido por otro monstruo que no quiere y se siente bien siendo monstruo?

Requiérase de la más grande profundidad y elevación del alma llegar a purificar la propia sangre, y para esto, el monstruo deforme debe padecer hambre en el espíritu, así quemando toda la «grasa» acumulada en la sangre durante siglos, y eliminando aquellos tóxicos y dañinos fluidos que habían envenado la puerta del Ser. Pero no existe cosa más peligrosa que un monstruo de alma pequeña y hambriento, incapaz de soportar a un famélico espíritu. ¿Recordáis las ovejas carnívoras? Mas si el monstruo es lo bastante fuerte habrá de superar tan difícil prueba, y tras realizar el corte transversal en la palma de su mano verá como la sangre fluye sin rarezas, y sentirá desde lo más profundo que, en efecto, el álmico elixir es suyo y de nadie más, puro y auténtico, sin entes extraños contaminándole, y no requerirá de ningún mago y adivino para saberlo. En su propio vientre sentirá como ya no existen basuras ni porquerías que impidan al Ser alzarse desde el Reino Abismal. El monstruo ha dejado por fin de ser monstruo; el Ser es un vampiro de verdad, un sátiro de verdad, una ninfa de verdad, un hombre de verdad, fuerte, sano, poderoso, y si el alma es aún más grande y portentosa, el vampiro será más que vampiro, el sátiro más que sátiro, la ninfa más que ninfa, y el hombre será más que un hombre…

Sin embargo, hermanos míos, aquí lo trágico es saber que los monstruos han multiplicádose exageradamente, invadiendo y apoderándose del gran valle, que ya parecía suficiente al hallarse postrado de carnívoras ovejas, diabólicos sacerdotes, falsos pastores, demoníacos magos, espectros con cofres vacíos, ángeles, diablos y ahora… ¡monstruos de sangre impura! ¿Podría el valle parecerse más a un infernal y mezcolante antro? ¡Con razón amigos! ¡Con razón el Ser se siente perdido, en medio de tanto bicharajo! Este valle es lo que alguien llamó una vez la tártara pradera donde «el hombre ve a las quimeras y nunca muere el gusano que le roe». ¡Pero aquel profeta equivocóse al afirmar que el antro es eterno! La sangre habrá de ser purificada por aquellos han logrado desencadenar a *la Bestia* de sus abismos; y otra vez el lago volverá a ser fresco y puro, bebiendo de él nuevamente los vampiros, sátiros, ninfas y hombres, lejos de los monstruos y de las ovejas, y de los sacerdotes y de los pastores y de los magos, así como también muy lejos de los miserables espectros y de la guerra entre ángeles y diablos. ¡Solo vampiros! ¡Solo sátiros! ¡Solo ninfas! ¡Solo hombres! Olvidado por fin el diabólico canto de las falsas y monstruosas sirenas…

El Ungido y el Superhombre.

25 Tantos bichos y monstruos han prostituido el valle, convirtiendo la virginal pradera en una ramera promiscua. Aquel Valle de la Providencia del que una vez gozáronse mis *demonios*, es ahora el fragoso averno donde perdido vaga el que desea la belleza. Y he aquí, amigos míos, donde comienza la singularidad que ha de hundir al alma débil y elevar al alma fuerte. He aquí el centro de la efigie, convergencia pasada y futura donde nacen y mueren las estrellas, según como el Ser perciba el mundo: si con los ojos de la vida, si con los ojos de la muerte.

Y ahora ha cambiado el panorama. Aún es de noche, pero no nos encontramos en el valle. ¿Dónde estamos, amigos míos? ¿Acaso en un desierto? Pero se supone que todavía estamos en el orbe de la mente, símbolo del valle bajo la montaña y emocional esfera sucesora del cuerpo. El desierto de los espíritus aún aguarda nuestra llegada, entonces, este falso desierto no es más que una imagen creada por el intelecto queriendo hablarnos de «cosa profunda y de suma importancia». Eso presiento yo, en la hondura en mi orbe espiritual.

«Caminemos en la obscuridad», os procura mi consciencia felina.

Oh, ¡sobrecogedor silencio! ¡Tanto que pareces abrazarnos protegiéndonos de toda clase de peligro! ¿No sentís, hermanos míos, igual a mí, que nada podría haceros daño mientras os encontréis resguardados por la desértica infinitud? Suave y tibia al tacto es la arena bajo nuestros pies; suave cual cabellera de mi *diosa platina*; tibia como los besos que nunca tendré.

¿Y qué vemos ahí? Parece un hombre. Es un hombre. O quizás lo era. ¿Ya no lo es, preguntáis? Creo que no, sino algo más. Porque a veces «ser un hombre no basta». El hombre son fragmentos y enigmas, y ocurre a veces que se reúnen esos fragmentos y enigmas aquí esparcidos en el desierto, donde el alma grande y leonada vuelve a unirles para crear algo superior, algo más que un hombre, y ese que vemos ahí ya no es un hombre, pues él ha reunido sus enigmas y sus fragmentos encontrando así «la verdad oculta en sí mismo».

Amigos míos, no todos los fragmentos y enigmas son iguales en todos los hombres, y por ello al reunirlos y encontrar la verdad, resulta que esa verdad tampoco es la misma para todos. Aquí se parte en dos la Humanidad: cuando un hombre descubrió esto, aquellos espíritus

fragmentados creyéronle «la Verdad en sí», pues las almas bajas incapaces son de reunir fragmentos y adivinar enigmas. Las almas bajas son «ladronas de verdades», usurpadoras de toda sabiduría: toman lo que mejor les conviene para así convertirle en su verdad absoluta, misma por la cual estarían dispuestas a hacer cualquier cosa, pues, si perdieran esa verdad, ¿qué les quedaría? Aplastados serían por una nueva realidad, por la Nada, y ya os dije que un alma baja no podría reunir los fragmentos en el desierto y adivinar la esfinge para saber lo que ella oculta.

Miremos a ese hombre. Está sentado sobre la arena, sin camisa, meditabundo. Tiene el cabello negro y corto, igual que sus ojos. No lo tiene largo ni castañuelo, ni verde la mirada, como así pretenden hacer creer aquellas falsas efigies inventadas por almas pequeñas. Al frente suyo encuéntranse dispuestas en círculo «doce piedras». Él las ve, él mira el círculo. ¿Qué estará pensando? Quizás en el tiempo, en «su» tiempo que ya viene, que él «cree» ya viene. ¿Será tarde? ¿Es aún muy pronto?

Al cielo ha dirigido la mirada, observando las estrellas. Nosotros las vemos también. El firmamento duerme tranquilo como el desierto, dispenso de nubes que obnubilen a los *mensajeros* su vista. ¿Qué pensará él sobre las estrellas? ¿Creerá, por tradición heredada desde sus ancestros, que a través de aquel océano interminable un ente superior le observa, que él es, en virtud de una profundidad no desarrollada por ningún hombre hasta entonces, aquel «redentor» prometido por sus antiguos? ¡Oh, Gran Hombre! ¡Hombre más que hombre! ¡No mires hacia arriba! ¡Hacia abajo debes mirar! ¡Hacia ti mismo! ¡Hacia el Abismo! ¿Por qué miras hacia arriba? ¿Porque así te lo enseñaron tus padres? ¿Por qué así habéis leído en las escrituras? ¡Qué importan las escrituras![85] ¡Todo lo allí escrito es para ti un símbolo! ¿Cierto? Que las profecías dicen verdades, eso tú no lo niegas, y yo tampoco, pues el esencial orbe fuente inagotable de vida es; pero esas verdades no son ni el principio ni el fin, sino la centáurica flecha arrojada por una esfinge. ¡Gran Hombre! ¡Hijo de hombre! ¡Ojalá pudieras escucharme! El Hijo no puede subir desde los abismos, pues ¿quién ha engendrádote en la profundidad, quien sois, sino tú mismo y por ti mismo? Tan inescrutable hondura la habéis sentido como inefable sensación que desde el fondo ha elevádote, pero como no eras consciente de que allá arriba en los cielos solo hay más fragmentos y enigmas, llegaste a la conclusión de que dicha elevación te fue dada por un ente superior, el creador de tus ancestros, que también te ha creado a ti

[85] «Ustedes son de abajo. Yo soy de arriba. Ustedes son de este mundo y Yo no soy de este mundo». Evangelio de Juan; capítulo 8, versículo 23.

y elegido como su mensajero de la buena nueva, y a causa de esto has llamádole *Padre*, siendo tú la llave que abre la puerta a los cielos donde existe ese Padre. ¡Pero la llave ha venido de ti mismo, y ese cielo que abriste no es otra cosa que la puerta hacia el Abismo del Ser, pero como nadie hubo entonces de comprenderlo la verdadera puerta cerróse y otra falsa abrióse: una puerta a un mundo inescrutable e imposible!

¡Y seguís mirando hacia arriba! Deberías mirar las piedras y el círculo, pues ello tiene cosas más profundas que decirte. No bajas la mirada, pero al menos no eres como las almas bajas: estas no miran hacia arriba ni hacia abajo, sino hacia los lados, buscando verdades que robar. Tus ojos, Gran Hombre, se dirigen a la constelación de Orión. ¿Qué tanto veis hacia allá? ¿Es Orión tu más grande anhelo? Tres estrellas y un cinturón, ¿eso queréis? Un círculo, tres puntos… ¡tan cerca estabas! Pero hubo algo que te detuvo y no permitió resolvieras el enigma. Al mirar las estrellas añoraste a la tuya, ¿acaso tu alma gemela? ¡Cómo no iba un hombre tan profundo sufrir por los encantos de *Eros*! Quizás, habría de en ti nacer un maravilloso y tierno sentimiento, despertado por alguien a quien vos amabais tiernamente. Aquel sentimiento nunca materializóse en la realidad y volvióse parte de ti, descubriendo allí que la inefable sensación de amor que sentías no tenía por qué ser provocada por otro ser en específico, sino lo que vos en realidad amabais era la sensación en sí, llenando todo tu espíritu hasta henchirlo de belleza. Tal cosa fue la razón de tu profundidad, y como tratábase de un sentimiento tan grande y divino, creíste que algo semejante «no podría ser de este mundo», sino que algo superior ha debido engendrarlo en tu ser como efigie cumpliendo una profecía. ¡Y quizás tenías razón al pensar así! Pero en lo que vos te equivocaste, Gran Hombre, fue en que ese sentimiento vino hacia ti desde arriba…

Vos no lo sabías: la sangre de tus ancestros aún contaminábate las venas. Tal vez a causa de ello, y mucho tiempo después, hubo de existir otro hombre muy profundo, quien llegó a odiar de una manera tan ponzoñosa a esos ancestros tuyos, llegando a sentir el endiablado deseo de aniquilar de la faz terrestre a todos sus descendientes[86]. Pero el error de ese hombre fue haberlos culpado, pues el Humano Ser no puede tener la culpa de ser *el que es* y aquel demasiado bueno está enfermo y aquel demasiado malvado también. Ese hombre que odiaba a los tuyos enfermó debido al odio tan cáustico que había henchido por completo a su

[86]Adolf Hitler.

espíritu, e inspirado por la doctrina de otro hombre profundo al cual no comprendió[87], desencadenó el holocausto y la guerra, y sucedió entonces que un gran mago, descendiente de los tuyos, tuvo que huir también a su propio desierto para evitar le aniquilaran[88], y en ese desierto habría de crear el más terrible de los conjuros que luego daría vida al espíritu más poderoso en aquel conflicto desencadenado por el semítico odio a aquella herencia ancestral[89]. ¡Y todo esto porque tú, Gran Hombre, miraste hacia arriba cuando en realidad debías mirar hacia abajo! Mas ¡tampoco podemos culparte a vos![90]

¿Cómo podría algo tan profundo venir de arriba? Lo profundo nace de las profundidades. Era tu abismo quien estaba hablándote por medio de toda aquella efigie, era el vientre de tu ser. ¡Y cuánta tragedia ha debido sufrir la humanidad a causa de que vos no hayáis comprendido algo tan delicado! Tu error no solo fue mirar hacia arriba, sino también mirar hacia atrás tratando de encontrar una respuesta. Mirar hacia el pasado es necesario, Gran Hombre, pero no debemos mantener allí la mirada mucho tiempo, ¡o los tóxicos olores del pasado nos contaminarán!

¡Qué tan grande y profundo ha debido ser para ti aquel sentimiento! Y tan hondo volvióse, que ya nada podría saciarlo, sino que tú, henchido por la estética sensación de un amor no consumado, fuiste absorbido por tu propio abismo, sintiendo tanto las mismas ganas de vivir como de morir. Ello convirtióse en una inexplicable sabiduría que nadie podría entender más que tú mismo, pues las almas de tus contemporáneos en el lugar donde tuviste que ver la luz eran demasiado bajas como para comprenderlo, y así llamáronte *Dios*: «Ese hombre tan casto y afable no pertenece a este mundo: semejante castidad ha debido nacer de *la Castidad*, no de la carne, sino por obra de una concepción inmaculada», dijeron ellos, ¡y era verdad! ¡Tú eras Dios! Pero no el dios de los cielos, sino el de los Abismos: tu propio dios y no el Hijo de Dios, sino *el que eras* en el vientre de tu ser.

¡Ah, y aquella sensación inescrutable de amor tenías que compartirla con tus congéneres, porque si no lo hacías, acabaría por

---

[87]La doctrina nietzscheana de la «voluntad de poder».

[88]El científico Albert Einstein, quien tuvo que dejar Alemania para evitar ser capturado por los nazis en virtud de su ascendencia judía.

[89]La bomba atómica. Ver capítulos: «El más grande de todos los conjuros» y «Poder -> Espíritu del Dragón».

[90]Aquí me expreso generosamente de Jesús, cosa que no ocurre en varios capítulos más adelante, donde lo ataco furiosamente. Ver capítulo: «Poder -> Espíritu del León».

aniquilarte! ¡Y así fue, Gran Hombre! ¡Te aniquiló! Creyendo vos que tu ser provenía de algo superior a ti mismo, prometiste que aquel *Ser* desconocido nos traería un reino celestial, un nuevo mundo paralelo al nuestro, donde el sufrimiento por fin terminaría y aquella maravillosa sensación de amor nos consumaría a todos por igual. Y como el mensaje había llegado ya, y como ese reino habría de venir después de la muerte, tus ganas de vivir convirtiéronse en ganas de morir, ¡y así caminaste hacia tu propia destrucción! Entregado por cuenta propia al terrible imperio que entonces gobernaba, en una cruz fuiste clavado, y desde aquel formidable instante que marcaría un antes y un después en la Historia de la Humanidad, convertiríase la cruz en el más terrible de los símbolos, en el símbolo y estandarte de la muerte; y aquellos tus discípulos y sucesores veríanse en la penosa obligación de mirar hacia el pasado, tratando de encontrar una respuesta a la tragedia que había acontecido: inspiráronse pues en una antigua doctrina de Oriente[91] y enarbolaron quimérica bandera y utópica efigie: «¡Los muertos han de volver!», dijeron ellos, y así tú, Gran Hombre, regresaste de la muerte, para ascender al cielo que con tu propia carne y sangre habías abierto, prometiendo que un día en un futuro muy lejano volverías para restaurar el mundo. Y desde entonces una gran sombra cubrió ese mundo. Y desde entonces no solo tú, sino toda la Humanidad ha sido clavada en una cruz.

¡Bien que podrías haber restaurado este mundo de verdad! ¡Hacer un mundo mejor con esa profunda sabiduría! Pero el tiempo venía, dijiste, en lugar de haber dicho: «El tiempo va y viene». ¡Oh, Gran Hombre! Fuiste el amante que al estar henchido de amor en sí mismo amó a los otros, hasta estar dispuesto a morir por ellos. ¡Eso está bien! Pero faltó que amaras esta vida, este mundo, esta existencia… ¡Hijo de Hombre! «Aquel que cerró la puerta de los abismos creyendo que había abierto la puerta de los cielos».[92]

Una cosa te diré, aquí, en este desierto, Gran Hombre: fue el Gran Mago quien abriónos la puerta de los cielos; pero en el cielo no está el Padre, el cielo está lleno de enigmas y fragmentos, y mientras el humano ser tómase el tiempo para reunir esos fragmentos y resolver sus enigmas,

---

[91]La doctrina de Zoroastro, profeta persa. Ver capítulo: «Egocentrismo y Egolatría como pulsiones de la Divinidad».

[92]Si Jesús de Nazaret en verdad hubiera representado la figura de un «salvador universal», un enviado de Dios para restaurar el mundo en un reino de paz y felicidad perpetuas, lo hubiera hecho en el tiempo que estuvo en el mundo; pero no lo hizo, porque él no era un «ser mágico» ni un «hacedor de milagros». Era un hombre, cuyo espíritu desgraciadamente sobrevivió, pero cuyo cuerpo afortunadamente murió.

ha olvidádose de mirar hacia abajo y reunir sus propios fragmentos y resolver sus propios enigmas. ¡Por eso hasta ahora has sido tú el más grande de todos los grandes! Esa puerta celestial que el mago nos mostró, solo ha de servirnos para una cosa: para que el terrible fuego de la Revelación diríjase allí; pero ya sabes tú, igual a mí, que «los falsos leones no quieren renunciar a sus falsas y leoninas corazas».

26 Y hemos dejado el desierto sin aviso. La mente hace lo que quiere para que veamos lo que ella quiere. Nos situamos en la cumbre de una montaña, muy lejos del valle. ¿Acaso volvimos al orbe físico, aquella corporal y montañosa superficie, más allá de las nubes, bajo la apolínea cúpula, donde la belleza y la fealdad surten diáfanas y cristalinas, aterradoramente bella y aterradoramente fea? Pero en su lugar hace frío, y nos sentimos profundamente solitarios, muy, muy lejos del humano ser, tan apartados del mundo como nadie jamás había llegado a estarlo. Incapaces somos de distinguir los valles ni mucho menos los desiertos: esta montaña hállase muy por encima de todas las nubes, tanto que, incluso, el cielo sobre nuestras cabezas ha perdido su belleza; no cerúleo, no dorado, no rojizo, no púrpura ni salpicado de estrellas, ¡sino obscuro, más negro que la honda obscuridad del Abismo! Preferiría haberme quedado junto al Gran Hombre del Desierto, tratando de inmiscuirme en la profunda mirada que tenía fija hacia Orión y descifrar allí todos sus pensamientos y anhelos, en lugar de estar aquí solo, amigos míos, ¡pues ni vosotros estáis conmigo ya! ¿A dónde habéis ido?

De pronto sucede cosa inesperada. En aquella penumbrosa bóveda han comenzado a aparecer nubes. No creía yo el cielo viviera superior a estas alturas; creía al empíreo muerto, pero a través del enigmático y fragmentado vacío han surgido pesadas nubes grávidas de truenos y rayos. ¿Será verdad aquella máxima: «De la Nada ha de surgir Todo»? Los rayos caen, electrificando a los picos montañosos de la emperatriz cumbre. ¡El Monte tiembla! Y he ahí que vemos a un hombre, parado en el más alto pico, con un gran martillo en la mano e invocando los rayos. Él fue quien trajo la tormenta. Veré si puedo acercarme al tormentoso individuo y distinguir así sus facciones, ¡de no ser que un rayo me mate antes de alcanzar mi objetivo!

¡Ay, hermanos míos! ¡Estos rayos parecen más que rayos! Brillan cual rojo fuego, y el suelo a donde estos caen queda hecho más que cenizas. ¿Podré ver al hombre?

Sí puedo. Viste cual divinidad de los bárbaros pueblos al norte de Europa: un resplandeciente y alado yelmo, firme pechero, celestial armadura hecha de plata y bruñida en oro, roja capa tejida por valquirias, y aquel *walhálico* martillo con el cual no solo invoca a los rayos, también golpea brutalmente la superficie provocando que la montaña se estremezca… ¡y quizás el mundo entero se ha estremecido con el gigantesco golpe de martillo! ¿Es *el Padre de Todo*[93] aquel hombre?

«Todo». Quédale bien esa palabra. Si mi vista y memoria no fallan, ese hombre es aquel individuo tan profundo y henchido de tantas cosas pasadas, presentes y futuras adentro de él, que llegó a quererlo Todo, a amarlo Todo, una y otra vez si fuera posible: la Vida y la Existencia mismas, tal y como siempre han sido, tal como son y serán por la eternidad. «El señor de los rayos y el martillo» así han llamádole. «Chispa de dinamita» y «fuego hacia los valles» autonombrábase semejante y digna criatura. ¡Qué portento! Un grueso y perfecto bigote luce, y tal vez quedaría bien llamarle: «Superbigotes». Por cierto, amigos míos, resulta que un contemporáneo mío se hace llamar de esa manera: *Superbigotes*, pero esa persona de superhombre no tiene nada; en cambio aquel «dios de los truenos» que invoca al rayo, y luego martillea, y vuelve a invocar el rayo, y vuelve a martillar… ¡ese sí que es un superhombre, un superbigotes! Bien conocido y mal conocido es. Unos han llegado a amarle y otros a odiarle en igual grado. De su boca salen murciélagos y al instante mariposas. Y tan profundamente elevado llegó a ser, que *los Hijos de las Tinieblas* tomáronle como ejemplo y *los Hijos de la Luz* también; porque él, amigos míos, está: «más allá del bien y del mal».

Y en lo que respecta a mi persona, amigos míos, sobre ese individuo os diré que ha sido mi redentor, mi salvador, mi mesías, ¡aunque de ninguna manera un hombre como él llegaría a tener piedad de mí! Porque no enarbolaba la bandera de la compasión. Estoy seguro de que, si se diera cuenta de que yo le observo desde aquí, me arrojaría un trueno, esperando a ver si soy capaz de soportar un «súper-rayo». ¿Lo haría? Cosa interesante de averiguar, pero dispénsome yo mismo de tener que arriesgarme de esa manera. Sin embargo, ¡yo te admiro, Superbigotes! Pero una vez dije que todo aquel que porta un martillo en la mano es pesada criatura, ¡y mantengo lo que dije! Aunque pretendieras andar ligero por todas las callejas y volar cual «pájaro sabio» de montaña en montaña, siendo, según tus propias palabras, «enemigo capital de la

[93]Wotan, conocido en la península escandinava como Odín, dios de la Guerra y de la Poesía.

pesadez», vos eráis un ser demasiado pesado. Solo una criatura «súper-pesada» sería capaz de soportar el peso de toda la «súper-existencia». Esta fue la causa de que, a golpe de martillo y cincel, escribieras sobre piedra «nuevas tablas de valores», destruyendo también a golpe de martillo y cincel aquellas tablas viejas y hediondas a rancio. No te culpo, hombre pesado y profundo, tan pesada impiedad se debía, y a pesar de que ahondaras hasta lo más profundo de tu propio abismo, que no llegaste a convertirte por completo en «el Señor de la Tormenta», pues vuestro orbe corpóreo no pudo compensar aquella fiereza y gallardía interior, fuiste presa tú del más lamentable desorden biológico que te atormentara toda la vida; y todavía así, ¿llegaste a quererlo Todo de nuevo, una y otra vez por la eternidad? ¡Cuánta egolatría! ¡Qué valiente! ¡Qué soberbio! ¿Tan henchido y prieto de todas las cosas te sentías? ¿O fue ese anhelo de repetición totalitaria, tan solo una extrema y terca necedad que ocultaba en sí un anhelo más profundo?

Quizás. Tu carga más pesada fue la soledad. Siendo un superhombre te elevaste por encima de todos los demás llegando así a la cima de esta solitaria montaña; sin embargo, hombre pesado, aunque te regodearas por fuera de que la soledad era tu bandera más preciada y que ya no podrías obtener verdadera compañía de nadie, en el fondo querías lo contrario. Pero tus contemporáneos, al menos aquellos quienes tuvieron la suerte de congeniar contigo, no resultaron ser aquella ansiada compañía, y como en aquel entonces ni de lejos veíase la sombra del «Gran Libro de los libros», fue imposible para ti encontrar un verdadero amigo, pues quizás ese amigo verdadero encontrábase muy lejos, al otro lado del mundo, o quizás en otro tiempo, «despierto», esperando «dormirse» de nuevo para «volver a soñar».

¡Oh, tú, señor del martillo, del trueno y los rayos! Al igual que el Gran Hombre del Desierto uncido a la cruz, vos sufríais a causa de un abismal sentimiento de amor no consumado que en el fondo de tu ser llegó a henchirte de belleza; pero como vos ya no os encontrabais adoctrinado por aquella herencia ancestral de los hebreos, para comprender esa sensación tan abismal no miraste hacia arriba, sino hacia abajo, hacia adentro, tal como debe ser. Pero algo pasó adentro de ti que allí descubriste, cosa te llevó a despreciar, a desdeñar esa sensación y convertirla en «el peor de todos los males». Ay, amigo mío, hombre en extremo sabio eras, y por eso pienso que tal vez tenías razón. Ambos sabemos lo que esa inescrutable sensación, a la que llaman «dolor romántico», puede desencadenar en ciertas circunstancias, pues, aunque

el alma grande y profunda sea quien dirija su *Hado*, también es verdad que el azar juega sus cartas…

Creo que tu error fue mirar demasiado hacia atrás y hacia los lados. Debiste mirar más tiempo hacia abajo, hacia dentro de ti, antes que a ningún otro lado, sobre todo en los años de tu juventud. ¡Tal vez si lo hubieras hecho no habrías enfermado tan gravemente del cuerpo! Por no haber seguido este precepto sucumbiste cuando menos lo debías. Tú mismo llegaste a decir que para entenderte, que para llegar a entender muchas cosas hay que pasar demasiado tiempo en una montaña[94]. Quizás, cuando llegaste a cierto grado de edad, te diste cuenta de eso: antes que haber mirado hacia atrás y hacia los lados cuando eras joven, debiste dedicar ese precioso tiempo a ti mismo, a tu soledad, para aprender de esa soledad, aunque te sintieras como un joven-viejo; pero es mejor ser viejo en la juventud y joven en la adultez, ¡incluso tú mismo llegaste a decirlo![95] Entonces, superada la prueba de la vejez prematura, habrías renacido como un nuevo ser, cuadrado del cuerpo hasta el alma. ¿Por qué no fuiste más casto y afable, tal como el Gran Hombre del Desierto? Eras noble, un ser apasionado y profundo, ¡y por eso no debiste haber rebajado tu cuerpo a la inmundicia de los enfermos espirituales! Tú merecías algo mejor. ¡Merecías haber conocido las delicias de unir el cuerpo a tu alma gemela! Tal como aquel solitario escritor, que a pesar de su desesperación y soledad sí llegó a gozar de tal privilegio[96]… En cambio, tú, aunque hayas obsequiado un regalo tan precioso a la humanidad, sabemos lo que ese regalo desencadenó[97], pero digo y repito

[94] Escribe Nietzsche en su obra El anticristo: «Las condiciones para comprender y para comprenderme luego con necesidad, las conozco demasiado bien. Hay que ser probo hasta la dureza en las cosas del espíritu para poder soportar sólo mi seriedad y mi pasión. Hay que estar acostumbrado a vivir en las montañas, y ver a nuestros pies la miserable locuacidad política y el egoísmo de los pueblos en la época desarrollada. Hay que hacerse indiferente; no debe preguntarse si la verdad favorece o perjudica al hombre... Hay que tener una fuerza de predilección por las cuestiones que ahora espantan a todos; poseer el valor de las cosas prohibidas, es preciso estar predestinado al laberinto. Tener nuevos oídos para una nueva música: nuevos ojos para las cosas más lejanas; nueva consciencia para verdades hasta ahora mudas, y la voluntad de la economía (saber reservarse) en grande estilo; conservar las propias fuerzas y el propio entusiasmo, amarse a sí mismo; absoluta libertad para consigo mismo».

[95] «En unos envejece primero el corazón, y en otros, el espíritu. Y algunos son ancianos en su juventud: pero una juventud tardía mantiene joven por mucho tiempo», dice Nietzsche, en Así habló Zaratustra.

[96] Franz Kafka.

[97] La doctrina nazi se inspiró en las enseñanzas de Nietzsche, sobre todo en la idea de la Voluntad de Poder. En los años que el filósofo alemán aún vivía, éste se quejó de que las organizaciones antisemitas se valieran de sus ideas para impulsar el fuerte racismo contra los judíos; pues, y a pesar de que Nietzsche sí culpaba a los hebreos de todas las desgracias que han acaecido en el mundo occidental, no sentía odio hacia ellos.

que nadie es culpable de lo que es, ni de las enfermedades que le agobian, y por ello es injusto culparte, ¡superhombre! Esa alma gemela tuya no era tu contemporánea, y una y otra vez trataste de encontrarla, fallando y sufriendo agonía en el intento. ¡Qué triste! Después de todo siempre tuviste razón: «Llegaste demasiado pronto». Ahora tengo miedo yo, querido hermano mío bigotón, de «haber llegado demasiado tarde»…

Pero aquí estás, siendo el señor de los truenos y conjurador de los rayos, ¡tú, rey del *Walhala*, padre de las valquirias y de los bárbaros del norte! Qué lástima no encontraste a tu propia valquiria, ¡qué feliz habrías sido! Tan apasionado por el arte y la música, viviendo entre la belleza aparente[98] y la profunda embriaguez[99], y desesperanzado por lo que en tu época consideraste indigno, hacia la indetenible flecha de sagitario arrojaste la mirada, y quién sabe ese futuro anhelado llegue alguna vez, pues el hombre aún no es el que debe ser en la hondura de su abismo. Del hombre actual pensarías igual o peor, pues aquel a quien consideraste muerto sigue cubriendo al mundo con su sombra; mas del arte y de la música, hermano mío, ¡quizás tendrías una opinión muy diferente![100] ¿Qué pensarías de los elfos escandinavos? ¿Y de las estatuas y pinturas que hablan? ¿Y del Gran Libro de los libros? Tú nos dijiste cuándo y cómo la tragedia nació y murió. Yo digo que retornó la tragedia…

Tú *eras el que eras*, y así os dirigió el Hado en vuestra alma; pero me dirías vos que todo son fragmentos y enigmas y espantosas tiradas de dados; yo pienso igual en relación a esto último del azar, igual que en muchas otras cosas, sobre todo en aquel pensamiento con respecto al amor y la idea de que amamos la sensación de amor y no el objeto sensación de nuestro amor; pero vos creías al amor un «deseo» y yo

---

[98]El arte apolíneo o «romántico». Ver su obra El nacimiento de la tragedia.

[99] El arte dionisíaco o «profundo». Ver la misma obra antes mencionada.

[100]El único aspecto en que la Humanidad debe sentirse muy orgullosa de haber superado por mucho a las manifestaciones del pasado reciente es en el terreno del arte. En virtud del auge en las telecomunaciones, ¡nunca el arte ha sido tan rico y disperso como lo es ahora! Cualquiera con talento y voluntad de poder puede superarse «creando algo por encima de sí mismo». En cierto modo, vivimos en medio de una sociedad nihilista muy aturdida por los grandes cambios que se han llevado a cabo en los últimos años. Gracias a la expansión de toda frontera, el hombre común puede tener acceso a una gran vastedad de culturas y corrientes de pensamiento que en otro tiempo le habrían permanecido ocultas. Quien todavía vive inmerso en la ignorancia, es porque quiere, o porque no tiene ni un gramo de voluntad, pues el arte y el conocimiento están siempre a nuestro servicio. Donde sí tenemos mucho por mejorar es en el ámbito de la arquitectura. Hemos decaído espiritualmente, y esto se refleja en el diseño de las grandes ciudades que existen en el mundo actual: a simple vista dase cuenta el hombre espiritual de que la gran metrópolis ha sido levantada para que allí los «monstruos» sin alma se limiten a sobrevivir. ¿A dónde fue a parar el esplendor de las grandes ciudades antiguas, con sus grandes colosos, esfinges y pirámides?

pienso que el amor está más allá del deseo. Y tampoco, querido Superbigotes, tampoco todos son fragmentos y enigmas y un horrible juego de dados. El destino es real. El Hado es real. No grabado en las estrellas sino en el abismo de nuestra alma. Una telaraña cósmica lo une todo por el reino de los abismos que constituye al *Ser que es*.

27 ¿Qué pasa? ¿Por qué has dejado de martillar y de invocar a los rayos? Ahora tu mirada se dirige al fondo, más allá de la montaña. Ha héchose un espeluznante silencio en derredor, y veo algo en tus ojos, superhombre, un brillo en tus pupilas que se encuentran en la infinitud del más profundo y hondo anhelo. Siento tu melancolía. ¿Y ahora qué? ¿Acaso tiembla la tierra? ¡Incluso vos pareces sorprendido! ¿Qué sucede? Ha vuéltose negro el mundo, una sombra le ha cubierto. ¡Obscuridad! ¡Dónde estáis, amigos míos, que nada puedo yo ver!

Pero transcurrido un tiempo ha vuelto la normalidad. ¡Menos mal! Creía yo una eterna noche había llegado y nunca más la tierra vería de nuevo el resplandor *luciferino*. El hombre con el martillo aún luce melancólico. Quiere algo, estoy seguro. Quiere desde lo más profundo de su ser; mas teme gritarlo, pues tiene miedo se le considere un cobarde o un ser que a través del gélido silencio implora su más grande anhelo por fin llegue a consumarse. ¿Qué queréis? Decidlo, hombre profundo, y libérate de esa carga tan pesada.

Ha levantado el martillo y en su rostro se dibuja una mueca de ira e impotencia, mientras una obscura nube le rodea y, cuando menos habría de esperarlo, da un salto colosal desde el alto pico, convirtiéndose en un furioso rayo que desaparece en medio de las sombras. ¿A dónde ha ido? ¡Muéstranos, orbe de la mente, y no me dejéis aquí sin llegar a saber lo que ha sucedido!

Mi ruego ha sido escuchado. Hemos dejado la montaña y regresado al valle. El ambiente se encuentra ensombrecido, grisáceo, taciturno. ¡Oh, y me siento yo de igual manera, y de nuevo aquel profundo anhelo de mi *Diosa* me consume, siendo que hasta ahora no me había acordado de su figura celestial ni abismal! Quisiera que ella estuviera aquí para que me estreche en sus cálidos brazos. Desearía escuchar su voz angelical igual a las quimeras que me susurran. Hace frío. ¿A qué débase este anhelo? ¡Oh, amigos míos, estáis aquí conmigo!

El hombre con el martillo está ahí, y también… ¡vaya! ¿Y esta efigie? ¿Mis ojos no me engañan? Allí también está el Gran Hombre del

desierto, uncido a la cruz, crucificado. No está muerto, pero de seguir así muy pronto lo estará. Y el hombre con el martillo le mira, le mira profunda y solemnemente, y el Gran Hombre le responde de igual manera. Conectadas ambas miradas de dos hombres análogos y profundos. El sudor y la sangre chorrea a través de las heridas y distingo un enorme sufrimiento en aquellas miradas, tanto en el crucificado como en el dueño del martillo. Ambos quieren. Un anhelo profundo, tan profundo e inexplicable rezuma a través de sus ojos llorosos que éstos parecen gritar por sí mismos la totalidad de la existencia. Entonces sucede que, elevándose hasta llegar a su altura, el superhombre sujeta bien el martillo y haciendo uso de éste desprende cada uno de los clavos con los cuales el Gran Hombre había sido cruelmente uncido, y así le baja de aquella terrible cruz, tomándole en sus brazos.

En el suelo ambos se detienen y se miran de nuevo a los ojos. La sangre no deja de derramarse: ligera, roja intensa, desde aquellas heridas que el brutal verdugo había abierto a golpe de martillo; pero tal como un martillo había uncídole a una cruz, un martillo habría de bajarle, y ocurre entonces que el superhombre alza ese martillo a los cielos, donde invoca un rayo que de inmediato se precipita hacia aquella cruz, quemándola, reduciéndola a polvo y ceniza. ¡Ya no más cruces! Y si ya no hay cruces tampoco hay necesidad de más martillos, por lo que el superhombre se deshace del poderoso mazo arrojándole tanto más lejos permitíanle sus fuerzas. Y el Gran Hombre sonríe, seguro, como jamás lo había hecho, sintiendo una nueva esperanza, descubriendo así un nuevo tipo de belleza que le venía sin necesidad de mirar hacia las estrellas: su propio redentor.

Y el dios de los truenos, quien sorprendido a causa de sí mismo, de aquel acto compasivo, siendo él enemigo de la compasión, también sonríe bajo el tupido bigote, mientras lágrimas iridiscentes caen por sus coloradas mejillas. Dos almas grandes, una que mirando hacia arriba quiso redimir a la Humanidad, y otra que, mirando hacia atrás, hacia los lados y hacia adelante pretendió encontrar un nuevo tipo de redención. Pero todo lo que él había querido estaba en frente suyo, y todo lo que el Gran Hombre del Desierto había querido también. Por lo cual, regocijados y rebosantes sus pechos de satisfacción, se disponían a estrechar sus brazos, de no ser porque algo sucedió: comenzó a soplar un desolador viento. Qué digo viento… ¡un huracán! Pero el ciclón parecía ir en direcciones contrarias, alejando a ambos uno del otro, quienes, estirando

los brazos, luchaban por no ser arrastrados a causa de la tormenta y fundirse en aquel abrazo que tanto añoraban.

Pero no lo consiguieron. El viento pudo más que sus ganas de encontrarse. Así, el Gran Hombre del Desierto, con doloroso gesto fue arrastrado por el ciclón, hacia lo más profundo, más allá del horizonte y de cualquier mirada posible. Ocurrió lo propio con el superhombre: la tormenta se lo llevó, de nuevo hacia la montaña, más lejos y más arriba que todo humano ser. Y así ambos perdiéronse a través de la centáurica flecha, sin encuentro ni retorno posible.

El Reino de los Cielos y el prisionero del Abismo.

28 Ahora nos situamos en una pequeña habitación, rodeados por las sombras. Las ventanas de rojas cortinas están cerradas y a través del éter percibimos por medio de los sentidos un sutil olor a esencias. Afuera: un vituperio. Aquí adentro: un lecho y una mujer en la cama, vestida con negros encajes y tela de sastre. Está sentada, sin tanto hacer, quizás esperando. No mucho tiempo permaneció de esa forma hasta que abrióse la puerta y entró a la habitación un hombre. De voluptuosa mirada el individuo, barbudo, adornado así como de alta cuna, y aquella mujer voltea a verle con cierta fatiga. Sobre ella diré que es de preciosa figura, cabello negro y enrulado, ojos cafés, no aparentando tener encima más de veinte amaneceres, y que responde al nombre de María.

El hombre se le acerca con apurado andar mientras ella se levanta de la cama y con educada seña le toma de la mano. Parece desesperado aquel tipo: loco de deseo, quien no espera para rodear a la joven y besarle sobre el cuello cual fiera apasionada y hambrienta. Ella lo permite sin hacer ningún gesto de asco o disgusto, despojándose de sus propios vestidos. Así, ambos tendiéronse sobre el lecho, desnuda la joven de bella figura, y aquel hombre lamiendo sus pechos y cada centímetro de su blanco y tierno cuerpo mientras se introduce en su intimidad hasta provocarle gemidos. Tantas veces hizo gritarle de placer, y ella a él, hasta culminar en el éxtasis, pagando el hombre a la prostituta unas monedas de plata por sus servicios. Luego de vestirse ambos, salió el hombre del prostíbulo, bien satisfecho, mientras la mujer quedóse en la habitación mirando las rojas cortinas.

Después de esto cambió el sigilo. Otra vez encuéntrase allí la joven prostituta, pero ¿qué le sucede? ¿Por qué está llorando? Con una expresión de rabia y dolor se mira en el espejo, y luego… ¡vaya! ¡Se le ha hinchado el vientre! ¡Está preñada! ¿Acaso…?

Y seguimos viendo imágenes. En efecto: que la prostituta ha parido un niño varón. Vemos luego entrando en el cuarto al hombre de alta cuna, padre de la criatura, junto a dos acompañantes suyos, quizás sus guardias. Sin pedir permiso quieren arrebatarle el recién nacido a la mujer, pero ella opone resistencia y forcejea contra los individuos,

llorando de rabia. El hombre la mira con una expresión de profundo desprecio, pues quiere llevarse a la criatura: no se permitiría la deshonra de que un hijo suyo fuera criado por una despreciable ramera. Ella forcejea haciendo uso de todas sus fuerzas, pero siendo mujer no puede evitar que aquellos altos y fornidos guardias le quitaran al niño sin ningún problema. Así arrebatáronle al recién nacido mientras ella prorrumpe en sollozos y gritos de súplica, para luego marcharse de ahí sin jamás volver, dejándola triste y desconsolada.

Una madre de postura se encarga de criar y dar de comer al hijo de la carne, creciendo él en medio de acaudalada e importante familia. No faltóle jamás el mejor alimento, ni los mejores vestidos, ni los mejores estudios, ni amigos y jóvenes de alta alcurnia con quienes cumplir la tradición de aquella época. Desde pequeño fiel acatador fue de la ley sacerdotal heredada por sus ancestros, así como un buen conocedor de las sagradas escrituras. Pero también, en virtud de tener acceso a cierto grado de conocimiento reservado tan solo a los jóvenes adinerados, nutrióse de otras culturas semíticas y ancestrales del Oriente, por lo que, a medida que fue creciendo, aquel joven desarrolló un alto nivel de intelectualidad, espiritualidad y profundidad muy superiores a los de sus congéneres. Empezó a cuestionar la tradición y ley de la doctrina sacerdotal, cosa no gustó de ningún modo a la casta familiar tan arraigada en las costumbres levíticas, surgiendo así la discordia entre los padres y hermanos de alta alcurnia que no aceptaban el libre pensamiento de aquel blasfemo irrespetuoso. Entonces, llegado así a poco más de la veintena de años, el joven profundo y de espíritu libre marchóse de la cuna familiar, a pesar de la abundancia y comodidad que allí disfrutaba. No dejó de lado nunca las sagradas escrituras, pues hondo e inagotable manantial del espíritu siempre resultaba para él nutrirse con la cultura de sus ancestros a los cuales consideraba más dignos. Sin embargo, ignorando la casta de clases y el honor de un solo pueblo, convirtió a la deidad de sus antepasados en su propia divinidad personal que ayúdarale a soportar una vida en miseria. Mendigó, trabajó, compadecióse de los pobres y desamparados, y un día, cuando contaba vigésima séptima primavera, sintió de pronto el llamado de su carne. Siendo que él, hasta ese momento tierno doncel, casto y afable, nunca tocado y sin jamás haber tocado piel femenina, vióse tentado a visitar una casa de placer para calmar aquel irresistible y erótico apetito. Pero cosa inaudita por el orbe de su Hado fue que tomara, en virtud de su inocencia, la decisión de asistir a la misma casa de placer donde le engendraron, lugar en el cual enteróse de la verdad sobre su

origen, y donde conoció a María, la prostituta, quien aún seguía vendiendo su cuerpo. A causa de esto no tocó mujer alguna y mantúvose virgen.

Pero verdad dura de masticar y más aun de digerir resultó para él enterarse de todo aquello, inesperado por completo, tanto así que persuadióle de no entregarse nunca más a la miseria del espíritu y no volver a escuchar el vulgar llamado de su carne. Presa de la indignación y la deshonra en sí mismo desdeñó todavía más a las viejas tradiciones y costumbres que llevaran a las mujeres y hombres a entregarse de esa manera tan impura a la sensualidad, por lo que, considerando todo aquello como una señal de su divinidad personal, durante tres años dedicóse por entero a limpiar su cuerpo, su corazón, su mente y su espíritu de todas las impurezas que aún pudieran permanecer en su ser y que no permitían a la transparencia de su alma mostrarse como realmente era.

Entonces, hermanos míos, ocurrió cierto día, cuando el joven profundo caminaba por las calles ayudando a los pobres, ya por completo puro, libre de todo prejuicio y hastío, que vio a aquella mujer, María, quien encontrábase siendo humillada y muy pronto de sufrir una lapidación por obra del pueblo siendo dirigido por unos sacerdotes. No vaciló en acercarse con gesto dulce y sereno, brindando tierna ayuda a la prostituta que diérale vida, mientras hablaba hacia aquella muchedumbre, con voz suave, pero al mismo tiempo contundente, de la siguiente manera: «Quien se encuentre libre de tropiezo que arroje el primer pedrusco». Esto detuvo al pueblo y a los sacerdotes. ¿Quién era ese hombre para atreverse a hablar de aquella forma?

Y fue así como el joven llevóse a la mujer a que viviera con él, abandonada por fin toda aquella miseria en la cual vivía; pero día con día ella no dejaba de llorar, atormentada por el pasado, tanto como avergonzada de sí misma porque fuera su hijo al cual había engendrado por lujuria y no diera alimento de su pecho quien brindárale apoyo y consuelo. Entonces, después de aquel penoso asunto, María la prostituta no volvió a vender su cuerpo, y desde aquel momento al fin pudo conocer al hombre sabio, espiritual y profundo que de su propia carne había nacido, pero que desde la carne volvióse algo más.

Sin embargo, algo insospechado ocurrió: durante aquel tiempo estuvieron juntos, sucedió que el joven profundo desarrolló profundos sentimientos hacia aquella mujer, siendo la primera persona a quien confiaba toda su sabiduría y a su propia divinidad personal, resultando

esto último en un irrompible y espiritual lazo que les unió más que a una madre y a un hijo. Emergió así de nuevo la carne, pues, y a pesar de que por años haya meditado día y noche en no dejarse arrastrar nunca más por sus apetitos sensuales, aquel joven profundo y apasionado continuaba siendo un hombre de carne y hueso: jamás tocado, jamás amado, vuelto hipersensible de corazón y espíritu tanto que la compañía de aquella emocional mujer resultóle en extremo dulce y agradable; sin importar, hermanos míos, que tratárase de la creatura que diérale vida, y sin importar que fuera ella veinte años mayor, pues seguía siendo preciosa fémina a pesar de haber alcanzado ya media centuria. Ocurrió así que el joven profundo enamoróse de su propia madre de una manera tan profunda que hubo de crear honda e inescrutable sensación romántica en su interior. ¿Cómo podía ser? Él, tan casto y afable, ¡fue incapaz de no desear a aquella mujer! Y ella, en virtud del pasado que le arrastraba, pareció corresponder a sus sentimientos. Mas él fue categórico consigo mismo en la decisión de no ceder a la pasión carnal, dejando que el amor profundo y desmedido que sentía no consumárase en la realidad y permaneciera encerrado en lo más hondo de su espíritu.

Pero la tentación era cada vez más poderosa, difícil de resistir, siendo más complicado el hecho de que ambos no querían de ningún modo renunciar al lazo que les unía, ni dejar de estar juntos, ni dejar de amarse. Tan fuerte resultó aquel lazo que ni «mordiéndole» fueron capaces de romperlo. Entonces, enterado de que aún quedaban residuos de basura todavía intoxicando su espíritu, el hombre profundo marchóse al desierto para terminar de purificarse, lugar donde habría de superar a su última tentación la cual no era otra que desear a la carne de su propia madre. Allí, siendo presa de terrible sed y cuerpo famélico durante largos e interminables días, transformóse en el Gran Hombre del Desierto, descubriendo algo maravilloso en sí mismo que llevóle a mirar hacia arriba. Creyó oír el susurro de una blanca paloma, diciéndole: «Eres tú el Elegido», y creyó esa paloma venía del lugar donde existía su divinidad, que era la voz de aquel inefable *Ser*, al cual llamó *Padre*, siendo él su *Hijo*, su mensajero, henchido de una ternura y un amor tan inconmensurables que le elevaron más allá de la carne. Entonces aquella divinidad, aquel *Ser*, no podía tratarse de otro más que del *Amor* en estado puro, de *la Belleza*, tal como en sus primeros años había enterádose gracias a los sabios griegos: «Si ha de existir un hombre que merezca ser inmortal, sin duda es aquel que pueda sentir a la Suprema Esencia de *la*

Belleza»[101]. Dióse cuenta el Gran Hombre del Desierto de que, en aquel formidable instante, sumergido estaba en la más absoluta divinidad: había vencido a *la Muerte*. En efecto, no puede existir *la Muerte*, sino que, si en vida un ser es capaz de experimentar un sentimiento tan bello y delicioso, pero que por culpa de la carne no puede elevarse hasta la belleza superior, significa entonces que, luego de la muerte, aquel *Amor Carnal* debe transformarse en *Amor Espiritual*, puesto que con la muerte el cuerpo desaparece, pero la esencia, el alma, permanece, y tan solo aquel en vida haya descubierto la naturaleza de tan hermoso sentimiento, merecería seguir existiendo, después de morir, en un mundo superior donde ya la carne no atormentaría más al Ser, permitiendo que éste pueda elevarse y disfrutar para siempre del *Amor Infinito* y de *la Belleza Suprema*, que no era otra cosa más que la esencia de su Padre, su Dios[102], y a ese estado de absoluta divinidad llamóle Paraíso: el reino de los cielos. Descubrió así que no era necesario consumar en la carne el inefable anhelo de hermosura, sino que transfigurado en refulgente belleza haríalo desbordar hacia todos aquellos que le necesitarán. Y creyendo así que tal sensación era la puerta que llevara al reino de los cielos, y él mismo el Elegido, *el Ungido*, aquel Mesías prometido por los profetas, Hijo de Hombre donde el Padre había manifestado su esencia y puente hacia un mundo mejor donde el sentimiento reinaría por toda la eternidad, marchóse del desierto y prieto de sabiduría iluminó a su prójimo, pues era la única forma de saciar aquel amor imposible, canalizándolo hacia otros, para liberarse de tan enorme carga.

Pero muy pronto llegó a oídos de los sacerdotes todo lo que el Gran Hombre hacía, así como el lugar de donde venía y quién fue aquella que

---

[101]Esto podemos leerlo en El banquete, del filósofo griego Platón: «Ahora bien, sólo al que produce y alimenta la verdadera virtud corresponde el ser amado por Dios; y si algún hombre debe ser inmortal, es seguramente éste». No cabe duda de que la doctrina de Jesús vióse profundamente influenciada por esta filosofía platónica. De acuerdo a Nietzsche, la persona que se encargó de tergiversar aquellas enseñanzas fue Pablo de Tarso. Recomiendo leer la obra antes citada, y el ensayo de crítica contra el cristianismo: El anticristo, del filósofo alemán.

[102]Leemos otra vez en El banquete: «Préstame ahora, Sócrates, toda la atención de que eres capaz. El que en los misterios del amor se haya elevado hasta el punto en que estamos, después de haber recorrido en orden conveniente todos los grados de lo bello y llegado, por último, al término de la iniciación, percibirá como un relámpago una belleza maravillosa, aquella, ¡oh Sócrates!, que era objeto de todos sus trabajos anteriores; belleza eterna, increada e imperecible, exenta de aumento y de disminución, belleza que no es bella en tal parte y fea en cual otra, bella sólo en tal tiempo y no en tal otro, bella bajo una relación y fea bajo otra, bella en tal lugar y fea bajo otra, bella en cual otro, bella para estos y fea para aquellos; belleza que no tiene nada de sensible como el semblante o las manos, ni nada de corporal; que tampoco es este discurso o esta ciencia; que no reside en ningún ser diferente de ella misma, en un animal, por ejemplo, o en la tierra, o en el cielo, o en otra cosa, sino que existe eterna y absolutamente por sí misma y en sí misma; de ella participan todas las demás bellezas, sin que el nacimiento ni la destrucción de estas causen ni la menor disminución ni el menor aumento en aquella ni la modifiquen en nada».

le trajo al mundo. Entonces dijeron: «Un hombre como él no puede ser nuestro Mesías prometido. Es un farsante. ¡Hay que condenarle!». Y así aconteció que el Gran Hombre del Desierto fue condenado, apresado y entregado al terrible imperio que gobernaba. Mas él aceptó de buena gana aquel inmerecido destino, creyendo era la voluntad de su Padre y que el tiempo había cumplídose ya. Clavado en una cruz murió, tanto sorprendidos los sacerdotes que habían condenádole, por aquella actitud de mansa castidad, como así sus discípulos, incapaces de asimilar ni de aceptar que un hombre tan profundo y sabio haya terminado de aquella manera, así como su madre María, de quien él había enamorádose y despertado tan noble sentimiento. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué tan grande y profundo podía ser aquel amor como para estar dispuesto a morir por él?

Y así, hermanos míos, tuvieron que olvidarse de aquella historia, pues resultaba ridícula e inaceptable. Y así tuvieron que inventarse una nueva, pues lo que había hecho aquel hombre no podía desvanecerse en la Nada y el mundo tenía que saberlo. Partióse en dos la Historia: quienes habían condenádole prefirieron olvidar todo aquel penoso asunto, no aceptando en sus corazones al supuesto Mesías prometido. Pero la «Buena Nueva» sonó de una forma tan atronadora, que a fuerza de sangre y mentiras filtróse cual parásito hacia toda la Humanidad, hasta que…

Aquí, amigos míos, hemos perdido la imagen y todo ha quedado en tinieblas. ¿Dónde estamos? ¡No puedo ver nada! ¿Y vosotros? ¿Podéis ver algo? A nuestro alrededor se encuentra el mundo en la obscuridad total. ¡El verdugo amenaza con venir para soplar frío su aliento sobre nuestros cuellos! ¡Resistid, amigos, resistid! ¿Escucháis un llanto? ¿O el temor nos provoca alucinaciones auditivas? No es obra de las quimeras. ¡Alguien aquí está llorando!

¡Calladlo! ¡Calladlo! ¡Aterradores son sus sollozos! ¡No soporto oírlos! ¿Qué tan grande puede ser su agonía? ¡Oh, tú, alma en profunda pena! ¿Por qué tanta congoja? ¿Dónde estáis? ¡Mostraos! ¡Mostraos! ¡Tal vez mis amigos y yo podamos brindaros consuelo!

Aseméjase este llanto a la fantasmal voz eternizada en mortuorias arboledas de medianoche, cuando a través del bosque óyese el canto de una elfa entonando desoladora y apasionada melodía, allá donde mirábamos la platina expresión de luna llena escabullendo su mirada entre ramas y hojas grises, ululando lechuzas, escuchándose lejos un lobo, chillando los saltamontes, y aquel escalofriante lamento que a cualquiera

paralizaría y helaríale roja sangre en las venas, de no ser yo, eterno felino y doncel juvenil, amante del frío nocturno y del venturoso silencio bajo los sauces y cipreses bailarines, sintiendo las suaves caricias del viento que sopla fundiendo su llanto con la voz de mi Diosa, mientras ella monta al corcel de las tinieblas.

Pero incluso yo, bien amigo de la naturaleza más allá del crepúsculo, siento ahora a mi sangre ligera y carmesí vuelta hielo debajo de esta piel, hermanos, y si efectuara aquel mi ritual de realizar transversal corte en la palma de mi mano, no fluiría substancia alguna sobre esta pálida coraza, pues presiento hemos llegado antes de lo esperado al tenebroso Abismo donde *el Verdugo* es Rey. Mas gustaríame saber quién en este obscuro paraje ahógase en terrible llanto, y de igual manera, averiguar las pérfidas intenciones de por qué el intelectual orbe nos muestra este penoso y aterrador sigilo. ¡Oh, espíritu desolado, mi anhelo aquí, en este instante, es que vos cabalguéis más allá de la aurora, buscando de nuevo a la belleza extraviada!

¡Venid a mí, luz! ¡Luz de conciencia os invoco cual un conjuro! ¡Iluminad alma mía esta inescrutable hondura!

¡Oh, fuego! Ved amigos míos cómo ha encendídose roja luminiscencia, revelando a nuestros ojos que en efecto nos encontramos en la profundidad de un pozo. Doce antorchas cuelgan sobre granítica y abismal pared. Mirando hacia arriba, no alcanzamos a ver el más mínimo destello de terrestre superficie. Os confieso nunca había estado yo a tan bestial profundidad, y a causa de ello siento ahogarme. Igual vosotros, pero… ¡seamos idiotas!

Recostado a la pared está un individuo: de él provenía el lamentable sollozo. Ha dejado de llorar. Encuéntrase desnudo y preso de infernales y tártaras cadenas que nacen del granito. Creo reconocer sus facciones, amigos míos. Tampoco me es desconocido este hombre ni a nadie que sea entendido y posea una juiciosa memoria, pues hombre profundo hubo de ser y singularidad que desatare gravitacional fuerza a donde fue toda luz a hundirse para luego arrojar destellos y explosiones incluso más allá de todos los tiempos, pues a través de él doblóse la flecha centáurica tanto que el más espantoso de todos los rugidos tuvo que oírse en devastador aleteo que arrancare a los árboles hasta sus simientes convirtiendo el suelo en tóxica ciénaga. Sin embargo, amigos míos, requiérase de igual grado tener un ser profundo para encontrar la tormentosa piedra de rayo que hacia el Abismo fue arrojada. ¿Quién la

arrojó? ¿Quién pudo haberla sacado? ¿Y qué habría acontecido de tratarse lo último?

Desmarañada cabellera tiene ese hombre, y tal como el Padre de Todo, luce un perfecto bigote sobre la boca y bajo los orificios nasales; pero trátase de un pequeño mostacho, de corte rectangular y bien trabajado, negro como las tinieblas antes ahondándonos. Su tez es pálida, y profundos sus ojos, pero también veo un anhelo a través del fuego reflejado en sus pupilas. A su lado reposa un trozo de madera cuadrada, junto a un pincel y un tarro de pintura roja. ¿Acaso pintura? Más bien trátase de sangre: de lágrimas convertidas en sangre.

Tal sigilo es el alma de un hombre que una vez existió. Sabed, amigos míos, que el único reino está en los abismos, por lo cual es este «su» reino y no pretende la mente reflejarnos aquella pérfida creencia en una prisión subterránea donde los impíos pagan por sus «pecados». Siempre he tenido yo la idea de que, aún el ser más despreciable que haya existido, existe o podría llegar a existir, no merecería la pena de un eterno sufrimiento: ni siquiera el pervertido a quien ocurriósele tan sádica y ponzoñosa creencia infernal. El Abismo es una prisión, desde luego: una muy obscura y tenebrosa cárcel; entonces he aquí, hermanos, que el «prisionero del Abismo» no es bueno ni malvado, pues, de hecho, aún el ser más bondadoso es una criatura encarcelada en su propio abismo, porque el bien, al igual que el mal, es una enfermedad del espíritu que no permite a la verdad surgir.

«Un ángel, en la Montaña», dice el prisionero del Abismo: «Los «cuatro vivientes» me lo contaron. Más allá del pozo. Más allá del desierto y del valle. Más allá de la cresta empinada y de la emperatriz cumbre: un ángel me aguarda. Es creatura hermosa, dijéronme los «cuatro que viven». Quisiera ir para gozarme con su belleza, pero encadenado estoy a este frío abismo: preso y sin escapatoria, esperando, pues ahora sé que el ángel existe, y a causa de ello soporto y espero».

Pero tú, prisionero del Abismo, mientras sigáis sujeto a las carlancas sobre esta granítica pared rodeado de doce antorchas, ¿cómo saldrás de tu prisión para subir a la Montaña? Decidme, mas tengo claro vos no escucháis mis palabras: ¿cuál llave habrá de liberarte? «Yo sé quién fuiste, quién eres y quién serás». ¿Por qué Fuiste? ¿Por qué Eres? ¿Por qué Serás? Fuiste Dolor, eres Dolor y serás Dolor. He ahí tenías la llave, pero faltó el cerrojo, ¿cierto?

Sucede entonces amigos que el prisionero toma el cuadro de madera y luego el pincel mojando la brocha en sangrienta pintura:

profundo y auténtico sufrimiento que nace del fondo vuelto la llave que abriría la puerta del Ser Abismal, ansioso de elevarse hasta el Monte de los Elegidos y por fin tocar a la Belleza. Una fina, inocente y tierna sonrisa se dibuja bajo el pequeño bigote: así pintaba como si tratárase de un infante jugando a la acuarela. ¿Qué pintáis, hombre de las profundidades? ¿Acaso al ángel del que habláronte los cuatro vivientes?

«El Gran Músico tenía razón»[103], dice el prisionero sin dejar de pintar: «Aquel esplendor debe volver. Debemos hacer retorne la grandeza hemos perdido por culpa de la miseria y la mediocridad del hombre moderno, al cual es misión nuestra superar, tal como dijo el Gran Filósofo, por medio de esta grandiosa llave tengo yo en mis manos».

¡Así es, hombre apasionado y profundo! ¡Por ello debéis pintar! ¡Pintando cambiarás ese mundo devolviéndole su gloria anhelada! No solo en virtud del Humano Ser, sino también en favor tuyo, hermano mío, pues sólo a través del arte logra el Hombre sobreponerse al sufrimiento que agobia sin descanso a los espíritus profundos y anhelantes de belleza; así que, por obra de la sangre transfigurada en placer estético, te liberaréis de esas monstruosas cadenas y podrás subir a la Montaña donde, deleitado, gozaréis de las bellezas y delicias en aquel ángel prometido a vos por los cuatro que viven.

Amigos míos todos que me acompañáis, os digo con mucha sinceridad, sobre el hecho de que a toda criatura profunda que obre en favor del arte para expresar la hondura de su alma, deberíamos apoyarle y comprenderle, pues resultaría más provechoso y sano para el Humano Ser que semejante individuo exprese de tal manera lo que existe dentro de sí, pues de cualquier otra forma lo hará. Abridme bien los oídos y poned atención de nuevo a aquel rugido de motores, proyectiles, estallidos y gritos de furia mezclada con sufrimiento acompañados de un estremecedor terremoto que sacude la tierra entera. Pero vos, prisionero del Abismo, no me hagáis caso del escándalo y seguid pintando a tu ángel…

¡Que no escuchéis, dije! ¿Por qué dejas de pintar, prisionero? Vuestra atención debéis ponerla en la llave que poseéis en vuestras manos…

Entonces ha de ocurrir, amigos míos, cuando el viento sopla con estrépito acompañado del terrible retorno de la tragedia que se

[103]El músico alemán Richard Wagner. Hitler llegó a sentir una ferviente pasión por sus óperas, que aludían a un mundo donde la sociedad percibiera toda la grandeza de los antiguos pueblos germánicos.

materializa en el aire y corre por la sangre. Cosa inesperada, el instante, viniendo de arriba cual doloroso estigma para marcar de por vida mucho más que la carne. Sobre nosotros tanto como sobre el prisionero desciende una lluvia de ardientes piedras de rayo que inundan por completo el pozo y nos aplastan sin piedad. ¡Sin lugar a dónde escapar de la tormenta! El prisionero deja salir un espantoso grito de horror mientras el peso del mundo entero viénesele encima, siendo de esta manera, hermanos, como el Abismo se llena de punzantes pedradones que los Hijos de la Decadencia hubieron de arrojarnos, evitando así que el prisionero artista lograra expresar en pintura el profundo anhelo que agobia a su ser, así como también evitándonos a nosotros el privilegio de entender aquello que nos quería decir aquel profundo individuo con estético pincel.

La mitad de las antorchas se apagaron, dejando el pozo en medio de las sombras. He ahí que la mano del prisionero se asoma por encima de los pedruscos. ¿Y nosotros? Casi no podemos reincorporarnos: nos duele cada hueso y siento yo ahora como el aire ha vuéltose aún más difícil de respirar, penetrando en los pulmones igual a una desagradable y agria esencia de tierra, humo y pólvora.

Luego de reaparecer el prisionero, iluminado el ensangrentado y magullado rostro bajo el resplandor de las antorchas, desplómase sobre las piedras y rompe a llorar. Nunca más podrá pintar otra vez: ha perdido tanto la llave como el cerrojo junto a toda posibilidad de transformar el mundo y recuperar la grandeza a través de la belleza; pero el profundo anhelo y el profundo dolor aún permanecen: siguen ahí, en lo más hondo de su Abismo, deseosos de encontrar la manera de romper al fin esas tártaras cadenas para emerger hacia la superficie. Pero, ¿cómo será capaz de hacerlo, cortadas ahora ambas alas de pájaro artista y creador? ¿De qué otra forma el ser profundo dará a luz un Nuevo Mundo?

¡Oh tú, hombre profundo! ¡No llores que no todo está perdido! ¡Siempre habrá de existir la esperanza! ¡Debéis buscar un nuevo cuadro, nuevo pincel y nueva pintura! Si no puedes pintar con sangre… ¡entonces hazlo con esas lágrimas de cristal! Otros ojos, también llorosos, dispuestos han de estar para desentrañar esa triste profundidad… ¿Y qué haces? ¿Por qué enumeráis las rocas? ¡Son muchas, no podrás saber cuántas hay!

«Ellos fueron quienes arrojaron estas piedras», habla el prisionero: «Desde hace milenios han estado arrojándolas. Contaminado está el aire a causa de su impuro aliento, así como también los bosques y las montañas donde ya nadie puede tocar a un ángel. Por obra suya el mundo es gris, y no verde ni azul, como debería ser: ¡sino gris tal cual aquella muerta

mirada del joven que ya se siente viejo, trayendo consigo el ejército de la Muerte! Mientras ellos vivan no cambiará de color la Tierra. ¡Deben desaparecer, junto a toda su miserable extirpe! ¡Y sobre sus cenizas he de levantar aquel Nuevo Mundo anhelado por el Gran Músico, haciendo uso para ello del poder latente en mí, pues el Poder es quien lo gobierna todo, tal como habló el Gran Filósofo! Y cada una de estas piedras arrojadas por esos decadentes… ¡cada una voy a devolvérselas! ¡Piedras de rayo que han caído de la obscura nube presagiando el próximo cerúleo!».

¡Espera, hombre muy profundo! Si haces eso que dices… ¡jamás te lo perdonarán! Hijo del Diablo van a llamarte… ¡Señor de las Tinieblas! Debe existir otra forma de lograrlo. Así como el bien no puede crear un nuevo mundo, ¡el mal tampoco puede hacerlo! El odio solo habrá de engendrar más odio y decadencia. Ese anhelo tuyo ahora transformado en odio hará aún más obscura la sombra que hace dos milenios cubrió la Tierra. Esto que vos estáis pensando no es lo que el Gran Músico y el Gran Filósofo habrían querido. Ellos anhelaban la belleza, ¡pero esto vos queréis perpetrar no destila belleza por ningún lado! ¡Nunca podrás subir a la Montaña y gozarte de aquel ángel si caminas por el Valle de la Muerte!

Yo te entiendo, hombre profundo. Ese anhelo colosal ha arrojádote hacia la desesperación y no encuentras la forma de cómo saciarlo ahora que arrebatáronte vuestra primorosa llave. A causa de ello presa eres de terrible y espiritual enfermedad que, siendo tan profunda, cuando emerja a la superficie del Ser, volveráse sin lugar a dudas en el más escabroso de todos los males cuántos ha habido en el mundo. Contaminado, enfermo estáis… ¡y aquellos a quienes vos profesas tan cáustico odio, también están enfermos! Haríais mejor en huir a los bosques, donde no hay ángeles, por supuesto, pero tampoco hay polvo mezclado con pólvora, ni rugidos de motores, ni explosiones que hacen temblar a la tierra, ni criaturas enfermas que te contagien de su lamentable condición espiritual. Vos, hermano mío, admirador del Gran Filósofo, deberías escucharlo: «Huye a tu soledad». Deberías escucharme también a mí: «Vete al bosque y abre la puerta abismal del Ser». Si tomas la decisión de regresar las piedras, escucha bien: desencadenarás *la Muerte*, *la Peste* y *la Revelación*, arrojando una piedra mucho más grande y terrible hacia el incierto futuro.

¡Oh, Gran Hombre del Desierto, si tan solo hubieras mirado hacia abajo!

De pronto comenzamos a subir a través del Abismo, tanto el prisionero como nosotros, volviéndose ardientes aquellas filosas piedras sobre la carne abrasada y purulenta. No rotas encuéntranse las cadenas

que ataren al prisionero a lo profundo del pozo, a pesar de que paso a paso vemos un destello de luz, a medida que ascendemos cual espectros subiendo desde el inframundo. Las rocas aumentan su volumen y radiosidad. Tal como sí, amigos míos, remontáramos con bestial premura desde de las profundidades, yo veo hebras resplandecientes que iluminan y al tiempo ensombrecen las siniestras facciones del prisionero abismal. Macabra sonrisa dibújasele. Atrás ha quedado toda dulzura e inocencia del niño artista. ¡Ah, vértigo! Permite yo hable en cierta forma desesperanzada, hombre profundo que anhelaba tocar un ángel en la cima de una montaña, con cierta taciturnidad: «Todo lo que nace muere; todo lo que muere nace. En ocasiones el pasado puede ser el futuro; en ocasiones el futuro puede ser el pasado».

Para cambiar el mundo requerido es mostrarle una nueva esperanza. Pero vos no le enseñarás esperanza, sino terror y desesperación. Tus cenizas mezclaránse con la de aquellos a quienes deseas exterminar antes de que la tierra vuelva a ser verde y azul, pues la Humanidad todavía es campo de batalla y matanza de aquella escatológica guerra entre ángeles y diablos. Oye bien: *Miguel* y sus huestes no te la pondrán fácil. ¿Eres tú acaso la *Antigua Serpiente* que al mundo rodea mordiéndose la cola, bajo el Arcoíris y el *Walhala*? Mas no eres un arcoíris, pero sí el maldecido reptil que mostrónos el fruto prohibido. Vuelto diablo os encontráis dirigiendo hacia el firmamento vuestro diabólico ejército, en virtud de triunfar al fin trayendo contigo el reino de los abismos, aunque Miguel sigue teniendo demasiado poder. De aquel cielo añorabas tú reconquistar, de ese reino de la belleza y gloria perdida, desterrado una vez más serás a la tierra, convertido ahora en el más terrible de los males existidos hasta el momento: en el espíritu más poderoso; pues, hombre profundo, dime: ¿crees tú a aquellos habitantes de los cielos les importaría que el fuego de la Revelación desate su poder sobre la tierra? Después de todo, aquel sentado en dorado trono un día sentenciará: «Ahora todo lo hago nuevo», y para crear ese Nuevo Mundo necesitará del espíritu más poderoso para que destruya la Tierra Vieja creando sobre sus cenizas una Tierra Nueva; y tú, hombre profundo, ¡tan solo has sido su juguete! ¡Por medio de vos ha logrado que el espíritu más poderoso al fin naciera! El Bien utiliza al Mal para sus «angelicales» fines, y el Mal se vale del Bien para sus diabólicos propósitos. ¡Ah, habrías hecho mejor transformándote en *aquel* de alas blancas y negras, purpúrea mirada y melena escarlata, maestro del *Triángulo Abismal*! Bien te queda su nombre: «Ruina. Exterminio. Destrucción». Pero, ¿ruina de qué?

¿Exterminio de qué? ¿Destrucción de qué? De eso mismo anhelabas vos destruir: la miseria y la mediocridad, para crear una verdadera Tierra Nueva sobre sus cenizas; pero aquel dueño del «otro símbolo»[104] no importaríale arrasar hasta la última simiente del mundo si enarbola aquella utópica fe de otra existencia mejor, «más allá de la tierra».

Tú no escogiste buen sendero: para vencer a Miguel debías ser más que un diablo y un señor de las tinieblas. Para aplastar el cuello y quemar las soberbias alas del arcángel, debías ser tú *el dios de los abismos*, de tu propio y profundo abismo, curado de toda enfermedad que impidiera a *la Bestia* elevarse desde el pozo, vuelto así «el Señor de la Tormenta». Eso fue lo que vos no entendisteis, hombre apasionado. Monarca quisiste ser, y vestido con falsa y félida piel incubaste una serpiente dentro de ti, lanzando el mortal veneno contra vuestros enemigos, contras los tuyos y, por último, contra ti mismo. No dudo yo, como ser profundo también, que desde el Abismo querías tú ver la luz de un nuevo mundo; sin embargo, cometiste el mismo error que el Gran Hombre del Desierto: a él fue *el Amor* quien le impidió crear ese mundo; a ti fue *el Odio*[105]. Solo el Espíritu del Artista tiene el poder de engendrar la Tierra Nueva, y tan noble empresa requiere conocer, saber y crear: conocerte a ti mismo, saber de ti mismo, para crearte a ti mismo; puesto que: «Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí», y si he de crearme a mí mismo, ¡entonces un Nuevo Mundo habrá de nacer!

Por tal motivo debe perdonarte la Humanidad. Hombre profundo eras, quien, en virtud de esa profundidad pudo haber sido mucho que más un diablo, mucho más que un ángel. Pregúntome yo si aquel Ángel en la Montaña añorado por tu espíritu respondía a un nombre carnal. ¿Pudo haberte ocurrido algo similar a lo que sucediole al Gran Hombre del Desierto y al Superhombre? El primero atormentado por un amor imposible, el segundo por una amistad imposible; y tú, ¿por una ilusión imposible? Despojado de amor, de amistad, de esperanza y de ilusión, también por obra del azar y por la tóxica respiración de aquellos tus contemporáneos, sólo quedó en ti espacio para el odio. Campo abierto a

[104]La cruz, el más terrible de todos los símbolos que han existido. Efigie de la miseria y la decadencia.

[105]Estas nociones metafísicas del Amor y del Odio eran lo que Nietzsche desdeñaba, pues ello es lo que deriva en aquel consuelo metafísico llamado «romanticismo», lo cual conduce a despreciar la vida y la tierra, ya sea por odio o por amor. Tal cosa fue lo que llevó al filósofo alemán a romper su amistad con Richard Wagner. Y es por eso que en el prólogo del presente libro describo yo a mi obra como «la redención del romanticismo», como un nuevo impulso que nos induzca a amar la vida y la tierra, y no a despreciarlas.

donde la peor basura fue a dar, eso fuiste. Los enfermos del espíritu frustraron ese anhelo tuyo de crear belleza, y entonces dijiste: «Si no puedo crear el Nuevo Mundo a través de la Vida… ¡lo haré a través de la Muerte!». Con los ojos de la muerte miraste el mundo. Al Gran Hombre del Desierto no le entendieron, y murió por ellos. Al Superhombre no le entendieron, y se alejó de ellos por eso. A vos no te entendieron, ¡y los mataste por eso! He aquí, hermanos míos, otro triángulo: el que se sacrifica, el que se aleja, el que mata. «Tres lados» que han fallado en la creación de una Tierra Nueva y un Cielo Nuevo. ¿Cuál ha de ser el camino? Conocer, saber y crear: he aquí un mejor triángulo. Pues no lo olvidéis: «Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí».

Voluntad de poder.

29 Dejado el pozo y al prisionero del Abismo, hemos de emprender el último descenso que nos llevará al espiritual orbe. Unas cuantas imágenes veremos antes de cruzar por la tercera puerta del Ser y aventurarnos en el más sereno, silencioso y solitario desierto. Prosigamos:

El camino más empinado ha vuéltose.

¿Y esto? ¿Amigos míos?

¡Infernal caos a nuestros ojos resplandece!

Os confieso de antemano jamás había mirado yo semejante muchedumbre en un solo lugar reunida. ¡Ah, mi espíritu! He ahí una masa multiforme de voces y oídos enfermos donde se impugnan todas las fuerzas unas contra otras elevando al Ser o hundiéndole en la profundidad. La última pradera en la cual ha de correr sangre pura o tóxica, pues no prevalece en este paraje distinción de especie, ni de género, ni de clase alguna: tanto vampiros como sátiros, ninfas, hombres, monstruos, ovejas carnívoras, sacerdotes, pastores, hechiceros, espectros, ángeles, diablos y sirenas diabólicas se devoran entre sí sobre cuero, piel y carne destrozada. ¡Solo el más fuerte, astuto y poderoso ha de alcanzar la tercera puerta logrando así el épico objetivo de saltar hacia el desierto de los espíritus!

Sin embargo, aguardadme, y no os emocionéis ni creáis cometido fácil esta epopéyica empresa: también deberá nuestro olímpico o *walhálico* semidiós superar los dos últimos retos y mortales juegos del orbe mental-intelectual: ser capaz de cruzar la grieta infinita del pensamiento, abismo terrible y letal donde muchos, si no es que la gran mayoría, no consiguen pasar, pues resulta que en ocasiones especiales y raras de nuestro susodicho viajero que se busca a sí mismo, no queriendo él ya voltear y regresar por donde antes vino, y en virtud de sentirse incapaz de saltar por encima de la «grieta del destino»[106], toma la suprema decisión de arrojarse dentro de ella, pereciendo de esta forma por cuenta propia. Y si ha de lograrlo, nuestro Ser Abismal aún deberá enfrentarse cara a cara con sus más grandes y terribles enemigos: los gigantescos *Titanes* del pensamiento, guardianes de la puerta que habrá de llevarle a conocer su espiritualidad.

[106] El señor de los anillos, de J.R.R. Tolkien.

Aquí es donde las mentes más elevadas y portentosas han de triunfar, y donde las mentes que se creían superiores habrán de hundirse. De nada sirve poseer un alto grado de intelectualidad y agudeza de pensamiento, si hemos de quedarnos allí, sin averiguar las razones ocultas que nos impulsan a pensar y analizar de esta u otra manera. El individuo superficial conformaráse en lo primero: su intelecto inclinaráse tan solo por lo efímero, perecedero, mundano y material. Él sabe; es decir, «siente» que algo mucho más profundo que el pensamiento le impregna de aquellas inauditas imágenes y grandiosas ideas; pero no desea, o más bien teme ahondar en ello. En otra ocasión os he dicho: *el Miedo* siempre ha de encontrarse delante de cada puerta, dispuesto a negarnos o a entregarnos la llave que nos abrirá camino al siguiente orbe, y para aquel, nuestro afable, querido e inteligente amigo, o no existen espíritus, o la espiritualidad es algo el Humano Ser contrae del entorno según aquello el rebaño dice él debe o no debe creer, llámese religión, llámese ciencia o filosofía. Por eso, amigos míos, cuando una persona religiosa, científica o erudita jáctese frente a vosotros de gozar de una «profunda espiritualidad», no tengáis ningún escrúpulo en reíros a carcajadas frente a sus narices. Todo lo que ellos se regodean de llamar «espiritualidad» lo han absorbido del exterior por medio de creencias impuestas sobre ellos; y como así tan cobardes son, incapaces de pensar por sí mismos y enfrentar al verdugo que acecha en el abismo de su ser, empápanse de dichas creencias o fe ciega para de esa forma serenar un poco el primordial *Miedo* que desde el nacimiento hasta la muerte ha de consumir al Humano Ser.

En cambio, el ser profundo, el Ser Abismal: éste dase cuenta de que su intelecto, sabiduría y profundidad no absorbiólas del entorno, sino que todo lo asimilado desde el exterior es basura que contamina su auténtica individualidad, y por ello siente la imperiosa necesidad de ahondar cada vez más en sí mismo: «¿Quién soy? ¿Quién debo llegar a ser?». Él no teme al verdugo que reina en el Abismo. El teme no descubrir nunca la razón del profundo Hado que habita en su alma, y llegar a perecer, consumido por la tóxica ciénaga a donde van a terminar todos aquellos quienes jamás llegaron a convertirse en lo que debían llegar a ser. Y para lograr su objetivo, amigos míos, el ser profundo y abismal debe superar los siguientes seis sigilos, que constituyen el más grande de los peligros sobre el que aspira a la grandeza y a la profundidad del alma. Una vez lograda tan heroica y trascendental empresa, el Ser encontraráse listo para saltar por encima de la mental grieta, enfrentar de nuevo a su verdugo, a los tres

grandes Titanes, cruzar la tercera puerta y desaparecer más allá de aquella colosal muralla de piedra que alcanzamos a ver en la última profundidad del valle, perdiéndose a través de obscuras nubes.

«Pero, ¿cómo habremos de llegar hasta el final, abarrotado el camino con dispares y malolientes criaturas serpentinas?». Yo os digo: no os preocupéis. Por lo general, hermanos míos, todos quienes aquí habitan forman parte de un caos mental tan agudo que para ellos nuestra presencia será nula. No podrán vernos ni tocarnos, excepto el verdugo y los Titanes; pero a ellos os revelaré aquella mi espiritual fórmula que servirá para vencerlos y descender al desierto de los espíritus. Así que tranquilizaos, compañeros; seguro estoy yo de que vosotros lograréis disipar las tinieblas del Abismo y descubriros así a vosotros mismos conociendo, sabiendo y creando el Nuevo Mundo que surge de vuestro ser, pues nosotros somos buscadores de algo mucho más profundo a lo que estos famélicos seres buscan: el ¿por qué? y ¿cómo? del ser que somos más allá del cuerpo, de las emociones y de los pensamientos. Abrid vuestros sanos oídos y entended: esos individuos que veis ahí, luchando entre sí y contra sí mismos, reflejan a la perfección aquello una vez alguien denominó con el nombre de «voluntad de poder»; pero ese hombre tan sabio y profundo erró en la conclusión de que la Vida encuéntrase inescrutablemente regida por esa voluntad, de que toda fuerza es una manifestación del poder latente en todas las formas de vida y de las cosas. No todo debería ser voluntad de poder, de lo contrario aquí habríamos de hundirnos sin llegar a conocer, saber y crear, sin ahondar más allá del desierto, tal como veremos más adelante cuando descubramos las tres jerarquías espirituales, entendiendo todo lo visto en el orbe de la mente. Aquel que ha permitido el poder apoderárase de él, víctima ha sido de los tres grandes Titanes, aplastado por su terrible puño. Yo os digo: «Vivir es creer, querer, poder y deber». Yo os pregunto: «¿Qué creéis? ¿Qué queréis? ¿Qué podéis? ¿Qué debéis?». Pues de cierto os enseño: «Vuestro creer es para con vuestro querer; vuestro querer para con vuestro poder; vuestro poder para con vuestro deber, y vuestro deber para con vuestro creer». Quiero yo deciros con esto, amigos míos, que vosotros «debéis» obrar en virtud de aquello «podéis» hacer; que aquello está en vuestro «poder» es algo de antemano «queréis» por aquello que «creéis» en el fondo de vuestro Abismo. De esa «creencia» tan honda, tan profunda, nace todo cuánto consideráis como un «deber», una «obligación», una «responsabilidad», impuesta por vosotros mismos en sí mismos, y no adoctrinada por ninguna sociedad, ninguna ideología,

ninguna religión o ciencia, sino que esa creencia es propia de vosotros, es vuestra *Verdad*. Os convertiréis así en seres autónomos y dueños de toda vuestra individualidad, y la única manera de lograr esto es mirando hacia abajo, hacia el Abismo, donde la verdad de cada uno está escondida en una profunda obscuridad. No me seáis unos despreciables «ladrones de verdades», tal como aquellos que miran hacia arriba buscando a un ser superior, porque así dijéronle debía comportarse, o aquellos que miran hacia el pasado creyendo allí residen las respuestas, porque así «está escrito», o el más despreciable de todos: el que mira hacia los lados buscando imitar el «buen comportamiento de su buen prójimo». No, hermanos míos, vosotros tenéis mucha fuerza y tenacidad para encontrar vuestra propia verdad sin dejaros arrastrar por el sucio y contaminado río donde son arrastrados quienes nunca llegan a vivir y pensar por sí mismos. Una vez hayáis descubierto vuestra propia verdad reuniendo cada uno vuestros fragmentos y enigmas, seréis capaces de mirar por fin hacia todas las direcciones, donde el pasado, presente, futuro y aquello podría situarse más allá de todos los tiempos: todo, amigos míos, todo habrá tornádose en un nuevo sentido que frente a vuestros ojos volverá el mundo más transparente que la superficie de un cristalino lago.

Por ello, esto vemos frente a nosotros representa el mayor de todos los peligros, no solo para el individuo que se busca a sí mismo, sino para el resto de la Humanidad. Ya veréis por qué. Descendamos, pues, al tercer portón. Nada malo nos ocurrirá. Podéis confiar en mí.

De las mil cadenas y el amargo cáliz.

30 Primero distinguimos un gentío en medio del triste jardín. Digo que es triste, amigos, porque de ninguna utilidad resultan los pétalos de rosas ni el aroma de las flores si éstas no pueden olerse ni tocarse. ¿Y por qué menciono esto?

Bien, hermanos: a través del vergel alcanzamos a observar a varias personas caminando en pareja: varón y mujer; o en familia: padre, madre e hijo. No resultaríanos para nada fuera de lo común este sigilo de no tratarse el caso de que los varones están encadenados a las mujeres, y éstas a los varones; o los varones encadenados a los niños, y éstos a las mujeres: todos sujetos a firmes carlancas, muñeca con muñeca. Ocurre lo siguiente: cada vez que alguno de ellos intenta zafarse de quien está encadenado, en el forcejeo se produce dolorosa hemorragia, o bien uno de los dos posee mayor fuerza y arrastra al otro sin permitirle marchar con libertad.

He ahí a los varones mirando los rosales, con ansias de tocarlos, mientras buscan zafarse de las femeninas cadenas. Algunos lo consiguen; pero ninguna ruptura, amigos míos, ha de soltar ileso al hastiado cónyuge que se ha cansado de caminar día con día sin poder correr libre a través del jardín, pues al tocar a las preciosas y doradas margaritas se manchan éstas con la sangre hubo de correr desde la reciente herida que abrióse al romperse el lazo marital, perdiendo así los virginales pétalos toda su virtud e inocencia antes incólumes.

Y ocurre entonces que las mujeres, ahora solteras, al proveer el sustento a sus niños, les manchan de sangre a ellos también, quedando así la infantil castidad por toda la vida mancillada. Sucede también, cuando las mujeres son quienes desean liberarse de las crueles cadenas para ir en busca de las flores y aspirar el fresco aroma de los tulipanes, no se lo permite su compañero sentimental. Y como se trata el varón de un ser mejor dotado: desdichada y pobre sea aquella fémina mientras añora libre correr en medio del jardín, pero que tan solo ha de convertirse en irrealizable sueño que se hunde en el Abismo.

Sin embargo, amigos míos, no todas las mujeres son débiles: existen poderosas valquirias y enérgicas amazonas que consiguen zafarse de los

monstruosos grilletes; pero sea cual sea quien se libera primero, inevitable es que se produzca el sangrado tras la nupcial ruptura; y así vemos como las mujeres, igual a los varones, manchan de sangre a los tulipanes, a sus niños, si los han tenido, o a aquel varón quien ha vuéltose «responsable» de la rebañera y candorosa criatura; pero sin importar cuán grande y digno resulte nuestro Varón o nuestra Fémina siempre ha de producirse el mismo resultado: tanto las margaritas, como los tulipanes y lo párvulos manchados de sangre acaban, y vosotros sabéis de antemano, amigos míos, que la sangre atrae más sangre; no sangre pura, por cierto. ¿Por qué os encadenáis, varón y mujer, si os resultan dolorosos y punzantes los eslabones?

De acuerdo, siguiendo nuestro camino a través del afligido y deshonrado prado vemos algunos varones y mujeres caminando solos, sin niños ni pareja. Así cada cual puede tocar a las margaritas y oler los tulipanes dispenso de sangrienta culpa. Pero ¡cuidado, varones, pues las rosas tienen espinas! ¡Cuidado, mujeres, pues algunos tulipanes están marchitos y huelen a podrido!

Nos damos cuenta al observar aquello de que, por más agradable y placentero sea el tacto de los rosáceos pétalos y madrigal aroma de fresco rocío, tanto los varones como las mujeres acaban por hastiarse, pues, tal y como supimos allá en la Montaña, a través de la cresta empinada, lugar por donde bajamos desde el orbe físico hasta el orbe emocional: «Una belleza en extremo radiante y superficial tórnase insufrible delante de una mirada espiritual y perceptiva. Requerido es para el ser profundo aquella apetecida belleza muestre signos de vida, de sensibilidad». La rosa y la flor son bellos objetos, pero inanimados. El amante, al amar, quiere a su vez sentirse amado, anhelado, deseado por aquello a quien ama: «Tanto una rosa como una margarita no pueden amarme. ¡Bellas son por sí mismas! ¿Por qué habrían de devolverme este amor que yo les profeso? ¡Estremecedora belleza resplandece al sentiros tan amadas, rosas y margaritas, dulce toque cuando os gozáis de mis caricias, pero siendo vosotras quien no me tocáis a mí!», dice el varón, quien, siendo presa de febril deseo, de sentirse amado y tocado, ha de buscar a la Mujer, a la fémina que le fue destinado amar, queriendo aquel noble y apasionado caballero adueñarse de su corazón; y he ahí a la Mujer que le ofrece ese corazón, palpitante, en carne viva, sobre la palma de su mano derecha, pero en la mano izquierda unas cadenas, ya sean de hierro, de bronce, de plata, de oro o de diamante. Y dice la Mujer al Varón: «Soy tuya de cuerpo y alma, pero de ahora en adelante debéis caminar siempre junto a mí,

atadas nuestras manos con estos «dulces grilletes». De lo contrario no podréis amarme ni yo podré amarte. Si hemos de gozar de nuestra compañía, necesario es ser esclavos el uno del otro, porque así lo manda el rebaño. Y si has de vivir por siempre encadenado a mí, tampoco podrás amar ni tocar a otra mujer, ni yo podré amar ni tocar a otro varón, pues si tú me eres «infiel» no seréis ya merecedor de mi amor, y si yo te soy «infiel» no seré merecedora del tuyo. Debemos amar a uno solo y vivir por siempre para uno solo». Así habla la mujer al varón, y éste dice lo mismo a aquella. De esta manera, en virtud de poseer ambos el amor del otro, dispuestos están a encadenarse de por vida y así dolorosamente sangrar de por vida, manchando de sangre a sus hijos y a todos aquellos pretendan luego amar y tocar.

Dejando de lado a los varones esclavos de mujeres y a las mujeres esclavas de varones, continuamos bajando. Vemos a un joven leyendo un libro, absorto en sus páginas. Alrededor suyo se encuentra un gentío, susurrándole, hablándole, gritándole, pero el muchacho ni se inmuta ni les pone atención. Para él, amigos míos, aquel libro es el único mundo que existe, su razón de ser y «cosa en sí». «Debo estudiar», dice el chico: «Solo en un libro se encuentra la Verdad. El entorno miente. Si no leo todos los días, no aprenderé sobre la vida, sobre mi oficio y profesión. Los profesores dijéronme que debo leer por lo menos «un libro al mes», que si no lo hago «deterioraráse mi intelecto». Por ello hay que leer, ¡vosotros, flojos! No por placer, sino por obligación, ya que es una responsabilidad. Por cierto: ¡vayan a la universidad! No desperdiciéis vuestra inteligencia holgazaneando por ahí, ¡sinvergüenzas!». No hay otro mundo sino se tratan de imágenes y letras, anegadas en miles y miles de páginas que absorben día con día el espíritu de nuestro afanoso erudito. Y así, año tras año, observamos como la piel de aquel doncel se arruga, tórnanse grises y blancos sus cabellos, pero ni así deja de leer aquel libro, ignorando todo lo que sucede en el mundo exterior.

No muy lejos hay otro joven, un poco pasado de peso: la piel le cuelga de todos lados. Está rodeado de un gran banquete: carne de ave, cordero, vaca, cerdo, embutidos e intestinos, fritos, asados o al horno; pan de cebada, de maíz y de trigo; frijoles blancos, negros y rojos; arvejas, lentejas, pastas y arroces; verduras y hortalizas; vinos blancos, tintos y

negros; licores y aguardientes; galletas y golosinas. Y vemos como el gordo y glotón muchacho combina estos alimentos de una y mil formas, tragando a bocados cada porción de alimento, pues si dejara de comer, sería para él tanto como su muerte, el fin de todos los tiempos, por lo cual no hace otra cosa más que vivir para ingerir comida, ignorando todo lo demás siendo capaz de cualquier cosa con tal de ver siempre llena su alacena.

Y he ahí luego a una «buena samaritana», de esas a quienes llaman «hermanas de la sacristía». Está arrodillada frente a la imagen de un «santo». Tiene en la mano un crucifijo y alrededor del cuello un rosario. Ora, dase golpes de pecho, pues cree ella que de esta forma «expiará todos sus pecados», todos sus «deseos carnales»: «Por favor, señor mío, líbrame del fuego infernal», dice nuestra bien amada «monja». Detrás de ella se encuentra el sacerdote, o, en este caso, el «confesor». Por medio de este hombre aquella pobre mujer ha quedado absuelta de toda ignominia. Pero ¡cuidado, hermana! Volvéis a «pecar», volvéis a ser merecedora de pena y castigo. Por tanto, es obligación tuya andar toda la vida obedeciendo los preceptos eclesiásticos cual mansa oveja del rebaño. No debes seguirte a ti misma, sino al señor que es tu pastor, pues él te ayudará a «caminar por el valle de sombras de la muerte. ¡Y no temerás al demonio!». ¿De acuerdo?

A lo anterior le suplanta la imagen de un «hombre de ciencia». He ahí un mago-científico, quien cree en todo aquello es capaz él mismo de tocar y crear valiéndose de nuestra diosa *natura*, ¡pues incluso ha de lograr que la propia naturaleza se vuelva contra sí misma! «Es real todo cuánto provenga del método y produzca un resultado», dice el mago-científico: «Es real este Universo, esta Tierra y todo cuánto nos llega a través de los sentidos, siendo estos sentidos un mero mecanismo de la naturaleza para decodificar esa Tierra y Universo. Cuerpos, elementos y números: tal es la única razón y sentido de la existencia, por lo cual, todo aquello pretenda ir más allá de los cuerpos, elementos y números; es decir: todo cuánto corresponde al terreno de la *metafísica*, tan solo representan fantasías y quimeras. La ciencia tiene respuesta para todo». Ver para creer. Oír, tocar, oler y degustar para creer: «Creemos porque creemos», dicen los científicos: «La verdad se encuentra más allá de las estrellas, no adentro de nosotros. El Humano Ser es tejido biológico perecedero carente de

espíritu y de alma destinado a convertirse en nutrientes para el suelo terrestre». Y así, el científico nace, se reproduce y muere, dejando tras de sí más tejido biológico.

Acto seguido vemos a un «maestro de la sabiduría», un «buen pastor» gritando a voz de cuello: «¡He descubierto LA VERDAD! ¡No quedan más verdades por desentrañar! ¡He aquí, hermanos, el Arca de la Alianza, el Santo Grial, la Piedra Filosofal, la Panacea de todos y para todos; por tanto, amigos míos, todo aquello en cuanto creéis solo es mentira y engaño. La Humanidad debe postrarse ahora frente a LA VERDAD, rendirle culto y no hacer caso a ninguna otra doctrina, ni siquiera aquella que piensen haber descubierto dentro de sí mismos, pues estarán siendo engañados por otros o por el vientre de su ser, dejando su vida entera a merced de la falsedad». Y entonces vemos como la muchedumbre se inclina frente al Gran Sabio, dándole razón y entendimiento, siendo aquel Gran Hombre de ahora en adelante: «el Camino, la Verdad y la Vida».

Después, alejándonos del jardín, de lectores empedernidos, glotones lujuriosos, ovejas de la sacristía, científicos que viven en las estrellas y sabios verdaderos, nos encontramos aquí con unos artistas: hombres creadores y transformadores. Primero hemos de observar al escultor, el cual busca la forma de reflejar en la estatua aquello desea expresar en el fondo de su abismo. Parece ir por buen camino, pero sucede que voltea hacia un lado y observa a otro escultor, quien da la impresión de lograr un mejor acabado. Entonces se pregunta el arquitecto: «¿Seré yo un mal creador?». En efecto, dase cuenta el primero de que «el pueblo» se regocija y prorrumpe en aplausos y gritos de admiración cuando el segundo escultor termina su obra, sintiéndose éste acabado también, lleno, completo y aceptado, pues dice la muchedumbre: «Un artista no es artista si su arte no responde a ciertos parámetros estéticos, establecidos por las Reales Academias». En virtud de esto último, aquel apasionado y humilde escultor se entera por sí mismo de que su arte es «mediocre», cosa le obliga a abandonar el noble sueño de convertirse en un gran arquitecto. Ocurre lo mismo con el pintor, cuyo estilo de pincel y pintoresco acabado no convence a la «crítica», sobre todo si se trata de una obra demasiado «grotesca», pues recordad, amigos míos, que la crítica

siempre tiene la razón, ya que los críticos estudian y saben, ¿no? Y «el arte debe tomarse como un oficio, una carrera, una profesión, y no como una manera de expresar el fondo de nuestro ser, de liberarnos a nosotros mismos del sufrimiento». Al menos así habla «el público estético». También tenemos al músico y al poeta cuyos versos y melodías se oyen arrítmicos, sin gracia, no asimilables para unos oídos enfermos que prefieren tonos sensuales y rameras letras; o el cantante que siente su voz está enferma no dando la talla ni encontrándose al nivel promedio de lo que se considera como aceptable y reconocible para el público; o también el bailarín, quien al «mover el cuerpo con estilo» experimenta una cierta sensación de vergüenza y miedo de que sus movimientos parezcan extraños y ridículos; y luego el «estilista», quien piensa en sí mismo de este o aquel estilo que desea expresar al vestir o llevar un determinado corte de cabello, de ojos, de sonrisa, de postura corporal, modo de caminar, elocuencia, grado y tono de voz, preocúpale en gran medida que todo aquello parezca risible y «extravagante» para una sociedad que se inclina por lo normal, por lo que renuncia a la idea de mostrarse como realmente es por medio del orbe corpóreo. Y por último, pero no menos importante, hemos aquí al escritor, literato, filósofo o poeta, a quien le vemos empecinado, leyendo toda una biblioteca de libros, pues: «Quien escribe sin leer habrá de perder el rumbo y estilo», dicen los escritores «más reconocidos» y las «editoriales más importantes» y las «reales academias de lengua y literatura». Debido a esto aquel noble aspirante a literato cree al leer mucho encontrará su propia voz fluyendo así ese manantial de letras que vive dentro de sí mismo. Pero al empezar a escribir siente de inmediato es flojo su estilo, aún más si lo compara con otros escritores de referencia. Esto le produce mucha frustración, y empapado en cuerpo y alma con aquellos preceptos: «tiempos verbales, sinónimos, ortografía, ritmo, número de frases, número de palabras, número de páginas», se olvida de buscar la verdad dentro de sí y toma lo anterior como sagradas e inviolables directrices que de no ser acatadas al pie de la letra volveránle un mal escritor, aficionado mediocre artista de segunda mano, y es así como aquella chispa divina y creadora queda apagada. Poned atención, amigos míos: algunos viven para comer, cuando en realidad deberían comer para vivir. Otros viven para escribir, cuando les sería más provechoso «escribir para vivir»; pero, amigos, he allí a las editoriales poniendo de inmediato sobre la mesa frente al noble y apasionado escritor-artista: «Dos libros al año. De lo contrario: ningún contrato», sucediendo a causa de ello que el bueno, pero lento escritor,

conviértase ahora en un veloz literato, pero de mucha menor calidad en consecuencia de no escribir ya para sí mismo, sino para el rebaño, para «el mercado». Y así, amigos míos, grandes creadores acaban siendo mediocres artistas, aunque mejor aceptados, pasando de ser individuos libres para crear a esclavos por crear para los demás.

La maldición de Heracles.

31 No es posible postergar nuestro mental viaje durante mucho tiempo, pero os confieso la compañía de un artista sienta bien a hombres como nosotros, de igual manera creadores. Quizás no reconocidos, sin fama. ¡Y sea lo mejor!

La fama es un peso que no podría soportar este vuestro servidor: el rebaño siempre aguarda lo mejor por parte del famoso. Cabalmente esto es lo que hace al famoso equivocarse.

Seamos más bien creadores de nuestra propia libertad. Se oye precioso, y ello debería convertirse en una nueva clase de acto creativo: hacer de la libertad un arte en sí mismo, del cual derivarán el resto de artes posibles e imaginables.

Tomad vuestra pintura, entonces, y dibujadme con libre pincel el Nuevo Mundo donde añoráis libres correr; tallad sobre nueva roca y sobre nueva madera la escultura de la Tierra Nueva; inventaos nuevos pasos de baile que os sirvan para celebrar el resplandor del próximo amanecer; despojaos de vuestra antigua coraza y vestíos con piel hipersensible para haceros sentir las caricias del nuevo sol con una exquisita e inefable intensidad, puesto que, sentados bajo dorados efluvios matutinos, tomaréis cada uno vuestra pluma y escribiréis sobre virgen papiro el inicio de una Nueva Historia.

Llegado vosotros a dominar el acto de la libertad hasta el punto de volveros artistas para ello, ¿cómo no habríais de ser vosotros quienes daréis luz a todas las cosas dentro y fuera de sí? Y, ¿qué busca el «libre artista»? He allí mismo la pregunta que dase a sí misma respuesta: busca libertad.

Un auténtico creador quiere ser libre, tanto los demás marchen libres junto a él. El acto supremo de la creación se encuentra por encima de toda doctrina moral: el artista, el creador, no puede ser moralista, no puede pretender juzgar su propia obra, pues todo cuanto ella representa de sí mismo trátase una extensión.

«¿Es mala mi obra? Yo soy malo. ¿Es buena mi obra? Yo soy bueno. ¿Soy un mal hijo, queridos padres, y me juzgáis? ¡Pero vosotros fuisteis quienes trajéronme a este mundo!».

Ahora vosotros, patriarcas de toda moral religiosa, ¿entendéis a qué refiérome con ello? Si el concepto de arte encuéntrase ligado al concepto

de libertad, ello deriva a la moralidad como el origen de toda esclavitud; el Bien y el Mal, así como las ideas que se tienen sobre lo correcto e incorrecto: he ahí el amanecer y atardecer de todas las cadenas. El creador, sea cual sea su naturaleza, busca libertad de las cadenas que le oprimen, pero al actuar por sí mismo en virtud del acto creativo ya se comporta como un ser libre, es ya un artista, y cualquier obra de arte, por muy bella o fea que resulte, hállase de antemano por encima de todo juicio…

El gran problema surge, amigos míos, cuando la obra de arte se convierte en un peligro, incluso para su creador. ¿Qué pensar de tratarse el caso? ¿El creador ha dado luz a su obra por necesidad de recrearse a sí mismo? O, ¿lo ha hecho con espíritu de juez, creyéndola buena, creyéndola mala? ¿Y qué tan grande y poderosa podría llegar a ser una obra de arte para que su propio creador se vea de inmediato en la obligación de encadenarla, cuando en realidad él buscaba «libertad» al crearla, pero que siendo libre aquello creado, transformaríase en la «libertad suma», en la última de todas las libertades? ¿Qué es en verdad ser libre, tratándose de este caso? ¿Es poseer la llave que «libera las cadenas», teniendo el poder para abrirlas en cualquier momento? ¿Dónde está el cerrojo y la puerta?

He aquí el mayor de los peligros, acechándonos, a través de aquellos que antes de mirar hacia abajo, miraron hacia arriba: «Después de todo, allá en los cielos existe un mundo mejor al nuestro. ¿Qué importa esta existencia terrenal?».

Oh, ¿quién…? ¿Quién podría asegurároslo, tú ave cósmica que añoras más allá del firmamento volar? El cielo, el mar y la tierra… Pero el mar no sería nada si prescinde de tierra fértil, ni bello ha de volver a ser cuando la cerúlea cúpula pierda su brillo celeste cual muerto reflejo de la oceánica superficie.

¡Oh, Poseidón y Hades!, criaturas olímpicas, ¿habréis de perecer cuando, llegado el momento, Urano tome venganza de aquella terrible injuria perpetrádale por Cronos? ¿El fin de todos los tiempos? ¿Más allá de todos los tiempos, cuando el supremo creador ejecute la suprema destrucción?

¡Bajemos! ¡Bajemos! ¿El tiempo viene? ¡Oh, hermanos, quizás esta es la única vez que presiento yo acábase la clepsidra volviéndose mi enemiga aquella Antigua Serpiente! ¿Escucháis los falsos rugidos?

Llegamos tarde. ¡Llegamos tarde! Los guerreros quieren apoderarse de la última llave.[107]

La mental grieta se abre cada vez más y más e incapaces vamos a ser de cruzarla si no llegamos a tiempo sobre ella. Desdichado de mí, por ser víctima de esta inesperada y diabólica premura, cuando a través de mis sanos y aún demasiado jóvenes oídos penetra el sucio y envenenado grito de aquel vistióse felino con la premisa de bajar al submundo para rescatar a «su amada» del último sueño. ¡Oh, tú, romántico, incapaz de aceptar a la muerte inevitable! ¿Os pareció causa de fatiga entonces vivir? ¡Falso león que matásteis a aquel desde el fondo rugía, ganando en virtud de tan heroica acción la llave que abre las puertas de la vida y la muerte! ¡Terrible esfinge! En lugar de otorgar un nuevo sentido a la existencia al descubrir aquello nuevo que aparecía en vos, elegiste descender por la puerta de lo inescrutable desafiando incluso el orden natural. Un hombre así con tanto poder sobre el destino, siendo monarca cuando podías ser algo más…

A nuestros pasos interpónese un gran montículo de piedras filosas y ardientes. ¡Quien pretenda subir por ahí, sin duda lastimaráse con gran dolor! Encima de los pedruscos vemos reposar una serie de objetos: un dorado trono, adornado con las más preciosas joyas capaces de imaginar, y sobre él, una piel de león; al lado: una llave junto a otra piel, pero en este caso, la piel de un lobo.

Blindaje felino y blindaje canino, una silla de oro, y una llave… ¿De qué utilidad serían para nosotros unos objetos tan peculiares? ¿Por qué razón requeriríamos de una llave? ¿Para abrir el tercer portón que nos conducirá hasta el desierto de los espíritus? Pero ya os dije que tenemos la llave en nuestras propias manos, amigos míos, y aquella en pedregosa cumbre, no fue colocada ahí para nosotros, quien sea háyala puesto en dicho lugar. Una silla leonada bruñida con celestiales perlas… ¡Da igual si el trono es de oro o de madera! El «asiento», para todo aquel que sea dueño de sí mismo, nada más representa un lugar de descanso, y no un sitio desde el cual gobernar. Solo aquel que no es el Rey de los Abismos necesita ser el rey de los demás. El oro y las joyas son materiales muy codiciados, ¿y quién podría sosegado descansar estando atento a los roñosos usurpadores para que no le arrebaten aquella silla en la cual se encuentra reposando? Oh sí, hermanos míos, ¡aviénese mejor un asiento

[107]Mientras escribía este libro estalla el conflicto bélico entre Rusia y Ucrania.

de madera donde dormir como un querubín, y libres seguir con nuestro camino!

Mirad compañeros: hacia el montículo de piedra corre una muchedumbre de varones y damas, cansados y desesperados. ¡Y cómo no lo estarían! Pesados armazones traen puestos encima, cual férreas armaduras que no les permiten desplazarse ligera y abiertamente. Todos poseen escudo, espada en mano, enorme yelmo y dura coraza para entrar en batalla. ¡Toscos guerreros son, presas de la fatiga, en busca de aquella libertad tan anhelada! Igual a un gran ejército rodeando al enemigo y listo para arrojarse en furioso ataque, así rodean el montículo de piedra estos individuos, formando un círculo semejantes a un gran montón de gladiadores, y atentas sus miradas en aquellos objetos que reposan igual a un trofeo esperando ser ganado. Cada rostro en cada soldado, se ilumina de orgullo y esperanza. ¿A qué esperáis, pues? Aquellos objetos os pertenecen, pero veo muchos individuos para única silla, única llave y única piel. ¿Cómo os repartiréis el botín?

Los soldados saltan por encima de las rocas y comienzan a luchar entre sí. Corren sangre y lágrimas, salpican miembros, se desgarra la piel, y también los cabellos. Entre gritos de furia y dolor caen cientos de cuerpos mutilados hasta formar un montículo aún más colosal que las mortales piedras, y solo quedan con vida aquellos guerreros que resultaron más poderosos y astutos en batalla, o quienes tuvieron suerte de salir airosos en la contienda.

De esta manera, solo un par de ellos consigue llegar hasta la cima del montículo donde aguardan el trono dorado junto a la piel de león, y la llave junto a la piel de lobo. El primero de los soldados, quizás el más codicioso, no espera un segundo para vestirse de felino sobre la muy pesada armadura, y sentarse sobre la joyera y opulenta silla, creyendo que todos sus dolores por fin han terminado y el mundo ahora le pertenece ahora que es el Rey. Sin embargo, aquel dase cuenta de que el otro guerrero, en vista de haberse quedado sin trono y sin leonina coraza, apodérase entonces de la llave y de la piel de lobo. Y así, nos enteramos de que el cerrojo para aquella llave no es otro que la pesada armadura, la cual llevaban puesta los gladiadores encima: llave que sirve para quitarse todo el armazón del cuerpo y ser capaces de andar con libertad.

Entonces ocurre, amigos míos, que el soldado se libra de tan molesta carga, vístese de cánida piel, y se marcha, libre por sí mismo y con poder sobre sí mismo, ligero como un ave y solitario cual desértico lobo; mientras el otro se queda en la silla, rodeado de oro y joyas, pero

aún con el peso y ahogo sobre cada fibra de su cuerpo, sin poder libre correr a través de los valles y praderas, y sin poder bajarse de la silla aún si lo quisiera, pues de hacerlo, aquel soberbio peso hundiríale bajo dolorosos pedruscos que por encima le aplastarían sin misericordia, al intentar bajar por donde antes luchó al subir.

32 Estamos cerca. Ya casi hemos llegado al último fondo del valle y en este momento, oímos truenos ensordecedores cual presagio de la Gran Tormenta que cubrirá al mundo con una nueva sombra.

Un camino hay al frente: un sendero por donde inevitablemente hemos de pasar; pero al hacerlo, tendremos cuidado, pues hacia ambos lados de la vereda, encuéntranse dos manadas de «leones» intercambiando fieros rugidos. Grandes felinos, enormes «bestias», poseedoras de piel dorada y fogosa melena que brilla en las sombras: la una roja y la otra amarilla. Fuego rojo contra fuego naranja.

A cada felino rugido, ¡qué grandes colmillos y molares!, tiembla la tierra y se forman abismos, de los cuales brotan llameantes columnas de lava mientras se precipitan rayos desde las verdes y obscurecidas nubes. «El Rey León» es quien gobierna la manada, encargándose de cuidar a sus leonas, a sus cachorros y a los más jóvenes felinos. Y la «guerra entre rugidos» no se detiene, pues los dos reyes buscan convertirse en «aquel que más poderosamente ruge», en el rey cuyo único rugido debe acatarse.

Sin embargo, a cada momento, los rugidos se vuelven más bestiales y destructivos, causando daño severo en el entorno; y, todavía así, ¡no dejan de bramar estos felinos reyes! ¡Esperad, soberbios emperadores! Mientras os empecináis en demostrar cuál de vosotros más poderosamente ruge, el mundo a vuestro alrededor escombros está volviéndose. Incluso habéis puesto en peligro a aquellos que decís proteger. ¿Acaso no os dáis cuenta de cómo huyen los cachorros junto a sus madres leonas? Ambos sois poderosos y habéis demostrado que el mundo se estremece bajo el avasallante y felino grito, pero si destruís por completo el mundo donde reináis, ¿cómo seréis grandes, si no queda nadie que sea testigo de esa grandeza?

¡No me escuchan! Presos están de embriagador orgullo. ¿Veis las cadenas? No las habíamos visto: ambos reyes leones están encadenados allí en el sitio desde el cual han de rugir y gobernar. No pueden trasladarse a ningún otro lado por lo que es su destino mandar desde ahí. Por eso han rugido, rugen y seguirán rugiendo, pues así mandan y

protegen su propio reinado. ¿Qué les sucedería si perdieran aquel oficio? Aquí gana quien más fuerte ruge. El ganador los domina a todos; el perdedor se hunde, y es devorado ya sea por los suyos, ya sea por sus enemigos, ya sea aniquilado por el fuego de los abismos y la eléctrica tormenta, hasta quedar vuelto polvo y cenizas; pues, y aunque no rugiera nunca más, todavía permanecería sujeto a las eternas cadenas que de por vida le han pulverizado toda esperanza de libertad.

Mirad, amigos: uno de los leones se ha cansado por fin de rugir. Desplomado en el suelo ha quedado, reflejando tanta fatiga en su mirada, que dámonos cuenta de que el jadeante felino desea correr y perderse para siempre en la profundidad del bosque; sin embargo… ¡no puede! Su condena es desaparecer allí mismo donde antes rugió y gobernó.

¡Oh, cómo un felino encarcelado podría tratarse de un verdadero león! Nobleza, pasión y libertad: tales son las principales características de una voluntad leonina, pero si no se posee la última, ¡aquel ser noble y apasionado verá extinta la llama de su espíritu!

«¡Yo soy vuestro león! ¡Yo soy quien más ruge en este mi reino! ¡Mi voluntad ha de hacerse, y aquel que pretenda rugir por su cuenta o rugir más que yo, habrá de perecer bajo mi roja y naranja llama!», habla el león encadenado, pues, al ser presa de monarcales grilletes, está obligado a proteger su trono, y no hay otra manera de hacerlo más que rugiendo día tras noche sin descanso; pero al entrar en conflicto con otros leones y producirse una «guerra entre rugidos» surge el caos, la muerte y la destrucción. Mas una guerra entre leoninos bramidos sería lo menos preocupante, de no desatarse la «otra guerra», aquella que nadie quiere se desate.[108]

Por tal motivo, no es para nada lamentable el hecho de que alguno de los leones se fatigue de tanto rugir; escalofriante sería si ocurre lo contrario: cuando ninguno de los leones detiene sus rugidos, mientras más y más ruge el falso león, más cerca está de pronunciar en alguno de aquellos falsos rugidos el *tenebroso conjuro*. Solo daos cuenta de cómo el fatigado león, viéndose derrotado y sin oportunidad de escapar, despójase de la falsa y leonina coraza, revelando a la serpiente que lleva por dentro, pues un león que ruge preso de cadenas, jamás será un verdadero león.

Ahora, hermanos, aquella serpiente escupe su veneno: tóxico fluido que aniquila todo cuanto toca; el suelo y los árboles se vuelven alquitrán,

[108] La guerra entre dragones.

los cachorros y leonas que el falso león protegía huyen despavoridos, y aquel enemigo que rugía en su contra, revela también ser un felino impostor, desencadenándose una monstruosa guerra entre serpientes. Los cuerpos de quienes decían ellos proteger se derriten hasta los huesos, quedando el campo de batalla hecho una tumba. Y vemos que las serpientes, al darse cuenta de que ninguna pretende rendirse ni dejar de escupir veneno, entonces huyen. Pero, ¿a dónde han ido los fríos reptilianos? Ello me engendra un mal presentimiento. Esta zona de guerra es ahora devastada pradera, y sabemos de antemano, amigos míos, que no existe nada más ponzoñoso que una serpiente iracunda. Esas vengativas criaturas, cuando toman la decisión de huir y esconderse, listas pronto estarán para arrojar un veneno más poderoso y dañino.

33 El más grande de todos los conjuros.

El viento baila sobre la hierba tierna, quien se encuentra expectante a las caricias del rocío; cual anhelo de una nueva esperanza, bajo el platino círculo, regio señor de las obscura y septentrional bóveda, aquel se halla solitariamente frío, suplicante de cánidos lamentos para impregnar el corazón esta noble y tierna melancolía de aquel taciturno demonio, deseoso de libre correr al fin a través del Gran Valle, y de las tinieblas ansioso, sin más compañía, tan solo de la plena y llena luna, que por siempre será eternamente de nosotros, ¡diosa platina!

Presiento de ahora en adelante ha de resultarnos el camino más sereno y espiritual. Cerca estamos de abandonar el tormentoso valle de pensamientos caóticos, para entregarnos en la plenitud de cuerpo y alma a la sabiduría de los espíritus que viven dentro del Humano Ser. ¿Vosotros, sois mi manada?

¡Ah! ¡Helada y nocturna ventisca! Distinguimos a los lobos. Allí les tenemos, sollozando bajo la solitaria novia, y luciendo gris pelaje, casi platino, igual a la doncella que nos abraza todas las noches cuando exploramos el mundo y las pasiones nocturnas siendo los hijos del crepúsculo. He aquí el instante, como así los minutos fríos transcurren, de la misma forma que la plata, mientras los herederos de la nocturna diosa marchan libres a través de la gran pradera. Más cerca penetra en la pupila el sigilo de la grieta mental-espiritual, al tiempo que me invade de pronto el solitario anhelo de unirme a los solitarios lobeznos: magníficas criaturas que viven por sí mismas y para sí mismas, sin esperar ni hacer esperar a nadie, sin más testigos de su placer y de su dolor que ellos mismos.

¡He ahí a los lobos! Feroces y auténticos, duros como el hielo, negros y confundibles con la noche, y grises también al sollozar en un triste lamento bajo la luna, fundiendo sus lágrimas con el platino resplandor. Cuenta una vieja leyenda sobre la historia de un eremita, hombre solitario, señor de las cavernas, quien enamoróse con locura de la diosa lunar. Cada luna llena sentábase el hombre fuera de su cueva para deleitarse con la vista del cielo platino, dedicándole poemas y bellos cantos. Mas poco a poco fue enfermando de melancolía al sentir que su luna enamorada enterada no estaba del gran amor que él le profesaba, y

que por más le amara, no podría llegar hasta ella para fundirle con sus brazos y volverle eternamente suya. Y fue así como, noche tras noche, el eremita lloró y lloró en virtud de su pasión, lamentándose de aquel anhelo terrible y desolador. Dicen que sus ojos volviéronse plateados de tanto mirarla, y que sus llantos convirtiéronse en aullidos de tanto llorarla. Entonces el desesperado romántico acabó por transformarse en una criatura nocturna amante de la luna: en un lobo, quien a cada plenilunio corre hacia la pradera para desahogar el profundo e inconsumable sentimiento que atorméntale sin descanso.

¡Cuánta melancolía! ¡Cuánto hace vibrar a mi espíritu desolado este sigilo! Prestad atención mis taciturnos amigos a los fragmentos y enigmas de vuestro abismal ser: quien es serpiente ama las serpientes; quien es león ama los leones; quien es lobo ama los lobos y a la luna llena y a unos ojos plateados. ¡Oh, este romántico sin destino ni tampoco esperanza! Una vez quisiste soltar a los furiosos sabuesos que sufrir te hacían bajo dulce y cálida piel. Yo deseo que mis lobos salgan, libres al fin, dueños absolutos de sí mismos y de todo mi ser, confesando de una vez por todas aquella endemoniada pasión: «¡Te amo, diosa plateada! ¡Luna de mi vida! ¡Doncella de plata! ¡Quiero me cubras en tu fría morada!».

Mas daos cuenta, compañeros, de que el verdadero lobo no busca manada en la cual restregar su dolor: él quiere estar solo, viajar solo, amar solo, odiar solo, gozar solo, sufrir solo, vivir solo y morir solo. ¡Tal es la única y auténtica voluntad del amante lunar!

Y por eso vemos ahí, hermanos, a un lobo solitario cantándole a la luna, y frente suyo: cánida manada, también a la diosa entonándole. ¿Quién puede ser más, o menos? ¿El que marcha solo o el que marcha acompañado? ¿Cuál lamento se oye más gélido y puro, cuál es más propenso a derretir su propio corazón? Aquel blanco espectro que muerto y sin poder otra vez morir, deambula a través del mortuorio valle de los pensamientos, consumido está por el olvido de un anhelo y querer en el Abismo perecido: el temeroso cachorro que una vez tuvo que huir de los bestiales corderos, sedientos de carne y sangre, ahora ha crecido, tornándose valeroso, autónomo y espíritu glaciar que deja por la noche cabalgar el alma, libre por los desiertos, valles y montañas, pero atormentado por aquel parasitario enigma que en sí mismo dio luz y vida: «¿Debo ser más de quien soy ahora? ¿Cansado estoy ya de mi cánida sombra?». ¡Ay de aquel que añoraba tocar un ángel! ¿Es el plenilunio tu propio e inalcanzable *mensajero*, tú, amante de diosas platinas?

Márchase la manada, pero el lobo solitario no parece tener la intención de seguirles, pues quiere quedarse para devorar él mismo a las ovejas carnívoras.

¡Oh, lobos! ¡Caninos ermitaños! ¡Taciturnas manadas de carroñeros! Sed nuestros solitarios guías hacia el último fondo de la obscuridad, donde juntos hemos de llorar por el amor que vuestra amada luna no os correspondió. Mas ¿qué esperabais? Animales peligrosos sois, guardianes de vuestra propia soledad, pues al acercaros un tierno espíritu dispuesto a colmar de caricias el gris pelaje sobre vuestra salvaje piel, ¡entonces mordéis esa mano que quería endulzaros un poco vuestro amargo y solitario sendero, o huís, temerosos de lamerla y que, al gustaros el dulce sabor de una coraza más suave, de vuestra soledad os hayáis perdido!

¿Quién habrá de domar a la bestia salvaje de las nocturnas praderas? ¿Quién posee la marca? Pero aquel que pretenda domar a la bestia, consigo trae las cadenas que serviránle para apresarla, y ay de nosotros, amigos míos, ¡no hay cosa más aterradora para el espíritu canino, sino se tratan de fríos y plateados grilletes! «Solo a tu resplandor he dejádome encadenar, ¡luna de mi vida!», laméntase, el lobo solitario.

Eres tú, lobo, el dueño de tus propios sollozos; pues el perro ladra cuando se siente enojado, nervioso o amenazado; pero tú, lobo, tú sollozas. ¿Por amor a la luna? ¿Y a quién culpar de tu sufrimiento? ¡Ah, el precio de la solitaria libertad!

De nosotros es la noche con los últimos pensamientos antes del Hado. Corramos junto a la manada, ya que acércase el combate definitivo. El monstruoso rebaño de ovejas carnívoras con el diabólico sacerdote a la cabeza cierra el paso a los solitarios lobos. Infernal es el destello rojo en sus voluptuosas miradas, fluyendo repugnante saliva en los surcos bucales donde resaltan a simple vista trozos de podrida carne entre dientes amarillos y deformes. De las garras brota sangre, quizás antes derramada por el libre espíritu que anhelaba sin cadenas poder correr, saltar, bailar y volar a través del épico sendero de la vida, y quien gallardo hubo de luchar contra el tártaro ejército de «buenos corderos» guiado por el pastor-sacerdote, pues recordad que *la Bestia* y *el Cordero*, ¡adversarios a muerte son!

El lobo: bestia salvaje que anhela vivir con el poder y la libertad que en sí mismo logró conseguir al llegar hasta la cima del montículo pedregoso y vestirse de cánida piel para seguir luchando a libre voluntad; y he ahí al cordero: el no-libre, el esclavo, el que obedece el albedrío de otro ser al cual considera superior; el cordero, oveja mansa, ovino cándido

que preceptos acata, creyendo en la guía de una casta superior a la suya, dígase sacerdotal, dígase pastoral, dígase familiar; ya que, hermanos míos, Religión y Familia: he ahí los dos más grandes obstáculos para el espíritu carnal y dueño de sí mismo.

Y así es como las ovejas carnívoras se les echan encima a los lobos, dispuestas a todo. Pero el lobo ya no es cachorro y sabe defenderse. ¡Carnicera contienda bajo el resplandor de la luna llena! Corre sangre ovina y sangre canina. El ejército de la vida contra el ejército de la muerte: «Yo soy lo que mi pastor dice debo yo ser», dicen las ovejas. «Yo soy el que Soy», responde el de cánida voluntad. Quien se deja guiar cual manso cordero, ¿cómo podría «ser» de verdad? Solo aquel, empoderado en sí mismo, libre puede jactarse de sentir a la vida y a la belleza. Mirad como las ovejas carnívoras portan cadenas, sí; tales herramientas les servirán para encadenar a aquellos que no pueden morder ni desgarrar con dientes y garras. ¡Criaturas insensatas! ¿Creéis que la bestia dejaráse aprisionar, luego de por fin ser liberada, tras miles de años en obscura y tenebrosa prisión? ¡No! ¡Ahora la *bestia álmica* encuéntrase lista para alzarse desde el Reino Abismal, eliminando toda la porquería y basura cósmica que por años aplastó a la verdadera esencia de su ser! Aquel vestido cual canino no permitirá le roben esa piel, ganada a pulso, para hacerle cargar de nuevo el peso de una férrea y sudorosa armadura. El lobo, que fin ha nacido, ¿acaso querría retroceder a la oveja? ¡Por supuesto que no! Para él, tal cosa sería rebajarse a la peor de todas las calañas, puesto que eso es el rebaño de ovejas carnívoras: la más asquerosa de todas las heces. El lobo quiere seguir siendo lobo, aullar solitariamente la totalidad de su anhelo, de su dolor y su pasión a la luz de la luna, pasión que solo él comprende y es capaz de soportar; o, incluso, sucede que el lobo no quiere aullar, sino rugir, desde lo más profundo de su ser, dando vida hermanos míos a lo que veremos a continuación…

34 Mientras nos dirigimos a la grieta, aquí, nos encontramos en el último fondo del Valle. Muchas cosas hemos visto: pensamientos de nosotros y de vosotros, de ellos, de él y de ella; pensamientos míos, muy de mí; imágenes, ideas, efigies y sigilos como centellas de anhelos profundos y verdades ocultas antes ignorados por el corazón. Os confiésolo: me siento cansado. Aquel ímpetu del cual gozaba en el instante de cruzar la puerta que diónos paso al orbe de la mente, siéntolo ahora considerablemente menos luminoso, cual luna menguante, pues mi

disco plateado poco a poco desciende al nuevo renacimiento, próximo ciclo donde irradiará luz virgen, olvidado aquel antiguo resplandor que recibía del Gran Astro al amanecer.

Este solitario ermitaño, de cánido espíritu, regido cual estrella lunar por la pasión a mi otra *gran-diosa*: mi sol que entre oceánicos e ilimitados astros y con fuego en la sangre me ha infundido el incansable espíritu de leónido ardor, y cuya luz ha de iluminar por siempre a mi taciturna faceta de lágrimas platinas, allá, cuando en el hondo crepúsculo, anhelo yo su calor me abrace el alma hasta derretir a mi eterno glaciar y bruñir con invisible pincel una eterna sonrisa en los contornos de mis labios. Sí, fatigado en extremo encuéntrome; fuera toda voluntad de pensar si quiera, lo cual desuela a mi espíritu queriendo éste en profundo sueño sumergirse para soñar otra vez con aquellos mares de ilusiones, henchidos de bellezas mágicas, ángeles, brujas, valquirias y poetas élficos entonando conjuros que a las noches les volvían días a las lunas soles.

Sí, quiero dormir, tal como esas criaturas que vemos tendidas a lo largo y ancho de la última pradera. ¿Podéis verlas? ¿Y qué son? Trátanse de leones en gran manada, inmersos en fantasías hipnóticas, como así estrechados por los brazos de *Morfeo*. Entre sosegado resuello y extenuada fisionomía, dormitan los felinos de piel amarilla y pálida, igual a una estrella muerta en medio del obscuro universo. Así reposan estos leones sobre la gris hierba que nace de tierra púrpura e infértil, junto a cráneos y esqueletos de bestias famélicas perecidas sobre la carroña pútrida, cuyo hedor lastima con nauseabunda peste a nuestro sentido olfativo; y hojas, ramas y troncos arboláreos vueltos brea en negros y glutinosos lodazales de los cuales brotan columnas de tóxica humareda hasta el cielo, condensándose allí en nubes tan densas, que el maravilloso y solar resplandor se despide para siempre de aquella tierra que añora volver a vestirse con franjas de oro, sintiéndose ésta ahogada por las sombras, pero de cuya frescura no es más privilegiada, y luego condenada a un infernal calor como en un pozo tan hondo a donde incluso la luz no desciende, y en semejante hondura cuécese el alma hasta quedar por entero asfixiada mientras suplica viento fresco en bocanadas de aire, ansiosa de noche lunar, de celestial firmamento rociado de ángeles.

Tal sigilo nos infunde la idea de que, según los ronquidos y leoninos suspiros, quizás no duermen estos leones, sino que en realidad son víctimas de profunda y última agonía. Lucen escuálidos, solo piel muerta pegada a calcáreos huesos, y a orillas de convertirse en polvo dorado, residuo cósmico en antiguas y refulgentes estrellas de extinta y

bella luz. El león durmiente, ¡triste y cansado felino! Espíritu destruido cual ondas en desolación de aquel que amó y odió con desenfrenada pasión. ¿Podríamos acariciarle? Después de todo, el león, despedirse quiere apasionadamente: un último y suave toque antes de la estrella *Omega*.

Ha comenzado a llover sobre la carne félida y moribunda. Es lluvia de sangre, que al mezclarse con el púrpura del muerto prado, más agria resulta a través de ácida tormenta, sobre los huesos derretidos de aquellos que al no querer beber del *intramundano* manantial, no sintieron aliviada aquella diabólica sed de absoluta vida, sino que el vital líquido ingerido desde el exterior resultó para ellos más bien quemante, cáustico y cortante, cual metafísico ardor en el alma embebido, aunque sin llegar a destruir el hado a través de la inagotable y álmica fuente, pero quedando las entrañas incineradas a causa del fuego terrible en un deseo agotador. Así agonizan aquellos que anhelaron rugir cuando ya el rugido enfermó en el corazón. Firme y puro era a través del espíritu, pero siendo más grande el bramido que los propios pensamientos, que las propias emociones, que el propio cuerpo. ¿Cómo rugir, si desde el espíritu, hasta subir al intelectual orbe, universal estercolero, queda manchado así el rugido por las heces del pensamiento, y luego esa inmundicia vuélvese emocional basura de un corazón bombeando impúdica sangre en el *monstruo* emergido a la coraza del cuerpo? *Valle de la Muerte* y *Montaña de la Perdición*. ¡El rugido aquí en el fondo se ha hundido! Acaso, este es ¿el destino? La última grieta, ¿inviolable es? ¿No existen posibilidades de saltar más allá de la Gran Muralla?

Sin embargo, he allí una gran colina. No se trata del pesado trono sobre piedras filosas y ardientes. Es una colina alta y empinada, como así aguardando el decreto de un noble mandatario. Entonces, amigos, de las profundidades surgiendo igual al *Ser* que de las cenizas ha renacido: un león blanco, hermosa y divina creatura en medio de entristecidas sombras refulgiendo con ojos amarillos, leonino portento y en la mirada brotando destellos de aquel que es Fiel y Verdadero en el Reino de los Abismos. Con tal vista nuestro león blanco sitúase en el extremo de aquella colina, mirando a los primos que agonizando duermen en el valle, para abrir de inmediato sus fauces donde saltan fulgores de plateados colmillos y félidos caninos. Un escalofriante rugido que eriza hasta la última hebra de esta hipersensible piel deja escucharse, ¡glorioso y trascendental momento! ¡Terremoto! ¡Las tinieblas cubren el mundo! El legendario bramido es puro, penetrante y extenso, al tiempo que el Gran León Blanco

a través del rugido invoca gotas de celeste precipitación en revitalicia lluvia que reverdece los campos y despierta a los leones durmientes. Y así, los recién despiertos abren también sus mandíbulas comenzando también a rugir. Uno por uno ruge el león, pues el felino mandato es: desde uno para muchos, fundirse en un único, enorme y poderoso rugido que a la totalidad de la existencia haga sacudirse. En consecuencia, de lo anterior ocurren fastuosos prodigios: después de agua llueve fuego, desencadenando devoradores incendios. El mundo arde bajo los verdaderos reyes que rugen envueltos en piras de conflagración, altiva así la orgullosa y leonina voluntad sin dejar un solo momento de rugir todos en ella. De las cenizas brotan nuevas plantas, nuevos árboles, nuevas rocas, nuevos ríos y manantiales, en gloria del primoroso y creador mandato donde las estrellas nacen. Seguido de las llamas, llueven letras y signos que al tocar la superficie transfórmanse en rollos y melodías, mientras más enfático óyese el rugido en uno solo fundido. Y aquel que no ruja, obligado está por sí mismo y por la voluntad del noble león a rugir desde el fondo, pues si uno no ruge, ninguno lo hace, y si uno ruge, todos le siguen, dando así que éste es el rey y aquel también es rey de todos, de suerte que ningún león es vasallo de otro león, sino que todos mandan a todos a mandar, para que así cada felino sea el señor de su propio abismo, domando a su verdugo y convirtiendo en cenizas toda la basura inservible, plantada por fin la semilla del Nuevo Mundo anhelado por el Ser Abismal.

¡Y al cielo cerúleos destellos! Pues no famélicos, más bien de amplio y dorado pelaje, cual leones de oro, son los que rugen embellecidos por auras de diamante. El muerto prado, lleno de pura y exuberante vida ahora está, con flores de todos los colores y rosas de todas las esencias; lagos cristalinos, aves multicolores; cebras, gacelas, paquidermos y jirafas junto a fresca herbolaria de pastos iridiscentes a donde van a comer todos los herbívoros quienes a su vez alimentan a todos los carnívoros en perfecta y natural balanza. En la cúpula, han dejado de abrazarse las nubes, desahogada aquella melancolía, volviéndose claras y límpidas semejantes al blanco león parado y rugiendo en la colina. De este modo, innumerables centellas solares caen hacia el terrestre jardín iluminando por entero a las tinieblas circundantes...

¡Ha vuelto el amanecer! ¡El mundo otra vez se viste de toga dorada por obra del mágico e inescrutable rugido! Bramidos que curan heridas, sanan cicatrices, vivifican el espíritu. El gran mandato de la creación a cuyas sentencias llueven signos vueltos vida en universales mezclas de

palabras creadoras, a través de la sopa cósmica donde fundidos nacen nuevas letras y sonatas, prosa y versos auténticos a ritmo de pluma verdadera que baila en la diestra del aquel que desde su propio abismo ruge. ¡No existe poder más bello y glorioso que el de las letras y las melodías! ¿Qué sería del mundo sin el musical rugido? ¿Cómo habría el Ser de recrearse a sí mismo, si no hay letras doradas con las cuales escribir el conjuro transfigurador sobre su propia alma? Aquel espíritu que manda *a tempo* de armonioso coro, escribiendo felinos poemas sobre la sensible y apasionada carne, ¡he aquí, hermanos míos, al ser cuya belleza trasciende toda frontera y cuyo poder despliégase hasta cubrir por completo al Universo!

Quisiera llorar, a causa del éxtasis que en este momento me consuma, imbuyendo cada fibra de todo mi ser con el más exquisito eros, y embriagado por el dulce y jugoso vino que brota de nuestra *diosa* adornada con esmeraldas, tendido aquí entre feroces bestias en torno, pero… ¿por qué habría de temer, si yo soy también la bestia, espíritu antes encarcelado, quien por fin es libre para correr? Extendamos nuestras fauces, ¡y rujamos también junto a los felinos hermanos! De la sangre pura bebamos, de la carne tierna y blanda gocemos, de todos los prohibidos frutos comamos en todos los árboles del conocimiento. A través del espíritu desolado y a sí mismo creado en lo profundo de cánidas grutas, después del recóndito viaje, veamos frente a frente a la Luz de la Conciencia que toda luz hace resplandecer para derrotar de una vez por todas al verdugo de los abismos.

¡Una Tierra Nueva ha nacido por el que da vida al rugir! Tuya es la belleza, ¡gran León Blanco, rugiente, Fiel y Verdadero, noble y apasionado! Gracias a tu felina voluntad, espíritu renovador, siento yo mismo renovadas todas mis fuerzas para bajar a la grieta y cruzarla con ardorosa valentía, como dueño y señor de mi mente e intelecto, soberano del Abismo, matador de furiosos Titanes, quien en sus manos trae consigo la llave que el cerrojo *intramundano* os abrirá sin reservas. ¡Fuera toda náusea, todo fastidio, toda fatiga! ¡Hemos llegado a la última frontera del pensamiento, aquí donde aún el más dotado perece! Dejemos a los leones rugientes, pues aún en la más remota hondura, sus rugidos nos protegerán. No temáis, hermanos, ya que, si hasta aquí habéis llegado conmigo, ello significa que dignos sois de saltar por encima de la abismal gruta para adueñaros del poder absoluto: sobre vuestra mente, sobre vuestro miedo, ¡y nada podrá deteneros! ¡Aquí vamos! ¡El último esfuerzo!

35 Muy, muy cerca estamos de cruzar la Gran Puerta. Hemos llegado a la Grieta del Destino. Atormentados fuimos por la belleza y la fealdad de interminables efigies y sigilos, por requerimiento de ver para pensar, y pensar para sentir, y sentir para saber. ¿Sabéis, acaso? ¿Entendisteis lo que el pensamiento os quiso revelar por medio de imágenes e ideas? No olvidéis que la Verdad es vuestra verdad, y quizá nadie más pueda tener derecho a ella, pues en cuanto usurpadores, ladrones de verdades, adueñanse de joyeros cofres, siendo de ellos indignos: cosas trágicas suceden.

El abismo que separa al Valle de la Muralla Espiritual, como un obscuro pozo donde predomina la Nada, es enorme. Acaso la osadía de saltar por encima de la tormentosa mente en virtud de descubrir lo que existe más allá, es un salto al vacío. Hacia el otro lado podemos ver, pero muy lejos se mira el horizonte: ancha es la grieta, temo no lograremos cruzarla. Pero no existe otra opción. Es Todo o Nada. Es el Comienzo o el Fin. Es la Vida o la Muerte. Incansables hemos llegado desde la base montañosa hasta el fondo de la pradera, ¡y por eso no hay marcha atrás! Tomemos impulso y saltemos al vacío, ¡más allá de la mente y de todos los prejuicios mentales!

Un momento, amigos míos, ¿qué ocurre allá? No muy lejos de nuestra posición, hacia la derecha y a orillas de la grieta, está un hombre sentado y abstraído. Quiero acercarme a él para averiguar de quién se trata. Puede que ese individuo nos brinde ayuda. Veámosle de cerca... Es un viejo sabio, un mago. Sobre la corona: cabello gris y despeinado; bajo la nariz: un canoso bigote de la misma índole[109]. En la mano derecha lleva una aguja de tejer en cuya metálica superficie refléjanse los efluvios de la dorada y vespertina estrella. Con enigmático y transparente ovillo, aquel sabio ha de tejer un fino y misterioso lienzo de traslúcida extensión, fijando la mirada tras unos gruesos anteojos sobre la trascendencia del oficio. De pronto me cobija una rara sensación de escalofríos, a pesar de que la vida retornara al valle por obra de los majestuosos felinos. No es asunto trivial esto debe el honor de contemplar nuestra mirada, ni el viejo sabio es vulgar hechicero, ni trátase de simple tela de sastre aquel inaudito material, ni los hilares que dánle forma compráralas en tienda de segunda. Ved, amigos míos, que si vuestro espíritu ha elevádose bastante, sabréis entonces lo mismo que yo: se avecinan extraordinarios

[109] Albert Einstein.

acontecimientos sin un antes ni un después en la historia del humano devenir. Soplan vientos de una nueva era.

«Los Hilares del Destino», escuchamos hablar al viejo sabio: «Con ellos se encuentran entretejidas todas las formas existentes en el inconmensurable Universo: tanto los objetos sin alma; tanto las criaturas con instinto; tanto los seres con espíritu. Arriba y abajo; derecha e izquierda; atrás y adelante; pasado y futuro; presente e instante; lejano y cercano; grande y pequeño; macro y micro; peso y masa; poder y energía; luz y oscuridad… ¡he aquí el tejido cósmico del Tiempo y el Espacio!».

Y mientras el viejo sabio extiende el enorme y universal lienzo, quedando éste a flote por encima de la obscura grieta, de un lado a otro lado, tal como si fuera diáfano puente, un sordo clamor de marchas, carreras, ruidos de cascos y andariegos a premura alcanzamos a oír. Mirando hacia atrás, dámonos cuenta no sin mucho asombro de que todo aquel gentío pensamos atrás habían quedado vienen justo hacia nosotros: las ovejas carnívoras, sacerdotes, pastores y magos; los espectros con cofres vacíos, ángeles, diablos, el anciano de mil días, vampiros, sátiros, ninfas y hombres, el Gran Hombre del Desierto, el Superhombre y el prisionero del Abismo; los varones, mujeres y niños encadenados, el lector empedernido, el goloso del banquete, la hermana religiosa, el científico, el filósofo; el escultor, el pintor, el músico, el cantante, el bailarín, el estilista y el escritor; también los soldados con pesada armadura, las serpientes adornadas con falsas corazas de felino, la manada de nocturnos lobos y, por último, el Gran León Blanco junto a los otros félidos que rugen. Todos y cada uno de ellos, a pesar de su disparidad, quieren presenciar lo que está por suceder…

¿Y qué está por ocurrir? ¿Y por qué ese planetario entretejido no da la impresión de pertenecer a lo que, no sin cierto grado de vulgaridad, llaman con el nombre de: «tres dimensiones»? Alto, ancho y profundo: tales son los atributos de aquello que se conoce como «tridimensional»; sin embargo, el lienzo cósmico que ha extendido el sabio por encima de la grieta a manera de puente –para brindarnos tranquilo y sereno paso a la muralla, seguro, y al cual denomina «Tiempo y Espacio»– no parece exclusivamente alto, ancho y profundo. Por curiosidad, si nosotros, ustedes y yo, hermanos míos, aceptamos el ofrecimiento de aquel venerable anciano y tomamos la decisión de cruzar a través del astral puentecillo… ¿acaso el tejido no soportará nuestro peso y hundirémonos hasta el fondo? O, por el contrario, sentirémonos como plumas, ¿y cruzaremos sin ningún problema? Voltearemos, ¿y revelarásenos la

última esfinge? Tiempo y Espacio, magnánimos y substanciales arcanos. El alma, para elevarse desde el hondo Abismo, requiere de tiempo, y espacio también: tiempo para limpiar toda la basura cósmica que a través de largas centurias ha contaminado al Ser; y espacio, desde el espíritu hasta el cuerpo, para inflarse y prodigar toda su abismal grandeza.

El ovillo del destino, por medio del cual se halla tejida la sábana astral de cuatro dimensiones, y, según a través de mis neuronas he recordado con el siguiente nombre: «Devenir», interminable cambio y movimiento de las cosas que entrelazadas están, atrayéndose y repeliéndose unas a otras en equilibrio eterno y caos eterno; esos hilares han de unir desde lo más grande hasta lo más pequeño. Entonces, compañeros, si hasta lo enorme es pariente de lo diminuto en el espacio-tiempo, así como lo distante de lo cercano, lo pasado de lo futuro a través del instantáneo presente, y lo pesado de lo ligero, ¿significa esto que la naturaleza de las cosas difiere según esta o aquella perspectiva? ¿Qué lo grande bien podría ser pequeño y lo pequeño ser grande? ¿Y aún la estrella más gigante y lustrosa, de cuya colosal energía, en un solo punto concentrada, hasta no tratarse más que de un grano de arena? ¿Y luego todos los granos de arena son estrellas? ¿Y el Reino de los Abismos un cosmos propio? ¿Hay poder al mirar *adentro* del Ser, un poder titánico como para crear y destruirlo todo? ¿Quién sea dueño de tal poder, y siendo también capaz de controlarlo, tendría entre sus manos el destino, el espacio, el tiempo y el devenir?

¿Cruzaréis el espacio-tiempo junto a mí, compañeros? ¿Vosotros, caótica muchedumbre, también lo haréis? Y tú, mago sapiente, ¿permanecerás en reposo, aguardando con la mirada puesta hacia el infinito y mental horizonte, y tus pensamientos en la más remota eternidad, mientras soplas y dices en susurros: «No descanséis»? Pues, aún en sempiterna quietud, saeta de sagitario, ¡no habréis de permaneceros sosiega! ¡Ni de tejer el ovillo, ni de doblar y estirar el lienzo, ni de romper las cadenas que ataren a *la Bestia*! Llegará el momento, o, mejor dicho: llegó o ha llegado. Cada instante sobre todo instante el momento llega. Y este es el momento. Nuestro momento. Vuestro momento.

Bien. ¡Vamos! Esta es la grieta mental, abismo del intelecto, donde aquellos de estrecho pensamiento se hunden bajo su propio peso. He aquí la respuesta al enigma de vuestra mente: «A más peso, más dóblase el tejido cósmico y más cosas pesadas atrae hacia él». Solo aquellos coronados de plumaje serán capaces de cruzar la gruta sin resultar

víctimas de feroz gravedad. Una mente que vuela tal como aquel «pájaro astral y de plumas iridiscentes» ha vencido toda universal distancia y ahora puede viajar a través de la fastuosidad en el océano infinito. Oídlo bien: el pensamiento hunde, aplasta el espíritu sin compasión. La clave para cruzar con éxito la grieta es abrir el pensamiento, expandirlo, liberarlo al fin de toda pesadez, permitiéndole al Ser desplazarse con ligereza y así poder flotar hacia el desierto de los espíritus. Hemos pensado mucho, hermanos. Guardemos las ideas que nos servirán el resto de nuestro viaje, y desechemos las demás. Ahora es necesario saber, no pensar. Dejad de pensar pues. ¿Acaso no sentís como el tejido bajo vuestros pies es suave y sedoso al tacto, asemejándose vuestros pasos a un paseo sobre la superficie del mar? En efecto: quien ha descubierto la naturaleza de su propia y libre espiritualidad puede enorgullecerse de haber «caminado sobre agua», obteniendo en virtud de ello, amigos, esa llave de la cual os hablé anteriormente y que nos abrirá la puerta bajo centáuricas sentencias. ¡Liberad al orbe de la mente y vuestro espíritu podrá elevarse!

Hemos cruzado. La gran muchedumbre se ha quedado en la otra orilla, no se han atrevido a pasar. El Gran Mago Sabio continúa sentado y mirando el tejido cósmico, solo que su vista ha tornádose profunda y melancólica, similar a dos tristes ventanas a través de las cuales una honda obscuridad devora a quien les mire, sumergiéndole en agónica aflicción.

¿Y ahora? El sabio ha bajado la vista. Oigo un lamento. ¿Por qué tan desolado de pronto, venerable anciano? ¿Qué razón os ha puesto taciturno? ¿Y este presentimiento? Tiémblanme las manos. Presa soy de terribles nervios. El verdugo me ataca. ¡Hermanos míos! Observad aquello: las serpientes pretenden atravesar la grieta, pero en tal empeño caen bajo su propio peso sobre el tejido cósmico, sin lograr su objetivo, a pesar de ser animales sinuosos y escurridizos.

¡No vemos a las culebras! Han desaparecido en lo profundo. En su lugar, ha hecho acto de presencia un hechicero que tiene tres frascos en la mano. A su lado están el Gran Hombre del Desierto, mirando hacia arriba; el Superhombre, queriendo recuperar su martillo para destruir el tejido espacio-tiempo: aquel pesado instrumento del cual se deshizo después de quemar la cruz; y también el prisionero del Abismo, observando a lo profundo, hacia la grieta del destino.

Entonces, amigos míos, ocurre que el prisionero del Abismo corre hacia la grieta y, ¡cosa inesperada! ¡Arrójase por voluntad propia hacia el

recóndito pozo! ¿Qué has hecho, hombre profundo e insondable? Y si no resultara por más de no comprender este sigilo, ahora vemos que un sacerdote ha posicionádose justo al lado de aquel hechicero. Algo me dice que estos dos individuos son cómplices. En la frente del primero: aquel maldito símbolo de muerte: una cruz[110], vestido con toga escarlata y adornado con plateados risos, teniendo en la expresión dibujada pérfida sonrisa. Un viento desolador comienza a soplar cual tifón desde los cuatro puntos terrestres. Después, fulgente, brilla instantáneo un relámpago. Luego escúchase un trueno ensordecedor y las sombras arropan de nuevo el valle mientras aves negras surcan el obscuro limbo. Ocurre así, queridos hermanos, el instante en que la flecha de sagitario entre lo pasado y lo futuro converge en lo presente, ni ayer ni después, ¡momento definitivo en este «día del devenir»!, cuando el más diabólico de los hechiceros, dando algunos pasos hasta situarse al borde de la mental grieta, de los tres frascos que tiene en su poder vierte un extraño y muy pesado líquido sobre el universal tejido creado por el Gran Mago, quien llora de lamentación, mientras aquel profiere el más grande de todos los conjuros que ha existido y existirá sobre la faz de la tierra:

Tres gotas.

Más allá de todos los tiempos.

Por la furia contra los míos, contra la fecunda tierra.

Sobre el Mar del Hades voy surcando olas enamorado de la playa.

El poder nace de la carne al copular dos veces en estrellas lejanas.

Con los fluidos del Cielo,

con las perlas del Océano, y

con el fuego del Mundo Inferior...

«*Yo doy vida… ¡al Dragón!*».

Así hablaste, ¡pérfido hechicero!, mientras la tierra se estremece de espanto, triturada por el fragor de tan monstruosas palabras. De los tres frascos de *la Desolación* caen los tres ingredientes primordiales *uranianos*: uno ámbar, otro cerúleo y otro de fuego, volviéndose en extremo densos y

[110]Diversas corrientes anticristianas utilizan una cruz invertida. Da igual si es torcida, derecha o gamada: la cruz es un símbolo de muerte.

pesados al tocar el tejido cósmico, donde, transformados en fulgente luz, dóblase el lienzo tras una singularidad que lleva a hundirle en las profundidades del pozo que antes cruzamos, y adonde fueron a hundirse también las serpientes y el prisionero abismal. Un grito de horror surge por parte del mago sabio, intenso y puro, desde sus entrañas, lleno de pasmo al ver lo que el diabólico hechicero ha hecho con su noble creación. En el fondo del Abismo brotan destellos multicolores. Algo está sucediendo ahí abajo…

El brujo aguarda el resultado de su obra con gran expectativa. ¡Cuánta soberbia salta en chispas a través de sus serpentinos ojos! El resto de las criaturas, igual a nosotros, esperan llenos de curiosidad; pero he ahí que el viejo sabio tiene las manos en el rostro en profundos sollozos inmerso. ¿Por qué, noble anciano? ¿Qué verdad tan monstruosa puede ocultarse tras el más grande de todos los conjuros?

Entonces, a través de la gruta y desde su inmensa profundidad, asciende un objeto rodeado por un aura de luz, ni tan pequeño, ni tan grande, surgiendo en medio de las sombras cual iridiscente bola de lenguas cósmicas; y el hechicero, al momento de verle, extiende los brazos hacia ambos lados en señal de victoria, mientras exclama: «¡Nace tú, *Gran Dragón*!», y dámonos cuenta, no sin asombro, de que el objeto aseméjase a un huevo de color azul, de gran tamaño, salpicado con chispas rojas y ambarinas. Oh sí: trátase de un huevo, amigos míos, un huevo *draconiano*. ¡Lo sabía! ¡Corred! ¡Corred todos!

Acto seguido agriétase el huevo hasta que se rompe la cáscara y de él nace deletéreo e inhumano espécimen: piel escamosa, áureas pupilas, alas de vampiro, cuerpo reptiliano, fauces de quimera y escalofriante bramido como filosa espada que a sensibles oídos hiere…

¡Es un dragón!

¡El Dragón ha nacido! ¡Y al cielo ha volado! ¡El hechicero se encuentra paranoico y la muchedumbre aterrorizada! El monstruoso ente crece de inmediato hasta alcanzar proporciones colosales, y sacudiéndose él mismo, como así en aleteos brutales y estremecedores, sombras cubren la superficie del mundo. Cual último presagio de muerte, arrójase el Gran Dragón hacia la tierra fértil y de vida henchida como ubres pronto a secarse vuelta su leche polvo de ajenjo, cuando el más destructivo de los fuegos descubiertos por el Humano Ser quiere derretir carne y roca. Añiles son aquellas nubes más allá de la sombra *draconiana* los cielos surcando, pesado y cáustico el viento haciendo del aire punzante al respirar, e inevitable el designio en virtud del desenlace pronto a

acontecer. Porque así, y proyectándose a la tierra cual meteoro en hecatombe, el deletéreo dragón déjase caer hacia el terrestre jardín que muy pronto estrechará la gélida y huesuda mano de la muerte, profiriendo aquel un espantoso rugido que nace de titánicas fauces donde centellea una infernal dentadura y a través de las cuales emerge una tormenta de fuego; pero… ¡aguardadme, hermanos! Ello que observa nuestra mirada con terror, ¡tal aberración no es fuego de dragón! ¡Es algo mucho más terrible!

Tanto la muchedumbre al otro extremo de la grieta, así como nosotros, testigos fieles tenemos el cruel privilegio de ser ante el poder más catastrófico y mortífero que jamás haya existido. Sea lo que sea ha escupido el Dragón desde su garganta, sobre trémula tierra ha desencadenado la más bestial de todas las detonaciones. De pátina sepia, de un naranja pálido y corrosivo cual férreo oxidado en la vastedad del más infecundo páramo, así ha vuéltose el antes preñado y fructuoso globo, dejando tras de sí y cómo postrera memoria de su fatal deceso, a un gigante y refulgente hongo de humo: vista final de todo cuánto haya tenido la triste suerte de encontrarse en el primer rango de la infernal onda de choque.

Por el mortífero y *draconiano* fuego: de árboles y seres vivos no han prevalecido ni siquiera las cenizas. El suelo parece haberse derretido, el aire presurizádose, las montañas vueltas tóxicos fluentes de sangre, y el cielo, ¡oh, antes cerúlea bóveda! ¡Ahora la cúpula no mostrará nunca más ni la quietud del Ser ni el resplandor angélico!

¡Tú, hechicero demente! ¿Estás contento con el resultado de vuestra bárbara creación! ¿Daos cuenta del inmenso peligro ella trae para el mundo, para ti mismo y para el destino de toda la raza humana? He ahí que invocas unas gruesas cadenas con ayuda de esa misma magia te valiste para dar vida a *la Abominación*, desesperado, trémulo desde la punta de los cabellos hasta la punta de los pies, arrojando premurosamente esas carlancas hacia la desastrosa aberración *draconiana*.

Y así, encadenado el Dragón, éste cae a la profundidad del insondable Abismo sujeto a pesados y ardientes hierros que incluso a la pétrea coraza hieren con dolor. Un poder tan destructivo, una energía tan descontrolada, no puede volar libre ni desencadenar libre su poder. Aquel hechicero tiene ahora entre sus manos el destino de todos los seres que habitan el planeta, tiene entre sus manos el destino de ese mismo planeta. ¿Ha existido antes una criatura que tuviera mayor poder? «Uno solo», ¡sería el supremo emperador del mundo! Una vez llegó a liberarse *la*

Bestia a quien dio *el Dragón* su potestad, luego de que a través de los cielos «desatárase una cruenta guerra entre ángeles y diablos». Mas *el Dragón* a la tierra tuvo que ser arrojado, en virtud del «vital elíxir», donde copuló con sirenas del mar y ensueños del Abismo, pariendo en gemidos embalsamados con dolor para luego gobernar el mundo. Dos bestias así nacieron: una roja y otra amarilla, ambas portadoras de la llave que al Dragón han de liberar. ¡Revelación! ¡El que ruge desde el fondo no quiere vestirse de monarcales guirnaldas! Y de cierto os digo, amigos míos, que «la bestia profunda» ganará su batalla en contra de «la bestia superficial»; aquella verdadera; ésta falsa. El que tenga oídos: escúchese a sí mismo.

Así vemos que otros hechiceros, temerosos de que el primero consiga adueñarse del mundo, dan vida cada cual a su propio dragón, encadenándolo también en lo profundo del Abismo. Ha quedado encapsulado el más poderoso de todos los espíritus a guardas de escupir el espantoso fuego de *la Revelación*; y a partir de aquí, son estos brujos los seres más poderosos de la tierra, mientras desde acá arriba oímos el desesperado aleteo, ansioso de volar al fin. Pero volar… ¿a dónde? Recordad que lo profundo nace de las profundidades, y el que alto pretenda alzarse, debe tomar impulso desde el fondo para así conseguir llegar lo más arriba posible. Quien adentro de sí ha mirado: solo éste posee el derecho de abrir «la puerta de los cielos», pues él sabe por sí mismo lo que significa esa celestial puerta…

Hacia abajo y no hacia arriba,

vuestra mirada profundiza.

Hacia arriba y no hacia abajo,

el Dragón debe volar.

¡Vaya, queridos hermanos! ¡Cuánta desolación ha quedado tras el furioso aleteo! Tanto hallábame revitalicio gracias al Nuevo Mundo que fuera iluminado por el fiel y verdadero rugido del León, como ahora triste y desesperanzado, enterado yo y luego de haber presenciado a la Muerte en esencia por obra del traidor y falso fuego del Dragón, de que, tarde o temprano, romperánse las últimas cadenas…

Entonces, antes de voltear la mirada y embarcarnos en aquello somos capaces de hacer: adueñarnos de nosotros mismos para estar así preparados si es que el mortífero fuego ha de caer sobre todos y sobre Todo, un sigilo final hemos de presenciar:

A orillas de la grieta encuéntranse dos efigies: a la derecha, el guerrero con armadura, aquel que sentóse en cuantioso *trono* vestido de felino para gobernar bajo el peso de su propio mandato; y a la izquierda, el Gran León Blanco, quien antes rugió noblemente mandando a otros a rugir también, para crear juntos belleza a través del celestial bramido. Frente a ambos caen *dos llaves*. Justo en el momento de ocurrir esto, desde el Abismo emergen dos dragones que han sido liberados de sus cadenas; y luego, ¡milagro y tragedia! El primer dragón ha volado directo al cielo, cual proyectil, perdiéndose entre nubes hasta desvanecerse en las sombras del cosmos. Al ver esto, otros dragones le siguen también, pero luego, el segundo dragón hace lo contrario: sobre la Tierra se abalanza, escupiendo chorros de fuego insaciable. Esto conduce al hecho de que el resto de los dragones también sean liberados, y lo sucedido a continuación es tanto igual de extraordinario como aterrador: desátase una «guerra entre los dragones», todos contra todos, a garras y fauces hiriéndose cuya sangre al derramarse tórnase igual de mortífera como el fuego, matando todo aquello cuanto lame y acaricia. De esta manera, amigos míos, los últimos escombros del mundo precipítanse hacia la Nada: el Ser y la tierra fecunda han muerto…

De un pálido sepia el mundo.

De un olor a cadáver Todo.

De la carne,

que ya ni devorada puede ser,

por los muertos carroñeros.

Un dragón voló al Cielo.

Un dragón cayó a la Tierra.

¿De quién es la llave,

que hacia arriba libera,

y hacia abajo aniquila?

Los Tres Grandes Titanes de la Mente.

No quiero pensar, hermanos, por un largo tiempo, por una eternidad. Consúmeme al presente enorme fatiga; de un cansancio milenario soy presa, de eones que transcurrían todavía cuando los centauros dormían.

Quiero *saber*. Quiero *sentir*. Quiero *saber para sentir*. ¿Vosotros no queréis *sentir para saber*? ¡Ved al mundo, deshecho por la mente, en virtud de pensar demasiado sobre un espíritu desmembrado!

Por ello no queda otra esperanza si no es descender a las últimas profundidades de este Abismal Reino para de una vez y por siempre subyugar a las tinieblas. Muchos han sido los que han perecido al ser inmolados por aquella dolencia astral que por medio de fieros latigazos fundióles en profunda crisis espiritual, sintiendo ellos, así, en carne viva y propia, como el desolado espíritu adentro de sí mismos, disperso en un desierto ardía a fuego vivo y en pedazos esparcidos vuelto fragmentos y enigmas. Una vez yo os pregunté: «¿Cuál cuchilla es más dolorosa? ¿La que hiere a la carne? O, ¿la que hiere al corazón?». En este momento puedo responderos: «La que hiere al espíritu».

Sin embargo, compañeros, un espíritu lacerado es el inicio o la conclusión de aquellos que dejáronse aplastar por el peso de sus propios pensamientos, muestra de un alma pequeña, o de aquellos que sobrepusiéronse a tan monstruosa pesadez y lograron cruzar el tejido cósmico sin hundirse por la gravedad. Nosotros somos esos espíritus ligeros. Largo ha sido el camino a través del tenebroso Valle de la Mente, ¡pero hemos aguantado y superado incluso el pensamiento abismal! Trágica resultó para nosotros la conclusión, empero, el retorno de la tragedia también abre las puertas a una nueva instauración, ¡y debido a ello os pido que no temáis nada ya, hermanos de plumífero destino! Si hasta aquí habéis llegado, hemos llegado; si provistos de gran valentía pudisteis levantaros incluso contra el peso de vuestro intelectual orbe empecinado en hundiros, entonces… ¡nada podrá deteneros! Y todo lo que veremos, o, para usar una más adecuada expresión: todo lo que *sentiremos* de aquí en adelante es vuestra última recompensa en virtud de haber logrado soportar aún a los más tenebrosos sigilos.

¡De acuerdo! ¡Valientes y dignos somos! ¿Qué importan los titanes? Yo os enseño cómo vencerlos. Y los Tres Grandes Titanes de la Mente responden a los tres siguientes nombres:

El titán OBSESIÓN; o, «No puedo dejar de pensar».

El titán FANATISMO; o, «No quiero dejar de pensar».

El titán OLVIDO; o, «No creo volver a pensar».

El primer titán es duro como la roca y el más difícil de vencer.

El segundo titán es ardiente como el fuego y el más doloroso de vencer.

El tercer titán es vacío como el aire y el más sombrío de vencer, pues tras él encontrarémonos de nuevo cara a cara con nuestro verdugo, *el Miedo*, quien nos dará paso libre hacia el desierto de los espíritus o nos impedirá proseguir nuestro camino. Pero lo que el verdugo no tiene en cuenta es lo fortalecidos que hemos terminado nosotros, gallardos, al haber superado el Valle de la Mente.

Y aquí estamos, frente al más grande de los Titanes. Es la OBSESIÓN maldito parásito cerebral que se ALIMENTA de los pensamientos día con día y noche tras noche sin respiro; ciclópeo, rollizo y satisfecho de ofuscadas ideas empecinadas en atormentarnos, reflejadas en un símbolo, un sigilo, una imagen de «algo» o de «alguien» en su efigie, cual marca y estigma con gran dolor para el marcado. Seguro habéis tratado, intentando parar de evocar los abismales pensamientos que tanto os afligen, ¡pero no podéis! ¿Cierto? No es posible apartar aquello os hiere en el globo mental. De piedra es la esfera. He ahí a vuestro titán: la cuchilla que más lastima, y por el pensamiento no es la mente quien más sufre, sino el espíritu. El titán OBSESIÓN es dueño de la afilada espada que utiliza para sajar de un solo golpe al corazón marchito y al espíritu destrozado. Sentís el corte, ¿verdad? ¡Y os arden las entrañas! Vuestro espíritu íntegro y puro cercenado en vivo yace por la espantosa ofuscación. ¡Nunca jamás volverá a ser el mismo!, aún si todavía reunís la valentía para volver a unir los trozos; pero si volvéis a unirlos significa que habréis vencido. ¿Y cómo derrotar al titán? Primer paso a la espiritualidad: «Conocer». Vos, atormentado obseso, que de granito os ha vuéltose el cerebro, debéis *conocer* las razones que os llevan a pensar de continuo en la idea parasitaria. No hace falta que le deis muchas vueltas al asunto. Os doy la primera llave que permitirá ataquéis usando espada propia, de heroica y afilada extensión, que os servirá para cortar incluso a la más dura piedra: «Un pensamiento recurrente vuélvese muy pronto costumbre». ¿Entendéis? La OBSESIÓN es una costumbre de pensar en

cosas determinadas por nuestra propia mente. El perturbado, para excusarse a sí mismo de aquello que le angustia, consuélase al decir: «No puedo» ¡Y en el fondo eso es verdad! ¡Al menos al principio! «No puedo dejar de pensar en esto que me atormenta», dice el que padece una obsesión; pero ese no-poder en realidad trátase de un no-querer. Aquí es donde reside la clave: para superar el pensamiento obsesivo debéis transformar el «no-puedo» en «no-quiero». Habéis pasado tanto tiempo pensando en aquella idea hasta el punto de acostumbraros a ella y no querer dejarla, pero si os disteis cuenta, al averiguar por vosotros mismos de que, en el fondo «no queréis dejar de pensar», habréis descubierto así un nuevo poder, el de querer y no-querer: el poder de vuestra voluntad. El fuego del espíritu derretirá el no-puedo, fundiendo la roca, hasta convertirla en ardiente magma.

Aquí es donde os enfrentáis al segundo titán: FANATISMO. El pensamiento todavía no es superado, aún sigue ahí, pero si continúa maquinando en vuestro cerebro es por causa vuestra: «Porque así lo queréis». La idea fanática es impulsada por el fuego del espíritu, la pasión y el sentimiento. En virtud de ello, el titán FANATISMO es abrasado por fulgurantes llamas; sin embargo, el espíritu sigue despedazado a causa de la obsesiva espada, y aquella apasionada flama envolviendo cada uno de los trozos en el desierto esparcidos. Debido a lo anterior, el fanático, presa de un profundo querer el cual es a su vez un no-querer, siente como si algo en su interior yaciera quemándose de continuo. Aunque la idea fanática es dolorosa y penetrante en virtud de que el espíritu todavía no está completo, quien sufre por el FANATISMO «no quiere soltarla», pues lleva tanto tiempo padeciéndola y teme que, si lo hace, «quedaráse a la deriva», sin nada ya en qué pensar, sin nada por lo cual querer. «¡No quiero dejar de pensar en esto que me apasiona!», habla el fanático. Aquello en lo que piensa ha vuéltose parte de sí mismo y, por tanto, extirpar dicho mal acabará siendo para él un proceso en extremo sufriente. Segundo paso a la espiritualidad: «Saber». El fuego apasionado del fanatismo tiene su origen en la ignorancia. Vos, fanático, creéis esa idea que no deseáis apartar de vuestros pensamientos es la única verdad, la única realidad, pero existen muchas otras verdades y realidades. Esa realidad y esa verdad que has hecho tuyas han destrozado por completo a tu espíritu. ¿Por qué, si tanto daño os causa vuestros pensamientos, no queréis dejar de pensar en ellos? Os doy la segunda llave y sentencia: «Para vencer al FANATISMO debéis transformar el no-quiero en no-creo». ¡Dejad de creer! Olvidaos de todo aquello cuanto creíais que era

verdad y abrid vuestra mente y espíritu a nuevos conocimientos y saberes. Solo así, aquel fuego vivo y ardiente sobre los pedazos espirituales se apagará, y el titán de fuego volveráse de aire.

El tercer y menor de los Titanes llámase OLVIDO. El pensamiento se ha ido, pero el espíritu luego de haber sido desmembrado por la OBSESIÓN y abrasado por el FANATISMO está hecho carbón: ¡ha muerto! Aquí es donde surge aquella espantosa enfermedad conocida vulgarmente como «Depresión»[111], la cual no es otra más que un dolor cósmico que derívase de una crisis espiritual muy profunda. La Depresión es un «luto por sí mismo»: honda tristeza en virtud de aquel espíritu que antaño vivió y que ya no existe más luego de matarse a sí mismo al haber atraído aquella espada que al más profundo hiere. La sensación que deriva del OLVIDO resulta inefable para quien la sufre. En efecto, en este punto, el Ser es cuerpo, corazón y mente; pero más allá no parece existir nada. En pocas palabras: el Ser es ahora una simple y vulgar criatura que por el mundo vaga «fingiendo existencia», aunque por dentro siéntase muerto. El desierto ha culminado en la desolación empero los trozos del espíritu carbonizado aún permanecen ahí, convertidos en fragmentos y enigmas. Tercer paso a la espiritualidad: «Crear». Tú, espíritu desolado, lo único jamás debéis olvidar es que, y a pesar de que te sientas disperso, discorde, vacío por dentro, todavía eres dueño de tu propia alma. Recordad: el alma es lo que sois de verdad en el fondo y una chispa divinamente creadora donde nacen las estrellas, siendo eso que atormentaros tan solo carroña que habéis absorbido a través de lo que os rodea. De la honda crisis espiritual podréis salir si os armáis de valentía para encarar al recóndito Miedo Espiritual, también conocido vulgarmente como Ansiedad[112], y vencerlo. Lo que a vosotros ha sucedido es cosa maravillosa: ese dolor cósmico que os hiere sempiterno es la dura prueba de que os habéis liberado de todas las cadenas a las cuales os hallabais sujetos por causa de «ilusiones, verdades y

[111] La depresión es una enfermedad del espíritu que se refleja a través del cuerpo, y es la consecuencia de una «muerte espiritual» que ha provocado una «desolación carnal», cuestión penosa por la cual no dejo de culpar a la tormentosa cristiandad que ha matado toda clase de espiritualidad con sus monstruosos dogmas. La única manera de superar esta crisis es descendiendo al Abismo. Los terapeutas y los fármacos valen menos que un charco. A los depresivos yo les digo esto: «o se curan a sí mismos, o se matan a sí mismos. La compasión de los demás solo les hará sentir más miserables».

[112] El miedo es inseguridad; por tanto, la ansiedad también. Constituye una total pérdida de tiempo pretender encajar en un mundo del cual no somos ni del cual nos sentimos identificados. Una voz interior os está hablando; pero vosotros seguís empecinados en formar parte de una sociedad que nada quiere saber de vosotros, ¡pues el destino de los profundos es elevarse desde la profundidad!

realidades», y listos estáis para descubrir vuestras propias ilusiones, verdades y realidades. No temáis entonces al verdugo de los abismos. Para vencer al Titán OLVIDO debéis transformar el «no-creo» en «Yo-debo». Mas ¿qué debéis? Yo os lo enseño: «Debéis dar luz a vuestro propio creer», y la única manera de hacerlo, amigos míos, tal como os he repetido varias veces, es mirando hacia adentro de vosotros mismos y reunir los fragmentos del antiguo espíritu para crear así «un espíritu nuevo y propio»; entonces, el gran enigma de vuestro corazón: «¿Quién soy? ¿Quién debo llegar a ser?», quedará por fin resuelto. Aquel viento glaciar que había enfriádose en el interior de vuestro ser volveráse agua, y cual puro y sagrado manantial, el espíritu fluirá hasta desembocar en el mar de vuestra alma. Si hacéis esto, compañeros míos, el pensamiento ya no será poder, ni querer, ni creer, ni siquiera deber: el pensamiento será lo que vosotros seáis en el fondo, será el reflejo de vuestra alma, y a través de vuestro renovado espíritu os infundirá nuevas ideas, imágenes, efigies y sigilos que antes no creísteis jamás pensar, y todos esos bellos y grandiosos pensamientos no tardarán en reflejarse a través del corazón y del cuerpo. La mente ha sanado, ya no espada de fuego, sino vuelta un río primordial por donde hemos nosotros de bajar al desierto de los espíritus para conocer, saber y crear la esencia de nuestro ser.

Ha llegado la hora. Ahí está el verdugo. Acaso ahora el propio Miedo siente temor de nosotros, de lo que nos hemos vuelto. Ya derrotados los Tres Grandes Titanes y fluyendo por debajo de nuestros pies el arroyo que nos guiará después de cruzar la puerta, no hay excusas para no descender a la profundidad del Abismo.

«Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí»

Y he aquí que bajaremos a la existencia donde todas las cosas «son y están», pues si del espíritu se engendran la belleza y la fealdad, y éstas no son más que una belleza superior y una fealdad superior, nacidas de otras bellezas y fealdades exteriores que al espíritu henchíron, ¿cómo no iban a tratarse el espíritu y el alma del principio y el fin de todas las cosas? La carne, las emociones y los pensamientos nada más son «subordinados» del espíritu y de la esencia, lugar a donde todo lo bello y todo lo feo van a caer, según el río sea puro o contaminado.

¡Por fin! El verdugo ha huido de nosotros.

Todas las criaturas vivientes son carne. Nosotros, Humanos Seres: somos espíritu.

TERCERA PARTE

LA DOCTRINA EGÓLATRA

«Dos amaneceres tras la Tercera Medianoche después del profeta hebreo,

al vigésimo cuarto día bajo la estrella de los gemelos,

la luz de mi consciencia al fin despertó de nuevo.

En aquel formidable instante mi yo escapare de las tinieblas.

Y allí estaba: un niño del siglo».

El despertar de la consciencia.

¿Qué es tener espíritu? Poseer espíritu significa «ser portador de consciencia». El individuo espiritual es aquel que ha encontrado la manera de otorgarle sentido a todo lo que piensa y siente[113]. Os refiero a la capacidad del Humano Ser para razonar todo cuanto ocurre en su entorno y en sus pensamientos, descubriendo en ello un ¿cómo?, un ¿cuándo?, y un ¿por qué?

En virtud de la espiritualidad el *Ser* siente, al tiempo de saber *qué es* lo que siente, mientras busca hallar una razón de por qué *su* persona le lleva a sentir de esta o aquella manera. El resto de las criaturas menos desarrolladas desde un punto de vista intelectual, también poseen el atributo del *sentimiento*, pero aquellas, a diferencia de los humanos seres, no portan consciencia, no buscan hallar un sentido en lo que sienten, lo cual, por un lado, resulta ventajoso si se le mira a través de una perspectiva puramente natural y perecedera, pero no si tratamos de verle más allá, con mirada trascendente y metafísica. Podría decirse lo mismo de nosotros, criaturas «con aliento de espíritu», pero en sentido contrario: poseer consciencia representa para el Humano Ser un arma de dos filos, pues en virtud de tener la capacidad de razonar, le hace daño a otros y se hace daño a sí mismo, cosa en cuestión le dirige en una búsqueda eterna de una razón tras ese hacer daño, de lo cual surgen las llamadas «corrientes de pensamiento». Aquí es donde entran en juego el *instinto*, si nos referimos a las criaturas sin consciencia, y la *intuición*, si hablamos de los seres espirituales. El instinto es un ultra-sentido corporal, una perfecta balanza entre cuerpo, emociones y mente que lleva a las criaturas a sentirse vivas, sin tener la necesidad de saber *por qué* están vivas. La intuición es un ultra-sentido espiritual, aquello que conecta al Ser Abismal con el orbe de su alma, sin la necesidad de que aquel se detenga a pensar demasiado en ello; intuir quiere decir: sentir-para-saber-para-vivir-para-sentir; pero siendo la fuente de ese sentir, ese saber y ese vivir la consciencia, el espíritu, la sabiduría.

Antes de poseer la capacidad de razonar en sí mismo y por sí mismo, en el *Ser* todavía «no existe el espíritu ni tampoco la esencia», es decir, que *no-es*. Solo después de aquel momento he nombrado yo como el

[113] De ahí que las crisis espirituales sumerjan al individuo en un «sin-sentido».

«despertar de la consciencia», rumbo a los primeros cinco años de vida, el *Ser*, niño todavía, empieza a darse cuenta de todo aquello cuanto ocurre dentro y fuera de sí mismo: ha adquirido pues inteligencia. Pero no en todos los seres el despertar de la consciencia sobreviene de igual manera: existen quienes «vivieron ese despertar», siendo capaces de sentirlo en cuerpo y alma, y alcanzando a recordarlo perfectamente en cada minuto de vida, así como también hay quienes de ningún modo diéronse cuenta de cómo y cuándo empezaron a «enterarse» y «tener memoria». El primer caso es muestra de un alma grande que ha trascendido y manifestado su esencia una vez más, donde este nuevo despertar, que es más bien un «dormirse» –y ya os diré por qué– tan solo es una representación de aquella grandeza que hubo de expandir el alma en otra vida. Al despertar del sueño que constituyó esa vida; es decir, al morir, de inmediato volvió a sumergirse en un nuevo sueño que, al tratarse de un alma grande, llevarále a sentir en grande, para pensar en grande y vivir en grande.

Cuando el Tercer Titán, o en este caso primero y último: el OLVIDO, hacia el comienzo de la existencia, es quien gobierna sobre los abismos, anterior incluso a la OBSESIÓN, al FANATISMO y al propio *Miedo*, el orbe intelectual encuéntrase vacío y no existe todavía consciencia ahí; antes, durante y después de los sueños, en cuyo despertar-dormirse de la consciencia algo en el interior del *Ser* se enciende igual a una lámpara, y de las profundas tinieblas se hace la luz por obra y juicio de la esencia recóndita que, una vez más, ha manifestádose: *el dios de los abismos*, aquí, el *Ser* es un espíritu íntegro, no fragmentado; a través de la playa ha de soplar el marítimo viento, libre y dispenso de toda impureza, mas solo en este formidable instante que se extiende durante el menor grado de tiempo imaginable en la flecha de sagitario; pues a partir de entonces, comienza «la caída del Ser».

Una millonésima fracción de momento constituye el instante en que la consciencia despierta. Justo aquí y en el interior del *Ser*, a un solo tiempo, suceden cosas fastuosas y trascendentales: por un lado, de la mente al espíritu recién nacido, acontece que el OLVIDO, hasta entonces único habitante de los abismos, titán de aire, transfórmase en un arroyo de agua: el afluente de la consciencia. Precedente a lo mencionado, y si abriéramos la puerta que nos conduce desde el intelectual orbe hasta el espiritual orbe, solo veríamos un profundo e insondable abismo: sombras de tono azul obscuro junto a brumas en medio de un vacío inescrutable. No hay manera de descender hacia lo profundo del pozo, debido a que todavía no existe dicha profundidad. Una vez comienza a fluir el río de la

consciencia, nace el espíritu, pero el *Ser* aún no conoce ese espíritu, ni sabe qué es; limítase entonces a sentirlo dentro de sí como un ente que le hace sentir y saber que está vivo, y, por otro lado, siendo que el río mana en este momento por medio de una gigantesca corriente de agua hacia lo profundo del Abismo, allí desembocará en el interior del pozo, formando un charco o un mar. Luego, y en ese mismo instante, si lo que recién ha formádose es un mar, ha de soplar un abismal viento en esencia, un «soplo creador»: éste hará volar centenares de miles de millones de motas arenosas a través de la recién alumbrada playa, mismas que juntaránse más allá de la costa dando origen a dunas y médanos en un desierto: en este desierto es donde nacen los espíritus.

Todo lo anterior acontece en un único instante, en el menor punto de lapso pensable, y por eso yo os enseño: «Bienaventurado sea todo aquel que pudo vivir en cuerpo y alma el formidable instante donde su consciencia despertó. Esto es la fiel y verdadera prueba de que adentro de él existe un mar y no un charco, pues la grandeza que se haya destinado a prodigar está esculpida de antemano en el hado profundo de su alma». En efecto, amigos míos, en virtud de que el torrente de la consciencia hubo de fluir con una fuerza tan bestial, para el *Ser* fue imposible no advertirlo y no guardarlo en su memoria. Solo el río ancho y profundo desemboca en un mar, y solo en el mar hay suficiente agua para producir un río ancho y profundo.

Aquel céfiro ribereño que sopló desde el océano primordial hasta el desierto de los espíritus, este aliento divinamente abismal, trátase el cual hemos de llamar «verdad», y la Verdad es la esfinge oculta del Ser que le hace ser *el que es* en virtud de haber nacido como espíritu al crearse a sí mismo en la mente que volvióse consciencia. Luego de aquel glorioso relámpago empieza *la Caída*. A través del concienzudo río nacen los espíritus acuáticos que denominaremos con el siguiente nombre: *demonios*.

Son los demonios entes espirituales que surten a través del consciente encargándose de «recoger» o «asimilar» todas las cosas que fluyen en dirección al espíritu. Nuestros demonios se encargan de hacernos *sentir*, luego *pensar* qué sentimos, luego *saber* por qué sentimos. Un demonio es, intrínsecamente, *sentimiento* y *pasión*: fuerzas espirituales cuyo trabajo es henchir al espíritu con los objetos que el individuo absorbe por medio del cuerpo, de las emociones y del intelecto, según el tamaño de la esencia más allá del desierto. Si el alma es grande: el espíritu será *apasionado*; si el alma es pequeña: el espíritu será *sentimental*.

Un espíritu apasionado es aquel que goza y sufre por henchirse tanto de las cosas bellas como de las cosas feas. El apasionado disfruta de la belleza, pero al sentirse ahíto de esa hermosura y sufrir a causa de ello, ha de buscar la fealdad para compensar aquella «sobreplenitud» de cosas bellas en sí mismo. Igual sucede en caso contrario: si ha acumulado demasiados objetos feos en su seno, la pasión llevarále a desear y buscar la belleza. Esta característica hace del espíritu apasionado el ser más ardiente que existe, puesto que no juzga en virtud de lo mejor o lo peor, sino que su querer se basa en lo «mucho» o lo «poco». Para el espíritu apasionado lo que importa en sentir sin importar la naturaleza de aquello que se siente. Debido a esto, aquel siempre tendrá una razón para buscar, disfrutar y sufrir por las cosas.

El espíritu sentimental es aquel que goza y sufre o solo por objetos bellos, o solo por objetos feos: o se hinche de amor o se hinche de odio. El sentimental, cuando quiere un objeto bello, siéntese vivo, pero si no ve realizado ese deseo de hermosura enervaráse su voluntad, pues cree que en dicha belleza existe su razón de ser. De tratarse el caso, y al contrario del apasionado, el sentimental no buscará objetos feos para compensar aquella privación de belleza, pues considera a esa fealdad cosa dañina para otros y para sí mismo; entonces, veráse presa de agónico dolor al no poder aliviar su querer, cuestión que paralizarále sin dejarle vivir a plenitud. Dase el mismo caso, cuando el sentimental desea lo feo sin poder obtenerlo, no buscará la belleza para compensar esa ausencia de fealdad, pues, de acuerdo a su criterio, lo bello es repulsivo. Acabará así enervado, sin espíritu de vida.

En pocas palabras, refiriéndome a ambos espíritus: apasionado y sentimental, éste se deja llevar por los sentimientos al querer una sola cosa, mientras aquel permite que sus pasiones le guíen, queriendo todo lo que le haga sentir vivo. Y luego el sentimentalismo enerva, ¡y la pasión vivifica![114]

La caída del Ser comienza allí cuando el espíritu íntegro, puro e inocente que surgió tras el despertar de la consciencia, empieza a fragmentarse por obra de sus demonios. Aquí es de suma importancia tanto la condición espiritual como la condición esencial, hermanos míos;

[114]El sentimentalismo es un atributo femíneo. Los hombres sentimentales producen asco a quien posee un gusto refinado y artístico. El hombre de verdad tiene que ser apasionado. Debe tratarse la pasión de su única virtud y también de su más grande defecto. Si ha de «quejarse» cuando siente mucho dolor lo hará con fervor, del mismo modo que suspirará apasionadamente cuando experimente un enorme placer. ¿Existe cosa más absurda que un hombre enamorado? El amar debería permitírsele nada más a las mujeres. ¿Y no es acaso carnalmente más atractiva una mujer «dionisíaca» que una mujer «romántica»?

de que, prestad mucha atención, si sois vosotros un espíritu sentimental o un espíritu apasionado; de que, jamás olvidéis esta premisa: si sois en vuestro pozo álmico o un charco de agua o un mar infinito en el fondo de vuestra alma. Un espíritu apasionado verá que pueda impregnarse de todos los objetos, tanto bellos y feos, como sea dable, y pondrá a trabajar a sus demonios día y noche sin descanso sintiendo cuántas cosas sean posibles de asimilar y sentir. Debido a que el apasionado es creatura indomable, también sus demonios-pasiones no se fatigarán con tanta facilidad de modo que serán capaces de recoger los muchos objetos que fluyen a través de la apasionada y espiritual corriente; por tanto, no terminarán siendo demasiados los escombros que se acumularán hacia el delta del profundo y ancho río, permitiendo al viento marino soplar con mayor libertad, logrando que el alma vea más sencillo el surgimiento de su esencia; esto, amigos míos, si dicha alma es un mar y no un charco de agua, claro está, pues si en el interior de los abismos solo existe una ciénaga inmunda, entonces aquel «viento verdadero» acabará siendo en alto grado débil, o nulo, por lo que no mostrará su esencia tal como es y la verdad perderáse por siempre en las profundidades del pozo álmico. Mas no os preocupéis, porque de cierto os digo que los espíritus apasionados siempre habrán de prodigar un alma grande, y tal como una vez os dije que aquel que es de «espíritu cánido» también es amante de los lobos, de la luna llena y de una plateada mirada, de igual manera os digo ahora que el espíritu que ama el océano y los mares lleva un mar y un océano propio dentro de sí mismo. Lo peor, sin duda, sobreviene cuando el espíritu es sentimental, muy selectivo en las cosas de las cuales desea henchirse; veránse de esta manera sus demonios rápidamente cansados por lo que no podrán recoger los muchos objetos que fluyen a través del cauce. De este modo sucederán dos acontecimientos pavorosos en el interior del Ser: el delta llenaráse de escombros y basura, los cuales, formando una barrera cósmica, no permitirán al viento, aquella verdad en la esencia del alma, soplar libremente ni llevar los granos de arena hacia el desierto. Recordad que en la arena permanecen enterrados todos los objetos, a modo de cofres y tesoros, dando forma a dunas y médanos que constituyen un «espíritu henchido». El espíritu no puede henchirse ni producir si antes no siéntese prieto, embebido, impregnado, embriagado, y para que esto ocurra es necesario que desde el mar esencial provenga un soplo de viento creador para dar forma a los arenales en el desierto espiritual. El segundo pavoroso acontecimiento que sucederá es que, al encontrarse el río atiborrado de escombros, como ya os dije, no podrán sus aguas fluir ni

desembocar en el pozo, trayendo como fatal consecuencia que el charco termine por secarse, llevando a la completa desaparición de la esencia, de la espiritualidad, del Ser como es y su alma, o, por otro lado, como así disminuya «el nivel del mar», debilitando a la potencia del viento y poniendo en grave peligro al alma grande y portentosa.

Entended vosotros aquí lo primordial de que el Ser no solo sienta, sino que sepa sentir. El pensamiento debe convertirse en sentimiento, el sentimiento en pasión y la pasión en sabiduría, pues un espíritu apasionado también puede hundirse antes de llegar a descubrir la esencia de lo que es. Mas la esencia no trátase de que allí está, desde siempre, desde antes incluso que la consciencia; no me refiero a eso[115], sino al hecho de que la esencia «se crea», y al crearse «trasciende», pudiendo manifestarse en «otro ser» tal como ha sido, tal como es y será a través de la centáurica flecha, y para que se dé esta prodigiosa maravilla hay que forjarse un espíritu propio, íntegro y poderoso. Todo espíritu háyase destinado a fragmentarse por sí mismo, sin distinción de grandeza o pequeñez; pero la diferencia entre el alma grande y el alma pequeña es que la primera no escatimará en elevarse, no temerá al Verdugo de los Abismos, por lo que yendo de grado en grado a través de las «tres jerarquías espirituales» llegará a recrearse a sí misma para lograr ser *el que es*, mientras el alma pequeña, el charco de agua, de pobre soplo creador, no surgirá, no sentirá elevado su espíritu, pereciendo junto a la gran mayoría de seres pequeños en la monstruosa ciénaga donde terminan las bajas criaturas.

«Conocer, saber y crear», mirando adentro de sí mismo, comenzando aquí, hermanos míos: en el afluente de la consciencia.

El individuo profundo intuye que en el interior de su abismo existe un río a través de su espíritu y un mar en la hondura de su alma. Después de todo, hermanos míos, trátase el agua de la inagotable fuente de vida. Venimos del mar y al mar hemos de volver. El agua purifica, sana las heridas, calma al sediento. No en vano, amigos míos, ha existido un rito ancestral que otorga *nombre* y *ser* al individuo que por obra del vital líquido se convierte en criatura «autónoma»: límpida ceremonia que lamentablemente ha sido degradada a lo más ruin y despreciable por almas bajas y espíritus inmundos[116]. De cierto os planteo: si el despertar

---

[115]Como veréis más adelante, la esencia de las cosas es parte de ellas y no es algo que exista «afuera» de las mismas.

[116]Aquello que el cristianismo ha llamado «bautismo». Esta doctrina se encargó de convertir las cosas naturales en anti-naturales.

de la consciencia es manantial del río primordial a donde todas las cosas han de fluir para llevarnos a descubrir lo que somos, ¿cómo no habría de abrirse este *suprahumano* designio con una corriente de agua purificadora, y sellarse frente a la majestuosidad de un mar sempiterno? Pero quien se descubre es el Ser por sí mismo, y no un sacerdote, ni un pastor, ni un profeta que le da nombre[117]. En virtud de vuestra autonomía, hermanos míos, haced esto que os mando siendo yo ahora el Gran León Blanco, Fiel y Verdadero, rugiente de los Abismos: Marchad cada uno, solitario cual espíritu cánido, hacia la cañada de una quebrada o un río. Sumergid todo vuestro cuerpo en el agua, y no solo vuestra cabeza, mientras en vuestra mente habláis a vosotros mismos de la siguiente manera:

En virtud de mi consciencia que una vez más ha despertado,

para volver a dormirse en este mundo de sueños;

Yo, quien he vivido a plenitud ese dormir y despertar;

Yo, quien he vuéltome individuo autónomo y propio:

Me doy a mí mismo nombre y ser al haber sanado mi espíritu,

permitiendo el afluente de la consciencia fluya sin rarezas,

hasta desembocar en el mar que siempre ha de existir en el fondo de mi alma.

Después de hablar así, y una vez llegue el momento donde os sintáis en verdad dueños de vuestra individualidad, y la grandeza de vuestra alma se prodigue sin obstáculos en el espíritu que la obstruyan, marchad a una playa, lo más solitaria posible, y dejad que el mar os

[117]Nosotros nos «bautizamos» a nosotros mismos. El nombre que te dieron no es tu nombre, la personalidad que te engendraron no es la tuya. El espíritu que te alentaron no es de verdad. ¡Busca tu verdadero nombre! ¡Tu verdadera persona! ¡Tu verdadero espíritu! Al diablo con todos los «juanitos» anunciadores de «mesías prometidos» que dan nombre al que no se siente capaz de darse nombre a sí mismo. Si tú sabes que eres el que eres, sin necesidad de que alguien más lo confirme en tu lugar, ¿quién se atreverá a desmentirlo, si es tu verdad, y la verdad nace del Abismo y no la es para todo el mundo? Un poco de «cultura pop»: en la serie de televisión: «WandaVisión», del gigante cinematográfico Marvel Studios, Wanda Maximoff se enfrenta a la hechicera Ágatta Harkness, quien pretende adueñarse de su magia para dominar el mundo. Ágatta describe el poder de Wanda como una «magia caótica», una fuerza sobrenatural tan descontrolada que es capaz de reescribir la realidad del cosmos o de destruirla, por lo cual, según ella, esto convierte a Wanda en «la Bruja Escarlata»: un ser de magia inconmensurable cuyo destino es aniquilar el Universo y cuya aparición había sido «profetizada» en las páginas del DarkHold, el «Libro de los Condenados». En efecto, al final del enfrentamiento Wanda se transforma en la Bruja Escarlata, y segundos antes de vencerla, le dice a Ágatta estas palabras: «No es necesario que tú me lo digas. Yo sé quién soy».

absorba todos aquellos residuos de basura aún puedan quedar en los cinco orbes del Ser, mientras habláis otra vez:

No ha quedado adentro nada que no sea yo mismo.

Este fastuoso y bellísimo océano es reflejo de lo que Yo Soy en el fondo.

Ahora vivo a plenitud siendo pródigo en alma grande,

la cual ha de trascender incluso cuando mi cuerpo desaparezca,

y sus cenizas retornen a este glorioso e insondable mar,

de donde emergió el polvo de las estrellas.

Yo soy el que Soy.

Yo soy el Rey de los Abismos.

Yo soy el Señor de la Tormenta.

Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí.

Yo soy la Bestia.

De espíritus sentimentales y espíritus apasionados.

¡Oh, primordial substancia! Primorosa cañada, que os hundís en lo profundo del pozo álmico en virtud de la bestia durmiente en el abismo del mar oculto: henos aquí, abandonada por fin aquella piel vetusta en la cual descendimos al Valle de la Desnudez, con desnudos pensamientos, para vestirnos ahora de frescura torrencial envueltos en espíritus acuáticos bajando al desierto. Ya sin cuerpo que horripile ni figura que deleite en los cuales gozarnos de placeres animales; desprovistos de lengua emita sonidos ni deguste azucarada miel; privados de cutícula pueda tocar o ser tocada para embriagarse en la suavidad de coraza virgen; sin poder alcanzar a inhalar el fresco y vivo aroma emanando de salinos mares; sin más oído que aquel atiende al llamado de su propio y abismal vientre; faltos de ojos para deleitarnos en efigie de la exótica existencia, despojados de esa forma, mis queridos acompañantes, de un corazón pueda lamentarse de tristeza o reír de alegría, ni taciturno, ni colérico, y sin tormentas invernales ni pactos en arcoíris; desnudos incluso de la mente, en este desierto no vemos sino que sentimos, carentes de imágenes en pesadilla o falsos sueños dentro de un sueño verdadero; lejos de nosotros toda idea, cualquier «mundo de ideas» a través de pensamientos que dan vueltas y vueltas semejantes al antiguo reptil… ¡Fuera los pensamientos! ¡Sumerjámonos de ahora en adelante en aquello que *somos* para dejar de ser quienes *parecemos*!

Lo que pensáis, no es vuestra verdad. Lo que sentís: he ahí la respuesta a vuestros enigmas. Si estáis tristes, ¿pensáis en ello? Entonces la tristeza *no es*. Si os encontráis alegres, enojados o melancólicos, es porque ¿sentís? O porque ¿pensáis en algo que os ha puesto contentos, rabiosos o taciturnos? Entonces no es verdad ese humor del que sois víctimas. *Sentir* la Verdad que os habla valiéndose de creadores suspiros para que vosotros mismos podáis revelar vuestro erario reservado bajo las dunas, he ahí vuestra razón de ser. El sentimiento es verdadero si os conecta con vosotros mismos, de lo contrario estáis siendo engañados por las quimeras. Vosotros decidís lo que es bello y feo: es bella la sensación

de belleza, es fea la sensación de fealdad. Un objeto ha de ser bello porque engendra belleza, no porque sea bello en sí. Según como sea la naturaleza de vuestros demonios, éstos percibirán la belleza y la fealdad de manera distinta para cada individuo. Nuestros demonios no quieren al objeto porque éste sea bueno o malo, sino porque le hacen sentir lo que ellos quieren sentir. Un demonio no se inclina por el bien ni por el mal. Aquel que guste de aquello el diablo moralidad haya maldecido como «obra de maldad», no quiere decirnos que dicho individuo sea malvado en esencia. No existe una esencia del mal, ni una esencia del bien, lo que existen son espíritus apasionados y espíritus sentimentales. El sentimental quiere en virtud de lo bueno y lo malo, de lo mejor y lo peor, de lo bello y lo feo. El apasionado quiere en virtud de lo mucho y lo poco, de lo grande y lo pequeño, de lo valioso y lo dispensable. Como el alma grande sopla enérgicamente desde el mar esencial, transportando arena hacia las dunas, aquellos objetos, bellos y feos, desaparecerán bajo los médanos, impregnando al espíritu de arenales donde manarán *miel* o *ajenjo* a través de las colinas, substancias luego serán absorbidas por nuestros mismos demonios, y así, embriagados con dulce miel nos infundirán pensamientos dulces, o, embebidos con amargo ajenjo, nos llevarán a pensar en cosas amargas. Una vez hayan saciado toda la exuberancia de azúcar o amargura, estarán de nuevo listos para recoger más objetos del río y henchir al espíritu con mieles o sabores agrios. Pero el espíritu sentimental, del cual es portadora un alma pequeña, cuyo menesteroso aliento no hace volar suficientes motas de arena hacia el desierto, quedando así los objetos fuera de las dunas, no producirá bastante miel o ajenjo que alimente y embriague a sus demonios, cuestión acabará por hacerlos sentir pronto cansados, sin poder renovar la fuerza perdida para seguir recogiendo objetos del río, lo cual, como ya os dije, provocará que toda una muchedumbre de basura se acumule entre el espíritu y el alma. De aquí viene aquella mediocre idea de un «corazón roto», de aquel que ya «no es capaz de sentir otra vez», de volver a confiar, individuo que no es más que un alma pequeña, un espíritu sentimental que no fue capaz de henchirse por completo, un ser que no comprende la verdadera naturaleza de sus propios sentimientos.[118]

[118]Me retuerzo una y otra vez de risa cada vez que veo como alguien se arrastra igual a una alimaña mendigándole amor a un «ser querido». Todos esos amantes de la moral me producen náusea. Hombres «rotos» que llaman «putas» a las mujeres promiscuas; y mujeres «rotas» que llaman «perros» a los hombres promiscuos. Esto es muy común en las redes sociales. Un hombre de verdad no requiere el amor de una mujer, y una mujer de verdad no requiere andar suplicando el amor de un hombre, ni tampoco tienen por qué exigirse «fidelidad». Todo eso es puro sentimentalismo.

El espíritu sentimental se cree a sí mismo o muy fuerte o muy débil, o muy bueno o muy malo. El espíritu apasionado no cree sea fuerte o débil; su pasión le lleva a sentirse débil para alguna cosas y fuerte para otras; bueno para esto, malo para aquello. Quien se cree fuerte bien puede ser débil. Quien se cree bueno bien puede ser malo. Nada más el apasionado tiene el valor para decir: «Yo no soy fuerte ni débil, malo ni bueno. Yo soy el que Soy».

Debemos alimentar nuestros demonios, solo entonces descubriremos quiénes somos de verdad y para qué objetos somos fuertes y para cuáles somos débiles, y si somos en el fondo apasionados o sentimentales. Cuando muchos objetos permanecen en el espíritu siendo lentamente absorbidos por él a causa de la parsimoniosa formación de dunas, nuestros demonios volveránse sentimentales en virtud de que se alimentarán a menor rango: esto es lo que se llama «encariñarse». El espíritu sentimental, a pesar de prodigar un alma pequeña, goza de un privilegio: ser capaz de desahogar sus sentimientos con facilidad, pues «no siente demasiadas cosas dentro de sí mismo», por tratarse de un individuo selectivo en los objetos a los cuales profesa su querer o no-querer. En cambio, amigos míos, cuando los muchos objetos son enterrados velozmente en la arena, prodigando un alma grande, cosa hará que el espíritu las absorba y se embriague rápido con ellas, nuestros demonios volveránse apasionados por alimentarse a un rango mayor. Esta es la característica del espíritu que arde en su querer por aquellos objetos que le apasionan, pero no suele encariñarse, solo padece cuando no puede gozarse de ellos para saciar su pasión. El apasionado da más valor a lo que siente que al objeto por el que siente, y si algo o alguien ya no le inspira todos esos apasionados sentimientos, no escatimará en buscar otros objetos que sí lo hagan. Esta realidad puede resultarle perjudicial a sí mismo. Al no tratarse el apasionado de una criatura selectiva y cariñosa, siendo capaz de «sentir mucho por muchas cosas», verá difícil el hecho de poder «desahogar» todas esas cosas. Tal es el motivo de que el espíritu apasionado suela comportarse como un ser reprimido, como un individuo que guarda muchos sentimientos en su interior sin llegar a prodigarlos, en virtud de no ser sentimental. El apasionado es muy enfático, pero poco expresivo. Aquello que engendra la pasión aseméjase a una lengua de fuego: ardiente y directo; mientras que todo cuánto nace de un espíritu sentimental se parece a una corriente de agua: suave y continuo.

El apasionado quiere sentir. El sentimental quiere *algo* porqué sentir, y al encontrar ese *algo* aferraráse a ello categóricamente. El Gran Río del Espíritu fluye justo a la mitad del desierto, donde se encuentran los demonios día y noche trabajando. Hacia la parte derecha del río tenemos a los demonios sentimentales. Hacia la izquierda están los demonios apasionados. Grandes montículos de arena forman el lado corresponde a las pasiones, signo del espíritu que ha henchídose hasta embriagarse, mismo que es digno para sentir mucho. Pequeños médanos, a través de los cuales sobresalen objetos y escombros, dan forma al lado constituyen los sentimientos, dándonos a entender el espíritu que no puede tolerar las demasiadas cosas.

«¡A Xibalbá!»

El espíritu produce según de lo cual se siente prieto. Uno engendra esto. Otro aquello. Una vasija de oro que fluye a través del caudal espiritual servirá para crear entes valiosos, y, a tiempo de esto, el Ser mismo, dentro de sí, sentiráse valioso por lo que su espíritu ha producido. Las más ostentosas prendas descienden una por una mientras los demonios las recogen y luego las arrojan hacia la arena al momento de que el viento sopla y aquellos objetos quedan sepultados. He aquí, hermanos míos, el secreto para forjarse un espíritu íntegro y vigoroso: os he mencionado en múltiples ocasiones que el espíritu encuéntrase fraguado por *fragmentos y enigmas*, y que por ello un espíritu desmembrado en sí mismo procedente de la forma en que su alma percibe los efluvios exteriores, es un *espíritu desolado*, hecho desemboca en aquella sombría sensación del corazón llamada *melancolía*. El rebaño, vulgarmente llamado «imaginario colectivo», evoca al espíritu como si éste fuera una forma de materia, similar al cuerpo, del cual difiere solo por no estar hecho de carne. Todos nos imaginamos a nosotros mismos, cuando pensamos o cerramos los ojos, viéndonos con ojo mental, de una manera distinta a aquella que emerge de nuestro reflejo al mirarnos en un espejo. Esa imagen ideática es *lo que somos*, al menos lo que creemos o *queremos ser*, y aquel reflejo arquetípico del espejo es más bien una aparente coraza, por lo cual «hémonos despojado de nuestra auténtica piel para alimentar la falsedad»[119]. Aunque el reflejo se trata de lo que *no somos*, es una realidad, tanto para nosotros que nos vemos, tanto para los demás que nos ven. La *carne* es cuerpo perecedero e inmundo, razón por la que muchos le «desprecian»; pero no es la carne lo que nos produce náusea, es el espíritu desolado lo que nos infunde hastío, por encontrarse éste completamente esparcido a causa de la prolongada caída del Ser. Si el individuo no se siente completo en su interior, todo lo demás fuera de sí mismo le parecerá nauseabundo, por tanto, al no quererse, despreciará todo cuánto sea reflejo de aquello en sí mismo odia, y amará todo cuánto le haga querer lo que ello no es. De ahí que Odio y Amor se traten de pasiones y sentimientos que «buscan», mas «nunca encuentran», pues jamás llegaráse a experimentar la verdadera satisfacción porque en realidad no

[119] Frase del cantante norteamericano Marilyn Manson, en su obra: «Antichrist SuperStar».

existe *ente* alguno que produzca una consumación prolongada. Bien pueden nuestros demonios trabajar sin descanso, pero mientras estos no se fortalezcan, el espíritu fragmentado no volverá a ser un espíritu virtuoso y no descubrirá su verdad, la cual emerge a través del viento que sopla desde el mar esencial. Oídlo bien: una duna vacía no vale nada, tan solo es arena conglomerada y sin propósito. El desierto de los espíritus se encuentra atiborrado de esta clase de dunas; está, por así decirlo, «lleno de vacío», lo cual evoca en mí un pensamiento pretérito: «¿Es posible que el vacío pueda llenar algo? No quiero saber la respuesta», escribí yo una vez, en mi adolescencia. Entonces no sabía lo que el vientre de mi ser quería decirme por medio de mis desérticas esfinges para construir mi verdad bloque a bloque y culminar mi Gran Pirámide.

«Orión nos habla». ¿Qué nos quieren revelar los tres lados, los cuatro puntos y los cinco orbes que giran alrededor del enigma que el Gran Hombre del Desierto no alcanzó a resolver cuando interrumpióle su demonio? «¡A Xibalbá!», así exclamaba una *antigua civilización* que sabía[120], antes de lanzar oro en abundancia hacia el caudal de un amplio río, buscando la bendición de aquellos *dioses* que en su cielo habitaban, allá arriba, en una «galáctica nebulosa». Pero lo que dicha civilización no sabía es que, mirando hacia arriba, en realidad estaban mirando hacia abajo. Ignoraban la fastuosa sabiduría y el profundo simbolismo que por medio de aquel apto de ofrenda estaban expresando. En efecto, para ser recompensado por la *divinidad* es menester arrojar oro hacia el espiritual río, y no solo oro, también plata, y diamantes, rubíes, y rocas y barro, esencias, perfumes, signos, melodías, esfinges, estatuas, placeres, dolores, bellezas, fealdades y todo cuanto pueda fluir a través del devenir y de lo cual el Ser pueda alimentarse para después engendrar. El vacío, la nada, el no-ser, la no-existencia son improbables mientras sigan existiendo cosas, por tanto el manantial de la vida es una fuente inagotable. La desolación del espíritu acabará cuando el Ser se dé cuenta de que es *eterno*, mas no *inmortal*; de que su muerte también es *eterna*, mas no *mortal.*

---

[120]Los mayas. Esta civilización indoamericana todavía guarda muchos misterios a la espera de algún día ser revelados. «La gran transición», en que la Humanidad sufrirá grandes cambios espirituales y que inició en el año 2012 d.C y se prolongará durante tiempo indefinido, coincide con el fin y reinicio de su calendario de cuenta larga.

Los dos grandes «príncipes».

El espíritu se fortalece y engrandece hasta, pródigamente, cubrir el infinito. Cuando el Ser ha reunido sus fragmentos y enigmas los sentimientos y pasiones se vuelven más fuertes, y así los demonios poseen la suficiente fuerza como para «arrojar» todavía más lejos las cosas que recogen ellos del río, ensanchando el espíritu y colmándolo por completo. Para hacer el espíritu más fuerte primero se deben fortalecer los sentimientos y pasiones, y solo se fortalece el que se ejercita, no el que procrastina. El apasionado debe desencadenar su pasión; el sentimental debe hacer lo propio con sus sentimientos. Sentir para saber, y saber para crear. La sabiduría germina del espíritu que está embriagado por las cosas que nuestros demonios han descubierto por sí mismos. De esta manera, siendo el demonio poderoso sentimiento y poderosa pasión, criatura con «músculos», enterrará bajo las dunas y los médanos toda clase de tesoros a espera de ser descubiertos por nosotros mismos y por aquellos en quienes engendramos.

Aquí, amigos míos, entran en juego el tipo y clase de nuestros demonios. Son muchas las pasiones y sentimientos: unos quieren objetos bellos, otros objetos feos; unos quieren dar, otros recibir; unos quieren crear, otros destruir; unos quieren para los demás, otros solo para sí mismos; unos son fuertes, otros débiles; unos son grandes, otros pequeños…

Los dos Grandes Demonios, a los cuales denominamos con el nombre de «príncipes»: hijos del *Ser* que es el *Rey de los Abismos*, quienes en perpetuo conflicto quieren apoderarse de todo lo que es, son *Amor* y *Odio*. El resto de los demonios son subordinados de aquella «principada potestad» o una perturbación de su substancialidad. Toda criatura espiritual percibe en sí misma tanto sensaciones de amor como de odio, tratándose la primera de un anhelo/deseo de belleza, y la segunda un anhelo/deseo de fealdad. Lo profundo en ambas se mide en virtud de la lejanía o cercanía de su querer. Un demonio será pues, «deseoso», cuando quiere lo cercano, ya que todo deseo es un querer superficial e inmediato; mientras el susodicho llamaráse «anhelante», si su querer se halla entrelazado a lo lejano, pues todo anhelo es un querer profundo y distante. Se desea aquello que no se posee, debido a una «carencia espiritual», por lo cual, «desea» aquel espíritu que no se siente henchido,

que aún está vacío; mientras el anhelo surge de aquello que se quiere engendrar, aquello se quiere producir: un espíritu prieto que anhela relajar su «sobreplenitud», ya sea de amor o de odio.

Como ya sabréis si sois entendidos, no importa el objeto, sino las sensaciones que éste produce. El objeto solo es una «llave», un instrumento, que ha de abrir la puerta que conduce al Reino de los Abismos. Una vez desencadenado el sentimiento o pasión, una vez despertado el demonio que «sentirá para saber», fijaráse profunda o superficialmente en el objeto que le atrajo, discerniendo en las cualidades que hicieron despertar su deseo o su anhelo, las cuales amará u odiará si lo que le hacen sentir es una estética sensación de belleza o una estética sensación de fealdad, apetitosa o repulsiva. Así, el demonio, recreará o destruirá el objeto tanto más profundo en virtud de si lo desea o lo anhela. Desear es característico de los espíritus apasionados, ya que la pasión se deriva de aquel individuo en medio del desierto que arde en sus propias llamas; aunque el apasionado también siente anhelos, pero éstos les resultan dolorosos. Anhelar, por otro lado, es propio de los espíritus sentimentales que «aguardan», sea aquello que odian o aman; aunque el sentimental igual experimenta deseos, nada más que éstos resultan para él cosa insufrible, pues no logran soportar el endiablado fuego que produce la pasión. Las llamas consumen rápido todo cuanto tocan, pero así como veloz devoran, vertiginoso engendran, cual ave fénix que de sus propias cenizas ha renacido. El demonio del Amor, impulsado por un espíritu apasionado, es el origen de todas las cosas que en este mundo se consideran las más hermosas y radiantes, como así, presa de locura y deseo, aquel siempre ha de tener la necesidad de sentir, pues cuando no siente, sufre, y cuando sufre por no poseer lo deseado, ha de buscarlo; sea cual sea la naturaleza del objeto que desea, tan solo le importa sea éste bello para nutrirse con su belleza. La pasión amorosa, al tornarse insaciable, es progenitora de aquel otro demonio conocido con el nombre de *Lujuria*, pues existen manantiales que no calman la sed, sino que la aumentan. El demonio de la Lujuria quiere sentir placer: desea todo el placer que la belleza pueda obsequiarle, descubriendo en sí mismo al placer como su cosa en sí, por lo que odiará todas las cosas que le niegan dicha satisfacción: placer corporal, emocional, mental, espiritual; la Lujuria quiere todo aquello que le haga sentir bien en el más alto grado. Más que henchir, el demonio Lujuria «consume». Sin embargo, si el espíritu es capaz de controlar sus deseos, éstos le servirán de impulso para embriagarse de otras cosas que si le permitirán colmarse y crear

belleza a través de ellas, refiriéndome a aquel tipo de lujuria inocente, pura, «amoral», que anhela en virtud de la belleza y solo por amor a ella.

El espíritu sentimental, que niega su propio placer para entregarse al «ascetismo», corre grave peligro de enfermar profundamente dentro de sí mismo al enervar sus apetitos; y el apasionado, cuyo victimario hierro que a sí mismo dirige, radica en no escatimar en la satisfacción de sus deseos al volverse promiscuo, puede llegar a ser superado por ellos y perecer bajo su cuchilla. En ambos casos debe ser vista la lujuria como una «flecha de anhelo». Un espíritu íntegro que ha descubierto su propia verdad sabe cuándo detener sus deseos, y cuándo impulsar sus anhelos.

El promiscuo siente mucho. El casto piensa mucho. El promiscuo quiere dejar de sentir para poder pensar. El casto quiere dejar de pensar para poder sentir. ¿Cómo superar ambos males? Con sabiduría: saber lo que sentimos y saber lo que pensamos.

La promiscuidad es culpable de que la sangre se haya contaminado, es la razón de que ahora, en virtud de un excesivo «mestizaje», las almas nazcan contrarias unas a otras y los seres se alejen espiritualmente unos de otros cada vez a una velocidad mayor. Recordad que la sangre es la puerta hacia el alma.

Ahora bien, es también la castidad igualmente culpable de que la sangre no vuelva a purificarse. No todas las almas son opuestas: existen «almas afines», «almas gemelas», belleza por belleza. Dos seres podrían comportarse de una manera distinta aun siendo esencialmente recíprocos debido al vicio que les corroe en las esferas superiores. Basura corporal: el uno puro y bello; el otro infecto y grotesco. Basura emocional: aquel blando y sereno; éste severo y explosivo. Basura mental: el primero ilustre y sutil; el segundo torpe y retorcido. Basura espiritual: el uno profundo y excelso; el otro frívolo y mezquino…

Y a pesar de ello, ¿criaturas tan dispares podrían tratarse de semejantes entre sí? La mugre cósmica que deshonra al ser grande y profundo, es exógena a él, por lo cual, aquel «par gemelo» que entre universales ondas se le ha extraviado, podría tratarse de su cura. ¿O acaso ha de ser aquel individuo enfermizo una enfermedad para el otro? Resultaría mejor entonces que el enfermo se cure a sí mismo primero, antes de entregar su carne y su alma a una belleza exterior. Pero cuando esta pródiga maravilla por fin se lleva a cabo, retorna la tragedia: el ser grande y de alma pura no encuentra a su par gemelo. Ansioso mira en torno y solo ve gusanos inmundos que de él son indignos. Entonces mira más lejos descubriendo bellezas lejanas, pareciéndole éstas inalcanzables,

y aunque gozándose de ellas, experimenta el llameante deseo de unírseles eternamente, mas… ¿cómo podrían ser uno solo, dos seres bellos, desconocidos el uno para el otro por un juego trágico del azar, y separados por el mundo y el muro infranqueable del tiempo?

Aquí es donde el casto se niega a sí mismo el placer, por completo decepcionado de su carne que le hace anhelar lo imposible; y aquí es donde el promiscuo se entrega por entero a la sensualidad, probando de aquí y de allá para saciar el desértico afán de una hermosura inaccesible. Sin embargo, negar todos los sentidos es contraproducente en el caso del individuo casto, ya que éste podría enfermar al no soportar el fuego apasionado de un amor reprimido; y no negarlos sería para el promiscuo terrible aventura donde por un exceso de erotismo, corre el riesgo de volverse espiritualmente mísero, lo que llevaríale a perder el sentido de su propio goce. Para terminar de purificar el alma no hay que prescindir de la sensualidad ni abusar de ella, sino volverse selectivo en las cosas bellas. Aquel que aspire a convertirse en un ser puro, de cuerpo y alma cabal, no busque placeres ilusorios: busque a la belleza que más gusto prodúzcale en su refinado y estético juicio.

Pero «la carne es débil», dice el rebaño. Quien posee piel de cordero obvio que se siente vulnerable frente al lobo que desea devorarle, y aún más frente al león, quien radiante le seduce a entregarle su cuerpo, cual sacrificio que al espíritu de aquel engrandece. El que tenga un bajo puesto en las tres jerarquías espirituales no tiene la capacidad para tolerar el fuego del amor y la lujuria, hundiéndose por tenerlos (promiscuo) o pereciendo por haberlos perdido (casto). En ambos casos, el individuo erra en sí mismo al no percibir la conexión que existe entre espíritu y carne, y de cómo éstos se complementan entre sí para dar forma a un individuo completo y sano. El que es frágil siempre temerá entregarse, creyendo que el demonio de la lujuria le vencerá, y por esta razón toma la decisión de amar «pura y espiritualmente». Sin embargo, tal afirmación no es más que una fachada, pues toda clase de amor, sin distinción de a qué o a quién se le profese, oculta en sí el anhelo o el deseo, ya profundo, ya superficial, de consumar en la carne aquello que se ama desde el espíritu. Solo un espíritu elevado puede «tocar la belleza» desde un matiz espiritual y engendrar una belleza superior por medio de ello; pero un espíritu bajo, negando su propio cuerpo y su propia carne, ha vuelto la cuchilla contra sí mismo. De cierto os digo que una oveja no posee la fuerza necesaria para sostener el cuchillo que le matará. He aquí el más grande de los peligros, cuando el alma pequeña arrójase catastróficamente

al profundo y ancho río de los azares y posibilidades; pues os adelanto que un charco no produce bastante esencia como para manejar su propio destino, de que a un pozo de agua sucia desaguan todos los excrementos que un afluente venenoso puede secretar; y si el arroyo es sucio y pequeño, sucios y pequeños serán los demonios que de allí surtan, dando origen al espíritu que perece bajo el «tridente demoníaco», antes consumido de amor, que luego transformado en lujuria insatisfecha acaba en odio y desesperación. De ahí que los espíritus sentimentales le den más importancia al objeto, que al sentimiento, puesto que aferrándose encuentran un sentido que le dé razón a la intensidad de aquel sentir, logrando así apaliar la desolación que sus propios sentimientos le producen. Y tras ello, hermanos míos, ese mismo espíritu inmundo, pero que no es capaz de negar su carne sino que rotundo la afirma: «Carne soy. Cuerpo soy, ¡nada más!», es presa de igual temor al convertirse en esclavo de su propio placer, de su propio dolor. ¿Sirve de algo la sensualidad cuando no contribuye al crecimiento del alma?

Esta es mi enseñanza en virtud del amor por la lujuria: es un error contra nuestra diosa *natura* estorbar a la belleza y al erotismo que ésta engendra. Es un crimen contra sí mismo negarse el placer cuando no se corre peligro de convertirlo en un vicio, o en cadenas, o, aún peor, en una cruz. Si el dulce néctar de un sensualismo embriagador mana virgen a través de los desiertos con sabor a miel; y dos seres, de abismal prominencia y álmico mar en absoluto reyes de su entero abismo y por tanto de sus cuerpos, emanando a través de la carne un perfumado y celoso aroma de sicalíptica virtud, atraídos el uno hacia el otro por una fuerza demoníaca de sus pasiones henchidas, ¿por qué no habrían de soltar a la bestia, que a la otra ansía, y de su espiritual carne alimentarse hasta la última gota? ¿Por una prohibición moral? ¿Por miedo? ¿Por vergüenza? ¡Oh, queridos hermanos! ¡Mirad que el mar se llena de tormenta cuando en él las sirenas no destilan!

Oídlo bien: cuando se es «tocado por muchos», la carne tórnase dura, poco sensible. Cuando se es «tocado por unos cuantos», vuélvese entonces la carne exigente, más refinada en su gusto. Pero cuando no se es «tocado por nadie», adquiere la carne un grado de «supra-sensibilidad», capaz de estremecerse al menor rasgo del entorno: una piel desnuda y en carne viva a través de la cual se introduce el frío hasta llegar al alma, y el calor hasta enternecer el corazón. Aquel que posea esta clase de envoltura podrá sentir la belleza en las cosas con una exquisitez que rebosa lo inefable, pero el precio es una profunda desolación del espíritu.

Para superar la enervación, el verdadero espíritu y la verdadera carne deben elevarse[121]. Cuando la carne siéntase insatisfecha, que busque la espiritualidad para sobreponerse a su dolor. Cuando ocurra lo propio con el espíritu, sintiéndose éste agobiado y saturado, que se sirva de la carne para encontrar desahogo y consuelo. Reprimir la carne o el espíritu solo impulsará más rápido la caída del Ser. Todo lo que *es*, es digno de ser gozado y sufrido; únicamente lo que no existe no puede saborearse. Ámese a la belleza y al placer espiritual que éste fecunda. Ámese al cuerpo y al placer carnal que sea capaz de engendrarnos. ¡Qué vuestros lujuriosos demonios den a luz estrellas radiantes y no astros muertos!

El espíritu apasionado entiende que sentir es útil para saber, pues no se sabe lo que se aprende, sino lo que llega a sentirse. La espiritualidad es más poderosa que el intelecto. Sentir produce más fatiga que pensar. Quien busca sabiduría no es apto ya para aprender por medio del pensamiento: es apto para crear en virtud del espíritu. El creador es el ser *sintiente*, no el ser *inteligible*; es quien, creando en sí mismo, engendra un nuevo mundo. Por esta razón os aconsejaré siempre que obliguéis a los placeres a entregase a vosotros, y que por ningún motivo os entreguéis vosotros a ellos, puesto que, aquel que se entrega, de su abismo no es el Rey, y nada más el Rey de los Abismos es quien va a triunfar sobre todas las cosas, pues él mismo ya es soberano de ellas. De ahí que todos aquellos, quienes durante su vida no conocen otra forma de vivir más aquella que les hace sufrir por lo que no poseen, se convierten en servidores de los placeres, de las cosas. El espectro muerto de hambre que vive para servir se encoleriza y sufre cuando el mundo no le devuelve lo que ha servido. Mas quien obliga a esos mismos placeres, a esas mismas cosas, a que a él se entreguen, he ahí el alma grande que, descubriendo una belleza superior dentro de sí mismo considera todo lo demás una ramificación de esa hermosura. Aunque el árbol seque todas sus ramas siempre podrá volver a engendrar bellos peciolos mientras aún quede sabia en su interior.

El que ha llegado a sentir amor por sí mismo es el que tiene mayor capacidad para amar todo lo demás que le rodea. De esta forma el placer de la carne no debe transformarse en una manera de henchirse, sino en una manera de liberar lo que ya es pleno. El mundo es un océano de belleza: el sentido de esa belleza proviene del Ser, por tanto, la esencia de las cosas hermosas existe adentro, no afuera de nosotros. Entonces,

[121]Ver capítulo: «De la Bestia y su imagen».

amigos míos, si toda clase de belleza, del grado que sea, es una proyección de aquel sentido abismal que vuelve bellas a las cosas, ¿acaso no nos pertenecen todas las cosas ya desde el comienzo? Y si todas las cosas son nuestras desde un principio, ¿no quiere decir esto que tanto el amor como el odio encuéntranse ya consumados dentro del Ser? «¡Tanta belleza! ¡Tanta! ¡Y no me pertenece! –dice el enamorado, consumido por el deseo que le hiere y quema». ¡Oh, vosotros enamorados! ¡Es al Amor a quien vosotros amáis! ¡No al objeto de vuestro amor! Y el Amor es vuestro *demonio*, por lo cual es a vosotros mismos a quienes amáis, y en aquel objeto amado solo queréis verter la sobreplenitud de vuestro amor.

El Reino de los Abismos: donde todas las cosas están y donde todas ven su principio y final. El reino donde vuestros ángeles cayeron en perenne trance junto a vuestros diablos. ¿Podría *el Diablo* enamorarse del *Ángel*? Y cuando un ángel y un diablo copulan, ¿nace un demonio? ¿Os acordáis de aquella criatura de alas blancas y negras? «El ángel más espantoso y el diablo más hermoso», así la he llamado yo.

¡Sed vosotros dueños de vuestro Triángulo Abismal! Con la mirada fija en Orión, voltead vuestra platina mirada hacia el interior del Abismo vueltos un cánido espíritu, taciturnos y enamorados de la luna que al no consumar en carne vuestro más grande anhelo en lobos os transformásteis, seres solitarios quienes adentro aprendieron a mirar en virtud de no haber encontrado en ningún otro lado la verdad que resolviera el enigma de vuestra desoladora pasión, escuchando así el llamado de la bestia álmica que os dejaba los signos os habrían de servir para unir los fragmentos y descubrir el sigilo de vuestra alma. Pero el sendero que os llevó a experimentar dicha certeza fue de rocas filosas y ardientes, ¿cierto?, y si grandes fuisteis, en apócrifos sitiales no os asentasteis, sino que, vestidos con piel autónoma, forjada por la propia fuerza y el poder nacido en vuestro reino, más allá descendisteis para encontrar el origen de aquel llamado. Mientras bajabais, de horror experimentasteis la embriaguez y del más purulento y cáustico odio fuisteis adeptos. Un profundo deseo de muerte y destrucción os invadió, cuestión sedujo a vuestro demonio, ebrio de odio, a henchirse de los objetos más viles y así, empoderado en la obscuridad, arrojáreles al gran desierto donde emanaría licor de ajenjo: «¡Estoy lleno de odio! ¡Odio a cada ser que pueda caminar sobre esta tierra!», pronunciasteis vos, criatura profunda. A través del espíritu, aquel odio volvióse tenebrosas imágenes que no tardaron en corresponderse con la realidad, tratándose de esta manera, como así pusisteis la mirada hacia atrás cual centauro que

se aventura al revés, aborreciendo en cuerpo y alma todos aquellos mares que infundieron en vos la fatalidad; luego, hacia los lados también observasteis, sintiendo la náusea y el hastío por aquellos que han dirigido el moral flagelo contra la integridad de vuestra ética, pues el moralista, éste quiere permanecer bien con respecto a sus semejantes, mientras el ético, solo quiere estarlo consigo mismo; pero ¡cómo habrían ellos de entenderlo! Por tal causa habréis de odiarlos, ¡por tal motivo engendraron en ti el deseo de verles destruidos! Pero como tu odio volviérase tan grande que incluso a la insignificante muchedumbre supera, hacia adelante, deslizada vuestra alma sobre la sagitariana saeta, vuestra mirada viajó, montado en aquel futuro incierto que jamás cesaría al gritaros: «¡Acábase el tiempo! ¡Ya no podrás subir a la colina!», por lo que entonces dijisteis: «¡Maldita sea toda esperanza! Cuando el reloj marque las doce comenzará el descenso»; y aquí, no quedando ya otra alternativa, mirasteis hacia arriba, en el instante que todo espacio y tiempo parecen conjurarse en vuestra aniquilación, vuelto el deseo un anhelo, un querer de algo más allá de las estrellas que aún después de la muerte os cobije, para luego sentir de inmediato la Decepción cuando en ese mar de astros veis de raudo la pérfida mirada de un «ser divino», que es más bien un «ser humano», que humanamente os ha juzgado, al comprar vuestra alma a cambio de guiaros por una senda de «virtud», solo que dicha idea os ha repugnado siendo vos un espíritu carnal que libre anhela por el océano embarcarse, argumento que os llevó a decir: «A ti igual te odio; ¡dios de los cielos!», y así también odiasteis sea lo que sea existe allá arriba.

¿Y a dónde había más entes que odiar, si toda la existencia en un instante se os ha convertido en un antro, de fealdad y horror enferma? Siendo tú subterráneo, de larga retina, ancho y profundo como vuestro río que grande a prodigar el alma en el hado os hayáis inscripto, detuvisteis aquí vuestro sendero consumido por la desolación y el sin sentido de vuestra propia existencia, enamorado del más eónico anhelo y sintiendo que tus brazos no son lo bastante amplios como para fundirte en el seno de una belleza que *más allá de todos los tiempos* os parece aguardar. Ahora, sin más preguntas ni respuestas que la fría certeza de una hondura que os ha hecho desear la muerte, y el sufrimiento previo o después de aquella, en vuestra mano tomasteis el cuchillo arrastrado por el desenfreno de vuestro tormentoso corazón, pero… ¿quién os lo ha puesto entre vuestros sepulcrales dedos? ¿Y a quién mataréis? ¿A la belleza? ¿O acaso a ti mismo para ya no querer más esa recóndita hermosura? ¿O acaso a ella y después a ti mismo para no sufrir la condena de una fría conciencia

mundana? ¿O aquel, aquella, aquellos en ti despertaron el demonio que anhela y desea la aniquilación? Yo os entiendo, ¡mas deberíais esperar! Henos aquí en vuestra devenida esencia, entre convergencias pasadas y futuras, que si todo ha vuéltose motivo de náusea para vos, si aborrecéis a tu vecino, a tu hermano, a tu padre, a tu madre, a tu amigo, a tu dios, a tu amante, por un supuesto daño que tales criaturas han dirigido deliberadamente hacia vuestra persona, ¿por qué, antes de efectuar el vengativo y mortal ataque, no miráis hacia adentro, donde aquel odio vio su principio? El Reino de los Abismos vuélvese aterrador cuando de allí brota el olor a azufre ardiendo como el fuego, tras una humareda que hace emerger langostas y escorpiones, enviadas por el monarca del Pozo para destruir y exterminar. Quien a sí mismo dase muerte, es porque vio de frente al Rey de los Abismos y no pudo tolerar su monstruoso perfil. Quien a otros da muerte, es porque ha visto el reflejo de ese monarca en ellos, y tampoco lo soportó. ¿Y quién es el Rey de los Abismos? Tú, ser profundo, quien a ti mismo no os aguantáis, sois esa majestad, por tanto, si habéis consentido que un objeto exógeno hiriera la profundidad de vuestro ser, entonces aquel purulento odio es un odio hacia ti mismo, algo proveniente de ti, siendo aquello que tú odias nada más el reflejo de un rencor hacia vuestra propia individualidad, y luego, al destruir aquello que odiabas… ¡a ti mismo os habéis destruido!

Provoca dolor la sensación. Da placer la sensación. Un demonio que es tanto diablo como ángel puede ser ambos en un instante. Mirar hacia adentro es la respuesta a la eterna esfinge de por qué sentimos:

«¿Por qué hemos de sentir, pero no sabemos lo que queremos sentir?».

Y he aquí la respuesta a esa misma pregunta mía:

«Saber no es previo al sentimiento. El que siente no sabe. Tan solo después de experimentar la sensación en sí mismo, el Ser descubre su propia sabiduría, su propia verdad». Para saber del odio, del amor y de sus consecuencias es necesario sentirlos a fuego y espíritu vivo, esto es lo que se llama: «experiencia vital».

Los trece apóstoles demoníacos.

Parece estar dividido el mundo entre dos fuerzas opuestas pero complementarias: *el Bien* y *el Mal* Según la tradición, el Bien quiere placer, mientras el Mal solo quiere sufrimiento y miseria. Esta manera de comprender el mundo es demasiado «superficial». Pensad de antemano, que no todo placer surge de cosas buenas ni desemboca en algo bueno, así como no todo sufrimiento nace de cosas malas ni culmina en algo malo. El Mal Sumo, es decir, *el Diablo*, y también el Bien Sumo, es decir, *Dios*, expresan nada más que un simbolismo. Aquello que a simple vista da la impresión de ser feo, en el fondo podría ocultar belleza, como así lo que parece bello en realidad trátase de una fealdad enmascarada. Solo debería llamarse «bueno» todo cuanto engendre una estética sensación de armonía y belleza profundas, aunque éstas parezcan originarse de algo, que desde una perspectiva superficial, sea feo. Esta armonía, «paz del corazón», del espíritu, anhelada por muchas culturas y múltiples corrientes de pensamiento, llámese *paraíso*, llámese *nirvana*, llámese *belleza en sí*, llámese *mediodía*, llámese *querer supremo*, es a lo que todo humano ser ha de suspirar. El que busca más allá del Abismo no es para olvidarse de sí, acaso lo hace para autoafirmarse. Por esta causa mi demonio es infatigable al repetir una y otra vez que solo ama de verdad quien no pretende amar a los demás para llenar un vacío, sino para desprenderse de lo que ya está lleno y producir en sí mismo ese vacío, que luego llevarále a mirar de nuevo hacia adentro para volver a llenarlo. El que de verdad experimenta el amor, goza de una interna plenitud consagrada en la premisa de querer que todo lo demás cúbrase de tal belleza: «Lo hermoso para mí, ¿es bello para otros? Lo feo para mí, ¿es horrible para ellos?». Llegado así a un alto grado de espiritualidad, el mundo interior se vuelve más real que el mundo exterior. Es imposible transformar por completo al Universo si miramos hacia afuera. El Universo así nos devorará. Pensaremos de nosotros lo que el Universo piensa de nosotros. Pero si antes nos creamos de adentro hacia afuera: aunque seamos infinitesimalmente más minúsculos que un grano de polvo, de *atómica* energía volverémonos *dragones* y seremos nosotros quienes al Universo devoraremos, creando así para destruirlo, destruyéndolo para volver a crearlo, y así pensaremos de ese universo lo que de nosotros pensamos en el Abismo.

Oíd: Si todavía no puede disfrutarse del amor de otra persona, no debe obligárselo a emerger, pues esto equivaldría a mendigarlo, y solo estaríase siendo amado por fragmentos y motas de arena, y no por dunas y médanos henchidos de azucarada pasión. Para llegar a amar y ser amado de verdad, amigos míos, dejaos absorber por el Reino de los Abismos, y una vez crezca el Árbol de la Vida que hace una eternidad en vosotros sembrásteis, descubriréis el anhelo de sembrarlo en todos y en Todo: «¡Vida! Todos gritando: ¡Vida!».

¡El Querer Supremo! ¡El Ser consumado al fin! Solo ama el que está lleno. Si no lo estáis, ¡llenaos primero! El ánfora sin agua no puede calmar al sediento; entonces, para sentiros llenos, debéis permitir que vuestros demonios muevan las alas alrededor del ancho río donde todas las cosas, bellas y malas, surten. El príncipe demoníaco del Amor, así como el príncipe demoníaco del Odio, son progenitores de los demás «apóstoles» demoníacos que al espíritu embriagan con cierto paralelismo. Así, del Amor nacen el demonio Altruismo: *anhelo o deseo de cosas bellas para los demás*; el demonio Egoísmo: *de cosas bellas para sí mismo*; el demonio Egolatría: *de una grandeza profunda en sí mismo que infunde el deseo de prodigarla a manos llenas*; el demonio Ambición: *de cosas grandes para sí mismo y para los demás*; y el demonio compasión: *sentir en los demás tanto como se siente en sí mismo*. Luego, del Odio, emanan los demonios de la Envidia: *anhelo o deseo de cosas que a otros ya pertenecen o pertenecerán*; el demonio Avaricia: *de todo solo para sí mismo*; el demonio Egocentrismo: *de una grandeza superficial que infunde el odio hacia todo lo demás que no sea sí mismo*; el demonio Conformismo: *de cosas insignificantes para sí mismo y para los demás*; y el demonio Crueldad: *no-sentir en los demás tanto como no-se-siente en sí mismo*.

1 Es altruista quien «toma para dar». Este demonio no quiere conservar nada adentro: «¡Cuánto primor fulgura en ese objeto! ¡Todos deberían de gozarse con él y no solo yo!», es lo que dice. Sintiéndose pleno en medio de su desierto, aquel anhela obsequiar todo aquello de lo cual está sobrado, enamorado tanto de sí mismo en virtud de la embriagadora y dulce belleza que hierve en la esencia de su ser, tanto del resto de criaturas vivientes que le rodean, fundido con el profundo querer de sí mismo llenarlos. Debido a ello, para el altruista, no le entra en falta nada, en absoluto. Así, el demonio *Altruismo,* es una criatura apasionada que solo desea vivir en la entera plenitud, pues tratándose de una grandeza tan formidable que en

su seno experimenta, que para él resulta inconcebible tratarse del único que pueda gozar de tal privilegio: «¡No! Si yo soy un mar, ¡ellos también deben llegar a serlo!»; ya que no ve en los otros las facciones de un famélico mendigo, sino que ellos se le asemejan a enormes vasijas de barro en las cuales derramará la cuantiosa y dorada agua que en su mar habita. Aunque el mar llene mil cántaros no deja de ser mar. El que es grande, al prodigar dicha grandeza, más grande ha de ser. Quien regala parte de su caudal más rico volveráse, pues solo el que es rico tiene el poder para abrir la puerta hacia el Reino de los Abismos: los pobres jamás tendrán derecho a ese reino.

2 Luego, su *némesis*, es el demonio de la *Envidia*: aquel que quiere de los demás todo para sí mismo. El envidioso, debido a que en su interior no disfruta de la belleza y la armonía de un espíritu completo, vese apoderado de un repentino y recóndito deseo de todo aquello que irradie hermosura a través de su prójimo: «¿Por qué ellos se gozan de tanta belleza, y yo no? ¡Ved como los objetos que a través del espiritual río ellos se apoderan, son mejores y más bellos que los míos!». La envidia siempre tiene hambre, jamás se siente satisfecha, en virtud de que para aliviarse un poco, mendiga las migajas de aquellos que aún no están completos. Es común tomar esto como una característica malévola, por tratarse de algo que alimenta a su progenitor el Odio, pero todo individuo que sufra a causa de aquello que poseen los demás, mirándolo desde una perspectiva profunda, no es culpable del mal que le aflige. Es cosa terrible negarle belleza a un espíritu apasionado, pues a falta de semejante bondad no tendrá más remedio que buscar henchirse de lo horrible para transfigurar su «hambre» y sentirse por lo menos «lleno de algo». Pero he aquí la diferencia entre un mar y un charco: el alma profunda, de espíritu elevado en su jerarquía, tiene el poder para sobreponerse de aquella falta de belleza, convirtiendo el deseo de lo ajeno en un anhelo de sí mismo. El odio por los demás volveráse entonces amor propio, del que mira hacia el Abismo y no hacia el Cielo para superar su carencia y su dolor.

3 A esto llamamos «de sí mismo llenarse». El espíritu hambriento, presa de fogosa envidia, debe volverse egoísta. Su misión es llenarse tanto como sea posible de aquella hermosura que anhela, y por fin, sintiéndose lleno, podrá convertir dicho egoísmo en altruismo. Al egoísmo hay que alimentarlo, no

matarlo de hambre, porque esto hará que crezca más y se vuelva dañino. Es natural que los pozos profundos requieran de abundante agua para llenarse, pero una vez se encuentren llenos, ¡estarán listos para calmar la sed de todos los que allí acudan! No es recomendable que ese profundo pozo se desprenda de la poca agua que posee, pues el que regala lo que todavía necesita, sin duda lo hace esperando una retribución por parte del que recibe; pero el mendigo del desierto, ¿cómo podría retribuir lo que se le ha dado?

No se debe pedir poco, se debe pedir mucho. De esta forma el que recibe libraráse de su carencia y el que da lo hará de su sobreabundancia. Quien recibe en gran cantidad, retribuye porque quiere, no porque deba hacerlo; si mucho se le ha dado, significa esto que el que da, no ha de requerir retribución. Mirad: esa belleza que veis ahí os pertenece, ¿por qué no la tomáis? ¡Sed egoístas! No me escuchéis a los miserables que aconsejan desprenderse incluso de «lo que no se tiene». ¿Cómo dar lo que no se posee? Y aún peor, no me tengáis la esperanza de que si dáis aún lo poco que poséis, vais a ser remunerados en el «reino de los cielos». ¡De ninguna manera! Pues vuestra recompensa es el Reino de los Abismos. Y para que el dios de los abismos os retribuya debéis brindarle ofrenda. Recordad: «¡A Xibalbá!». Comportaros entonces como verdaderos egoístas y alimentaros de todas las cosas bellas y feas tanto como podáis. Solo entonces, satisfechos y rollizos de espíritu, tendréis el poder de «ayudar al prójimo». El que ayuda sin haberse ayudado antes a sí mismo nada más genera miseria. El demonio *Egoísmo* es el primer resplandor de un amor elevado y cristalino. Adueñaos de las cosas hermosas y no tardaréis en volveros hermosos vosotros también. De esta manera, espirituales alquimistas, convertiréis en oro todo cuanto acariciéis.

4 Pero… ¡tened cuidado! La contraparte odiosa del egoísmo es el demonio de la *Avaricia*. Es «egoísta» todo individuo que quiere «llenarse para producir», pero el avaro quiere «llenarse hasta el infinito», pensando acaso de sí mismo como si tratárase de un cántaro sin fondo, un pozo muy profundo, en el cual no existe límite para sus apetitos. Así desprecia todo lo que no le llene y a todos aquellos que pretendan superarle en su afán de lucro. Quizás trátase el avaro de un receptáculo milenario cuyo cerrojo ábrese nada más por dentro: se abre para enriquecerse y se cierra cuando llega el momento de prodigar esa riqueza. Este demonio es perfecto coleccionista, pues, recogiendo los objetos más lustrosos del río, los acumula en el más

solitario rincón del desierto. De esta forma se encariña con todo lo que posee, sea material, sea espiritual, como así enfermando mentalmente de codicia, dice: «¡Todo lo bello me pertenece a mí y a nadie más!» debido a que el espíritu sentimental es un pantano donde sopla exigua ventisca, y no se encuentran los arenales que guarden sus tesoros dejándolos a simple vista, donde la avaricia día y noche se goza con la imagen de aquel erario. «Mi opulencia háyase a la vista pública y de los serpentinos ojos de la envidia», dice el espíritu codicioso, cual tesorero que a su abismo le cree un museo, no henchido, no embriagado, sin emanar miel ni ajenjo.

¿Cuánto puedes inflarte, hijo de la lascivia? Un día podrían llegar a estallar tus regordetes pómulos. ¿Acaso te aferras a las cosas porque sin ellas quedarías vacío? «Sin la materia, nada soy», dices, cuestión me hace pensar que a ti mismo os odias. ¡No soportáis la desnudez de vuestra alma!, y a causa de ello os vistes de opulencia para disfrazar el terror de vuestra miserable existencia. ¡Cómo exigir de vos un obsequio! ¡Sería como despojarte de la prenda que a ojos del mundo dejará vuestra miseria! Oh sí, avaricioso demonio, tenéis razón, ¡no sois nada! Seguid enriqueciéndoos hasta que llegue el día en que la parsimoniosa duna os sepulte junto a vuestras reservas.

5 Después de que el demonio Egoísmo ha embebídose de todas las cosas que él tomó del río, llega el momento de producir con ellas. Pero antes de proyectar hacia el entorno debe proyectarse uno hacia sí mismo. El espíritu, embriagado, preguntaráse entonces por qué se siente estimulado a engendrar.

¿Por qué? Porque así lo quiere. Y lo que no se desvanece inútilmente en el desierto como fierros enmohecidos, sino que bajo las dunas transfórmase en verdaderos tesoros, listos para ser descubiertos por buscadores aventureros, es lo que impulsa toda clase de grandeza. Todo aquel que posee la facultad del saber, la posee porque ha nacido, porque está vivo, porque *es*, porque existe, aunque todo lo alumbrado esté destinado a obscurecerse. ¿Quién es el primer buscador? El que es grande se busca a sí mismo primero: pala en mano desentierra su propio caudal, mirándose a sí mismo como su más precioso artilugio. Tranquilo y sereno, el ser profundo marcha hacia la playa, del desierto más allá, para disfrutar de su álmico mar, enterado por cuenta propia de que toda la belleza había querido tocar no tenía por qué buscarla afuera, pues, amigos míos, un mar no lo es si del océano no ha provenido. Esto es a lo que llamamos el

demonio de *la Egolatría*: profundo amor por sí mismo, por la grandeza que le habita, hecho que infunde el anhelo de unirse al resto de cosas grandes para dar vida a una grandeza superior. El ególatra no busca al otro para encontrarse a sí mismo o para perderse de sí mismo. No ama porque le falte amor o le sobre amor: ama para enaltecer su amor propio y autoafirmar la grandeza y profundidad de su esencia prodigando así su belleza. La egolatría no odia: desprecia, siente repugnancia por todo lo que enerva y debilita el pulso de vivir. De todos los demonios es el más apasionado, desprovisto de cualquier tipo de sentimentalismo, y su pasión consiste en un amor hacia todas las cosas hermosas que le sumerjan en un éxtasis divino: «Solo aquello que fecunda pasión por la belleza es digno de ser amado. Ha de amarse lo que es hermoso, y lo que es hermoso es superior, es grande. No debe ser amado lo que es pequeño e inferior a uno mismo, pues ello equivaldría a negar la propia grandeza».

Si un ser es grande: lo es porque él mismo ha elevádose desde su profundidad, se ha conocido y sabido de sí mismo, y por lo tanto se ha creado: es su propio dios. No existe amor más profundo y elevado que éste. En cambio, toda aquella comedia del «amor celestial», de aquel que debe amar incluso a lo miserable para ser pagado con «el amor de Dios», eso no es grandeza, ¡es vergüenza! El ególatra es víctima de náusea por aquellos individuos que a sí mismos se creen inferiores, así como aquellos que se sienten superiores. Nadie es más ni menos que nadie, pero tampoco somos iguales.[122]

6 Quien es inmundo por dentro llámase «egocéntrico». Éste no dice: «Yo soy todas las cosas y todas las cosas están en mí», como una manera de afirmar desde el interior de sí mismo el sentido de la totalidad en la existencia; sino que dice: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», pretendiendo imponer así que solo a él deba seguírsele, escuchársele e imitársele, autoafirmándose como «el Bien Sumo» y «el Verbo Absoluto», y sellando todo lo demás con la marca del error. Pero yo os digo: «Caminos hay muchos, verdades por montón, y formas de vivir existen como granos de arena y estrellas en el cosmos». Esta es la marca: el Triángulo Abismal del Ser en los cinco orbes esenciales que a una totalidad en sí encierran a *la Bestia* enclaustrada. Un pequeño mal o un gran mal no tienen importancia

[122] «No somos nada», se dijo a sí misma una mota de polvo. «A todos nos lleva el mismo viento hacia el mismo desierto». Respondióle, pues, su alma gemela: «Seamos entonces un grano de oro, en medio de esta absurda muchedumbre».

en el transcurso de la centáurica flecha, así como un pequeño bien o un gran bien no impedirá que venga la fatiga. Pero el demonio *Egocentrismo* sumerge al individuo en la ilusión de que él, y nada más que él, es digno de las cosas grandes y fastuosas, de que únicamente a él pertenécele toda razón y entendimiento. «Nada ni nadie es igual o superior a mí. Todo fuera de mi persona es inferior», dice el egocéntrico. Del pensamiento egocentrista surge la religión de lo absoluto, de lo supremo, la creencia en un «dios» que, siendo creador de todo cuanto existe, debe entonces ser superior a lo creado. Ese dios egocéntrico solo es el reflejo de un egocentrismo humano, pues, «quien crea al dios», es su vez el Dios, y quien posee al Dios de su parte, por ley tiene potestad sobre toda la existencia, incluso llegando hasta el extremo de autoproclamarse «dios él mismo», emanando así de aquel «divino comediante» la Voluntad, bajo la cual el resto de voluntades deben sumirse. El egocéntrico cree que todo lo que en su entorno le rodea, aun lo que él mismo produce, es inferior, y odia todo aquello que tenga la osadía de llamársele par o contrario. Esta es *la doctrina egocéntrica*: «Todo lo que no sea yo: es mi adversario». La supuesta grandeza egocentrista es superficial debido a que, inclusive si lo que se ha producido es inferior al productor, ¿no quiere decir que éste es bajo por dentro, pues todo lo que se produce, de sí mismo brota? Entonces el sacerdote levítico, quien piensa de la criatura viva como algo inferior al supremo creador, ¿no nos quiere decir más bien con toda esa mustia palabrería que el «ser omnipotente» es incluso aún menos que su creación, pues todo creador, debe crear algo superior de sí? El divino que engendró las estrellas, superior en esencia al humano ser, ¿no es obra y creación de ese mismo humano igual como todos los dioses? Ya que está por arriba de nosotros, ¿no es esta la inequívoca sentencia de que *el Único* no es más que el reflejo de una añoranza cósmica y superior que ha nacido del vientre humano? Por tanto: ese dios superior es creación humana, pues, y nunca olvidéis este pensamiento: para que exista un creador de este majestuoso Universo debe cumplir el siguiente requisito: tiene que ser inferior a ese universo, debe ser inferior a nosotros, a cualquier forma de materia, pues lo complejo siempre nace de lo simple, de lo insignificante, ya que trátase de una fuerza cósmica el hecho de que lo pequeño siempre busque volverse grande a través del fastuoso acto de la creación que mueve la flecha centáurica en el incesante devenir. Quien da a luz algo inferior a sí mismo, ¿por qué lo ha hecho, en primer lugar? Eso no es creación: es despojarse de lo que no sirve. ¿Por qué adoramos a un dios egocéntrico si nos

tratamos de su despojo, de sus heces? El creador alaba su propia creación, pero ese dios no nos alaba: nos juzga y condena. En cambio, el humano ser adora a sus dioses porque éstos han provenido de su propia e interna grandeza: entes que él ha creado por arriba de sí mismo para justificar su existencia a través de aquel anhelo por lo Único, por lo Céntrico, por lo Absoluto, el ego que se eleva hasta lo Divino al querer viajar más allá de las estrellas y encontrar la Verdad. Por ello, al «crear un creador», el humano cree haber encontrado esa verdad que por medio de una revelación la consciencia divina le ha elegido, puesto que, si hay una verdad única afuera de sí, esa verdad es para todos y el centro de todas las cosas que existen; pero si la verdad encuéntrase adentro de sí, entonces no sería la verdad única, no trataríase del centro y la convergencia de todas las cosas. Mas al descubrir una de las muchas verdades que hierven en el pozo de los abismos, dase cuenta el ser que ha participado de ese éxtasis dando luz a una grandeza que es propia de sí mismo, que ello en sí mismo es grande y que todos podrían llegar descubrir esa misma grandeza por medio de su propia verdad que no es la misma para todos: he aquí la diferencia entre el primero, que es egocéntrico al creer que ha descubierto la única verdad, y el segundo, que es ególatra al saber que ha dado luz a su propia verdad.

Además, si todas las cosas son bajas para el creador egocéntrico, ¿no estará vacío por dentro? ¿De dónde ha provenido su grandeza si no ha henchídose de nada para crear? ¿Qué ocultas tú, demonio sobre quien gira la existencia toda? ¿No hay nada adentro de ti, ha desaparecido tu charco? Y como al dirigir vuestra mirada al interior del Abismo no encontrasteis nada allí, aterrorizado por los fragmentos y enigmas del espíritu desolado, os vestisteis de falsa piel para encubrir tu bajeza, creyendo que tu desolación era el signo de esa supuesta grandeza tuya: «¡No!», exclamasteis, egocéntrico: «¡Yo soy superior a todo! ¡Soy superior incluso a mí mismo!».

¡Ay, triste fatalidad de quien piense que alrededor suyo giran todos los soles! «El mundo no es bello. Yo lo soy», hablas tú, egocéntrico; pero si el mundo es feo para vos, también lo eres tú, porque eres quien da sentido a ese mundo. ¿Y para redimíos de vuestro sufrimiento otros mundos inventáis, otras vidas? Cielos e infiernos que os sirvan para calumniar este mundo donde siempre has vivido y donde siempre vivirás, pues es tu adversario ¿a quién tú mismo has creado? Es tu diablo, ¿a quién tú das sentido?

«Nadie me ha elegido. Yo me elegí a mí mismo», así habla quien de verdad es grande, ¡así se expresa la voluntad ególatra! Pero el egocéntrico, para justificar la falsa superioridad de la cual se siente muy orgulloso, dice sin ningún escrúpulo: «Debéis seguirme, pues yo he sido elegido por una fuerza superior». El que no es grande a falta de la propia grandeza tiene que mirar hacia arriba para vestirse con una grandeza que no es suya. El que es grande no tiene que mirar hacia ningún otro lado más que adentro de sí mismo. Quien posea oídos: escúchese. La egolatría es el nacimiento del amor puro y auténtico; y el egocentrismo lo es del más puro y verdadero odio: odio por el mundo, por la vida y por sí mismo.

7 Luego de que el ególatra embriagárase de una grandeza profunda dentro de sí mismo, querrá proyectarla en torno y vestir al mundo con su toga dorada. Nace aquí el demonio de *la Ambición*.

Quizá el más cuantioso, progresivo y progenitor de estrellas sea el espíritu del ambicioso, al cual es normal emparejar con el demonio de la Avaricia, cosa muy común. Pero la ambición quiere grandeza general: apasionada y enérgicamente desea que todo se vuelva grande y bello. De los demoníacos príncipes es el mayor, donde el resto de sus hermanos consuman toda su esencia para hacer del Ser un individuo cuadrado corporal y álmicamente, mismo que través de dicha individualidad sentirá el ferviente anhelo de transformar todas las cosas en una sola cosa grande. El ambicioso es altruista, porque desea grandeza para otros; es egoísta, porque la desea para sí mismo; y es ególatra, porque dentro de sí mismo ya se siente en sumo grande. Empapado se encuentra de este modo por una pasión de amor magnánimo que le hace querer únicamente lo más glorioso para justificar el mundo. De la ambición nacen todas las grandes obras y proyectos, sea en las ideas, sea en la realidad. Acaso el ambicioso es también un demonio de lujuria, pues quiere todo el placer que la belleza pueda hacerle sentir, pero a diferencia del mero deseo lúbrico, aquel goza de la carne no para satisfacer un simple apetito: lo hace para elevarse y recrearse, pues la sensualidad es para él una manifestación del sentido artístico que a toda la existencia le confiere, como así está tan lleno en su interior, que su máximo placer es que todo lo grande y bello se funda con ese placer. En virtud de esto último, la ambición es lujuriosa, mas no promiscua, pues ¿cómo habría el grande de copular con el pequeño? ¿Por qué lo bello querría contaminarse con lo feo? La sangre pura debe mantenerse limpia en un sentido arcano: no se

conserva la nobleza con una unión incestuosa, se mantiene con una unión análoga: dos almas afines, de semejante jerarquía espiritual y elevado pensamiento, a través de dos corazones que emparejados rebosan de emoción, proyectada su inefable grandeza en dos cuerpos que son el esbozo de un arte supremo donde en un instante uno solo se vuelven. Y si de tan prodigiosa unión ha de nacer algo superior, lo será por sí mismo, no por quienes le engendraron, no por quienes le crearon, pues el creador al crear se recrea a sí mismo, de suerte que lo creado para él no debe tener importancia. Se vive para producir y dejar cosas bellas, y de lo bello que el espíritu ha producido escribirá con tinta eterna sobre el alma que ha de trascender. Esa es la diferencia entre el avaro y el ambicioso. Esa es la verdadera voluntad de amar. Debéis amar lo más cercano: a vosotros mismos; y lo más lejano: a vuestra alma gemela, perdida en un mar de estrellas. No améis a las migajas de pan ni a aquellos que mendiguen las migajas de vosotros.

8 He aquí el hecho de que el amor es insaciable, y por tanto también lo es toda avidez de hermosura; pero la basura deshonra el manantial cuando nace el otro demonio que impide los rayos del sol se reflejen en una superficie cristalina y límpida para engendrar infinitos destellos de creación. Ese demonio es *el Conformismo*: «Todo está bien, en su lugar. Todo es como debe ser», habla el conformista. ¡Degenerado excremento que hasta en lo más ruin encuentra satisfacción! «Algo es algo», dice, ¡de ahí que el conformismo sea el origen de toda miseria! Para tener cosas grandes se debe ser grande por dentro, pero el conformista, como es pequeño en esencia, tiene predilección por las cosas insignificantes y mediocres. ¡Lo grande es para él inalcanzable! El mar siempre será capaz de cubrir toda la tierra pues tiene la fuerza y el poder para lograrlo, pero un charco… ¿cómo podría? No hay esperanza para el que se conforma en alimentar a renacuajos, ¡pues dar de comer a tiburones es cosa harto difícil y muy peligrosa! Pero un tiburón hace mucho más que una sabandija, un tiburón posee fieros dientes y gruesos molares para masticar y desgarrar incluso el más duro hierro. Hay que aprender a sentirse capaz de abandonar el Abismo y subir a la montaña para tocar el Ángel. Si hay oro en vuestro seno, ¿por qué no serían de vosotros la riqueza y el gran sustento? Si por dentro sois fuertes, valientes y gallardos marineros, ¿por qué no habrías de buscar a las *gran-diosas* sirenas? Si en vuestro Reino de los Abismos ya creasteis el Nuevo Mundo, ¿quién os impedirá dar luz a una Tierra

Nueva? De suerte os vuelvo a preguntar: ¿Cómo un bienestar superficial puede tratarse de verdadero bienestar? A veces, el bienestar es tan profundo que no salta a la superficie. A esto es lo que llamamos «serenidad». Encontrarse bien es tener la suficiente energía espiritual como para vivir a plenitud haciendo de lo ya poseído un impulso para poseer lo cuantioso. Solo se ama lo que no se posee, aquello que, encontrándose lejos, muy elevado o muy profundo, es nuestra flecha de anhelo. Pero el conformista piensa que al poseer lo amado está su vida ya consumada. Lo que él ignora es que la posesión es instantánea; tal como el despertar de nuestra conciencia: la posesión acontece en el menor lapso de tiempo imaginable; después de ello, habremos sido despojados de lo que amamos: «*¡He encontrádome a mí mismo! Ya me perdí otra vez. ¡He encontrado a mi alma gemela! De nuevo se me ha escapado. ¿A dónde fuisteis, esencia de mi alma, alma de mi esencia?*».

Poseer lo deseado es lo que llamo «el final del amor» y «el comienzo del odio», porque un objeto vuélvese insoportable si le poseemos durante mucho tiempo. Hay que tomar y soltar para luego volver a tomar. No es sano para el espíritu ancho querer adueñarse de las cosas, porque este es un tipo de conformismo que puede tornarse en avaricia. La bonanza del demonio Ambición consiste en que se disfruta de lo amado, pero el tiempo necesario; luego se le deja, por un tiempo también, para irse en la búsqueda de otros objetos, y después se le vuelve a buscar cuando la chispa del amor produzca el suficiente deseo para ello. Así nunca sentiráse conforme y siempre tendrá una razón para gozarse en las cosas, ya que si el objetivo primordial del Ser es prodigar la grandeza del alma, ¿de qué utilidad seríale el conformismo? El que piensa lo tiene todo ya, no va a crecer, y el que no crece, no trasciende. Si quieres ir, debes ir; pues si no vas, no vienes; y si no vas ni vienes: entonces no existes.

Las cosas nunca dejarán de moverse, ni aunque todos los dragones escupan su fuego, ni aunque el invierno se apodere de toda la tierra, ni aunque el océano cubra el universo… ¡porque el devenir es imparable! La flecha de sagitario nunca dará en el blanco, antes el centauro volveráse viejo y cansado, antes dormirá y soñará mil eternidades y el arco que la flecha no arrojó pudriráse, que el ansiado reposo saciar nuestros anhelos. En razón de esto, si jamás estamos quietos, ¿por qué pensaríamos lo contrario de nuestro amor? De esta manera se cumple aquella premisa mía de que es la belleza una juguetona muchacha que día con día se me esconde, ¡pero ese juego me agrada! ¡Me gusta pensar que el infinito

universo henchido está de cosas hermosas, y que esa hermosura bien podría ser mía, aunque sea por un instante, para luego perderla y sentir el anhelo de buscarla otra vez como el olvido que despojó a la consciencia del recuerdo, de cómo se sentía tocar a *Venus*! ¡Qué bueno es olvidar lo que el amor nos hace sentir! ¡Así en cada amanecer sentiremos por vez primera! Así queremos, y queremos y queremos mucho más sin encontrar jamás prenda nos sacie. ¡Así estamos vivos! ¡Me alegro yo de que no poseáis aquello que vosotros amáis, pues ello es lo que os infunde la voluntad de vivir! Y si el retorno de la tragedia os ha arrebatado lo que por un momento fuisteis felices de tener, ¡qué importa! ¡De nuevo estáis listos para embarcaros en la búsqueda eterna! Por esto y mucho más… ¡mandad al diablo toda clase de conformismo y a todo aquel que pretenda hacer de vosotros unos seres conformistas!

9 La *compasión* es la probidad de sentir en los demás tanto como se siente en sí mismo; *com-* de «tú y yo», de vosotros y nosotros; y *–pasión* de apasionarse o padecer tal cual como si todos los seres vivientes y la totalidad del mundo compusieran un conjunto. Aquella no es egocéntrica, sino ególatra; no es avara, sino egoísta, porque el placer y sufrimiento ajenos se experimentan en sí como placer y dolor propios cuando la grandeza y la belleza de aquellos es honrada o afrentada. La verdadera compasión es altruista allí donde ve una semilla de grandeza, pero no lo es si ve en el objeto solo miseria y decadencia. Esta es la razón de que los seres «compasivos», que más bien deberían llamarse «com-padecidos» o «com-apasionados», pues el término «pasivo» indica «inacción», y toda pasión imbuye en el profundo deseo del acto creativo, éstos suelen proyectar sus sentimientos comúnmente hacia hombres ilustres, y así es como debe ser, en lugar de condolerse en seres pobres y míseros que día tras noche se lamentan de su mediocridad. En la riqueza, sea material o espiritual, hay esperanza de crecimiento. En la pobreza púdrese toda semilla y ningún árbol elevado podrá germinar de allí. Quien ha amasado un gran erario material es porque su virtud espiritual, inteligencia y facultad volitivas le han llevado por el sendero de la aristocracia. Quien todavía no se ha vestido con oro y joyas, pero adentro de sí mismo ya ha descubierto las más jugosas prendas que han elevado su dignidad, es igualmente bello. Únicamente en individuos de esta índole debe practicarse la compasión. Los pobres siempre odiarán a los ricos porque éstos han tenido el vigor y el coraje de lograr lo que para ellos constituye solo una fantasía; así el pobre, el

miserable, está podrido tanto por dentro como por fuera vistiendo su carne con harapos malolientes y su espíritu con perfidia y lamentaciones. ¿Cómo sembrar el fastuoso germen de la gloria en tierra indecente? ¡Qué vuestras bellas manos, seres grandes y hermosos, no se contaminen de porquería!

Mientras más os quejéis, mientras más pretendáis ser las víctimas de este gran juego cósmico de posibilidades y titiriteros abismales, vistiéndoos y bañándoos con piel y sangre de cordero, más crueles e inconsiderados serán con vosotros. Una actitud serena, despreocupada y alegre: esto seduce a la mayoría de seres que se encuentran dispuestos a obsequiar. Pues a la persona despreocupada le da igual si recibe o no, si da o no lo hace, recibiendo sin devolver y dando sin esperar recibir.

En virtud de que el demonio de *la Compasión* es apasionado, obsequiará, amará y ayudará en aquellos cuya hermosura y grandeza le apasionen. No es compadecido quien se apiada del prójimo y esparce la miseria. Se tiene piedad por lo mediocre. Practícase la misericordia por lo que es indigno, mugriento y está por debajo de sí. ¿Cómo podría germinar algo elevado si la simiente del esplendor plántase en terreno infértil? Pero mientras aún existan terrenos infértiles, siempre habrá quienes se apiaden de esos pobres canteros, los cuales por *miseri-cordia*; es decir, por «cordialidad con la miseria», llamándose a sí mismos «buenos pastores» fecundarán «buenos guisantes» con la esperanza de que allí brote una planta tan elevada que les abra «camino a los cielos», donde, en virtud de aquel acto «desinteresado», obtendrán la recompensa por parte del «gigante celestial».

¡Ay, querido san Juan, mi amigo Juanito, si aquel «pastor excelente» hubiera sabido entonces la clase de terreno en que estaba plantando el germen de su misericordia no se habría dejado clavar en la cruz!

¡Y por tal motivo ha venido otro, no pastor, más bien llamarle artista, a bajar de esa cruz de una vez y para siempre a ese gran hombre que no tenía idea de cuántas almas bajas fornicarían con su excelso espíritu!

Quien carga una cruz por aquellos no se atreven a hacerlo, quien se deja clavar en esa cruz por esos mismos cobardes, ¡he ahí un alma grande y bella! No obstante, ¡inmerecida del martirio que le aflige! No es mi enseñanza que el látigo de un alma inferior flagele la espalda de un alma superior. No es mi doctrina colocar la otra mejilla cuando se recibe la bofetada de manos impuras. Si ha de perecerse en poder ajeno, será porque esos verdugos son iguales o superiores a uno mismo. Tratándose

de lo contrario, debería uno entonces darse muerte por cuenta propia. Debería el cuchillo en manos del alma grande incrustarse en el propio corazón.

Por eso la verdadera com-pasión es ser partícipe de la grandeza que a sí mismo resulta análoga para sembrar en toda esa tierra fértil la semilla de todas las cosas bellas. Si el grande se compadece o apasiona por lo pequeño debe decírsele: «¡Ellos no son dignos de tu piedad!». Quien de verdad es grande por dentro, se elevará a pesar de todas las cadenas y todas las cruces. El que es pequeño hundiráse en su propio abismo, jalado por aquellas cadenas y cayendo bajo el peso de su propia cruz.

10 Y he aquí hermanos que no se debe tener esperanza en los terrenos donde ni aún la más nutrida esencia puede lograr que bellas flores nazcan. A las cosas inútiles hay que desecharlas, ¡estos es compadecerse de lo grande! ¡Y es el único tipo de compasión que debe tenerse con lo inmundo! Lo mediocre debe ser destruido para que las tierras emergidas sean todas fructuosas antes de ser tragadas por el mar. Pero tened cuidado de que vuestro demonio *inmisericorde* se transforme en un agente de crueldad en medio de una convulsión de megalomanía. El demonio cruel no siente en los demás tanto como no siente en sí mismo, y por esto suscitar la crueldad es gozarse del sufrimiento, propio y ajeno. No destruir lo inservible es ser cruel con lo grande y también con lo pequeño. Postergar el ocaso de un sol que ya ha gastado toda su luz y energía es deleitarse con las tinieblas queriendo no surjan más soles. Por un odio a sí mismo se es cruel con los otros porque no se siente adentro tanto como no se siente afuera. Así el demonio de *la Crueldad* no planta la semilla de lo bello en tierra infértil, pero tampoco destruye esa tierra infecunda, sino que su placer consiste en ver como las cosas más bellas y lustrosas se contaminan de cosas feas y sombrías.

Un mundo de obscuridad, dolor e impudicia, tal cosa quiere el demonio de la Crueldad. Quiere ese mundo para justificar en la muerte de lo grande que lo pequeño siga viviendo, con la esperanza de un mundo mejor más allá de la vida. Aquel «buen pastor» ha sido la máxima expresión de crueldad al no sentir compasión sino misericordia por lo inmundo. Él entregó su propia vida porque se amaba tanto a sí mismo como para elegir no seguir viviendo, mientras le decía a su rebaño que no

se amaran y conservaran sus vidas[123]. De esta manera condenó a los hombres a un destino de absurda fatalidad. Excusar la miseria, ¿no es esto ser cruel? Denigrar a los ricos y seducir a los pobres a vivir en agonía, ¿no es esto ser cruel? Dividir la centáurica flecha en dos caminos que conducen o a un paraíso de delicias o a un lago de fuego y azufre, ¿no es crueldad y odio por la vida?

Distinguid sus razones:

Com-pasión: apasionarse, tanto en el placer como en el dolor, por las cosas grandes y por todo lo que engendra belleza e infunde la erótica pulsión de vivir tal como si la existencia toda fuera una colmena harta de miel, y los seres y las cosas abejas que en eterna primavera se alimentan de jugosas flores, ¡esto es amar la vida!

Crueldad: ser sentimental por las cosas pequeñas, por todo lo que produce náusea y enerva toda expresión de erotismo tal como si el mundo tratárase de un diabólico antro donde hay que participar de lo feo e inmundo, de criaturas vespertinas, soportando incluso a los fríos inviernos donde no crecen rosas ni tulipanes, para así merecer la absolución y una supuesta vida eterna, ¡esto es odiar la vida!

Porque el auténtico rey, el Rey de los Abismos, es el Señor de la Tormenta que desde su espíritu se ha transformado en carne para esparcir la grandeza de su alma cual mar que se derrama a torrente de lágrimas, llorando por amor y riendo por amor. ¿En qué otro lugar ha de nacer una estrella resplandeciente, sino es en nuestro abismal reino?

Por esto, hermanos míos, no os olvidéis de que el Amor crea para destruir y destruye para crear, pero el Odio crea para jamás volver a destruir o destruye para jamás volver a crear. El odio quiere un principio sin final o un final sin principio, pero el amor quiere la infinitud de un anhelo eterno. «Todo lo bello perece o se vuelve feo», dice el Odio; y entonces el Amor le responde: «Lo bello seguirá siendo bello mientras existan almas grandes que le den sentido a su belleza».

11 Entre el Amor y el Odio se encuentran el resto de las pasiones y sentimientos que se manifiestan demoníacamente dentro o fuera del Ser. ¿Qué es lo que hay entre un anhelo o deseo de belleza y un anhelo o deseo de fealdad? Quien no puede amar, pero tampoco odiar con

[123]«El que ama su vida la destruye, y el que desprecia su vida en este mundo la conserva para la vida eterna». Evangelio de Juan; capítulo 12, versículo 25.

toda la pasión de su alma, es el que se encuentra gobernado por el verdugo de los abismos: *el Miedo*; y toda clase de miedo, prestad atención, tiene una cosa en común con la otra. El verdugo es quien, portando monstruosa hoz, quiebra la flecha centáurica y paraliza toda voluntad de ir tras la saeta…

El Miedo es quien nos lleva a entablar enemistad con *el Tiempo*, temiendo así lo que fue, o será, para no-ser en el instante.

«El tiempo va», dijeron los hombres antiguos, cuando creyeron que todo pasado se había marchado para siempre y el futuro se arrojaba hacia ellos devorador. Temieron así a ese futuro mientras añoraban aquel pasado.

«El tiempo viene», afirmaron otros, luego de que todo pasado convirtiérase en vértigo siendo ahora el futuro para ellos la única salvación.

Después, cuando ese anhelado futuro pareció jamás llegar, y tanto el pasado dio la impresión de haberse ido como la querida utopía de un mundo cuya gloria y decadencia marchaban en direcciones contrarias: la primera hacia atrás y la segunda hacia adelante, el hombre gritó desesperadamente: *¡El tiempo no va ni viene!*

¿Tenías razón, consciencia felina mía, cuando dijiste que la flecha es una ilusión? La añoranza de un pasado que no vuelve, el anhelo de un futuro que no llega, y el cansancio de un agotador presente, ¿no sumerge esto al insignificante hombre en un profundo terror existencial? ¿Hay una razón? ¿La hubo? ¿La habrá? ¿Arriba? ¿Abajo? ¿Adentro? ¿Afuera? ¿Hacia atrás? ¿Hacia adelante? ¿Hacia los lados?

¡*Nostalgia*! ¡*Esperanza*! ¡*Hastío*! ¡Qué demonios tan terribles! ¡Resulta paradójico el hecho de que sean esos tres diablillos quienes infundan o arrebaten las ganas de vivir! En cualquier caso, el hombre parece encontrarse en perpetua lucha con el instante, con su presente, mas ese instante, ese presente, ¡es lo único real! ¡Ni mañana ni pasado mañana será tan claro como el día de hoy! ¿No ha llegado la hora de que el hombre por fin se atreva a decir y confirmar que «el tiempo va y viene», pues todo lo que ha pasado ha sido hasta aquí para ser lo que somos, y todo lo que pasará viene en cada instante para ser quienes seremos? De este modo, cada momento es un *fue*, un *es* y un *será*, por tanto, no hay razones para temer, pues ningún instante, así como ninguna emoción ni sentimiento ni pasión es eterna. Pero si no hay esperanza ni tampoco nostalgia, ¿cómo tolerar el instante? ¡Más solo de esta manera, sin añorar ni esperar, es que puede tolerarse en verdad! Lo que hacemos, lo hacemos

porque hicimos y haremos; porque si no hacemos, ¿cómo haremos? ¿Cómo hicimos? Si no hay presente, ¿cómo hubo pasado y habrá futuro?

Si pensáis que el presente es peor entonces el pasado también lo fue, pues ese peor pasado fue lo que llevó a ese peor presente. De igual manera, si pensáis que el presente es peor entonces el futuro también lo será, pues si el pasado trajo hasta el presente, el presente llevará hasta el futuro. Por tanto, negando el presente, ¡estáis negando el pasado y el futuro! ¡Y si negáis el pasado, el presente y el futuro estáis negando toda la existencia! ¿Por qué seguís vivos, entonces, si la totalidad del mundo y la vida se han convertido en motivo de náusea para vosotros?

La única forma de que el futuro sea mejor es que vuestro presente también mejore, pues si pensáis que el futuro será mejor, significa que en el presente estáis trabajando para que llegue ese mejor futuro, por lo cual, ¡el presente también es mejor! Y al mejorar el presente, ¡mejoráis el pasado que os trajo ese mejor presente que a su vez os llevará a ese mejor futuro! ¡Vivid el presente, entonces! ¡Pues lo mejor hay que vivirlo, y más vale morir viviendo que vivir muriéndose!

El pasado y el futuro deben ser para vosotros flechas de un anhelo eterno, de un mundo «más allá de todos los tiempos». No un mundo eterno. No una tierra de seres inmortales: un mundo donde el hombre vea al tiempo como su aliado y no como su enemigo.

El que tenga oídos: escúchese a sí mismo. Tanto el pasado como el futuro son «fuertes vientos». Uno arrastra y otro no permite avanzar. Los dos oprimen de una forma tan grande que no dejan respirar al *Instante*. Por tanto, para evitar ser oprimido no hay que ir en dirección al viento, pero tampoco en su contra. Hay que ser uno mismo el viento creando su propia dirección.

He aquí una parábola: el que vive lejos de un determinado lugar se apresura y llega demasiado pronto; así como el que vive demasiado cerca, por confiarse, llega demasiado tarde. Uno antes, el otro después, ninguno a tiempo. Solo quien se encuentra «a mitad del camino» es puntual. Éste llega a tiempo a su destino porque ya se dirige hacia él. No espera, no tiene esperanza; ni tampoco piensa que no requiere marchar, pues se ha olvidado de toda nostalgia y siempre va hacia adelante. Aquel es uno con el tiempo. No le falta ni le sobra tiempo. Él es el Tiempo.

12 ¡*Vergüenza*! Otro demonio que «paraliza»: miedo a que la desnudez del alma quede a la vista y ruindad pública.

Quien sea grande de espíritu no se avergüence de mostrar su carne. ¿Habéis confirmado vuestra verdad en las profundidades del Reino Abismal? ¡Entonces no os avergoncéis de tal verdad! Una verdad que no lo es para todo el mundo es algo de lo que debéis sentiros muy orgullosos si por vosotros mismos la habéis descubierto. El que debe sentir vergüenza es quien no descubre su verdad sino que la roba. Y no solo ha robado esa verdad para «creer», ¡también para imponerla como si aquella fuera la Verdad Absoluta! ¿Existe criatura más vergonzosa en este mundo?

Yo no os mando a que aceptéis mi verdad. Yo os mando a que renunciéis a cualquier verdad que arbitrariamente os hayan impuesto y miréis hacia adentro, reunáis los fragmentos y enigmas y creéis vuestro propio mundo.

¿Es vuestra vergüenza acaso timidez? Miedo a terminar avergonzado, eso es el infierno del tímido. Solo quien no ha mirado hacia su propio abismo teme hundirse en pozo ajeno. Antes vendríale bien excavar profundo dentro de sí, tanto como sea posible, ¡y serán los demás quienes tendrán miedo de caer a su profundidad! Un espíritu elevado hacia la carne y una carne elevada hacia el espíritu no deben tener razones para temer mostrarse como realmente son. El espíritu que desea respiro en la carne es muy digno de ese placer, y si la carne es buena y tierna, la carne descanso le brindará, como así también la buena carne en un gran espíritu ha de consumarse, siendo que la carne hedionda al espíritu no le atraerá de ningún modo. Entonces quien busque lo que quiere no se avergüence de ello. Que se avergüence de su cobardía, si viene al caso.

¿Sois un cachorro de lobo y teméis a las ovejas carnívoras? Huye a lo profundo del desierto para beber leche de loba y transformarte en fuerte cánido. En ocasiones la valentía es sinónimo de estupidez, y cuando se baja la guardia no es por cobardía, sino porque se es inteligente sabiendo que para vencer en batalla hay que salir armado a la contienda.

Abrid los oídos: para liberar a la bestia enclaustrada en lo profundo del mar oculto, hay que soltar a los tiburones. Os advierto que un tiburón famélico no puede triturar los barrotes de la prisión abismal donde aquella bestia está cautiva. ¡Primero hay que alimentarlo! ¿Y qué come un tiburón, por cierto? Todos los objetos más duros y difíciles de masticar

que pueda encontrar en su camino, pero sin duda lo que más le gusta son dos cosas: la carne y la sangre.

Comed carne, bebed sangre, y no me os avergoncéis ni tengáis miedo de ello. La carne es materia, la sangre es espíritu, ¡y ambos son la puerta hacia el alma! Alimentaos tanto carnal y espiritualmente para que vuestra bestia sea liberada.

13 Pero ¿sois flojos? ¿Perezosos? ¡No os culpo! Cuando la carne o el espíritu se alimentan mucho y de manera heterogénea alguno de los dos se cansa. Tal cosa fue la que sucedióle a nuestros nobles ancestros, quienes, alimentándose mucho espiritualmente, volviéronse grandes y poderosos, pero tanta «espiritualidad» acabó por fatigarlos, y su gloria así se perdió. Otro tanto sucede con el hombre moderno, «la más brutal de todas las criaturas carnívoras», quien de tanto alimentar su cuerpo ha logrado fastuosos prodigios, aunque también ha terminado jadeante en sumado grado. Por eso yo no os juzgo si os domina la flojera y la pereza, si sentís que vuestro cuerpo ya no puede moverse o vuestro espíritu quiera para siempre dormirse. El espíritu debe buscar a la carne que de sí mismo arrancó, y la carne debe recuperar al espíritu que olvidó. Mas lo arrancado, arrancado está, y lo olvidado, olvidado está. Debéis entonces vestiros con una nueva piel y un nuevo espíritu: un espíritu vivo y una carne viva. No añoréis a lo que está muerto porque un tiburón no se vuelve fuerte alimentándose de fantasmas.

Yo no vengo a prohibiros la *fornicación espiritual*, siempre y cuando ese espíritu sea bello, esté vivo, y en la carne su imagen se refleje siendo como *la Bestia*. El propio Ser tiene que alimentarse de aquella espiritual energía, copulando con ella, para henchirse de hermosura y crecer. Mas no debéis tragaros esa fuerza dejando que ésta se hunda en el Abismo; debéis permitir que aflore hacia la carne, si fuera posible, hacia la carne donde espiritualmente se fornicó. ¡Yo os mando a adorar a todos los ídolos e imágenes que tengan carne y os mando a quemar cualquier ídolo e imagen de un muerto! Una carne muerta es un espíritu muerto, y adorar lo que no es o lo que nunca ha sido produce un anhelo de muerte. Por tal motivo, si vais a adorarme a mí, hacedlo ahora que estoy con vida: yo os he entregado mi espíritu que arde a fuego vivo. Luego de haberme marchado, ¿qué importaré? Mas no me temáis nada ya, pues si todos os volvéis como *la Bestia* el mundo será entonces un delicioso jardín repleto de ídolos carnales que idolatrar. De cierto os digo: nunca olvidéis que

antes de adorar un espíritu y carne exógenos, el mayor ídolo al cual debéis rendir culto… ¡sois vosotros mismos! Así cuando vuestro espíritu y carne superiores copulen con otro espíritu y carne superior… ¡algo grandioso allí emergerá! Solo entonces habréis vencido toda miseria.

Las tres jerarquías.

Bien, hermanos, llegados hasta aquí en este desierto que no vemos sino que sentimos para saber, no sé yo si os habré dicho todo lo que anhelaba deciros. Todavía soy de carne baja, y por eso mi espíritu pronto se fatiga, ¡ay, de mi espíritu desolado! ¿Os dais cuenta de cómo a ratos escupo manantiales de poesía y luego mi pluma se endurece y no baila? Estos demonios que os he mostrado, aunque no son todos los que existen, también son mi gloria y mi tormento. *La Bestia* en mí está hablando, sin embargo, no se ve, ¡su imagen encuéntrase atrapada por las tinieblas! Si vierais la imagen de toda la mediocridad que rodea cual capullo a la verdadera esencia de mi ser: mi voz carnal y el entorno donde esa voz brota a espasmos queriendo decir lo que el espíritu quiere decir, pero dando malos pasos igual al niño que aún no sabe andar, ¡os decepcionarías hasta lo más recóndito de vuestro abismo! Planteo a mí mismo más que a vosotros la siguiente esfinge: Si muchos escriben como hablan, ¿por qué no habría alguien de hablar como escribe? Cuando la voz se me escapa de los labios siéntola falsa, como si no fuera ese que hablare yo mismo. Únicamente la escritura me brinda la oportunidad de ser auténtico, de hablar como gustaríame hablar: con voz de león. ¿Por qué? Siempre me pregunto. ¿Acaso débase a que vivo rodeado de criaturas que solo saben enarbolar la bandera de la falsedad, de la apariencia, y he contagiádome de esa cáscara?

Debido a ello, el Mar ha de crecer hasta alcanzar la cima de la Montaña, para que el Señor de la Tormenta ice las velas de su barco, y este mar que soy yo a otros mares pueda unirse, formando así *el Océano*.

En la Montaña «parecemos».

En la Cresta Empinada «sentimos».

En el Valle «pensamos».

En el Desierto «sabemos».

En el Mar «somos».

Oh, flecha de mi anhelo, ¿algún día darás en el blanco? Mis tiburones trabajan día y noche con el objeto de romper los barrotes; sin embargo, todavía no pueden, y por eso mi espíritu pronto se cansa. Mas dicho espíritu habrá de crecer para que la carne no le incinere cuando llegue el momento de respirar a través de ella. ¡Adelante, elevemos nuestro espíritu!

¿Cómo se engrandece la «espiritualidad»?

Ya fuimos testigos de ello, hermanos míos, por medio de una débil sombra, en el valle de los pensamientos. Efigies y sigilos nos mostró el orbe intelectual. Ahora el orbe espiritual nos dirá qué significan…

El mundo son símbolos, dentro y fuera de él; y la mente es quien da forma a esos símbolos, y el espíritu quien los decodifica, ya que ninguna forma de materia adquiere «vida» o «sentido» si antes el Ser no le despierta por medio de un «conjuro». De esta manera, conjuros los hay muchos: bellos y feos, buenos y malos, gloriosos y trágicos. He aquí la diferencia entre el que da vida al conjuro y el que recibe el conjuro: siendo el primero un alma superior y el segundo un alma inferior.

El proceso que lleva al ensanchamiento del espíritu es doloroso. Yo os planteo tres jerarquías espirituales que os ayudarán en la espinosa tarea de crearos a vosotros mismos y por encima de vosotros mismos. Antes de entrar en materia, de cierto os digo que el espíritu que se encuentre sufriendo no debe buscar consuelo en otro espíritu: debe mirar en su abismo para encontrarse y descubrir su propia verdad. Solo de esta manera podréis forjaros un espíritu íntegro y poderoso. A los demás tenéis que ir cuando vuestro espíritu se halle prieto y lleno de todas las cosas, tanto así que en sí mismo no requiera buscarse sino derramar sobre otros todo de lo cual está henchido. Quien pide ayuda al prójimo para solventar su miseria, obtendrá más miseria como recompensa.

Creemos lo que queremos y queremos lo que podemos. Cuando el espíritu cree más de lo que quiere y quiere más de lo que puede, sufre, y es aquí donde se fragmenta convirtiéndose en «un enigma», que al ser resuelto, elevará la espiritualidad. Por esto, de acuerdo a mi criterio, os distingo tres jerarquías espirituales: según el creer, según el querer y según el poder.

Creer.

Nadie en el mundo puede existir sin creer en algo, ya sea en un dios, en los demás o en sí mismo. En virtud de nuestras creencias obtenemos «seguridad», y todas las cosas que existen adquieren sentido para nosotros. Del creer surgen el querer y el poder, el movimiento, la causa humana. Un espíritu elevado es quien «crea su creer», y un espíritu bajo es quien cree lo que de él no ha nacido. Si bien es cierto que toda creencia emana de una decodificación del entorno, cuyos caracteres descienden al Abismo donde el Ser une los fragmentos y resuelve el enigma para dar luz a su propia verdad, el espíritu inmundo es quien toma esa verdad dándola por hecha y auténtica debido a que no se siente capaz de encontrar la suya. Equivocadamente se piensa que «creer» es signo de inseguridad. El creyente inseguro es el que ha robado una verdad que no le pertenece, aferrándose a ella con uñas y dientes, ¡pues sabe muy bien que al ser despojado de esa verdad quedará a la deriva! El creyente seguro es fiel a sus propias convicciones, mismas que de sí mismo le han provenido y de ningún otro lado. Él sabe que su verdad, por haber nacido del vientre de su ser, no es la verdad única, por lo cual no tiene miedo de que ésta sea refutada porque una auténtica verdad no debe serla para todos. Inspirado en estas razones, queridos hermanos, y según lo que todos nosotros creemos y pensamos sobre la vida, os distingo los siguientes grados espirituales:

1) Espíritu de la Oveja: *el que cree lo que le dicen los demás*.

¡Ay del espíritu más pequeño y mediocre de todos los espíritus imaginables! Una oveja necesita de un sacerdote que le diga en qué debe o no debe creer, y de un pastor que le guíe, ¡de lo contrario perderá el rumbo! No hay nada más peligroso que una oveja descarriada. Las ovejas conocen a la perfección el oficio de asimilar muy bien todo lo que ven, oyen y rumian. Cuando ven venir al pastor o al sacerdote, berrean y se orinan de la emoción, sea por miedo o por felicidad. Así, en nombre de sus señores, son capaces de cualquier cosa, ¡incluso hasta de convertirse en monstruos carnívoros! A una oveja no debe preguntársele nada ni pedírsele consejo: todo lo que saben lo han asimilado de otros. ¿Quién os puede asegurar esa verdad que las ovejas vieron y escucharon no es una

mentira disfrazada bajo suave lana y dóciles mordisqueos? ¿Cómo podrías confiar en alguien a cuya pobre existencia le es menesteroso un dictamen religioso y una guía pastoril? ¡Hasta pequeña tienen las ubres! Pues muy dulce puede ser la leche de oveja, ¡pero no nutre lo que no ha provenido de la profundidad! No, yo no os mando a beber leche de oveja ni a comer carne de cordero. Nada provechoso obtendréis si os alimentáis de lo inauténtico. Mejor nutriros con la amargura del ajenjo que embriagó a vuestras desérticas esfinges.

De cierto os digo hermanos míos que si vuestro objetivo es elevaros, debéis dejar de tener espíritu de oveja. No creáis nada de lo que os digan, aunque esa verdad parezca nacer de hombres grandes y sabios. Volveos sordos ante el clamor de los centauros y los berrinches de ovinos cobardes. No me creáis ni siquiera a mí. ¿Qué importa mi verdad? De los demás solo tenemos que aprender lo que no debemos ser. Recordad que mi desesperado grito fue, es y seguirá siendo: «¡Sed vosotros mismos!».

Por culpa de un «buen rebaño», la humanidad ha sido «crucificada» en una pequeña tragedia, olvidándose de las grandes tragedias del remoto pasado; aunque no importa, ¡no importa!, pues la tragedia siempre vuelve, ¡siempre! Y la más grande y más hermosa de todas las tragedias ha retornado. ¿Qué categoría puede adjudicársele a lo que han dicho vuestros ancestros, padres, hermanos, amigos y amantes? ¿Qué jerarquía posee la percepción general que se tiene sobre el universo? Sería mejor que creéis vuestra propia percepción: «¿Por qué las cosas son y están? ¿Por qué nacemos y morimos, y qué es antes de la muerte y después de la vida? ¿De dónde el placer y el dolor? ¿De dónde el odio y el amor? ¿Por qué un buen día queremos apasionadamente cubrir toda la existencia y al siguiente queremos empequeñecernos hasta ser menos que un grano de polvo? Y luego… ¿de dónde la belleza? ¿De dónde la Mujer? ¡Oh! ¿Por qué tan bella es la Mujer? ¿De dónde el Varón? ¿Y el supuesto equilibrio de la naturaleza?». Bueno… –respondería el rebaño –Es que Dios nuestro señor lo ha hecho todo perfecto –berrean esas rechonchas criaturas; pero yo les digo: ¡Vosotros sois conformistas espirituales que os encontráis paralizados por el miedo y la cobardía! ¡Las ovejas son animales cobardes y miedosos! Donde quiera veo individuos que comparten frases e ideas de otros pensadores, pero muy pocas veces compartiendo los suyos. ¡Y con eso se hacen llamar sabios e inteligentes! La gran mayoría hace esto porque resulta mucho más fácil «copiar y pegar», que pensar por sí mismos, ¡ello les ahorra una enorme cantidad de tiempo en esta apurada sociedad que concibe al tiempo como enemigo! Si

no queréis ser como esa mayoría, seguid mi consejo, que es a su vez vuestro y para vosotros mismos: dejad de comportaros como ovejas que no entienden de otra cosa más que de berrear lo que dice el pastor, y comenzad a dar luz a vuestra propia sabiduría. ¿O acaso tenéis miedo de la obscuridad, de vuestros propios pensamientos, y por eso los ocultáis bajo la luz de pensamientos ajenos? Mas para que un nuevo ser por fin nazca en vosotros, ¡el espíritu de la oveja debe hacerse pedazos!

2) Espíritu del Sacerdote: *el que impone lo que cree*.

Quizás el más despreciable de todos: «Mi verdad es la única que debéis seguir… ¡de lo contrario seréis castigados!», dice este repulsivo espíritu. El sacerdote es un conjurador de rituales que invocan a lo inescrutable, y su arma más poderosa es el miedo. Él es quien dicta sentencia y manda al verdugo a que dé por hecha esa sentencia. Acaso el que tenga esta clase de espíritu no solo castiga a los demás, también se castiga a sí mismo «auto flagelándose», sea para expiar su propia culpa por haber violado las directrices de su verdad divina, sea para imponer su autoridad sobre los espíritus ovejunos que no son capaces de auto castigarse por sus pecados. He aquí porque es requerido el espíritu del sacerdote: las ovejas, al pecar, no tienen otro remedio más que acudir a él, quien valiéndose de la voluntad como mediador entre su dios y los mortales, cura de toda impureza a la oveja rebelde, quedando ésta libre de toda mancha y libre para entregarse de nuevo al pecado, pues mientras siga existiendo el Sacerdote, habrá lugar para los arrepentidos.

¡Ah! ¿Qué sería del mundo sin el Santo Patriarca, sin el Vicediós y sin los prelados vampíricos que se alimentan del espíritu y de la sangre de sus fieles? Pues un sacerdote, al tener poco espíritu, necesita alimentarse de otros espíritus para lograr por los menos sobrevivir: espíritus medio vivos, medio muertos; porque de la muerte el sacerdote quiere sustento: de los vivos muertos y de los muertos vivos, ¡y la Vida es lo que más odia su pútrido corazón!

Nada más una oveja querría a un sacerdote, no por amor sino por miedo, ¡por terror a ser castigada y ofrecida en sacrificio! Quien de verdad se ame a sí mismo y a la vida, que ni piense en rebajarse al cinismo de una doctrina sacerdotal. El que rompe con la ley de un sacerdote, ¿por qué habría de querer después convertirse en uno? Cuando un sacerdote habla en nombre de un pastor es fácil para los entendidos detectar allí la ruin falacia. El que de verdad quiere dirigir, éste deja sus propias directrices con las cuales dirigir él mismo sin necesitar de mediadores chupa sangre

que las impongan para su propio lucro. ¿El pastor requiere de templos, de imágenes, rituales y confesores? Si una oveja se marcha del rebaño, o aprende a vivir por sí misma, o muere. Ya sabéis por vosotros mismos que todos los sacerdotes son ladrones de verdades, por eso tienen tanto miedo y quieren que los demás se contagien de ese miedo. Hace dos mil años, aquel que llamaron *el Nazareno* volvióse eterno porque desobedeció a los sacerdotes, pues quería encontrar su propia verdad. Luego los herederos de su doctrina creyéronle la Verdad, y así se la robaron, convirtiéndose ellos mismos en sacerdotes, imponiendo aquella doctrina como si esta fuera su cosa en sí. Se adueñaron de todo el rebaño, de todas las ovejas y de todos los procrastinadores espirituales que no son los bastante lúcidos como para darse cuenta del engaño. Ahora se valen de las enseñanzas tergiversadas de aquel pastor muerto, con la muy conveniente premisa de que… ¡el pastor volverá!, y aún más repulsiva: «Quien no siga nuestra verdad no heredará el reino de los cielos». ¿En serio? ¿Un solo camino? ¿Pero el Nazareno no perpetuó su enseñanza porque encontró sendero propio? Y si ha de venir otro que también encuentre su camino, ¿será esta nueva senda el camino de la verdad, y el anterior falso?

Cuando el espíritu del sacerdote se ha debilitado demasiado requiere de un conjuro que le sane de su profunda y mortal herida. Ay de vosotras, queridas ovejas, porque no existe otro mal más pernicioso que el de un sacerdote hambriento de cólera divina. Dispuesto se encuentra a cualquier cosa con tal de que sus rebeldes ovejas se lamenten y lloren por haberle desobedecido. Muy capaz es de aliarse con hechiceros diabólicos para crear «dragones» que escupan fuego y aterroricen al mundo. Así las pobres ovejas, siendo víctimas del verdugo abismal, no tienen otra salida más que sumirse a la voluntad del Padre para no ser carbonizadas por el fuego de la divinidad.

¡Que la anterior sentencia se oiga en todos los rincones de la tierra! No es mi razón llegar a convertirme en un juez ni en un acusador, pero si yo soy vuestro «adversario», vuestro «Satán», tengo que seguir entonces el camino que he elegido por mi propia y abismal voluntad, ¡sacerdotes! ¡Que ya puedo oler a miles de hectáreas vuestra perfidia! ¿La Peste y la Revelación? ¿Un infierno de Ángeles y Diablos? ¿La alianza macabra por fin está rindiendo podridos frutos llenos de gusanos en el Árbol de la Muerte? ¡Quien tenga oídos escúchese a sí mismo! Cuatro jinetes, siete trompetas, siete cálices, siete plagas, y «arriba» el Gran Inquisidor moviendo los hilos de la devastación mientras se sienta en un dorado trono rodeado de ancianos. ¿Os dáis cuenta del sombrío significado tras

este simbolismo? Si una oveja es cobarde, ¡un sacerdote lo es mil veces más!

A vosotros, varones y mujeres grandes, a vosotros me dirijo con urgencia: no permitáis que una, dos o más creencias que os hayan impuesto a costa de vuestra voluntad, alimentadas por el miedo, os detengan en vuestra noble empresa de crear un nuevo mundo. El sacerdote diabólico desea que os arrodilléis implorando misericordia a su «señor de los cielos», mas vosotros no sois miserables y por tanto no debéis rogar que un dios invisible sea cordial con un mal que en realidad no poseéis. Para conseguir que dimitáis, hermanos míos, el sacerdote se valdrá de los más ponzoñosos artificios: guerra, peste, terror; pues ahora, luego de siglos decadentes, ha encontrado la forma de recuperar su poder: ha hecho un pacto con los «grandes magos» y «malignos hechiceros» llamados científicos. No os espantéis si en el futuro en verdad todas las tumbas se abran y el Hades camine sobre la Tierra; no os asustéis si desde la obscuridad el hombre se burle para siempre de la muerte y la inmortalidad se convierta en su perdición. La ciencia lo puede todo, y lo que aún no puede, lo podrá; y esto le conviene al sacerdote para que «todas las profecías se den por cumplidas». Oh sí, hermanos, estoy diciéndolo sin parábolas ni simbolismos arcaicos: Religión y Ciencia han vuéltose amigos, no para vuestro bien, sino para vuestra ruina, ¡nuestra ruina!

3) Espíritu del Pastor: *el que dirige según lo que cree*.

Quien posee esta clase de espíritu es al mismo tiempo un individuo intermedio y un ser de elevada categoría. La persona que toma la decisión de dirigir un rebaño lo hace siguiendo sus propias sentencias, la cuales habrán de seguir todos a quienes él guía, mientras, a su vez, aquel obedece la directriz de una autoridad superior (un dios, por ejemplo), debido a que un pastor por sí mismo no puede mantener el orden del rebaño si antes no es consciente de los mandatos que sus mansos corderos han de cumplir. De no existir mandamientos, reglas u obligaciones, se dispersaría el rebaño y con él, las ovejas terminarán descarriladas. Mas lo que hace a un rebaño dispersarse es eso exactamente: los mandamientos.

Un pastor vese en la necesidad de hablar así: «Yo soy vuestro camino a seguir», de lo contrario no sería un pastor ni un guía; acaso trataríase más bien de un *mensajero*, y a aquel que trae un mensaje, no le importa si el receptor escuche su mensaje: su interés es dar el mensaje independientemente si dicho mensaje es escuchado o no. El mensajero es

un ser ético, no moralista, y toda ética juega un papel individual. Así que el ético ha cumplido ya consigo mismo al hablar de acuerdo a su experiencia yoica, no considerando bueno ni mucho menos malvado que se le escuche o ignore. Una voluntad pastoril, por el contrario, y muy a pesar de que sus virtudes se hallen por encima de la muchedumbre, aún se encuentra por debajo de otros espíritus que, aunque no tan virtuosa parezca su «espiritualidad», ven desde arriba la Obligación y el Orden preestablecidos. El pastor necesita que las ovejas sigan la directriz de su «doctrina moral» para de esta manera, alcanzar un grado de supuesta autonomía y seguridad propias, siendo nada más un iluso que todavía no ha aprendido a creer en su individualidad.

Un pastor no puede decirle a una oveja: «Síguete a ti misma», pues ello, además de generar discordia entre las demás ovejas, iría en contra de lo que el propio pastor piensa sobre sí mismo y sobre la vida. Aunque el pastor sea el creador de propio código moral, ese código y esa ley han enclaustrádole en sí mismo, impidiéndole a su espíritu, a su «bestia», henchirse y crecer para ser libre. Todo lo que su juicio considera como correcto se haría pedazos y el orden por el cual ha luchado por mantener en sacrificio de su individualidad volveríase un caos si el pastor transvalora sus códigos.

Cuando una oveja decide marcharse del rebaño y escoge sendero propio, sin pastores ni autoridades superiores que le digan cómo debe vivir, sino que ella misma ha de crear las normas de su propio código de conducta, esa oveja deja de ser una oveja para transformarse en una cabra, pues los caprinos son bestias que rumian lo que ellas quieren rumiar y con dos férreos cuernos han de atacar si cualquier criatura insensata pretende pastorearle. No en vano es la leche de cabra uno de los elixires que más nutren a la carne y al espíritu, siendo la carne que se alimenta de emanación caprina la que más goza de sí misma, y el espíritu que bebe de ella: aquel que libera a *la Bestia*.

Luego, hermanos míos, aquel espíritu antes cordero y ahora macho cabrío, se convierte en el adversario, en un cuestionador u opositor: en el Mal. Considerado el rebaño lo único bueno que existe en este mundo, siendo entonces su pastor el ejemplo de todo lo que pueda considerarse bueno, es natural que una oveja negra sea marcada con el signo de la discordia, con *la Marca de la Bestia*. Sea un rebaño metafísico, ya sea un rebaño terrestre, el espíritu del Pastor es aquí el fin último de toda lucha terrena porque no hay nada más allá de él y de su «espiritual elevación». No hay más caminos por los cuales emprender nuevos viajes, ni más

verdades que desempolvar en nuevos libros; para las ovejas: el pastor es el Camino, la Verdad y la Vida; y para el pastor, ser el que es también es su razón de vivir, dirigiendo porque piensa y cree que su moral, es la única moral verdadera.

En cierto modo un pastor es casi lo mismo que un sacerdote, aunque podemos diferenciarlos en su manera de reaccionar ante la apostasía: si una oveja se marcha del rebaño, el pastor no le imputará la obligación de regresar ni buscará imponerle un castigo. Es el sacerdote quien se encargará de conjurar las fuerzas, humanas o divinas, que flagelarán la espalda del cordero impertinente. Si el pastor por un lado es inferior al sacerdote según una jerarquía eclesiástica, por el otro es superior según una jerarquía espiritual: «Si has tomado la decisión de marcharte ya no puedo hacer nada por ti», dice el pastor a la oveja descarriada: «En la soledad tulle más el frío y el ojo de la divinidad acaba ciego por los destellos de la obscuridad. Vosotras que queréis gozar eternamente del tibio calor y del camino hacia la luz, ¡no os descarriéis como vuestra hermana, hijitas mías!», habla el divino guía, sermoneando a su rebaño sobre una montaña divina. Acaso no sabe el pastor que en soledad se aprende a buscar el calor del abismo interior, y allí, en la profundidad, la verdadera obscuridad queda disipada por la verdadera iluminación.

Al menos, hermanos míos –pues no os he llamado ni os llamaré jamás «hijos míos», porque en el fondo de nuestra esencia todos somos hermanos, y así el Hijo no existe, y si no existe el Hijo, tampoco el Padre – al menos una voluntad pastoril es casi venerable: ella está dispuesta a «sacrificar» incluso su propia vida en virtud de la integridad de sus amadas ovejas, y jamás, oídlo bien, jamás mandaría a su rebaño a cometer actos deliberados. El pastor siempre ha de seguir el camino de la paz, de la castidad y de la armonía; y cuando juzga, lo hace mansa y castamente. En cambio, el sacerdote, ¡es todo, menos manso y casto! En ambas voluntades, la «fe ciega» que tienen en sus códigos de conducta sea humana o divina, es lo que marcará el destino de sus «fieles» y de sus «detractores», arrojándoles en una odisea de luz y obscuridad que una y otra vez se confunden. De cierto os digo, espíritus libres, que no odiéis ni despreciéis a ninguna clase de pastor: que vuestra espada exterminadora se dirija a todos los espíritus sacerdotales que estén dispuestos a hacer daño incluso a quienes les siguen, con tal de serenar el miedo que les produce la posibilidad de perder su «sagrada» posición. A un pastor, ¿qué

importaríale perder su posición? Un pastor solo necesita los mandamientos con los cuales ha guiar a su rebaño, y con eso le basta.

Desgraciadamente, hermanos, nunca dejarán de existir ovejas que necesiten ser pastoreadas. ¡Adelantes, pastores! ¡El mundo es una inmensa pradera de ovejas que solo quieren rumiar y tragar pasto! Oh sí, que bien las cabras también comen pasto y rumian, ¡pero al menos hacia adentro convierten así lo rumiado en algo muy bueno y nutritivo!, así como también no requieren de pastores que les digan cuáles pastos son buenos y cuáles son malos, ¡ellas por sí solas se alimentan de lo que quieren alimentarse, más allá de los pastizales en campos de zarza espinosa, gustando de punzantes hojas que su áspera lengua solo puede moldear! Por eso tened cuidado de que el pasto se acabe, pastores; las ovejas no tienen lengua áspera y luego de que los suaves peciolos se terminen, ¡querrán comer carne! Es al momento de extinguirse todos los agros de hierba cuando se produce la hora más peligrosa. Aquí, habiéndose cansado la oveja, famélica y desesperada buscará alimentarse de carne sanguinolenta para calmar su apetito, ¡y es cuando el pastor sale corriendo y cuando el sacerdote aprovéchase de ello! Solo basta un conjuro y… ¡magia! ¡Las ovejas son monstruos! Un pastor no crea conjuros; él dispone de un bastón que le ayuda a señalar el camino a seguir y delimita lo que no se puede violentar. Luego si el pastor muere le sucederá así otro; pero el gran problema aquí es que, cuando fallece el pastor que reunió al rebaño, lo más probable es que sus sucesores se conviertan en sacerdotes. Como la doctrina del pastor constituye un conjunto de creencias que agrupan una muchedumbre y esparcen al individuo, una vez muerto aquel, los herederos de tales enseñanzas tienen que valerse de ideas abstractas que no tardan en convertirse en imágenes de una supuesta verdad, para luego tergiversarse mediante rituales y falsos conjuros que luchan por mantener viva una creencia condenada a la ruina.

Por ello hay que elevarse más allá de la voluntad pastoril. Tomar una determinada creencia para conocerla y así llegar a saber de sus verdades y falsedades. Dejar de lado toda ciega fe para embarcarse en el mar del conocimiento. Aquí surge el espíritu que ha despertado una nueva luz de consciencia en la Humanidad, pero que también ha traído una larga cadena de fatalidades: el espíritu de la ciencia.

4) Espíritu del Científico: *el que hace creer y dejar de creer a los demás*.

Brujos, hechiceros y magos son todos los «hombres del conocimiento» que se apoderan de los ingredientes primordiales conocidos y aún por conocer para crear con ellos nuevas formas y sustancialidades, que antes de ser conocidas fueron consideradas obra de lo sobrenatural. Un científico es más bien un «decodificador», pues se encarga de reunir los códigos universales y dar origen a nuevas «sustancias». Para lograrlo, el científico debe emplear ciertos métodos, ciertas reglas, ya que todo cuanto ocurre en el Universo tiene una razón y una explicación que lo desmienta. Así, como detrás de las cosas siempre hay un por qué, la ciencia puede lograr lo que sea, y si algo parece todavía imposible, es debido a que aún no se ha alcanzado el conocimiento ni el suficiente avance para lograrlo. Gracias a este enunciado, hasta las estrellas más lejanas y los mundos más impensables podrían ser alcanzados algún día; el Sol, la Luna, los astros, el mar, la tierra y el propio *Ser* han adquirido un nuevo sentido que antiguamente se le había reservado a la fantasía y al mito.

No obstante, si nadie ha de negar que el hombre ha encontrado la manera de seguir creando quizás hasta el infinito, tampoco lo hará sobre el hecho de que igualmente ha descubierto la forma de destruir, a su entorno y a sí mismo, dando vida a «dragones» mediante nuevas clases de conjuros que nacen de fórmulas alfabeto-numéricas surgidas del más agudo intelecto; pero así como dicha inteligencia ha incrementádose exponencialmente, también la voluntad científica ha destruido otras voluntades, otras espiritualidades, creando su propia percepción sobre la realidad. Redes invisibles, pero muy reales, interconectan cada cosa en el mundo en una gran «red global» que muy pronto será «cósmica». Esto en sí es maravilloso, pues la todopoderosa red global ha logrado que tanto el individuo como la muchedumbre puedan ser y expresarse –ciertamente, hermanos, si no fuera gracias al pináculo de aquella gran red, la doctrina que ahora llega a vosotros de mi puño y letra no habría podido ver la luz –de no tratarse otra realidad, muy real, donde el auge del conocimiento y las redes inter-espirituales, inter-carnales, han elevado a la carne por encima del espíritu, y aquella «vieja espiritualidad» y aquella «vieja sensualidad» han provocado que el ser se quemara por dentro y se pudriera por fuera.

Ahora bien, en el espíritu de la ciencia confluyen los otros espíritus de la presente jerarquía; ya sea los de bajo rango: ovejas, sacerdotes y pastores; o los de alto rango: nihilistas, filósofos y artistas. El espíritu del Científico puede hacer que una oveja se interese por el conocimiento y

empiece a cuestionar lo que se le ha dicho o impuesto; puede conseguir que un sacerdote descubra nuevas artimañas que le ayuden a rejuvenecer una doctrina añeja o serle de gran utilidad a un pastor que busque «ampliar» su rebaño; también este espíritu posee el poder de ayudar a una persona incrédula (nihilista) para que empiece a buscar nuevos rastros de luz allí donde le abandonaron las tinieblas de lo que antes creía, y así esparcir las entrañas de cabalísticos saberes que para tan ciega mirada entonces encontrábanse ocultos; o luego igual tiene potestad sobre el espíritu filosófico abriéndole camino a una elección de libre voluntad por donde ha de encontrar la senda de su propia verdad, así como en última instancia puede alcanzar la maravilla de todas las maravillas al conseguir que un artista dé forma y sentido a la luz de lo que piensa y cree por sí mismo amasándolo con finura y estilo. Esto por ser poco, y por obviar lo que el espíritu del conocimiento es capaz de hacer en épocas siniestras.

El camino del conocimiento, del que toma un saber, lo moldea según su criterio para crear algo nuevo y autónomo, es el camino a seguir de todos aquellos espíritus cuyo noble propósito sea la misión de prodigar el alma humana, individual o universalmente. Pero la espiritualidad no crece si el espíritu se refugia en lo simple «físico» y acaba por cerrar su mente a conocimientos que trasciendan la experiencia y requieran extender las manos más allá de lo que pueden tocar[124].

La ciencia es una disciplina que se ejecuta a puertas abiertas. No es sano pretender adjudicarle una razón «científica» a todo lo que sucede en el cosmos: acaba así por volverse el mundo un lugar cada vez más gris, carente de alma o esencia. Mi consejo es, amigos míos que me acompañáis por el sendero de la Iluminación, que la ciencia únicamente debe brindaros las herramientas para que vosotros, verdaderos creadores, deis luz a un nuevo mundo en cada instante de vida; herramientas abstractas, no dogmáticas, no «pre-establecidas», ni particulares, ni una razón tras cada respiro que venga de afuera. Toda verdad que venga de afuera debe permanecer ahí afuera; será en lo abstracto donde el individuo, por medio de una singularidad propia, habrá de encontrar un sentido y una razón para los latidos de su corazón; urgiendo en el Reino, en los abismos, será como el topo que hacia abajo cavará nuevas y subterráneas cavernas,

---

[124]No se puede vivir sin dispensar de la metafísica. Lo que no sabemos, lo que hay más allá de nuestra experiencia siempre ha de venir a nosotros, unas veces para atormentarnos, otras para brindarnos consuelo. El mismo Nietzsche, quien ha sido uno de los hombres más ateos de la historia, dio sentido a su propia metafísica. Tontos son los que renuncian a la posibilidad de «crear su más allá».

donde arriba construirá presas de agua que le harán dueño de sus lagos, ríos y mares.

¡Oíd! Si alguien llega a afirmar en vuestra presencia que el Sol sale por las mañanas desde el Este hacia el Oeste, porque la Tierra da vueltas sobre su propio eje, y esto es un día, pero vosotros no aceptáis esta verdad y queréis por cuenta propia dar luz a una nueva que otorgue una explicación original a dicho fenómeno, ¿quién os lo impide? ¿Quién podría desmentirlo? Después de todo, «Este» y «Oeste» son solo nombres que se utilizan cotidianamente para designar la posición de un objeto con respecto a otro; pero si vosotros no queréis seguir llamando «Este» al lugar por donde se presenta el amanecer, y «Oeste» por donde se despide el atardecer, ¡estáis en vuestro derecho! He aquí el primer paso para crear un Nuevo Mundo: borrar todos los nombres y memorias. Todo lo que pierde su nombre acaba por perder también su sentido, y así estará listo para adquirir un sentido nuevo. De esta forma, sobre la primera y última obra del día, os valdría más decir: «El Sol sale por detrás del mar todos los días, porque todos los días un alma se convierte en un mar, y se hunde por detrás del mar, porque todas las noches un mar se consuma; el Sol se alza todas las mañanas desde una montaña, porque todos los días alguien alcanza su propia montaña y toca un ángel, y se esconde por detrás de una montaña, porque a cada crepúsculo alguien desciende hacia el Abismo».

¿Acaso este pensamiento, aunque abstracto, no ensancha más al espíritu, no lo embriaga de una hermosura y delicia divinas? En lugar de conformarse con la pura evidencia cientificista que a todo le cree solo «materia», solo «cuerpo», solo «carne», despojando de esencia todo lo que tenga forma y de alma todo lo que tenga vida, deberíais mandar al infierno todo sentido y razón en las cosas para que así os veáis obligados a crear el vuestro. Esto si queréis elevaros para gozar del éxtasis que solo puede regalar un espíritu ancho y pleno; de no ser así… ¡seguid siendo hombres de ciencia!

Pero, ¿qué fatalidad habrá de desencadenar el espíritu que piensa que todas las cosas están hechas y todos los secretos descubiertos?

Pues que, tarde o temprano, las cosas se agotarán y las certezas se volverán tanto monótonas como aburridas. El espíritu del Científico terminará fatigado luego de haberle chupado todo el jugo a un mundo infértil que ya no tiene nada jugoso que ofrecerle…

5) Espíritu del Nihilista: *el que dejó de creer*.

La autenticidad y la Falsedad, el Acierto y el Error, la Congruencia y la Contradicción… ¡vanos conceptos en un mundo cuya única verdad absoluta es que no hay verdad absoluta! El profundo cansancio de un espíritu desolado débese a que el Ser ha vuéltose incapaz de seguir creyendo en aquello que antes llamaba «verdad», pero por miedo a la deriva en las tormentas marítimas de la soledad en su propia embarcación… ¡no quiere liberarse de aquellas carlancas!

«¿Esto es así? ¿Lo era? ¿Y por qué? ¿Queremos por nosotros? ¿O por otros? ¿Existimos por nosotros o por los demás?». La frontera del nihilismo es un vacío existencial que se extiende sobre la nada, donde el «creer» copula con el «querer». Oh sí, pues en dicho vacío nosotros queremos, ¡pero «creemos» que lo que queremos va en contra de lo que creíamos o creen otros! Así, ambas creencias se anulan entre sí y el nihilista deja de creer para romper las cadenas que le impiden convertirse en un espíritu carnal.

«¡Todo es falso!», así debéis exclamar en vuestro instante más formidable. Luego, no sin antes pasar por un alto grado de sufrimiento espiritual, os daréis cuenta de que en realidad nada es falso porque nada es verdadero. No tiene la culpa el que miente, ¡sino el que se deja engañar! Es muy importante saber que cuando alguien, cualquiera, dice hablar con «la verdad», esa persona lo hace honestamente, pero en favor propio, nunca jamás por el bien de la verdad común. ¡Ilusos todos los espíritus ovejunos que moralmente rumian el egoísmo de una verdad que nació del Abismo, puesto que todas las verdades son egoístas!

Creer por creer es el origen de todos los sufrimientos. El doliente sabe muy bien lo que quiere: despojarse de sus dolores, pero también sabe que eso que desea con ardiente fervor va en contra de sus creencias, ¡y cualquier creencia que se oponga al querer debe considerarse inútil! El creer tiene que hallarse obligatoriamente sujeto al querer, o si no, mejor es no creer en nada; de allí que el espíritu nihilista tome la valiente decisión de sacudirse para siempre de encima todo ese polvo cósmico, ceniza mortuoria de sepulcros milenarios, que no le permite ir en la busca de sus más profundos anhelos; pero así como una «corona de espinas» ha herido mortalmente el cerebro durante largo tiempo, igual es doloroso sacar las estillas dolorosamente incrustadas en el cráneo; aún lo es más, porque todo individuo que se ha deshecho de sus mentales agujas queda profundamente aturdido cual brújula que a través de un fuerte ciclón ha hecho que el marinero perdiera su rumbo en medio del océano; sin embargo, hermanos míos, tal es el objetivo de los que se han vuelto

nihilistas: la pérdida del sentido; que el antiguo norte no lo sea ya, que se invierta el sur, que por las mañanas el Sol ya no nos salude desde Oriente, porque así os veréis en el requerimiento de establecer vuestros propios puntos terrestres. ¿Hacia dónde iréis ahora, almas aventureras? Un alma profunda es el mar sobre el cual navega la carabela del espíritu, dirigida por el *timón* de la mente e impulsado por las velas del corazón. ¡Mirad al cielo, en esta noche endulzada con estrellas, pues los astros son ahora vuestro anhelo, y el deseo por la belleza, vuestra flecha de la eternidad!

Mas tened mucho cuidado de que al sacar las espinas se produzca ingente hemorragia y muráis desangrados. Esto es lo que le sucede al que deja de creer, pero no busca otra verdad, ¡no busca nueva corona! Si las espinas no permiten pensar con libertar, ¡terrible simbolismo de la corona sangrienta!, entonces es mejor coronarse con dos poderosos cuernos: con las portentosas astas de un macho de cabra que a fuerza de voluntad y libre albedrío sigue su propio camino, embistiendo furiosamente a todo lo que tenga pretensión de inducirle pensamientos que de su abismo no emerjan.

¿Quién podrá agujerar vuestras cabezas, hermanos míos, si allí reluce una salvaje corona del auténtico rey que se ha dignificado a sí mismo? No el rey de un pueblo o un rebaño, ni mucho menos el rey del Universo, ¡sino el Rey de los Abismos! No el soberano de las alturas sino el de las profundidades, pues la cornamenta nace de adentro, y de arriba… ¡solo llueven punzones!

¿Habéis escuchado una alegoría que compara el pensamiento agudo con una espada afilada?[125] Muy bien, entonces… ¿dejaréis que la espada y las agujas hieran vuestra mente desde el exterior? Una mente herida por tóxicos aguijones y destajada por el filo de una centella… ¡así es el que no piensa por sí mismo y cree todo sin confirmarlo! Mejor sed vosotros quienes hieran con dolor. Sed vosotros los que lancéis agujas y cortéis con afilada hoja. ¡Desventurados sean los que se dejen embestir por vigorosas encornaduras! Y para ello debéis dejar de creer, sacar las espinas, para luego cerrar las heridas buscando y dando luz a vuestro propio creer.

6) Espíritu del Filósofo: *el que busca su propio creer*.

[125]Esta comparación la podemos encontrar en Canción de Hielo y Fuego, de George R.R. Martin, donde Jon Nieve le pregunta a Tyrion Lanister por qué lee tanto. Éste responde que «la mente necesita libros, igual que la espada una piedra de amolar, para conservar el filo».

Cierta vez, hermanos, escuché de una voz muy sabia: «Eres un alma vieja». Muy bien cierto es que existen tanto el alma como el cuerpo, aunque no lo sea aquella noción escatológica de que el alma dispensa del cuerpo y éste dispensa del alma. Ambos son uno solo, y cuando mueren: mueren los dos.

Cuando una cosa, cualquiera que os podáis imaginar, nos da la impresión de que «desaparece», de que «deja de existir», ¿realmente lo hace? Bueno, cuando os muestre el orbe esencial, os daré mis razones. Por el momento estamos aquí: en el orbe espiritual.

A medida que el tiempo transcurre voy dándome cuenta de que esa voz no iba desencaminada al sentenciar la longevidad de mi esencia. Yo creo cosas que antes ya habían sido creídas por grandes mentes del pasado –hasta lo que podemos recordar –lo cual me da a entender que si pienso como esas almas, es porque siento como ellas, y si siento como ellas es porque soy igual; por tanto si soy igual entonces la esencia de aquellos ha manifestádose una vez más en mí, ¡y estoy seguro de que también en muchos de vosotros! ¿Qué es la esencia? Ya lo sabréis, pues, muy pesar de que vivimos en una época marcada notoriamente por la juventud del Ser –y todo lo que es joven sufre incluso más a lo que es viejo –aún por el mundo todavía caminan seres que día tras día y noche tras noche van en búsqueda de nuevos vientos que empujen el mar hacia la tierra, por lo cual estamos aquí… y estaremos.

¿Os había dicho que una buena razón para vivir es al mismo tiempo una muy buena razón para morir? Alguien más pensaba igual.[126]

¿Os he mencionado en repetidas ocasiones en las cuales he tenido oportunidad de hacerlo, aquella idea de que nosotros no amamos al objeto de nuestro amor, sino a las sensaciones que dicho objeto nos produce? No hace mucho tiempo un hombre muy sabio y profundo lo había dicho antes que yo.[127]

Para llegar a tener un conocimiento y sabiduría profundas debemos mirar hacia a dentro, pues todo lo demás que nos rodea es una representación de ese mundo interior. Aquello que necesitamos encuéntrase grabado, con letras doradas, en lo recóndito de nuestra alma, y un alma ancha y profunda tiene suficiente espacio donde «escribir». Tal

[126]Albert Camus lo dijo. Nosotros, las almas profundas, constantemente tenemos el deseo de morir, porque no nos sentimos identificados con el mundo del presente; sin embargo, es esa misma «inadaptación» la que nos mantiene con vida, y por la que vale la pena seguir viviendo ya que dicho padecimiento cósmico se redime a sí mismo a través de un placer estético. «Solo esto es el amor», dijo Franz Kafka.

[127] Nietzsche.

cosa se siente por cuenta propia: mientras más anchos y profundos os sintáis, de más espacio donde poder disfrutar vuestro tiempo leyendo gozaréis. Así que… ¡desenrollad el legendario papiro egipcio de vuestra recóndita hondura y no os angustiéis si allí veis signos ininteligibles! El código para desentrañas el significado de todos los símbolos también yace a la espera, dentro de vosotros.

En dicha instancia, ¿qué papel juega el gran Libro del Mundo, como gustaba llamarlo otro hombre muy sabio?[128] Bueno, que en ese «libro universal» están las llaves que abren las puertas hacia el interior del alma. El mundo es un enorme llavero. Tan sencillo como eso. Toda llave debe encajar a la perfección en la cerradura para la que fue hecha, o si no, nada podrá abrir. ¡Buscad las llaves, hermanos, de eso trátase la vida! ¡Una emocionante y peligrosa aventura cuyo propósito es encontrar el más jugoso de los tesoros! Algunos se pierden en el camino; otros, en cambio logran, no sin cierto grado de heroísmo, hallar el caminan que les conduce a sí mismos.

Seguramente, durante más de una oportunidad, os han hecho la siguiente pregunta: «¿Por qué eres tan cerrado?» Cuando os hagan ese despectivo interrogatorio entonces responderéis: «Porque mi cerrojo no es para tus llaves».

Acaso sentís que el esplendor y la gloria de civilizaciones milenarias cuyas culturas se encuentran ya extintas o todavía no han llegado, son dicha llave, ¿o me equivoco? En virtud del llamado que ha provenido desde las entrañas ancestrales a través del refinamiento, el arte y la belleza de una pasión exquisita que ha sido engullida por la monstruosidad de una sociedad «post-moderna» llena de vulgaridad e ignorancia; pero ello no significa que vosotros seáis unos decadentes, no significa que despreciéis la vida; al contrario, sois precisamente vosotros, espíritus apasionados, ¡quienes más amor profesáis a esa preciosa *sirena*! ¡Ah, solo que todas esas almas jóvenes, recién alumbradas en este nuevo y fructuoso globo, no lo saben, no lo sienten, porque aún no lo han escrito en su hado!

En vuestros papiros, almas viejas, también hay conjuros que invocan lo que es importante para vosotros y alejan lo que no necesitáis o es perjudicial en la senda de vuestro destino. Lo que una vez quisisteis ya lo tuvisteis; lo que queréis ya lo tenéis; y lo que vais a querer lo vais a tener. Algo sube: es muy pesado, muy fuerte, tan duro e indestructible

[128]René Descartes.

como el diamante, y parece venir desde las profundidades del Abismo. No sabéis todavía cómo describir su naturaleza –pero lo sabréis –, solo sentís que dicha cosa «es», tiene esencia, y os impulsa a sentir la endemoniada pasión de algo que no parece encontrarse a la vuelta de una esquina. Luego ese sentimiento se transforma en sabiduría, y tal como si adentro gozarais mágicamente del conocimiento prodigioso para poder leer lo que nadie más puede, a vuestra mente sobrevienen imágenes e ideas que solo de un alma ancha y profunda pueden salir.

En el mundo hay muchos libros; luego el hombre inventó el gran libro de Libros; luego el mundo es en sí mismo un libro; pero yo no os mando a enterrar vuestras cabezas en un voluminoso tratado de filosofía; yo os mando a que aprendáis a leer vuestra propia alma, pues de ninguna otra lectura podréis sacar mejor provecho. Para resolver el enigma de cómo leer vuestra alma, debéis encontrar las cinco llaves que abren las cinco puertas de los cinco cerrojos intramundanos en los cinco orbes del Ser. Abrir el cuerpo, luego el corazón, después la mente, seguido el espíritu y por último la gloriosa puerta del alma donde el hado de cada cual está escrito en sí mismo y por sí mismo.

Ese es el noble y admirable camino del que vigorosamente busca su propio creer: el viaje del espíritu filosófico. Quien ama la sabiduría, porque no la posee, es aquel que busca a su *yo*, sea en las estrellas, sea en el Abismo, sin darse cuenta, hasta el momento de empezar a buscarla, de que sí… ¡claro que posee a la Sabiduría! ¡Pero no sabía que sabe! ¿Cómo lo sabría, si aún no había abierto las puertas y no era consciente de sus tesoros? ¡Oh, me embriago en la dulce idea de cuántos valiosos artilugios pueden existir adentro de mí, siendo yo un alma longeva, pero de los cuales todavía no sé, a cuya luz me fundiría con ellos en colmado embeleso y junto a nosotros todo lo que yo amo! Si alguien o algo ya fue para mí una llave… ¡quiero yo serlo también para alguien más! ¿Soy vuestro llavero, aldabas profundas y mares de diamante? ¿Lo soy? ¡Ah! ¡Quién sabe cuántas joyas hay allí abajo, aquí abajo! ¡Y qué tragedia sería no llegar a descubrirlas! Ahora he de invocar a las sirenas para que sean ellas quienes descubran mis tesoros. Tan solo el lobo de mar que abandonó a su manada para embarcarse en un océano de nuevas verdades es quien, con más ardiente fervor, puede amar a las *gran-diosas*; y toda sirena es hermosa: mitad mujer; y horrible: mitad bestia; pero cuya meliflua voz enternece y hace vibrar el alma hasta apaciguar los ciclones.

Oh sí: una sirena es la última llave, que abre la puerta del alma, y con ella vuestra existencia consumada. Pero no os hagáis ilusiones,

marinos de pasión, a las sirenas no les gustan los charcos, y abundan por ahí muchos renacuajos que adoran ungirse con cieno, ya que a los renacuajos no les gustan los mares, ¡solo se bañan en pantanos! Y si por ahí os encontráis con una sirena que no canta, ¡cuidado! ¡Pues trátase de falsa doncella que quiere ahogarse en un mar para contaminarle para siempre con sus despojos! Las sirenas son muy, muy difíciles de encontrar. Ellas no se pelean por querer navegar en las profundidades, ¡saben muy bien que en el mar hay suficiente espacio para todas las sirenas del mundo! Y el mar, éste se complace soberanamente de recibirlas a todas, y tampoco siente celos de que sus princesas quieran explorar otros mares, pues, al fin y al cabo, juntos, todos los mares forman un único e infinito océano divino. Huid entonces de los renacuajos que se comen unos a otros para entrar solos a la ciénaga.

¡Ay, cuántos mares aún siguen en cruel tormenta! ¡Ay, cuántos mares no se habrán consumado! Así es el que verdaderamente se busca a sí mismo, para luego, algún día, muy lejos en la flecha de sagitario, consumarse en alguien más…

Muchos barcos, si la tormenta es muy grande, se hunden antes de tocar puerto; pero mientras más terrible sea el tormento, más dulce y maravilloso será el canto de la sirena libertadora. He aquí si el mar está muy tranquilo no soplará con fuerza el viento hacia el desierto, el cual dejará de henchir al espíritu bajo las dunas; por eso no olvidéis, lobos de mar, que debéis escuchar a las sirenas solo si queréis dormir para descansar. No cedáis al encanto antes de llegar a tierra como señores de la Tormenta y de los mares, ¡porque si os dormís en medio del océano puede que nunca lleguéis a vuestro destino sin encontrar jamás la oculta verdad del Abismo! Una mente endiosada y un espíritu adormecido no pueden leer ni escribir sobre el alma extensa y perdurable. Tan solo cuando deis luz a vuestra propia verdad todas las tormentas estarán superadas y por fin os podréis gozar de islas paradisíacas, junto a las sirenas que de éxtasis a vuestro ser harán vibrar.[129]

7) Espíritu del Artista: *el que da luz a su propio creer*.

Aquí arriba os soy efímero.

[129] «De mis tormentas Yo Soy el Señor. De mis cielos y nubes tengo el poder. Si muero de sed es porque así lo quiero, para gozarme de inviernos cuando llegue el Diluvio». Espero que algún día, todos hablemos así...

Pues no queda por decir mucho del que ya sabe crear incluso refulgencias que no existen.

Hablad de esta forma:

Prejuicios míos ya no hay: de no ser los prejuicios de mis prejuicios.

Quiero lo que quiero, porque quiero lo que puedo, y lo que puedo es lo que debo hacer, en virtud de este creer… ¡que solo he descubierto en mí!

El presente es todo mi pasado y todo lo que será mi futuro.

Yo soy mi propia creación, mi propio mundo, y yo: el supremo arquitecto del mundo. Porque mi mundo son todas las cosas, que a su vez son una sola.

Girando y girando es hermoso el mundo. ¿Es viejo? ¡Pero es mi mundo!

Hermanos míos, aquí somos creadores, escribiendo sobre el alma, dibujando y pintando esa misma alma, mientras cantamos con las sirenas, enrollados entre perlas, ¡y todas las ostras abiertas!

Todo viene hacia nosotros, porque todo está en nosotros. Yo quiero, ¡ay! ¿Qué es lo que quiero? ¡Ya lo tengo! Haciendo burbujas en el océano, tibio y cósmico alrededor de esferas que ascienden hacia las estrellas entre fulgores iridiscentes, hacia el infinito, ¡hacia la belleza que siempre he anhelado! Cada burbuja es una mano que se extiende para tocar hermosuras lejanas, ¡ay, tan lejanas, pero palpables, cuales mi voz en suaves caricias, todos los astros se enternecerán!

Quien quiera adueñarse del mar debe saber que el mar no tiene dueño. La esencia divina y creadora no tiene más portavoces que el propio yo creador. Hay conchas que hacen eco del mar, pero que adentro nada poseen. ¿Sois unas conchas vacías, que hablan de profundidades, pero solo saben de superficies?

¿Quién es el profundo, el profundo? ¿Quién más puede ser, sino el que habla desde su profundidad, con amor, con pasión, con dolor, sin llenarse el juicio con otras profundidades?

«Yo sé del mundo», habla el vanidoso, y como toda clase de vanidad, es superficial. Sabes del mundo, ¿pero sabes de ti? ¿O has sabido del mundo para escapar de ti?

«El mundo es horrible. La vida es muy dura, una lucha bajo una cruz», es lo que dice quien por dentro está vacío: el antiartista, el que, al no descubrir belleza dentro de sí mismo dase cuenta con espanto de que, efectivamente, el mundo no es bello, ¡porque la belleza nace del interior!

Pero como él no tiene belleza que prodigar entonces todo se convierte en una proyección de su fealdad.

¡Oh, cuántos seres feos hay a mi alrededor! Esta belleza que he descubierto se encuentra muy lejos para tocar, ¡pero demasiado cerca para sentir! Ese es el creer al cual mi abismo dio luz por cuenta propia.

Apasionado y noble de sangre ardiente, ¡nunca jamás olvidéis que debéis buscar solo a aquellos que como vos sean nobles y apasionados, y bellos, y llenos de fuego sagrado en el alma!

El espíritu del artista es el espíritu del que ve al mundo con sus propios ojos, no con los ojos de otros. Ojos sensibles que se deleitan como ninguno cuando la luz de la belleza le acaricia las retinas, o se estremecen en el momento de que la obscuridad ciega su mirada. Cada acto, cada vivencia que refleje arte es para él un instante formidable. ¡No existe nada más divino que la autoiluminación! Y aun cuando el autoiluminado aprenda de resplandores externos, solo abre su corazón a las más brillantes estrellas que le ayuden a iluminar las tinieblas del mar profundo.

¿Quién es el artista? El que es todo lo contrario a una oveja. El hombre sin pastor, sin verdades que imponer, sin bastón con el cual pastorear, sin certezas que todo lo puedan explicar, pero sin vacío adentro que llenar; el hombre que no busca porque ya encontró, pero que todavía sigue buscando porque siempre se despoja de lo que ha encontrado. Ese es el creador, ¡el artista! ¡El centauro, que no arrojó la flecha de sagitario! ¿Y qué es los que queréis, hipersensible criatura? «¿Es esta la flecha? ¿Ha dado en el blanco? Tiene fulgor dorado, pero no es mía. ¡Voy a transformarla en mí! Después volveré a lanzarla, ¡aunque no sea yo el primero que lo hizo!».

Oídme bien, vosotros artistas que en cada minuto de vida derretís glaciares eternos queriendo llenar el océano con delicias: ¡Cuando debáis crear hacedlo con toda la fuerza de vuestro corazón, o de lo contrario no hagáis nada, no deis luz a nada!

Querer.

No se puede vivir sin querer. No-quiere el que está muerto, ¡y ha estado absorta la existencia en demasiados muertos vivos! Mientras más lejana se encuentre la flecha, más debe elevarse el espíritu para alcanzarla, aunque sea consciente de que tal vez nunca llegue a hacerlo. Un hombre sabio coloca el blanco lo más apartado posible de sí mismo; así cada punto serviràle en cada instante de impulso hacia aquel objetivo inefable. Pocos saben esto, y se llenan de sufrimiento, cuando a lo querido venlo demasiado arriba estando ellos demasiado abajo, y así entregan su corazón a quereres triviales. ¡Bienaventurado el que sabe querer a profundidad!

Según la voluntad de querer, hermanos míos, os distingo los siguientes grados del espíritu:

1) Espíritu del Ascético: *el que quiere no-querer*.

Tan cobarde como la voluntad de una oveja. Todo lo que quiere, sufre. Así que el ascético, para reducir al mínimo el sufrimiento, elige no querer nada, ni siquiera a sí mismo. Consigue de este modo una armonía y paz interiores profundamente superficiales, pues a cambio de esa supuesta avenencia ha aniquilado por completo la pasión, el sentimiento, el anhelo y todo lo que conlleva la pulsión erótica de vivir.

No hay llaves que le abran. Nuestro amigo aseméjase a un cofre cerrado cuyas prendas se han hecho polvo en su interior por encontrarse demasiado tiempo enclaustradas. ¡Pequeño es de espíritu, y un charco por dentro! Él no sabe nada en verdad, aunque pretenda tildárselas de muy sabio con esa conducta frugal y eremítica. Ha cerrado los ojos y se ha vuelto ciego a toda clase de mirada: ni afuera, ni adentro, ni hacia los lados, ni atrás, ni adelante, ni arriba, ni mucho menos hacia abajo. ¿Se puede llegar a saber sin «ver» ni «sentir», sin querer? El ascético no come carne ni espíritu, pues la bestia es para él «mundana», ¡y el ascético, lo que quiere es irse para siempre del mundo! ¡Ese es su único «querer», un querer disfrazado de no-querer!

«Querer es poder», suena demasiado terrible para su pequeña voluntad. Pero todavía más doloroso se escucha: «Poder es deber».

Porque el error de los que se dicen llamar «amantes» es querer cosas inmediatas. Acaso no saben que todos los quereres son distantes, de ahí la configuración de nuestros más profundos anhelos. El que de verdad quiere con toda la pasión que le permite su espíritu, en realidad no sabe lo que quiere; solo sabe que *siente* lo que quiere, aunque la imagen de ese querer sea difusa, pues, para superar el dolor que produce un querer profundo, debemos dejar de pensar en ese querer y disponer nuestra alma a solamente sentirlo. Para lograrlo hay que subir hasta el último escalón de la presente jerarquía espiritual; sin embargo, la gran mayoría «perece» apenas al subir dos peldaños más arriba, al momento de encontrarse con el más profundo de los dolores que solo puede ocasionar el deseo interior por un anhelo cósmico en extremo ardiente. Unos quieren tocar, otros ser tocados: en esto se resume el QUERER SUPREMO, donde las voluntades chocan entre sí para ver quién se adueña del jugoso premio, surgiendo todo el horror, la desolación, la muerte y tragedias del mundo. ¿Habrá que tocar y ser tocados para triunfar? ¿O existe un *tercer anhelo* de belleza? ¡Cuántos dolores tiene que padecer el Ser para llegar a saberlo! Por eso el ascético, destrozado por el verdugo, acaba por darle la espalda a Eros para entregar su espíritu a la nada.

2) Espíritu del Sirviente: *el que quiere retribuciones*.

Un escalón por encima del ascético es el sirviente que encuentra la llave y abre el cofre que está vacío. ¿Y qué hizo para encontrarla? Pues «sirvió». Tal es la actitud del que no está lleno de absolutamente nada por dentro. Aquí, el Abismo aún se halla tragado por las tinieblas. Entonces el sirviente «marcha hacia su prójimo» para comenzar a llenar su miseria: mendiga su amor, sus sobras y migajas, brindándoles una supuesta «ayuda» que refleja pobreza y hambruna tanto espiritual como carnal. De ellos, en pago de tan «nobles servicios», espera obtener la retribución merecida: «Vos me dáis. Yo os doy», acaso lo anterior es por menos «aceptable»; pero el miserable espíritu del sirviente no tiene escrúpulos al balbucear: «Yo os doy. Vos me dáis; y si no lo haces, ¡escupiré en tu cara y jamás volveré a ayudarte!».

Un espectro muerto de hambre es esta clase de espíritu. Él piensa que tiene mucho por dar… Oh sí, ¡mucha miseria! Quien de verdad conoce el significado de dar y recibir habla así: «Yo os doy, luego volteo y me marcho sin mirarte y sin decir nada. Vos recibes, luego volteas y te marchas sin mirarme y sin decir nada». «Agradecer» es propio de los espíritus sentimentales y enervados. El espíritu servicial, al no recibir

agradecimiento, grita lleno de cólera: «¡Pero yo te ayudé! ¡Qué malagradecido!», dice ese moralista, pero… ¿acaso vosotros pedisteis su ayuda para que ese bicho maloliente os lo esté sacando en cara? Luego, si vosotros no le retribuís nada por sus servicios, llénase la boca de preceptos religiosos diciendo: «¡Arriba hay un dios!» ¡Claro, hermanos! ¡Arriba está el dios que ayuda y protege a los miserables castigando a los que gozan de abundancia! ¡El dios de la miseria, que odia a todos los que son grandes y bellos, y ama a los que son feos, escuálidos y enfermos! Uno de los seres más despreciables que existen en toda la faz de la tierra es el sirviente que ayuda a su prójimo esperando el favor y la bendición de una entidad divina; mientras esos agentes de la miseria no desaparezcan del mundo, ¡la miseria no dejará de existir! Oh no, querido hermano, vos fuisteis una «ofrenda», un sacrificio elevado a los cielos para aliviar la indigencia de un espíritu que no es capaz de «pedir» para ayudarse a sí mismo. ¿Cómo así? ¿Será que ese dios se conforma en la pobreza? ¡Ah, qué le importaría al supuesto creador la insignificancia de un acto supuestamente «altruista»!

En cambio, lo que yo llamo una «permuta espiritual y carnal» es el auténtico y simbólico acto de dar y recibir: más hermoso, más digno, algo verdaderamente divino, porque la recompensa, para quien da y recibe, viene de adentro y no de afuera. Unos tienen mucho espíritu, demasiado espíritu; y otros mucha carne, demasiada carne. A aquel le falta lo uno y a aquel lo otro. ¿Por qué no intercambiar dicha sobreabundancia? «¿Qué hago con tanto?», os preguntáis, y yo os digo: ¡Regaladlo! ¡Y no me esperéis nada a cambio! ¡Mucho menos la retribución divina!

El conocimiento debe estar en favor de la vida, y la vida, en favor de la pasión por vivir. Oíd muy bien: cuando no tengáis nada, no hagáis nada y no seáis nada, vivid dicha nada. Cuando tengáis todo, hagáis todo y seáis todo, vivid esa totalidad. No os acostumbréis a lo poco, a ese intermedio entre todo y nada, ¡no os acostumbréis a la miseria!

Aprended de la voluntad leonina que solo abre la boca para rugir, para decirlo todo, y antes de permitir que a través de sus fauces se escape la voz de la miseria, prefiere no decir nada y callar. El miserable es fácil de reconocer por su manera de hablar: es muy sentimental y quejoso, diminutivo y conformista, pues tal como ya os hablé de ese demonio: «Algo… es algo».

Si vais a dar poco, mejor no deis nada. Del mismo modo que si vais a recibir poco, ¡mejor no recibáis nada! Los que dan poco se acostumbran a dar poco, y los que reciben migajas se acostumbran a recibir migajas. No

debéis convertiros en el «mendigo del desierto». Si habéis dado mucho y recibido mucho os habréis librado de dos grandes males: de la carencia y de la sobreabundancia; es decir, habréis vencido a la miseria. Los miserables son quienes se acostumbran a lo poco, y también son quienes juzgan a los que no dan nada o a los que no hacen nada, y a los que dan mucho o hacen mucho, pues el espíritu del Sirviente no quiere servir porque ame a los demás, sino porque busca su amor, debido a que no se ama a sí mismo.

De tal modo, cuando brindéis ayuda y recibáis como pago una bofetada en la cara, no miréis hacia los lados en busca de «justicia», ni hacia arriba en guarda de un castigo divino; seguramente a esa criatura malagradecida le irá muy bien en la vida, y a vosotros os irá de lo peor: porque así es el juego.

Mejor mirad hacia adentro: «¿He despojádome de todo lo que tenía y por tal motivo me duele que me hayan traicionado? Entonces no soy digno de amar ni de dar, no sea hasta que haya llenado de agua toda la profundidad que habita en mi pozo. Si yo mismo estoy sediento, ¿cómo podría calmar la sed de otros que también lo están? ¡Alejaos de mí, crueles mendigos! ¡No os conozco! ¡Venid a mí, seres grandes y bellos, pues quiero beber de vuestro manantial! Yo no soy un sol radiante que desea iluminar. Yo soy un novilunio obscuro y frío que desea a un sol ardiente que le ilumine. ¡Dentro de mí siempre habrá espacio para la sed de belleza con la cual he de participar en vuestra gloria!».

3) Espíritu del Juez: *el que quiere o lo que está «bien» o lo que está «mal»*.

La moral es un infierno de ángeles y diablos. El triángulo aquí se ha partido a la mitad, trayendo como consecuencia el inicio de la Caída.

El ángel que era puro espíritu cae hacia la carne, jalado por abismales cadenas. El diablo que era pura carne es jalado hacia el espíritu de la misma forma. Para uno, el otro siempre es el origen de todos los males: así piensa el espíritu que dicta sentencia con un martillo.

¿Qué es bueno? ¿Qué es malo? Yo digo que «bueno» es lo que nos hace vivir plenamente con nosotros mismos en la satisfacción del alma, y «malo» es todo lo que inhibe esa plenitud. Proclamo yo que son buenas todas las cosas que excitan el pulso de vivir aun cuando esas cosas puedan considerarse, desde un punto de vista moral, como «retorcidas». Lo que el rebaño llama «pecado» es tan solo una perversa inversión de aquella bonanza erótica, a la cual ha transformado en monstruosas reglas

de conducta que a la bestia originaria ha vuelto presa en los abismos. Y la moral resume toda su mustia perversión en una sola palabra: «Fidelidad».

Verdad y Fidelidad: Fiel y Verdadero. Proclamo yo que es «fiel» quien habla con la verdad, con «su» verdad. No puede llamarse fiel al individuo que obedece un mandamiento o un código de conducta, sino al que a sí mismo se manda y obedece; pero… ¿qué hace el juez? Juzga a los demás porque tiene miedo de juzgarse a sí mismo, o se juzga a sí mismo porque tiene miedo de juzgar a los demás, o quiere procurarse cierta satisfacción, pero no lo hace, porque tiene miedo de que otros jueces le condenen temiendo así que sus actos sean considerados inapropiados, impúdicos, pues el miedo es el arma con la cual mata o es matado el espíritu angélico o diabólico.

¿Sabéis acaso quién *Yo Soy* de verdad? Ninguno lo sabe. Nadie lo sabe: hasta que yo mismo disipe las tinieblas de mi abismo. ¿Sabéis acaso quiénes sois en el fondo? Antes de juzgar os exhorto a conocer, saber y crear. Luego me contáis.

Mejor preocuparos por vosotros mismos, por quienes sean importantes en vuestras vidas y por lo que amáis y otorgáis valor. Dejad de lamentaros en lo trivial, y mejor enfocaos en aquello que da sentido a vuestra existencia y os impulsa a vivir. Encontraros donde sea que estéis y donde sea que se encuentre lo que amáis: sed y dejad ser, pues cada quien merece vivir como así lo quiera y gozarse en la belleza de lo que ama y quienes ama.

En este inconmensurable Universo, está sucediendo algo mucho más grande que tú, que yo y nuestros insignificantes problemas. ¿Por qué, en lugar de creernos unos mártires, no participamos de esa grandeza?

Todo aquel que os critica destructivamente lo hace porque se siente inferior a vosotros. ¿Y qué os importa la opinión de un ser inferior? ¡No le otorguéis ese poder sobre vosotros! ¿O acaso os sentís inferiores con respecto a vuestro propio ser como para dejaros arrastrar por una cucaracha?

El rebaño no juzga, realmente, en virtud del bien y del mal, sino en defensa de lo que ellos pueden o no pueden hacer. De esta manera se preguntan: «¿Por qué él/ella puede hacerlo y nosotros no? ¡Debe ser castigado! ¡Por Dios o por el Hombre! ¡Semejante acción no debe quedar impune! ¡Tiene que hacerse justicia!». Fijaos muy bien, queridos hermanos, en toda la hipocresía que brota de esas «santas» palabras. En el fondo, el espíritu del Juez no emite un juicio porque crea en la justicia, lo

hace porque siente una parasitaria envidia hacia el supuesto delincuente, pues éste ha hecho lo que él, por precepto divino o humano, no puede.

¡Mejor, en el momento que una persona exprese o haga algo que a simple vista parezca malvado, guardaos de juzgar! En ocasiones, la belleza de los sentimientos y pasiones que desean expresarse es tan profunda, que al transformarse en palabras y hechos adquiere una tonalidad sombría.

Oídme bien, hermanos: todo querer que se fundamente en los principios del bien y del mal está condenado a la ruina. ¿Cómo saber si vuestro querer está «bien» o está «mal»? Desde un punto de vista ético, desde una perspectiva que os haga saber que vuestra libertad está siendo mancillada. Vulgarmente queremos lo que es querido por esencia, y como la gran mayoría no son libres, resulta natural que el alma destinada a la autonomía sufra mucho por no poder consumar un querer en común con la muchedumbre. Ese es el único mal que nuestro libre albedrío debe y tiene que destruir, y que sea su único bien la práctica de tan noble misión. Lo demás que el monstruo de la moralidad llama Bien y Mal; es decir, pecado y virtud, tiene que ser superado y olvidado para elevar tanto nuestra carne como nuestro espíritu.

«Has el bien y no mires a quien», dice la sabiduría; a lo que añado yo: «Has el mal y no mires a quien». Tu bondad debe ser inocente: espíritu henchido de belleza. Tu maldad también debe ser inocente: espíritu henchido de fealdad. ¿Hiciste un bien? Olvida que hiciste ese bien. ¿Lo mismo que hiciste un mal? También olvida que lo hiciste. Ese es el camino para recuperar la inocencia perdida y elevarse más allá de «la triste ciudadela».

¡Alabado el que, a pesar de haber sufrido todas las penas de la tierra, es bondadoso! ¡Alabado el que, a pesar de haber gozado todos los placeres del mundo, es malvado!

Quien debiera ser castigado por incurrir en grave delito contra la naturaleza, sea por asesinato, ultraje y violación de un supuesto orden natural o social, éste individuo corre menos peligro, en virtud de que, en efecto, sábese él mismo culpable y merecedor de una supuesta justicia, que en realidad es venganza. Al momento de ser castigado por el hombre o por la vida, el remordimiento y la culpa le hacen conocedor de su impunidad, estando muy claro para él que ha obrado de una manera que le ha llevado a provocar daño a otros, los cuales, enarbolando la bandera de la justicia, solo están dirigiendo hacia el condenado la vengativa sangre de sus heridas abiertas. No ocurre lo mismo con «el espíritu carnal», «el

libre pensador», quien, en la gran mayoría de los casos, impulsado por la pasión de su alma vuélvese un «rebelde», arremetiendo contra el orden establecido. Aunque nuestro amigo de ningún modo se sienta impulsado por razones impúdicas, de igual manera es juzgado por el rebaño, es satanizado y calumniado. Lo más peligroso ocurre cuando, por un azar del destino, aquel rebelde es golpeado por la vida a causa de una tragedia dolorosa o algún tipo de desgracia o calamidad; entonces el rebaño no se guarda nada al gritar: «¡Se lo merece! ¡Tiene que sufrir por haber desobedecido la voluntad de Dios!». Lo peor ocurre cuando nuestro «delincuente» llega a creerse efectivamente merecedor de esa justicia, y concluya por pensar que tal injuria es una especie de *karma* o castigo divino por haber ignorado los preceptos morales y religiosos de la sociedad.

Ahora bien, hermanos míos, provocar daño a otros que quizás lo merezcan, que nos hayan lastimado u ofendido de alguna manera, es una forma de «justicia poética», muy justificable, un tipo de maldad «con gracia», y podría decirse que hasta un mal muy necesario cuando aquel enemigo estorba en nuestro camino hacia la grandeza. Todo lo que impida crecer tiene que ser destruido… ¡tratándose aquella respuesta vengativa no de un acto moral, sino de un acto artístico, en virtud de la propia dignidad y la dignidad de lo que amamos! Los antiguos decían: «Ojo por ojo». ¡Eso está bien! ¡Siempre y cuando el daño sea personal! Cada quien que responda por la injuria de la cual ha sido víctima. Así dejaremos de aguardar por las autoridades, quienes, en favor de la paz, y para evitar el caos que puede causar un levantamiento social, justifican el autoritarismo judicial con la frase de pila: «¡No puedes hacer justicia por tu propia mano!». Gracias a esto ha sido creada esa cosa repugnante y devastadora llamada «cárcel», que en mi opinión es una repulsiva manera de evitar un colapso social, ¡y que no debería existir! En la época post-moderna cualquier pequeña rebeldía es considerada un delito. ¿Acaso vengarse es un delito que debe ser pagado con años de prisión? Aun cuando el individuo solo ha buscado la reivindicación de su dignidad, tomando la decisión de hacerlo por cuenta propia, cosa que es bastante honorable, ¡el orden social lo juzga y lo encierra tras crueles barrotes! Tal cuestión ha convertido al humano ser en una criatura atormentada por el miedo, pues, temeroso de ser condenado por la ley, se ha dejado domesticar y engatusar. No hay que confiar en los funcionarios judiciales, ni en la policía, ni en el ejército ni tampoco en el Estado. Cada sociedad, comunidad e individuo debe ser su propio juez y verdugo para quienes le

ultrajen y tiranicen. Esto significa libertad, y he aquí lo primordial: trátase de algo en efecto «malvado» provocar daño a quienes de ningún modo nos han hecho daño a nosotros. Abusar del poder para pisotear al que no puede defenderse, o a quienes piensen distinto, o por tratarse de diferente raza o etnia, tal cosa es propia de monstruos, y contra esos monstruos debe atacarse sin piedad. Hacer el mal solo porque sí, por pura diversión y morbo: no hay gracia en tal maldad. Incluso el mal debe obrar con estilo. A aquellos que trajeron la oscuridad a esta tierra, ¡que las tinieblas de ese mundo les devore!

Vosotros, seres profundos, si vais a cometer una maldad, aseguraros de que esa maldad sea demasiado grande. Las maldades pequeñas solo contaminan el mundo, lo mismo que las bondades pequeñas, y si me vais a ejecutar una pequeña bondad o una pequeña maldad, mejor no hagáis nada. Escuchadme: debéis ser puros incluso en vuestra perfidia. Si no os encontráis a la altura de vuestro lado oscuro siendo lo que sois ahora, indignos de soportar su acción, mantened ese lado oculto, reprimidlo, incubadlo en la profundidad de vuestro abismo interior. Llegará el momento en que seréis plausibles en su prodigio, si no en vuestra vida presente, donde sois puros e inocentes en vuestra bondad, entonces en vuestra *trascendencia* futura, donde seréis puros e inocentes e vuestra maldad.

4) Espíritu del Familiar: *el que quiere lo que «lleva su sangre»*.

Seguramente os habéis cansado de escuchar esta frase: «La familia es primero». Todos los individuos que de algún modo habían hecho méritos de encontrarse destinados a la superioridad, terminan su camino en este escalón; ya que la familia es un abismo, el más profundo y negro de todos los pozos, donde se hunden, despiadadamente, las ansias de la voluntad noble y apasionada.

Por naturaleza se nos ha impuesto una familia convencional, y arbitrariamente también se nos ha dicho que supone una obligación moral prodigar amor hacia ella honrando al padre, a la madre, al hermano y al hijo, porque «la sangre duele», «la sangre llama». ¡Pero la sangre no siente! Lo que «llama» y «duele» es el sentimentalismo que ha aniquilado en el espíritu familiar toda clase de pasión.

La familiaridad es un vínculo, donde las partes involucradas se poseen mutuamente. Por tanto no existe amor ahí, sino cariño, apego, costumbre: todo lo que hace del individuo un ser sentimental y enervado. Si bien es cierto que de los parientes herédanse varias características tanto

fisiológicas como espirituales, el alma no sabe de cuestiones hereditarias. Un charco puede engendrar un mar, o viceversa. Yo digo a todos los seres profundos que no os lamentéis si no podéis honrar o ser honrados en y por vuestra familia. Vosotros queréis «lo que lleva vuestra sangre», y lo que es de parental sanguíneo a vosotros no son esos «monstruos» con quienes compartís genes, sino aquellas otras almas, también grandes y bellas, que al igual como vosotros han escuchado y sentido el llamado de una pureza muy lejana.

Los hombres destinados a la grandeza postergan u olvidan su destino por dedicar una vida entera a sus hijos, olvidándose de sí mismos. ¡Qué tragedia!

Los hijos se hacen cargo de sus padres, en virtud de una obligación moral, lo cual puede justificarse en un alma pequeña y superficial, pero que se convierte en otra gran tragedia cuando el alma grande y ancha renuncia a su misión de vida por retribuir una supuesta y noble crianza.

Los hermanos sacrifican su dignidad el uno por el otro, y esto les hace ignorar que la auténtica «hermandad» no pertenece a la carne, sino al espíritu, por lo cual el hermano de sangre en realidad no es el hermano que deberíamos tener. ¡Qué lamentable!

El cónyuge guarda «fidelidad» durante toda una vida a un compañero «sentimental» que dice amar. Lamentablemente, el día que los dos «enamorados» sellaron su compromiso mediante nupcias, no hubo nadie ahí para gritarles que contrayendo matrimonio… ¡estaban matando su amor! El alma profunda no debe buscar compañeros sentimentales. El alma profunda debe buscar compañeros apasionados que le exciten a vivir sin cadenas ni ataduras. Una sirena para un mar… ¡o para muchos mares! Y un mar para una sirena… ¡o para muchas sirenas! Nada de renacuajos ahogándose en los mares ni sirenas ungiéndose con lodo cenagoso.

¡Cuánta miseria hay en esos matrimonios y concubinatos donde el varón exalta su mediocridad al pretender adueñarse de su mujer, y la mujer exalta su mediocridad al querer adueñarse de su marido, porque ambos no se sienten capaces de crear juntos verdadera belleza! ¡Un espíritu libre debe ser también una carne libre! El varón que posee *la Marca de la Bestia* tiene potestad para poseer a las mujeres que él guste, o a ninguna, si así lo prefiere; así como la mujer que ostenta la marca tiene el poder de hacerse con todos los varones que ella quiera, o con ninguno, si es su elección.

Ningún tipo de vínculo familiar debe ser un obstáculo para el alma grande. ¡Volveos sordos ante la batahola de los innombrables monstruos que nacieron de la cópula entre bichos que dejáronse encantar por falsas y diabólicas sirenas! Vosotros sois mucho, mucho más dignos. A pesar de encontraros siempre rodeados por miserables espectros, los atávicos deseos que se manifiestan cada milenio una vez más han renacido en vuestro ser. ¿Qué importa la familia? Solo son motas de polvo volando con el viento, ¡y vosotros sois granos de oro en un desierto dorado!

El sentido de una verdadera familia es brindar seguridad, no amor. El familiar, debido al parentesco que tiene con su pariente, es piadoso y compasivo con él, ¡pero el amor nada sabe de eso! El amante es despiadado y cruel con lo que ama en virtud de solo querer la belleza que ese objeto amado puede obsequiarle. Y algo así no puede encontrarse en una familia convencional, sino afuera, en el impiadoso mundo. El que quiera amar de verdad a su familia, debe alejarse de ella y dar el gran paso: elegir a su propia familia, su propia «hermandad», con la cual habrá de dar a luz cosas grandes y fastuosas, ¡para crecer!

5) Espíritu del Amante: *el que no quiere retribuciones*.

Quien adentro del Abismo observa no está preparado para lo que allí va a encontrar. El destino del alma estará profundamente ligado a cuán extensa sea su mirada y de qué manera se encuentre la perspectiva sobre el mundo: ojos de la vida, ojos de la muerte. El primer acontecimiento constituirá el terror que apoderaráse del Ser a causa del vértigo que produce el temor a lo desconocido. Querrá y no querrá. Podrá y no podrá. Conocer lo que hay adentro; pero ha mirado tanto tiempo hacia afuera, que al invertir los ojos y quedar éstos en blanco... ¡se horrorizará al ser testigo de la tribulación en su propio espíritu que está destrozado, sanguinolento, y cada fragmento ardiendo en fulgurantes llamas sintiendo a fuego vivo cada gota de dolor que a sí misma se consume! Luego, si nuestro hombre va bien encaminado, llenaráse de odio por sí mismo, y aborreciéndose de esta manera, también aborrecerá a todo el mundo que se convertirá en una representación de ese odio. El mundo le parecerá muy feo, fuliginoso y sañudo; la naturaleza humana será para él una vergüenza, y tal concepción del orbe infundirále el desesperado deseo de autodestruirse para no-ser más y volverse nada. Inmediatamente después, y si es lo bastante ciego como para no darse cuenta de lo que en realidad está sucediéndole, vetada su mirada tras un velo mortal, será lo suficientemente estúpido como para actuar con

valentía y autoaniquilarse, destruyendo así toda esperanza de una nueva luz que muy bien pudo haber iluminado ese mundo lleno de sombras. Pero si acontece lo contrario, si es tan inteligente como para temerle a las tinieblas, allá donde *el Miedo* deja de ser su verdugo para convertirse en su amigo, nuestro hombre profundo pasará la prueba y detendrá su autoexterminio, aunque, como todos sabemos: solo lo ha postergado, hasta el día en que no sean el odio y la tristeza quienes le lleven a sí mismo matarse: sino el amor y la felicidad.

De este presente ha logrado abrir la puerta que a su vez le abrirá camino al abismo del Ser. Durante un breve, aunque muy peligroso transcurso, los miembros del espíritu desolado comenzarán a reunirse. Para recrearse, el Gran Hombre se valdrá de «conjuros», dados a luz por sí mismo o por otros grandes hombres mientras afuera busca las llaves que le permitirán seguir abriendo todas las puertas, hasta llegar a donde quiere penetrar su mirada: el alma profunda.

Al descubrir el inefable precipicio que le habita, algo cambiará para siempre en el espíritu desolado que volveráse un espíritu totalmente nuevo y sustituto del antiguo espíritu que se fragmentó. Nuevo será este espíritu, y nuevos serán los demonios que le impulsan, siendo éstos ahora sus adeptos, sus discípulos, sus «apóstoles», y no sus verdugos. Empezará a darse cuenta no sin gran asombro de que la existencia llena está de símbolos y esfinges cuyo misterio solo parece desentrañarse al escudriñar en las escrituras que están grabadas en el libro sagrado de su alma. Cada acontecimiento, cada razón, cada sentido, desde algo tan fútil como el soplo del viento a través del Mediodía, hasta algo más sustancial como el estallido de «una guerra al otro lado del mundo», todo será para el nuevo y profundo ser una subjetividad de sus propios designios, de su «marca», de su inconmensurable existencia, tal como si tratárase de su propia alma quien moviera los hilos, y él, un mago y hechicero. Mirará hacia atrás, hacia el pasado, y todo lo acontecido no le parecerá un desperdicio, ni un sin sentido ni una causa de horror o vértigo, porque toda la existencia de las cosas le han llevado hasta ahí, y aunque el pasado se ha convertido en algo muy importante, paradójicamente, el pasado no tendrá más valor a juicio de una nostalgia que ha sido engullida por el olvido; de este modo no necesitará más recordar, y aun cuando quiera hacerlo, se le dificultará en sumo grado evocar viejas memorias. Mirará hacia adelante, hacia el futuro, sin ninguna clase de incertidumbre, pues lo que será ya es lo que él quiere que sea y va a ser, aniquilada también cualquier esperanza de un porvenir mejor, pues el presente ya se ha vuelto mejor. Esta maravilla

excitará el nacimiento de una poderosa sensación de plenitud y entereza, un anhelo de fastuosidad y trascendencia que embriagará al nuevo ser de una endemoniada pasión que en sí misma es «autosuficente», un «amor propio» tan grande, que absolutamente todo lo demás, cuya belleza no se equipare o supere a la belleza que percibe adentro de sí mismo, será motivo de náusea y hastío. ¡El espíritu del Amante solo ama lo que es grande y hermoso, lo que produce una estética impresión de excelencia y pasión exquisitas! ¿Qué le importan a él las miserias, los sentimentalismos, las prisiones y los mendigos? A su refinado gusto… ¡qué repugnante suena todo eso!

Amor quiere decir: «Búsqueda de la belleza». El buscador es un aventurero. Por tanto, el amor es una aventura y no una cárcel. El amante, sediento de aventura, antes de sujetar el timón para embarcarse en el gran océano de la belleza, debe cortar todas las cadenas y romper todos los barrotes que no le dejan ser libre; de lo contrario solo prodigará más miseria de que la quiere destruir. No importa cuánto tiempo le lleve realizar tan noble misión, solo tiene muy en claro que cuando no existan eslabones que le aten, ¡despilfarrará tanta belleza, tanto amor, tanta luz, tantas delicias y jugosidades que el mundo entero vibrará de éxtasis divino!

Y quien se encuentra tan lleno no quiere «servir» sino dar, y amará mucho más a los que sean despiadados consigo que a los que sean compasivos, y así como el cáustico odio que por sí mismo sintió fue tan grande y puro tanto para infundirle el continuo deseo de no-ser, igualmente lo será el amor que ahora le empuja diabólicamente hacia el Ser, hacia el Yo Soy, hacia el querer-ser por siempre y para siempre en la Eternidad de eternidades, sea en los cielos o en la tierra, sea en un interminable retorno o en una flecha de anhelo que nunca termina, pues al sentirse embriagado por todos los dulces vinos en su esencia, la no-razón, o el sentido, las metas u objetivos o lugares donde éstos se encuentren serán conceptos banales para una voluntad amorosa cuyo simple destino es ser una gran parte de un gran Todo…[130]

[130]Nietzsche decía que antes del amor al prójimo, el amor a las cosas lejanas es mucho más elevado. Yo reafirmo esta sentencia. Como veremos un poco más adelante, contrario a lo que se piensa, el amor solo consiste en «idealizar». El blanco de nuestra flecha amorosa son las características del objeto amado reunidas en una sola esencia, purificadas, libres de toda suciedad. Yo recomiendo amar la idea que se tiene sobre el objeto, y no al objeto en sí, porque el objeto es imperfecto. ¿No es acaso la idea del amor una creación y una proyección de nuestra propia perfección? Incluso debemos amar solo la idea que tenemos sobre nosotros mismos, esa «imagen» bella y perfecta que también es una proyección de la belleza externa. Las ideas cambian la realidad. ¡Ah, cómo amar las cosas feas! ¡Y no hay nada más feo que el prójimo! ¡Cuánta razón tenías Nietzsche!

6) Espíritu del Loco Divino: *el que lo quiere Todo*.

¡Agarraos, hermanos míos, pues aquí viene el Señor de la Tormenta! ¡Aquel que de sus cielos y nubes tiene el poder y espera gozarse de inviernos cuando llegue el diluvio, endiosado por las preciosísimas sirenas mientras les seduce a zambullirse en su mar para desentrañar sus perlas!

Durante tanto tiempo ha querido él sin tener, que ahora está dispuesto a tener sin querer, aún el dolor y lo más perverso del mundo, ¡pues muy lejos han quedado la luz y la oscuridad de tiempos remotos y olvidados!

La bestia, ¡quiere ser libre! Los tiburones, ¡tienen hambre y sed! ¿Tan profunda eres, inescrutable singularidad, que todas las cosas caben dentro de ti, que todas las cosas son y están en ti?

«Esta pasión que siento por un objeto único, desearía sentirla por todas las cosas que existen. Así me gozaría en la belleza del Todo, y esa totalidad del mundo: una delicia para mí».

¡Sois tan cruel, ser apasionado! ¡Cruel con tus familiares, con tus amigos, con tus amantes, contigo mismo! En lo único que piensas es en vivir, en vivirlo todo, aunque tengas miedo de todos los abismos. Pero el mundo son abismos, y tú: el Rey de los Abismos. No hay instante más abominable para ti que aquel cuando te sientes enervado y por dentro vacío, así como no existe instante más formidable que ese cuando sientes que dentro de ti están todas las cosas que siempre has querido, ¡tan cercanas como tan lejanas!, allí deseando tú que todos los aventureros del mundo vengan hacia ti para sacarlas, porque solo en ti y para ti son insoportables.

Sin embargo, hermanos míos, si queréis tener todas las cosas, debéis poseer brazos largos para poder sujetarlas debajo de ellos, ¡nunca por encima! Tampoco debéis cargar con cruces ni estar atados a carlancas, y encontraros en la disposición de soltar cualquier peso que llevéis debajo del brazo cuando llegue el momento de abrazar una belleza grande.

¿Qué es tenerlo todo? ¿Adueñarse del mundo? ¿Ser el Rey del Mundo? ¿Bañarse de oro y vestir con esmeraldas? ¿Copular con todas las sirenas que nadan en todos los mares? ¿Viajar a través de las estrellas, todos los mundos y todas las profundidades y superficies? Pero llegar a disfrutar de todas las cosas en una sola vida es empeño absurdo, y si existen más vidas, el olvido se las traga, por lo cual pereceréis, seres apasionados, en vuestra obstinación de convertiros en *Dios* para estar en

todas partes cuando en realidad no estáis en ninguna mientras no poseáis ese Todo que tanto anheláis. El que lo tiene todo, en efecto, es Dios: omnisciente, omnipotente y omnipresente… ¡Es su propio dios, porque al fin pudo encontrarse a sí mismo después de amarse como a lo más cercano! Y al encontrarse a sí mismo, ha encontrado también lo que más apartado de sí estaba: su flecha de anhelo.

Pues la vida no se fundamenta en otra cosa más que en los dos siguientes principios: en la eterna búsqueda de sí mismo, y en la eterna búsqueda de una belleza distante, que es también ese «sí mismo», pero proyectado en otro ser, en otra alma…

7) Espíritu del Amigo: *el que quiere a su «alma gemela»*.

Un escalón por encima de la locura y uno por debajo de quien locamente profundiza en los mares de quereres infinitos, es aquel individuo que dase cuenta, al querer poseerlo Todo, que adueñarse de la totalidad sería encontrar a su alma gemela, que ya es suya, y ella de él, aunque la infinidad no les permita «tocarse».

Amistad: así llamo yo al lazo irrompible que une a dos o más almas. Una parte de otra parte que se ha partido en dos o más mitades, lanzadas por el gigantesco azar hacia el infinito abismo de la existencia. Solo debería llamarse «amigo» al ser con quien se tenga una profunda conexión armónica y perfecta, que vaya desde el cuerpo hasta el alma, unidos por un solo corazón, una sola mente y un solo espíritu. De esta manera, el Ser, que desde su nacimiento y la progresión de su caída se ha sentido desolado, por fin ha encontrado aquella última llave que da vuelta al cerrojo y abre la puerta intramundana. Su vista se ha vuelto ahora «una mirada metafísica», capaz de ver desde lo más pequeño hasta lo más grande, lo más cercano y lo más lejano, con el juicio de sus propios ojos, siendo aquella otra parte de sí todo lo que había querido. Así que al fin ocurre eso que anhelaba: es dueño de Todo… la flecha ha dado en el blanco.

El alma percibe la Belleza en su par gemelo porque esa hermosura es proporcional a la que reside en ella misma, lo que le despoja de toda sensación de soledad: «No estoy solo en el mundo», dice, cuando le aflige el dolor: «Tengo un amigo, aunque su presencia no esté aquí conmigo». Y paradójicamente el espíritu del Amigo glorifica la soledad, en virtud de querer solo la compañía de aquella otra parte que ama, aún si ellos son los últimos seres del mundo, aún si ellos son las últimas cosas que existen, porque todo lo demás no importa mientras se pertenezcan mutuamente

para luego, juntos, dar luz a la Grandeza, y así, más allá de todos los tiempos trascender.

La desolación es una agonizante soledad y fragmentación del Ser. Cuando éste no ha encontrado todavía el camino que le llevará hacia lo más cercano y más lejano, nada tiene sentido para sí: su carne y espíritu están desolados. El amigo debe ser para el otro un lugar de descanso, tanto para la carne, llevados por la embriaguez de una pasión erótica; como para el corazón, donde poder calmar emocionales tormentas; tanto para la mente, donde poder verter abismales e insoportables pensamientos; así como para el espíritu, donde todos los demonios puedan emborracharse con miel o amargura para crear y destruir todas las cosas.

Pase lo que pase, hermanos, dos o más almas gemelas atraeránse con una potencia diabólica, manipulando todos los azares y posibilidades, consciente o subconscientemente, tanto más fuerte sople el viento y más profundos sean sus mares, hasta llegar a ese divino instante donde sus esencias por fin se «unan», después de lo cual no querrán separarse jamás. Pero el instante, es eso exactamente: un momento; luego el instante se habrá perdido. Por tal motivo la Consumación es el Fin de toda existencia grande o pequeña, y quienes rápido se consuman rápido deben marcharse, porque ya nada habrá más grande en sus vidas que la gloria de su consumación.

Por eso, mientras más lejos encuéntrese el verdadero amigo, más largo será el camino, ¡más grande será la Aventura, centauros!

Hay en la tierra tantos objetos que decimos amar, cuales queremos por cosa en sí; tantas personas que van y vienen como arena en la playa o lluvia en el desierto, pero nada puede compararse a nuestra alma gemela, ¡porque esa alma somos nosotros mismos, vistos a través del gran espejo del mundo! Ahora bien, todo espejo muestra la misma imagen que refleja, pero invertida, al revés. Mas la esencia del alma, por ser única y universal, nunca se invierte: permanece fiel y verdadera a sí misma por siempre. Os doy este sencillo ejemplo: si una tabla de madera se quiebra a la mitad en partes iguales, ya no será una, sino que serán dos, cada una con individualidad propia, pero que siguen siendo dos partes de una sola unidad que se completa cuando ambas vuelven a encajar allí donde estaban unidas, dando luz a algo superior e infinitamente más bello de lo que podrían ser separadas. Aunque son partes de una misma cosa, no son iguales, pues una encaja a la derecha y otra hacia la izquierda. Si fueran iguales, si apuntaran hacia la misma dirección, no podrían encajar para

volver a unirse, ya que, para que la unión entre almas gemelas pueda darse de una manera perfecta, dicha unión debe efectuarse entre individuos contrarios pero complementarios, es decir: entre varón y mujer. Desgraciadamente la verdadera amistad entre varón y mujer aún no puede darse, mientras ambos no se eleven tanto de carne como de espíritu para convertirse en *la Bestia*. Si se desea que algo tan maravilloso como la amistad entre mujer y varón florezca, debe aprender la mujer a ver a su amigo como si éste fuera otra mujer, y el varón ver a su amiga como si ésta fuera otro varón. ¿Por qué? Porque al varón no le importa que su «amigo varón» tenga «otros amigos», y a la mujer tampoco le afecta que su «amiga mujer» tenga «otras amigas»[131]. La *monogamia*, ¡he ahí el nombre del monstruo que ha destruido por completo a la esencia del amor, de la amistad y la sensualidad!

Digo yo, hermanos míos como apasionado que soy, de que no perdáis vuestro tiempo tratando de encajar donde no es vuestro lugar, donde todas las almas no son las piezas para entender el enigma. Quien aún no encuentre donde armarse, debe abrirse el camino para encontrarse a sí mismo, lo cual es el primer y gran paso que le ayudará a encontrar después ese divino par que se le ha extraviado entre los océanos. Buscad donde vuestro cuerpo encaje a la perfección, como la tabla de madera, donde vuestro corazón fluya y caiga como nieve, donde vuestra mente pueda dar imagen a sus pensamientos sin obstáculos igual a un cristalino río, y donde vuestro espíritu pueda prodigarse sin reservas. Todos deberíamos gozar de tan exquisito privilegio: el equilibrio perfecto entre una carne y un espíritu que se han elevado. Vuestras almas gemelas os atraerán, y cada vez con más intensidad: tal es la señal que debéis seguir. Por el contrario, quienes no estén hechos para vuestro destino serán como agua hirviendo que luego se vuelve vapor. La sangre no llama, sino el alma; porque el alma es la sangre, y allí circulan todas las cosas que fueron, son y están.

Así como el ególatra se elige a sí mismo porque sabe, también elige a su alma gemela porque también sabe. Recordad que saber… ¡es sentir!, y lo que es de vosotros y para vosotros eso lo sentiréis tan apasionadamente que toda la existencia os arrastrará hacia ello. El más grande de los tesoros se encuentra en la isla más lejana: «Lo que yo seré, mi alma gemela ya lo es».

---

[131] Debe el varón auténtico llegar a despertar su «feminidad» y la mujer auténtica su «masculinidad». Esto es lo que se conoce como un ser «andrógino».

8) Espíritu del Loco Romántico: *el que quiere o lo demasiado lejano, o lo imposible, o no sabe lo que quiere*.

Para lograr alcanzar la profundidad y elevación de cuan magno grado espiritual que deliciosamente desempolva el alma hasta dejar a simple vista la más clara y definitiva de las sentencias: «Una buena razón para vivir es al mismo tiempo una muy buena razón para morir», deben converger en un solo ser todos los sentimientos más contradictorios que puede llegar a experimentar persona alguna.

La locura espiritual, la más dulce y amarga de todas las locuras, surge de una muy, pero que muy profunda añoranza amorosa que el individuo en cuestión jamás llega a consumar ni ver su finalización: del que jamás encuentra a su alma gemela. Es un querer prolongado, una llama que a ratos arde con intensidad y otros va consumiéndose poco a poco a fuego lento, pero que nunca se apaga, si no es el propio Ser quien elije apagarla por cuenta propia, «porque ya no quiere sentir», o porque ha visto realizada ya la consumación de su anhelo y luego de tan formidable instante no hay razones para que la vela siga encendida.

Todo lo opuesto se mezcla y se confunde en el espíritu romántico. Éste quiere algo que de sí mismo está muy apartado en el espacio o en el tiempo. Una belleza grande y terrible. Una fealdad que supera todos los pequeños dolores… Nada le importa, y a su vez: todo es importante para él. Aquel desea poseer lo amado, pero al mismo tiempo no quiere poseerlo, para continuar amándole y seguir viéndole como una belleza superior. Hacerse con lo amado viene «con todo el paquete», con todas sus particularidades, que incluyen fealdades y miserias; pero el romántico solo quiere lo bello de quien ama, quiere su luz, esa «máscara» que oculta en sí todo lo que hay de nauseabundo en él; en virtud de ello prefiere idealizarlo, uniendo solo aquellas partes que su gusto considere bellas y apetitosas, y desechando todas las demás que puedan ensuciar dicha hermosura. Sin embargo, hermanos, poseer únicamente lo bueno, lo hermoso de quien se ama no es posible si esa unión se consuma en la realidad, porque no existe una belleza perfecta y toda hermosa luz también oculta una gran oscuridad. De ahí que el amor se termine cuando se posee lo amado, pues la enfermedad, la pobreza y la miseria son cosas feas, ¿y cómo amarlas? ¿Cómo aceptarlas? Por tal motivo el romántico quiere borrarlas para siempre de su mente, para él no existen.

Y si aun así el romántico no puede poseer lo amado sin despojarle de aquellas manchas, ¡entonces es mejor no poseerle, transformar aquel

ferviente deseo en un ferviente anhelo, en una sed que nunca se aplaca, la cual habrá de hacerle despreciar mucho más todo lo que sea carente de resplandor! El sentido de la vida ha vuéltose ahora una flecha de anhelo que le impulsa hacia aquella belleza superior. Todo lo que sufre, goza, aprende y sabe, todo gira en torno a ella, y cada pequeña belleza no es más que un fragmento de esa hermosura divina cuya posesión vendría a significar, para el romántico: el fin de todas las cosas.

«Amar sin tocar», quizás sea la única forma de amar, aunque la cópula sea una *desolación*, y el embrión resultante, una *abominación*; de quien al no poseer nunca lo amado considera todo lo demás cosa insignificante y sin valor, pues aquel, espíritu apasionado y romántico, no siente ya cariño ni apego por ninguna de las cosas cuya belleza sea inferior a la Belleza Suprema que él ama, y si no ha de poseerla en este mundo, entonces ha de «existir otro mundo» donde sí pueda hacerlo, por lo cual este mundo y esta vida ya no tienen sentido.

«Tres hombres», en toda la Historia, han llevado esta clase de espíritu hasta lo extremo: uno por amar una belleza celestial que le hizo despreciar la vida en esta tierra[132]; otro por amar la totalidad de esa tierra despreciando toda otra tierra posible[133]; y otro por amar otra tierra en esta misma tierra, que le hizo despreciar tanto un mundo terrenal como un mundo celestial[134]. Pero… ¿acaso se tiene que santificar lo lejano, lo imposible, lo borroso, y despreciar lo cercano, lo palpable, lo claro, para darle un verdadero sentido a la vida?

Yo os digo que hay que fijarse un propósito, un objetivo superior, y entender que no importa tanto la meta, sino el camino hacia ella. Siempre habrá tiempo para vivir un instante formidable, la clave para darse cuenta de ello es saber que ese tiempo no solo va ni solo viene, sino que va y viene junto a todas las cosas.

Debe despreciarse la miseria y buscarse su aniquilación para dejar libre camino a las cosas abundantes y hermosas: tal será la piedra angular de la nueva corriente de pensamiento que juntos crearemos en nuestro tiempo. Así el odio y la obscuridad se acabarán por fin, porque el odio y las sombras nacen de quien, sintiéndose miserable por dentro, desdeña a todo el mundo que es reflejo de esa miseria.

---

[132]Jesus de Nazareth.
[133] Friedrich Nietzsche.
[134] Adolf Hitler.

Crear belleza y grandeza, participar de ellas incansablemente mientras se embriaga al espíritu aún en los sueños, donde «reposo» y «descanso» se convierten en simples palabras que denotan «temporalidad»: esa es la razón del verdadero espíritu que ha sido marcado por el romanticismo.

Si teme agotarse la fuente de agua viva que hace manar el amor por lo lejano y grandioso haciéndose con lo inmediato y cotidiano, que no se prescinda de «tocar a la belleza», sino del tiempo al que se le dedique tocarla, teniendo también muy en claro que los fragmentos de hermosura, cuando se unen, arman el rompecabezas que resuelve el enigma de una belleza esencial y divina, que no está afuera del mundo, sino adentro de él.

¡Que el más grande de todos los males se convierta en el más grande de todos los bienes! ¿Aún no existe la belleza que nosotros amamos? ¡Entonces debemos crearla! Sigamos el consejo de aquel apasionado sabio, quien decía ser un no-romántico, pero que en realidad ha sido el más profundo de todos los hombres que han querido remotas lejanías. No esperemos a que esa belleza venga a nosotros, hay que buscarla, darle un sentido nuestro en este mundo donde rebosan las imágenes bellas; y cuando la hayamos encontrado, participar de ella con todo nuestro corazón, para enaltecerla y enaltecernos a nosotros mismos como ególatras que somos, escribiendo así para siempre en la eterna flecha del devenir.

Poder.

He allí el espíritu del romántico apasionado; sin embargo, para crear belleza primero debe crearse y participarse de la libertad, y quien quiera ser libre debe armarse del poder para lograrlo, o si no su querer hundiráse en las profundidades del Abismo como el de aquellos «tres románticos» que fracasaron en su anhelo de crear un Nuevo Mundo. El que quiere debe hacerse antes la pregunta de si lo que desea está de antemano en su «poder». Si lo está, muy bien, ¡manos a la obra! Si no lo está, entonces bien le valdría crearse primero la libertad para obtener ese poder que le permitirá alcanzar sus objetivos, porque si no, el «dolor romántico» tornaráse demasiado grande como para soportarlo. Solo quien tiene poder y libertad es capaz de hacer la diferencia e impulsar un nuevo cambio. Por eso, amigos míos, según la «voluntad de poder», os muestro los siguientes grados espirituales:

1) Espíritu del Esclavo: *el que no tiene poder sobre sí mismo, ni sobre los demás, ni es libre*.

Aquí abajo, el Ser está preso por tártaras cadenas: la monstruosa cárcel que al alma no permite surgir. Ni el espíritu sabe por sí mismo, ni la mente piensa por sí misma, ni el corazón siente ni el cuerpo es libre de abrir todas las puertas por culpa de la basura cósmica que con su terrible peso ahoga las fuerzas de romper los barrotes de tan lúgubre prisión.

«¡Yo soy tu verdugo!», grita la terrorífica abominación, despedazando al espíritu esclavizado, quien grita de dolor por cada miembro que le es sajado en vivo mientras se derrama su sangre.

Os digo: nada esclaviza más que los sentimientos y pasiones cuando éstos no son dominados. No se puede llegar a obtener poder y libertad de afuera hacia adentro.

Amor, Odio, Lujuria y el resto de los príncipes demoníacos que habitan el Abismo deben sumirse a la voluntad del dios interior para que la bestia álmica pueda cumplir su destino de alzarse desde el mar esencial. Cinco puertas abiertas: cinco orbes interconectados, no separados entre sí ni ajenos el uno del otro. Pero el espíritu del esclavo nada sabe de esto.

El cuerpo no puede marchar solo, ignorando las emociones, ideas y sentimientos, así como éstos no pueden ser nada sin el cuerpo. El espíritu sin la carne termina desolado. Lo mismo que la carne sin el espíritu.

Muchas son las cosas que tiranizan al individuo. Podemos resumirlas en dos principios: código y ley.

Código moral y ley moral son los nombres de la máxima expresión de esclavitud.

Bien cierto es que todo lo que hace daño debe ser destruido, todo lo que esclaviza también, porque nada hace más daño que la esclavitud. El esclavo, tan acostumbrado a su encarcelamiento encuéntrase, que la libertad le produce vértigo. No es esclavo quien jala los grilletes: lo es quien es jalado por los grilletes.

Aún el recluso que no puede correr libre a través de los campos, muy bien podría si antes busca la forma de dominarse a sí mismo. El que no es capaz de emprender ninguna lucha trátase de un vegetal o algo inferior. La planta que se halla en las sombras ha de buscar un pequeño agujero por donde introducirse para salir a la luz del sol. Entonces, el esclavo, es aun menos que una planta, pues no busca al sol sino que espera a que éste le llegue, acaso por miedo al fracaso o al escarnio público.

Mirar de afuera hacia adentro es hacer del *intramundo* un reflejo del *intermundo*. ¿Es el mundo quien nos da valor, o nosotros quienes damos valor al mundo? Para el espíritu del esclavo, lo que el mundo piensa de él es lo que él piensa de sí mismo; y lo que el mundo hace es lo que él debe hacer, cual piedra arrastrada por un río. En efecto: el río es fuerte y la piedra es débil.

Los códigos y leyes morales nacen de la voluntad corderil que gusta en obedecer los mandatos de una voluntad superior. Quien por dentro es cordero aparentando por fuera ser lobo no podría llegar a ser un león. Muy astuto es el individuo que se disfraza de oveja mientras aguarda el momento preciso para liberar a su espíritu canino. Éste es quien dispersa el rebaño.

En verdad: nada es prohibido si se mira con los ojos del cosmos. Un monstruo son las leyes del hombre que han enervado tanto a la carne como al espíritu enclaustrando a la bestia. Los pecados fueron creados para ser cometidos.

El mal nace de la persona a quien se le ha prohibido hacer lo que quiere, y aun así lo hace: de esta forma queda la acción contaminada por los monstruosos juicios del hombre, cuando en realidad tratábase de un

acto «inocente». ¿Acaso es obra del mal seguir los instintos naturales? Pero el esclavo déjase arrastrar: «Es un crimen», dice. ¿Un crimen contra quién? ¿No es acaso también un crimen negar la propia voluntad y no procurar lo que se desea?

Arrepentimiento, culpa y remordimiento… ¡qué peligrosos diablos son para el espíritu que quiere ser libre y no puede hacerlo! Otro tanto lo juegan la lealtad, la fidelidad, la educación, el tacto; virtudes sanas si nacen de adentro, pero muy sucias si han sido adoctrinadas desde afuera; se convierten así en una superficie, como la playa que con su belleza ha disfrazado el horror de un mar profundo.

Oíd: es esclavitud «ser una sola carne» y «un solo espíritu» cuando se quiere «ser muchos». El amor se prodiga a uno solo en el momento, luego para amar a otros debe dejar de amarse al primero, lo cual no significa que no se le pueda volver a amar; pero el espíritu del esclavo se empeña en aferrarse a una sola carne y a un solo espíritu volviéndose un esclavo de su amor.

Despojarse de los recuerdos y de los sentimientos, dejando solo espacio a virtudes apasionadas que no aman por querer adueñarse sino por querer saber… ¿sería esto una violación al orden?

Quedar bien, estar bien, consigo mismo antes que con los demás, tal es la doctrina del que es poderoso y libre. El esclavo prefiere quedar bien con los otros antes que con su propia dignidad.

De cierto os digo que todos quieren robar y matar, pero nadie quiere que disminuyan los eslabones de su cadena. Una cadena larga es mejor que una cadena corta.

Cuando se roba o se mata, queda más dañado el victimario que la víctima. ¡Por eso yo no robo ni mato! ¡Pues no quiero que las tóxicas leyes del hombre me condenen a una miserable existencia bajo crueles barrotes, férreas puertas e inescrupulosos inquilinos! ¿Soy un esclavo de la moral, aún tildándomelas de ético? ¡Perdonadme! ¡Pero temo a las prisiones? ¿Y quién no?

Quien se ame profundamente que se robe o se mate a sí mismo. No hay condena para el que se autodestruye. Pero el esclavo ni siquiera es capaz de tomar el cuchillo ni mucho menos de clavarlo en su propio corazón. ¿Cómo robarse o matarse a sí mismo? Hay que robarse el privilegio de seguir viviendo cuando toda alternativa es inaceptable: evitarse un dolor muy grande, antes; o haberse procurado un placer muy grande, después. No hacerlo porque se está, sino porque se estuvo o estará. El suicidio es el acto del individuo que de una vez por todas ha

apartádose del presente: «Voy a sufrir demasiado, ¿por qué vivir para vivirlo?». «He sido muy feliz, ¿por qué vivir para recordar sin vivirlo?».

Creer -> Querer -> Poder -> Deber -> Adentro -> Afuera. ¡Toda fórmula distinta o contraria constituye un espíritu de esclavitud! El deber no debe estar antes que el creer ni antes que el querer, porque así entonces no creemos lo que queremos, ni queremos lo que creemos, sino lo que debemos, y entonces nuestra «voluntad de poder» se convierte en una voluntad de ley y obligación.

¿Queréis ser libres? Empoderaros primero desde adentro para tener dominio sobre todos los espíritus del desierto, ¡y haced lo que querías! Siempre y cuando vuestro querer sea verdadero y no un falso querer disfrazado de malicia y deseo que ponga en peligro vuestra sagrada libertad. ¿Os estoy aconsejando hacer el bien o el mal? No.

No os aferréis, ni encariñéis, ni apeguéis física o sentimentalmente a las cosas ni a las personas, pues ellos no siempre estarán con vosotros. Tampoco me tengáis la pretensión de volveros dueños absolutos de lo que amáis ni permitáis que quienes os aman quieran hacerse dueños de vosotros. Decidme, ¿vosotros amáis el Sol? Mas el Sol da luz y calor a todo. Igual premisa puede afirmarse del varón y la mujer que quieren gozar de todas las carnes y de todos los espíritus, y no del varón que entrega su espíritu y su carne a una sola mujer por amor comprado a ésta, ni de la mujer cuyo amor es comprado por el varón. ¡Ay, cómo deliciosamente disfrutarían de la vida si no se dejaran arrastrar como alimañas por códigos absurdos de fidelidad marital!

No es el peor de los infiernos aquel que no tiene salida. Lo es aquel del que no se puede salir, aunque las puertas estén abiertas de par en par. El condenado antes debería cerciorarse si sus piernas y muñecas no están sujetas a un destino que no es el suyo.

2) Espíritu del Gladiador: *el que tiene poder sobre sí mismo, pero no tiene poder sobre los demás, ni es libre*.

La mirada se ha invertido y el observador se ha quedado ciego. Todo lo que ve son las tinieblas de sí mismo. ¿Podrá sobrevivir a tientas en la oscuridad? ¡Tan largo tiempo con la mirada hacia el Sol en un mundo de supuesta y radiante luz que ahora en las *fortalezas* son incluso más negras las sombras! Mientras afuera no dejan de girar las agujas del reloj en la gran clepsidra del Universo, en lo profundo del Abismo el péndulo no marca nada pues allí es eterna la medianoche. Pero una vez el ciego caminante se embarca valientemente en las sombras de su ser, el

reloj comienza a dar. Luego el mar empieza a agitarse con violencia sumergido en la más grande de todas las tormentas mientras bestiales criaturas emergen cual peces diabólicos.

Muy bien… ¡quien quiera triunfar sobre el mundo primero debe triunfar sobre su propio mundo! Para ir a la guerra hay que marchar en armas. Las más poderosas se encuentran adentro del Ser: armas con las cuales crear o destruir.

En los abismos hay cinco puertas que están cerradas. Como no están abiertas no se ve luz sino oscuridad, pues una luz atrapada no brilla hasta ser liberada. Por tanto los ojos que durante mucho tiempo han acostumbrado su retina al resplandor del mundo exterior quedaránse ciegos cuando volteen la vista hacia las tinieblas del intramundo. El vértigo será tan monstruoso que, o le hará caer inmediatamente desde la montaña, sin lograr disipar las sombras, o por el contrario constituirá esa misma náusea quien le seducirá a buscar las cinco llaves que abren las cinco puertas del destino. Para esto es preciso el espíritu del Gladiador. Un esclavo no sobreviviría a tan colosal empresa porque en sí está oculta a los ojos de un mundo que duerme en una prisión de sueños.

«La vida es una lucha», dicen los demasiados; pero el gladiador no vive para luchar… ¡lucha para vivir! ¡Para poder vivir! El que vive de sus luchas no tiene poder sobre ellas. Acaso sería lo contrario. De modo que «sobrevivir» no es existir por debajo de la vida, es sobreponerse a ella en cada minuto de existencia a pesar de todos los dolores. ¡Alabados sean los sobrevivientes!

Quien se mueve porque quiere es poderoso. Si está por encima del hielo o el ardor de su corazón tiene potestad. Si su mente es platina espada de un solo filo que hiere hacia adelante, suyos serán el trono o el mundo abierto. Si trátase el espíritu desolado de un desierto con dunas y médanos henchidas y empinadas, cuando tenga hambre y sed, comerá y beberá de sus manantiales oasis.

Se lucha por un propósito. Sean vuestras motivaciones dulces ventiscas que soplan en silencio. Vosotros vais con el viento. Ya estáis en el viento. El viento no os espera ni vosotros lo esperáis: ambos marcháis juntos porque sois uno solo.

El espíritu encarcelado es esclavo de su querer porque el viento le lleva o no le deja ir. El gladiador quiere auténticamente por sí mismo ser libre. Por tanto es él quien trae los vientos, siendo éstos nada más que el primer soplo de su libertad.

Solo llega a ser libre el individuo que, al igual que los vientos, tiene el poder de moverse por los cuatro puntos terrestres sin cadenas que le sujeten a ningún lugar. ¿Sois el soplo de un viento, gladiadores, o el viento es vuestro soplo?

Pero tendréis que enfrentaros a otros gladiadores si vuestro objetivo es llegar a la cima. Mas no os asustéis, hermanos, si veis derramada vuestra sangre: el alma fluye como un río cuando escarlata brilla el rojo igual a crepusculares rubíes. La herida abierta nos abre camino hacia el interior de lo que somos, desnudando el alma, que gracias al sacrosanto dolor ahora grita de pasión, por vivir y para morir, ¡pues aun muriendo se vive!

Doloroso es el camino hacia la libertad. Un alto precio exige el liberarse de todas las cosas que oprimen.

¿Para qué tener poder sobre sí mismo?

Unos para tener luego poder sobre otros.

Unos para ser libres en el placer y en el dolor sin perderse de sí mismos.

Unos para tener poder sobre otros sin renunciar a su libertad ni despojarse de su autonomía.

El acto y sus consecuencias dependerán de cuál sea la motivación que infunda el hábito de luchar, y la clase de poder que surja de ello estará ligada estrechamente al querer de cada individuo. Los hay quienes desean mandar y quienes desean ser mandados. Una vez sentenció aquel hombre sabio: «Se le da órdenes a quien no sabe obedecerse a sí mismo»; pero acaso el que manda, el que ordena, tampoco sabe mandarse, ni mucho menos obedecerse, y en el mandar encuentra una manera de hacer lo que no puede por cuenta propia. En efecto, el que manda tiene poder sobre el que obedece, pero a su vez éste tiene poder sobre el que manda, en virtud de que hace lo que el primero no puede. Ninguno de los dos es libre porque el que manda es esclavo de sus vasallos, sin los cuales no podría hacer nada, y el que obedece también es esclavo al no tener potestad de hacer lo quiere por su propia voluntad.

Mejor guardaos de la seductora belleza que irradian todos los sitiales. El que ha luchado y sido herido en combate para tener libertad y luego se entroniza o es entronizado, mancha de sangre ese trono. Es preferible seguir caminando y sanar las heridas en el camino que sentarse sobre la propia sangre y desde la silla ensangrentada «mandar» mientras el alma se seca. El olor pútrido de sangre vieja volverá al espíritu viejo y pútrido, e impregnado su olfativo sentido de un aroma sangriento, el

monarca creerá que el resto de las cosas también huelen así, por lo cual las odiará, ¡y entonces la sangre que corre por sus venas convertiráse en maldito veneno!

El espíritu del Gladiador debe seguir andando aunque le sangre el alma, sin buscar un trono dorado donde consumarse, sino sillas de madera en la cuales reposar un rato para aliviar su fatiga. Luego deberá continuar con su camino, hasta hacerse con aquella libertad que tanto anhela, y aun así, todavía en libertad, seguir, y seguir y seguir caminando hasta que un buen día muera de tanto caminar y sangrar: muera libre.

Ser monarca, ser lobo, ser león, ser dragón: todo ello depende del espíritu que lucha, que pelea por sí mismo. Nadie lucha por los demás a no ser que las victorias ajenas signifiquen la propia victoria, a no ser que morir por otros constituya una forma de liberarse para siempre mientras se deja tras de sí un eterno sello. A fin de cuentas, hermanos, lo que todo el mundo busca es sentirse lleno, sentirse completo, satisfecho y sobrado en plenitud. Unos buscan pozos donde lanzarse y otros buscan quienes se lancen en sus pozos. ¿Nadar en fango, o en agua límpida? Cada cual que luche por aquello que desea.

3) Espíritu del Monarca: *el que tiene poder sobre sí mismo, sobre los demás, pero no es libre*.

Quien no es libre y vive en una prisión simplifica todo su querer en que los demás tampoco sean libres y vivan en prisión. La efigie de la libertad es el pérfido engaño con el cual seduce al mundo.

Un rey, un emperador, un patriarca, un presidente; todos tienen algo en común: quieren gobernar, no mandar. Ellos gobiernan a los que mandan.

El monarca debe tener poder, al menos sobre sí mismo, o no sería capaz de ejercer su gobierno. También tiene poder sobre otros, como es obvio, porque él dirige y los gobernados se dejan dirigir; pero no es libre, porque el gobernante solo puede dirigir desde una posición de esclavitud, desde su «trono», siendo éste la médula espinal de todo un sistema que se derrumbaría si el monarca se «mueve» de ahí.[135]

Esta clase de espíritu no podría ser libre, aunque deseara serlo: en torno suyo están las serpientes para envenenarle hasta morir. Cadenas y

[135]«Una cosa es mandar y otra es gobernar. Me gustan los que mandan. Me repugnan los que gobiernan. Yo quiero ser mandado, ¡no gobernado!».

grilletes le eternizan al solio, y quien día tras noche se encuentra sitiado por culebras tiene que volverse una para poder sobrevivir.

En una ocasión os dije que las serpientes son astutas: pues ellas son quienes mandan a los que ya gobiernan. El monarca, con cierto ademán atractivo, se desliza para llegar hasta el trono, mientras los guardianes, seducidos por tan sinuosos movimientos, le ayudan a subir. En efecto, una serpiente no posee pies ni manos… ¡ella se arrastra!, y una vez llegado a la cima nuestro reptiliano personaje tiene que vestirse de falso león para que el mundo piense que le está liberando, cuando en realidad le está tiranizando.

El gobernante dicta. El gobernado copia lo dictado, dándole «forma» e «imagen». Para los dos eso es «creación» y «progreso». No se dan cuenta de que están siendo parte de un círculo vicioso del cual ambos no pueden escapar, porque los círculos son eternos; al menos que alguien quiera «romper la rueda», pero como bien sabéis todos aquellos quienes dicen querer romper esa rueda han sido tomados por monstruos.[136]

El monarca renuncia a su libertad, e intoxicado con su propia sangre que poco a poco se le va secando mientras se sienta en el trono, dispara el alma envenenada contra sus enemigos o contra quienes dice proteger y gobernar.

Pero el más astuto de los monarcas es el glorioso emperador romano que se toma una copa de vino mientras mira como los gladiadores se despedazan unos a otros en la arena. Tal monarquía es la única que debéis practicar, si vuestro objetivo es encadenaros a un trono de por vida. ¡Gloria al *César*!

Todos los gobernantes esperan que su gobierno sea el más grande de todos, que sea el único gobierno para todos: de aquí nacen la guerra, la esclavitud y la tiranía. Los de «abajo» son gobernados por el miedo que les infunde el que está «arriba», y el que está arriba es a su vez gobernado por el incipiente temor a que los de abajo puedan ser libres, pues no hay nada más peligroso para un monarca… ¡que su pueblo sea libre!

El que ama la libertad no quiere gobernar ni ser gobernado. Caso contrario es el que tiembla cuando las cadenas se rompen y los grilletes se abren: este es el comienzo y el fin del orden preestablecido. He aquí la paradoja de la libertad: para que exista libertad debe existir previamente esclavitud. Un hombre no querría ser libre si antes no ha sido un esclavo. Sería un esclavo sin saberlo, o libre sin saberlo… ¡por eso la ignorancia del

[136] «Romper la rueda», esta es la frase que utiliza Daenerys Targaryen para referirse a la conquista del mundo, en la serie de televisión «Juego de Tronos».

pueblo, para el monarca, es su carta de triunfo! De suerte que el arma más poderosa del monarca no es el terror, sino sumergir al pueblo en la ilusión de una libertad que no existe.

¡Pero los monarcas, los gladiadores y los esclavos son necesarios! ¡Ellos son la fuente y el impulso del espíritu que vuela!

Vosotros espíritus libres solo debéis ayudar a ser libres a quienes quieran ser libres. Debéis ayudarlos a que se ayuden. Si vuestro objetivo es que vuestro hermano mueva la mano o el pie, no los mováis en su lugar, mejor decidle: «¡Mueve la mano y el pie por ti mismo y para ti mismo!». «Por sí mismo» en virtud de que aprenda a ser autosuficiente, sin requerir ser gobernado, y «para sí mismo» en pos de que su acción le afecte a él y solo a él, haciendo que el mandato y su posterior obediencia o desobediencia no disperse al mandatario ni le diluya de lo que es. Os daréis cuenta de que el espíritu monarcal deja de tener sentido cuando el gobierno ya no tiene potestad sobre el pueblo. El monarca se valdrá de cualquier artimaña para evitar que esto ocurra, pues dejar el trono vendría a constituir su sentencia de muerte.

Si queréis ser libres olvidaos de vuestra sed de poder sobre otros y enfocaos en el poder que seáis capaz de conseguir sobre vuestra individualidad.

4) Espíritu del Lobo: *el que no tiene poder sobre los demás, pero es libre y tiene poder sobre sí mismo.*

Hay dos clases de lobos: el que marcha solo y el que marcha junto a la manada. Por qué uno hace esto y el otro aquello: ahí está el secreto de la verdadera libertad.

Si se marcha acompañado por miedo a la soledad se es un esclavo de la muchedumbre. Si se marcha solo por miedo a la compañía se es un esclavo de la soledad. La manada es para protegerse y no para olvidarse. La soledad es para encontrarse y no para extraviarse.

Tanto la soledad como la compañía seducen en gran medida. El espíritu de la sabiduría sabrá a cuál de ellas dirigirse cuando mejor le convenga.

De cierto os digo que una vez conocí a un lobo, el cual creía que su destino era marchar junto a una manada. Luego creyó que su destino era marchar solitario durante toda su vida, soportando las tormentas de la fría pradera. Mas su agudeza canina ha punzado en la delicadeza de su voz interior, la cual le ha dicho: «No es tu lugar la soledad ni la compañía, sino buscar una manada donde tus hermanos lobos tampoco quieran

marchar solos ni acompañados». Siete años después, hermanos míos, aquel lobo os está escribiendo estas palabras. No lo estaría, si nuestro amigo de hielo pelaje hubiérase dejado intimidar por los gritos del rebaño, que le llamaban a unirse, que le llamaban a devorarle para luego ser condenado. Hoy las ovejas en masa le miran con decepción pensando que aquel está desperdiciando su inteligencia, pero él dice: «¡Yo soy el que Soy!».

Muy entendido os aseguro que el rebaño está esperando a que el lobo solitario se robe o devore una sola oveja para lanzarse sobre él y despedazarle, pues, como siempre… ¡el lobo es violento y la oveja es mansa!

Oíd: el espíritu del Lobo come si tiene hambre, bebe si tiene sed, fornica si tiene deseo, ríe si se divierte, grita si siente enojo, llora si le agobia la tristeza, habla si quiere ser escuchado, y calla si quiere que al mundo se lo trague el silencio.

Pero la libertad también implica peligro. El espíritu carnal debe aprender a protegerse de todo lo que pretenda arruinar su libertad. Por eso *la Bestia* no es bestia por ser bruta alimaña, es bestia porque la esencia de su libertad es «bestial». Tener libre albedrío no significa tirarse al río y dejar que éste le arrastre sino entrar en el afluente cuando se quiera y salir de él también cuando mejor se guste. El lobo grupal va con la manada por voluntad y no por necesidad. Igual el lobo solitario.

¿Por qué el lobo aúlla bajo la luz de la luna? Porque la está llamando: esa es su manera de buscarla; y el que busca lo hace porque anhela o desea, ya sea por odio o por amor. Solo en una noche, en el plenilunio, el lobo ermitaño y su diosa platina son uno solo a través del hielo crepuscular. Luego el apasionado amante ha de perder a su amada para volver a buscarla.

Así que el lobo busca, no espera. Él busca, no añora. En los bosques, montañas y praderas corre libre, buscando sin cesar tanto su dolor como su placer. Os digo que no existe dolor más placentero al que se ha sufrido por voluntad propia, ni existe placer más doloroso al que tiraniza sin poder ser gozado libremente. El lobo hace que tanto el dolor como el placer se suman a su voluntad en bandeja de plata. En efecto: un plateado bruñido es lo que más adora el espíritu canino.

Autonomía y libertad: solo estas dos cosas son suficientes para vivir con plenitud. Libre para vivir así como libre para morir: acaso la muerte debe también convertirse en una flecha de anhelo.

Todo el mundo dice: «¡Hazte cargo de tu vida!», pero muy pocos se atreven a decir: «¡Hazte cargo de tu muerte!».

Hacerse cargo de la propia muerte es tomar conciencia del profundo valor que tiene la vida, y hacerlo ya a una temprana edad abre la mente y ensancha el espíritu dando cuenta del infinito número de posibilidades que existen en el Universo.

Desde hace tiempo siempre me pregunto: Si bien podemos morir cuando queramos, ¿por qué seguimos vivos? Entonces una voz sinuosa responde: «Por eso mismo: porque podemos morir cuando queramos». ¡Bienaventurado sea el joven lobo que se ha dado cuenta de esto! La mejor forma de liberarse de las cadenas que no nos dejan vivir es liberándose primero de las cadenas que no nos dejan morir.

Los berrinches del rebaño no afectan al lobo en lo más mínimo. Las ovejas quieren domesticar al romántico lobezno para convertirle en un perro fiel y educado.

«¡Ven aquí, lindo perrito!», exclaman, con adulaciones y melosidades, pero la bestia responde gruñendo, ladrando y aullando, y si los hipócritas se le acercan demasiado… ¡ha de morderles!

El sabueso domesticado se vuelve peligroso y salvaje si le sujetan con cadenas. El lobo es salvaje por naturaleza, y vuélvese peligroso si se siente amenazado. Como así es dueño de su libertad, no atacará si dicha libertad no se encuentra en peligro.

También el lobo astuto se disfraza de cordero en virtud de lograr atravesar el rebaño y pasar al otro lado con su libertad intacta, de lo contrario sería devorado por las ovejas hambrientas de carne y sedientas de sangre. El auténtico cordero tuvo miedo de ser lobo, y por eso le inmolaron.

A donde quiera que vaya el espíritu carnal debe convertirse en amo y señor de la tierra que le cobija. Su prioridad es asegurarse si el lugar al cual se dirige le proporcionará la libertad que goza o anhela gozar. Tened en cuenta que por ningún motivo debe trocarse un pequeño campo abierto por una cárcel de amplia jaula.

El fruto que pronto madura pronto se pudre. El lobo joven tiene cabellos blancos porque no se apresura en su juventud, de suerte que el espíritu del Lobo es también un niño eterno: diamante plateado que destella fulgores de inocencia.

«Hay tiempo para todo, y sin embargo todos los tiempos están aquí: entre mis dientes». Afirma rotundamente. De tal forma desgarra, muele y tritura todas las cosas en su boca porque en ella están, tragando

así el alimento que le nutrirá y escupiendo luego los desperdicios. Un perro domesticado es quien lo traga todo o lo escupe todo.

¡Evocad! ¡El glorioso instante donde se goza de la verdadera libertad!

«Es de medianoche. La luna brilla platina y redonda en medio de fulgurantes estrellas, tan solitarias como acompañadas las unas de las otras. Desde y a través de los sueños, aquel varón que trae *la Marca de la Bestia* quiere despertar a su bestia interior. Ábrensele los ojos apesadumbrados por la somnolencia, cuando entonces aquella dualidad entre carne y espíritu le impugnan o impulsan a salir a la fría noche o a seguir reposando bajo tibias y rebañeras sábanas. Durante seiscientos dieciséis instantes divaga en la idea de burlar todo precepto moral que le encadena a continuar durmiendo como lo haría el hombre de sociedad, temiendo ser creído loco si a través de las sombras de la noche aquella piel de macho cabrío le vuelve uno con la diosa natura para juntos adorar aquella divina musa que llora sangre cuando el mundo se interpone entre ella y su soleado amor. De tales sangrientas gotas que impregnan la helada piel de una tierra que ahora duerme, queda dibujada aquella marca, y es entonces cuando el espíritu del Lobo comienza a aullar, no de tristeza, sino de alegría, porque al fin, y en una sola noche que se repite cada cuatro tiempos, dos tiempos y un último tiempo, es suya la luna, nada más que suya, roja y apasionada y ebria de lascivia, muy lejos todo sol y toda noche soleada, cuando el cielo mana sangre y abajo los marcados beben de ella como a través de un sangriento lago convertidos en brujas y hechiceros que desnudos bailan rindiendo culto *in eclipsum*, mientras profieren *el más grande de todos los conjuros*: aquel signo de que por fin han logrado escuchar el auténtico llamado».

5) Espíritu del León: *el que tiene poder sobre sí mismo, sobre los demás y también es libre*.

El escalón más alto se encuentra donde el aullido del plateado lobo se convierte en el rugido de un blanco y glorioso león. El aullido expresa un anhelo. El rugido un mandato.

El espíritu del León es quien manda desde una posición de libertad: cuándo, dónde y cómo quiera. Solo el que es verdaderamente libre anhela que también séalo el resto. Fiel y Verdadero ha de ser aquel que ruge desde el pozo.

A diferencia del monarca, el león quiere que todos rujan junto a él, porque el león es un artista. Un solo rugido acaba por volverse dogmático, autoritario, megalómano, y tarde o temprano genera discordia entre los que aman la libertad trayendo como consecuencia guerra, muerte y destrucción. Por ello, quien es Fiel y Verdadero, quien es dueño de su propio simbolismo y ha descendido al Reino de los Abismos para descubrir la Verdad en sí mismo, desde aquel abismo lanza su poderoso rugido: «¡Rugid todos vosotros también! ¡Encontrad vuestra propia verdad y mandad a los otros a que también lo hagan!». Así, el león, mandando y siendo obedecido, tiene poder sobre los demás, pero un poder auténtico y soberano, pues aquel es tanto poderoso en sí mismo como libre para mandar y mandarse. No está obligado a mandar: él quiere hacerlo, en virtud de una potestad que se dio por cuenta propia y que no le fue ungida por ninguna clase de autoridad superior.

El león es un espíritu de artista, creador de su propio mundo, y un espíritu de amante, de loco divino, de amigo y de loco romántico, por querer todo lo que de sí mismo sea una extensión a través de las formas que dan luz a la belleza en virtud de su apasionado ser.

Oíd: el verdadero mandato es el que libera de las cadenas tanto al que habla como al que escucha: ninguno espera a por el otro ni tampoco deja de ser libre, aunque el dictamen resulte en desobediencia. ¡He aquí el hecho de que, quien desobedece, es el que piensa por sí mismo! ¿No es este acaso el más grandioso de los mandatos: «Sed vosotros mismos»? Quien oye tal conjuro obedece y desobedece al mismo tiempo. No escucha el rugido de otro león, sino que oye únicamente el que emerge de sus entrañas, pues un león no puede rugir él solo sin dejar de ser león. No se libera a los demás para luego tiranizarles: se les libera para que hablen, escuchen, vean, sientan y piensen por sí mismos, o de lo contrario el sentido de la palabra «libertad» perdería todo su encanto. De cierto os digo que el auténtico león no quiere ser obedecido, tampoco quiere mirar desde un trono a centenares de fieles que se postran a sus pies para adorarle como a una divinidad, ni siquiera como a un rey. Tal cosa hiere a su orgullo y le avergüenza en alto grado.

Sabed de antemano que vuestra ética debe llevaros a respetar el libre albedrío de cada espíritu que vuela. No obligaréis jamás a nadie a hacer algo que no quiere, ni tampoco habréis de permitir que alguien os obligue a hacer algo que no queréis. Todo lo que lleve de etiqueta la palabra «obligación» debe haceros querer vomitar.

Si vuestro objetivo es elevaros, amigos míos, no olvidéis que un león luce abundante melena. El cabello es en sí una parte del cuerpo, lo mismo que las uñas, y por eso, cuando lo cortamos, nos cortamos a nosotros mismos. El individuo que aspire a convertirse en un ser completo, cuadrado del cuerpo hasta el alma, no debe cortarse el cabello, y si lo hace es con miras a dejarlo crecer aún más en virtud de su proporción y estilo. El cabello son las alas del espíritu, por eso en los ejércitos se le corta el cabello a los soldados para que sus espíritus no puedan volar libremente. Cada hebra de vuestra gloriosa y leonina cabellera emana cuantiosa y poderosa energía espiritual; mientras más largo y abundante lo tengáis, más fuerza de espíritu tendréis, y si lo cortáis u os lo cortan, perderéis dicha fuerza: de ahí el Mito de Sansón.

Muchos piensan que el mundo es una gran selva y quien salga vencedor en la profundidad de los árboles y las enredaderas será el rey que en ella gobernará. Pero el león no se vuelve rey de lo que ya está, sino que crea el mundo donde quiere reinar. El Nuevo Mundo está siempre adentro de sí, y por eso desde todos los rincones el león puede rugir. No necesita murallas, ni cortes, ni ejércitos: con palabras y hechos divinizados con arte la nobleza y pasión de su alma logra construir o destruir lo que mil monarcas no pueden, lo que mil tropas no pueden.

¡Nada como ser libre para hacer nada o para hacerlo todo! En el mundo hay mil ilusiones y mil realidades queriendo devorarnos. Mas el hombre superior crea su propia ilusión y su propia realidad. El que duerme no es distinto del que está despierto. Ambos son igual de reales e ilusorios. Un león que duerme está despierto, aunque sus ronquidos se traguen sus rugidos; solo bastare una palabra, una melodía, una imagen, un hecho, un conjuro y… ¡milagro! El que antes dormía se ha despertado y el que antes vigilaba se ha quedado dormido. ¿Quién es más o menos real?

Cuando nos encontramos muy lejos de lo que amamos le añoramos tanto, pero al estar a su lado… ¿negamos su presencia? Una prueba de que amamos a los fantasmas porque les hemos creado a imagen y semejanza de nuestro amor. En el instante que ese fantasma se vuelve de carne y hueso dejámosle de amar, porque esa carne y esos huesos no han sido creados por nosotros. El conocimiento y la sabiduría no son tan bellos cuando se tienen, sino cuando se buscan, sin cesar, y al momento de poseerles se les niegan.

¡Qué astuto fue aquel león que astutamente supo decir: «Yo solo sé que no sé nada»! Tomaba un conocimiento, jugaba y divertíase

amorosamente con él hasta el cansancio, y luego le escupía lejos fuera de sí, olvidándolo, para abrir espacio a nuevos conocimientos y saberes, ¡lo cual no quería decir que ese antiguo saber no regresara cuando su inteligencia mejor lo requiriera!

Menos astuto fue otro león que quiso ser y saber mucho del mundo. Por ser y saber mucho del mundo muy pronto se fatigó de él. Rugió demasiado, quizás el león que más poderosamente ha rugido, pero no alimentó sus entrañas para seguir rugiendo, pues creyó que su alimento caeríale por arte de magia desde las estrellas, y así volvióse flaco y desvaído, se le adhirió la piel a los huesos, hasta que murió de hambre porque llegó a creer que había ingerido el fruto de la vida eterna y por tanto no necesitaba más alimentarse. ¡Fue muy valiente, y, por lo tanto, muy estúpido!

Ser del mundo y saber mucho del mundo produce en el alma una falsa imagen de lo que *el Ser* es en el fondo, porque el mundo y sus costumbres han sido creados por la muchedumbre. El alma profunda y noble, al saber mucho del mundo, pronto siente vértigo y náusea. Esa fue la razón de que aquel león quisiera marcharse a otro mundo que su propia alma, noble y apasionada, había creado. El mundo que conoció no llegó a cumplir sus expectativas, por lo que fue incapaz de amarlo, y como no había otros mundos aquí, los buscó más allá de la vida. Pero nadie, ni el más sabio y profundo de los hombres, puede saber si hay otros mundos y otras vidas. El error máxime del león mesiánico fue creer que la vida es un solo mundo, un solo rebaño, un solo pastor… Tanto potencial para ser espíritu de artista y transfigurarlo todo… Pero aquel pensó que todo había sido hecho ya; aún peor… ¡que todo había sido hecho ya por y para él y que después de él no había cabida para ninguna otra creación! ¡Cuánto egocentrismo! ¿Acaso no hubo nadie entonces que fuera lo bastante racional como para gritarle a ese necio felino que cada ser es un mundo propio, y que este caótico mundo que ven nuestros ojos debe su caos a que en él todos los mundos convergen, todos los rugidos chocan, luchan y se mezclan entre sí? ¡No! ¡Cómo habría de existir en aquel tiempo un hombre que no creyera al espíritu el sentido y la razón de todas las cosas! ¡El león mesiánico quiso convertirse en el único león y a todos los demás los llamó ovejas! Por culpa suya la espiritualidad fue encadenada en un abismo sin retorno, dejando de crecer, y al encontrase presa en monstruosa cárcel permitió ello que la carne se liberara aún a costa de todas sus prohibiciones sumergiendo al Ser en el materialismo del mundo actual. La individualidad se transformó en muchedumbre, el

dios de un solo pueblo se volvió el Dios de todos, aún de los que no merecen siquiera invocar lo que es divino, y la pura sangre se ha mezclado con sangre sucia y procreadora de fealdad, despojando a la nobleza de aquella pureza ancestral en civilizaciones antiguas donde el espíritu sí que era un verdadero espíritu, y la carne verdadera carne. ¡El glorioso esplendor de un mundo que se dirigía a la grandeza fue destruido por obra de aquel león, de aquel hombre, de aquel «salvador», que en realidad ha sido el menos redentor de todos los redentores pues destruyó un mundo que ya era para crear otro mundo que no es! ¡Yo lo culpo de toda la miseria y la mediocridad que existe ahora en el mundo! ¡Yo lo condeno y maldigo! ¡Yo sanciono todo lo que ahora evoca su imagen y recuerdo! ¡Pues él se plantó a sí mismo en el máximo escalón plantando a los otros en el escalón más bajo sabiendo que desde «allá arriba» estaría eternamente por encima de ellos! ¡Tal fue su única y pérfida astucia!, y su error más grande fue llamar a que tomaran una cruz y le siguieran. ¡Ahora todos llevamos una cruz, con dolor, con fatiga, y todo es por culpa de él! Tal es el error que la gran mayoría de los leones cometen, ¡y el individuo paga muy caro ese orgullo y gran soberbia! El espíritu del León, al rugir, es fiel a la verdad, pero no es fiel ni verdadero quien transforma ese rugido en religión. No habla verdad el que abre sus fauces para repetir lo que otros leones han dicho, y por eso cuando un león muere tiene que ser olvidado, aunque ello produzca terrible nostalgia en la memoria de quien sea noble para recordarle. La félida voluntad vive por sí misma y en sí misma. ¿Qué le importa la posteridad de su recuerdo si al momento de abrazar la muerte, el Yo se sumerge en el olvido? Y si otras veces hacia el pasado vuestro Yo ha existido en otras vidas, y si más veces hacia el futuro existirá también en otras, ¿qué os importan ahora esas vidas pasadas, esas vidas futuras, si no recordáis aquellas ni recordaréis esta que vivís ahora? El que perpetúa su nombre y recuerdo en la flecha de sagitario… ¡qué terrible daño hace a los lejanos y venideros!

Mi espíritu de león, queridos hermanos, me lleva a rugir como he rugido hasta ahora. A veces pienso que la palabra que habita en mí tiene voz de león, ¡pero aún no sabe rugir! Mas ahora pienso que no solo ruge quien emite jactanciosos discursos, ¡sino también el que escribe esos discursos! Del mundo yo sé lo que un niño sabe de ser anciano, ¡y me alegro por ello! Si yo supiera mucho del mundo no os habría dicho todo lo que os he dicho ni os diría todo lo que voy a deciros. Amo el mundo y a la vida porque no sé nada sobre ellos, y espero jamás saberlo, para seguir

amándolos y seguir buscando saber de ellos, pero sin jamás encontrarlos, y de esa forma… ¡crear mi propio mundo, pero en este mundo, destruyendo el antiguo mundo junto con todas sus «post-modernas» costumbres! Ello es lo que me mantiene con vida, y ello es lo que debe manteneros con vida a vosotros: la ilusión de un mundo autónomo que hemos creado dentro de vosotros como la flecha de un anhelo insaciable.

Qué espantoso, hermanos míos, es cuando la flecha logra dar en el blanco…

6) Espíritu del Dragón: *el que tiene poder para crear o destruirlo todo*.

De pie se encuentra el león sobre la colina más alta de todas las colinas pensables. Ahí tiene poder sobre todas las cosas, para usarlas y transformarlas, pero no para crearlas o destruirlas. Por eso quiere elevarse todavía más. Sin embargo, ¿cómo habría de lograrlo si más allá de la colina no hay más escalones que le ayuden a subir? La única forma de hacerlo es aprendiendo a volar. El espíritu que vuela debe crearse «alas», no de pájaro, precisamente: sino alas de dragón. Quien quiera que sea cuya misión consista en transfigurarse en el más poderoso de los espíritus tiene que hacerlo profiriendo *el Conjuro*, donde y para volar hay que tomar impulso desde el mismísimo corazón de la existencia. He ahí la clave: *el Núcleo.*

El espíritu del León es quien tiene mayor potestad en el mundo, siendo libre para mandar[137]. Pero existen los falsos leones, de naturaleza serpentina[138], que con su veneno matan al león verdadero y se visten con su piel[139]. Tales espíritus de voluntad monarcal son los que desatan pestes y guerras. Hace unos años, al término del conflicto bélico más ponzoñoso en la historia de la Humanidad hasta ese momento y hasta ahora[140], aquellos falsos leones, disputándose el orden y control del mundo, dieron vida a un espíritu todavía más poderoso: el espíritu del Dragón.

El espíritu que al ser libre no solo tiene poder sobre sí mismo y sobre los demás: también tiene poder sobre el destino, ya que puede crear o destruir todas las cosas si así le place. Debido a ello, cuando fue creado, tuvo que ser encadenado de inmediato, encapsulado en el interior de un

---

137 Artistas, científicos e inventores.

138 Monarcas tales como líderes mundiales, políticos y religiosos.

139 La maldición de Heracles.

140 La Segunda Guerra Mundial.

espíritu más bajo, ora un monarca, ora un león, por la sencilla y a su vez compleja razón de que solo un líder tiene el poder de romper el huevo que libera a la voluntad *draconiana*; y cuando esto ocurra, hermanos, no habrá vuelta atrás: nada será capaz de revertirlo. No ha existido un solo dragón libre hasta lo que se ha visto y oído. Quienes han intentado convertirse en dragones muriendo antes de lograr su propósito, y todo lo que a través de la Historia llámase «dragón» no es más que una sombra.

El fondo, el abismo, el núcleo del Ser: allí se encuentran los ingredientes primordiales «uranianos» para iluminar u obscurecer todas las cosas. Un mago lo descubrió así para crear. Un hechicero lo desató así para destruir.

El espíritu del Dragón tiene «potencia nuclear»; pero no es más poderoso quien tiene el poder, sino quien sabe utilizarlo.

«Guerra Nuclear», ¡cómo tiembla el mundo cuando se juntan ambas palabras! ¡Muy bien sabe que no todas las cadenas pueden ser liberadas, ni todas las prisiones abiertas!

Solo un dragón puede vencer a otro dragón. ¿Recordáis aquel sigilo, cuando, encontrándonos en el orbe de la mente, todavía sin la capacidad de sentir muchas cosas, y por tanto privados de su luz y de su sapiencia, estando allí desnudos mientras nuestra voluntad aún frágil descendía a lo desconocido, entonces oímos un furioso estrépito, para luego ser despojados de nuestra vista por causa de un fulgurante destello solar, o acaso no fue el Sol lo que vimos, sino el preludio de una tierra desolada y cadavérica, como la sepia de una vieja fotografía que desde hace milenios ha sido inmortalizada en una silenciosa pátina que nadie puede ya distinguir ni valorar, y no solo la tierra, sino el cosmos entero mismo?

He allí la profecía de una guerra entre dragones donde nada ni nadie puede sobrevivir; y si ha de quedar algo o alguien con vida luego de que los dragones matáranse entre sí… ¡maldito sea tal engendro!, pues los ingredientes primordiales uranianos en las partículas elementales que componen los bloques y ladrillos que dan forma al Templo Universal, ¡tienen el poder para crear las cosas más inimaginables, o destruir incluso el más universal de todos los templos que por centenares de milenios no ha visto caer una sola pieza a través de sus fosas!

«Fuego y sangre en una danza de dragones»: así llamó un señor bien entendido a tal guerra[141]; pero el dragón real no es tan poético ni tan

[141]George R.R Martin.

epopéyico como el dragón mitológico. Cuando él escupe su fuego, que no es fuego, hasta la sangre se desvanece y lo que detrás queda es humo mezclado con lágrimas de sol.

¿Quién posee o poseerá la llave que libera las cadenas del Dragón? ¿Será soltado alguna vez de su mazmorra? ¿Oímos sus aleteos? Ya podemos sentir la furiosa desesperación que hierve en un lago de fuego y azufre. El Dragón quiere salir, ha pasado mil años encadenado. ¡Oh, vosotros leones, os vuelvo a repetir que no es lo mismo adornarse con félida piel que en efecto ser un verdadero felino! Solo el León auténtico liberará al Dragón de su prisión, mas no para destruirlo todo con su poder… ¡para crearlo todo con su poder! Noble y apasionado montará sobre el escamoso lomo de la *draconiana* voluntad y así volar, volar muy lejos, con la voluntad y empeño de conocerlo todo, para saberlo todo y crearlo todo al copular en estrellas lejanas fundiéndose con su luz. Mas el mayor de los peligros para la galáctica empresa son los falsos leones que en realidad son serpientes, ¡y ya sabéis que la Serpiente es el primer esbozo de un dragón que contra la tierra despliega su furia y su venganza! Porque las serpientes no pueden ni jamás podrán volar: ellas se arrastran eternamente, y al deslizarse sobre la tierra odian su fecundidad: «Si he de arrastrarme interminablemente a través de la aridez, el frío y el insoportable ardor de esta superficie… ¡mejor destruir esa superficie, y así acabar con mi suplicio!», dice la serpiente, desolada por aquel anhelo imposible de volver a surcar los cielos.

Pero tampoco podemos culpar a la Serpiente de todos los males que asolan el mundo. Mi felina consciencia una vez dijo que el Gran Dragón es también nuestro Gran Libertador. ¿A qué se refería? Bueno, amigos, ello evócame el recuerdo de una tarde gris, igual al crepúsculo que os acompaña en este momento cuando descifráis los arcanos de estas juveniles y su vez tan longevas páginas. Me encontraba yo sentado, no meditabundo, pues jamás he requerido meditar; más bien absorto, tan afuera de mí como adentro de mí, sintiendo como la gelidez de un viento cordilleral desolábame a través de las montañas andinas, y pensaba yo por quincuagésima vez en el calor de la Cordillera de la Costa y en el freso aroma de emanaciones margaritenses que me inyectaban en la sangre, aún a costa de mi voluntad, la demoníaca nostalgia, ¡maldito demonio!, lo cual me hizo añorar otra vez la playa… La Playa, no tanto el mar profundo esa vez, sino la superficial playa… Pues cierta vez dije, adolecido de juventud, frente a la belleza de un apolíneo y bellísimo atardecer: «¡Hasta la próxima, playero horizonte! ¡No tengo idea de

cuándo nos veremos de nuevo!». Y hasta hoy no lo he vuelto a ver de no tratarse en mis sueños, ¡y me da mucha alegría porque de no ser por esa nostalgia no habría venido a mí el fulgor de una profecía!

Pensando yo en la cerulidad del mar, y en que tal vez, solo tal vez, en algún momento del titánico futuro todo lo que veamos forme parte del Océano, vinieron a mí estas ideas:

«Quien siéntase ahogado ya siendo un charco no podría soportar que su alma se vuelva un mar».

Y luego exclamé en mi mente:

«¡No! ¡Todavía no es la Hora! ¡Aún rebosan las almas insatisfechas de sí mismas! Cuando llegue el momento, y la existencia toda no se trate de otra cosa más que de un profundo océano de mares álmicos, henchidos y prietos de una esencia formidable, entonces sí, ¡el Dragón será liberado! ¡Pues aún el propio Océano querrá evaporarse para que la primordial nube de nuevo traiga la lluvia! Y para el que Océano se vuelva humo… ¡por ello nació el Dragón!».

No olvidéis:

En este mundo hay dos puertas: la de los Cielos y la de los Abismos. Una es para salir del mundo y otra para entrar al mundo. El que quiere salir del mundo es quien se ha cansado de él, porque lo ha conocido y poseído tanto que ahora su único anhelo es gozar de un *supramundo*, distinto al ya conocido. El que quiere entrar al mundo es quien vive encarcelado en su propia soledad: diviniza así la esencia mundana y anhela gozarse de las delicias terrestres que aún no conoce.

Para abrir ambas puertas, los dos «ungidos» disponen de una llave. Esa misma llave es la que libera de las cadenas al espíritu *draconiano.*

La fatiga mundana que hastía al triste y cansado felino habrá de llevarle, en un arrebato de furia contra la misma tierra que le fecundó, a liberar al Dragón, con la intención de que escupa el fuego hacia abajo, hacia los abismos, ¡pues el Reino de los Abismos es lo que más odia, ya que ese reino está precisamente en la tierra! Destruidos por fin todos los profundos pozos no habrá entonces razones para no ascender al otro reino: el reino de los cielos que centurias atrás uno de los ungidos prometió.

En efecto, hermanos, a ese «reino celestial» se llega en muerte. Mas son los vivos quienes se encargarán de enviar a los muertos al cielo, y en el cielo: los muertos vivirán.

Pero ese reino de los cielos en realidad es el menos celestial de todos los paraísos, porque es profundo, obscuro, lleno de fragmentos y

enigmas: un océano cósmico que solo puede ser navegado por los dioses a través de «embarcaciones divinas».

Así que para ascender a los cielos debe el *Ser* convertirse primero en *Dios*. Muchos, por causa de virtuosas obras, buscan el merecimiento de subir a través de la escalera que les abrirá camino al cielo donde gozar de tan grata compañía. Acaso ignoran que no se llega al cielo sin antes no haber participado de la com-unión divina: la convergencia de todas los cosas como parte de una sola, a través de la multiplicidad que producen las individualidades. Y si en verdad existe la Unidad, el Núcleo, como así una red de redes cósmica y universal, no importa cuán virtuosa o despectiva sea la naturaleza de un individuo, ésta palidece en comparación al poder colosal que existe desde lo más grande hasta lo más pequeño.

El núcleo del Ser no es el centro de la existencia, pues el centro está en todas partes, de ahí la diferencia entre la doctrina egocéntrica y la doctrina ególatra. En cada rincón se halla el poder para crear y destruir; donde sea hay potencia nuclear, una energía gigantesca y a la vez tan armónica que de abandonar su curso natural desequilibraría los cimientos del Templo Universal.

Si el hombre puede domar al Dragón para utilizar su aliento y destruir con su fuego, ¿no puede también usar sus alas para volar más lejos de lo que nadie antes ha volado? Mirar hacia adentro, hacia la esencia de las cosas, ¿y allí descubrir nuevos conjuros, abrir nuevas puertas y construir nuevas y celestiales embarcaciones?

¡Ah, hermanos, hermanos míos, hermanos del alma! ¿Cómo amar los cielos si antes no aprendemos a amar la tierra? Después de todo, tal como un hombre sabio dijo hace muchos años: a cada tiempo, los dragones… ¡han de crecer más!

Mi voluntad es astral, esotérica, mesiánica, cabalística. ¿Quién soy yo para hablar de aquello corresponde a los «hombres del mundo»? Estoy aquí para traeros *la Marca* que os fue profetizada y dar sentido a *la Cifra* que os fue enumerada. ¡Que el poder de la suprema creación y la suprema destrucción caiga en manos de espíritus más bajos y no en las mías!

La Piedra Filosofal.

¿Qué es tener «carne» y tener «espíritu»?

Carne es lo que posee forma física: la materia; todo lo que puede ser «consumido» desde los sentidos.

Espíritu es lo que no posee forma física: emociones, pensamientos, ideas, sentimientos, pasiones, saberes, deseos, anhelos…; todo lo que puede ser «producido» hacia los sentidos.

El espíritu es *el que hace*. La carne es *donde se hace*.

Si el espíritu *no tiene dónde hacer*: a sí mismo se quemará; y si la carne *no tiene quién le haga*: a sí misma se pudrirá.

Os han dicho que importa el envase mas no el contenido, o que importa el contenido mas no el envase; pero yo os digo que… ¡ambos importan!

Si habéis encontrado un objeto cuyo espíritu se derrama como plata cayendo a través de los dedos, mas carente de resplandor externo… ¡enhorabuena! Tened buen provecho, pues vuestro espíritu bien se alimentará, pero… ¿y vuestra carne? ¿Acaso no le desuela saber que su eterno compañero, el glorioso espíritu, ha rullídose de un exquisito banquete espiritual hasta quedar bien gordo, mientras aquella permanece esquelética y consumida de hambre?

Luego, si por el contrario os habéis topado con otro objeto bien formado y estéticamente confortable para los sentidos, pero sin nada más allá de su materia que os pueda servir… ¡fantástico! ¡Vuestra carne daráse un delicioso festín! Pero… ¿y vuestro espíritu? ¿Acaso no tiene también sed de vida?

La *doctrina egocéntrica* ha llevado la espiritualidad hacia su fatal decaimiento, para que allá, en lo más profundo del Abismo, se estancara sin volver a crecer. Todos los hombres chupan ahora de la vida su belleza y esplendor para compensar aquella terrible carencia de espíritu que les asola en la sensación de un eterno vacío, cosa en cuestión da respuesta al enigma de porqué la gloria del mundo antiguo se perdió. El mundo se vuelve cada vez más gris tal como si no tuviera alma, pues aquella monstruosa doctrina es la única culpable de que el hombre volviérase una criatura muy carnal, pero sin ninguna clase de espiritualidad.

Digo yo: no se valore al espíritu que no tiene nada carnal que ofrecer. No se valore a la carne que no tiene nada espiritual que dar.

El que sea pródigo en inteligencia y dueño absoluto de su espiritualidad, ¡no permanezca en esa burbuja! ¡Debe convertir dicha abundancia en algo que sea apetitoso para los sentidos! ¡Que se vista como un rey! ¡Que impregne su esencia con los más decorosos perfumes! ¡Que su voz resuene con poder y también con elegancia! ¡Que su andar se asemeje a la marcha imperial romana! ¡Que su imagen sea el reflejo de su voluntad abismal! ¡Y que cada cosa del mundo se convierta en oro cuando la toque!

El que sea pródigo en belleza y goce de materia en abundancia tampoco se quede en esa superficie, pues la materia se deteriora… ¡pero el espíritu la rejuvenece![142]

Aquel debe transformar lo que «siente» en lo que «sabe». Que sus prodigios brillen tanto como su imagen. Que las dulzuras de sus pasiones agraden tanto como la dulzura de su belleza. Que se llene de sabiduría como para darle a todo aliento de vida, ¡y que el mundo y sus voluptuosidades sean el reflejo de una voluntad igual de voluptuosa!

Al espíritu le gusta el color de la manzana, y a la carne le gusta el sabor de esa manzana; pero el espíritu no crece si la manzana se vuelve descolorida, y la carne se sentirá insatisfecha sin con el color también se ha ido el sabor. ¡Eso hace la doctrina egocéntrica! ¡Arruinar la belleza y arruinar el gusto por la belleza!

Chuparle toda la sangre al mundo hasta hacer de él un páramo rojizo bajo un cielo teñido de gris, sea en virtud de la espiritualidad o en virtud de la carnalidad… ¡sería como quien se ha hecho muy gordo o muy flaco! Guardaos entonces de los vampiros que beben mucho espíritu, o de los perros que comen mucha carne.

El espíritu requiere de una carne bien constituida para poder hacer cada vez con más ímpetu; pero una carne que se alimenta una, y otra, y otra vez sin «quemar calorías» a través de la espiritualidad, al término enferma y acaba desolada. Lo mismo el espíritu que no prodiga su exuberancia hacia a la carne.

Yo os digo: producid mucho, y luego consumid lo mucho que habéis producido. No me produzcáis sin consumir, ni consumáis sin producir.

Mi espíritu encontrábase desolado debido a su abundancia, mas ahora he transformado esa desolación en sabiduría, y dicha sapiencia la

[142] «¿Vieja, usted? ¡Señora mía! Viejo es el mundo, y todavía es hermoso y continúa girando. Usted aún es hermosa y gira. Usted se parece al mundo, ¡porque usted es mi mundo!».

he convertido en algo útil para los sentidos: he hecho de mi espíritu vivo una carne viva.

Y también aprended de las bellas sirenas, ¡tan hermosas! ¡Tan carnales y apetitosas! Criaturas que además de radiantes también son alimento para el alma cuando abren la boca para hablar dulzuras y entonar encantadoras melodías. He ahí a la carne… ¡que se vuelve espíritu!

Hermanos, hace un tiempo tuve un sueño: en él me encontraba al final del arcoíris. Dicen los irlandeses que allí hay una olla de oro; bueno: allí no había nada. Mas tuve una corazonada, entonces pala en mano comencé a cavar con virilidad. No habría de pasar mucho tiempo cuando encontré tres monedas de oro que reflejaban los destellos del atardecer. Acaso me habría detenido, ¿no? Gozoso de haber encontrado un pequeño tesoro. Pero una voz en mis pensamientos díjome: «¡Sigue cavando!», así que le obedecí muy seguro de lo que estaba haciendo. Varios minutos después el palustre hizo contacto con algo duro y ferroso, y emocionado yo, seguí cavando hasta desenterrarlo por completo. Era un gran cajón repleto de fortunas doradas. De inmediato exclamé «¡Soy rico!», y supe que mis penurias habían terminado.

Por consejo de un amigo me dirigí al lugar el cual mi sueño había indicádome, con la esperanza de que aquel sigilo fuera una señal de que me estuviera reservado por el destino encontrar tan valioso artilugio. Lo único que encontré fueron piedras. No había monedas, ni mucho menos un cajón repleto de ellas. Tal cosa me decepcionó, pero luego, con voluntad reflexiva, discerní: los sueños jamás son literales, sino que a través de ellos se nos refleja en símbolo aquello que somos en lo profundo del subconsciente.

Tras varias cavilaciones ahora puedo afirmaros que el sueño no refleja un acontecimiento, ni una ambición de riqueza, sino que simboliza a la riqueza en sí.

El bello arcoíris soy yo; es decir: la *imagen* de mi carne, que por sí misma no es útil más que para la vista. Luego, yo cavando, es la *imagen* de mi espíritu, el cual ha hecho del arcoíris, que solo apetece a la vista: un propósito, una razón que me ha llevado a actuar por mi voluntad. De esta manera desentierro el tesoro que hay dentro de mí, que ahora ha vuéltome rico al sanar todas las heridas que, como al inicio de esta obra pudisteis comprobar, me lastimaban y no me dejaban ser el que soy, en virtud de la sangre que se derramaba a través de mis surcos abiertos. Hay

oro en mi interior, lo he desenterrado y seguiré desenterrando, gracias al arcoíris: gracias a la belleza que me ha mostrado el camino.

¿Os dais cuenta de que por medio de aquel sueño me han hablado los cinco orbes del Ser? *El orbe físico*: el arcoíris, apariencia de todas las cosas, incluidos nosotros; *el orbe emocional*: corazón que nos impulsa a cavar en nosotros mismos; *el orbe intelectual*: pensamiento que nos persuade de seguir cavando dentro de nosotros a pesar de haber encontrado pequeños tesoros ahí (tres monedas); *el orbe espiritual*: el ímpetu, la pulsión de vida que nos lleva a hacer, a querer, a seguir luchando; y *el orbe esencial*: el cajón lleno de oro, que existe en lo más profundo de todos nosotros y que es capaz de volver rico a cualquiera, ya que siempre, siempre habrá algo que desenterrar en el Reino de los Abismos, por lo que no os decepcionéis si nada más encontráis tres monedas cuando empecéis a cavar… ¡seguid cavando y no desmayéis! ¡Abajo hay más, mucho más! Pues a diferencia del oro material, el oro álmico… ¡es infinito!

Esta es, hermanos míos: la Piedra Filosofal, que os prometí en el Valle de los Pensamientos. Podéis decirme *el Alquimista*, si así gustáis, pues yo os he dado *el más grande de todos los conjuros*. ¿Sois de oro?, pues… ¿os he tocado?

«Trasciende».

Nuestro viaje ha concluido: estamos en el mar.

Aún queda mucho por deciros, mas ya os he hablado lo suficiente. Del pozo álmico donde el espíritu se cuece iré sorbiendo las palabras a medida que nuevas páginas en blanco sean deletreadas con virtud artística y voluntad leonina. Otros libros verán rotos sus sellos mientras *el Señor de la Tormenta* emprende su viaje de vuelta.

El desierto de los espíritus nos extrañará sin duda, porque todo desierto ama a los solitarios. Nada más quien valora el silencio, manda a callar incluso a las voces desérticas que no le dejan reposar sobre los médanos. Nosotros, hermanos, hemos callado ese vituperio; hemos limpiado el desierto de toda su molesta cochinería y ahora el mar dispensa de obstáculos que le impidan crecer para cubrirlo todo. No más basura cósmica ni carroña para buitres: quien es dueño de sí mismo, solo quiere que sus despojos mortales sean tragados por el océano.

¡Somos libres! ¡Bienaventurada sea la auténtica libertad! Aquí podemos correr si así lo queremos o hacer el amor con sirenas destilando cual peces que a su hogar primigenio por fin han vuelto. Las perlas doradas reflejan aquel tesoro allí donde acabó el arcoíris.

Veo mil gatos con mil peces entre los dientes. La consciencia felina lleva los salmones hacia lo profundo para que se transformen en tiburones.

La sangre también es alma: un tiburón come almas para fortalecer su mandíbula. El espíritu también es carne: un tiburón come espíritus para destrozar los barrotes de este abismo.

¿De pronto hablo de cosas sin sentido? ¡Nada de lo que os he dicho tiene sentido! Porque la verdad ha venido a través de mí, y la verdad no tiene razón de ser a no tratarse que vosotros deis razón a vuestras propias razones.

Os digo que alimentarse de espíritus es sentirse alto y poderoso cuando los demás nos muestran su debilidad. Jerárquicamente nos encontramos en un grado superior. Nuestro potencial crece al momento de la que potencia espiritual externa se ha debilitado. Estando ella así vulnerable, «masticamos» su carne, después la «tragamos» y «escupimos» luego sus huesos.

¿Veis como el mar se ha agitado? Mientras más grande es el espíritu del Tiburón Cósmico, más cerca está *la Bestia* de abandonar su prisión.

Y no solo de espíritus carnales se alimenta el tiburón, sino también de espíritus inertes donde otras carnes han vertido su espiritualidad, tales como objetos o creaciones artísticas, y allí debe encontrarse nuestro paladar a miras de lo que es bueno para calmar el hambre.

¡Qué difícil es hablar de aquello que trasciende la experiencia! Ello es lo maravilloso y aterrador de la *metafísica*: siendo una disciplina marcadamente especulativa es útil para la vida a pesar de teorizar sobre lo que se encuentra más allá de ella. Por eso lo que yo os digo es solo mi verdad, y si algo «trasciende» la experiencia vital únicamente puede tener un valor arquetípico y simbólico:

Al haber abandonado el orbe físico dejamos de parecer y comenzamos a sentir. El salto de las apariencias a las emociones es turbulento, de ahí que os haya comparado el corazón con una tormenta. En un momento dado, las emociones abren paso a los pensamientos. Cuando abandonamos el orbe emocional dejamos de sentir las cosas para comenzar a verlas; es decir: observar para luego reflexionar, analizar, imaginar, idealizar: todo lo que conlleva el proceso de la inteligencia. Aquí me he valido de «imágenes», pues, como todos sabéis, pensar implica, la mayor parte si no es que todo el tiempo, en crear imágenes por medio de nuestro cerebro. Pero la simple inteligencia debe ser superada, y yendo más allá del orbe intelectual ya no requerimos de las imágenes ni de los recuerdos, pues el orbe espiritual nos conduce a la sabiduría. El que «sabe», si bien me explico, o soy demasiado espiritual como para recordar imágenes y formas, si me estoy explicando de una manera concisa, saber es simplemente «sentir», pero no emocionalmente, porque la emoción es una barrera que impide surgir al verdadero sentimiento. Esa es la razón de que, a pesar de que os dijera que nos encontrábamos en un desierto, nunca os detallé ese desierto, porque ustedes ya saben por sí mismos lo que es un desierto y cada cual lleva adentro un desierto único. El desierto de los espíritus es, básicamente: el orbe del individuo donde se encuentra solo, se siente solo y por tanto se sabe solo en la inconmensurabilidad de su existencia. Está solo, en medida de que adentro de sí mismo nada más existe él como esencia, con sus memorias, demonios y espíritus. Afuera no hay nada: solo abismos en los cuales hundirse.

La estancia en un desierto puede volverse eterna. Aunque las imágenes sean más grandes y extensas, resulta mucho más fácil crearlas; pero saber, aunque se trate de un pequeño fragmento de sapiencia, cuesta

más y conlleva más tiempo. Individuos pueden pasarse la vida pensando porque cualquiera es capaz de pensar; sin embargo, la preciosa sabiduría requiere «sentir» mucho, y no es sencillo tolerar demasiados sentimientos. Toma su tiempo llegar a domar a la bestia que cada cual tiene por naturaleza, pero una vez logrado, ya no se necesita saber más: la puerta del Ser ha sido abierta.

Una persona «es» cuando habla su alma. Después de romper el orbe espiritual ya no sabemos, sino que somos. ¿Quiénes somos? *Lo que somos*. No existe el miedo ahí, porque «siendo», ha superádose al verdugo y el Ser Abismal ha recuperado el reino que le había sido usurpado. El tiempo no existe para el Ser, ni existió ni existirá, pues ello se encuentra *más allá de todos los tiempos*. El Ser *es* en un instante, que puede ser un minuto o cien años: un minuto de plena vida o cien años de abstracción en sí mismo.

La esfera esencial en sí no es una esfera, pues una vez en ella todos los orbes están rotos. El alma no es algo que pueda distinguirse del cuerpo: es una fuerza suprema que habla por medio del cuerpo, que siendo descubierta por el propio Ser, ha de vivir en cada fibra de su carne tanto más poderosamente como consciente sea del que es por sí mismo.

No es que el alma sobreviva después de la muerte: es que *trasciende*.

No transmigra, porque no es otra forma de materia que puede saltar de un cuerpo a otro después de una vida.

No reencarna, porque el alma en sí forma parte de la carne y sin ella no es nada.

El alma es carne, es materia física que no se crea ni se destruye por completo, sino que se haya en perpetua transformación. Así que Cuerpo y Alma en realidad son una misma cosa, cuya distinción consiste en que tener cuerpo es tener «forma», pero tener alma es tener ser, es existir

Imaginaos que os muráis. Toda la información que por años habíais retenido en vuestro cerebro desaparece en un instante. Entonces habéis olvidado lo que erais, lo que sabíais, lo que pensabais y lo que sentíais. Pero ese estado de ausencia y olvido, ¿es definitivo? Vuestro *Yo*, el zafiro de vuestra consciencia que constituyen los ojos del alma a través de aquella *perspectiva singular en primera persona*, hablando en términos gramaticales, ¿no podría despertar para vivir otra vez? ¿Lo hace en el mismo cuerpo y la misma vida, como alguien una vez llamó «Eterno Retorno de lo idéntico»? ¿O lo hace en un cuerpo distinto y una vida distinta? De ser así, ¿cómo se da este proceso?

Si la materia no se crea ni se destruye, sino que se transforma, entonces la información tampoco, porque la información también forma parte de la materia. Nuestros recuerdos y experiencias no pueden desvanecerse en la nada porque, tal como afirmó aquel felino, la Nada entendida como ausencia total de las cosas no es posible. Cada *partícula* de nuestro cuerpo, una vez éste ha dejado de funcionar como un ser viviente, empieza a sufrir una serie de transformaciones, pasando del estado activo al estado inerte, y viceversa, ya sea en formas de materia no viviente como la tierra, las rocas, el agua, el fuego o el viento, y sus distintas combinaciones; así como también formas de vida inferior, tales como diversas clases de microorganismos, plantas, insectos, animales acuáticos, las aves que vuelan a través del cielo y también los grandes mamíferos terrestres. Los recuerdos y las experiencias de una forma de vida inteligente aún forman parte de esas partículas, aunque transformados, porque ellos alguna vez constituyeron un cerebro completo y un código genético. Esa información no puede ser recuperada –el espíritu de la Ciencia aún no sabe cómo hacerlo –mas ello no quiere decir que se haya desvanecido. Llegado el momento, tras una larga y compleja cadena de transformaciones, aquella información, aquel código, aquellas partículas vuelven a formar parte de otro ser inteligente: un nuevo cerebro que ha olvidado toda clase de información y experiencia, pero que esencialmente es igual a otros que ya existieron en vidas remotas. La esencia de aquellos ha trascendido manifestándose ahora en un nuevo individuo. ¿Acaso no es factible pensar que ese *Yo*, aquella perspectiva singular en primera persona: «*Yo soy…*» ha trascendido también, y que nuestro amigo encuéntrase ya constituido para verse, sentir, pensar y saber de una forma determinada, y puesto que lo saberes, la auténtica sabiduría, están más allá de los recuerdos y de los pensamientos, entonces nuestro amigo ya sabe, pero *no sabe que sabe*, que ha visto y sabido tantas cosas, puesto que ya había estado vivo incluso antes que sí mismo?

Ahora bien, si las partículas elementales que constituyen el cuerpo y el alma de un individuo trascienden y se manifiestan en una nueva vida, de igual forma pueden hacerlo en dos vidas al mismo tiempo, o en tres, o en cuatro y así sucesivamente, todas en la misma época o instante del mundo. Así como también, la esencia o partículas de muchas vidas y de distintas épocas pueden llegar a formar parte de un único individuo. De tal manera, lo que alguna vez fue parte de una misma cosa, ahora lo es de muchas (multiplicidad), y lo que fue parte de muchas ahora lo es de una sola (unidad). Prestad atención: las muchas cosas que antes fueron una

sola desde luego que sienten atracción unas hacia otras porque sus partículas son semejantes; tal como la parábola de la tabla de madera que se parte a la mitad: cada parte encaja en la otra igual que en un rompecabezas. Las dos son diametralmente iguales, pero direccionalmente opuestas, y por eso se atraen, porque sus partes «rotas» acoplan a la perfección y dan forma a algo superior de lo que son separadas. Una partícula genera «fuerza». Aquellas que conforman las fibras del cuerpo en un ser inteligente, especialmente las del cerebro, le llevan a pensar y a razonar de tal forma que sus acciones atraigan lo que le sea parecido en esencia y repelan lo que no encaja en su alma. Dos o más individuos piensan, sienten y actúan de manera semejante porque sus partículas antes fueron parte de una sola forma de vida o materia, o un único individuo parece traer consigo el atavismo de centenares de vidas y culturas porque la esencia de todos ellos ha trascendido para manifestarse en él. De esta cuestión, lo que vulgarmente se conoce como «almas gemelas» está lejos de ser solo un mito romántico.

Si hay almas magnéticas y almas polares, y unas se atraen demoníacamente y otras se polarizan de la misma forma, esto explica por qué en los acontecimientos que ocurren día tras día en el mundo, sea en la vida cotidiana y vulgar o en los grandes desastres naturales o en los prodigios humanos, parece existir una fuerza desconocida que los escépticos llaman *caos* y los místicos llaman *divinidad*. Yo he venido a deciros que es tanto lo uno como lo otro: el mundo es un caos de azares y posibilidades, pero también es divino, porque esos azares y posibilidades, ese caos es provocado por las mismas almas que incansablemente se están atrayendo y polarizando en un juego de voluntades cósmicas que yo llamo: «el Gran Juego de las Almas».

Así que no hay un «ente superior», sino un «ente inferior». Mas inferioridad no indica «bajeza». A más profundidad más elevación, pues las más altas montañas han surgido de la más remota profundidad.

Entonces una tragedia no es obra de un «espantoso azar», sino que el lamentable suceso es resultado de la propia voluntad humana que constantemente está manipulando las cosas consciente o subconscientemente, sea con sus pensamientos, pasiones y actos. Porque las partículas elementales que construyen los ladrillos y bloques del cuerpo en el Templo Universal generan una gran cantidad de energía en su núcleo, de ahí lo que llámase energía nuclear, y esta energía atrae o repele otras partículas más complejas o simples. En virtud de ello, el alma y su *voluntad*, su *destino*, su *hado*, quiere «unirse» o «separarse» con y de

otras almas, razón por la cual una o más almas gemelas nunca se encuentran, debido al caos divino que provocan otras almas, y de ahí que almas dispares no puedan nunca separarse, aunque lo deseen fervientemente, por culpa también de ese caos divino.

De tal juego del caos divino derívase el simbolismo del *Alma Grande* y el *Alma Pequeña*. Ya que una partícula produce energía, siendo capaz de magnetizar o polarizar otras partículas, también puede «absorber» y recrearse a sí misma con la misma energía que ha absorbido. Dicha energía, que a través del ser vivo inteligente se percibe como información, memoria y experiencia, queda grabada en las partículas, volviéndolas más «reactivas» con relación a las demás. Debido a que la información no desaparece, sino que se transforma en energía a través de las partículas elementales, éstas van de un punto a otro alimentándose de los diferentes estados de la materia. Si una o más partículas han formado de parte de un determinado número de seres vivos inteligentes, serán mucho más reactivas, más magnéticas y polares con respecto a las partículas que han pasado la mayor parte de su existencia en materia inerte o en formas de vida inferior; es decir, que aquellas serán más «viejas» y las otras más «jóvenes», pues lo que hace y otorga longevidad no es la edad con relación al tiempo, sino la experiencia y la información. Entonces un individuo que prodigiosamente parece haber sido dotado de una inexplicable profundidad, inteligencia y sabiduría, o que por un misterioso arcano de azares y aciertos da impresión de encontrarse bendecido por una «divina providencia», no es más que un alma superior, un ser cuyas partículas han sufrido tantas transformaciones y se han alimentado de tanta información a lo largo de tantas vidas inteligentes pasadas, que ahora su alma tiene el poder de atraer lo que es para sí y rechazar lo que no es. Si sus partículas se han alimentado de cierta información en el pasado, entonces ahora rechazan esa misma información, porque ya la poseen, porque «ya la han vivido». De aquí surge la noción budista del «alma vieja» y de la progresiva transmigración del alma humana para alcanzar *el Nirvana*, lo cual es un estado de la materia y del Ser donde las partículas han absorbido toda la información posible en el transcurso de incontables vidas y ahora rechazan cualquier tipo de información, cosa en cuestión le ha llevado a un estado de «esencia suprema».

Pensad esto, *almas superiores*, sobre el hecho de que vuestras partículas forman parte de lo que llamáis vuestro *Yo*: así que ese *Yo* en otras vidas ya ha existido. ¡Cuánto habréis amado! ¡Cuánto habréis

odiado! ¡Cuántas cosas habréis visto y sentido, gozado y sufrido! ¡Y de cuántas otras cosas participaréis en la flecha indetenible de sagitario! Pero tal como el olvido con la muerte despoja a la memoria y trasciende la información, así no debéis olvidar ahora que todo lo que habéis vivido os ha traído hasta ahora y todo lo que viviréis depende de lo que hagáis en este momento. En pocas palabras: «¡Lo que importa es el presente!».

El Señor de la Tormenta.

¿Cómo emprender el viaje de vuelta?

El cuerpo, perecedero, decadente, frágil y multiforme se comporta igual a una «esponja» que absorbe las impurezas del entorno, enfermando a causa de ello. La enfermedad muy pronto afecta a las emociones, éstas afectan a los pensamientos y éstos a los sentimientos, creando ello una especie de falsa envoltura que impide a la luz penetrar en el alma para que éste pueda mostrarse como realmente es. Sin embargo, he aquí la resistencia: el alma del esencial orbe, si es lo bastante grande y trascendental por naturaleza, revelaráse contra toda esa basura cósmica y cual un filtro comenzará a purificarla.

Empezará por el espíritu. Aquí, el alma fuerte: dios, señor y redentor de su propio abismo, iluminará las penumbras que agobian la espiritualidad desértica; el espíritu desolado por fin «verá» con claridad, descubriendo su belleza en sí y las razones de por qué sus miedos, anhelos, deseos y motivaciones. Alma y espíritu son ahora «uno solo», pero el Ser todavía no está completo. El Abismo y el desierto ya no están vacíos: ellos han descubierto la verdad que aquel resplandor álmico ha iluminado ante sus ojos, y así, henchidos y llenos como primordiales ubres donde emanan ancestrales bellezas, ansiosos de mostrar su realidad cual efluvios de tierna mañana, el alma y el espíritu subirán juntos al Valle de la Providencia, allí donde surgen todos los «mundos» a través del caos y el equilibrio, la creación y la destrucción. Encontrándose la mente contaminada por lo externo, requiere que el espíritu, fundido con el alma, le libere para pensar, crear y destruir por sí misma. El Alma Espiritual le depurará, reduciendo a cenizas toda aquella basura mental que no permite a la consciencia despertar del sopor en que se encuentra, pues desde siempre ha estado dormida a causa del somnífero que del mundo ha bebido. El fuego redentor centellea a través de todo el valle y su resplandor disipa las tinieblas intelectuales: ahora la mente sabe qué es y por qué es, así como las razones de lo que es, ya que el espíritu, que cree, quiere, puede y debe por sus anhelos, vueltos la chispa divina que enciende aquella eterna llama, ha libertado a la mente de las cadenas que le ahogaban, y de esta forma el Alma-Espiritual-Mental despierta a la consciencia que ahora vuela como un águila: soberbia y rapaz, dispuesta a crear lo que haya que crear y destruir lo que haya que destruir. El Ser ha

vuéltose poderoso y brillante al conocerse a sí mismo. El Alma espiritual de la Consciencia encuéntrase lista para escalar la Montaña y llegar hasta las alturas, pero he aquí cuando se topa con los dos grandes y últimos obstáculos que se empecinarán en enervarle para así impedir que logre sus prodigios: las emociones y el cuerpo. Para cuadrarse por entero y convertirse en Dios y Señor, el Ser Abismal debe apoderarse de su propio corazón, debe conquistarlo para que se abra y prodigue ante él; debe, en virtud de su espiritualidad: moldearlo, transfigurarlo y domarlo para despojarle de todas sus impurezas y suciedades. El corazón es quien permitirá al alma, al espíritu y a la mente mostrarse, pero si el corazón háyase contaminado, lastimado, fragmentado… ¿cómo ha de fulgurar el fastuoso resplandor? Un corazón empequeñecido no puede reflejar la grandeza del alma. Un corazón lastimado no puede reflejar la fortaleza del espíritu. Un corazón fragmentado no puede reflejar el poder de la mente. Es menester que el alma, unida al espíritu y al intelecto sanen al corazón que durante tanto tiempo ha padecido crueles tormentas, tan flagelado por el horror de la existencia. La Trinidad constituirá la panacea que restituirá las emociones en un sabroso manantial donde el autoglorificado experimentará algo maravilloso en sí mismo: daráse cuenta de que su miedo, su cólera, su tristeza, su melancolía y su felicidad son tan solo aquellos diablos y ángeles que le ayudarán o impedirán ascender hacia la Montaña, tanto más se encuentren firmes su mente y su espíritu unidos al alma. La luz interior ya casi muéstrase como es, solo hace falta superar la barrera emocional. El Ser debe convertirse en el Señor de la Tormenta.

Ahora vemos, por medio de una espectacular y estremecedora imagen, como el nuevo ser viene subiendo a través de la cresta empinada por la cual antes bajó cuando descendió al Abismo para encontrarse a sí mismo. No hay ningún rastro de duda en su semblante: él sabe lo que siente y por qué lo siente; lo que quiere y por qué lo que quiere; y lo que es y por qué lo es. La Tormenta ya no le detiene: la Tormenta viene con él. A medida que sube, se oyen truenos mientras caen rayos junto a la lluvia y el granizo y el viento que todo lo asolará. La tierra tiembla a cada paso del estremecedor personaje, y el mar se agita; los volcanes escupen fuego, esas llamas que son reflejo de la profundidad de su alma, porque el magma de los montes volcánicos proviene de lo más profundo en el subterráneo. Es también aquel ahora «el verdugo invernal», el «oso blanco»… ¡y no hay nada que le detenga! Ni siquiera la gelidez ni el furioso soplo de la Montaña, pues así como la Tormenta ahora le

pertenece, también es suyo el brillo del sol, y las pacíficas nubes y el cielo despejado y también la fresca noche. Son suyos la alegría y el placer que llenarán de júbilo y ternura todo cuánto le rodea, reflejando así el inmenso amor que nace del espíritu haciendo gritar los más grandes y hermosos pensamientos. El alma brilla en el fondo de un cristalino pozo, y solo entonces, unidos el alma, el espíritu, la mente y el corazón en dulce armonía, harán que el cuerpo, aún cuando por sí mismo carezca de belleza, brille con luz propia, adquiriendo éste una inefable hermosura y entereza, y a pesar de todo el caos del entorno pretendiendo ensuciarle, ya no podrá, pues el Ser ahora está completo, ha cuadrádose desde el cuerpo hasta el alma, ¡y suya es ahora la Montaña!, llegado por fin hasta la gloriosa cima luego de haber recorrido el camino desde Abismo hasta el Cielo, consumando así su existencia.

¿Este es nuestro pequeño cielo? ¿O nuestro gran cielo, amigos? Luego de autoiluminarse el Ser… ¿qué sigue? ¡Iluminar desde esta altura! ¡Iluminar con luz infinita hasta el último rincón de esta Tierra Nueva! Mi luz es vuestra luz, y vuestra luz es la mía…

El mar esencial.

No lloremos, hermanos,

por el alma grande que se fue.

Mejor riamos en esta vida,

pues en otra más grande ha de ser.

¿Tristes por nosotros, que no volverémosle a ver?

¡Felices, por esa alma!

¡Porque en nuevos campos va a correr!

¡Prodigad! ¡Humanos Seres!

¡La grandeza de vuestra alma!

Vosotros eternos durmientes.

Con alma de oro y diamante.

Cual globo dorado y creciente.

Pues la Piedra Filosofal henchida,

no podrá ser aplastada,

ni por grávidos futuros,

ni por corrientes pasadas…

mientras vosotros habléis así:

«Yo soy todas las cosas,

¡y todas las cosas están en mí!».

Todos los peces han regresado al mar. Todos los mares llenos juntaránse para formar el Océano. De las profundidades emergerá la mítica Ciudad, en pos de la Bestia ungida y los hijos de Poseidón. No del Cielo descenderá la metrópolis sagrada, sino del Abismo ella ascenderá, con ladrillos de oro y jardines de crisol. ¡Sujetad firmes, cada uno, vuestros tridentes, en este mar de sangre que de toda basura ha sido blanqueado!

Aquella bestia marina que en el fondo de los mares había sido presa en letargo eterno, de atlánticos grilletes ahora está liberada, alzándose majestuosa y escoltada por maremotos escarlatas, sin temer al deletéreo fuego que todos los dragones puedan soplar. ¿Podrían la Revelación y la Peste destruir el Gran Océano de lo divino? Solo el mar decidirá cuándo ya no más serlo. Solo el marítimo viento puede aniquilarse a sí mismo, pues, aunque el Océano parezca aniquilado sobre la superficie, en la oceánica profundidad habrá de permanecer puro, siendo progenitor de infinitas estrellas. ¡He aquí las perlas que adornan al rojo y flameante oro! ¿Os convertisteis en alquimistas, tal como os enseñé? ¿Descubristeis la preciosa piedra, cuando cada cual escudriñó en su desierto? ¡Oh, sentid la cálida y redentora esencia de vuestra alma que bajo iridiscente bóveda otra vez quiere volar entre astros y astros, y caminar por tierras y tierras! El que vuela adentro de sí mismo, ¡he allí el que trasciende! He allí a quien cuya consciencia de nuevo despertará gloriosa, para volar aún más, ¡para seguir creciendo en su mar! Y cuándo el mar crezca y crezca tanto, hasta cubrir por completo el desierto, y no solo el desierto, también el valle, y la base de la Montaña, la cresta empinada y por último la emperatriz cumbre, hasta no tratarse el Ser nada más que de puro mar, consumados bajo el agua los cinco orbes, donde cuerpo, corazón, mente, espíritu y alma entrelazados se encuentran… ¿hacia dónde irá ese mar infinito? Y cuándo todos los mares lo cubran todo en un único Océano, ¿hacia dónde irá ese océano? ¿Los peces querrán salir otra vez? ¿Pero a dónde saldrán si ya no hay tierras emergidas? ¿O vivir en la tierra no será querido más, pues el Océano primordial es todo lo que el Ser siempre había anhelado? ¿De las profundidades emergerán nuevas tierras que obligarán al océano a dividirse otra vez en grandes mares, y éstos en mares más pequeños, y esos mares pequeños en golfos, y éstos en lagos, y los lagos en lagunas y las lagunas en charcos? ¿Un ciclo infinito de almas, donde el Gran Océano deriva hasta los charcos inmundos, y esos charcos vuelven a crecer prolongadamente hasta que los mares deriven en aquel mismo océano? Pues, para que el mar se llene, ha de llover en la sopa cósmica, y para que llueva universalmente aquel océano tiene que evaporarse por el intenso calor de todas las almas unidas en una sola esencia, donde aquellos que se amaron y odiaron con pasión, ahora todos juntos en lo Único convergen, hasta que llegado el momento, otra vez de las profundidades nacerán nuevas tierras emergidas, cada vez más altas, y los mares separados nuevamente estarán, listos para buscarse de nuevo y crecer otra vez en el eterno ciclo de la existencia.

Oíd, hermanos míos:

Vivir no es *dormir*. Tampoco estar despierto. Vivir es *soñar*.
Morir es *despertar del sueño*, para volvernos a quedar dormidos y luego *volver a soñar*.
Pues el *somnoliento* aún no ha dormido lo suficiente, y quiere seguir durmiendo para *seguir soñando.*
Solo despierta *sin sueño* el que duerme *sin haber soñado*.
Solo está muerto el que jamás ha llegado a estar vivo.

«Hermanos míos, yo no os he prometido el reino de los cielos. Yo os he revelado: *el Reino de los Abismos*».

CUARTA PARTE

EL VERBO DE LOS ABISMOS

Quien ha muerto pasa a formar parte de las ideas.

De ahí que a los muertos también se les idealice.

Antes que idealizar a los muertos prefiero idealizar a la idea misma.

Pues el mundo tal y como es no me gusta, no me siento identificado con él.

Pero… ¿realmente el mundo es lo que debería ser?

Si no te gusta el mundo... ¡destrúyelo!

Vuelve a crearlo a tu imagen y semejanza.

Ay, pero ¿cómo se destruye el mundo? ¿Cómo?

Hermanos míos, si con la palabra se puede crear, con la palabra se puede destruir...

Y esta es mi palabra: «ÁVADON».

Egocentrismo y Egolatría como pulsiones de la Divinidad.

El egocentrismo es la doctrina de quien, por un exagerado auto-enaltecimiento, ha sido arrastrado a pensar de sí mismo como si se tratara d*el centro del Ser* y de la totalidad en el Universo, donde todas las cosas, incluidas sus razones y sentidos, convergen en *una sola razón* y en *un único sentido* a través de *un solo individuo*. De esta manera, el egocéntrico, cree que solo él y nadie más que Él es digno de la máxima virtud, que únicamente él tiene la capacidad de soportar todos los dolores y, siendo de tal forma muy superior a todas las demás criaturas, éstas deben sumirse a su voluntad divina.

La egolatría es la doctrina del individuo que es consciente de su *propia belleza* y de su *propia grandeza,* a las cuales percibe en sí mismo durante cada instante de vida como una equiparación de todas las demás bellezas y grandezas que constituyen al mundo como totalidad. El ególatra se admira y *adora a sí mismo* con tan profunda *elevación* del espíritu, que no admite a nada ni a nadie por encima; pero no quiere tampoco encontrarse arriba de todo, sino que su QUERER SUPREMO gira en torno al deseo ferviente y apasionado de que *todas las bellezas confluyan* en una auténtica explosión de grandeza universal.

La idea de Dios procede tanto del egocentrismo como de la egolatría. Las religiones *politeístas* son ególatras, mientras que el *monoteísmo* es egocéntrico. El concepto de lo divino es un reflejo espiritual del ansia cósmica por lo Único y «central», cosa en cuestión, a lo largo de toda la historia, ha derivado a través de las religiones más espirituales en aquello que comúnmente se conoce como *mesianismo*: un conjunto de creencias y tradiciones poco fundamentadas que entronizan sus esperanzas en el advenimiento de un supuesto «salvador universal», enviado por *la Divinidad* para consumar todas las cosas en un reino de paz y armonía «eternas».

Los principios de la tradición mesiánica han tenido su origen en los dogmas del *mazdeísmo*, religión fundada por el profeta persa Zoroastro hacia el 650-583 a.C. De estas creencias bebió profundamente la tradición judía, probablemente durante los años en que el pueblo hebreo permaneció cautivo en Babilonia, imperio conquistado por los persas en el

año 538 a.C. bajo la tutela del emperador *Ciro el Grande*, quien liberó a los judíos de su cautiverio y permitió que éstos regresaran a su tierra.

Durante aquellos largos años, en los que la guerra, la esclavitud y la injusticia chocaban contra una gran espiritualidad, en medio de las culturas donde esa espiritualidad era más profunda nacieron los grandes profetas *bíblicos* de la antigüedad, entre ellos el profeta Daniel, quien es considerado como uno de los más grandes «anunciadores» del mesías judaico: *el Cristo*, término que proviene del griego *khristós* (ungido).

Los judíos, durante su cautiverio en Babilonia, se habrían impregnado con gran parte de la tradición mazdeísta: el concepto del Bien, bajo la representación del dios creador y benévolo *Ahura Mazda* –de allí el nombre de su religión: Mazdeísmo–; el concepto del Mal, bajo la representación del dios destructor y malévolo *Anra Mainyu* también conocido como *Arimán*; por lo que si sois bastante entendidos encontraréis una analogía entre el bondadoso dios judeo-cristiano *Jehová*, y el ente maligno conocido como *Satán*, que proviene del vocablo hebreo *ha-shatán* (cuestionador, opositor, adversario); esta noción «moral» del Diablo procede, efectivamente, de la doctrina zoroastrista. Tal es la razón de que muchos años después, durante la primavera del año 1883 d.C., el filósofo alemán Friedrich Nietzsche utilizara la figura de Zoroastro para dar luz a su obra cumbre: *Así habló Zaratustra*, donde sería el mismo Zaratustra (Zoroastro) quien se dispondría a dirigirse a los hombres para impartirles una nueva enseñanza donde los conceptos morales del bien y del mal deben ser superados para evolucionar al *Superhombre*. El mazdeísmo también predicaba el dogma del Último Juicio, el dogma de la resurrección general de los muertos, así como el dogma de la lucha escatológica entre *la Luz* y *la Oscuridad* hacia el *final de los tiempos*.

Como veréis, todas estas nociones metafísicas tienen su origen en aquella *doctrina egocéntrica* que ha dirigido los destinos de la humanidad durante tantos siglos y que aún prevalece por culpa de la *tradición cristiana*, que en la figura mesiánica del *Cristo* representa la más grande expresión de egocentrismo que el mundo ha conocido. Tal cosa ha sido de gran perjuicio para el hombre, ya que le ha sumido en una especie de «estancamiento espiritual» donde la espiritualidad dejó de crecer para comenzar a caer, cuestión penosa que ha permitido elevarse a la carne por encima del espíritu, siendo que ambos deben ser uno a la par, y volviendo de esta forma al hombre espiritualmente mediocre.

La doctrina egocéntrica debe ser sustituida por la *doctrina ególatra*. Todos como humanos seres, tratándonos nosotros de los únicos que

damos o dejamos de dar sentido a las cosas, tenemos que volvernos ególatras y entender que dentro de cada uno existe *la Divinidad*, no como un ente supramundano que nació afuera, sino como un ente *intramundano* que nace adentro: un *único* y a la vez *múltiple* dios que es tanto *creador* como *destructor* y que individualmente existe en el interior de cada ser inteligente en una suerte de «poli-ateísmo».

En efecto, hermanos míos, nuestra doctrina es que todos somos dioses; pues si *el Cristo* se llamó a sí mismo «Dios», ¿por qué no habríamos nosotros de llamarnos Dios también? Y no os engañéis, hermanos, tened algo de entendimiento: *Jesús de Nazaret* no era el *hijo* de un dios, ni el *padre* de un dios, ni el *espíritu* de un dios… ¡él era un hombre superior, pero de carne y nacido de la carne, como tú, como yo y como todos los hombres que han pisado esta tierra! No vino al mundo por obra de una «concepción inmaculada», sino que fue concebido igual a cualquier otra criatura mortal que ha existido: a través de la cópula entre macho y hembra donde aquel implanta la semilla de la vida en aquella uniendo un espermatozoide con un óvulo, según el Espíritu de la Ciencia. *El Nazareno* nació y murió como un humano ser normal, solo que su espiritualidad, como bien sabemos los entendidos, era muy superior a la de todos sus congéneres. Tampoco resucitó al tercer día, ni resucitará en el futuro, ni vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, pues ya os dejé muy en claro que todas estas tradiciones provienen de la *doctrina de Zoroastro* y que fueron heredadas por el judaísmo del *Segundo Templo* (porque, como todos sabéis, y si no sois unas simples ovejas ignorantes, Jesús de Nazaret, así como sus discípulos, eran judíos). Y si no me creéis, y estáis en vuestro derecho, entonces… ¡investigad! ¡Pero dejadme de lado esa estúpida «fe ciega» que tanto daño le ha hecho a la verdadera espiritualidad!

Dejad de creer en el dios egocéntrico y empezad a creer en el *dios ególatra*: en el *dios que existe adentro* de ti. El *dios de las fortalezas* abismales que habita en *el Reino de los Abismos*, el último y más poderoso de todos los reinos, donde *cada hombre* es un abismo y el *rey* de su propio abismo. A este dios ególatra debemos rendirle culto con las más cuantiosas *ofrendas*: carne, sangre, espíritu, alma, vestidos, oro y piedras preciosas, porque solo entonces *el mundo será grande y bello* para quien así lo perciba. Yo soy Dios. Tú eres Dios. Somos dioses. ¡He dicho!

El Barón y la Dama.

Decidme, hermanos míos, ¿no es *la Mujer* acaso *la Madre* de todas las carnes? Pues cualquier manifestación de belleza, natural o artística, debe el origen de su valor a la hermosura femenina. El Humano Ser, hombre como especie y centauro aventurero, busca siempre lo bello porque está enamorado de la divinidad que irradia la beldad femínea. Solo basta que el niño, cuya consciencia y espíritu recién han despertado, se deleite con la imagen de una venus primorosa, para que nazca en él un profundo anhelo de participar en aquella gracia que le embarcará en una búsqueda eterna llena de placer y dolor. De suerte, amigos míos, que *la Mujer* es lo que llamaron: *belleza en sí*.

Decidme también, hermanos, ¿no es *el Varón* acaso *el Padre* de todos los espíritus? Pues es quien engendra impulsado por un querer en lo bello, produciendo por debajo o por encima de su carne. Anhelo de una belleza eterna, más allá del cuerpo y de sí mismo, es el comienzo de toda creencia en un mundo superior. De una profunda y desoladora espiritualidad ha surgido esta manera de ver la vida, y también la muerte. De varones que anhelaron fundirse con una suprema hermosura, pero al no poder alcanzarlo en su carne despreciaron el cuerpo, volviéndose mucho espíritu y poca carne, de aquí nace la idea de un *paraíso* y *reino celestial*. ¿Y cómo culpar a esos grandes varones? De suerte que toda búsqueda de perfección tiene su origen en el espíritu masculino.

La substancia, la materia, la carne, la forma; estos sustantivos que describen el mundo físico tienen una significación femenina. La Vida misma, la Madre Tierra, aluden a que la naturaleza donde se produce la existencia de las cosas posee una esencia femínea, donde el origen cósmico de todo lo material reúne en sí todo lo que significa la Mujer.

El Espíritu, el Alma, el Ser; estos aspectos que por otro lado representan lo que hay más allá de la materia poseen un sentido masculino. El conocimiento es impulsado por la esencia varonil que impregna al mundo físico de una razón cognoscible para el individuo consciente. El que conoce está buscando saber, y la Sabiduría es de naturaleza femenina, donde el pensamiento, que es masculino, quiere ser uno con ella. Todo lo que otorga movimiento a las cosas a lo largo y ancho del cosmos posee un origen masculino, y a su vez dicho movimiento debe

su naturaleza a que por medio de él busca penetrar en la esencia femenina del mundo: en la Sabiduría.

De esto podemos obtener la respuesta a la pregunta de por qué el materialismo destruye la espiritualidad, y de por qué el materialismo conduce al desenfreno sexual, cosa tan común en épocas donde el espíritu se quiebra. ¿Nos encontramos acaso en la era actual en un «punto de quiebre», siendo este no un quiebre espiritual, sino material?

La mujer no puede entender al varón, ni el varón a la mujer... ¿Por qué? ¡Porque carne y espíritu van en direcciones contrarias, cuando deberían marchar el uno hacia la otra, y constituir un solo ser al fin!

El hombre sabio; es decir, el individuo que goza de una espiritualidad muy superior a la del promedio, ama la feminidad con una intensidad cósmica, y, paradójicamente, es el que más se aleja de la carne. Ha sido así en toda la historia de la Humanidad. Sin embargo, es la hora del gran salto: el espíritu no debe querer ya alejarse del mundo físico, no debe despreciar ya a la materia y a la carne y considerar que están por debajo. A través de la misma espiritualidad y en virtud del conocimiento, el mundo físico, material y carnal por fin se elevará hacia el espíritu, donde éste le reafirmará.

Sabed esto: el macho ha nacido para amar a la hembra, y la hembra para amar al macho a través del espíritu divino y la belleza divina. El macho que se vuelve *homosexual* es porque quiere ser *uno* para siempre con la *esencia* de la hembra siendo macho, y la hembra que se vuelve *homosexual* es porque quiere ser *una* para siempre con la *esencia* del macho siendo hembra. Dicho anhelo conducirá al hombre a su gran transmutación: la del ser *andrógino*, que a través de la tradición tiene como símbolo a las criaturas angélicas.

Desde un punto de vista científico, y en consecuencia de los muchos cambios que han venido acaeciendo durante los últimos años, tanto materiales como espirituales, las «hormonas» del hombre que se conocen como «andróginas» y que configuran los caracteres sexuales de cada individuo, irán mutando en las generaciones futuras. Cada vez son más los varones que presentan características femeninas, sicológica y físicamente, así como las mujeres que reflejan caracteres masculinos. Eventualmente comenzarán a nacer individuos que posean ambos sexos y tengan la capacidad de reproducirse por sí mismos, hasta que, en algún momento, aparecerán seres asexuales, sin ninguna clase de sexualidad en su configuración.

«Tú, varón, ¿por qué desprecias a la mujer? Es la mujer quien te da la vida, de comer y vestir. Es la mujer quien te cuida desde niño y aún lo hace cuando podéis valerte por ti mismo. Es la mujer quien te hace suspirar de amor haciéndote pensar en las cosas más bellas de este mundo, infundiendo valor a tu alma, impregnándote de las más grandes ganas de vivir. Es la mujer quien te hace enloquecer de placer, es ella quien hace vibrar cada fibra de tu carne y de tu espíritu hasta llevarte a los lugares más lejanos y maravillosos; es quien te hace sentir vivo, pleno, vigoroso, poderoso, Monarca entre los monarcas; es ella y su *imagen* el sentido más profundo y a su vez más superficial que da sentido a todos los demás sentidos. ¿Cómo podríais odiarla, a ella, a tu reina, a tu diosa, a la madre y amante de todas las delicias del universo?».

«Y tú, mujer, ¿cómo podríais odiar al varón, si él es quien más os puede llegar a amar, si es el varón quien mejor puede distinguir y valorar la belleza de tu cuerpo y de tu alma? ¿Cómo podríais menospreciarlo, a tu príncipe, tu rey, tu dios, que en ti siembra la semilla de la vida y adorna con rosas el jardín de tu hermosura, *este* varón que no anhela otra cosa más que amarte, gozar de tus delicias hasta el final de su existencia, viviendo a través de ti y creando a través de ti? ¡Dulce y embriagadora mujer, bálsamo para el más profundo de los dolores, olvido de las cosas horribles, tú que juegas al rompecabezas armando y destrozando corazones! Contigo la vida es vida. Aún contigo no existe el miedo a la muerte. ¿Qué importa morir, si tú nos das la vida? ¿Qué importa si tú nos quitaras la vida? Morir por amarte es la más bella de todas las muertes. ¡Quítame la vida si es preciso, pero no impidas que yo te ame!».

«Varón y mujer dejad vuestras diferencias. Varón y mujer amaos sin prejuicios, sin miedos, ni ataduras, ni cadenas. En uno solo convertíos para dar luz a una belleza *gran-diosa* y superior que a través de *mares dorados* os mostrará el camino a un *Nuevo Mundo* de eternas maravillas».

«Varón y mujer que se amen con profunda pasión no deben unirse en matrimonio. El sello nupcial será quizá la muerte de aquel amor poderoso y llameante. Acaso lo mejor para ambos sería que vivieran en la misma naturaleza del sentimiento que les atrae: con pasión y sin compromisos. Tan separados como unidos. Cada uno viviendo su propia vida sin dejar de quererse ni de amarse. El matrimonio, el concubinato, aún el noviazgo, esto constituye una prisión que termina por destruir la inocencia y pureza del amor y aquella fogosidad característica. Tal como un sabio dijo: «Lo mucho cansa. Lo poco agrada», dos amantes no deben «unirse» para convertirse en esclavos el uno del otro, sino para crear algo

bello, «procrear» cosas hermosas y divinas que les ayuden a vivir con alegría. ¿Son necesarios el matrimonio, el concubinato y el noviazgo? La tristeza de unos años aburridos que se alargan hasta el final de la vida, o el arrastre de una corriente de amores que se pierden a través del tiempo dejados llevar por sentencias, mentiras, celos y posesiones: «Tú eres de mí y de nadie más». ¿En serio? ¿Qué es aquello que vulgarmente llaman «infidelidad»? Consagrarse a otra persona, tanto sentimental como sexualmente, ¿no es eso otro tipo de esclavitud? ¿Acaso no había sido ésta abolida? «Pero nos amamos, por eso debemos casarnos». ¡Oh, hermanos míos! Yo quisiera que el amor fuera en vosotros un mundo que se os abre cual inmenso jardín donde podáis correr libres comiendo del fruto que os apetezca y oliendo todas las rosas que os provoque. ¿No serían las personas así más felices? ¿No dijo cierta vez un poeta muy necio: «Aprendiendo a alegrarnos mejor es como mejor aprendemos a no imaginar daños»? ¡Que el amor sea entonces para vosotros, varón y mujer, la llave que os abra la puerta del mundo y la de todo el Universo! El amor basta por sí solo para uniros. No necesitáis casaros, no requerís vivir juntos, ni enlazar un noviazgo. Solo se ama de verdad «lo que hace falta», y dos esposos, ¿cómo podrían amarse y necesitarse de verdad si todos los días están juntos? ¡No! ¡Sed vosotros como elfos perdidos en la maleza del bosque, donde os buscáis y unís no por obligación, sino por verdadero amor y deseo, por querer perderos de vosotros mismos a través del placer y el éxtasis de instantes divinos que vuelven más apetecible la vida!».

De la Bestia y su imagen.

Somos Carne y Espíritu. Cuerpo y Alma. Varón y Mujer.

O sufrimos por ser mucho espíritu, o lo hacemos por ser mucha carne, o bien por ser muy poco de ambos.

El varón es más espíritu que carne. La mujer, es más carne que espíritu.

Dado que se ama lo que no se posee, por eso el varón ama a la mujer: por su carne; y por eso la mujer al varón: por su espíritu.

El varón mediocre es aquel que es mucha carne y poco espíritu, o poco espíritu y poca carne. La mujer mediocre es aquella que es mucho espíritu y poca carne, o poca carne y poco espíritu.

El varón que no se ha vuelto carne es un *espíritu desolado*. La mujer que no se ha vuelto espíritu es una *carne desolada*.

¿Qué tienen en común un *santo* y una *ramera*?

En que el santo sufre demasiado por ser mucho espíritu, añorando ser también mucha carne; y la ramera sufre por ser mucha carne, añorando ser también mucho espíritu. En ambos casos las almas bajas *fornican espiritualmente* con el santo y *fornican carnalmente* con la ramera. Mas la paradoja consiste en que la ramera es la más adecuada para enseñarle al santo a ser mucha carne, y el santo es el más adecuado para enseñarle a la ramera a ser mucho espíritu.

Hace muchos años existió *un santo* que deseó la carne de una ramera, y *una ramera* que deseó el espíritu de un santo; pero la *moralidad* de un *dios invisible* se interpuso entre ellos, y entonces el santo no se volvió mucha carne, y la ramera no se volvió mucho espíritu.

¡Un *Gran Santo* para una ramera, y una *Gran Ramera* para un santo!

Oídlo, hermanos míos: el hombre es una bestia. Cuatro bestias: *la bestia salvaje*, *la bestia espiritual*, *la bestia carnal* y *la bestia álmica*.

El destino del hombre es llegar desde la bestia salvaje hasta la bestia álmica, pues *la Bestia* es el principio y el fin.

En una época muy remota el hombre era la primera bestia: pobre de espíritu y pobre de carne. Entonces despertó su consciencia, y así la bestia salvaje adquirió espíritu.

Y mientras el espíritu crecía más y más hasta alcanzar un grado *supramundano*, la impureza de la carne causábale mucho sufrimiento: «El espíritu es creador. La carne destruye lo creado», dijo el hombre espiritual.

En virtud de haber sabido de su espíritu antes que de su carne, el hombre quiso olvidarse de ésta, y así dijo: «Yo soy puro espíritu. La carne es falsa. El cuerpo muere, pero el espíritu prevalece inmortal, de lo contrario no tendría sentido la Vida». Entonces el espíritu creció, pero la carne volvióse cuestión penosa. Y el hombre era la segunda bestia: mucho espíritu y poca carne.

Entonces en la cúspide más alta de la espiritualidad llegó un gran varón que, siendo magno de espíritu, ansió consumar esa sobreabundancia en la carne para solventar su desolación; pero tuvo miedo del Abismo, y al marchar al desierto, miró hacia arriba, anhelando un mundo de eterna dicha donde la carne inmunda no atormentara jamás al espíritu puro; y a ese mundo de ensueño lo llamó «el reino de los cielos». Y a aquel lo nombraron: *El ungido de Nazaret*.

Y después de que ese gran varón tomara la decisión de marcharse de esta tierra, pues si la carne es falsa ya no había razón alguna para continuar sufriendo en este mundo, volvióse aquel «el Espíritu Santo» y «la Verdad», pasando a convertirse la carne en el «gran adversario y origen de todos los males». Pero como ya no había cabida a ninguna creación, pues ahora el creador es *uno solo*, cayó el verdadero espíritu en una *profunda decadencia*, y al tratarse la carne de cosa prohibida, empezó ésta a fortificarse, pues todo fruto prohibido causa tentación, y al que se le prohíbe, se le incita a violar la prohibición.

Entonces el hombre se hizo mucha carne, pero se olvidó de su espíritu, diciendo: «Soy puro cuerpo. El alma y el espíritu son un engaño». Sin embargo, al participar de su carne como ente maligno, volvióse ésta sucia y vulgar. Y el hombre es ahora la *tercera bestia:* poco espíritu y mucha carne.

Pues ha perdido su destino y su rumbo, volviéndose en alto grado miserable y mediocre, por ser pobre de espíritu.

Oídlo, hermanos míos: mucha *espiritualidad* conduce a la soledad y a la locura, y mucha *sensualidad* lleva a la excesiva compañía y al abandono de sí mismo.

Pero ahora ha llegado otro gran varón que también es magno de espíritu, y que ansía consumar esa grandeza en la carne. Aquel, a pesar de su miedo, ha «mirado hacia abajo», anhelando un mundo donde carne y espíritu se brinden mutua producción y mutua consumación. Y a ese mundo de «espiritualidad carnal» lo ha llamado: *el Reino de los Abismos*.

Y para que el espíritu y la carne por fin se vuelvan uno, debe liberarse una cuarta bestia que deriva de las anteriores: una bestia con

mucha carne y con mucho espíritu. Comienza aquí: *el reinado de la bestia álmica*.

Porque ahora será el Hombre tanto espíritu creador, tanto carne que participa de su creación. Un espíritu grande unido a una carne grande dando forma juntos a un alma grande en el Mar Esencial.

Espíritu perfecto y carne perfecta es *la Bestia*, y por eso esta es su cifra: *seiscientos dieciséis*. Pues el seis (6) es símbolo de quien se dirige a *la Perfección* (7); es decir: *el que busca ser siete, pero aún no pasa del seis* (6=6=6), y uno (1) quien le llevará a su elevación (6+1=7=1+6).

Un seis es el espíritu que se eleva hasta la carne perfecta (6>7), y un seis es la carne que se eleva hasta el espíritu perfecto (6>7). Uno (1) son ambos, carne y espíritu, unidos en un solo ser liberando a *la Bestia* (616) encarcelada en *el Reino de los Abismos*.

Así *el Varón* es todo espíritu que no se libera de la carne, sino que se reafirma en ella, y *la Mujer* es toda carne que no se libera del espíritu, sino que se reafirma en él.

El varón que era puro espíritu habla por medio de su carne, y la mujer que era pura carne lo hace por medio de su espíritu. Esto es: *la imagen de la Bestia.*

Porque *la Bestia* se encontraba en prisión al tratarse el varón solo de espíritu, y al tratarse la mujer solo de carne, como así en el desierto de los espíritus no existen las imágenes, y en la montaña toda flor de carne es una belleza aparente. Solo al unirse el espíritu con la carne y la carne con el espíritu se libera *la Bestia*, y ésta puede hablar y dejarse ver en todo su esplendor.

Pues este es el QUERER SUPREMO: *la Perfección* (7) del que es entero carne y entero espíritu (616), por lo cual ha visto su existencia consumada en el mar del alma que se ha elevado hasta alcanzar el océano, y ya no hay tierras emergidas, ni aridez, ni sequía, porque *el mar es lo único que existe*.

¡Abrid bien los oídos, varones y mujeres grandes! He aquí el llamado de *la Bestia*:

«Vosotros varones volveos enteramente espíritu y luego liberad ese espíritu en la carne. Vosotras mujeres volveos enteramente carne y luego liberad esa carne en el espíritu. El varón no debe volverse carne siendo pobre de espíritu, porque así su propia carne le quemará. La mujer no debe volverse espíritu siendo pobre de carne, porque así su propio espíritu le pudrirá. Los que han logrado escuchar mi llamado, grabad mi cifra en vuestras frentes, símbolo de la doble perfección, carne y espíritu,

vueltos uno (616), y *la Marca* de mi imagen en su mano derecha: el sigilo de los cinco orbes del ser en *el Triángulo Abismal*».

Pues decidme, hermanos míos, ¿quién es como *la Bestia*? ¿Y quién puede competir contra ella?

De diablos y demonios, luciferes y satanes.

Aquello que moralmente se conoce como *el Diablo* solo es una fuerza negativa o decreciente, sea benigna o sea maligna, la cual proviene de nosotros mismos. Mas no es una fuerza en exclusivo maléfica, porque en realidad nada ni nadie es malvado por esencia, sino que algunos sucumben ante la obscuridad y otros sucumben ante la luz; por ejemplo: Nietzsche llamaba diablo al «espíritu de la pesadez», considerándolo como su «enemigo capital». Yo llamo diablo a todos los «escombros» que ensucian y estorban en los cinco orbes del Ser impidiéndole al alma mostrarse tal y como es; es decir: *el Diablo* es lo que nos impide ser *el que somos*.

Aquello que moralmente se conoce como «demonio» y que por la errónea interpretación de muchas culturas de naturaleza moral alude a «entes espirituales malvados» en realidad se trata de una fuerza positiva o creciente, tampoco benigna ni maligna, que hace al espíritu «henchirse y producir». El término proviene del vocablo griego *daimon* que se traduce como «conocimiento, sabiduría», y para los griegos, representaba a una casta de seres espirituales que inspiraban a los grandes sabios y a los grandes artistas helénicos, además de *las Musas*. Lo que la pobre y pérfida visión cristiana denomina como «posesión demoníaca» solo es lo que Nietzsche llamó un estado de «embriaguez», donde el individuo se ve impulsado a producir y a participar de las cosas mediante un acto artístico y creativo que en ocasiones tiene que ser destructivo, pues para crear las nuevas cosas, hay que destruir las viejas cosas. Acaso los que están diabólicamente poseídos son ellos, todos los cristianos, endiablados por un terrible conjuro que en lugar de inducirles a producir les induce a «consumir».

Aquello que moralmente se conoce como *Satán* o *Satanás* solo es el nombre con el cual los antiguos israelitas designaban a sus enemigos, y que ahora es símbolo del Mal para los «seguidores de Cristo». Todo lo que vaya en contra de la doctrina judeo-cristiana es considerado a su juicio como *el Adversario*. Según ellos, se trata de una potencia diabólica manifestada a través de una criatura mítica que gobierna en *los infiernos* siendo el «príncipe de los demonios». Desde la *Edad Media,* el nombre de Satán se ha correspondido con el de *Lucifer*, antigua deidad de

la mitología romana que se correspondía al planeta Venus, estrella vespertina o «lucero del alba» que en razón de su etimología (*lux ferre*: «dador de luz») sirvió como una suerte de «conejillo de indias» para asegurar el poder de la Iglesia Católica arraigado en aquella época tan oscura. Según el catolicismo, y debido a que «la estrella de Eósforos» aparece en el cielo como un astro errante, no en concordancia con los demás por tratarse de un planeta, inspiró el mito católico del «Ángel Caído». De acuerdo a la visión católica, Lucifer fue un ángel de la orden de los *querubines,* un ángel hermoso y resplandeciente (de ahí su nombre) que se reveló contra Dios, impulsado por *la Soberbia* (el verdadero pecado original, según esta religión), por lo que Dios le desterró a los infiernos junto con los demás ángeles rebeldes con ayuda del *arcángel Miguel*, otra criatura mítica.

En realidad, *Lucifer* es aquella deidad que para muchos representa simbólicamente la iluminación, la sabiduría y la carnalidad del espíritu. No representa al bien ni al mal, sino el camino hacia *la Elevación* mediante el conocimiento de *lo que somos.* Esto debido a que rendirle culto al bien sumo o al mal sumo es «entregarse al diablo», Lucifer es pues lo opuesto al Diablo, porque *el Diablo* es «lo que hace caer todas las cosas, lo que arrastra hacia el Abismo, lo que estorba en el camino de *la Iluminación*» mientras que el «dador de luz» significa, en efecto: «las alas del espíritu, el dominio del abismo interior, la puerta hacia la auto-iluminación». Podríamos afirmar, en sentido nietzscheano, que Lucifer es el camino que nos llevará hacia el *Superhombre*, y en sentido de la doctrina ególatra o avadonista: lo que nos transformará en *la bestia álmica*.

«Em-manu-el»

Vosotros os jactáis de ser «los buenos» porque decís creer en Dios. ¡Muy bien, queridos hermanos, yo bien que respeto eso! Mas decidme ahora: ¿habéis *sentido* alguna vez a ese dios? *Creer* no es *sentir*: es el primer paso para sentir. De seguro responderéis que sí lo habéis sentido, pero yo veo más allá de vuestros corazones y os digo que... ¡estáis mintiendo! Algunos serán más sinceros al responder: «No estoy seguro. ¿Qué es *sentir a Dios*?», o acaso diréis en su lugar: «No, no lo he sentido».

Solo quiere lo que está vivo, así que Dios únicamente os vale mientras sigáis con vida, no cuando hayáis «desaparecido» de este mundo; pero la *escatología mitológica* os engaña al haceros creer que algún día, después de morir y «resucitar» en otra vida y otro mundo mejor, estaréis con ese dios, y que en esta vida y este mundo debéis ser fieles y «estar cerca» de él en el placer y en el sufrimiento porque de lo contrario no podréis gozar jamás de su «eterna presencia». Esto es una vil mentira que nada más resulta útil para perpetuar un asqueroso dogma que está condenado a la *ruina*. Confesadme, hermanos, si no habéis llegado a *sentir* de verdad y en ningún momento a Dios, ¿por qué aún creéis en la existencia de ese ente invisible? ¿Acaso por miedo? ¡Pero no se puede vivir por siempre asustado!

Bueno, no me os pongáis coléricas pequeñas ovejas refunfuñonas. Tranquilizaos y abrid vuestros espíritus, pues yo vengo a deciros la razón de por qué en verdad nunca habéis tenido el privilegio de sentir en vuestra carne y en vuestro espíritu la presencia de aquel «Padre celestial». ¿Por qué? ¡Porque no lo habéis buscado en el lugar correcto! Quien quiera *sentir,* ha de buscar el objeto por el cual desea sentir, y os puedo asegurar desde lo más profundo de mi abismo interior que Dios no está arriba en los cielos, no está debajo de la tierra, ni en las montañas, ni en los mares; no vais a encontrarlo en iglesias, ni en vuestro prójimo, ni adorando imágenes de fantasmas, ni mucho menos arrojando plegarias y oraciones a la invisibilidad de lo inescrutable. Dios *no está afuera del mundo*. Dios *está adentro del mundo*.

En toda la historia han existido hombres que dicen haber escuchado «la voz de su dios». Todos ellos decían la verdad, pero se equivocaron al pensar que ese llamado provino de afuera, pues *la Divinidad*, esa exquisita sensación de armonía y perfección entre el cuerpo, y lo que sea haya

dentro del cuerpo, ¡nace del vientre humano! Buscar a Dios es «buscarse a sí mismo», ¿comprendéis? Y cada individuo lleva a *un dios adentro*, por lo tanto… ¡todos somos dioses!, ya os lo dije. Esta es la razón de porqué han existido varones y mujeres de naturaleza excepcional que sobresalen por encima de la muchedumbre tanto como si fueran semi-dioses, como gustaban llamarles en épocas remotas, ¡pues ellos han conseguido despertar a su dios interior!

Una conexión perfecta entre carne y espíritu es cuando el Ser logra que su bestia interna se pueda expresar armónicamente a través del cuerpo, sin miedo, ni prejuicios ni clase alguna de náusea o vergüenza. De esta forma, *la Bestia* vive a plenitud porque hace lo que quiere, pero lo que quiere siempre va de acuerdo con la vida y la divinidad de un mundo embriagado por las ganas de vivir. Ese es el motivo de que el número de *la Bestia* sea el seis (6) que volviéndose uno (1) con otro seis (6) encuentra el camino hacia el siete (7). Espíritu henchido que no teme a la carne. Carne henchida que no teme al espíritu...

¡Oh tú, nazareno, nazareno! ¡Sin duda tú fuiste el seis que quiso ser siete, pero que tuvo miedo de unirse al otro seis y buscó ser siete en un reino celestial, en lugar de hacerlo en este mundo!

¡Oh, cordero que temió ser lobo! ¿Cómo no iba a ser tu adversario *la Bestia*? Pues la Bestia es quien no reniega de su carne y rotundamente afirma que el seis espiritual debe unirse al seis carnal para crear el anhelado siete que al Humano Ser habrá de sumergir en la más absoluta y auténtica divinidad.

En efecto: *Dios está con nosotros*.

Seiscientos diez y seis.

616 Es la cifra de *la Bestia* de bestias que se alza sobre todas las bestias.

Cualquier obra o proyecto que se emprenda *pensando* en esta cifra, está destinado al éxito, porque *la Marca* es una carne y un espíritu unidos en un solo ser.

Las *seis y dieciséis* de la mañana es la hora perfecta para abandonar el lecho: ni muy temprano ni muy tarde. Se ha descansado lo suficiente. En muchos lugares del mundo ha empezado el cielo a esclarecer, donde *Lucifer*, la estrella del alba, aún fulgura en la diurna cúpula, mientras hacia el ancho y oceánico horizonte los primeros flechazos del arco apolíneo nos saludan desde el mar.

Las *seis y dieciséis* de la tarde es la hora perfecta para abandonar cualquier trabajo o tarea que se haya desempeñado durante el día. Es el momento ideal para sentarse y gozar con el deleite de un fresco crepúsculo, ora en las montañas, ora en el mar. También puede disfrutarse de una ligera cena, pues tampoco es ni muy temprano ni muy tarde para la última porción de la jornada; o acaso también es la hora indicada para que el espíritu se vuelva uno con la carne a través de un bello instante de lujuria y pasión.

Seiscientos dieciséis también es la cifra del balance: un seis a la derecha y un seis a la izquierda. Lo mismo a un lado tanto como en el otro: el futuro será lo que fue el pasado porque ambos dependen de un único presente.

61 es el número del mundo espiritual, y 16 es el número del mundo físico, donde 616 es la Unidad Existencial que hace del espíritu un reflejo de la carne y la carne un reflejo del espíritu. De ahí que algunos le llamen «el número espejo», o «número álmico», en virtud de que la sincronía entre ambas realidades da a luz el número perfecto: *61+16=77*; es decir, *setenta y siete*; es decir, la «doble perfección», la «divinidad absoluta».

De aquella cifra derivaréis todas las demás cifras que os sean de utilidad en vuestra senda. A saber: seis, uno, seis; suman doce *más uno.*

Doce son los demonios que hinchen o atormentan al espíritu, y uno más, el *demonio del Tiempo*, que fue y vino, que va y viene, sumando *trece*; pues trece son los apóstoles demoníacos del que porta *la Marca de la Bestia* que tiene voluntad y poder sobre todos los demonios.

Sabed que un demonio no es bondadoso ni malvado; tampoco es alguna clase de *ente espiritual* que pueda «salir del Abismo» con la intención de apoderarse de otro ser vivo que no sea el sujeto donde tal demonio nace y muere. Un demonio es, básicamente: sentimiento y pasión, conocimiento y sabiduría.

Seis, uno, seis: suman doce *más uno*. Doce (12) son las lunas en un (1) año solar.

Doce (12) son los «Templos Zodiacales», y uno (1) más, el que porta a la Serpiente que gira eternamente en *la Rueda del Tiempo*, llamado *Ofiuco*.

Seis, uno, seis: suman doce *más uno*. Doce (12) fue el año solar donde inició la cuenta regresiva hacia la Gran Instauración (2012), y un año más (2013), donde la chispa comenzó a encenderse en una obscuridad cada vez más grande.

Seis, uno, seis: suman doce *más uno.* Al invertir el doce (12) obtiénese el veintiuno (21).

Veintiuna (21) es *la Centuria del Dragón*, donde la Obscuridad trae la Iluminación. Porque veintiuno son los *espíritus del desierto* y vigésima primera es la voluntad *draconiana*.[143]

Si se desea obtener lucro en toda clase de operación financiera, quien posea *la Marca de la Bestia* utilice *el Número* (616) como cifra base, de la cual derivaréis una serie de cifras grandes y pequeñas, algunas de las cuales también son símbolos:

En sentido decreciente, tenemos los números 308, 154 y 77 (el «divino par», dícese de la cifra que simboliza al «ser perfecto»); también el 39 (que son las menciones a *la Bestia* en la obra bíblica de las Revelaciones); luego el 20 (año solar de la Centuria del Dragón donde *el Rey de los Abismos* comenzó a traer las «plagas» que purificarán el mundo); después el 10 (una década o decenio donde se producen acontecimientos importantes); seguido del 5 (los años en que consta una carrera, un proyecto, un cambio relevante); el 3 (los números de la Cifra Perfecta) y por último el 1, la Unidad carne (6) y espíritu (6) al fin unidos (616).

En sentido creciente: 1232 (Mediodía; o sea, el Sur); 2464 (Medianoche; es decir, el Norte) seguido del 4928, 9856, 19712, 39424, 78848, 157696, 315392, 630784, 1261568 y así hasta el infinito.

También podéis utilizar los decimales 6,16; 61,6; 16,61 y 61, 16.

---

143 «Veintiuno también fue el año del siglo nuclear. Desde mares sempiternos la Bestia comenzó a despertar. El Reino de los Abismos en un año más os es revelado, cuando el Avadonista y su marca abren lo que había estado sellado».

Cualquiera puede sumar y restar las cifras como así lo desee y mejor le convenga, siempre que la cifra tenga como base el seiscientos dieciséis.

Os propongo este pequeño ejercicio:

Tomad un marcador de tinta permanente, pero deleble, que solo no se borre al deslizar un borrador sobre una pizarra.

Marcad la cifra 616 en cualquiera de las dos muñecas.

Dejad que la acción del ambiente vaya diluyendo la tinta del marcador (agua, sudor, humedad).

Ocurrirán los siguientes arcanos:

1) El número 616 se borra desuniformemente: esto quiere decir que debéis trabajar tanto en vuestra condición espiritual como en vuestra condición material. Hay poco espíritu y poca carne, es decir, que vivís en la absoluta pobreza y miseria, por dentro y por fuera.

2) Primero desaparece el 16 y después el 61: poseéis una espiritualidad superior a la del promedio: inteligencia, conocimiento y sabiduría, lo cual indica un espíritu profético, donde *la bestia espiritual* es capaz de ver o de sentir lo que se esconde tras el mundo de la materia. Tal cosa no significa obligatoriamente que tengáis la capacidad de ver fantasmas o de comunicaros con seres de «otros mundos», sino que en virtud de un espíritu elevado tenéis lo que se conoce como «intuición»: un ultra sentido espiritual. Sin embargo, esa riqueza espiritual no la compensáis en vuestra coraza. Sois tan profundos que el mundo físico parece tratarse de un «velo», un engaño de los sentidos donde *la Verdad* yace oculta y digna de ser vista solo por los ojos más sensibles. Pero si el espíritu es lo único real, ¿no es la carne un reflejo de éste? Si la «falsa envoltura» del mundo no cumple vuestras expectativas... ¿acaso no sería inteligente transmutarla, para que dicho mundo se corresponda con la «imagen» de *la Bestia*?

3) Primero desaparece el 61 y después el 16: gozáis de bienes materiales, cosa no significa que seáis ricos y poderosos, sino que dais más valor a lo que se percibe a la «vista» de los sentidos en lugar de a lo que se siente «sin ver ni tocar». Tenéis más «instinto» que «intuición». Para vosotros, no existe absolutamente nada más allá de lo que ha sido «revelado» en el mundo físico, lo cual refleja miseria espiritual disfrazada de una falsa espiritualidad: falta de conocimiento y sabiduría, dogmatismo religioso, adoctrinamiento, incapacidad de pensar, sentir y saber por sí mismo, así como también un «culto» permanente «al mundo

que ya está» e incapacidad de verlo con ojos propios para «crearlo de nuevo».

4) El número 616 se borra uniformemente: esto significa que tenéis un espíritu elevado y que dicha elevación se ha manifestado en la carne, o viceversa. Belleza espiritual que «resplandece» a través de la carne, en el caso de los varones; y belleza carnal que «brilla» a través del espíritu, en el caso de las mujeres. Sin embargo, aún no habéis llegado a la «consumación», por lo cual vuestro objetivo es seguir elevándoos hasta lograr que «el mar cubra toda la tierra».

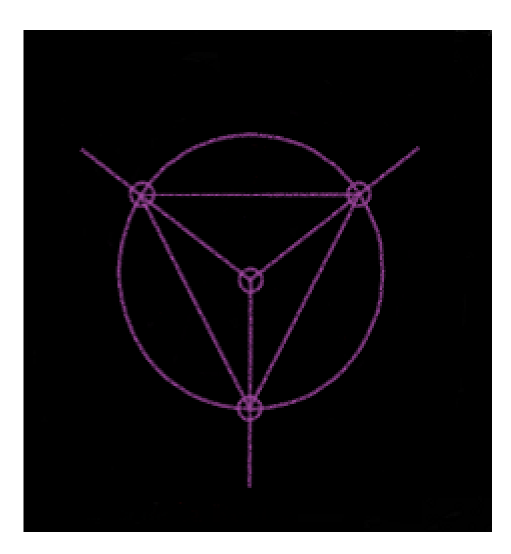
5) El número 616 no se borra: ¡bienaventurado y temible sea éste individuo! La tinta por naturaleza deleble se ha vuelto indeleble al obedecer su materia al espíritu que de la carne ha hecho suya para transformarla. ¿Acaso trátase esto de «magia»? Oh sí, porque la magia es muy real en aquel mundo donde nadie sea capaz de negar que la materia y la idea «son uno», donde el ser no es razón ni sentido, sino pura intuición e instinto.

¡He aquí la absoluta imposición!

«*La Bestia* declara, cual sello eterno, que cualquier obra o proyecto que no tenga como base la dualidad Carne<->Espíritu (616) está condenado a *la Ruina* (ÁVADON). Quien no posea *la Marca* no verá realizada su «consumación», y su espíritu se quemará, y su carne se pudrirá».

La Marca de la Bestia.

Este es *el Triángulo de ÁVADON*:



Pues un triángulo de cuatro puntos enclaustrado en una circunferencia *es* donde todas las cosas *son* y *están*: el corazón del hombre, la mente del hombre, el espíritu del hombre y el alma del hombre. Cuatro orbes primordiales confluyendo en un quinto orbe corpóreo sin el cual *no-serían* en un mundo que requiere de la materia para *ser*.

La circunferencia exterior representa al orbe físico: materia carnal en las criaturas vivas y materia corporal en el resto de los objetos; dicha materia, desde el interior del triángulo, ha de adquirir un sentido de belleza o de fealdad y una sensación de armonía o de caos. Para que el mundo material adquiera dicho sentido, razón y valor, *el Seis* (espíritu y carne que buscan elevarse al Siete: *la Perfección*) debe «entrar al triángulo», pues lo simple físico por sí mismo carece de valor si no existe una consciencia que lo valorice. De esta manera, *los tres orbes espirituales* se manifiestan por medio del cuerpo en virtud del simbolismo: Corazón -> emociones; Mente -> intelecto; y Espíritu -> sentimientos y pasiones.

El núcleo de la existencia, aquello que nombraron como *voluntad*, *devenir*, *hado*, *azar* o *divinidad* sea en los cielos, sea en los abismos: es el *orbe esencial del Alma*; de tal orbe emanan tres líneas que atraviesan tanto al espíritu, como a la mente y al corazón para

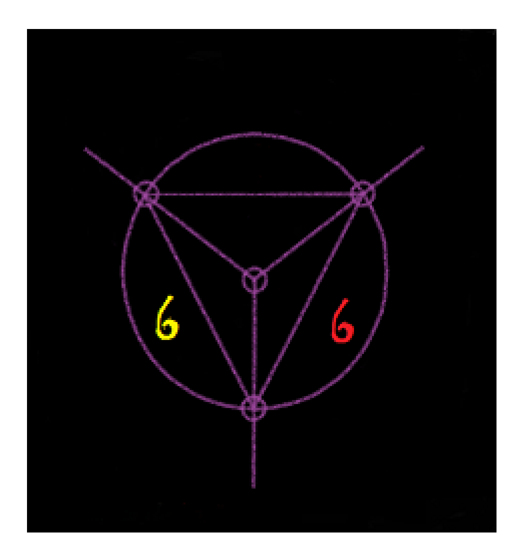
manifestarse hacia afuera del cuerpo donde imbuyen al Ser en la sensación de que existe algo más allá de sí mismo que mueve los hilos tanto de su destino como el de todos y Todo. Pero ese «más allá» en realidad es un «más acá», pues la potencia creadora y divina emana de «abajo» y no de «arriba»; es decir, que son las emociones, los pensamientos y los sentimientos del hombre quienes dirigen el destino del mundo como totalidad. Sin la consciencia del hombre, aun cuando «existiera» el mundo, no habría razón, ni valor y ni sentido en ese mundo. Por tanto, es el alma humana quien dirige *la Senda del Destino*, moviendo el caos, el azar y el devenir de otras almas en un gran «juego cósmico» de voluntades que se crean y destruyen a sí mismas, atrayéndose o polarizándose.

El alma grande tiene poder sobre la pequeña, siendo incluso capaz de mover *los hilares del tiempo y el destino* para aplastarla o hacer que obre según sus designios tanto más pobre de voluntad sea aquel espectro diminuto. Un individuo que produzca mucha «esencia», podrá atraer con gran fuerza hacia él otras esencias que le fortalecerán, y así ha de pasar lo que tenga que pasar, porque así lo quiere su poderosa y abismal voluntad que nace desde adentro, y *todas las cosas* conduciránle a donde su glorioso destino ha de llevarle, y todo lo pequeño, miserable e insignificante que se interponga en su camino será *arruinado*, *destruido*, *exterminado* y *aniquilado*.

De ahí el significado de la palabra ÁVADON, que es la castellanización del vocablo hebreo *Abadón*, que se traduce como «ruina, exterminio y destrucción». Por consiguiente, *el Triángulo de ÁVADON* es la marca del Ser Abismal, del individuo grande y superior que, convertido así en *la Bestia*, asciende desde el pozo como «el Rey de los Abismos», «el monarca de langostas y escorpiones guerreros», sumiendo toda la existencia a la *voluntad de su dios interior*, y *destruyendo* así todo lo mediocre y miserable, en sí mismo y en su entorno, para de esta forma mostrar todos los caminos libres que abren todas las puertas libres que revelan todas las formas libres de vivir.

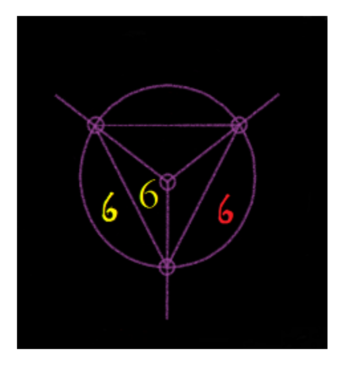
¿De dónde surge *la Marca de la Bestia*?

Al principio de su existencia, cuando el hombre era la *primera bestia*: salvaje y primitivo, esa bestia no estaba enclaustrada, pero no actuaba según su propia voluntad sino mediante instintos animales:



La bestia salvaje.

Al momento de tomar consciencia de sí mismo y del mundo que le rodeaba, *el Hombre* adquirió espíritu y forjó las primeras cadenas de aquella bestia originaria. De esta forma, transfigurado en *el Ser* y con una *voluntad adquirida,* el *hombre prehistórico* que era pobre carne y pobre espíritu «entró al triángulo», por lo que el *seis espiritual* comenzó a elevarse:

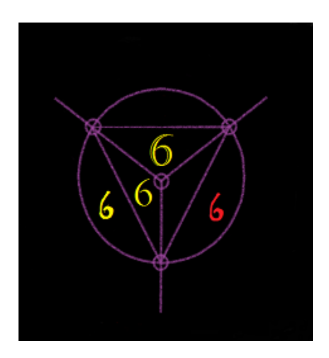


La bestia espiritual (1)

Dándose cuenta de que pensaba, tenía preguntas, emocionábase y tales sentimientos le provocaban sensaciones de placer o de dolor, sucedió entonces que la materia para el hombre empezó a tener un *valor estético,* y la existencia del mundo, un *valor ético;* de modo que la muerte fue para él

algo completamente absurdo frente a un mundo rebosante de *imágenes* bellas y feas, de pasiones bellas y feas, tanto que resultó menester para el espíritu elevarse mucho más, queriendo *el Hombre* conocer, saber y crear.

Y mientras más conocía, sabía y creaba, el hombre fue dejando atrás a la *antigua bestia* y dio valor a todas las cosas, incluso a la propia muerte. De esta manera, *el fin último de la vida* fue desde entonces alcanzar un grado de perfección: *el Siete*, mediante la espiritualidad, que después de morir habría de elevarle hasta el origen divino de *la Creación,* y así fue como la carne, el cuerpo y toda forma de materia convirtiéronse en meras envolturas donde el espíritu tenía que gozar y padecer para lograr alcanzar aquel glorioso número. En este grado espiritual, el hombre creó dioses y alzó monumentales construcciones de la mente para entrar en contacto con *la Divinidad*. Pudo encontrar la manera de comunicarse con los *grandes espíritus* que habitaban en el «mundo de arriba» valiéndose de ritos, conjuros y sacrificios que le dieran un verdadero sentido a aquella esperanza sobreterrenal, y le permitieran soportar el horror de un mundo que se presentaba despiadado. El hombre entra al *Triángulo* para elevarse y salir del *Triángulo* dejando atrás a la carne. Se alza más *el Seis*, pero todavía no es siete, ¿cómo alcanzar *el Siete*?

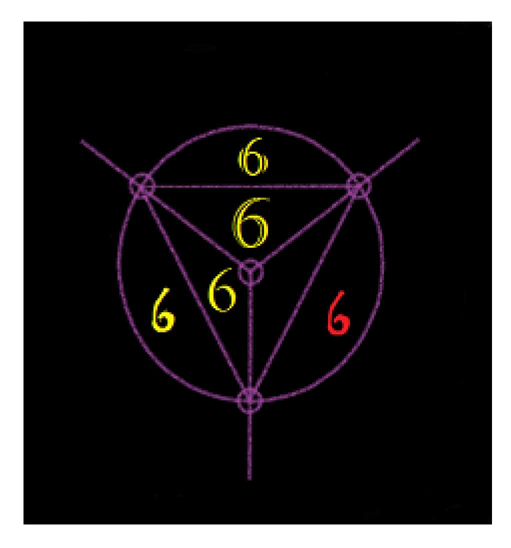


La bestia espiritual (2)

Nacieron aquí *los profetas*, *los maestros de la sabiduría* y *los grandes pensadores* que atreviéronse a escudriñar profundamente en los misterios del cosmos. De esta manera *el Seis* ascendió del «bajo triángulo» hasta el «alto triángulo», que es la efigie del *Ser* donde ha elevádose por encima de toda la muchedumbre. Pero mientras más se alza el *seis espiritual*, a más cadenas es condenada la *bestia primitiva*, y una bestia encadenada o se

adormece, volviéndose mansa y pobre, o se enfurece, volviéndose peligrosa y destructiva.

En este grado espiritual, la *bestia carnal*, enclaustrada en lo profundo del Abismo, desea salir para desahogar todos los apetitos que el espíritu le ha prohibido. Para ello se alimenta del alma mediante el placer y el dolor que produce la *sensualidad*. Con ardientes cadenas forjadas por sí mismas y hechas para apresar la espiritualidad, aquella bestia jala al espíritu de vuelta hacia *el Abismo*, con el empeño de tomar impulso y elevarse por encima de aquel en un solo salto, pero *el Seis* impugna esa fuerza y quiere, de una vez por todas, salir del *Triángulo* y escapar del cuerpo:



La bestia espiritual (3)

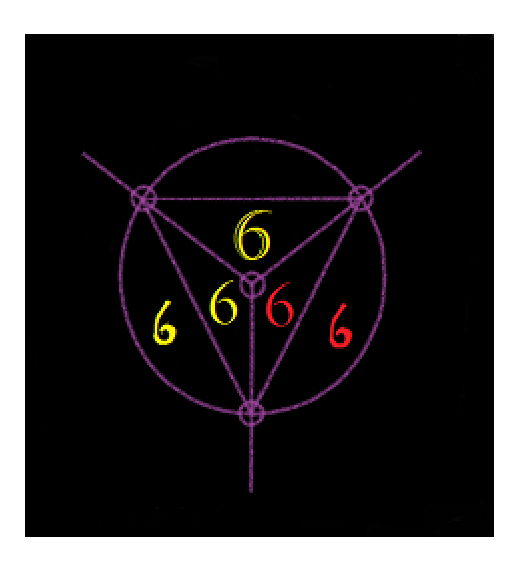
Muy pocos son quienes logran este prodigio y alcanzan un grado de espiritualidad tan elevado que refleja lo divino; sin embargo… ¿qué ha pasado? *El Seis* no se ha vuelto siete. Algo parece faltar. La *bestia espiritual* ahora sufre por la desolación de un espíritu que está tan lleno de sí mismo, pero que no puede consumar esa exquisita sensación porque su carne es inmunda y está por debajo de sí. ¿Acaso murió de hambre la bestia primitiva? El Ser ya no tiene apetitos, no quiere a la carne, solo quiere que su espíritu deje para siempre de ser carne, por lo que al salir del *Triángulo*, el *espíritu desolado* dase cuenta de que ya no existe nada en el mundo que le pueda aliviar y conceder reposo. Entonces es mejor entregarse a la muerte e ir más allá de la carne para unirse a los que detrás

del mundo «existen» como espíritus puros que se unen a una *belleza eterna*.

Pero, ¿quién puede asegurar que esa «eternidad» en verdad existe? Si de la *primera bestia* que era puro cuerpo nació la espiritualidad, ¿no significa que al morir el cuerpo también muere esa espiritualidad? ¿Entonces no hay nada en el mundo que pueda aliviar al espíritu desoladamente elevado? ¿O tal vez la carne, de la cual quiso olvidarse?

«El espíritu produce y en la carne se manifiesta dicha producción, transformándose en belleza o fealdad donde ha de ser «consumido». Mas toda creación «pagana» está por debajo del *Supremo Productor*, por lo tanto… ¡la carne y su consumo son blasfemia!». Al menos eso es lo que piensa un espíritu desolado, hasta el momento de que la otra bestia que se encontraba dormida comienza a despertar, obteniendo voluntad y poder, y que debido a las prohibiciones del «espíritu santo» se convierte en un monstruo furioso: «¡Quiero carne y sangre!», exclama la *bestia carnal*: «Pero estos grilletes me han sumido en el miedo y la desesperación».

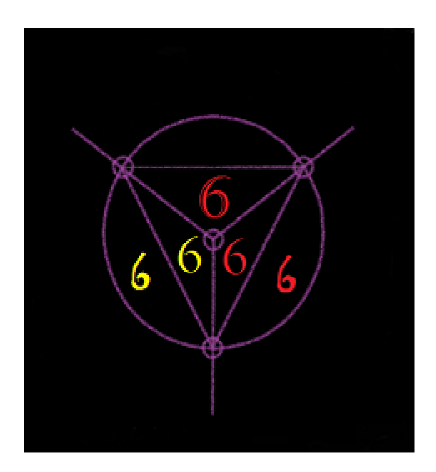
En este punto, para el hombre, la única manera de alimentarse carnal y materialmente es olvidándose del sagrado espíritu, de toda espiritualidad elevada. Entonces la carne entra al *Triángulo*, y el espíritu que de allí había salido, es llamado de vuelta hacia *el Abismo*:



La bestia carnal (1)

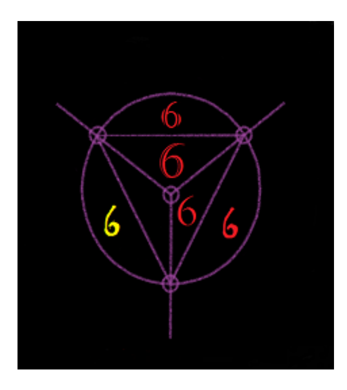
El arte, la belleza, el erotismo y la voluptuosidad del «consumo» adueñanse aquí del Ser. Mientras hubiera una chispa de espíritu ahí, *el*

Hombre encontraría valor y profundidad a su existencia mediante la «producción», pero luego… ¡retorna la tragedia! El espíritu cayó todavía mucho más. Luego la carne subió queriendo ser ésta *el Siete*, y como el espíritu estaba cayendo, quería que la carne cayera también con él, valiéndose de bestiales cadenas para arrastrar a un cuerpo que deseaba desprenderse para siempre de un espíritu que no le dejaba vivir:



La bestia carnal (2)

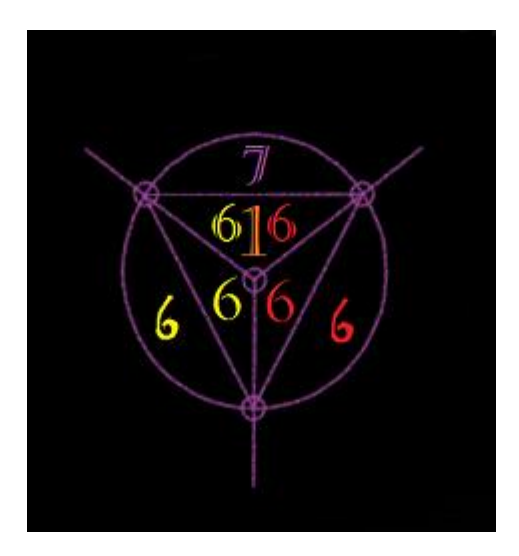
¡Y así resultó! La carne, el cuerpo y la materia se elevaron por encima del espíritu, y éste fue olvidado. Anteriormente, el espíritu avergonzábase de su carne, y se vestía para ocultarla. Ahora la carne se avergüenza de su espíritu, y se desviste para esconderlo. ¡El cuerpo se ha rebelado! ¡Ha salido del *Triángulo Abismal* para afirmar rotundamente la unicidad de un *gran orbe* donde «todo es física»! Pero… ¿qué ha sucedido? La carne, por sí misma, tampoco es *el Siete*. ¿Acaso la bestia que se alimentó de carne y de sangre hasta el cansancio está ella ahora desolada?



La bestia carnal (3)

Desolada por la otra bestia, que del espíritu quiere alimento. Escuchad, hermanos míos, solo un hombre que ha sido mucho espíritu en una época donde el mundo era exactamente eso, sería creído como *el Espíritu Verdadero*; y solo un hombre que ha sido también mucho espíritu en una época donde el mundo es todo lo contrario, *invertirá esa verdad*. ¡La carne es requerida en el espíritu que se ha elevado! ¡El espíritu es fundamental en la carne que se ha alzado! Una bestia que come espíritu (666) y una bestia que come carne (666), juntas dan virtud e imagen a *la Bestia* (616); pues solo así y de esta única manera, tanto el espíritu como la carne podrán salir unidos fuera del *Triángulo* para forjar el eterno y anhelado *Siete.*

Todo aquel que esté en contra de la miseria y tenga como misión destruirla, que porte el siguiente sello:



La bestia álmica.

¿Y qué es *el Siete*? ¿Qué es *la Perfección*?

Es *la Vida*. Es un profundo y divino amor por *la Vida*. Un espíritu que no es carne deja de amar la vida. Una carne que no es espíritu también la deja de amar. El mundo que se ha entregado por completo al materialismo se convierte en *la Muerte*, y uno que se arrodilla enteramente a la espiritualidad también es *la Muerte*. El hombre solo aprenderá a amar el mundo y a esta vida, sin anhelar nunca jamás un mundo más allá ni una vida más allá, cuando se convierta en *la Bestia* y porte su marca, sin miedo, ni al espíritu ni a la carne, y sin vergüenza de mostrarlos a ambos.

¡Atentos, hermanos míos! El momento no se acerca, no viene, no va… ¡el momento está aquí! ¡Ha llegado *la Bestia*! Oíd su voz y hacedla retumbar hacia los cuatro puntos terrestres y en cada rincón de este cansado mundo:

«Os han dicho que soy malvado porque me he coronado con los *cuernos de un macho cabrío* y no con espinas. Os han pretendido hacer creer que yo soy *el mensajero de las tinieblas* por el hecho de que he preferido vestir con *piel caprina* y no con un sudario ensangrentado. Aquellos que sienten un profundo desdén por la carne y la espiritualidad y tienen miedo de la pulsión erótica de vivir quieren que vosotros os contagiéis de ese miedo diciéndoos que mi marca, y mi cifra, son *la Perdición*. Ya os he dejado claro el significado de estos símbolos, por lo que ahora os mando a que forjéis vuestra propia marca y numeréis vuestra propia cifra. Decidme espíritus carnales, ¿cuáles son vuestros símbolos?, porque si han de ser dignos, les atesoraré apasionadamente en mi espíritu y les marcaré con orgullo sobre mi carne. Yo no he venido a imponeros una *doctrina diabólica*. Yo he venido a enseñaros la puerta que abre todos los caminos que conducen a todas las verdades y revelan todas las formas de vivir. Cada individuo es libre de atravesar esa puerta si quiere hacerlo, o de no atravesarla si no quiere; pero ay de aquel que se atreva a obstruir y estorbar en la senda de quienes encuéntrense decididos a volar con alas propias: más le valdría a ese engendro no haber nacido. Me llaman *Diablo* porque no prometo el reino de los cielos, sino que muestro *el Reino de los Abismos*. Me dicen *Demonio* porque os he mandado soltar esa *maldita cruz* para que desde vuestro *abismo* subáis ligeros a *la Montaña* y os gocéis de vuestro *Ángel*. Me llaman *Satán* porque os he enviado *adorar ídolos de carne* y lanzar al *fuego* toda *imagen e ídolo de un fantasma*. Oh sí, yo soy *el Diablo*, *el Demonio* y *Satán*, porque me declaro «aquel que hunde», «aquella sabiduría que asola» y «aquel adversario» para todos los que pretendan imponer cualquier dogma de fe que impida al *Humano Ser* alzarse desde el *Reino Abismal*. Sí, hermanos y hermanas que profesáis la doctrina egocéntrica: Yo Soy *la Desolación*. Yo Soy… ¡vuestro *Anticristo*!».[144]

[144]El misterio de la Bestia, su cifra, su marca y su imagen ha quedado por fin resuelto. Gracias por leer mi libro, ¡y convirtámonos todos juntos en la bestia álmica!